



*El Cuervo
y el Ángel*

ANN R. BRIGHT

Romance **Lectulandia**

El Cuervo y el ángel

Ann R. Bright

*Dedicado a mis padres. Los llevo en mi alma en cada segundo y en cada instante
del día.*

Jamás estoy sola, porque ustedes siempre están conmigo.

A mis queridos hermanos, Willi y Loli.

*A mi querida amiga Lola. Gracias por leer estas líneas,
gracias por esos correos nocturnos con tus valiosos comentarios y sugerencias,
por animarme a seguir. Por ser mi amiga a pesar de la distancia*

PRÓLOGO

Alta mar, entre Europa y las Indias Occidentales. 13 de agosto del año 1736.

Olas meciendo trozos de cuerpos humanos bajo el crepúsculo del amanecer; cabezas con caras, el terror en sus ojos; torsos destrozados que aún conservaban alguna extremidad. Y, abandonada a su suerte, la quilla de un navío condenado a hundirse en el olvido de la profundidad de un mar hostil.

Se oyeron sollozos de algunos hombres que aún se asían con desesperación a cualquier cosa que los mantuviera a flote, intentando salvarse. No había salvación para sus vidas. Y unos ojos negros, muy negros, los ojos de un diablo observando con basta satisfacción el resultado de la batalla. Ojos rezumando el mal como fuego fatuo. Su mano descansando aún sobre la empuñadura del sable cubierto de espesa sangre. Ojos entornados, bebiendo de aquella escena dantesca. Y una mueca infame en su rostro barbado, oscuro, una sonrisa torcida, su pecho aún jadeante, recobrando el aliento. Matar requería de esfuerzo físico... y mental.

Comenzaban a oírse las más infames risas, y voces contando con entusiasmo episodios de muerte y vida que habían ocurrido momentos antes. Ya comenzaban a pelearse por lo obtenido. Ya había discordia. Ya era necesaria la intervención de quien mandaba.

—*Questo è stato un macellaio...* —se oyó.

La alta figura, cubierta de lo siniestro y lo malo, ni siquiera miró a quien le hablaba. Y solo se dignó a asentir. Una carnicería. Si.

CAPÍTULO 1

Alta mar, entre Europa y las Indias Occidentales. 15 de agosto del año 1736 (dos días después).

El *The Stronghold* navegaba con las velas bajas, escondido entre las olas. Era una corbeta de 35 cañones por banda, con munición de 5,4 kilos de peso y 45 metros de eslora, dos mástiles menores y un palo mayor. Su tripulación estaba compuesta por marineros italianos, franceses, argelinos e ingleses.

—¡Barco a estribor! —gritó el vigía desde la cofa en el palo mayor.

El contraмаestre corrió al puente de mando para tomar el catalejo y observar. Una sonrisa de satisfacción y unos dientes ennegrecidos surgieron en su enjuto rostro curtido por el sol.

—¡Capitán! —gritó el hombre—. ¡Llamad al capitán, bastardos... bribones. ¡Inútiles... llamad al capitán!

El pequeño grumete tomó la orden para sí y corrió con una expresión de azoramiento en sus facciones marcadas por la viruela, rengueando con su delgada pierna coja y sus ropas raídas, a toda prisa hacia el camarote del capitán.

—¡Capitán!, despertad. ¡Despertad!

El grumete no se atrevió a entrar sin permiso del capitán. Solo escuchó un gruñido como el de un oso que inverna en su cueva y es perturbado. Pero insistió. Tenía que cumplir con su cometido.

—Capitán... ¡Un navío a estribor!

Y solo unos instantes después se oyó un rugido desde dentro cuando el niño insistió por cuarta vez. Era una voz ronca y enfurecida. El hombre tenía muy mal humor y una fuerte resaca tras la borrachera de la noche anterior.

—Capitán, el... el contraмаestre os manda a llamar... po... porque...

—¡Que arda vuestra alma en los infiernos, maldito muchacho!

Hazhim, que conocía la crueldad del capitán, tembló al oírlo. No dudó en que, si este lo disponía, enviaría su alma a arder en los infiernos. Muchos hombres habían conocido el infierno en sus manos. Hazhim había presenciado, no pocas veces, cómo

el capitán ordenaba colgar en la mesana a hombres insubordinados... o por cualquier motivo que ese preciso día, y para la mala suerte de esos hombres, molestara al capitán. A los que simplemente le incordiaban los había flagelado con el látigo bajo el implacable sol de alta mar... él personalmente.

El día anterior, después de aquella batalla con el *Lady Beatrice*, el capitán había bebido hasta perder el conocimiento en la celebración, después de poner paz entre los que se peleaban por lo saqueado. Unos ya cumplían su sanción, encerrados en las bodegas. Luego dio paso a la endemoniada celebración. Pero, era que sobraron motivos para celebrar. Habían hundido en menos de medio día al buque de guerra de la Marina Real inglesa. Solo un navío con las características del *The Stronghold*, con una tripulación tan feroz y capaz, bajo el mando de la mente prodigiosa de un marino como su capitán, podía haberle dado caza al ya póstumo *Lady Beatrice*. Después, habían encontrado un buen botín en monedas de oro, vajilla de plata, licor, y documentos de guerra que podrían ser de utilidad dependiendo de a qué bando podía hacérselos llegar y a cuya venta se dedicaría el infame líder, tan pronto llegaran a su puerto de destino.

No estaba mal, nada mal. Y debían atracar para repartir el botín, como era justo, entre toda la tripulación y depositar el resto en los almacenes de las islas de Bajamar para que fuera vendido a comerciantes sin escrúpulos, que eran muchos y distaban muy poco de ser también unos criminales del mar... como lo eran el capitán y la tripulación del *The Stronghold*.

Lo único que había faltado en la estruendosa celebración habían sido las mujeres. Aun así, todos los piratas del oscuro navío vencedor bebieron y cantaron obscenas melodías y rieron como hienas hasta el amanecer. Y el capitán fue uno de los últimos en caer en la cubierta de popa como un tronco, totalmente ebrio. Solo supo que era arrastrado a su camarote por su grumete y otros dos marineros porque era un hombre grande y pesado. Pero antes había dejado a Guido y al timonel Wilkinson al cuidado del navío. No confiaba en nadie más, solo en ellos.

La noche anterior, su grumete intentó quitarle las pesadas botas, pero estando tan ebrio se conformó con dejarlo sobre la cama. También había intentado despojarlo, por seguridad, de las armas que siempre llevaba con él. Era peligroso sobrio... y peor ebrio. Pero fue otra empresa imposible. Y el chico se llevó otro mamporro en la cabeza y otro gruñido. «¡Stronzo!» (bastardo), le había gritado el capitán cuando Hazhim puso una mano en la empuñadura de la daga que se hallaba siempre a disposición en la cintura del hombre. El niño se marchó entonces, dejando al capitán dormir vestido, con su mosquete de cañón corto siempre cargado en la faja de cuero de su cintura junto a su inseparable daga.

Por la mañana, el mismo hombre sufría de un terrible dolor de cabeza, y los gritos de Hazhim le parecían artillería de cañón en sus oídos. Toda la tripulación sabía que él tenía mala voluntad durante y después de una noche de licor. Tenía nauseas, pero no tenía el estómago revuelto pues su estómago era como una bolsa de duro y curtido cuero. Desde los 7 años, cuando su madre y sus hermanas habían muerto de hambre en sus brazos, él había quedado solo en los muelles y callejones inmundos de Boloña, Italia. Y había comido durante sus siguientes años lo que había encontrado o robado. No, no tenía un estómago delicado. Pero la cabeza era otra cosa.

El capitán al fin salió a la puerta del camarote de muy malas pulgas, gruñendo maldiciones en su lengua natal y rascándose la espesa y oscura barba renegrida y recortada que cubría su rostro, con los ojos enrojecidos y la boca reseca.

—¿Qué pretendéis mozuelo miserable, viniendo a perturbar?

—Ca... capitán... un navío —dijo el chico mientras estrujaba nervioso entre sus manos su gorro—. Guido quiere que subáis a echar un vistazo.

—«Un navío» —lo imitó burlón, para luego lanzar otro gruñido herrumbroso. Volvió a rascarse la barba y a frotarse los ojos —¡Algún día de estos os enseñaré a hablar como un hombre y no como lo que sois... una mariposa... marica!

Después de instantes de silencio sin que Hazhim supiera de qué forma iba a reaccionar el hombre que tenía frente a sí, este habló finalmente.

—Traed un poco de agua para lavarme. Té... y ron.

El grumete asintió y corrió cojeando en busca de lo pedido. Después de atender sus imperiosas necesidades humanas, el capitán se lavó la cara con el agua de la jofaina y tomó el té caliente con una buena dosis de ron que trajo su grumete. Después encendió uno de sus puros, fumó y después exhaló el humo lentamente. Con todo esto, se dirigió al puente de mando donde Guido aún observaba con el catalejo cuando lo encontró.

Ni siquiera se saludaron. Los buenos modales no eran la baza de aquellos hombres y tampoco eran necesarios.

Guido sonrió maliciosamente cuando vio el estado deplorable del capitán. Cuanto este encontró la sonrisa burlona de su contramaestre, y único amigo además, le quitó con un manotazo el catalejo para saber por qué había sido perturbado su descanso. Observó a través de este e hizo silencio.

—Otro buque de guerra —dijo Guido a su lado—. Puede que haya venido a buscar al otro y que también lleve carga valiosa.

El capitán, mientras miraba por el catalejo, sopesó las posibilidades.

—¡Bah!... no me interesa. Ya tenemos suficiente. Aún no están reparados los daños de la banda de estribor. —Porque se había defendido muy bien el *Lady Beatrice*,

causando daños considerables al *The Stronghold*—. ¡Y me duele la maldita cabeza, *porca misseria la mía!* ¡Creo que hay cientos de demonios en ella! A Nueva Orleans..... ¡Seguid el rumbo!

Guido sonrió de nuevo. El capitán siempre había tenido aquello que llamaban «mala bebida». Cuando estaba borracho le daba por pelearse con cualquiera y además despertaba de mal humor.

—Como digáis... *fratello*. —Le hizo una reverencia florida y burlona para despedirse.

El capitán gruñó otra imprecación y, sin más, le entregó el catalejo. Quería caer derrumbado en la cama hasta la tarde, hasta que pudiera hacerse cargo él del timón durante la noche. Eran las horas de más placer para navegar, al menos, para él.

Y tomada su decisión, mientras se dirigía a bajar las escalerillas del puente de mando rumbo a su camarote, observó de nuevo a la lejanía. Contempló esa lejanía, aquel horizonte, y a otro barco que no era más que un punto, sin usar el catalejo. Se detuvo. Levantó su rostro moreno, cubierto por la barba oscura, por las arrugas en sus ojos, su mirada gélida, curtida por años en penurias y pocos, muy pocos, en abundancia, endurecida por fracasos y victorias, por la presencia inexorable de la muerte en su vida diaria. Dirigió su negra y mortecina mirada a ese horizonte. Miró a Guido.

Este también estaba avistando al nuevo navío a través del catalejo. Bajó el instrumento y leyó en los oscuros ojos del capitán. Era un pequeño barco mercante. Un festín en altamar. Lo que todo navío de criminales como aquellos ansiaba encontrar. Los barcos mercantes eran tan fáciles de interceptar... y saquear.

—Estamos preparados, *capitáno*... si es lo que ordenáis. Los daños no son importantes. Podemos interceptar al paquebote. Debe llevar carga valiosa en sus bodegas o no estaría escoltado por dos fragatas de la Marina Real.

—Sí... —dijo sombríamente el capitán sin quitar sus ojos de oxidiana del segundo barco—. Lo están escoltando... Debe estar navegando junto a los otros porque no tienen defensas y su carga es buena. ¿Vituallas? ¿Oro? ¿Licor?

Guido asintió a todas. Todo era posible.

Salvatore observó a su contramaestre y de nuevo al pequeño punto en la distancia. Entrecerró sus ojos y se volvieron dos rayas del ónix más negro. Las bodegas del *The Stronghold* no estaban llenas del todo. Habían encontrado plata y vajilla costosa en el buque de la Marina Real hundido el día anterior, algo de licor, pero las provisiones no habían podido salvarse del abordaje y del salvaje enfrentamiento. Las vituallas siempre eran bien recibidas por los piratas y los marinos mercantes. Servían para aprovisionar sus propios barcos o podían venderse muy bien. Las vituallas no daban

grandes riquezas, pero eran muy necesarias y fáciles de introducir en el mercado negro.

—Que no icen la vela mayor aún —dijo lentamente el capitán, sin dejar de mirar al pequeño e indefenso punto en la lejanía. Y una sonrisa diabólica se dibujó en su rostro—. Mantened el rumbo del navío... cargad los cañones que sirvan. Avisad al artillero y que abandone lo que esté haciendo. Que todos tomen sus puestos.

El mar estaba picado. Debían tener precaución y navegar al lado de las olas para que no los advirtieran tan pronto. Podrían alcanzar al mercante para el anochecer e interceptarlo cuando amaneciera. Sería una noche de caza muy interesante.

Guido corrió a gritar las órdenes del capitán a la tripulación. Al oírlas, los feroces piratas, aunque también sufrían de una resaca de los mil demonios, rugieron de expectación ante la nueva batalla.

Todos alzaron sus espadas, sables, cuchillos, dagas y trabucos. Una nueva batalla. Una nueva victoria o fracaso. La vida o la muerte tal vez.

En todo caso, todos gritaron de perverso placer y expectación.

CAPÍTULO 2

El *The Stronghold* apareció como un fantasma ante el buque inglés de la Marina Real. En efecto habían perdido de vista el día anterior al *Lady Beatrice*. El guardiamarina que hacía la vigilancia sería sometido al correspondiente castigo por su ineptitud.

El mar era tan inmenso, tan insondable, que nadie vio el humo, nadie oyó los cañones dos días antes.

Sir Mathew McHanagan, almirante del navío *St. Jules*, uno de los buques insignias de la Marina Real inglesa, observaba las cuatro latitudes desde el puente de mando en busca del *Lady Beatrice*.

Ambos navíos debían escoltar al paquebote con valiosas y muy necesarias provisiones destinadas a ser desembarcadas en Nueva Inglaterra, en las Colonias británicas de América. Afortunadamente, la preciada carga se hallaba a buen recaudo, escoltada por el *St. Jules* y el almirante McHanagan. Pero había otra carga que le preocupaba aún más, otra carga de la que se sentía responsable personalmente y de un mayor valor pues había dado su palabra de que sería escoltada, cuidada y entregada. Y qué mejor momento para eso que aprovechar aquel en que dos barcos de la Marina Real escoltaban al navío mercante. No era seguro un barco de pasajeros. No contaban con el debido armamento para defenderse. No. Sir McHanagan no podía enviar esa carga preciada en un simple navío de pasajeros. Los mares no eran seguros en aquellos años. Había proliferado la piratería. Piratas, bucaneros, corsarios se dedicaban al pillaje y el asesinato en alta mar. Había tomado la mejor elección cuando su apreciado amigo, el barón Lord Michael Campbell, le había pedido y encomendado aquel favor personal.

Y mientras cavilaba sobre aquello, un silbido llegó desde la lejanía y se convirtió en un fuerte estruendo que cayó muy cerca de la proa del *St. Jules*.

La tripulación corrió a sus puestos. Sir McHanagan tuvo que cogerse de donde pudo para no caer al suelo de la cubierta del puente de mando.

—¡Nos atacan! —gritó el guardiamarina.

—¡Almirante!, ¡vuestras órdenes! —pidió el primer oficial.

Era muy fácil la decisión: responder al ataque. Un navío de la Flota Real inglesa jamás huía.

Pero antes, Sir McHanagan se llevó el catalejo al ojo. Contempló un navío oscuro como la noche, que se acercaba a ellos, temible, a gran velocidad, llevando consigo la muerte.

El almirante observó su bandera: negra, con la forma de un pajarraco sin ojos. Bajó el catalejo, intentando recuperarse. Hacía muchos años que habían dejado de templarle las piernas ante un inminente enfrentamiento en alta mar. Pero aquella mañana de 15 de agosto del 1736, aquella mañana, el almirante contuvo como pudo ese olvidado temblor.

—El Cuervo... —susurró.

Y ordenó que se dieran dos cañonazos de forma seguida. Era el aviso al navío comerciante de que serían atacados. Este debía huir.

Sir McHanagan pidió a Dios que el otro buque de guerra, el *Lady Beatrice* estuviera cerca, que avistaran aquella situación, retomaran su rumbo y apareciera para apoyarlos, y que el capitán del navío comerciante pudiera escapar con su preciada carga, que no era únicamente de víveres.

Pero su experiencia en el mar y en la guerra le decían, lastimosamente, que el otro navío no iba a aparecer... nunca más.

El capitán del *The Stronghold* tuvo que pensar rápidamente. No podía dejar que escapara el paquebote, pero tenía que lidiar con el buque de la Marina Real. Se habían acercado, casi invisible, como un fantasma sobre las olas, y había dado órdenes de disparar los cañones contra el buque de guerra deliberadamente sin acierto, y sin perder de vista al otro barco.

¿Llevaría pasajeros?, se preguntó extendiendo el catalejo ante sí. Aunque eso no sería un problema. No era costumbre del mar hundir barcos si estos no presentaban oposición y menos si llevaba pasajeros... salvo que se viera obligado.

Solo había hundido un barco de pasajeros una vez. Aquella tripulación había presentado resistencia estúpidamente. Su capitán había elegido el destino de esos pasajeros, y no él, cuando había decido enfrentar al *The Stronghold*. Aún recordaba todas aquellas mujeres, hombres y niños, nadando cerca de las costas de Jamaica. ¿Le pesaba en su consciencia por aquello? No. Porque él no tenía consciencia... ni alma. No tenía remordimientos por aquello. Había visto como su madre moría en sus pequeños y débiles brazos de niño de siete años. La había visto morir de hambre, tan delgada que recordaba sus huesudas manos pidiéndole rezar juntos, con débiles susurros, para que Dios se apiadara de ellos. Pero la fe no era para los miserables, supo siempre. No hubo Dios para ellos. La había visto morir de hambre y cerrar sus

ojos ante él. Ese día, él perdió toda su conciencia, toda su alma y posibilidad de remordimientos por sus actos.

El día que había muerto su madre, él tenía 7 años, y jamás olvidaría aquel dolor profundo. Ese día, él había muerto también. Jamás olvidaría la impotencia de haberle fallado a su madre, a sus hermanas. Había comenzado a trabajar a los 6 años como deshollinador, limpiando las chimeneas de las hermosas casas de los nobles, ansiando y soñando con poder comprar un miserable pajar para su madre algún día, y que ella nunca más vendiera su cuerpo para alimentarlos, que jamás volviera a comer desperdicios del puerto de Boloña cuando ningún hombre la quería. El día que murió su madre de hambre, a él su patrón no le había pagado por su trabajo. Él había corrido al puerto a ver si encontraba algo para dar de comer a su madre. Había rebuscado ferozmente, recordaba. Pero fue cuando se hizo mayor que comprendió que su madre habría muerto ese día de todas formas. Primero habían muerto sus hermanas, Michella de 4 años y Betinna de solo unos meses... en la calle. Después su madre.

Y él, él esperó entonces su momento de morir. Él sería el siguiente, pensaba. Pero su destino era otro y ese momento no llegó. La muerte bailaba siempre a su alrededor, cada día, pero nunca le tendía la mano. Un día... un día lo haría.

—Pero no será este día... —murmuró el capitán, bajando el catalejo.

Salvatore era el nombre que le había puesto su madre. Le había dicho que él era «el Salvador». Y él, henchido de orgullo a los 6 años, cuando pudo trabajar, creyó que salvaría a su familia del horror y la atrocidad de la pobreza y el hambre. Pero no lo hizo. No era el salvador. En ese momento no tenía 6 años. Muchos inviernos y veranos más habían pasado ya desde aquello. Su única familia era Guido, otro niño huérfano que, como él, había vivido en los muelles sucios del puerto de Boloña. Allí subieron a los barcos, a robar, y a trabajar en lo que podían. Eran dos pilluelos. Guido tenía diez años, si mal no recordaba, y él siete... tal vez. Él mismo no sabía dónde ni en qué año había nacido. Y, después de robar en el muelle, fueron reclutados como marineros de barcos comerciantes y así aprendieron el oficio. Después, el puerto de Boloña se volvió asiduo de los criminales. Allí atracó un buen día el capitán James Ingram. Decían que era un lord inglés, un Conde que había perdido toda su fortuna en las mesas de juego, en la vida disoluta, y había terminado hundido en deudas. Había obteniendo una patente de corso. Había sido un corsario de la Corona Británica, temido, cruel con sus víctimas y también con su tripulación. Guido y Salvatore fueron aceptados en su barco. Y fue en este navío, bajo el mando de ese hombre, donde perdieron el poco corazón que les quedaba. Allí aprendieron a navegar por los mares como diablos, a matar por lo que querían, aunque no fuera legítimamente suyo. Aprendieron que el mundo no era para las conciencias atormentadas. A una tierna

edad, navegando con Ingram, conocieron los favores de los prostíbulos de los puertos de Jamaica, Nueva Orleans, Túnez, Argel. Saquearon, robaron, mataron. Después obtuvieron con sangre su propio navío.

Él no salvaba. Nunca lo había hecho. Y cuando mataba, lo hacía con gusto. Su madre se había equivocado con él.

Si había pasajeros desarmados les daría una oportunidad, terminó concluyendo mientras dejaba el timón a Wilkinson. Les daría la oportunidad de rendirse. Solo una. De lo contrario, conocerían su falta de remordimientos... y de alma.

Alzó el catalejo de nuevo.

No veía en la cubierta a ningún pasajero. Debía llevar solo carga con víveres y provisiones, a menos que los pasajeros hubieran sido advertidos del peligro y los hubieran llevado bajo la cubierta.

El capitán del navío comerciante dio órdenes de maniobra, giró todo a babor, intentando huir del *The Stronghold*. Debía poner distancia. Por supuesto que habían advertido el peligro. Piratas. Habían oído los cañonazos de advertencia del buque de guerra que los escoltaba. Pero el mercante era pesado y sus bodegas estaban cargadas. Era lento. Y el navío que los perseguía era diabólicamente rápido.

Los piratas recibieron varias detonaciones de cañonazos provenientes del buque de guerra inglés. Eran de aviso, una forma de advertirles que estaban bien armados y dispuestos. Pero en lugar de una retirada, en lugar de temer, los piratas rugieron locos de alegría por la adrenalina proveniente de la sensación del peligro.

Su capitán salió del puente de mando, como una figura cubierta de muerte, y alzó su sable y gritó un llamado al abordaje y al valor. Entonces, la euforia de la infame tripulación se elevó a cotas de enajenación.

En aquella embarcación del demonio no habían más que desgraciados. Seres sin nada por lo que vivir. Poco les importaba enfrentarse por segunda vez, en menos de dos días, a otro buque. Poco importaba morir en aquella empresa, o vivir y obtener más riquezas... Unas riquezas que pronto y muy fácil serían pérdidas en los burdeles y casas de juego de los puertos más sórdidos. Y así... volvería a comenzar el círculo de horror que eran sus vidas.

Y el almirante McHanagan lo sabía. No era lo mismo enfrentarse a navíos militares enemigos que a aquellos hombres. Los primeros eran marineros con familia, bajo las normas del mar, bajo las órdenes de su bandera. Los segundos, no tenían más bandera que la propia, más órdenes que las de su infamia. Y para estos, las únicas normas del mar eran matar o morir.

CAPÍTULO 3

Tras medio día de persecución y huida extenuante por el mar, con una magistral estrategia naval, que se vio obligado a admirar el Almirante McHanagan, la corbeta del infierno interceptó al comerciante, amparándose en este de tal forma que si el buque de guerra disparaba sus cañones fallaría y podría volar en pedazos al barco mercante que escoltaban.

—¡Alto el fuego! —ordenó Sir McHanagan.

Su Primer Oficial dio traslado de las órdenes a la tripulación, y corrió a su lado con otro catalejo, observando desesperado.

—¿Qué podemos hacer, almirante?

Este suspiró y se secó el sudor de su rostro con la manga de la casaca azul.

—Esperar, señor White. Esperar.

Dijo aquello sin aliento, rogando a la providencia que la preciada carga del buque interceptado no fuera encontrada. No tenía que ser vista. Los infames criminales podrían saquear el barco sin encontrarla. El almirante pensó en su amigo, en la promesa que le había hecho.

—Dejaremos que se lleven la carga y, cuando esté a salvo el mercante, abriremos fuego. Dejad los cañones preparados.

Theodore Davis, el capitán del navío comerciante, se vio obligado a aceptar el abordaje de los criminales. Y no con poco horror, toda su tripulación, indefensa, vio como el negro navío se acercaba a ellos por la proa. Hombres andrajosos y eufóricos lanzaron ganchos y escalerillas uniendo ambos barcos. Y como si el mar estuviera del lado de los miserables, se volvió tranquilo y sosegado. Los barcos no chocaban entre sí. Al menos con un mar inquieto habrían evitado un abordaje tan rápido.

Los hombres malditos comenzaron a subir a bordo del mercante cual arañas en su red. Todos actuaban con órdenes precisas. Lo primero fue rodear al capitán Davis, al contraamaestre Harris y a la tripulación.

—¿Quién es vuestro capitán? —exigió Guido en perfecto inglés, pero con un marcado acento italiano, haciendo además una de sus floridas y burlonas reverencias.

Davis dio un paso al frente, rodeado por su propia tripulación, y asintió sin más.

Y con su sonrisa de dientes ennegrecidos, Guido agregó:

—Ah... capitán, habéis dado buena caza. Sois buen marino. Pero ahora basta de huir, reunid al resto de la tripulación. No quisiéramos vernos obligados a buscarlos uno a uno. Eso me pone de mal humor... y estos hombres están cansados —dijo señalando a los piratas que esperaban con las dagas y trabucos en las manos, sus miradas asesinas y vidriosas.

—No hay tal resto. La tripulación es esta —respondió Davis con determinación señalando a los hombres que le acompañaban, el resto solo eran marineros—. Somos nosotros. Soy el capitán de este navío y exijo saber a quién me dirijo.

Estaban totalmente rodeados por los piratas. Davis observó cómo se movían por la cubierta con total libertad. Eso lo enfureció aún más. Una corriente de odio e indignación corrió por sus venas. Él también había oído hablar de la rápida y temible corbeta, y del Cuervo, su capitán. Decían que era un italiano. Y por el acento de aquel miserable que tenía al frente, podría ser él. Aunque esperaba a alguien diferente según lo que había oído, pensó observando la floritura burlona que el hombre le hizo a manera de saludo, su semblante de un descarado buen humor, con ojos saltones y vivaces, pero no por ello menos criminal. Observó su desgarbada apariencia, su extrema delgadez. Esperaba que el temido Cuervo fuera algo más. Bien, si este era el Cuervo, tal vez podría lidiar con él. Tal vez podrían negociar que se llevaran la carga a cambio de la vida de su tripulación. No se opondría.

Y lo más importante... debía pensar en ellas.

Guido detectó la mirada despreciativa del capitán del mercante, una mirada de suficiencia y superioridad, tal vez después de determinar que él era el Cuervo.

—¡He dicho que exijo hablar con el capitán! ¿Sois vos? ¡Tengo demandas que hacer si vais a saquear esta embarcación! Dejaremos que os llevéis la carga... pero no hagáis daño a nadie. No haremos nada para oponernos.

Davis habló con aplomo y decidió que tal vez podría imponerse ante aquel delgado y risueño hombrecillo. Guido y el resto de las almas degeneradas rieron entonces formando un coro de aullidos de lobos enloquecidos.

Pero el cielo fue envuelto por una capota oscura, como si un infierno se cerniera sobre ellos. Y el sol se ocultó para todos. Todos los piratas hicieron silencio. Los barcos continuaron meciéndose juntos sobre las olas.

Davis dirigió su mirada hacia el sonido de pasos que se arrastraban insolentes por la cubierta. Y todo su desdén, toda la superioridad y esperanza... todo fue desapareciendo poco a poco como el roce lento y corrosivo del viento.

Tras los pasos, la enorme sombra de una figura oscura, nefasta.

El capitán del mercante vio satisfecha su demanda. Tragó en seco buscando aligerar

su garganta cerrada, buscando valor, cuando esa sombra dejó de serlo para convertirse en una persona. Y lo supo. Había oído que era como una bestia. Era él. El hombre a quien llamaban Cuervo.

Fue observado entonces por unos ojos negros, ocultos bajo unas gruesas cejas negras, bajo la sombra de un tricornio negro. Ojos que sugerían infamia y maldad.

CAPÍTULO 4

El capitán Theodore Davis tragó con dificultad e inspiró buscando de nuevo el valor para enfrentar con dignidad a ese hombre que parecía un buey, grande y tosco hasta el hartazgo. Y su mirada, salve Dios, no podría olvidarla jamás, si es que vivía para ello. La mirada de aquel al que llamaban Cuervo, era implacable, profundamente curtida por una vida matando y saqueando, por una vida defendiendo la suya propia de otros que buscaban la misma muerte y el mismo fin. Era la mirada de quien ya no era ni hombre ni ser. Davis había conocido a ese tipo de persona en los muelles y puertos. Pero aceptó que ninguno era como aquel. Observó el rostro barbado, ocultas las facciones, pero pudo ver una nariz alargada y unas negrísimas y gruesas cejas. Observó que bajo la casaca negra y desgastada que vestía, se ocultaba una musculatura marcada que indicaba una vida muy dura, de intenso trabajo físico desde la más temprana edad. Aquel, se dijo Davis, jamás podría pasar por un caballero. Ni siquiera por un... hombre decente.

Los marineros de la tripulación del mercante dieron instintivamente dos pasos atrás cuando el capitán del navío agresor, enorme como un animal de arado, se acercó a ellos, fumando un puro, arrogante como el que más, su mano descansando en la empuñadura del sable, insidiosamente entremetido en la faja de cuero que le rodeaba la cintura.

Como marino, Davis se había topado con piratas y otros criminales en alta mar y en tierra, pero pocas veces había visto el infierno en los ojos de un solo hombre como lo estaba viendo en esos momentos. Pocas veces había estado tan seguro de que ese día él y su tripulación podrían morir a manos de aquel. Por primera vez en su vida, el capitán Davis se quedó sin palabras. Y sin esperanzas.

—Os ofrezco mis disculpas —dijo el Cuervo a todos y a nadie, llevando falsamente una mano a su pecho—. Me había... —El pirata buscó el termino más apropiado mientras fijaba otra vez sus ojos negros, vacíos y burlones, en Davis—. Entretenido... digamos. Estaba admirando vuestra nave —asintió mientras hablaba—. Contáis con buenas bodegas, el almacón parece bien cuidado. Ah... pero permitid que me presente, soy el capitán del *The Stronghold*.

Davis despertó al fin de su aturdimiento. Sintió de nuevo tanto odio por esos miserables. Todos empuñando sus trabucos, pistolas y dagas, atentos para arrebatarse la vida de su tripulación y la suya ante cualquier movimiento. Afortunadamente él no tuvo que advertirle a su propia tripulación que no movieran ni un dedo. La tripulación del mercante tenía tan clara la situación como la tenía él. Eran marineros decentes, con familia que les esperaba y no como aquellos desgraciados. Esa era la diferencia entre unos y otros.

—Soy... —Davis tosió para aligerar el temblor repentino de su voz— el capitán Theodore Davis. No somos más que marinos mercantes. Solo disponemos de algunos cañones. No deseamos morir este día en alta mar. Nuestras familias nos esperan. Así que... —Tragó de nuevo—. Dejad claras vuestras intenciones, capitán. Y acabemos con esto cuanto antes.

Y se hizo de nuevo el silencio.

Un silencio del terror.

Y los barcos siguieron balanceándose junto a las olas.

El buque de guerra había echado el ancla a lo lejos, estático, esperando el resultado de aquella situación.

Y el silencio fue roto por una carcajada horrenda. La risa de un solo hombre.

Salvatore rio con una horrenda mueca de arrogancia y maldad. Su tripulación enseguida le acompañó en la burla. Pero luego este se detuvo repentinamente, y todos dejaron de reír. Muchos sabían bien que después de una risa macabra como aquella podría seguir el brillo del filo de la daga del capitán, la sangre de un cuello deslizarse tibia y fluida, la vida de un hombre... deslizarse entre aquellas manos.

—Capitán Davis... me hacéis reír con vuestra estupidez. Comenzaremos nuestra relación con ciertos principios. —Rodeó a Davis y le habló desde un costado—. Vos no hacéis demandas, bellaco. No hablaréis más hasta que yo os lo ordene. Responderéis cuando os lo ordene... Yo haré las demandas, yo haré las preguntas. ¿*Capisci?* ¿He sido claro?

La nefasta y fría tranquilidad del pirata erizó la piel de Davis. Cuando Salvatore observó que Davis había entendido, continuó:

—Decidme... —dijo mientras volvía a moverse, cara a cara con su interlocutor. Miraba esta vez de frente y hacia abajo a Davis, a quien sacaba una diferencia de unos veinte centímetros de estatura—. ¿Cuál es vuestra carga y hacia dónde os dirigís?

Davis alzó el rostro. Tragó en seco una vez más.

—Nos... nos dirigimos a Nueva Inglaterra, a las colonias. Llevamos provisiones — y luego aclaró—. No llevamos armas, capitán, más que los cañones del navío... y

poca munición. Ya os lo he dicho. Tampoco oro ni monedas. Solo alimentos, ropa, algunos muebles y licor.

—¿Licor? —hubo un murmullo entre la tripulación de rufianes, pero callaron después de la siguiente pregunta de su capitán—. ¿Qué tipo de licor?

—Coñac, whisky —respondió Davis al instante. Tal vez aquello distraería a los piratas... de la otra carga.

Davis hizo silencio de nuevo. La preocupación surcó de nuevo su rostro. Y esa expresión no pasó desapercibida para el Cuervo.

—¿Qué más? —insistió el pirata.

—Nada más —mintió, sabiendo que había apostado con su propia vida—. Podéis registrar las bodegas a conciencia. No hay nada más.

Miedo, pensó el Cuervo. Había miedo. Olía el miedo en Davis. Salvatore cruzó las manos en su espalda y comenzó a caminar de nuevo, lentamente, alrededor del intrigante capitán del mercante, como una bestia rondando a una presa. Sostuvo el puro entre los dientes, observándolo con su negra mirada. Davis se mantuvo erguido y solemne. Pero su mandíbula comenzaba a mostrar cierto temblor.

Después de unos instantes, el pirata dio órdenes a sus hombres para que bajaran a las bodegas. Y observó de nuevo el castillo de proa. Allí había tres puertas.

—Davis...

Davis dio un respingo de sorpresa. No esperaba que le hiciera más preguntas.

—Me pregunto si estáis diciendo toda la verdad.

—No miento.

—No os he preguntado eso. Pregunto sí esa es toda la verdad.

—Así es, capitán... ¿vuestro nombre? —Davis buscaba distraer a aquel hombre—. ¿Vuestro nombre, capitán?... Os he dicho el mío, pe... pero desconozco el vuestro.

El capitán Cuervo dio otro rodeo sobre su presa, hasta que se detuvo detrás de este y le habló.

—Es verdad... mis modales son imperdonables. Es una vergüenza, pero no tengo un nombre, capitán Theodore Davis. No sé quién es mi padre. Soy... bastardo, o peor, tal vez. ¿Qué podría deciros? Conformaros con saber que soy el capitán de estos hombres. —Señaló a su propia tripulación—. Quien da las ordenes... a quien obedecen. Si yo les ordenara cortar un dedo a vuestro primer oficial... —Davis dejó escapar un pequeño grito de horror al oírlo— por mentirme... lo harían.

Davis no tuvo valor para girar y encararlo. El pirata le hablaba de nuevo con fría tranquilidad. Y él solo se limitó a asentir.

—Pero... volvamos a lo que quiero saber... ¿por qué vais escoltados por un buque de guerra... Theodore Davis?

—Nnnn... nos escolta porque... ehmmm... la carga es esperada y necesaria. —Y en eso no mentía. Luego dijo con cierto tono de esperanza—. Os advierto que no es solo uno, hay otro buque que posiblemente nos aviste, el *Lady Beatrice*, y tal vez vos y vuestros hombres no tendréis oportunidad de salir con vida si hubiera un enfrentamiento.

Entonces no solo rio el capitán Cuervo, sino toda la tripulación de andrajosos criminales, con carcajadas feroces y vulgares. Se oyeron frases de los más soeces.

Habían destrozado al *Lady Beatrice* el día anterior. Davis lo supo con una triste certeza. Por eso no lo habían vuelto a divisar en el horizonte.

—¿Tal es vuestro valor que me amenazáis? —Se acercó tanto al capitán del mercante que casi le tira al suelo, intimidándolo.

En ese momento intervino Harris, el primer oficial del mercante.

—¡Capitán... soy Edward Harris, primer oficial de este navío! No... no ha habido amenaza alguna... Descargad las bodegas y dejadnos llegar a puerto. Tengo nietos, capitán, que me gustaría volver a ver.

El Cuervo contempló a Harris, más erguido y digno que Davis. Era un hombre mayor. Un marino veterano, se dijo.

—Si me estáis mintiendo —Salvatore ignoró deliberadamente a Harris y se dirigió de nuevo a Davis, sin darle espacio, y le habló lenta y pausadamente—. Si os guardáis algo... conoceréis el dolor —le susurró luego desde atrás, su cabeza inclinada sobre Davis—. Sois vos quien tiene mucho de qué preocuparse.

Pero Davis prefería la muerte antes que revelar lo demás. Su honor era más grande que su miedo. Guardó silencio.

Y su silencio pareció convencer al líder de aquellos granujas porque este desvió su atención entonces para dar más órdenes.

Acto seguido, todos los marineros del buque mercante fueron encerrados en las bodegas a medida que eran saqueadas. Davis y el primer Oficial quedaron en la cubierta con las manos atadas y custodiados.

—Por todos los infiernos... ¡puta vita! —el capitán Cuervo gruñó con impaciencia, mientras lanzaba por la borda lo que quedaba de su puro y se rascaba la barba, pensando... pensando. Observando el castillo de proa, la cubierta, la escotilla de las bodegas. No había nada más. ¿Qué le había empujado a interceptar al mercante?, un navío custodiado por un buque de la marinea real... ¿Todo el esfuerzo, solo por sus vituallas?

Salvatore contempló el horizonte insondable. El licor estaría bien, los alimentos le servirían, pero estaba convencido de que algo más había en aquel barco. Por eso había accedido a atacar, por eso había enviado a un grupo a registrar el barco palmo a

palmo. Pero no debían tentar más a sus suertes porque el buque de guerra estaba allí, al acecho, con los cañones armados y dispuestos.

Habían ordenado a Davis que avisara al capitán del St. Jules que todo estaba en calma. Un miembro de la tripulación del mercante alzó una bandera blanca desde la proa en señal de ello. Guido se acercó a él.

—Buen botín, *fratello*... —le dijo mientras veían como transportaban el licor del mercante al *The Stronghold*.

Salvatore observaba a Davis y a Harris hablando entre ellos en voz baja.

—No parecéis contento... —aseguró Guido instantes después.

Gennaro, uno de los marineros italianos del *The Stronghold*, habló:

—*Capitáno, il liquori e alimenti... sono a bordo.* («Las vituallas están a bordo»).

La tripulación comenzó a subir a bordo del *The Stronghold* despejando la cubierta del mercante. Habían terminado de saquearlo.

—*Stronzo*... ¡bastardo! —espetó Salvatore contra Davis mientras fijaba su vista de nuevo en él—. Ese borrego... hijo de satanás, está mintiendo... En este barco hay algo más.

Sabía que le ocultaba algo. Observó de nuevo la cubierta en busca de algo inusual. Sus hombres ya habían entrado en los camarotes del capitán y el Primer Oficial. Habían revisado todo. No había nada oculto. No había camarotes para pasajeros... porque no era un barco de pasaje.

El almirante McHanagan observó con un suspiro de alivio, a través del catalejo, que los piratas comenzaban a regresar a su barco por las cuerdas y escalerillas.

Pero el almirante había sentido alivio demasiado pronto.

CAPÍTULO 5

—¡Capitán!

El pequeño grumete Hazhim gritó y corrió rengueando por la cubierta del mercante.

—¡Capitán!

Guido y Salvatore voltearon casi al mismo tiempo.

Hazhim acompañaba a los piratas que habían encontrado a una mujer de mediana edad, de oronda figura y de pelo rojo muy corto, como un hombre. Llevaba una túnica de lana, color pardo, y la arrastraban contra su voluntad.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó Guido observando con abierta impresión al inesperado descubrimiento.

La asustada mujer temblaba de miedo y sus lágrimas corrían como una cascada por su enrojecido y regordete rostro.

Todos los hombres del *The Stronghold* aullaron como lobos por ella, sedientos al verla. Se oyeron una serie de obscenidades. Aquellos hombres discutían sobre quién la había visto primero y quién gozaría de sus atenciones.

—¡Dejadla en paz! ¡Cobardes! —exigieron Davis y el contramaestre Harris, tratando ambos de ponerse de pie y zafarse de los amarres de sus muñecas.

Davis observó al capitán del *The Stronghold*. Este lo observó a su vez con una oscuridad mortal. Lo que Davis vio, la determinación en la depravada expresión, le indicó que en efecto ese día moriría en alta mar, lejos de su esposa y de sus pequeñas hijas.

Rose vio al hombre de cuerpo enorme como un oso, que vestía íntegramente de negro: casaca, camisa, calzas y tricornio. Él la miró. ¡Oh, Dios, que el Cielo la amparase! Todo era oscuridad y desesperanza en ese hombre, pensó Rose. Y en todos aquellos piratas, hombres del demonio.

Salvatore desvió pronto su mirada de la gorda y llorosa mujer y se fijó de nuevo en Davis. Cerró la distancia entre ellos y levantó del suelo al capitán del mercante, fácilmente, cogiéndole con una de sus enormes manos por el cuello. Lo alzó unos veinte centímetros para ponerlo a la altura de sus ojos. Los pies le quedaron pendiendo como campanas sobre la cubierta. Aquella mano retorciendo el cuello,

cortando alevosamente la respiración de su víctima.

Davis comprendió la fuerza brutal de aquel hombre que le sacaba por lo menos una cabeza y media de estatura, y eso que él siempre se había considerado alto. Pero aquel hombre era un animal, se dijo. Sintió el inconfundible frío del filo de una daga bajo su garganta. Pensó en su bella esposa, en sus pequeñas y adorables hijas. No quería tener miedo a la muerte, a no verlas nunca más, pero lo tenía.

—Os pedí que no mintiera, Davis. Os he dado una oportunidad y la habéis despreciado... Es una pena.

Theodore lo miró a los ojos. Allí no vio más que la desolación anterior. Un hombre al que poco le importaba la vida, alguien que no tenía nada que perder, como el resto de desalmados que lo acompañaban.

Y aun así, siendo presa de su miedo, contestó:

—Dejadla en paz... por favor.

—¿Quién es?, ¿hay más mujeres en este barco? Decid la verdad y os daré una muerte con poco dolor. —Davis miró la sonrisa diabólica del hombre que tenía su vida en sus manos—. Hoy me siento... generoso. ¿Quién es esa mujer y qué hace en este navío?

Davis se mantuvo en silencio. Cerró los ojos y comenzó a rezar en la intimidad de su conciencia.

—¿Es vuestra puta, Davis? ¿Os dedicáis a llevar rameras al nuevo mundo?

Theodore abrió los ojos de repente, detuvo sus oraciones y respondió indignado.

—¡Soy un hombre honorable, capitán! No comercio con personas ni transporto prostitutas. Esa mujer no es más que una criada. Sí... una criada que... que viaja para reunirse con su señora. Le hemos dado pasaje para la travesía. Eso es todo.

Davis observó a Rose y rogó porque esta no hablara. Era suficiente con que la descubrieran a ella. Apelaba a la entereza de la mujer y a su fe.

—Theodore. Hombre... honorable. —El capitán Cuervo chasqueó la lengua — Creo que mentís de nuevo. Tenéis coraje —asintió mientras decía—. Yo aprecio el coraje en un hombre, en realidad. Pero no admito que me mientan. Y vos estáis mintiendo —sentenció sin emoción alguna por lo que iba a hacer, mientras sacaba lentamente la daga de su fajín negro.

Davis lanzó un gemido de miedo e inspiró con fuerza buscando ese coraje que había citado el pirata. Cerró los ojos. Moriría en manos de un infame como aquel, lejos de su mujer y de sus hijas, pero no iba a revelar nada. Otra vida estaba en juego y él era el capitán del barco, el responsable.

Se oyeron los rugidos de los piratas motivando a su capitán.

—¡Terminad con ese mentiroso, capitán!

—¡Los perros mentirosos no deben vivir! ¡Lo mataremos nosotros y dadnos por recompensa a la mujer!

Davis abrió los ojos y miró a Rose, suplicando en silencio que no hablara, que fuera fuerte ante su destino, ante el destino de todos a manos de aquellos criminales.

—Hablad, bastardo. O dejaré a mis hombres a vuestra... criada.

Davis lanzó un gemido de horror al oírlo. Pero se mantuvo incólume.

El pirata sonrió diabólicamente, y el aro de plata que pendía de su oreja izquierda brilló con la misma malicia de aquella horrible mueca.

—Bien... habéis elegido vuestro día de morir —susurró el Cuervo enterrando con pasmosa frialdad la punta de la daga en el cuello de su víctima.

Los gritos de los piratas aumentaron, alentando a su capitán.

—Os deseo buen rumbo al infierno, capitán Davis. Espero que oigáis los gemidos de la puta gorda mientras da placer a estos pobres hombres que llevan dos meses sin una vaina donde meter sus pollas.

Rose sollozó con terror al oírlo. Quería rogar por él, por ella. Pero se le había cerrado la garganta.

El contramaestre Harris pidió clemencia. Clemencia. Salvatore dejó de sonreír y su rostro se volvió granito. Nadie pidió jamás clemencia para él. Nadie había tenido jamás clemencia con él. Observó a Harris. Observó a la mujer. Después los interrogaría. Y, tal vez, habrían aprendido la lección de sangre con su capitán y hablarían sin ocultar nada.

Un hilo fino de sangre apareció en el cuello de Davis.

—¡Degolladlo ya, capitán! ¡Los perros malsines deben morir!

Y fue entonces, cuando toda la oscuridad que había cubierto el cielo se abrió paso ante una suave luz.

Salvatore se dio cuenta de que todo cesó. Las risas de hienas de sus hombres. Las obscenidades. Las apuestas. Todo cesó.

Y volvieron a escucharse únicamente los barcos balanceándose y el sonido de la tibia brisa marina.

—*Capitáno...*

Guido susurró rompiendo el silencio.

Salvatore levantó su vista y detuvo el movimiento mortal de la daga en su mano.

—*Un angelo...* —oyó decir.

El capitán Cuervo observó a Guido.

Observó al resto de sus hombres, reteniendo aún la vida de Davis en sus manos, y dirigió su atención hacía el lugar donde todos observaban con estupor.

Su aliento abandonó repentinamente su cuerpo.

CAPÍTULO 6

Un ser iluminó la cubierta del navío apresado. Una imagen inmaculada, etérea, que le hizo recordar aquellas de los ángeles en los vitrales de la iglesia de Boloña. Aquellos ángeles a los que su madre rezaba ilusamente, pidiendo piedad de rodillas por su miserable destino y el de sus hijos. Era igual a los ángeles a los que rezaba su madre para mitigar el hambre, el frío y la desesperanza.

Su rostro hermoso tenía una expresión serena. Su larga cabellera que llegaba hasta mucho más abajo de las caderas era tan dorada, desplegada gloriosamente por el viento sobre la suave silueta de un cuerpo delicado, formando en torno a ella un halo de luz. Vestía de blanco toda ella, con una prenda sencilla y una suave estola cubriendo su cabeza y sus hombros. Estaba descalza, y sus pies eran pequeños y blancos.

—Es... la dama blanca de los mares —susurró Willkinson. Aquella era una de las muchas leyendas de marineros.

—Sí, debe ser ella... —dijo otro.

—¡Milady! ¡No! —Davis gritó, intentando zafarse, aun teniendo la daga del pirata amenazando su vida bajo su garganta.

Las habían descubierto a las dos. Las había provisto a cada una de una pistola para el caso de que fueran atrapadas por los piratas. No eran para defensa, pues ninguna la habría recargado a tiempo. Ninguna sabía hacerlo. Sus destinos estaban dictados. Los horrores que se escuchaban en los muelles sobre mujeres apresadas en alta mar por menesterosos como aquellos eran indecibles, impensables.

Y por eso Davis dijo derrotado al hombre que tenía su vida en sus manos:

—Matadme, si con eso podéis llenar vuestro negro corazón... Si es que lo tenéis. Pero no le hagáis daño a las mujeres. No pueden oponer defensa alguna. Capitán... pido compasión para las damas y acepto mi destino y el de mi tripulación.

Y así fue como Rose despertó del letargo de miedo que la había inmovilizado y silenciado.

—¡Milady, que Dios nos asista! ¿Por qué habéis venido? ¡Por qué, niña mía!

De súbito, Davis fue lanzado al suelo como un despojo inerte sobre el que nadie

tiene interés. Este pretendió ponerse de pie de inmediato para impedir que aquel infeliz se acercara a lady Campbell. Pero tan pronto lo hizo, la daga amenazó de nuevo su garganta. La crueldad lo miraba otra vez a los ojos.

—Ah, Davis... pero es que yo no tengo compasión. —Y un hilito de sangre se deslizó por el cuello de Davis, quien gimió quedamente por el dolor—. Si volvéis a moveros, hombre cobarde y estúpido, os mataré delante de estas mujeres —declaró el capitán Cuervo a Davis con una tranquilidad mortecina, mientras que sus negros ojos volvían a dirigirse a la inmaculada imagen.

Uno de los marineros piratas corrió para mantener atrapado a Davis, cuando Salvatore ya se había apartado de él perdiendo totalmente el interés.

—¡Milady! —gritó Rose de nuevo cuando vio que el nefasto capitán se acercaba a Charlotte.

—¡Callaos ya, maldita mujer, vais a dejarnos estúpidos con vuestros gritos! —espetó Guido, dándole un empujón. Él tampoco podía quitar sus ojos de la blanca dama.

Lo mismo le ocurría al resto de los hombres. Aunque habían salido ya de su impresión. No era un ángel, no, sino otra mujer, de carne, hueso y sangre. Pero aún aguardaban en silencio.

Y Charlotte escuchó los pasos arrogantes, el sonido de unas botas sobre la húmeda madera de la cubierta. Él. Él estaba cerca. Muy cerca. Percibió un aroma a tabaco, a cuero, y licor. Y por alguna razón que su mente no pudo explicar, y seguramente no tenía ninguna explicación, ella no temió. Tal vez había encontrado valor, se dijo. Tal vez rezando como había rezado, tras oír el primer disparo de cañón, había conseguido la calma para enfrentar su terrible destino.

Salvatore se acercó lentamente, como un oscuro demonio se acerca a un ángel. Se detuvo a solo unos centímetros de ella, tan cerca, tanto, que pudo percibir su aroma. Una fragancia suave y limpia. ¿Era ese el aroma de un ángel?, se preguntó. Y la contempló con descarada avidez, de arriba a abajo, lentamente, bebiendo de esa imagen como si fuera su derecho legítimo. Era una joven mujer. Observó el asombroso color amatista y la luz de aquellos magníficos ojos. Él jamás, ni en todos los puertos y mares, había visto unos ojos como aquellos, ni un rostro como ese. No había marcas ni pecas, ni siquiera lunares en aquella piel de alabastro casi translúcida. Recorrió con su perversa mirada el suave mentón, los pómulos, la nariz y de nuevo aquellos ojos con forma de almendra de aquel intenso color violeta. Se dio cuenta de que tanto las cejas como las largas pestañas eran doradas, tan doradas como la larga cabellera, tan doradas como el oro más puro y resplandeciente. Una dama blanca y dorada. De carne y hueso. No era un ángel celestial, aunque pensó que bien podría ser

expuesta en cualquier catedral y ser adorada como tal. Observó los labios delicados que parecían dos pétalos jugosos de rosas. Luego contempló sus ojos de nuevo.

Había algo más en ella, advirtió, algo más en esos ojos, algo más que se proyectaba desde lo hondo de esas profundidades amatistas. Había paz en ellos. Había luz... y bondad.

Ah, la bondad, pensó el hombre cruel. La bondad era para los nobles de los reinos, se dijo, que vivían lujosamente en sus enormes y ricas casas rodeados de decenas de sirvientes, heredando tierras y fortunas por su derecho de sangre y sin mover un músculo de sus inoficiosos cuerpos. Bondad. No había bondad para los hombres y mujeres de los muelles. No había bondad para los desgraciados que nacían en la miseria. Perdían su bondad antes de aprender a caminar. Sus vidas eran miserables. Y sus muertes eran más miserables aún. No había bondad. Él jamás conoció la bondad.

Sin embargo, los ojos negros y sanguinarios bebieron una vez más de aquella bondad como un hombre sediento que necesita beber para vivir. Y ella, tan serena. «Intocable para los mortales», pensó el capitán Cuervo. No era una criada, ni una ramera. Era una dama virtuosa, de eso no tenía duda. Y siendo una delicada y virtuosa dama, cuya dorada cabeza a duras penas le llegaba a él a la altura del pecho, no se había asustado, ni había llorado con histeria ante su cercanía, como muchas otras damas lo hacían con tan solo observarlo a lo lejos, con tan solo tener cerca a un dragón de aquellos mares. Un rufián. Un demonio.

—*Bellezza* —susurró Salvatore mientras la devoraba con su mirada oscura y nefasta, muy cerca, arrastrando en su lengua natal cada sílaba—. *¿Da dove vieni?* —su voz ronca y sin aliento.

«¿De dónde vienes?», le había preguntado. Charlotte entendió esa frase. El padre Estefano hablaba en aquella lengua derivada del latín, el italiano. Pero él no le permitió ni pensar en esos instantes.

—Os he preguntado de dónde vienes —repitió el pirata en inglés, con un más que obvio tono de advertencia.

Inconscientemente, ella dio un paso atrás apretando con su mano la unión de la estola que cubría su cabeza y sus hombros del viento. Sus labios se entreabrieron intentando decir algo, pero no pudo.

Ese gesto captó aún más la intensa atención del infame capitán. Arrastró su mirada a la jugosa boca. Luego la miró directa e intensamente a los ojos.

Pero ella no le correspondía.

Ella no lo miraba.

Ella mantenía sus ojos amables, luminosos y puros, apartados de él. Naturalmente.

Y entonces él alzó su mano.

Y Davis, Rose y Harris, así como algunos marineros de la tripulación del mercante, exclamaron cuando advirtieron el gesto del pirata.

—¡Por favor, no le hagáis daño! —gritaron—. ¡Por piedad!

Charlotte sintió una mano grande, tosca, unos dedos fuertes que con impensable suavidad se cerraron como garfios de hierro ardiente sobre los suyos, que mantenían cerrada la estola bajo su mentón.

El capitán ladeó su cara para contemplarla mejor. Captó el suspiro de ella ante el contacto entre sus manos. Ella no gritó ni se apartó de él. Cerró entonces su enorme mano sobre la de ella, y sintió sus pequeños y finos dedos, y la instó a aflojar la estola para descubrirla al completo.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Salvatore en inglés. Su voz se volvió más ronca y baja— ¿Quién sois... milady?

La estola cayó al suelo.

Y el dorado cabello, que antes solo se dejaba entrever sobre las caderas femeninas, estaba totalmente al descubierto formando un hermoso halo dorado en el rostro del ángel.

—Contestad, mujer, os he preguntado quién sois y a dónde os dirigís —dijo entonces amenazante y haciendo entonces presión con la mano que envolvía la de ella.

—Charlotte Campbell, señor —contestó al fin Charlotte con serenidad—. Nuestro barco partió de Inglaterra rumbo a las colonias de América.

—¿Sois inglesa?

—Sí, señor.

—¿Quién es esa mujer que os acompaña? —señaló a Rose—. Y no me mintáis, *signorina*.

La forma en que dijo la última frase sí produjo un temblor a Charlotte. Ese hombre no necesitaba gritar ni espetar duras palabras para demostrar su autoridad y voluntad.

—Es la hermana Rose, señor.

—¿Hermana?, ¿acaso... sois monjas?

Él sabía que ella no. De lo contrario no le habrían llamada «milady». Todas las damas nobles que ingresaban en alguna orden religiosa perdían su estatus y su título. Pero si ella lo fuera, poco le habría importado.

—Solo ella, señor. Yo, no —confirmó Charlotte.

—¿Hay más mujeres en este navío?

Ella seguía sin mirarle a los ojos. ¿Para aquella dama, él ni siquiera era digno de que lo mirase? No, no era digno de su atención. Y ella le demostraba su desprecio de aquella forma. Era una dama, aun llevando aquel sencillo camisón de dormir, aún en

su desventajosa situación, y por consiguiente lo trataba con displicencia.

—¿Tengo que repetiros las preguntas, milady? —repitió—. ¿Hay alguna otra mujer o niños?

Guido, que escuchaba aquellas palabras, se sorprendió de tanta paciencia por parte de Salvatore.

—No, señor. Solo nosotras. Que yo sepa no hay niños.

El Cuervo volvió a mirar el sencillo y virginal camisón. Obviamente debieron verse sorprendidas en el ataque. Era evidente que aún dormían cuando todo ocurrió.

—¿Por qué viajáis hacia las colonias?

—Mi... mi padre es Michael Campbell —respondió Charlotte—. Fue el barón de Courtmerris en Inglaterra, señor. Pero hace años que vive en las colonias británicas. Me dirijo a su encuentro.

Salvatore esbozó una sonrisa torcida, ladina y malvada, pero no solo por esa información, sino por la melodiosa y educada voz de la dama. La expresión del capitán en esos momentos habría conseguido que el más arriesgado de los hombres corriera por su vida.

—Barón —repitió Salvatore—. ¿Y vuestro esposo, milady? —preguntó en tono bajo, pero no menos amenazador, observando de nuevo el castillo de proa, particularmente a los camarotes y el lugar de donde habían traído a la hermana Rose y de donde seguramente había venido la mujer.

—No tengo esposo, señor —contestó ella.

Las mareas comenzaron en ese momento a inquietarse y el sosiego de las olas a desaparecer. El mercante se balanceó con un fuerte movimiento, aunque los marineros de ambos navíos permanecieron casi inamovibles, acostumbrados a la inestabilidad del mar.

Pero Charlotte nunca había viajado en barco. Nunca. Solo había abordado barcos en sus sueños, después de que la hermana Mesmerice le relatara a escondidas aquellas historias en su claustro, sobre aventuras en lejanos parajes, sobre amores imposibles.

Pero aquella no era una de las historias de la hermana Mesmerice donde acudiría a su rescate un hermoso caballero. Aquella era la realidad. Y temió caer al mar. Estaba muy cerca de la barandilla del barco. Podía oler la sal, oír el choque de las olas a los costados del navío. Levantó sus brazos y manos, aterrorizada, intentando con desespero asirse a cualquier cosa.

El barco se balanceó entonces más fuerte. Y se cortó su aliento cuando un brazo grueso como un tronco de roble, implacable, rodeó su cintura y la sostuvo con determinación, presionando con descaro su cuerpo al otro cuerpo, duro e imponente.

Charlotte se asió a unos hombros fornidos, inequívocamente masculinos. Y el olor a

tabaco, ron y cuero, invadió todos sus sentidos.

El silencio casi celestial que había imperado hasta el momento se rompió con silbidos atroces y vítores obscenos. Surgieron las frases vulgares de los piratas.

—Capitán, ¡aprovechad!, los mares están de vuestro lado... ¡Mostradle a la dama lo grande y poderoso que es vuestro arpón! ¡Hacedla chillar!

Gennaro, uno de los marineros italianos, le pegó con su gorro al que había dicho aquello. Él aún creía que aquella mujer era un ángel que había venido de los Cielos.

—*¡Sporco!* —«Cerdo», le había dicho —*¡Guardare la bocca contro la donna!*

Davis y el contramaestre murmuraron, lamentando que las damas tuvieran que oír la vulgaridad de aquellas palabras. Aunque se consolaron con la certeza de que sencillamente no las comprenderían.

—¡Dejadla en paz, miserables! —gritaron Harris, Davis y el Primer Oficial.

Charlotte se asía con fuerza aún de aquellos hombros formidables. Y oyó seguidamente un cañonazo de aviso que rugió después desde el buque de guerra.

El almirante McHanagan dio la orden de detonar un cañonazo. Observaba con el catalejo, pero poco podía apreciar. ¿Qué había ocurrido? Estaba seguro de que todo había terminado. Habían robado la carga de licor y los piratas se disponían a abandonar el mercante y levar anclas. ¿Las habían descubierto? A Dios rogaba que no. Intentaba divisar la cubierta, pero el movimiento de las olas se había intensificado haciendo imposible concretar la situación, pero no estaba dispuesto a seguir esperando. ¡Ya era suficiente con que esos piratas saquearan un navío comerciante frente a un buque de guerra de la Marina Real sin que pudieran hacer nada!

El hombre infame y cruel no oyó aquellas frases obscenas ni los gritos de los abordados. Tampoco el disparo de cañón. Era como si allí solo estuvieran ellos, él y la blanca dama. La contempló intensamente. Pero la suave mirada violeta se resistía a fijarse en él. Y la ira comenzó a cobrar vida en su alma perversa. Su ira siempre era peligrosa... mortal.

Charlotte, asustada, percibió la respiración profunda, tibia, y el calor del otro cuerpo. Sintió entonces cómo los mismos dedos toscos y fuertes tomaron con inesperada delicadeza su mentón y le hicieron levantar el rostro lentamente.

—Decidme, lady Campbell —susurró el capitán Cuervo muy cerca de ella—. ¿No soy digno siquiera de una mirada vuestra?

El cañonazo se reprodujo. Era la última advertencia para los piratas. Pero Charlotte no lo escuchó esa vez. Aquella voz la envolvió como en un sueño.

—*¡Capitáno! ¡dobbiamo andare!* ¡Espero las órdenes! —gritó Guido y se acercó a ellos.

Y sin dejar de contemplar a la mujer, Salvatore, después de meditar unos segundos,

dio sus órdenes mientras se separaba un poco de ella.

—Todos a bordo. Avisad al buque inglés que nos llevamos a esta mujer. Aseguraos de que lo sepan o nos harán pedazos tan pronto nos apartemos de este navío. Poned rumbo a estribor, trataremos de alcanzar catorce nudos. Izad todas las velas porque intentarán darnos caza. Cargad los cañones de babor.

—Sí, Capitán. ¡Presto!

Charlotte se obligó a salir de aquel sueño y entendió claramente las palabras «nos llevamos a esta mujer». Supo que se refería a ella. Y el miedo que no había sentido antes por aquel hombre acudió inexorable en esos momentos. Un frío gélido recorrió su espalda y le hizo temblar las piernas. El hombre se percató de ello y la estrechó aún más.

—No. Os lo ruego —rogó Charlotte en un débil tono de voz—. Hay algunas joyas. Se que algunas son valiosas. Puedo daros mis joyas... por favor.

Guido gritó a la tripulación las órdenes sin advertirles el rumbo que tomarían puesto que allí continuaban Davis y parte de la tripulación del mercante.

Cuando Davis escuchó que se llevarían a lady Charlotte, logró ponerse de pie nuevamente.

La hermana Rose también lo escuchó y comenzó a gritar, orando en voz alta y al mismo tiempo pedía y rogaba:

—No os la llevéis... ¡llevadme a mí en su lugar!

Todos los piratas comenzaron a acatar las órdenes, y un ambiente de nueva y ordenada actividad surgió. Unos terminaban de cruzar por los puentes y escalerillas, otros se lanzaban endiabladamente ágiles por las cuerdas de un barco a otro, llevando con ellos su pillaje particular de los enseres del mercante.

El barco volvió a balancearse fuertemente con las agitadas olas.

—Agarraos bien, *bellezza*, podríais caer al agua y no quisiera dar de comer a los tiburones un bocado tan magnífico como vos.

Salvatore se inclinó mientras decía aquello, ignorando los ruegos de Rose, pasó un brazo enorme y grueso tras las rodillas de Charlotte y otro por su espalda. La alzó en sus brazos como si no pesara más que la espuma del mar. Ella emitió un chillido y rodeó por inercia el grueso cuello masculino con sus brazos, con todas sus fuerzas, temiendo caer al mar. Y cuando ella comprendió lo que ocurría, todo ya era caos a su alrededor. La estaban raptando.

La hermana Rose corrió hacia ellos. El capitán Davis intentó, aún con las manos atadas a la espalda, impedir que el pirata se llevara a lady Charlotte.

Gritos, llanto, un ruido ensordecedor. Todo aquello la abrumó. Nadie de los allí presentes podría saber lo que era vivir aquella situación en su condición. Nadie sabía

lo que era estar viviendo aquello, desde que escucharon el primer cañonazo de la mañana, desde que se habían ocultado ella y la hermana Rose, desde que Davis les había indicado que si el mercante caía en manos de los piratas se quitaran la vida pues eran bien conocidas las atrocidades que cometían esos viles hombres sobre las mujeres. Pero ninguna de ellas tuvo el valor para eso cuando escucharon los pasos de los invasores sobre su escondite.

Aferrada al cuello del hombre que la llevaba en sus brazos, Charlotte escuchó un disparo de pistola, después el inconfundible olor de la pólvora. Un gemido de horror y desesperación desgarró su pecho. Enterró su rostro en aquel robusto cuello con aroma a tabaco y ron. Se aferró aún más a él, pues era lo único que tenía en esos momentos.

El contramaestre del mercante yacía en el suelo, su pierna cubierta de sangre. Se había abalanzado sobre el infame pirata tratando de arrebatarle a la mujer que llevaba en brazos. Y este, diestro en la trampa y en la vileza, deslizó con facilidad sus manos, aunque ocupadas en sostener el ligero y trémulo cuerpo femenino, sacando de su faja la pistola de doble cañón recortado.

Salvatore pensó en dispararle al pecho, pero el gemido de horror de la mujer que llevaba en brazos desvió su brazo. Y entonces disparó a la pierna de su oponente. Pero continuó su camino. Y antes dijo a Davis:

—Decidle al barón que tengo a su hija y pido por ella quinientas libras en monedas de oro. Recibirá noticias de este servidor al comienzo del verano. Theodore Davis, me habría gustado mandaros al infierno por mentiroso hijo de puta... pero no todos los gustos son posibles, ¿verdad? *Piacere*, capitán —le dijo con ironía y en gesto burlón.

Guido golpeó con fuerza a Davis, dejándolo finalmente inconsciente y siguió tras Salvatore. Se prepararon para cruzar hacia el *The Stronghold*.

Y solo por algo que la hermana Rose gritó con desgarró, el capitán del navío pirata se detuvo.

Rose se interpuso en el camino de ambos hombres, se arrodilló ante los piratas.

—Llebadme a mí también. ¡Me necesita! No lo comprendéis, por el amor de Dios. Por clemencia. Un poco de compasión... ¡es ciega! Completamente ciega.

CAPÍTULO 7

Salvatore se detuvo abruptamente.

Y observó a la temblorosa figura que llevaba en sus brazos. La dama se aferraba a su cuello con fuerza y respiraba violentamente, asustada, emitiendo un extraño sonido de sufrimiento que era casi inaudible. Pero él lo oía.

Ciega.

La contempló durante instantes indescifrables. Podía desistir. Podía dejarla en el mercante. Él no comerciaba con personas. Nunca lo había hecho. Nunca se llevaba a nadie en los abordajes.

Rose estaba aún de rodillas frente a los hombres, esperando y pidiendo aún que la llevaran junto a lady Charlotte.

—Por favor, llevadme con ella... —Rose siguió rogando.

Guido, que se disponía a asir una de las sogas y ganchos con los que habían hecho el abordaje, observó fijamente al capitán.

Salvatore conocía esa mirada.

—¿Estáis seguro, *fratello*? —le preguntó en voz baja.

El capitán asintió con seguridad ante su contramaestre.

La hermana Rose se acercó más. Y comenzó a hablar rápidamente como si temiera que no la escucharan.

—Llevadme con ella. Jamás ha estado sola. Oh, señor, por Dios os lo pido. Ha vivido siempre en una Abadía, señor, con nosotras las monjas desde que era una niña. No conoce nada del mundo. Es completamente ciega. Tened clemencia. Os ruego compasión. Dejadla, o llevadme con ella...

Charlotte escuchó a Rose y extendió su mano hacia ella con ansiedad.

—Rose... —susurró sin aliento sobre el hombro del pirata.

Otro cañonazo se escuchó esta vez. Pero provenía del *The Stronghold* respondiendo al buque de guerra. Indicaban su partida sin enfrentamiento.

Salvatore meditó rápidamente sobre el asunto. Dejar a la dama, dejarla libre o llevar con ellos a aquel incordio... la monja quisquillosa y llorona. Observó a Guido de nuevo y luego a la oronda mujer. Sintió como el ángel enterraba el rostro en su cuello

y reprimía una respiración inconstante y profunda aferrándose con fuerza a él, guardando silencio. Miró a la monja de nuevo. Y decidió rápidamente, como siempre.

—*¡Portare a la soura!* —«Traed a la monja», ordenó Salvatore sin más dilación.

—*¡Sí, capitáno!*

La hermana Rose se vio elevada por los aires y cargada al hombro huesudo de Guido como si ella fuera un saco de cebollas. Para ser tan tremendamente flaco tenía una fuerza impresionante.

Ambos piratas tomaron las cuerdas con las que otros ya habían pasado de un barco a otro.

—Un delicioso botín el vuestro, *capitáno* —bromeó Guido, admirando la larga cabellera dorada de Charlotte movida con el viento como el más hermoso estandarte—. No me extraña que rompáis nuestra costumbre de no tomar cautivos. Espero que al menos lo compartáis como es ley del mar.

Salvatore sonrió maliciosamente con una mueca que convirtió su rostro barbado en el de un demonio.

—Eso lo pensaré, *fratello... más tarde*.

Con aquella sonrisa diabólica, mientras sostenía al citado botín en sus brazos, el capitán pirata dio un salto experto hacia el su navío. Y ambos hombres dejaron por fin el paquebote mercante teniendo que soportar los gritos de la hermana Rose mientras.

El *The Stronghold* tomó rumbo con la rapidez insólita. Pronto desapareció en el horizonte como si se tratara de un cuervo negro, ante la indignación del almirante McHanagan y la tripulación del *St. Jules*. No podían seguirlos en ese momento y cargar contra ellos después de ser informados de que los piratas habían tomado cautivos.

Y cuando abordó finalmente al mercante se encontró con un escenario desolador. No eran miembros de la tripulación los cautivos, sino que la hermana Rose y lady Campbell habían sido raptadas, varios hombres heridos; el de peor estado era el contramaestre Harris con un disparo en la pierna, y Davis con una herida importante en la cabeza. Otros encerrados en las bodegas, dichas bodegas saqueadas vilmente, los aparejos destrozados, los pocos cañones inutilizados.

McHanagan ordenó que el médico del *St. Jules* subiera a bordo de inmediato para que atendiera a los heridos. Así como dio órdenes de iniciar reparaciones en el paquebote para poder levar anclas y llegar a puerto.

Davis le puso al corriente de lo ocurrido cuando pudo y un horrible dolor de cabeza. Pacientemente le contó las canalladas de los piratas y apretó los puños al relatar el interés del Cuervo por Lady Charlotte.

El Almirante lo escuchó compungido. Había fallado. Le había fallado a su amigo, el barón Campbell. Le había confiado el transporte de su hija a las colonias británicas. Y le había fallado. Además, debía ser portador de malas noticias. Debía poner rumbo a Nueva Inglaterra cuanto antes. Pidió a Dios por el destino las mujeres, pues nada podía hacer ya por ellas. Tal vez podrían ser rescatadas, tal vez serían entregadas después del pago. Aunque todos sabían lo que les ocurría a las mujeres que eran capturadas en alta mar.

—Nunca había escuchado que ese hombre hiciera prisioneros ni que se dedicara al secuestro en alta mar —dijo McHanagan.

—Creo que no les hará daño, almirante. Se pondrá en contacto para el rescate...

Davis hablaba aferrándose a una inútil chispa de esperanza. Confiar en la palabra de semejante miserable, de un criminal sanguinario como aquel, era algo inaudito.

Y mientras aquella conversación tenía lugar en el mercante, había caído la noche en alta mar. En el *The Stronghold* una armónica comenzó a dar sus tonadas junto a risas acompañadas de las correspondientes obscenidades.

Charlotte y la hermana Rose, abrazadas la una a la otra, temblando, solo entendían algunas dichas en inglés. Y agradecían que fuera así porque a duras penas podrían resistir más. Las habían encerrado en un camarote. Era pequeño, oscuro y olía a licor. La hermana Rose ya se lo había descrito. Tenía escasos muebles. Tenía una sucia hamaca colgando de unas argollas del techo y un armario que se hallaba debidamente cerrado. Rose intentó moverlo pensando que podría tener alguna puerta trasera, temiendo que por allí apareciera algún desaprehensivo y las atacara. Pero el armario estaba, de hecho, bien anclado a la pared.

Después del terror inicial, después de haber orado y suplicado el amparo de Dios, Charlotte y Rose se fueron tranquilizando.

—Oh, milady, ¿qué será de nosotras? Escuchadlos... creo que esta noche caerán todos borrachos.

La juerga que había en la cubierta y las bodegas se podría escuchar a muchas leguas.

Charlotte asintió y tomó de las manos a la monja.

—Sí. Tal vez se olviden de nosotras. Eso espero. ¿Rose?

—Sí, niña mía.

—Nunca podré pagar lo que habéis hecho por mí. No debiste venir, Rose. Jamás podré agradecer lo suficiente... jamás debisteis compartir mi destino...

Y la voz de Charlotte se quebró por la emoción. La hermana Rose la abrazó.

—Si no me hubieran llevado con vos, me habría lanzado a este barco antes de que ellos se dieran cuenta. Oh, sí... podríais contar con ello.

—Oh, Rose, ellos podrían haberos hecho daño. ¿Estáis segura de que el señor Harris solo fue herido en la pierna? ¿Estáis segura de que no morirá?

La hermana Rose le había narrado lo ocurrido.

—Recemos al Señor para que sea así —contestó la monja.

—Tenemos que pensar en un plan.

—¿Un plan? Estamos a bordo de un barco de canallas en alta mar. ¿Un plan para ir adónde?

—Un plan para mantenernos a salvo, Rose. Creo que... que al menos respetarán vuestro hábito.

Ambas hicieron silencio, dudando de aquello. ¿Unos criminales que respetan a una monja? Y en la remota posibilidad de que fuera así, ¿con qué motivo respetarían a Charlotte?

—Eso deseo pensar —declaró Rose—. Espero que pueda hablar con ese engendro del demonio mañana, el capitán de este barco, y que me escuche y nos deje en algún puerto donde podamos buscar ayuda.

—¿Quién es él, Rose?

—No lo sé. Fue muy poco lo que pude oír, ya os lo he dicho. ¡Oh!, solo puedo decir que es un engendro del demonio, grande como un oso y malvado. Lo veo en sus ojos. Oí a uno de sus hombres llamarlo de una forma abominable... «Cuervo». ¡Que Dios nos ampare, niña!

En ese momento la juerga era amenizada no solo por la armónica, sino acompañada por algún instrumento de cuerda que no pudieron descifrar. Las obscenidades que oían o podían entender eran peores conforme llegaba el anochecer. El licor comenzaba a causar sus efectos en la tripulación. Los peores efectos, se temían.

Guido degustaba el fino coñac incautado en el mercante y observaba al capitán. Esa noche, este no bebía su preciado ron. Estaba sentado en la cubierta, ligeramente apartado de sus hombres, apoyando una bota sobre un barril. La pistola como siempre: en la faja junto a la daga. El sable apostado a un lado del barril, presto para su uso.

El capitán estaba pensativo, rascándose la oscura barba de vez en cuando. Fumando un puro y limitándose a reír ante las frases soeces que los hombres hacían sobre sus proezas en el lecho y sobre las mujeres que decían conocer en cada puerto en el que habían atracado. El resto de la tripulación que debía mantenerse en sus puestos estaba sobria y alerta.

Guido sabía que el capitán no bebería esa noche. Esa noche debían mantener el orden en aquel navío, donde muchos de esos borrachos contemplaban el castillo de proa porque allí se hallaban las mujeres.

—Habéis perdonado la vida de esos mentirosos. La única vez que os he visto perdonar una vida... ha sido porque has perdido la oportunidad de arrebatársela.

Guido sacó de sus cavilaciones a Salvatore. Se estaba refiriendo al capitán del mercante y a Harris. Y no es que a Guido le gustara la muerte sin más, pero menos le gustaba la osadía de los hombres. Y aquellos dos habían sido muy osados al mentir y ocultar la existencia de las damas, y más a la hija de un barón inglés.

—Me estoy haciendo viejo, *fratello* —Salvatore le dirigió una sonrisa cansada y pensativa.

Ciertamente, esa tarde habría dos muertos en aquel mercante, pensó el capitán. Pero el susurro de terror de la dama... y no es que alguna vez la presencia de mujeres hubiera sido motivo para contener su brutalidad. No. Pero ella... estaba aterrorizada. Lo sintió en sus espasmos. Salvatore aún estaba asombrado de que una fina dama como aquella no gritara o chillara hasta matarlos a todos con su llanto. Reprimía el llanto más bien. Era silenciosa, recordó. Eso aún lo tenía pensativo.

Guido no estaba satisfecho con aquella respuesta, pero pasó a otro tema.

—Hace un mes y medio que navegamos —dijo el contramaestre mientras se sentaba a su lado —Ya tenemos un buen botín. Creo que es hora de arribar a puerto. Estos hombres necesitan agua dulce, grog y una mujer deseosa con buenas caderas. Y nosotros también.

Realmente, Guido quería preguntarle por qué había raptado a la dama. Ellos jamás lo habían hecho. El capitán Ingram había raptado a muchas personas en alta mar y cobrado buenos rescates que lo habían enriquecido. Pero ellos nunca hacían prisioneros en sus abordajes. No comerciaban con personas. Era la regla. Los prisioneros solo traían problemas. Muchos problemas cuando además eran mujeres.

Salvatore no respondió. Siguió fumando el puro con tranquilidad.

Ante el silencio de su amigo, Guido insistió.

—¿Por qué habéis traído a las mujeres, Salvatore? ¿Por qué a la dama? Es muy hermosa, lo entiendo, pero oí que os ofrecía sus joyas a cambio, dijo que eran valiosas. Esas mujeres están expuestas en este barco y lo sabéis muy bien —dijo señalando con el mentón a los hombres de la tripulación, borrachos y ansiosos.

Y en aquellos momentos, entre el toque sin tino de la armónica y la mandolina, se escuchó otra frase obscena. Uno de los piratas argelinos la había dicho, pero Salvatore solo retuvo unas palabras:

—Yo le metería la verga en la boca a la ciega y lo mejor es que ella ni siquiera sabría de quién es... ¿a que no?

Risas y vítores acompañaron aquel comentario.

—¿Eh, capitán?... —dijo uno de los marineros—. Aquí el «dos dientes» quiere

apostar a que una ciega no sabe quién le entierra la verga. Yo creo que sí, las mujeres saben quién es su hombre... ¡aunque no vean a dos en un burro!

Luego estallaron de nuevo las risas y silbidos del resto de marineros.

Pero el capitán Cuervo hizo silencio. Y todos... todos callaron. Inmediatamente. Todos sabían que aquel hombre era impredecible. Que en uno de sus accesos repentinos de cólera podía rajarse el cuello de un desgraciado desprevenido sin que este tan siquiera se diera cuenta. Sin embargo, aquel silencio fue quebrantado entonces por una horrenda carajada. Y el resto de los piratas suspiraron aliviados. Todos rieron junto a su capitán.

—¿Qué opináis... Cuervo? ¿Debo apostar en ello... eh? —insistió el marinero—. Dejadme a la moza ciega y lo comprobaremos.

El Cuervo dejó de reír y se levantó de repente, tan veloz que los demás solo vieron una estela negra, y rodeó el cuello del marinero con uno de sus enormes puños. Lo alzó en vilo y lo puso a su altura. A unos 30 centímetros de la cubierta. Sus pies pendiendo.

Todos volvieron a callar. El silencio volvió a cundir en el navío.

—He dado órdenes de que nadie toque a esas mujeres. Y por todos los infiernos que lo que más odio es repetir órdenes, bellaco. No tocaréis a esas mujeres. Y a la dama... ni siquiera la pondréis en vuestro asqueroso pensamiento.

Los piratas asintieron como si se hubiera dirigido a ellos.

—Sí... sí, cap... capitán.

—No os oigo. —Y cerró más el puño cortando el paso del aire a su víctima—. La mujer ciega... no pensaréis en ella, no pondréis vuestros ojos en ella. No la mentaréis. ¿Entendido, saco de mierda?

Y el hombre asintió varias veces, su rostro tomando un mortecino color azul.

Guido, como siempre, se mantuvo fiel y a la vera del capitán, mientras tomaba tranquilamente cortos tragos de su jarra de licor.

El argelino cayó al suelo, tosiendo y luchando por restaurar la llegada del oxígeno a su cuerpo. El resto de los marineros se quedaron en silencio.

Salvatore los miró a todos con aquellos ojos malignos. A todos, de uno en uno. Todos iban asintiendo.

Charlotte tenía los ojos cerrados. Era consciente de que el barco se movía sobre las olas con rapidez, aunque había bajado la velocidad hacía ya tiempo. En un momento de la noche y solo por unos instantes, las risas, los cantos y los instrumentos musicales habían dejado de sonar, para después comenzar de nuevo su desatinada

melodía.

En ese momento, oía a la hermana Rose roncar. Y sonrió resignada. Ni las peores calamidades quitaban el sueño a la monja. Muy bien lo sabía ella, que había compartido claustro en la abadía junto a esta desde los doce años.

Sin embargo, a Charlotte le sería imposible dormir, ni siquiera por abatimiento. Solo pensaba. Cuando aquella mañana la abadesa le leyó la carta que había recibido de su padre donde le pedía finalmente, después de tantos años, que enviara a su hija junto a él, ella había llorado, ni siquiera le había enviado una a ella directamente; ¡aunque no pudiera leerla! Después había tenido esperanzas, había reído, había soñado aquella mañana con volver a oír a su padre, con abrazarlo y compartir su vida con él. Ah, tantas cosas. Y tal vez jamás volvería a estar a su lado.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la melodiosa canción que los hombres entonaban en cubierta. Flamantes borrachos y desafinados. Terminaría aprendiéndola, pensó con resignación.

«De sus tetas gozaremos, pronto se la meteremos.

Remad, marineros, remad».

Y durante ese estribillo vulgar, Charlotte escuchó que la puerta del camarote se abría. Su corazón comenzó a latir tan fuerte que creyó que se le saldría por la boca. Aterrorizada, se arrastró hacia atrás sobre sus talones hasta llegar a una esquina de la pared del camarote y se rodeó las piernas con los brazos, protegiéndose, respirando angustiosamente.

Había alguien allí.

¿Uno de los marineros borrachos?

—Rose... —pudo decir con un hilito de voz—. Rose, despertad.

—Shhhhh... No temáis.

El corazón de Charlotte ralentizó sus latidos.

Era él.

Su voz.

Estaba allí, frente a ella. Si ella estaba sentada en el suelo y lo escuchaba tan cerca, era porque él debía estar en cuclillas a su lado.

Inexplicablemente, ella sintió alivio. Percibió al momento una caricia sutil en su mejilla. Cerró los ojos. Eran los mismos dedos... la misma mano, el mismo olor. Indignada consigo misma, al sentir alivio en lugar de repulsión ante ese contacto, Charlotte apartó su rostro de aquellos dedos. Y se pegó aún más a la pared buscando refugio.

No sabía que los negros ojos, la negra alma, la contemplaban con una malsana fascinación. Esa mirada se desplazaba lentamente sobre su rostro, sobre su cuerpo,

sobre la dorada cabellera.

Salvatore se maldijo en italiano y en otros idiomas. Era tan bonita que hasta le dolía mirarla. Se maldijo por sentir ese dolor, cuando hacía tantos y largos años que él simplemente no sentía... nada.

—¿Sois... sois vos? —preguntó Charlotte, aunque sabía bien la respuesta.

—Sí... ¿cómo lo sabéis, milady?

Salvatore vio el alivio en el rostro del ángel, sabiendo que era él. Pero ella, por Dios, no debía sentir alivio... porque él no había ido allí para tranquilizarla ni para protegerla. Necesitaba una mujer. Guido le había dado la respuesta a su inesperada e inusual decisión de raptarla. Él y todos sus hombres necesitaban una mujer. Y allí había dos disponibles y a su merced.

—¿Qué deseáis de nosotras, señor? —reconvino ella.

Salvatore observó por unos instantes a la enorme monja que roncaba. Se había movido un poco cuando la dama la había llamado. Pero en ese momento roncaba de nuevo sin percatarse de su presencia. ¡Buena centinela habría sido esta mujer! Pero tenía una buena contextura como para soportar a varios de sus hombres.

Después miró al ángel.

—Venid conmigo.

—¿Adónde?, ¿para qué, señor? —Entonces la alarma surgió en la voz de Charlotte.

El capitán logró salir de su oscuro estado de embelesamiento y endureció su expresión.

—He dicho que vengáis, milady, ¿o queréis que se lo ordene a la monja? —lo dijo en un tono abiertamente amenazante.

Charlotte entendió claramente. Y tomando aire, buscando valor, contestó:

—No... no. Iré yo.

Y el pirata se vio de nuevo sorprendido. La pequeña dama era valiente.

Ella intentó ponerse de pie, pero antes de que lo hiciera, la misma mano de dedos fuertes y tibios la asió por el brazo y la ayudó.

Charlotte accedió a acompañar a ese hombre, a donde fuera que la llevara. Un frío de terror recorrió su cuerpo en ese momento y más que nunca rogó el amparo de Dios. Tropezó al caminar, pues el hombre tiró de ella olvidando que era ciega y no podía seguirlo. Sabía que el hombre era muy alto desde que se asió a él en el barco mercante, y también por sus largas zancadas. Sintió en su rostro la brisa limpia del mar. Supo que estaban fuera, en la cubierta. Podía oír las olas que chocaban con los costados del navío.

Volvió a tropezar. Y esta vez calló de rodillas y manos. Trató de ponerse de pie de inmediato, de no fomentar la impaciencia y la ira del hombre.

Entonces algo inesperado ocurrió. Él tomó suavemente sus hombros, la ayudó a levantarse y... le pidió perdón.

—Perdonadme, *angelo* —susurró el capitán Cuervo en tono zalamero—. Soy un bruto. No estoy acostumbrado a damas en mi navío.

De nuevo estaba muy cerca de ella, como lo había hecho en el mercante. Peligrosamente cerca.

—Olvidaba que sois ciega —agregó, su voz ronca y muy grave, volviendo a recorrerla con su sedienta y malvada mirada.

Charlotte solo asintió, ignorante de aquella mirada oscura y peligrosa.

—Oh, soy yo la que no puede andar a vuestro paso... Lo siento.

Él estaba muy excitado. No era común en él estarlo. Para excitarse necesitaba una buena jarra de ron y los pechos grandes y jugosos de una mujer que conociera el arte de la fornicación. Pero en ese momento lo estaba, tan solo con el aroma de aquella dama blanca, con aquellos gloriosos ojos amatistas y luminosos, unos ojos ciegos llenos de bondad y nada de conocimiento del arte de la fornicación.

—¿A dónde me lleváis, señor? —Ella se estremeció, sin embargo, aquello lo preguntó con serenidad.

—¿Tenéis frío, milady? —Y luego añadió, saboreando el nombre con placer—. ¿*Carlotta*?

Y no pasó desapercibido para Charlotte que la había tuteado y además la había llamado *Carlotta* con un marcado acento italiano. Un acento que ella conocía muy bien.

—Sí. Tengo frío, señor... dejadme regresar junto a la hermana Rose.

Tenía miedo y tenía frío. Era muy cierto. Pero lo del miedo no pensaba revelarlo. Era obvio.

—No, milady. Os aseguro que encontraréis mucho calor en mi camarote —dijo el capitán con absoluta insolencia.

Charlotte abrió sus ojos violetas como platos, su mirada perdida y desenfocada. La mirada ciega se tiñó de pudor sin saber ciertamente por qué. Algo en aquellas palabras del hombre, tal vez. Había vivido desde los doce años en la abadía, pero no era tonta. Sus sentidos eran más agudos que en los videntes. La percepción, la intuición, el olfato, el tacto. «Encontraréis mucho calor en mi camarote». Ella pudo percibir que se escondía algo malo en aquella frase. Las monjas la habían prevenido de hombres como aquel. Siempre había hombres, viajeros que pedían alojamiento en la abadía por una noche o dos, hasta poder seguir su camino. Y ella era apartada enseguida por las Hermanas. Pocas veces pudo ella intercambiar palabras con algún viajero. Las monjas temían que alguno aprovechara la oportunidad de encontrarla

sola y le hiciera daño.

Así pues, tuvo conciencia real del peligro que corría en manos de aquel hombre. Y tuvo miedo de él por primera vez. No supo que además se ruborizó.

Y aquello produjo otro momento inesperado que la sorprendió y que lo sorprendió a él también: la risa sincera del capitán.

—Os ruborizáis, milady. Ah, es algo que había oído que ocurre a las mujeres, pero no pensé que fuera posible.

Ella se sonrojó aún más. Aquel hombre la había raptado, la asustaba y además se burlaba de ella.

—No me doy cuenta de ello, señor —contestó Charlotte con altivez, pero solo era para esconder su temor—. Y... y además no deseo buscar calor alguno en vuestro camarote, gracias. Por favor, llevadme de regreso, señor, si no tenéis nada más que decir.

—Salvatore —la corrigió él, resistiendo la risa ante la altivez de la dama. Ciertamente no le disgustaba. La encontraba muy digna de ser altiva.

—¿Eh?

—Salvatore... es mi nombre. Me temo que no me había presentado como es debido. Soy el capitán de este barco, *signorina*.

El pirata arrastró lentamente cada sílaba de la palabra «signorina» como si dijera algo muy íntimo.

Y ella volvió a ruborizarse. Y una sonrisa perversa se dibujó de nuevo en la cara del pirata. Sus ojos negros brillaron con malicia. Le gustaba el rubor de aquella pudorosa mujer.

—No necesito que os presentéis, señor —hizo énfasis en la palabra «señor», continuando con su pose digna—. Se bien quién sois, aunque no pueda ver. Sois... sois un hombre que saquea navíos decentes, que rapta a dos mujeres indefensas.

Otra risa sincera e inesperada del hombre la sorprendió. Él rio con fuerza. Nunca se había descrito... su «actividad» de una forma tan cándida.

¡Vaya!, por lo visto ese hombre gozaba de burlarse de ella. Charlotte se revolvió en esos brazos canallas que la sujetaban, para zafarse de ellos. Para su pesar, él la tomó esta vez de la mano y reanudó sin más el paso. La condujo por una estrecha cubierta, indicándole cada obstáculo, describiendo rápidamente por dónde pasaban. El ruido del jolgorio se hacía un poco más lejano. Supo que se habían apartado del lugar donde habían sido encerradas ella y la hermana Rose.

Se detuvieron finalmente; Charlotte oyó el ruido de una puerta. Se asustó y clavó sus pies aún descalzos en la madera de la cubierta. Se aferraría al marco de aquella puerta tan pronto pudiera asirse a ella, pero ese hombre no la llevaría a su camarote.

Y se mantuvo en silencio.

—¿Tenéis hambre? —le oyó decir, y además seguía tuteándola, pero ella aguardaba sin decir una palabra—. ¿O es miedo, *angelo*, aquello que os ha comido la lengua?

¿Hambre? Ese hombre la desesperaba, la atemorizaba, la desconcertaba.

Diavolo, espetó el capitán en su interior. Él no la había llevado a su camarote para alimentarla, sino para tomarla. Para hacer lo que acostumbraba a hacer cuando podía... aprovecharse vilmente de la indefensión de otro ser. Quería tocarla. Él quería probar el sabor de su piel pura y translúcida. ¡No alimentarla! ¡Que lo colgaran si había pensado en ello! Quería hundirse como un animal en sus blancos y aristocráticos muslos. Él nunca había tenido una dama tan cerca y menos una que no echara a gritar histérica al verlo. Tal vez era porque era ciega, pensó. Él sabía que su aspecto era el de un bruto, un animal, y hasta las rameras le temían. Alguna vez hubo damas que lo habían visto en Nueva Orleans, paseando ellas en sus lujosos landós, muy protegidas, y él siempre había escuchado con regocijo sus chillidos de horror por tan solo mirarlo. ¿Entonces por qué demonios estaba preocupado por esta, por si tenía frío o hambre o miedo? Tal vez si tomara un poco de ron se despejaría su mente.

—Capitán, ¿dónde estoy?

Charlotte habló al fin. De nuevo acopió valor. Tal vez ese hombre no planeaba hacerle nada malo. Tenía hambre, tenía frío y miedo, pero aún más: necesitaba saber dónde estaba. Para alguien que no podía ver, saber dónde estaba era crucial. Y su rostro reflejó aquella necesidad.

—Por favor...

Y Salvatore la contempló al decir aquello. Tan blanca, tan pura. Pensó, cautivado por aquella imagen, que ella seguía pareciendo un ángel que había descendido de los Cielos. La observó en el marco de la puerta del camarote, con las manos al frente, dando pasos inseguros, tratando de asirse a algo, de oír o tocar algo que le indicara en dónde estaba. Sus ojos violetas ya no relampagueaban de altivez como antes, sino de un terror que alguien en su condición de invidente no podía esconder. Y sintió un feroz y oscuro deseo por ella que comenzó a extenderse por todo su cuerpo.

Ella también fue consciente de sí misma, de su indefensión y del silencio que imperaba. Pudo escuchar la respiración intensa del hombre. Pudo oler su aroma. Estaba cerca y estaba ansioso, muy ansioso. Aquello alarmó a Charlotte. Hacía mucho tiempo que había aprendido a ver con su intuición, con sus manos, con su olfato.

—No me hagáis daño, señor, por favor —pidió con serenidad—. ¿Dónde estoy, por favor?

«No me hagáis daño, por favor. ¿Cómo podía ser tan ingenua?», pensó él con una

sonrisa diabólica.

Y sin embargo, para su propio asombro, se oyó decir...

—No temáis. No voy a haceros daño, milady. Solo deseo vuestra compañía. No puedo unirme a la celebración esta noche. Debo mantenerme sobrio, vigilar a mis hombres y el navío. Solo deseo... hablar.

Ni él mismo se creyó capaz decir aquello y menos de cumplirlo. Pero que ardiera su alma en el infierno si no lo había dicho.

Charlotte guardó silencio, sopesando aquellas palabras. Y asintió suavemente. Levantó su rostro hacia donde creía que estaba él.

—Os creo... señor.

Y el temible y depravado hombre se perdió de nuevo en contra de su voluntad en las cristalinas profundidades violeta, en la ingenuidad del convencimiento de la mujer, en su vulnerabilidad. Una vulnerabilidad que él habría aprovechado sin duda para alcanzar los objetivos más ruines.

—Venid, entonces. Solo quiero hablar con vos, *bellezza*. Quiero además información sobre vuestro padre. Sabéis que he pedido rescate.

—Lo sé, os oí. Mi padre pagará el rescate, señor.

—Salvatore —volvió a corregirla—. Me llamo Salvatore. Podéis llamarme por mi nombre cuando estemos... a solas. Yo os llamaré por el vuestro, *Carlotta*.

Ella no supo qué decir. No lo llamaría por su nombre. Eso nunca.

Charlotte seguía bajo el marco de la puerta. Se estremeció de frío y se abrazó a sí misma rodeándose con sus brazos. Pero también se estremeció al ser consciente de aquella falsa amabilidad en ese hombre. Ese tono de voz falsamente cortés lo único que indicaba era amenaza. Ella la percibía. Una amenaza contenida, muy difícilmente contenida.

Y entonces recordó que llevaba el camisón de dormir y se avergonzó tanto. Además, seguía descalza.

Entonces, la tibieza de una mano firme y fuerte cubrió la suya.

—Pasad, milady. —Le oyó decir. Él miró sus blancos y pequeños pies—. Pero... qué demonios, aún están desnudos vuestros pies...

La llevó a una silla. Y la instó a sentarse.

—¡Hazhim! —gritó el capitán—. ¡Maldito muchacho inútil!... ¡venid ahora mismo!

Ella guardó silencio. El grumete apareció en cuestión de instantes como si hubiera estado allí a la espera de ser necesitado.

—Os dije que trajeras zapatillas para la dama, *so inútil*. ¡Id ahora y traedlas, y comida! ¡*Presto!*

Hazhim había acudido al instante. Y estaba en el vano de la puerta, contemplando

con su gorro entre las manos a la hermosa dama.

Salvatore siguió la mirada del niño. Y aunque fuera solo eso, un niño, de nuevo sintió ira. La misma ira que había sentido al oír al marinero otomano hablar sobre ella.

—Eh, chico... Os he dado una orden.

El pequeño grumete asintió sofocadamente y corrió entonces a cumplir con lo pedido. El capitán giró en redondo y abrió el arcón que había al pie de su cama. Sacó una manta y cubrió con ella los hombros de Charlotte.

—No os asustéis, *Carlotta*. Solo es una manta. —Su voz seguía siendo amenazante, temible y le hablaba casi al oído—. Vuestras ropas os serán entregadas mañana.

Ella se arrebujó en las mantas y se las cerró con las manos bajo mentón.

—¿Mi ropa? Pero si estaba en el otro barco.

—La monja nos indicó cuál era vuestro baúl y ordené que lo trajeran antes de dejar el mercante.

Oh, ella no había oído esa parte.

—¿Qué va a ocurrir con nosotras?, señor.

—Vuestro padre pagará el rescate y después os dejaré ir. Eso es todo.

—Pero... ¿pero, cuándo ocurrirá eso?

—Dentro de un tiempo.

Salvatore se sentó frente a ella y encendió un puro. Estiró sus largas piernas y observó como ella olía discretamente el aroma del tabaco. Él había tenido marineros casi ciegos, tuertos y mancos en la tripulación. No le era nada extraño tratar con ella.

Un silencio incomodó para Charlotte se adueñó del momento.

—¿No veis nada, verdad?

La sorprendió con esa pregunta. Pero decidió que era preferible sostener una conversación a cualquier otra cosa.

—No, nada. Ni siquiera un poco de luz.

—¿Desde cuándo? No sois ciega de nacimiento. Vuestros ojos, milady, son los más hermosos que había visto alguna vez.

Y la vio ruborizarse de nuevo, a través del humo del puro que exhalaba. Era obvio que no estaba acostumbrada a recibir elogios.

—Contestad, ¿desde cuándo?

Ella supo que aquel hombre estaba acostumbrado a ordenar y a que se cumplieran esas órdenes en el acto

—Desde los doce años —respondió con sencillez.

En ese momento Hazhim regresó al camarote. Charlotte supo que era cojo porque escuchó su paso arrastrándose.

El grumete depositó en la mesa un poco de pan, queso y tocino seco, así como una naranja ya pelada, una pequeña jarra de agua dulce y otra de ron. Después se arrodilló delante de Charlotte y miró primero al capitán. Este asintió autorizando lo que él niño iba a hacer.

—Milady, tomaré vuestro pie para poneros las zapatillas. No os asustéis —dijo Hazhim.

—Oh, yo puedo hacerlo sola, gracias.

—Dejad que el bribón os sirva, *Carlotta*.

—Desde los doce años no tengo sirvientes, capitán.

Pero Hazhim ya había tomado sus pies con todo escrúpulo, como si tomara unas joyas muy valiosas entre sus manos, y le puso las delicadas zapatillas.

El capitán no perdió detalle de aquellos pies, y peor aún, se excitó al ver los desnudos tobillos, tan blancos y menudos como toda ella. Alzó una ceja y fumó su puro lentamente. ¿Desde cuándo se excitaba como un mozuelo de quince años por ver la piel blanca del pie de una mujer o un tobillo? Él, para quien el sexo y la desnudez de una mujer había sido la visión diaria en los muelles desde que tuviera consciencia.

—¿Ron, capitán? —pregunto el grumete.

Salvatore asintió sin dejar de mirar a su cautiva.

Charlotte rogó porque rechazara la bebida. Una cosa era lidiar con ese hombre mientras estaba sobrio y podría ser muy diferente si se emborrachaba como el resto de la tripulación aquella noche.

—Sí.

Ella intentó disimular su decepción. Esperó escuchar el sonido del líquido mientras era servido. Pero en cambio lo que oyó fue el descorchar de una garrafa.

¿Bebía ese hombre directamente de allí? Sí.

¿Se emborracharía y le haría daño?

—¿Podéis comer sola, verdad?

—Sí, puedo comer sola —le aseguró—. ¿Podré llevar un poco de esta comida a la hermana Rose?

Salvatore bebió directamente de la garrafa. Luego se secó la boca con el dorso de su antebrazo. Estaba impresionado de la tranquila expresión de la mujer. Otra estaría gritando y llorando al estar a solas y a merced de un pirata. Posiblemente era por su ceguera. Tal vez era mejor que no viera nada, se dijo.

—Sí, podéis hacerlo —contestó.

Después le acercó el plato con el queso, el pan, el tocino seco y la naranja.

Charlotte asintió, y levantó sus manos para tantear con sus dedos dónde estaba cada

cosa. Encontró el pan y el queso. Tocó el tocino, pero lo dejó. Y luego cogió la naranja, se la llevó a la nariz y aspiró el dulce olor cítrico. Solo había comido naranjas una vez, las habían traído de España. Suspiró entonces separando un gomo de la fruta.

Mientras, el capitán la observaba con una cruda avidez, fumado su puro y bebiendo el ron, sintiendo un hambre que no podía ser saciada con la comida.

Y ella, ignorante de esa mirada voraz.

Salvatore se percató de que el pequeño grumete, Hazhim, estaba aún allí, mirando de nuevo como un imbécil a la dama.

Violentamente, se puso de pie y le dio un empujón y le gritó en árabe.

—¡Marchaos ya, chico!

Él grumete asintió varias veces, asustado.

—Gracias por todo —le dijo Charlotte a Hazhim cuando este pasó a su lado. Aunque no podía ver al niño, intuía dónde estaba.

—A vuestro servicio, milady.

Ella no pudo ver la enorme satisfacción de Hazhim. ¡La dama blanca le había dado las gracias!, pensó el niño con el pecho hinchado de emoción.

Salvatore gruñó una imprecación en italiano que ella no pudo entender.

Hazhim salió y tendió su jergón cerca de la puerta del camarote del capitán, rogando porque este no le hiciera daño al ángel.

Ella estaba asustada, pero debía comer, aunque no le apeteciera y llevar alimentos a Rose. Charlotte tomó el pan, partió un pedazo y lo llevó a su boca.

Los ojos negros siguieron el recorrido de ese trozo de pan hasta que llegó a los labios rosas. Dio una calada al puro y la exhaló lentamente cuando la vio morder el pan entre sus labios. Se puso tan dura su entrepierna que le dolía. Se creyó capaz de saltar encima de ella. Le haría pedazos el camisón y se clavaría en ella con todas sus fuerzas.

«Hazlo», le decía su instinto, para eso la había llevado allí. Pero algo que le estrujaba el pecho y que no podía entender se lo impedía.

¡*Maledizione!*!, aquella mujer no era un ángel sino alguna bruja del mar. Él nunca había creído en aquellas leyendas, pero en ese momento estaba pensando en ello.

Bebió un largo trago de ron sin quitarle los ojos de encima a Charlotte. Nunca pensó que contemplar a una mujer mientras comía podría enloquecerlo. ¿O era más bien ver comer a esa mujer?

Como se hizo otro silencio incomodo y Charlotte temió que el hombre cambiara de opinión sobre dejar de hablar para hacer... otras cosas, dijo:

—Habláis otros idiomas, ¿cómo es posible?

—¿Creéis que un truhan como yo no sería más que un paleta?

Ella jamás pensó eso.

—No pienso algo así. Pero he de reconocer que no es común, salvo por gentes del clero, que se hablen varios idiomas. ¿En qué idioma le ha hablado al pequeño?

Salvatore volvió a reír. Dio una nueva y profunda calada al puro. Luego contestó.

—Árabe. Se aprenden muchos idiomas navegando por estos mares, *Carlotta*.

—¿Por qué me llamáis así... señor?

—Ese es vuestro nombre en mi idioma natal, el italiano. Llamadme Salvatore. Ya os he dicho que podéis tutearme, milady, dadas las circunstancias.

Pero ella no lo hizo.

—Es usted italiano —afirmó.

—Sí, de Boloña. O eso creo. La verdad es que no tengo ningún apellido ni sé dónde diablos he nacido.

Ella asintió con un movimiento de su cabeza.

—El padre Estefan es italiano. Es un monje que visita nuestra abadía... y me habló muchas veces de su tierra, de Bari.

Pero Charlotte no recibió ninguna contestación, aunque aguardó la misma. Lo que hubo fue más silencio. Se estremeció al pensar que el capitán había decidido no hablar más.

Ella alzó su rostro, oyendo solo las exhalaciones del humo del puro. Sabía lo cerca que estaba. Entonces decidió que ya no tenía hambre, que quería abandonar aquel camarote cuanto antes. Y dejó lentamente el trozo de queso que comía en la bandeja y unió sus manos en su regazo. No quería hacer nada que pudiera ofender al hombre que tenía frente a sí.

Salvatore la oía, la observaba. La vio suspirar. Todos aquellos gestos lo tentaban. Su contención estaba al límite.

—¿No os gusta la comida? Mañana ordenaré que preparen algo mas... apropiado para una dama.

— Oh, no. La comida está bien. No es muy diferente de la que comemos en la abadía.

—Yo suelo comer algo más satisfactorio, pero como comprenderéis, esta noche la tripulación está muy entretenida, incluyendo a O'Brian, el cocinero.

Se oían risas, obscenidades sueltas, el toque de la armónica y el entrechocar de jarras, seguramente del más fuerte licor. No, no parecía que estuvieran interesados en comer.

Ella bebió un poco de agua y tomó otro poco de queso para eliminar de la mente del capitán la idea de que ella despreciara su comida

El capitán entrecerró sus ojos de oxidiana.

—Decidme, habéis estado en compañía de monjas... ¿desde cuándo y por qué?

Eso era algo que ella no podía tratar con ese hombre. Era doloroso.

Él se percató de cómo cambiaba el bello semblante, de cómo la serenidad anterior desaparecía después de su pregunta.

—He vivido en la abadía de Rochester desde los doce años, cuando perdí la vista — contestó ella secamente. El porqué no podía decirlo.

—¿Cuándo y cómo perdisteis la vista?

—Como os he dicho, a los doce años. El carruaje donde viajaba junto con mi madre volcó. Hace doce años que no veo nada, perdí toda visión.

—Entonces... ahora tenéis veinticuatro años. Y no tenéis esposo.

Ella asintió. ¿Por qué se había ruborizado de nuevo?, ¿por qué tenía vergüenza de que ese hombre la considerara una ciega y solterona?

—¿Y vuestra madre... que fue de ella?

Ella cerró los ojos. No quería hablar de eso con aquel hombre. Aquello era el tema más doloroso de su vida.

—Mi madre... murió en ese accidente. Le ruego que me disculpe, pero no deseo hablar sobre ese asunto. Mi padre pagará lo que habéis pedido. No nos haga daño. No daremos problemas, señor.

Salvatore frunció el ceño, apretó los dientes con ira. Se sintió irritado por el desdén de ella, porque rehusara revelar sus asuntos privados, y además insistía en llamarlo «señor».

La observó con tal ira. Y con tal anhelo. Su súbita cólera y sus ganas de tomarla terminarían por hacerle perder la paciencia esa noche. Supo que pronto dejaría de... contenerse. Respiró profundamente, y entonces se puso de pie con brusquedad y su silla cayó al suelo en el gesto.

Charlotte se asustó al oír el ruido. Bajó la cara y la ocultó entre sus cabellos dorados. Temió haber hecho algo para enfurecer a aquel hombre impredecible.

—Y yo no tengo ningún deseo de oír vuestros asuntos, milady. Vuestro padre pagará, contad con ello. ¡Hazhim!

El niño entró cojeando y a toda prisa.

—Llevad a esta mujer con la monja. Evitad a esos bribones de allí abajo y llevaros la comida también.

—Sí, capitán, como ordenéis.

—Que Gennaro y Doherty hagan guardia en su puerta durante toda la noche. Por la mañana acudirá Guido.

—Sí, capitán.

—¡Sacadla de mi vista ahora!... por todos los infiernos —gritó violentamente.

Observó como ella ocultaba su rostro entre aquellos suaves mechones de oro y temblaba bajaba la manta que en ese momento aferraba aún más fuerte bajo la barbilla.

¡Como si así pudiera protegerse de él! ¡Ingenua mujer! Podría tumbarla en la cama tan fácilmente.

Hazhim estaba acostumbrado a la ira del capitán, ¿pero qué podría haber hecho aquel ángel para ganar esa ira?, se preguntó.

Ella se puso de pie, aceptando la mano del grumete para guiarse. Se dio cuenta cuando pasó al lado del capitán porque percibió su olor a tabaco y cuero.

Salvatore se detuvo en el marco de la puerta. Apagó el puro con violencia, llegando a destrozarlo literalmente en su mano. Y la observó caminar junto a Hazhim. Ella le había puesto su mano en el hombro al niño y este la guiaba embelesado, contemplándola a cada paso.

—Mocoso imbécil... —murmuró.

Se apoyó en el marco y respiró de nuevo profundamente. Si Hazhim no se llevaba a la mujer en esos momentos, la poseería esa noche, violentamente. Un ángel como ella no sobreviviría a algo así. Él lo sabía. Lo sabía, demonios. Y la tentación era tan profunda. Deseaba a la dama, despiadadamente, y por eso la había raptado. ¿Por qué diablos le importaba que sobreviviera o no a su violencia? Por el rescate que cobraría, se dijo. ¿Por qué diablos no la había tomado ya? Tal vez porque él había matado, robado, mentido, pero jamás había forzado a una mujer. Si él quería una mujer, pagaba por aquella que le gustase y la tenía bien dispuesta en su lecho o al menos simulando estarlo. Él no forzaba mujeres porque él siempre tenía mujeres para elegir. Las prostitutas y las mozas de los muelles se peleaban por hacerle compañía, aunque le temían, porque él siempre pagaba. ¡No tenía que forzar a ninguna, demonios! Y menos... a un ángel que no quería hablar de «sus asuntos» con él.

CAPÍTULO 8

Finalmente, la mujer y el niño desaparecieron de su vista.

Salvatore se dejó caer furioso en la cama. Quiso ahogarse en ron, pero esa noche el ron no lo saciaría. Nada lo haría. Y debía mantener el orden en su navío.

La imagen de los labios como pétalos. Los hermosos ojos de mirada ciega, perdida, de mirada ingenua. Aquellos gestos con manos blancas y pequeñas que tocaban todo como si así pudiera ver. Todas esas imágenes lo acosaron aquella noche como fantasmas. Buscaría una moza bonita en el primer puerto al que arribasen, decidió el capitán Cuervo con determinación, como si estuviera decidiendo una maniobra de su navío. Tal vez Jube estaría aún en Nueva Orleans. Trató de pensar en la bella pelirroja irlandesa, con sus grandes y pecosos pechos. A ella le gustaba la fornicación con violencia. Cuanto más violento fuera él, más la oía gemir y disfrutar. Sí, necesitaba un revolcón de esos.

Pero su mente, traidora, insistió en borrar las imágenes de su último encuentro con la ardiente Jube y traían en su lugar una imagen virginal e inmaculada. La de un ángel. ¡*Porca miseria!*, debió seguir el consejo de Guido y llevarse las joyas de la mujer a cambio.

Y por su parte, Charlotte salió aterrorizada del camarote del capitán. ¿Por qué se había enfadado ese hombre tan repentinamente?, ¿qué había hecho ella? Y los más desconcertante aún, ¿por qué ella se sentía insegura al haberse librado de su presencia?, cuando debería sentir alivio.

Mientras caminaba junto al grumete, con su mano sobre el menudo y huesudo hombro infantil, ella pudo serenarse nuevamente. Al escuchar al niño indicando los obstáculos, sonrió. Era un niño pequeño. Lo supo por su voz y por su complexión. Hasta podía hacerse una idea de su aspecto.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó ella mientras se dirigían de vuelta al camarote junto con la Hermana Rose.

Hazhim casi cae junto a ella, sorprendido de que volviera a hablarle aquella hermosa dama.

—Hazhim, milady.

—¿Y qué hacéis en este barco, Hazam?

El niño rio.

—Hazhim. Me llamo Ha-zhim.

—Ha-zhim —repitió Charlotte con una sonrisa.

El niño sonrió de nuevo.

—Mi padre era marinero, milady. De este barco.

«Ósea, un rufián», pensó Charlotte.

—Era artillero. Murió hace tiempo. Y antes de eso le pidió al capitán que me dejara con él. No tengo madre ni familia. El capitán ahora es mi padre... y lo admiro, quiero llegar a ser como él. Es el mejor marino, milady.

—Ah —asintió Charlotte.

Ese hombre había aceptado la tutela de ese niño. ¿Tutela? Ella sonrió con tristeza, más bien era una especie de acogimiento criminal. Pero era innegable que debía de existir algún tipo de lealtad entre esos hombres. Era obvio. Compañeros de armas y del pillaje.

—Cuidado. Hay un escalón —le advirtió el niño.

Ella asintió.

Llegaron al camarote donde estaba la hermana Rose. A Charlotte le habría gustado saber más del pequeño.

—Hemos llegado. Gennaro hará guardia en vuestra puerta, milady. No debéis preocuparos por los marineros. Y... y... yo os cuidaré también. Vendré por la mañana con vuestra ropa —dijo con gallardía—. Podéis dormir tranquila.

Charlotte sonrió con ternura

—Lo intentaré, Ha-zhim. Gracias.

Y cuando se acercaron a la puerta del camarote, ella escuchó:

—¡Oh, Charlotte! Estaba tan preocupada. Creí que no volvería a verte más.

La hermana Rose corrió hacia ella y la abrazó.

Charlotte pretendió tranquilizarla, pero una voz conocida lo hizo por ella.

—Ya se lo había dicho, hermana. A la dama no iba a ocurrirle nada.

Era Guido. Se dirigía a echar su hamaca en otro lugar, y pensó que deseaba echar otro vistazo a la hermosa mujer que habían capturado. Era del capitán, pero nada impedía que la contemplara para regocijo de sus ojos.

—¡Permítame que lo dude! Somos cautivas de unos bribones... de unos criminales, depravados, unos indecentes. ¡De un demonio!

—Mire, hermana, no me impacienta... Respeto vuestro hábito, pero no nos insulte.

—¿Y qué desea que haga?, ¿que lo considere un caballero? ¿Insulto? ¡Eso es mucho menos que lo habéis hecho con nosotras!

Ambos discutían y aparentemente se habían olvidado de Charlotte.

—Por favor, hermana Rose. Estoy bien. Y traigo algo de comer.

Cuando la monja escuchó «algo de comer» detuvo su verborrea.

Charlotte alzó la mano y mostro el pequeño hatillo que contenía la comida.

—Oh, bien. ¡Al menos, no nos mataréis de hambre!

Guido rio. Después se dirigió a lady Campbell.

—Milady, solo venía a desearos buenas noches. No temáis. Esta puerta estará custodiada por dos hombres... honorables, si se puede decir así.

Ella asintió y alzó su mano buscando el brazo de Rose.

—Estaréis seguras. El marinero se llama Gennaro, guardará vuestra puerta hasta mañana. No os preocupéis.

La hermana Rose soltó un bufido y se cruzó de brazos, poniendo en serias dudas todo lo dicho por el contramaestre.

Finalmente, Guido contempló a Lady Charlotte por unos instantes, hasta que se marchó.

Y Rose pudo hablar al fin.

—¿Qué te ha hecho ese engendro del demonio? ¡Decidme que no te ha hecho daño, que estáis bien!

—Estoy bien, Rose. El capitán solo quería hablar sobre mi padre y saber cosas de mí.

—Pues claro que desea saber muchas cosas. ¡Querrá saber cuánto puede pedir!

—Sí, por supuesto. Rose, por esta noche lo hemos logrado. —Juntó sus manos bajo el mentón—. ¡Oh, gracias a Dios! No nos han hecho daño. Creo que el capitán espera una buena recompensa y no nos lastimará.

Rose no dijo nada. Estaba agradecida de que la joven no viera su expresión de profunda preocupación. Si no les ocurría nada irreparable en ese barco, sería solo por un milagro. Ella rezaría por ello.

Charlotte le entregó la comida e hicieron silencio mientras la monja engullía todo cuanto había.

—Será canalla y miserable ese hombre... ¿esta es la cena? ¿Será así todas las noches? —preguntó Rose con indignación observando la comida.

Charlotte sonrió. Bien sabía ella que la hermana Rose disfrutaba del placer de la buena y abundante comida. Y por ello la abadesa le había reñido siempre, llamándola al recato y la abstención. Pero la hermana Rose cada día estaba menos recatada respecto a la comida.

Aquella noche, Rose y Charlotte se acurrucaron de nuevo en el suelo. Rechazaron dormir en la cama de ese camarote. Todo les olía a licor y a pecado.

—¿Quién sabe qué clase de actos depravados e infernales habrán tenido lugar en este aposento, milady! —espetó la monja cuando ambas se acomodaban de la mejor forma en el suelo.

Y no era que las mujeres estuvieran acostumbradas a la comodidad, pues una Abadía no gozaba precisamente de lujos.

La hermana Rose roncaba de nuevo, y Charlotte fue cayendo lentamente en el sueño por abatimiento. Aquella noche, inexorablemente, la voz del capitán, ocupó ese sueño.

A la siguiente mañana, la hermana Rose había despertado temprano como era su costumbre en la abadía. Realmente todas las monjas despertaban muy temprano para dedicarse a las labores de ordeñar las vacas, hacer el pan y preparar mantequilla, traer agua del pozo y recoger los huevos. Lo último era algo que hacía Charlotte. Había aprendido a palpar a las gallinas, estas ya la conocían y dejaban que ella tomara los huevos. Los ponía en la cesta con delicadeza y nunca se le había roto ninguno.

Esa mañana, ella también despertó. Pero no estaban en la abadía. No. El balanceo del barco les recordó tristemente dónde y por qué estaban allí.

El día anterior les había parecido una pesadilla. Pero era una realidad. El barco mercante donde viajaban rumbo a Nueva Inglaterra había sido interceptado por piratas. Habían sido saqueadas sus bodegas, y ellas habían sido raptadas. Esa era realidad. No había huevos que recoger. No había pan que hornear. Ni habría misa esa mañana. Charlotte no tocaría el órgano durante el sermón.

La hermana Rose giró la tranca de la puerta y para su gran sorpresa; estaba abierta por fuera. No había nada que les impidiera salir. Sacó la cabeza por la puerta con su hábito y toca puesta.

¡Vaya! Allí estaba ese hombre flaco y desgarbado, dormido, frente a la puerta. Y en ese momento apareció el niño árabe; Hazhim, arrastrando el baúl de lady Campbell, él solo.

El ruido del arrastre del baúl despertó a Guido. Y lo primero que vio fue el rostro regordete y la expresión desdeñosa de la hermana Rose.

—Buenos días, hermana.

—Señor, no puedo desearle lo mismo.

—Ya lo sé. ¿Habéis dormido bien? —dijo con sorna—. Creo que sí. Sus ronquidos impidieron que me durmiera en mi guardia. Estoy en deuda con usted, señora. Si me hubiera dormido, el capitán me habría colgado del palo mayor sin pensarlo.

—¿Mis ronquidos? ¡Yo no ronco! ¿Cómo se atreve usted?

La nueva discusión de Guido y la hermana Rose terminó de despertar a Charlotte.

Ellos aún trataban acaloradamente el asunto de los ronquidos de la monja cuando ella escuchó la voz del niño en la puerta.

—Milady, ¿Estáis vestida?

—Hazhim. Buenos días. Sí.

Llevaba el camisón desde el día anterior.

—Os he traído su baúl, con su ropa y de la hermana —y con una sonrisa añadió—: el capitán envía agua dulce para su aseo.

El pequeño grumete dijo aquello como si se tratara de un gran privilegio el poder usar agua dulce. Y así era. Los marineros y la tripulación del mercante donde ellas habían viajado se aseaban con agua de mar. El agua dulce era solo para consumir. A ellas pocas veces les habían concedido tal privilegio. Sin embargo, aquel hombre temible le enviaba agua dulce para su aseo.

—Gracias —le dijo ella devolviendo la sonrisa que intuía en el niño.

Y el niño, estrujando su gorra en la mano, asintió complacido. Se lo contaría al capitán.

Se hizo un silencio, solo interrumpido por la discusión de afuera. Luego recordó:

—El capitán ha pedido que se reúnan con él, en su camarote.

—¿Qué?, ¿qué desea?, ¿para qué?

El semblante de ternura en el rostro de lady Campbell fue sustituido por uno de terror.

—Ha pedido que usted y la hermana Rose acudan. Debo llevarlas. El capitán dijo: «Grumete, buscad a las mujeres y traedlas aquí». Eso ha dicho, milady.

La discusión entre la hermana Rose y Guido se había vuelto más acalorada.

—Está bien. Iremos. Por favor, esperad fuera.

—Sí, milady.

Charlotte caminó hacia el ruido de las voces. Por eso supo dónde estaba la puerta. No se había familiarizado aún con ese lugar.

—¡Es usted un mendrugo!, un arrogante y grosero hombre.

—Y usted es el peor estorbo que había visto jamás... ¿Y piensa el capitán que voy a soportarla?... ¡Ja!

—¿Hermanad Rose? —la llamó Charlotte.

Ambos detuvieron sus quejas y reproches.

A Guido se le detuvo también el corazón al ver a Lady Campbell. Estaba gloriosa esa mañana, pensó. Hermosa.

—¡Oh, Charlotte! —respondió—. Perdonadme. Este hombre —dijo mirándolo con desdén— ha venido a insultarme esta mañana.

Guido lo negó y se marchó finalmente, dando pasos fuertes y lanzando bufidos de rabia.

Charlotte y Rose tomaron la comida que había traído Hazhim. De nuevo era pan, queso curado y una naranja. La fruta fue comida con deleite, pues no era común estar en posesión de tan exótico cítrico. Sabían que en toda travesía debían tomar cítricos para evitar el escorbuto, pero la verdad era que las frutas del mercante no eran tan dulces como aquellas.

Se asearon con el agua dulce que había enviado el capitán solo para Charlotte. La hermana Rose ayudó a Charlotte a vestirse. Su baúl no contenía más que vestidos muy sencillos que no eran propios de la hija de un barón. Eran vestidos confeccionados en la abadía. La abadesa había llegado a molestarse con el barón. No había enviado dinero para un guardarropa apropiado para Charlotte, solo para su transporte a Londres y su estadía allí, hasta que abordara el barco rumbo a las colonias inglesas.

—No podéis presentaros así ante vuestro padre —le había dicho la Abadesa, indignada.

Charlotte disculpó a su padre.

—Tal vez crea que dispongo de vestuario, hermana Mildreth. No lo culpe.

Pero la abadesa conocía la crueldad con la que un hijo lisiado o enfermo era tratado. Los nobles ocultaban a sus hijos enfermos, a los ciegos, a los sordos. Algunos, los que eran implacables, hasta los señalaban como poseídos por el demonio, solo por haber nacido con alguna minusvalía. Pero Charlotte no era una enferma, simplemente era ciega. Y aun así su padre la había abandonado, ocultado en la Abadía. Era un hecho doloroso y triste. Un hecho y una verdad que Charlotte siempre se había negado a admitir.

Después del aseo, realizaron sus oraciones en voz alta. Pidieron la protección de Dios y que las llevara a su destino junto al barón Campbell, sanas y salvas.

Esa mañana, dos marineros de la tripulación, que eran italianos, habían oído las oraciones y se habían acercado a la puerta cerrada del camarote para oírlas. Como italianos, eran católicos o lo habían sido, pero hacía mucho tiempo que habían olvidado la fe y la oración. Empero, se habían quitado las gorras y se habían persignado mientras la hermana Rose rezaba el Padre Nuestro. Cuando ellas terminaron, los marineros volvieron a sus puestos.

En el camarote, la monja trenzó la larga cabellera dorada de lady Campbell y se la recogió alrededor de su cabeza como si fuera una tiara dorada y brillante. Y sobre su

cabeza, Charlotte se puso una estola blanca que dejó caer sobre sus hombros. Era el peinado y atuendo que se ponía todas las mañanas en la abadía.

Ambas mujeres esperaron la llegada de Hazhim, que las llevaría al encuentro del temido hombre que las había raptado.

Salvatore esperaba en el marco de la puerta del camarote, fumando un puro. Fumando y pensando. Lo que había hecho toda la condenada noche. Como no pudo conciliar sueño alguno, había acudido al puente de mando y sustituido al timonel. Y después, casi al amanecer, pudo echarse en una hamaca que colgó fuera de su camarote.

El *The Stronghold* navegaba por la mañana a varios nudos. Se deslizaba veloz por las olas hacia Nueva Orleans, donde la tripulación podría desembarcar, gastar, y vender el botín. Ya era hora de abandonar la mar por un tiempo. Los hombres estaban cansados, ansiosos, sedientos de todo. Él también.

Entonces la vio caminar por la cubierta.

Los marineros de la tripulación dejaron sus tareas para levantar la vista, discretamente, y admirarla. Ella caminaba tomando el brazo de Hazhim como guía, con la hermana Rose detrás. Su cabeza y sus hombros volvían a estar cubiertos por una estola. Su vestido era muy sencillo, de un color bastante sobrio, el malva. No era el atuendo de la hija de un noble, pero no fue una sorpresa para él. Había estado pensando en ello casi toda la noche. Lady Campbell era ciega y, con toda seguridad, una vergüenza para su aristócrata padre. Era obvio que la había ocultado. La había abandonado en aquella abadía como se abandona a un estorbo. Y a pesar de su sencillo vestido, él admiró su innato caminar elegante, su semblante sereno y su delicadeza. Todo indicaba que era una verdadera dama. No necesitaba vestidos costosos, ni joyas. Él podía verlo. Y también el resto de los marineros que la contemplaron. Unos, embobados por aquella imagen, dejaron caer los aparejos. Otro, que fregaba la cubierta, resbaló con la brea. Todos dirigieron miradas al castillo de proa, para toparse con la oscura advertencia en los ojos del capitán Cuervo. Todos volvieron sus ojos, y a prestar atención a sus tareas.

La hermana Rose se asqueó profundamente por la ávida mirada del capitán, que recorría con descaro y sin pudor alguno la figura de Charlotte. «¡Oh, degenerado!».

Y Charlotte supo que él estaba allí. Podía sentirlo tan claramente, como si pudiera verlo. No solo por el aroma del puro, sino por algo más. Una vibración. Algo que no podía identificar.

—Señoras —las saludó con asentimiento de cabeza, con el puro entre sus dientes, sin hacer la debida reverencia ante las mujeres—. Espero que hayáis dormido bien —dijo burlonamente.

Pero Salvatore tenía los ojos puestos, muy puestos, muy intensamente, en Charlotte.

Ella aguardó en silencio, al lado de Rose. Con aprehensión, esperaron el motivo de aquella nueva reunión. El capitán se acercó a Charlotte ignorando por completo a la monja. La hermana Rose dio un salto y un grito de miedo, intentando apartar a lady Charlotte de él, tomándola por el brazo. Pero la joven no se movió del lugar.

—¿Habéis dormido bien, milady? —preguntó el capitán en un susurro oscuro y tenebroso.

Y al acercarse, él pudo apreciar la tiara hecha con su cabello rubio platino y trenzado.

—Así es, señor. Aunque habría preferido dormir en... en el navío que me llevaba junto a mi padre. Pero no ha sido posible... porque lo habéis atacado y... y saqueado. Y además nos habéis raptado.

Rose casi pierde la vista al oír a Charlotte. ¿Acaso no sabía con quién hablaba? Estuvo segura de que aquel hombre las golpearía.

—Señor... —terció Rose—. Milady... no... no ha querido decir eso.

El capitán alzó una de sus gruesas y negras cejas, con gesto divertido. Pero Rose podía ver la crueldad reflejada en aquella mirada. Cualquier cosa podría pasar.

—Señor... milady solo está un tanto afligida —insistió Rose.

—No «las» rapté. —Se acercó él aún más a Charlotte, sin prestar atención a Rose—. Solo... os rapte a vos, *Carlotta* —la corrigió con un tono de voz que se había hecho más ronco y grave, pero también algo divertido—. La monja no es más que un... añadido de último momento.

Charlotte sintió su aliento tan cerca.

—¿Por qué ha pedido que viniéramos? —le preguntó ella.

—Para comunicaros lo que ocurrirá en los próximos días y porque hay un enfermo en el barco. Hermana, ¿sabéis algo de curación?

—Por supuesto.

—Entonces atenderéis a un marinero de la tripulación —ordenó sin más—. Tiene fiebre. Es Gennaro. Estuvo vigilando vuestra puerta anoche.

Rose se quedó inmóvil. No sabía qué pensar de aquella petición. No sabía qué se proponía aquel hombre.

—Hermana Rose —Charlotte habló quedamente—. Por favor, prestad vuestra ayuda a ese hombre.

—Pero, milady...

Charlotte buscó, alzando sus manos, a la hermana Rose y al encontrarla la tomó por los brazos suavemente.

—Rose, Dios siempre desea que prestemos ayuda a nuestro prójimo. Sin distinción.

Y si Él no hace distinción, tampoco debemos hacerla nosotros cuando se trata de dispensar cuidados elementales para la vida de un ser humano. ¿No es eso lo que se predica cada mañana en misa?

La hermana Rose arrugó el rostro regordete en una clara expresión de miedo, pero también de resignación.

Salvatore le hizo un gesto a Hazhim, que estaba allí con la gorra estrujada entre sus manos, observando con ojos abiertos como platos a la dama.

—¡Grumete! —gritó el capitán y ambas mujeres se estremecieron ante el rugido—. ¡Conducid a esta mujer junto al enfermo y luego vuelve!

Hazhim despertó de su embeleso dando un salto, y se llevó a la hermana Rose.

—Yo... yo creo que podría ayudar, señor.

Charlotte intentó acompañar a Rose. Y así evitar quedarse a solas con él.

Salvatore sonrió ante la pequeña audacia de la dama.

—No, *signorina*, vos no. He dicho que hablaremos.

Charlotte se estremeció ante la amenazante voz, pero no pudo dejar de captar cierto tono de diversión en este.

—Está bien. Lo escucharé —dijo ella.

—Dejadme gozar de vuestra compañía para el desayuno. He ordenado una comida apropiada para una dama. Os guiaré a mi mesa.

El pirata tomó su mano entre las suyas y la condujo de nuevo al camarote, a la mesa en donde había estado sentada la noche anterior.

Charlotte no sabía qué pensar de toda aquella «educación», impropia de un hombre como aquel. Aunque lo único que tenía que pensar, lo más lógico, era que era falsa.

Se asustó ante ese contacto tan íntimo. Ningún hombre la había tomado jamás de la mano de aquella forma.

—A los ingleses os gusta el té. He ordenado uno para vos —le dijo muy cerca, con una voz que se había vuelto grave y ya no había nada divertido en ella. Él no había soltado su mano.

Ella no se percató de que se había ruborizado profundamente, de que había cerrado los ojos, ni de que el hombre que tomaba su mano contemplaba su reacción con unos ojos oscuros y perversos.

—Venid... *Carlotta*. Solo es un poco de té lo que os ofrezco... y hablar.

Y Charlotte asintió, y lo siguió como un cordero sigue a un demonio.

—Capitán... no deseo ser grosera —dijo mientras se sentaba donde él la había llevado—, pero espero que no sea el té que... que tomasteis —dijo con tacto, cuando la palabra correcta sería «robado»— del navío del capitán Davis. Si... es así, me temo que no puedo aceptar. No estaría... bien.

Charlotte logró recuperar el ritmo de su aliento y su respiración, y su mano. Porque con la excusa de tomar asiento había logrado dejar libre su mano de aquella otra que la había confundido con su roce.

Salvatore apretó el gesto. No, no era ese té. Lo había comprado lícitamente en un puerto en Cádiz, España, donde fondeaban barcos de las Compañías de las Indias Orientales.

—¿Así que no estaría... bien aceptar lo que os ofrezco? ¿Y eso por qué? ¿Porque no es el ofrecimiento de un caballero, sino que proviene de las asquerosas bodegas de un pirata y me condenáis sin saber si es robado? Mercancía robada que os asquea... milady.

Ella lo supo. Pudo oír segundos antes el retumbar de la ira creciente en aquel negro corazón.

Charlotte sintió como la despojaban violentamente de la estola y tiraban con fuerza de su barbilla, obligándola a alzar el rostro. Reprimió su miedo y contuvo el aliento.

—No dejáis de sorprenderme con vuestra audacia, pequeño *angelo* —susurró mortalmente—. Nadie me habla de esa forma. Nadie. Ningún hombre o mujer desprecia lo que yo pueda ofrecer. No sois más que una cautiva. No sois nadie en este barco —y tiró un poco más de ella, envolviendo el delicado rostro desde la barbilla con su enorme mano—. ¿Y me habláis como si fuera vuestro sirviente? ¿Acaso creéis que vuestro Dios os protege del... demonio?, porque eso es lo que soy.

Charlotte inspiró suavemente un poco de oxígeno. Aunque su corazón latía como si galopara contra el viento. No pudo contestar. Reinó el silencio entonces.

Y ella cerró sus ojos, sintiendo que su cuerpo se volvía lava, cuando repentinamente él hundió su rostro en su cuello y lo sintió aspirar intensamente, cuando el roce de una áspera barba rozó su piel. Entonces cerró los puños a sus costados y rezó una plegaria. Y se mantuvo serena, incólume, sabiendo que ese hombre podría romperle el cuello... matarla con una sola de esas enormes y violentas manos o hacerle ... cualquier otra ignominia. Podría matarla en instantes, tan fácilmente, como romper una fina e insignificante ramita entre los dedos. Debería haber muerto allí mismo de miedo. Debería...

—Ah... mujer, ¿pensáis que rezando a vuestro Dios... os libraréis de un castigo por vuestra osadía? —susurró contra su cuello, con una voz ronca y grave.

¿La había oído rezar, acaso?, se preguntó Charlotte. ¿Cómo, si lo había hecho en la intimidad de su mente? Le temía. Sí. Ella le temía. Mucho. Profundamente. ¿Cómo podía él entrar en sus pensamientos?

—No me hagáis daño... por favor —pudo decir con un hilito de voz—. Tomaré y comeré lo que ofrecéis. Os pido perdón... no quise... no fue mi intención... yo...

Salvatore se alzó sobre ella. Y la vio allí, con los ojos cerrados, los suaves labios como pétalos de flor, su piel fresca y joven, tan serena, como si estuviera esperando con resignación lo peor. En sus manos. Dolorosamente... a su disposición. Sí. Podría hacerle daño en ese mismo momento. Si hubiera sido... otra persona, le habría retorcido el cuello. ¿Por qué no podía... simplemente cerrar su mano sobre aquel cuello suave, hasta cortarle el aliento... y que ella supiera que no podía desafiarle? Hasta que entendiera.

Y siguió reinando el silencio por unos instantes más, hasta que ella lo escuchó murmurar imprecaciones indecibles. Algunas en inglés... y otras, afortunadamente, en italiano. Las palabras que profirió en italiano serían tan obscenas... que no las entendió.

Y entonces, con la misma rapidez del asimiento inicial, la liberó.

Charlotte pudo respirar de nuevo. Pero aún temía lo que podía hacer él.

—No volvais a desafiarme. ¿*Capisco*... milady? ¿Entendido?

—Sí. Lo entiendo.

Fueron interrumpidos por Hazhim.

—Capitán... pido vuestro permiso para entrar.

—Entrad, bribón... estabais tardando mucho.

Hazhim asintió entrando con una bandeja de madera, fijando sus ojos en la dama que estaba sentada, muy recta y grácil, en una de las dos sillas que había en el camarote. Puso la bandeja con una tetera de hierro, tosca y cubierta de herrumbre. Dos tasas de madera la acompañaban.

Cuando el capitán observó tan pobre servicio, miró al grumete y le cogió de la raída camisa.

—¿Esto es lo que has podido conseguir? —Y alzó el tazón de madera.

Hazhim asintió sin más, bajando la cabeza.

—Traed la vajilla de... —y habló muy bajo para que ella no lo escuchara— la vajilla del barco inglés.

El niño volvió rápidamente con una taza preciosa, de porcelana, decorada con escenas de una dama y su vida en el campo. Era parte de la vajilla sustraída en el *Lady Beatrice*.

Hazhim sirvió al fin el té y, después de captar la mirada seca y decidida del capitán, se retiró, dejándolos solos.

Charlotte no había vuelto a decir palabra alguna.

—Contadme, *Carlotta*, ¿por qué no tenéis esposo? —Salvatore tomó de nuevo la mano de Charlotte, cada uno de sus finos dedos, reteniéndola en la suya más de lo necesario... para hacerle entrega de la tasa.

La sorprendió de nuevo con ese contacto y con esa pregunta.

Ella no era consciente, pero todas sus emociones y pensamientos se reflejaban abiertamente en su rostro, un rostro que era objeto del más ávido y detallado escrutinio.

—¿Por qué deseáis hablar sobre mí? Si... si ya os he dado la palabra de que mi padre pagará. —Ella sintió como él tomaba su mano de nuevo, con fuerza y determinación. Y su respiración se cortó de nuevo.

—Quiero saberlo todo sobre vos —le susurró—. Contadme, *Carlotta*...

Charlotte creyó que de nuevo le hablaba el diablo.

—No tengo nada interesante para contar. No soy más que una mujer ciega y aburrida. Una ciega solterona. —Ella intentó zafar su mano. No pudo—. Esto no es correcto... Por favor.

Y el diablo sonrió...

—Ah, no hay nada correcto en mí, *Carlotta*. Pronto lo entenderéis. Y os equivocáis de nuevo. Me resultáis una mujer... interesante. No habéis respondido a mi pregunta.

—¿Qué queréis saber de mí, señor? ¿Por qué no tengo esposo? Porque soy una ciega.

Charlotte no dijo aquello con autocompasión, ni con una pizca de pena o resentimiento. Era llanamente su realidad. ¿Quién querría por esposa a una ciega?

Hubo unos segundos de silencio.

—Pues yo creo, milady... que son estúpidos esos ingleses. No son necesarios vuestros ojos... para calentar la cama de un hombre —le hablaba muy cerca. Ella pudo sentir su aliento tibio. Cerró los ojos de nuevo. Y él le rozó un lado del rostro con la barba al susurrarle de nuevo al oído—. Tened muy seguro... pequeña dama, que os recibiría para calentar la mía de muy buen grado.

Y con enorme satisfacción, Salvatore observó como la cara de Charlotte se volvía del color de la grana. La había dejado sin palabras.

Nunca había visto a una mujer ruborizarse de aquella forma. El rubor de una mujer era para él una leyenda. Jamás lo había visto, salvo el falso rubor que se ponían las meretrices con polvos de arroz y especias.

El capitán soltó una sonora carcajada. Aquel rubor... lo fascinaba.

—Decidme, ¿habéis vivido en la abadía desde los doce años? Nunca habéis... Nunca habéis tenido un...

«Amante», quiso decir. Pero ya la había asustado lo suficiente por ese día. Y se figuraba que, como toda dama de noble cuna, ella conservaba su virtud. No sabría nada de amantes. Posiblemente jamás la habían tocado si quiera. Había estado pensando en eso durante la noche anterior, y fue su instinto el que le susurraba la

respuesta.

—¿Cómo era vuestra vida en ese convento, *Carlotta*?, ¿algún pretendiente secreto, al menos?

El corazón de Charlotte latía alocado. Se sentía tan avergonzada.

¡Avergonzada ante un canalla!

—No. Ya os lo he dicho, soy ciega —se limitó a decir con un hilito de voz. Salvatore soltó el aire que sin darse cuenta retenía. Se sintió complacido, muy complacido.

—Vuestra familia... ¿por qué no estáis con ellos?

—No deseo hablar de esto, señor.

—Salvatore es mi nombre —la corrigió—, *angelo mio*...

—Os llamaré «señor» —insistió ella en un gesto de rebeldía—. Y... ¿que habéis dicho además?

—Mi ángel —dijo en inglés—. Algunos marineros de la tripulación creen que lo sois. Que soy un demonio por teneros cautiva y que la ira de Dios caerá sobre este barco. Así que, si he de soportar la ira de Dios, he decidido que seáis... mi ángel.

—No soy... vuestro ángel. Para vuestra merced... soy lady Campbell.

—Aja, pero creo que eso no va a poder ser.

—¿Ah, no? —Ella se frotaba las manos sin percatarse de ello.

Él soltó una carcajada de las suyas, malévolamente y descarada. De súbito cambió de tema de conversación.

—*Carlotta*, navegaremos durante unos días y alcanzaremos tierra pronto.

—¿A dónde nos lleva?

—A tierra.

—¿Pero a dónde? ¿Estaremos a salvo?, ¿nos harán daño? ¿Cuándo veré a mi padre?

—*Carlotta*, hacéis muchas preguntas. Las preguntas las hago yo. Pronto atracaremos en puerto amigo, y nadie os hará daño... Si obedecéis, no os haré daño... si no causáis problemas.

Charlotte tragó en seco para aclarar su garganta al oír esas palabras tan serenamente dichas, tan peligrosamente dichas. Ya no había rastro de burla alguna en su voz. No debía olvidar que aquel hombre, aquella voz profunda, era la de un pirata, un hombre que mentía, saqueaba... mataba.

—Bebed... milady —Él la instó de nuevo a tomar la taza—. El té se enfría.

La taza que sostuvo de nuevo en sus manos temblorosas casi se cae. Casi se quema con el té. Casi.

Con el movimiento de una pantera, el capitán Cuervo se abalanzó sobre Charlotte, tomándola del brazo y apartándola del té hirviendo que se derramó de la taza al caer.

El té le quemó la pierna a él. Exclamó una maldición. Una de las muchas y muy variadas maldiciones que espetaba diariamente.

—¡Lo siento, lo siento! —dijo ella, sintiéndose tan torpe como hacía mucho tiempo que no se sentía—. No ha sido mi intención... no... ¿Os he hecho daño, señor? Oh, soy tan torpe.

Él no contestó.

Y ella recordó lo mucho que se molestaba su padre los primeros meses de su invidencia por su torpeza. El barón se había cansado y la había dejado finalmente en la abadía. Su padre, viudo, destrozado por la muerte de su amada esposa, con una hija ciega que le avergonzaba y a la que no sabía cómo tratar, una hija ciega que no podía presentar en sociedad y que nunca se casaría, una hija de la que siempre tendría que hacerse cargo, una hija que durante doce largos años... olvidó.

Todo aquello vino a su recuerdo en esos momentos. Todo eso, y toda la desesperación de ser cautivas de un pirata, de no saber a dónde las llevaba, de no saber su destino final, si volvería a ver su padre, si esos piratas harían daño a la hermana Rose. Si aquel hombre mentía, si su destino era realmente una horrible y lenta muerte.

Todo aquello rompió un dique en su corazón. Todo el llanto que ella había contenido, todo lo valiente que había sido por sí misma y por Rose, todo el miedo que había ocultado, toda la vergüenza y la rabia que sentía por su vulnerabilidad, todo se abrió paso en ese momento a través de lágrimas gruesas y saladas que emanaron silenciosas desde sus profundidades violeta, y corrieron por sus mejillas, sin hacer el menor ruido, sin sollozar. Un llanto silencioso y dolido.

Entonces... unas manos grandes, toscas, endurecidas, se posaron sobre su rostro y unos pulgares fuertes se desplazaron por él, secando las lágrimas.

Ella trató de parar. De no mostrarse aún más vulnerable, como le había pedido siempre su padre.

—Llorad... *angelo*, llorad —dijo él quedamente, tan cerca de ella, rozando de nuevo su rostro con su aliento y su barba.

Ella asintió.

Llorar, sí, lo necesitaba. ¿Qué más le quedaba para ocultar a ese hombre? Se sintió tan inútil como aquellos tiempos, a sus doce años, cuando todo se había apagado en su vida.

Y lloró. En silencio, lloró. Junto a ese hombre, su captor, el diablo mismo, hecho carne y hombre.

—Soy tan torpe... —susurró ella—. No sé en dónde estoy, ni qué va a pasar. No sé quién sois. No puedo veros... No puedo ver lo que me rodea.

Salvatore notó que ella contenía sus lágrimas y sus gemidos. Notó que ella había sido educada para no molestar, y aquello lo irritó sobremanera.

Al cabo de un instante, él le dijo con semblante serio, mientras tendía bajo la nariz de Charlotte un pañuelo:

—No podéis ver... pero sois una dama valiente, *Carlotta*.

—No. No lo soy. Soy muy torpe... solo conozco la... la abadía, y ya no estoy allí. En el otro barco... me ocurrían los mismos infortunios... ¿Os habéis quemado, señor?

Él hizo silencio... contemplándola. Después habló.

—Cualquier mujer, aun pudiendo ver, habría gritado hasta morir al toparse con piratas en alta mar. He oído muchos gritos de mucho de cautivos. Pero vos no. —Aún tenía una mano acunando el rostro suave. Aún la rozaba con su aliento—. Sois una mujer que me sorprende.

El barco se balanceó con fuerza en ese momento por las corrientes marinas agitadas.

Salvatore, acostumbrado a esos embates del barco, separó las piernas y llevó sus manos a la fina cintura de Charlotte y la sostuvo contra su cuerpo. Ella se asió a unos hombros fornidos, unos hombros fornidos que ya empezaba a reconocer.

El barco volvió a inclinarse peligrosamente. Solo para Charlotte. Y se asió más fuertemente a la tela de una casaca. Una tela desgastada sobre unos brazos gruesos y duros como troncos. El aroma de él inundó sus sentidos. Los cubrió como la marea a la arena. Cerró sus ojos y aspiró ese aroma. ¿Cómo era él? ¿De qué color era la prenda que vestía aquel hombre? ¿Como era el rostro de aquella voz?

—Os tengo, milady... no temáis.

Ella asintió. No pudo... no podía hacer otra cosa.

Y él la contempló desde su enorme altura. La suave y lacia cabellera rubia. El aroma a lilas... inundando sus sentidos, como la marea cubre la arena.

Charlotte levantó su rostro hacia aquella respiración masculina entrecortada, profunda, dificultosa. Ese aliento que la rozaba no era desagradable, ni mucho menos. Supo que la contemplaba muy cerca, que él había inclinado su rostro sobre ella. Lo supo.

Todo se volvió silencio en el camarote.

Todo se redujo a ellos. Solo a ellos.

También ella respiraba de forma entrecortada, percibiendo el aroma del hombre. De ese hombre. Y casi sin voluntad propia, alzó su mano lentamente. Y la depositó suavemente sobre aquel rostro masculino ¿El rostro de un diablo, acaso? Solo quería... mirarlo. Esa era su forma. Abrió su mano, sus dedos... tocó entonces la espesa barba recortada. Y fue él quien cerró los ojos. Una mandíbula fuerte como la

piedra, tosca como aquellas manos. Lo sintió tensarse. Y se detuvo. Era algo inesperado totalmente.

—Milady... no se juega con el demonio...

Y ella entreabrió sus labios, a punto de suspirar.

Y él, abrió los ojos, mirando aquellos labios rosas y húmedos.

—¡Milady!

La hermana Rose entró corriendo al camarote. Había terminado de atender a Gennaro.

Y aquel silencio se rompió en pedazos.

El «solo ellos»... dejó de existir.

Charlotte bajó sus manos a los costados.

—Debemos marcharnos ya. Si... si el capitán lo dispone —aclaró Rose.

El capitán soltó un gruñido y varias maldiciones cuando la monja entró como un vendaval.

La hermana Rose se persignó ante las blasfemias que oía. Y observó la taza y el líquido derramado. Y luego a ellos. Algo maligno atravesó el corazón de la monja. Una idea horrenda acudió a su entender. «El demonio ronda a un ángel...».

—¿Os encontráis bien, Charlotte? —preguntó la mujer, preocupada.

—Sí, Rose. Estoy bien. El capitán me ha ofrecido un poco de té y a mí se me ha resbalado la taza. Creo que lo he quemado. He sido muy torpe.

—¿Cómo se os ha resbalado? —La monja miró acusadoramente al capitán—. No sois nada torpe, milady. No es torpe —dijo volviendo a mirar al hombre sombrío que estaba frente a ellas.

Pero él hombre sombrío no oía ni observaba a la hermana.

Rose se fijó en el infame capitán y en cómo este miraba a su niña. La profundidad y la implicación de esa mirada. No, hasta ese momento no había sido consciente. Aquel hombre le inspiraba un temor insondable desde que lo había visto por primera vez. Un engendro del demonio, se dijo. Un hombre de negro corazón e intenciones, como sus ojos y su mirada.

La monja observó la forma en que el capitán de aquel barco, lleno de infelices y desgraciados, él entre ellos, observaba a su querida niña, a su Charlotte, con aquellos ojos malignos. Tan deseosos. Tan hambrientos. La mirada de un animal de caza. La mirada de un demonio. Aquel era un hombre con una conciencia y un corazón sucios. Aunque luego se corrigió: ninguno de los hombres que conformaban la infeliz tripulación de aquel navío tenían conciencia y menos un corazón.

Hazhim llegó después de la hermana Rose y también corrió hacia Charlotte a preguntarle si se había quemado, si estaba bien. Ella le sonrió y alzó sus manos

buscándolo. El grumete se acercó y dejó que lo tocara. Ella puso una mano sobre su hombro.

—¿Milady?

—Hazhim —gritó el capitán sin dejar de contemplar a lady Campbell.

El grumete miró al capitán. Pero el capitán no le miraba a él.

—Limpiad el suelo —ordenó sin más.

Hazhim asintió y corrió en busca de lo pertinente.

—He terminado con vuestro hombre —dijo Rose—. No puedo hacer más... solo si es fuerte sobrevivirá. ¿Podemos retirarnos?

Aquel horrible hombre seguía sin dirigirle una mirada. Rose rezó para ahuyentar aquel creciente temor.

—Solo podéis estar en la cubierta del castillo de proa —contestó el capitán—. Podéis estar cerca de este camarote, y siempre estaréis vigiladas —y añadió burlón—: es por vuestra seguridad. La tripulación de este barco no ha visto mujeres desde hace dos meses, señoras. Espero que lo comprendáis.

La hermana asintió varias veces. Solo quería salir de aquel camarote cuanto antes. Y entonces tomó del brazo a Charlotte. Hazhim se arrodilló para fregar el suelo.

Antes de marcharse, Charlotte le dijo poniendo su mano en el huesudo hombro del niño:

—Lo siento mucho, Hazhim. Siento que tengáis que limpiar este estropicio.

—A vuestro servicio, milady —le dijo solemnemente el niño.

Hazhim quería añadir que era un honor servirla, pero se abstuvo creyendo que el capitán le daría un mamporro por su atrevimiento.

Salvatore la observó alejarse de su camarote, mientras él encendía un puro. Ella, caminando sobre la cubierta con la blanca estola cubriendo los hermosos destellos dorados de la tiara de trenzas, tomada del brazo de la monja.

El capitán exhaló lentamente el humo. Sus ojos seguían los pasos de la dama.

Algunos marineros la observaron a su paso.

Estos hombres levantaron su vista hacia el camarote del capitán. Y una vez más, allí estaba la figura vestida de negro, de un negro desgastado, la pistola y la daga siempre en la faja, fumando un puro. Y se encontraron con su mirada de autoridad, amenazante más que de costumbre.

Bajaron entonces sus ojos y siguieron con su trabajo.

CAPÍTULO 9

Durante dos días no volvió a verla. Y se encontró recorriendo la cubierta del castillo de proa y la cubierta de popa, buscando un encuentro casual. En sus idas y venidas, daba alguna orden, corregía el rumbo del timón. Siempre observando la puerta del camarote de Guido, al hombre que hacía guardia, a Hazhim entrar y salir. Ella lo evitaba, estaba seguro de eso.

—¿Qué hacen las mujeres?

Lo detuvo mientras el niño corría a buscar algo, aunque ese algo poco le importaba al capitán si no tenía nada que ver con la ocupante del camarote de su conrmaestre.

El grumete contestó resuelto:

—Ya he terminado con mis deberes, capitán.

—No os he preguntado eso, maldito bribón. Os he preguntado qué hace la mujer.

El niño sabía muy bien por cuál mujer preguntaba.

—La hermana Rose nos lee, capitán. Tienen libros en sus baúles. Charlotte y yo oímos.

—¡Quién ha dicho que podéis llamarla así! —espetó repentinamente—. Es lady Campbell para ti, pequeño mugroso.

—Pero, capitán, ella dijo que podía llamarla así. —Bajó la vista esperando el mamporro. No llegó. Así que dijo tristemente — Esta bien, la llamaré lady Campbell.

—De ahora en adelante me diréis todo lo que hace. ¿*Capicci*?

—Sí, capitán. ¿Puedo regresar para oír la historia que lee la hermana Rose?

—¡Sí, idos ya!

Salvatore lanzó un gruñido de mal humor. Y lo dejó marchar.

Aquella noche, el *The Stronghold* surcó los mares a catorce nudos con rumbo fijo.

El capitán había dado la orden de que todo el mundo estuviera en sus puestos. Pronto se acercarían a las islas de Bajamar y ordenó que toda su tripulación estuviera sobria y alerta. El mar en aquellos parajes era traidor. Y aunque era imposible que el buque de la Marina Real pudiera alcanzarlos, él nunca se fiaba de nadie ni de nada. Sería muy mala suerte encallar o verse arrastrados por las corrientes marinas. Pero la suerte no existía para él. Nunca la hubo. Su destino, desde los siete años, lo marcaba

él y solo él.

Lo único que no podía decidir él, lo único que al parecer no podía controlar, era dejar de pensar en aquella dama que estaba a tan solo unos metros, a tan solo unos pasos detrás de aquella puerta. No podía dejar de pensar en la suavidad de su mano cuando lo había tocado, en sus dedos acariciando su rostro. En el sabor de sus lágrimas. Porque él las había probado. Él las había recogido con sus dedos y luego las había saboreado. Lágrimas de un ángel.

Habían pasado ya tres días y tres noches sin que volviera a verla. Ella lo evitaba. Lo sabía. Salía poco del camarote. Y no estaba enferma. Él dormía por las mañanas, después de estar toda la noche al timón. Siempre lo hacía. Siempre tomaba el timón del navío durante la noche. Y ella salía por el día, cuando él dormía. No creía en las casualidades. Solo la había visto la mañana del segundo día, dando un paseo por la cubierta, acompañada siempre de Hazhim, y porque el resto de los marineros no estaban cerca. La había visto aquella mañana, sí, escondido como un ladrón en su propio barco. Envidiando al pequeño bribón; su grumete, que por lo visto había encontrado la simpatía de la dama con rostro de ángel.

Ya era más de media noche. La luz del camarote de Guido estaba apagada. Todo en silencio. El vigía en la cofa oteando el horizonte de vez en cuando y otras veces se hacía un ovillo y dormía un rato. Los guardamarinas en la cofa cambiaban el turno cada cuatro horas por orden del capitán.

Salvatore fumaba otro puro, mientras contemplaba el basto e infinito mar en la noche, y se rascaba distraído la barba espesa que cubría todo su rostro. Se había despojado de la casaca. Su camisa negra estaba abierta hasta la cinturilla de las calzas, mostrando un pecho fornido, bronceado y cubierto de vello negro. La pistola y la daga seguían allí; en su faja, siempre. Estaba sentado fuera del camarote, con los pies cruzados sobre la barandilla de la cubierta de estribor, en silencio. Y Guido se acercó a colgar allí su hamaca. Y le habló en italiano:

—Me habéis despojado de mi camarote, *capitáno*. Esta noche tendréis que aceptar que cuelgue la hamaca por aquí.

El capitán se encogió de hombros. Ellos habían dormido en los callejones del puerto de Boloña, cerca de las ratas, que por cierto no podían devorar los desperdicios porque ya los habían devorado ellos. Habían dormido bajo los muelles junto a las prostitutas, mientras estas prestaban sus servicios a los clientes. Daba igual. Guido podía dormir en cualquier lugar. Él también.

Salvatore le respondió también en italiano.

—Lamento quitaros vuestro reino, *fratello* —dijo dando una calada al puro—. Vuestro camarote es el único donde pueden ser vigiladas las mujeres, a parte del mío,

y ya sabéis que donde manda el capitán...

Guido colgó su hamaca allí mismo y se lanzó sobre esta descuidadamente. Ni siquiera se había quitado las botas.

—La monja acabará conmigo, *fratello*. Se queja de todo... maldición. Y reza cada vez que me... y nos envía el castigo del Señor...

Guido tenía los ojos cerrados y las manos cruzadas bajo su cabeza mientras hablaba, disfrutando del balanceo del barco. Habían bajado algunos nudos en velocidad. No era prudente navegar a oscuras a toda vela.

Salvatore no contestó.

—¿Qué haremos con las mujeres cuando llegemos a Nueva Orleans?

—Bajarán a tierra y las ocultaremos.

—En dónde, si se puede saber.

—Hablaré con Jube.

Guido rio con sorna.

—¡Se llevarán todas una buena impresión! Jube se sorprenderá cuando entréis por su puerta con una monja y una dama... ¡A vos! —Guido echó finalmente una carcajada burlona—. Y qué dirán ellas cuando vean a Jube —siguió diciendo—. Creo que alguna se desmayará. La monja, digo. Lady Campbell es ciega y no podrá ver a qué se dedican sus... anfitrionas.

Pero el capitán tenía su plan bien pensado.

—Las ocultaremos con Jube, si no está Maynarde. Después le enviaré noticias al barón. —Luego hizo una pausa y dijo entre dientes—. Ella... no estará rodeada de borrachos y ramerías.

Guido lo escuchó perfectamente.

—¿Ella? Ella es lady Campbell ¿verdad?

Salvatore no respondió.

Guido se irguió, sentándose en la hamaca con las piernas colgando por cada lado.

—*Fratello*, os habéis prendado de la dama muy pronto.

No se lo estaba preguntando.

Hubo otro silencio reflexivo, ambientado por la brisa del mar y los sonidos del barco al mecerse junto a las olas. La noche era cálida y estaba llena de estrellas.

Guido volvió a romper ese silencio y tumbarse de nuevo sobre la hamaca.

—No os culpo. Le pasa a toda la tripulación. Me incluyo. Creo que todos sueñan cada noche, amigo mío, con tenerla en su lecho.

Salvatore fumó el puro, exhaló el humo, y tuvo unas ganas demenciales de golpear a Guido. Hacía tiempo, mucho tiempo, desde que eran unos mozalbetes, que no lo hacía. Pero fingió tranquilidad.

—No es más que una mujer —dijo entonces.

—Ah, pero lady Campbell no es solo una mujer —acotó Guido sin caer en la trampa de su amigo—. Es una dama muy hermosa. Una dama elegante, sí, señor.

Salvatore se mantuvo en silencio.

—Una dama que nos teme... que es cautiva de esta embarcación de piratas. — Guido miró a su amigo de la niñez—. Y la única forma de que hombres como nosotros tengamos a una mujer como esa, es de esa forma, Salvatore. Esa dama jamás ofrecería su compañía... a ninguno de nosotros con agrado. Ni un dedo de sus manos... *fratello*.

Salvatore cerró los ojos y recordó los dedos de ella sobre su rostro. Y siguió fumando en silencio.

Ambos hombres no dijeron nada más. Siguieron dejando que la noche, el sueño y los pensamientos los engullera.

Pasaron dos días más navegando. Charlotte y la hermana Rose se hicieron con una rutina. Era la mejor manera de conservar la calma. De no enloquecer de miedo y de no pensar lo peor. No las tenían encerradas ni mucho menos. Tenían cierta libertad para andar por la cubierta del barco, siempre que fuera cerca del puente de mando y del camarote del capitán, con la restricción de no bajar a las bodegas y siempre eran vigiladas por los hombres de confianza del capitán: Guido, Gennaro, Wilkinson y el pequeño y leal grumete.

Despertaban, se aseaban lo mejor posible con el agua de mar y oraban antes de tomar el desayuno, daban un paseo por la cubierta del castillo de proa. Por la tarde tomaban el aire fresco, tomaban el té que preparaba Hazhim mientras Rose leía, y este y Charlotte disfrutaban de oírla. Después cenaban en su camarote. La comida no era tan mala como podrían haber pensado. Al fin y al cabo, los piratas eran seres humanos. Había un marinero irlandés, O'Brian, que hacía de cocinero. Desde luego que era una estancia tensa. Se sabían vigiladas. Sabían que no eran las invitadas en una casa solariega, ni en un barco de pasajeros, sino las cautivas de unos piratas.

Charlotte había ideado un plan para evitar a... para evitarlo a él. Había preguntado, con discreción, a Hazhim por las costumbres de su capitán. Ella había aprendido, viajando en el navío mercante del capitán Davis, que todos a bordo tenían un muy meticuloso orden del día, aunque no sabía si eso podía esperarse en un barco de piratas. Concluyendo que piratas o no, eran marineros que hacían que un navío surcara los mares y debían tener costumbres, él debía tenerlas. Hazhim se las comentó mientras distraído se llevaba los platos de la comida.

Y así había podido evitarlo. Aún no podía entenderse a sí misma. No comprendía lo que había sentido al tocarlo ni al ser tocada por él. Aquello no podía ser real y mucho menos lo que se esperaba. Él no era un caballero noble que la protegería. Era un hombre malo, violento, temido, un hombre que había interceptado su barco y las había raptado. Ella debía temerle, y le temía. Debía odiarlo y asquearse de su cercanía. Pero no lo odiaba. Ella jamás había odiado, ni si quiera su accidente ni la pérdida de su amada madre le habían hecho odiar su vida y su destino. El odio era un sentimiento que destruía. No odiaba al hombre que las había raptado. Tampoco sentía asco. Que Dios la perdonara. No sentía asco ni repulsa de ese hombre. Lo que sentía era algo tibio que calentaba su alma. Le temía... pero también sentía que su alma negra llamaba a la suya. Era algo que no tenía ninguna razón de ser, lo sabía. Ella había orado cada noche, en silencio desde que habían sido raptadas. Había pedido a Dios que le indicara el camino a seguir, la forma en que debía comportarse ante ese hombre, los sentimientos que debería albergar. Pero no había encontrado respuesta aún. O ella no había sabido oírlo.

Habían pasado cinco largos días navegando en aquel barco de miserables, cautivas, pero afortunadamente no les habían hecho daño. Y aquella noche del quinto día, ella le pidió a Hazhim que la dejase sola. La había llevado a un tranquilo recodo en la cubierta de estribor del navío donde se habían sentado ambos durante las últimas noches. Rose dormía temprano, cuando se ocultaba el sol, y no los había acompañado más que en las primeras veces. Cuando la monja comprobó que no había más peligro para lady Charlotte que el que corrían, que ninguno de los hombres miserables a bordo de ese navío se acercaba a más de diez pasos de distancia a ellas, comenzó a dejarlos ir solos. Lady Campbell siempre estaba custodiada. Y no solo por Hazhim, sino por otros. Lo sabía la hermana Rose, y Charlotte también. Podía sentir sus presencias, oír sus pasos. Pero aquella noche necesitaba estar sola para pensar, para sentir el aire fresco del mar en su rostro. El niño se rehusó y le explicó que el capitán lo azotaría por dejarla sola, y lo mataría si a ella le pasaba algo.

—¡Por Dios, pero si solo sois un niño! —exclamó ella al oír aquellas palabras tan crueles dirigidas a un pequeño niño. ¿Azotarlo, matarlo?

—¡Yo soy un hombre, milady! —contestó Hazhim molesto y con orgullo—. Y como hombre respondo por vuestra seguridad.

Hizo sonreír a Charlotte.

—Y me gusta cuidar de vos —agregó Hazhim con el mentón erguido. Un gesto que no pudo ver ella pero que, al imaginarlo y deducirlo por el tono de voz del niño, le hizo sonreír aún más.

—¿Aceptaríais cuidarme un poco más apartado, entonces? No me perderéis de

vista. ¿Qué os parece? Deseo estar a solas unos instantes.

—¿Estáis triste, milady?

—Un poco, Hazhim. Esto es duro para mí y para la hermana Rose.

—Pero el capitán está siendo bueno —dijo Hazhim como si él mismo no pudiera creerlo—. El agua dulce que os envía y la comida... Todo es por vos, milady. Si os pasara algo... él... yo...

La forma especial en que defendió al capitán, con aquel amor de niño que admira a un adulto, enterneció el corazón de Charlotte. Ella asintió, aceptando la imposibilidad de tener unos minutos a solas, y prefería cambiar de tema.

—Los marineros, ¿son todos italianos, como el capitán? —preguntó ella.

—No, milady, solo una parte. También hay ingleses, hay de Argel... de donde soy yo y era mi padre.

Ella había oído en aquel navío múltiples idiomas, lenguas desconocidas.

—¿Y todos os entendéis?

—Oh, sí... para oír las órdenes del capitán solo es necesario tener oídos, nada más. Yo las cumplo siempre, pero a veces se enfada conmigo. Algún día seré como él, tendré mi propio barco. ¡Ha dicho que permitirá que sea ayudante del artillero dentro de un tiempo!

Aquello lo dijo como si fuera algo de lo más importante y crucial en su vida.

—¿No seréis... un pirata, como él, verdad? No está bien. Podríais llevar un barco mercante, Hazhim. Y así... vivir honradamente. ¿Por qué no buscar otro barco dónde aprender?

Pero el niño no contestó. Las olas chocaron suavemente contra el costado del navío. Un frío helado rozó el rostro de Charlotte y ella pudo sentir sus pasos... mucho antes.

—*Signorina*, ¿alentáis la deserción de la tripulación?

—¡No, capitán! Milady y yo hablábamos de... Ella solo decía que...

Hazhim se puso de pie, retorciendo su sucio gorro entre las manos, y cojeando dio unos pasos hasta el Cuervo.

—Capitán, milady solo...

—Fuera.

Hazhim bajó su mirada y asintió, no sin mirar antes a Charlotte y de nuevo al capitán con una expresión suplicante.

—Buenas noches, milady.

—Buenas noches, Hazhim. Mañana la hermana Rose nos leerá la historia del pastor de Belén...

El niño asintió sin emoción, se fue del lugar, inseguro.

Volvió el silencio a la cubierta. El mar tranquilo. Por el barco solo circulando

marineros imprescindibles para la vigilancia y funcionamiento del navío. Charlotte se mantuvo en silencio, frotándose las manos, muy nerviosa.

—Creo... creo que es mejor que me vaya. Tal vez deseáis estar a solas, capitán.

Se había aprendido los pasos que había que dar desde allí hasta el camarote. Eran catorce pasos, dos escalones, y mantenerse siempre lejos de la barandilla del barco. Se puso de pie. Y no hizo falta que diera más de un paso, una mano enorme, dedos grandes y tibios la tomaron suavemente del brazo para detenerla.

—No os vayáis... milady. Podemos compartir este lugar.

Ella se estremeció ante el contacto, sintiendo que habían pasado meses sin estar ante él. Respiró profundamente y dijo:

—Este lugar es vuestro, capitán. Yo... yo me iré y... y... así podréis...

—¿Por qué, *Carlotta*? ¿Aún me teméis? ¿Es eso? ¿No os bastan los días que han pasado para entender que nada os ocurrirá, ni a vos ni a la monja, si no dais motivos?

Charlotte asintió.

—No voy a haceros daño, *angelo*.

Aquello era falso, susurró la oscura conciencia del capitán. Él había pensado durante las noches en hacer algo muy malo al ángel.

—Volved a vuestro lugar —la instó suavemente a sentarse de nuevo—. Y yo fumaré un puro. Haremos silencio si no deseáis hablar.

Ella volvió a sentarse. Y lo percibió tan cerca, su aliento... su olor... Lo estaba, muy cerca, observándola con sus ojos negros y sombríos, su mirada ansiosa, descarnada, hambrienta.

¡Por todos los infiernos!, pensó el capitán, ¿por qué se había torturado manteniéndose alejado de ella todos esos días, si ella le pertenecía? Era suya. Su botín, en su barco. Se apartó de repente, entonces. Se alejó un poco de ella. No mucho. Lo suficiente para que el aroma a limpio y a lilas no le arrebatara el último gramo de cordura, aquello que le impedía hacerle todo lo malo que había pensado...

Charlotte le escuchó encender el puro, percibió el olor del tabaco. Lo escuchó fumarlo y exhalar lentamente el humo.

—¿Habéis fumado alguna vez, *Carlotta*?

Ella levantó el rostro al oírlo hablar.

—¿Eh? No, nunca.

El asintió con una sonrisa al ver el azoramiento de la dama, sus impresionantes ojos violetas brillando en la noche de alta mar.

—¿Queréis probar?

—¡Oh... no, no! Eso no está bien. Solo los caballeros fuman. —Se frotó las manos sobre su regazo con más nerviosismo, las tenía heladas y se estremeció de frío. No

entendía por qué, si el clima de la noche no era desagradable.

Entonces sus manos, nerviosas y heladas, fueron cubiertas por otras rudas, pero inexplicablemente reconfortantes. Esas manos cuyo calor y forma ella comenzaba a reconocer... a sentir.

Sin embargo, se asustó ante tal contacto... y más de su propia reacción.

—*Carlotta*, ¿teméis de mí o es solo porque soy... un hombre?

Se acercó a ella de nuevo, aún más, mucho más que antes, casi hasta rozar el rostro femenino.

—Decidme —la instó en tono de voz ronco y grave.

Charlotte había aprendido en pocos días a diferenciar ese tono de voz del capitán, de aquel que usaba cuando daba las órdenes a la tripulación. Ella lo había oído todas las mañanas y luego todas las noches. El tono de aquel hombre era autoritario y muy determinante. Un tono de voz que demostraba que era un hombre que no sufre de confusión ni vacila a la hora de saber lo que espera, lo que quiere y lo que va a conseguir. Pero cuando le hablaba como aquella noche, el tono se volvía grave, ronca, pausada.

—Es... es... estoy bien. —Ella bajó su rostro y lo ocultó en la estola—. Es que no... No suelo estar... por supuesto que os temo. Nos habéis capturado... yo...

No dijo nada más. Era ciega. Y se había convertido en muda. Sus manos temblaban, su rostro le ardía tanto, el corazón le martillaba en el pecho. Estaba muy nerviosa. Temía por estar a solas con un pirata. Por estar con un hombre. Con ese hombre.

Él aún calentaba las manos de ella con las suyas. Y una sonrisa malvada se dibujó en su rostro moreno y barbado al contemplar la aprehensión en los hermosos ojos.

Después de un breve silencio, un dedo se posó bajo el mentón de Charlotte y la obligó a alzar el rostro.

—¿Acaso las damas nobles como vos nunca están a solas con un hombre? Ahh... he oído que no. No es adecuado para sus reputaciones.

—No... no lo sé. La reputación es algo que en mí ya no tiene importancia. La perdí cuando perdí la vista. —Charlotte suspiró sin darse cuenta—. Pero las hermanas y el padre Estefan siempre me han advertido que... que no debía estar jamás a solas con un hombre, porque, si no era un caballero, podría hacerme daño —confesó ingenuamente.

El rostro de Salvatore al oírla, se volvió el rostro mismo del demonio. Se volvió granito. Su voz ya no fue ronca y grave, sino maligna. ¿Alguien le había hecho daño?, se preguntó.

—¿Algún perro desgraciado... —se corrigió— un hombre os ha hecho daño alguna vez, *Carlotta*?

Aguardó en silencio la respuesta de ella, manteniendo el aliento retenido.

—No. Nunca. Hubo hombres que llegaban a la abadía, pero las hermanas jamás les permitieron estar cerca de mí.

Y el semblante malvado se diluyó ante esas palabras. La mirada maligna se volvió apacible. Salvatore olvidó el ánimo de matar.

—¿Quiénes eran esos hombres? —Volvió a coger el puro y a fumar con una de sus manos libres. Con la otra continuaba dando calor a las de lady Campbell.

—Viajeros.

—¿Dais hospedaje a viajeros?

—Las hermanas, sí. Veréis... la abadía se encuentra muy dentro del bosque, aunque cerca del camino. Es... es lo que sé. Yo solo podía oírlos algunas veces. Pero nunca podía hablar con ellos. Con los niños sí. — Y ella sonrió al recordar a los precoces y traviesos niños con los que llegó a tratar en la abadía—. Había niños con los viajeros. Y siempre hacían travesuras a las monjas y al padre Estefano.

Salvatore, bajo el hechizo de aquellas palabras, de aquella sonrisa ingenua, la contempló fijamente y respondió.

—Hacen bien las monjas en aconsejaros eso, milady. Han hecho bien en manteneros oculta de los hombres —susurró peligrosamente.

Charlotte captó el tono peligroso. Y no pudo encontrar respuesta para ello. Continuó con su rostro abierto, aunque dejó lentamente de sonreír.

Y él no pudo resistirse. Alzó entonces la mano para acariciar la mejilla de aquel hermoso rostro sonriente. Ella cerró sus ojos ante la tibieza en esa caricia. Pudo sentir su aliento cerca de sí. Él estaba tan cerca.

—Respecto a mí, milady, podéis estar tranquila —le dijo casi de forma inaudible, al oído, rozando su rostro con la barba. Ella se mantuvo allí, con los ojos cerrados—. No tenéis nada que temer de mí, *angelo*... Esta noche... solo deseo... hablar.

Siempre había sido un buen mentiroso, añadió para sus adentros el capitán Cuervo. Porque lo que él quería hacerle, lo que él deseaba... era...

Charlotte debía decirle que jamás le creería. No podía creer en un rufián, en un indecente como él, en un hombre malvado. Pero le creyó.

Y para desembarazarse de la sensación potente que la recorría en esos momentos, la tibieza de aquellos dedos sobre su rostro, Charlotte decidió tomarle la palabra. Así que habló. Y se apartó de esa mano que la acariciaba... y la angustiaba.

—¿Cómo es el mar, capitán? —preguntó, intentando lucir serena—. Cuando era niña, jamás vi el mar...

Él la oyó. Y sonrió lentamente. La dama era valiente, reconoció. Tenía un coraje inusitado o era la mujer más ingenua y crédula que había conocido alguna vez. O tal

vez solo era su invidencia, pensó. Ella no tenía más opciones que hacer lo que estaba haciendo.

Entonces se alejó de ella tan lentamente como había sonreído.

Charlotte había abierto de nuevo los ojos y dirigía su mirada ciega, su rostro hacia el viento, sintiendo el mar.

—¿Habláis del color? —le preguntó él, aceptando el cambio de tema.

Ella asintió.

—Ahora está oscuro, es de noche. El mar es en estos momentos como la noche misma.

—Y cuando es de día... ¿cómo son los mares?

—Ah, *belleza*, eso depende. Los mares son inmensos, se pierden en el horizonte. ¿Recuerdas el horizonte?

Ella lo negó con un gesto.

El capitán se rascó la barba pensando cómo podía explicarle. Era obvio que al perder la vista a los doce años había cosas que no recordaba.

—Es algo que a vuestros ojos nunca terminaría.

—¿Como... el infinito?

—Sí, algo así. Así son los mares. Los de las costas africanas y mediterráneas son verdes y turquesas. Los de vuestra Inglaterra son grises y azules.

—Me temo que no recuerdo el color turquesa.

El capitán asintió y guardó silencio de nuevo, pensando una vez más en cómo podría explicarle un color a una invidente.

—¿Qué colores recordáis, *Carlotta*? —preguntó finalmente.

—Muchos... El amarillo, el verde, azul, el lila... Todos los de mi infancia.

—Combinad entonces en vuestra mente el verde y el azul.

Ella dejó de frotarse las manos. Salvatore contempló cómo ella hacía silencio, haciendo lo que él le había sugerido... imaginando el color turquesa.

—Hummmm, es difícil —dijo ella mordiéndose el labio inferior—. El turquesa... es difícil imaginarlo —agregó ella finalmente.

Él no pudo evitar volver a sonreír al contemplar en ella aquel ceño fruncido.

¿Desde cuándo no hablaba con una mujer... una mujer con que no hubiera previamente...?, se preguntó. Nunca. Él no hablaba con mujeres más que para negociar sus servicios, bien fueran ramera, ladrona, timadora, o simplemente comprar leche a las lecheras.

—Solo tenéis que haceros a la idea —susurró él con la voz repentinamente enronquecida—. Intentadlo varias veces, *belleza*, y lo conseguirás. Ahora, contadme, ¿cómo era vuestra vida en ese lugar, la abadía?

El capitán tomó de nuevo su puro, y se lo puso entre los dientes y le dio una calada. Esa noche hablaron de tantas cosas. Solo eso... hablar.

Él, sentado, más bien despatarrado al lado de ella, oyendo, preguntándole cómo había aprendido a valerse por sí misma de aquella forma excepcional. Ella le contó todo lo que le habían enseñado las monjas, qué había aprendido de todas y cada una de ellas, que cada una le había enseñado algo. Unas: a memorizar los lugares. De otras: a comer y a vestirse sola. Y aprendió a reconocer y recordar los ruidos, los olores, a las personas.

—Y de esta forma veo con mi oído. —Lo señaló—. Veo con las manos, con mi nariz —le dijo ella alzando su mano y tocándose después la punta de nariz.

Y todo sin ser consciente de que le estaba brindando además una esplendorosa sonrisa al hombre que la miraba.

Y él, ante esa sonrisa, la segunda que ella le obsequiaba voluntariamente y sin miedo, alzó una de sus negras cejas y entrecerró sus negros ojos. Ella. El ángel, le sonreía. A él.

—Comprendo —contestó el capitán instantes después, sin quitarle los ojos de encima, recorriendo descarada e insolentemente el cuerpo de Charlotte, sus manos, los ojos violetas, la bondad que emanaba de ellos como una cascada de agua fresca. Le dio otra calada al puro y siguieron hablando.

—¿Por qué vuestro padre no os llevó con él?

De inmediato, hasta un insensible como él pudo notar el dolor en los bellos ojos. Ella hizo silencio. Y la sonrisa, para él, se desvaneció como una estrella fugaz en el firmamento.

—Vuestro padre os abandonó, ¿verdad?

Él había estado pensando en ello. Ella no quería hablar de eso. Le dolía tanto, tanto. Así que bajó su rostro y entrelazó sus manos en su regazo.

—Era viudo —dijo con hilito de voz—. Y estaba desolado por la muerte de mi madre. Solo... solo quería... solo pretendía un lugar mejor para mí.

—Un lugar para ti lejos de él, durante doce años.

Él había dormido en los callejones de Boloña junto a su madre y sus hermanas. Su madre jamás los habría abandonado en ningún lugar. Solo los había dejado cuando la muerte había venido inexorablemente en su búsqueda.

Charlotte hizo silencio. ¿Qué podía decir? ¿Que su padre se había ausentado durante doce años, enviando cuatro cartas al año a la abadía, con tan solo unas palabras de saludo y su mecenazgo?

—Entiendo a mi padre —dijo resignada, como si hubiera llegado a aquella conclusión después de resistirse y de admitirlo—. Una hija ciega. ¿A dónde iba a

llevarme? Solo puedo estorbar, ser una carga. Ser una vergüenza.

Con una furia inesperada, él la tomó de los brazos y la encaró.

—No volváis a decir algo así, *Carlotta*, maldita sea —masculló entre dientes—. ¿Lo habéis entendido? —Tomó entonces el rostro de ella con una de sus grandes manos—. No sois una vergüenza. —Contempló ávidamente los labios carnosos y rosas, tentadores. Y se excitó. Su voz se enronqueció de nuevo—. Los nobles tenéis unas ideas absurdas sobre la vida. He tenido marineros mancos, cojos y otros casi ciegos. Han sido todos tan buenos marineros como cualquier otro, serviciales como el hombre más completo y capaz.

—Pero yo no podría estar entre mis pares. No lo entendéis —dijo ella suavemente—. No podía asistir a un baile. Nunca fui presentada en la corte, ni en sociedad. ¿Para qué? Nadie habría pedido mi mano. No puedo llevar una casa como señora. No puedo ser una buena anfitriona porque no podría atender invitados. No podría instruir a la servidumbre. No podría atender la correspondencia. No podría... cuidar de unos hijos.

Tener hijos y cuidar de ellos. Era el dolor más grande de su realidad. Se rompió su corazón cuando había sido consciente de ello a los diecisiete años y la hermana Rose se lo había explicado. Una ciega no podría, jamás, cuidar de un hijo.

—¡Y yo digo que al infierno vuestros pares! —espetó el capitán—. Esos bellacos creen que la vida está en una tarde de té y en noches de bailes. Es lo que os hacen creer, pero no *signorina*... Hay otras verdades más penosas que ser ciego, os lo aseguro. Hay mujeres y hombres, niños, que mueren de hambre en los caminos y en los muelles. Su sufrimiento no está en poder asistir a un baile o atender invitados. ¡Malditos sean! Sois una mujer exquisita, *Carlotta*, y doy fe de vuestra capacidad. Que arda en las fosas del infierno todo aquel que os crea una vergüenza.

Se hizo entonces el silencio entre ellos. El capitán logró calmar su ira rápidamente. Odió esa noche al padre de Charlotte. ¿Cómo podría un padre abandonar a su hija, esconderla en un convento por su invidencia, como si ella fuera un incordio, algo de lo cual deshacerse? ¿Quién demonios se creían aquellas personas... los aristócratas, los nobles? Ah, sí, ya recordaba aquella frase que había escuchado en un puerto francés: «*La beau monde*» no podría aceptar a una mujer ciega entre ellos.

Observó el rostro de Charlotte. Contempló sus preciosos ojos del color de las amatistas, de mirada pérdida y desenfocada, inocente. Los ojos de un ángel.

Ella se mantuvo serena en sus brazos, pero su respiración traicionaba esa fachada de tranquilidad. Sus ojos también.

—No sois una mujer para esconder, *Carlotta*. Sois una mujer muy deseable. Mucho. Si fuerais mía, encontraríais muchas tareas en mi lecho que podrías realizar sin necesidad de la vista y que me darían entera satisfacción.

Charlotte enrojció ante aquellas palabras. Era ciega, no una completa ingenua de la vida. Las hermanas le habían hablado recientemente sobre las «fiebres». —Así las habían llamado—. de los hombres. Y de sus pretensiones ante las mujeres. ¿Se refería a eso... él?

—No sé a qué os réferis... yo... solo... comprendo a mi padre —dijo Charlotte casi inaudiblemente. No sabía qué más podía decir.

—No, por supuesto que no sabéis, *angelo*... No debéis saberlo.

«Sería tan fácil poseerla ahora», pensó el capitán en sus negras cavilaciones, mientras contemplaba el delicado rubor de las mejillas femeninas. Estaba excitado como un animal. «Si fuerais mía». ¡Ella era suya!, ¡por todos los infiernos... porque era su botín! Nadie acudiría en ayuda de la mujer si él la tomara allí mismo, aunque oyeran sus gritos. Ningún miembro de la tripulación sería capaz de mover un dedo para defenderla si la tumbaba y le levantaba las faldas, si le arrancaba aquella estúpida estola con la que parecía que se protegía. «Entonces, hazlo...», le susurró una maliciosa voz, su mente, su despiadado ser.

Charlotte lo escuchó inspirar con fuerza. Lo oyó ponerse de pie.

—Ya basta de parloteo... maldición. Es hora del cambio de guardia en la cofa. Será mejor para vos que os vayáis a dormir.

Su voz provenía de un lugar muy oscuro... era malvada. Ella pudo percibirlo tan claramente. El capitán estaba a punto de demostrarle que era un demonio, un mentiroso, un pirata al fin y al cabo. Estaba a punto de hacer aquello que le había dicho que no haría, aquello que había estado deseando todas las noches. Aquello que deseaba hacerle en ese momento.

—Marchaos, *Carlotta*... marchaos ya.

El tono de voz de aquel hombre era de advertencia, perentorio. Charlotte, ciega de ojos, pero no de otros sentidos, lo comprendió.

—Sí, por supuesto. Buenas noches, capitán.

Entendió que un hombre conocía sus limitaciones, su propia contención. Aquel hombre contenía su maldad, tal vez. Y no debía abusar de su propio aviso.

Se puso de pie, pero el barco se balanceó y casi pierde el equilibrio. Él de inmediato asió su brazo con descarada confianza.

—Esperad, llamaré al grumete.

—Gracias. No puedo llegar sola, aunque he aprendido el camino desde aquí al camarote —dijo ella en un susurro estrangulado, escuchando la entrecortada respiración del capitán. Estaban solos, era de noche, en su barco. Si ella gritara pidiendo ayuda, la tripulación de miserables no haría más que reír triunfantes.

—Es... es triste que un ser humano no pueda valerse por sí mismo, pero es mi

realidad y la acepto —intentó aligerar la carga del ambiente y de su propio miedo.

Él nada dijo. Hacía silencio. La contemplaba intensamente. La recorría con sus negros ojos, con su oscura alma.

Charlotte tenía el rostro levantado y lo miraba con sus ojos ciegos, como si estuviera esperando a que él dijera algo.

—Cuatro pasos, dos escalones, girar a la izquierda, después a la derecha. Es la distancia que hay desde aquí al camarote —susurró ella, como si fuera una canción. Y sin darse cuenta le sonrió de nuevo.

El capitán Cuervo dejó de respirar por un instante. Esa sonrisa fue como un fuerte golpe en la cara del hombre inmovible, el hombre desgraciado, despiadado.

Él no perdía el aliento jamás y menos cuando estaba tan excitado, fuera para la guerra o para la fornicación. Ni siquiera cuando el cañón de un trabuco estaba apretando sus narices.

—¿Capitán...? —Charlotte temió tanto. Podía sentir que él se debatía entre... entre algo malo y lo bueno.

—*Diavolo* —masculló él entre dientes.

—¿Capitán? —fue un ruego.

Ella lo sacó de sus pensamientos.

—Os acompañaré, *Carlotta*. Vamos. —Tomó su mano para guiarla.

Ella asintió temerosa, rogando porque fuera verdad. Que solo pretendería escoltarla.

—No me temáis... *angelo* —le dijo él entre dientes, gruñendo al notar el miedo en las profundidades amatistas.

La llevó hasta el camarote. Ella caminó por la cubierta tomada de su mano como guía. El temido capitán Cuervo la guio hasta el camarote como un caballero a su doncella.

No le subió las faldas a la dama, ni había obtenido nada de lo que deseaba. Pero ¿cómo podía?, si ella le había sonreído tan ingenuamente, dos veces. A él. Eso no era nada para un hombre inmoral y depravado. Una sonrisa para él, de ella, del ángel. La deseaba, quería tenerla bajo su cuerpo, tibia y abierta. Él era un asqueroso putero, un mentiroso, inmoral, un rufián, se dijo, pero su madre no había parido a un maldito cobarde. Sabía que ella no sobreviviría a ser tomada por la fuerza. Lo sabía con tanta certeza. Si cometía aquel acto, mataría al ángel que le sonreía a él con su celestial ingenuidad. Mataría su ingenuidad, su luz.

¿Y desde cuándo le importaban los demás?, ¿desde cuándo se sentía fascinado por... la luz?, se preguntó perplejo consigo mismo mientras la dejaba en la puerta del camarote, ¿desde cuándo le importaba hacer daño o no a otras personas?

Sin una respuesta clara y satisfactoria para esas incógnitas, la dejó entonces. Saludó

a Genaro con un asentimiento, quien volvía a montar guardia en la puerta de las damas, y se marchó.

Guido, desde la cubierta del castillo de proa, lo vio pasar mientras bebía un poco de grog en la fresca noche de alta mar. Y movió la cabeza de lado a lado con una sonrisa burlona.

—Vaya — se dijo—, el capitán se ha vuelto un caballero. Al menos por esta noche.

CAPÍTULO 10

Después de aquella noche, el capitán Cuervo se encontró recorriendo la cubierta donde la dama hacía su paseo nocturno con el pequeño grumete de guía y vigilante. Cuando llegaba hasta ellos, le echaba una mirada amenazante al niño y este se alejaba, y los dejaba solos.

Ella reconocía sus pasos cuando se acercaba. Reconocía el olor acre de su puro, que le era inconfundible. Se encontraban pues y volvían a hablar.

Charlotte temía, pero no podía hacer otra cosa que continuar con la rutina que se había establecido. Rose no aprobaba esos paseos nocturnos, y a veces la acompañaba. No confiaba en el capitán de aquellos andrajosos y rezaba porque un milagro sucediera, porque ellas se reunieran con el barón Campbell sanas y a salvo.

Aquellas noches, el temido hombre de aquellos mares volvía a explicar solícito todo aquello que la dama le preguntaba. «¿Se distingue el cielo del mar, capitán?», «¿cómo os guiais por las estrellas?», «¿cuántos puertos conocéis?», «¿cómo es otra gente?». Tantas preguntas respondidas mientras él la contemplaba, mientras él tenía deseos profundamente carnales, malvados, que lo asechaban, pensando en lo fácil que sería cumplirlos. Y luego ella misma, con sus sonrisas, sin saberlo o tal vez sabiendo, y sus educados «Buenas noches, capitán...», volvía a contenerlos. Ella, con su sereno e inocente semblante, volvía a aplacar los demonios que lo rondaban, pero... ¿hasta cuándo?

Y Charlotte, durante aquellas noches, oía las respuestas a sus preguntas. Las escuchaba de aquella voz masculina y grave, de aquel hombre al que temía, pero al mismo tiempo, contra su voluntad, la atraía en lo más secreto de su corazón.

La hermana Rose a veces le hacía compañía, pero era como un reloj de sol. Tan pronto se ocultaba este, la monja se dejaba dormir de aquella forma imperturbable que la descartaría en todo caso como centinela. Y lady Campbell se encontró con la sorpresa de que no quería que lo hiciera, de que esperaba esos encuentros con el capitán. Esto también en lo más secreto de su corazón.

A medida que atravesaban los mares rumbo a Nueva Orleans, fueron adentrándose en aguas no tan serenas. Y una noche no hubo paseo, ni conversación. El oleaje

provocaba que el barco se balanceara con fuerza. Una furiosa tormenta tropical azotaba aquellos mares.

Charlotte y la hermana Rose llegaron a estar seguras de que el navío se hundiría. Y, con este, ellas y toda su tripulación de miserables.

Guido había ido varias veces para saber cómo se encontraban. Y Hazhim, por órdenes del capitán, se quedó con ellas en el camarote y así tranquilizarlas. Habían retirado, fijado o guardado todo lo que había en el camarote que pudiera desplazarse, tal y como el pequeño grumete les había indicado. La hermana Rose estaba sin la toca. Había vomitado varias veces y se abanicaba inútilmente con la mano.

Charlotte no sufría de mareos. Tampoco temía a los ruidos producidos por los truenos. En la abadía las tormentas eran tan crueles como aquella. Esa noche se limitó a asirse del poste de la cama, sentada con sus piernas flexionadas y juntas en su pecho. Se sujetaba con fuerza, pero varias veces llegó a caer al suelo. Hazhim corría a su lado y volvía a ayudarla a subir.

La hermana Rose emitía gritos como bramidos, y a pesar de que el niño le daba indicaciones de que no se pusiera de pie, la monja era resueltamente reticente a cumplirlos.

Charlotte respiraba con fuerza. Tenía miedo por la integridad del navío, pero conservaba la calma. Era lo que había hecho siempre, desde aquel fatal accidente. Conservando la calma aprendió a vivir con su invidencia, con sus limitaciones, con su soledad y su triste futuro. Conservando la calma aprendió a vivir sin su padre, a ser rechazada por él y por todos.

La noche cayó en alta mar con el añadido de aquella tempestad.

En ese momento las mujeres escuchaban pasos rápidos que iban y venían, hombres que corrían dando órdenes en árabe, en inglés, en italiano. Aquello parecía el caos, pero todos se entendían.

La hermana Rose apagó el candil por temor a que pudiera caer al suelo y prender fuego el camarote y, por consiguiente, el navío. De hecho, todos los candiles fueron apagados en el *The Stronghold*.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo es posible que este barco pueda ser timoneado? Creo que vamos a la deriva —gritó la hermana Rose por quinta vez en aquella noche.

—No os preocupéis, el capitán conoce bien estas aguas —dijo Hazhim, y luego se dirigió Charlotte—. Es el mejor marino, milady. El mejor entre todos. Nos llevará a puerto.

Hazhim dijo aquello con su acostumbrada solemnidad, demostrando la admiración

infantil que sentía por aquel hombre.

Charlotte sintió pena, porque ese hombre no era precisamente digno de la inocente y sublime admiración de un niño. Y a pesar de eso, ella no dudaba de sus palabras, sabiendo que el capitán estaba al timón de la corbeta.

Y mientras oía a Hazhim tranquilizando por sexta vez a la hermana Rose, ella no pudo evitar pensar en él... en el capitán. Lo imaginó al timón, el olor del puro, maldiciendo a los mares por atreverse a contrariarlo. Él maldecía todas las mañanas, cuando daba órdenes a sus hombres, cuando algo en el navío no se hacía o no estaba como él había ordenado. Y ella oía sus imprecaciones cada día, pero había llegado el momento en que ya no la asustaban, en que las esperaba, quería oírlo, aunque fueran solo malas palabras.

Mientras intentaba asir el cabecero de la cama, soportando un nuevo embate de las olas al *The Stronghold*, se preguntó lo que se preguntaba desde hacía muchas noches atrás: cómo era él. Siempre había logrado imaginar a las personas, si eran jóvenes o viejos, altos, gordos o delgados. Pero no podía imaginarlo a él.

El barco dio un bandazo y todos gritaron. Charlotte se sujetó fuerte y siguió pensando en él.

Cada noche que había pasado en el barco, ella había recordado su voz, sus charlas que se hacían cada día más largas. Sus frases en su idioma natal. «No sois una vergüenza, Carlotta». ¿Podía ser malo un hombre que fuera capaz de consolar a alguien con tanta vehemencia? La respuesta parecía ser tan clara: sí, era un hombre malo, del que debía cuidarse y alejarse todo lo posible. Pero luego recordaba las conversaciones que habían mantenido, la forma en que le explicaba todo, la forma en que le hablaba como si ella no fuera una ciega ni un estorbo. Recordaba sus palabras: «Si fuerais mía... » y luego las seguramente indecentes palabras que le seguía y que ella no era capaz ni de repetir en la intimidad de sus pensamientos. Aquello sobre el lecho... Charlotte enrojecía de recordar aquellas palabras. Y también sonreía cuando recordaba que le había hablado de aquellos marineros ciegos, mudos y mancos que habían sido buenos marineros. «Hombres capaces», había dicho con la misma vehemencia. «Si fuerais mía...».

La sacó abruptamente de sus pensamientos Guido cuando abrió la puerta del camarote de golpe. Afuera llovía con fuerza. El hombre llevaba una capa y un viejo tricorno marrón encajado en la cabeza hasta la nariz. Aun así, estaba empapado. Y gritando contra el ruido de la tormenta, les dijo:

—¡Hermana Rose!, la necesitamos en la popa. Hay un hombre herido.

Uno de los marineros se había cercenado un dedo luchando con los aparejos. Necesitaban a toda la tripulación para que el navío soportara la tempestad.

—¡Hazhim, acompañad a la hermana a las bodegas! —gritó el contramaestre.

—No puedo dejar a lady Charlotte aquí —replicó Rose.

Pero de inmediato Charlotte terció en el asunto.

—Por favor, Rose, ve. Yo estaré bien. Hace horas que soportamos esta tempestad. Os aseguro que no iré a ninguna parte. —Y le sonrió abiertamente—. Aquí estaré cuando volváis, en este mismo lugar, aferrada al poste de la cama.

Después de que la hermana Rose recuperara su toca, tomó la mano de Hazhim para mantener el equilibrio y salió junto a este del camarote.

—Milady, el capitán desea saber si estáis bien.

Guido aún continuaba sosteniéndose en el marco de la puerta del camarote.

—¡Podéis decirle que estoy bien! —contestó Charlotte alzando la voz. El ruido de los truenos y la tormenta era ensordecedor—. Pedidle al capitán que se ocupe de llevarnos con vida a puerto.

Guido sonrió, asintió y también recordó que ella no podía ver ese gesto, así que añadió:

—Tened por seguro que lo hará... Volveré después. No intentéis salir del camarote.

Ella asintió. Y el contramaestre se fue a ocupar su puesto en el puente de mando.

Pasó el tiempo. Rose no regresaba, ni Hazhim. Tampoco había vuelto Guido. El barco llegó a escorarse de tal forma que la tiró al suelo. Ella alzó sus manos rápidamente, desesperada, buscando localizar la cama. Estaba asustada. No escuchaba más que los pasos apresurados de la tripulación, el correr de los hombres de un lado a otro, el crujir del barco mientras era embestido por las olas furiosas. Se asió aún más fuerte al poste de la cama, subió de nuevo y estrechó más sus piernas flexionadas contra su pecho.

Pasaron un par de horas más, y Charlotte no sabía si había amanecido o si aún era de noche. Pero lo cierto era que habían pasado ya por la tormenta sin hundirse en lo profundo del mar. Ya no se oía la lluvia, ya no oía el correr de los marineros ni sus gritos desesperados. El barco ya no daba bandazos. En ese momento se balanceaba casi sin fuerza.

Ella estiró las piernas entumecidas, pero aún se aferraba al poste de la cama. Respiró profundamente. Todo había pasado. Estaban a salvo. Se oían algunas voces más sosegadas, algunas risas de alivio, y poco más.

Ella juntó sus manos bajo su mentón y rezó conmovida, dando gracias al Señor. Se dio buena cuenta de que no había tenido muchas emociones intensas viviendo en la abadía, que desconocía muchas cosas, que no se imaginaba la vida, el peligro y los riesgos, que vivían otros. Entonces, escuchó que la puerta del camarote se abrió lentamente.

Charlotte se irguió y alzó sus manos tanteando a su alrededor.

—¿Hazhim?, ¿Rose?, ¿estáis bien?, ¿están bien los demás?

Quería saber si estaban bien los demás. Bueno, quería saber si el capitán estaba bien. Pero nadie contestó sus preguntas.

¿Se habría abierto la puerta por la fuerza del viento?, ¿por qué no sentía la brisa del mar?

De súbito, un escalofrío recorrió su cuerpo, desde la punta de los pies hasta cada hebra de su cabello. Charlotte guardó silencio, agudizó su oído y alzó de nuevo sus manos en su oscuridad.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó de nuevo.

Silencio.

Nadie respondió.

Pero allí había alguien.

En ese momento su corazón comenzó a latir con fuerza, a subir a su garganta. El aire dejó de circular libre por sus pulmones.

Y ese algo que reside en el inconsciente de todos, ese instinto de autoprotección, le indicó que estaba en peligro. Se agudizó aún más su oído y sus otros sentidos. Un hedor llegó hasta ella; mezcla de sudor y aromas corporales de quien no se asea durante mucho tiempo. Escuchó un jadeo entrecortado muy cerca de ella.

Y entonces Charlotte quiso gritar. Allí había alguien. No era él, no era el capitán. Tampoco era el pequeño Hazhim, ni Guido ni Gennaro.

—¿Quién está ahí, por favor?

Una mano mojada, de dedos gruesos y cortos como salchichas, cubrió la boca de Charlotte y silenció su grito ahogado. Ella escuchó con terror ese aliento jadeante.

—Tranquila... —dijo alguien a su oído—. No gritéis, pequeña zorra... seré bueno si no gritáis.

Otra mano se metió bajo la falda de su vestido, y Charlotte sintió que moría. Tocaron sus muslos. Ella flexionó desesperadamente sus piernas intentado apartar esas manos. No podía respirar. Estaba paralizada. Quería gritar. No sabía si eran uno o más individuos los que la tocaban. Quería correr. No recordaba en qué dirección estaba la puerta. No recordaba cómo moverse. Aquella mano se hundió aún más en su boca, sofocando cualquier esperanza de hacerse oír, mientras que otra mano intentaba separarle las piernas.

CAPÍTULO 11

Su garganta se cerró. Tuvo pánico en su oscuridad. Su respiración se hizo más profunda y un sollozo de sufrimiento crudo quemó su alma cuando esa mano subió aún más por sus muslos ya separados. Reaccionó al fin y mordió esa mano con todas sus fuerzas, y comenzó a luchar contra esa o esas personas, porque no sabía cuántos eran. Escuchó un juramento contenido, un gemido de dolor, y la mano lasciva bajó entonces y se arrastró hasta su tobillo.

Charlotte sabía que al lado de la mesa estaba el candil. Con su única mano libre intentó alcanzarlo desesperada. Palpó con desesperación la mesa buscándolo para estrellarlo contra su atacante. Por su nerviosismo, lo que logró fue tirarlo al suelo. Afortunadamente se había apagado la mecha desde hacía mucho o habría prendido fuego el camarote. Aunque en ese momento prefirió morir en las llamas a vivir aquello.

Y en la bruma de su oscuridad, a lo lejos, escuchó los gritos del capitán que reñía en italiano y acaloradamente con alguien.

—*¿Carlotta é sola? ¡Porca miseria!... Figlio di la putt...*

—*¡Pero, Salvatore, la donna va bene!* — replicó Guido.

La mano que oprimía la boca de Charlotte desapareció con la misma rapidez. Pudo volver a respirar. Escuchó los pasos ir fuera del camarote, supo que era un solo hombre. Y luego esos pasos se perdieron por las escalerillas de la cubierta de babor. Esa persona se había ido al oír al capitán y a Guido. Y ella emitió un gemido, un sollozo de terror que era casi inaudible. Soltó el aire comprimido. Se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza con sus propias manos.

Salvatore se acercó al camarote para confirmar que Charlotte se encontraba bien. Supo que se había quedado sola y se había enfurecido. Estuvo a punto de golpear a Guido, a quien había ordenado que la cuidase mientras él timoneaba el navío durante la tempestad.

Al aproximarse creyó escuchar silenciosos gemidos. De dolor y de terror. La puerta del camarote estaba abierta. Y entró buscando a Charlotte.

Entonces la vio arrebujada allí, en la cama, hecha un ovillo, cubierta con una manta

hasta la cabeza. Se mecía como si estuviera en algún trance.

Salvatore se acercó como un vendaval, con la misma fuerza de la tormenta que había amenazado con hundir el *The Stronghold* en aquellos oscuros mares.

—¡Carlotta! —gritó, lanzando antes por la borda el puro que se fumaba.

Era su primer puro de la noche después de combatir a la mismísima muerte durante horas.

Charlotte lo escuchó y de inmediato sintió unos deseos arrolladores de correr hacia él.

—¡No, no bajéis... el suelo! —gritó el capitán cuando vio que ella se disponía a bajar descalza de la cama y el suelo estaba cubierto por los cristales rotos del candil. Aunque era de noche, la luz de la luna que se filtró por la puerta hizo relucir y brillar los pedazos.

Ella, respirando con dificultad, reprimiendo con todas sus fuerzas su terror, alzó entonces sus manos hacia él. No podía hablar ni gritar debido al terror, solo emitía sonidos, unos sonidos que parecían los de un animal herido.

El capitán se abalanzó sobre ella, la alzó en sus brazos para apartarla de la cama, y por consiguiente de los cristales que estaban esparcidos por el suelo. Y la sacó del camarote. La bajó al suelo, y ella se aferró al cuello del pirata con todas sus fuerzas.

—Eh, *angelo, tranquilla* —dijo al abrazarla, acariciando su espalda solo para tranquilizarla. Él nunca había tranquilizado a nadie—. La tormenta ha pasado ya. Malditos ineptos... —murmuró—. Ordené que no os dejaran sola.

Intentó dejarla de pie en el suelo. Solo quería saber si estaba herida. Pero tan pronto lo hizo, las piernas de Charlotte se doblaron y él la rodeó de nuevo con sus implacables brazos y la estrechó contra su pecho.

Ella no hablaba, temblaba intensamente. Se aferraba desesperadamente al cuello del capitán como si de ello dependiera su vida.

—Vamos, *bellezza*... ¿qué ocurre? Me complacería si dijerais que me has echado de menos —dijo con sarcasmo y una sonrisa maliciosa—. ¿Os ha asustado la tormenta? Todo está bien. Hemos salido de ella.

Charlotte solo negó con la cabeza.

—¿No? ¿No es eso?

Ella volvió a negar con la cabeza y a temblar más fuerte.

Y la sonrisa malvada se fue apagando.

Él tomó el rostro de Charlotte entre sus manos rudas y tostadas por el sol. La observó detenidamente. Vio horror en los ojos violeta. Un horror que iba más allá del miedo por una tormenta. Algo le había ocurrido al ángel.

Entonces, la mirada de Salvatore se volvió muy oscura. Esos ojos se llenaron de

sombras asesinas.

—Aquí estoy, *Carlotta* —dijo con determinación—. Sentidme. Aquí estoy —le aseguró descansando su frente sobre la de ella, con sus perfiles unidos.

Ella, respirando con dificultad, puso sus manos sobre las de él, que aún le enmarcaban su rostro, y temblando asintió, intentando recobrar el sosiego. Pero aún no salía ninguna palabra de su boca.

Estuvieron en esa posición, manos, perfiles, alientos y pensamientos unidos, por unos instantes. Él siguió murmurando: «Sentidme, *Carlotta*. Soy yo». Y así, Charlotte recuperó su propio aliento, poco a poco, pausadamente.

Cuando él fue consciente de ello, le dijo enmarcando aun el rostro femenino:

—Ahora, *signorina*, decidme qué ha ocurrido.

—Un... un hombre...

La sombra sobre el rostro del capitán se hizo más negra, más mortal, más nefasta al oír el comienzo de la frase.

—¿Un hombre...? —reformuló su pregunta diciendo cada palabra lentamente, ocultando su creciente ira.

El infame capitán esperó la respuesta. Ella dudó al responder. Él esperó en silencio.

—Alguien... al... alguien entró —logró decir— en... el camarote.

—Continuad, *bellezza*, continuad. ¿Os... hizo algo? —preguntó con falsa tranquilidad.

«Sí, continuad y decidme quién. Lo mataré esta misma noche».

Charlotte hizo un esfuerzo por hablar. Y comenzó a decir cada palabra por separado.

—Alguien entró. Me cubrió la boca y... y... me tocó. Me... asusté. No sabía quién era, no podía ver, no podía huir, no...

—¿Habéis dicho que os han tocado, *Carlotta*? —insistió conservando la falsa calma—. Decidme quién.

Ella inspiró con fuerza y recobrando un poco más la serenidad continuó.

—Escuché su respiración. Dijo que no debía gritar. Me... me tocó en las piernas y me levantó el vestido... las faldas. Él... él jadeaba y... y...

—Por todos los infiernos, lo mataré —susurró—. Mataré a ese bastardo. Es alguien de la tripulación. Esta en este barco... le arrancaré las entrañas.

Ella había recuperado en gran parte el aliento. Y su rostro aún estaba enmarcado por las manos del capitán. Y continuó diciendo:

— Lo siento tanto. La tormenta, los gritos de los marineros. Me asusté, lo siento. ¿Aún es de noche?

—Sí. —La voz del capitán se había vuelto mortecina.

—Tal vez alguien se equivocó con la oscuridad...

—¿Ese hombre... dónde os ha tocado?, ¿cómo os ha tocado? ¡Qué más hizo, *Carlotta*! Decidme porque lo mataré con mis propias manos.

Ella lo negó con un movimiento de la cabeza.

—No... no pude hacer nada... estaba sobre mí y me tocaba. No. Oí vuestra voz, él... ese hombre también la oyó. Supo que os acercabais... Hazhim me dijo que todos los candiles serían apagados para que no se rompieran y pudieran prender fuego — continuó diciendo ella—. Tal vez entró por error...

—Creedme, *signorina* —la interrumpió—, ¡toda la tripulación conoce este barco palmo a palmo, con los ojos cerrados! No hubo equivocación. ¡Nadie os levantaría las faldas... por error!

Ya no llovía, pero hacía frío.

El Cuervo volvió a inspirar con fuerza. Y la sintió respirar a ella, pausadamente. Ya no temblaba, pero se mantenía muy callada en sus brazos.

—Esta noche dormiréis en mi camarote, *Carlotta* —dijo el pirata recobrando la naturalidad. Con una nefasta tranquilidad. El presagio de una muerte.

Fue esa horrenda tranquilidad lo que la sacó de su ensimismamiento.

—¡Oh, no, no! Eso no es necesario, señor. Todo ha sido mi culpa. Me he asustado más de lo debido. Tal vez... si ha sido todo un error. —Ella lo dijo de nuevo y con poco convencimiento intentando apartarse de él—. No debí asustarme de esa forma. —Comenzó a frotarse las manos.

Él bajó sus manos y cerró sus dedos sobre los delgados brazos de Charlotte y la atrajo.

—Nada es vuestra culpa, *angelo* —dijo muy lentamente—. No se trata de temer, sino de instinto.

Por alguna extraña razón, ella se sentía segura en los brazos de ese hombre despiadado al que llamaban Cuervo. Era incomprensible. ¿Por qué no temía de la misma forma en que había temido antes al individuo del camarote? El peligro era el mismo.

—Por el instinto he sobrevivido, *Carlotta*, todos estos años en el mar. —Se acercó más a ella, a unos pocos centímetros de los carnosos y rosados labios femeninos que los negros ojos contemplaban tan intensamente—. El instinto es algo natural — susurró esa última frase. Habló en inglés, pero con un marcado acento italiano.

Y ella pudo sentir cuán cerca estaba. Su respiración se agitó, pero no por miedo. Quería tocarlo, constatar que era él. Ella quiso depositar sus manos su rostro.

Y por ello alzó sus manos, pero se detuvo, avergonzada por tan inadecuado deseo. Él captó su intención.

—Hacedlo —le dijo él al oído, con marcado acento italiano, rozándole la oreja con la barba y los labios.

Charlotte gimió suavemente al sentir aquel roce de fuego en su piel. ¿Qué sentimiento era ese que la envolvía? ¿Terror, miedo, asco, rechazo? No. Eso era lo que debería sentir, pero no lo sentía. Ni miedo, ni terror, ni asco.

Él, con uno de sus brazos la había rodeado por la cintura y con una de sus manos había tomado una de Charlotte para llevarla a su propio pecho y dejarla allí depositada, invitándola a tocarlo.

—Tocadme, *Carlotta*... si eso es lo que necesitáis ahora. Hacedlo.

—Yo... yo... no sé...

—Hacedlo. Podéis tocarme, *angelo*.

Charlotte volvió a creer que podría ser el demonio quien le hablaba.

Él bajó sus manos hasta las esbeltas pero redondeadas caderas femeninas. Y pensó en que, bien podría tenderla en su cama con falsas promesas, se dijo, y llevaría a cabo los depravados pensamientos que había tenido con ella las últimas noches. Lo haría mientras pensaba en cómo flagelar al bastardo que había entrado en el camarote esa noche y se había atrevido a tocarla.

Volvió a estrecharla más y más, tanto que ella pudo sentir tan perfectamente los músculos de las enormes piernas del capitán. Y algo más. Un poderoso abultamiento que presionaba contra su vientre. Aquello era indecente, se dijo ella. Absolutamente indecente, proclamó su mente. Pero su cuerpo se volvió lava. Era como si despertara de un largo sueño, el despertar de su soledad. Y su mente también se derritió poco a poco, como si estuviera cayendo en un abismo.

—Sentid el calor de mi cuerpo, porque yo siento el vuestro, *bellezza* —susurró zalamero—. *Dona divina*...

—¡Milady!

La hermana Rose gritó cuando los vio. Estuvo segura de ver la sombra de algún demonio detrás de aquel malvado hombre. El capitán. ¿O era la de él? Lo supo. El demonio estaba intentando tentar a un ángel.

Guido había ido a buscar a Rose después de que el capitán descargara sobre él su furia por dejar sola a Charlotte. Pero Rose no había podido volver pues las olas azotaban la cubierta en aquellos momentos y nadie se atrevía a salir de las bodegas. Habían tenido que esperar entonces a que fuera seguro. La hermana había esperado junto a Guido y Hazhim.

Salvatore lanzó por lo bajo un gruñido y una imprecación al oír a la monja.

—Maldita monja entrometida —espetó entre dientes—. Debería enviarla a pudrirse en las bodegas...

Y la monja observó la forma impúdica en que el capitán sostenía pegada a su cuerpo a Charlotte. La oscura mirada de ese hombre. ¡Oh, por Dios!, la absoluta y alarmante mirada posesiva y maligna de ese hombre sobre su Charlotte.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Os encontráis bien, mi querida niña? —le preguntó a Charlotte—. Por favor, capitán, os ruego que... guarde el mayor respeto hacia milady. Os ruego respeto para una joven doncella...

—Pero si no puede sostenerse sola, hermana Rose —dijo con una sonrisa burlona y desafiante—. Y vos la habéis dejado sola.

Lo menos que deseaba el Cuervo en esos momentos era sonreír, porque realmente deseaba era en primer lugar matar al bribón que se había colado en el camarote de las mujeres y había tocado al ángel. Y en segundo lugar... deshacerse de la monja.

—¿Que no puede sostenerse sola? ¿Por qué? —Se acercó Rose preocupada—. ¿Os han hecho algo, Charlotte? —Rose miró al capitán, pensando en si ese hombre habría aprovechado su ausencia para cometer alguna tropelía sobre Charlotte—. ¿Qué ha ocurrido?

Charlotte captó el miedo en Rose.

—No, Rose. Estoy bien. El capitán... en realidad, me asusté porque alguien entró en el camarote. Ahora pienso que me he asustado de nada. Esa persona se habría equivocado.

—¿Que alguien entró, decís? ¿Quién? —La hermana Rose echó un vistazo al interior oscuro del camarote, esperando ver allí a alguno de esos rufianes.

Se acercó cojeando Hazhim en esos momentos, y Salvatore le lanzó también a él una mirada mortal.

La hermana Rose se acercó para tomar del brazo a Charlotte y apartarla de él. Aquel gesto lo enfureció. Odió a la monja en ese momento. La odió con inquina. Pensó en lanzar a esa estúpida mujer en lo profundo de las bodegas del barco. Él podría llevarse a *Carlotta*, sí, y a la monja la encerraría junto a las ratas. Su alma negra le susurró que eso era lo que tenía que haber hecho desde un principio.

Él no la soltó. Mantuvo su abrazo.

La hermana Rose tiró suavemente de Charlotte. Él iba a abrir la boca para ordenar a Guido que se llevara a aquella insoportable monja y la encerrara en lo más oscuro del barco.

Y como si Charlotte pudiera leer sus pensamientos, dijo:

—Capitán, dejadme ir, por favor. Os aseguro que me he recuperado. —Hizo un gesto sereno para soltarse de él—. Estaré bien. Gracias por acudir. Gracias... por... ofrecerme vuestro consuelo.

Él alzó una de sus negras y gruesas cejas, pues «ofrecer consuelo» no era

precisamente lo que él había deseado.

Charlotte depositó con suavidad la palma de su mano en el pecho masculino, y debajo de esa palma ella sintió un latido feroz. Había un corazón debajo de todo. Sintió cómo él se tensaba ante el contacto.

—Por favor —le susurró ella finalmente—. Me encuentro mejor.

Él contempló aquella blanca y mansa mano sobre la oscuridad de su ropa, sobre su oscuro y vacío pecho. Recorrió con la vista esa mano depositada inocentemente y luego alzó su mirada para encontrar los bellos ojos violetas de mirada desenfocada y perdida. Y gruñó de nuevo.

Él la soltó con lentitud. Claudicó... por esa noche. No encerraría a la monja. No tendería esa noche al ángel en su lecho del infierno. Sus indecentes deseos quedarían de nuevo sin ser satisfechos.

—Os dejaré, pero esta noche estaréis más segura en mi camarote —dijo sin lugar a replica.

Guido, que llegó después del grumete, observó al capitán, en silencio. Nunca había visto un ser, en tierra o en mar, trabuco o pistola, daga o espada alguna, capaz de doblegar al Cuervo con una palabra. Y sin embargo...

Entonces, como buen excristiano, Guido recordó aquella frase de la Biblia: «Una palabra tuya bastará...».

—Podemos quedarnos aquí... capitán. Me quedaré con milady —replicó insegura Rose—. No será necesario que dejéis vuestros aposentos.

—¿Y quién ha dicho «podéis»? ¿quién os ha incluido, mujer? —Salvatore soltó lentamente a Charlotte y dirigió su temible mirada a Rose. La monja dio un paso atrás—. ¿Quién dijo que pensaba dejar vacíos mis... aposentos?

La hermana Rose enmudeció ante aquella insinuación, más bien... ¡depravación! Se quedó sin palabras.

Y la carcajada malévola del pirata rompió el mutismo de la monja.

—De... debo llevarme a milady... capitán. No estaréis insinuando... no podéis... es una doncella...

—¿Capitán? —terció Charlotte—. Regresaré al camarote con la hermana Rose.

—No podéis entrar allí —le dijo el capitán a la Hermana Rose señalando el camarote, luego observó a lady Campbell—. Se ha caído el candil al suelo. La dama está descalza y es de noche. —Quedó claro que solo le interesaba Charlotte y nadie más—. Dormiré en mi camarote.

—¡No! No, capitán —Rose entrelazó sus manos bajo su barbilla—. Os lo ruego. Dejadme ir con ella. No puede quedarse en vuestro camarote. Os lo ruego.

—Rose... —Charlotte se había quedado helada al oír la pretensión del capitán. Alzó

su mano, buscándola.

Salvatore observó a ambas mujeres.

Rose, que podía verlo, que podía por desgracia mirar aquellos ojos negros y nefastos, tragó en seco esperando la decisión.

Los segundos parecieron una eternidad. El silencio de hizo rey en aquel momento.

Guido contempló la escena, aguardando al lado del capitán. El grumete estrujaba su gorro entre las manos, esperando. Si el capitán se llevaba a la dama a su camarote... Si le hacía daño...

—Hazhim, llevad a las mujeres a mi camarote... y sacad lo que necesito, colgad mi hamaca.

Rose suspiró, soltó el aire contenido, apretando en la suya la helada mano de Charlotte.

—¡Sí, capitán!

El niño se dispuso a cumplir con lo ordenado. Pero al pasar al lado del capitán, la enorme mano lo asió de los sucios ropajes y lo zarandeó:

—Mañana os haré azotar, pequeña sabandija inútil, por dejarla sola —le habló en tono bajo—. Os ordené que estuvieras junto a ella en todo momento.

El niño aceptó arrepentido y dolido aquella acusación y temió que algo malo hubiera pasado a la dama.

—¡Haced lo que ordeno, bribón!

Hazhim asintió de nuevo y se dirigió a cumplir con las órdenes. Salvatore se alejó espetando en voz baja una maldición. Y Guido fue tras él, dejando solas a las mujeres.

En la cubierta de la popa comenzaron a hablar en italiano.

—Reunid a la tripulación.

—¿Qué vais a hacer, Salvatore?

—¡Alguno de esos malsines entró en el camarote de las mujeres, mientras todos luchábamos por no hundirnos en el maldito fondo del mar! Voy a descubrir quién o quiénes... Decidme, ¿quién sabía que ella estaba sola?

—Nadie, nadie, *fratello*. Lo supondrían tal vez, al ver al grumete con la monja en las bodegas.

—¡¿Y vos... por qué demonios os llevasteis a esa perra... la monja? —Salvatore le cogió del cuello y lo alzó—. ¡Por qué clavos de Cristo la dejasteis sola!

El capitán quería asesinar esa noche. Le daba igual a quién. Guido lo sabía. Y también sabía que Salvatore lo haría con sus propias manos cuando descubriera quién había desobedecido sus órdenes entrado en el camarote.

—Salvatore, uno de los marineros perdió un dedo. ¿Acaso no recordáis lo que

ocurrió la última vez?

Ellos no habían logrado detener la hemorragia y el hombre había muerto desangrado.

—La monja cortó el derrame, vendó la herida, y nos ha enseñado a hacerlo.

—¡Os aseguro que ese asunto me importa una mierda, imbécil! —gritó con toda la fuerza de su rabia—. ¡Ella se quedó sola, maldito seáis!... y alguien, un sucio bastardo, uno de esos perros entró aprovechando la tormenta. ¿Imagináis para qué entró, verdad?

—¿Pero qué? —Guido no se había enterado aún de ese asunto—. ¿Han hecho algo a la dama?

Salvatore lo soltó y se alejó unos pasos.

—¡Por qué diablos no estaba Hazhim con ella! —volvió a gritar.

—Yo le pedí que acompañara a la hermana. No podía bajar sola a las bodegas y me ocupé después de mi puesto. No puedo permitir que azotéis al niño, Salvatore. Cumplió mis órdenes y no hizo más que...

—Entonces... ¡seréis azotado en su lugar! Un hijo de su puta madre entró en el camarote. Pero se fue al oírme, antes de hacer lo que se proponía. Pudo haberla... ¡si alguno de esos menesterosos la hubiera violado, los habría colgado a todos en la mesana! —giró y lo señaló—. ¡Incluido a vos!, aunque me quedara sin tripulación para este barco.

Guido hizo silencio al oír aquello. El capitán era cruel, pero siempre se había contenido con él. Y sin embargo no dudó de sus palabras. Si la dama hubiera sufrido un percance... lo habría colgado a él... también.

—Lo soportaré, entonces... el castigo —contestó estoicamente el contraataca—. Pero el chico solo cumplió mis órdenes, y la dama se encuentra bien.

Salvatore lo observó detenidamente.

—Maldito seáis una vez más, Guido. No vengáis ante mí con vuestra valentía.

El capitán, en dos pasos lo cogió de nuevo de las ropas.

—Sabéis que no están seguras en este barco de desgraciados...

Guido asintió asumiendo su responsabilidad. Él no discutiría aquello. Salvatore tenía razón.

El capitán volvió a soltarlo. Se alejó un poco de él. Y lo vio encender uno de sus puros e inhalar con ira.

El Cuervo dio una calada al puro, pero soltó el humo poco a poco. Guido reconoció aquella mirada. Demasiados años navegando juntos.

—Mañana reuniré a la tripulación y haré algunas averiguaciones —le aseguró el contraataca.

- No. Reúnelos ahora. Mañana haréis las averiguaciones.
- Están agotados. Nadie dirá nada. No conseguiréis nada.
- Se los sacaré de las entrañas si es preciso.
- Esperad esta noche. Mañana haré averiguaciones. Preguntaré quién estaba en dónde y haciendo qué. Esperad un poco.

Había caído la noche. Todo estaba en silencio y solo se oían los gritos del capitán del navío. Toda la tripulación ya sería consciente de que él sabía lo ocurrido. Bien, que temblaran, pensó. Que comenzaran ellos mismos a averiguar quién había entrado en el camarote de las cautivas. Mañana lo delatarían para salvar el pellejo.

Salvatore inspiró profundamente y guardó silencio.

—Está bien. Lo haremos mañana... Ahora desapareced de mi vista, Guido, porque no sé si podría dejarte con vida esta noche.

Guido se marchó finalmente.

Aquella noche Salvatore durmió en la hamaca, cerca de su camarote. Todo estaba oscuro y solo se veía la luz del puro que se fumaba mientras se balanceaba lentamente. También había luz en su camarote. Se veía a través del ventanuco. Observó y observó esa luz, hasta que fue apagada. Pensó en ella. Recordó vivamente su imagen, escondida inútilmente bajo las mantas. Aquel terror de alquilen que se sabe vulnerable, de quien sabe que poco puede hacer para defenderse. ¿Quién había entrado allí?, después de que él advirtiera a toda la tripulación de que no debían acercarse a ella. ¿Quién se había saltado sus órdenes? Sus hombres más antiguos no. Ellos eran leales. Dio una calada profunda al puro. El cuerpo le ardió de ira y de ¿dolor?, al pensar en uno de esos infames poniéndole las sucias manos encima a *Carlotta*. Tan solo el pensamiento de que la hubieran estado mirando, de que hubieran tocado un mechón de su pelo, le hacía desear asesinar, quemar el *The Stronghold* con todos esos hombres a bordo. ¿Había cometido un error al raptarla? El barco no era seguro. No lo era. Y entonces recordó las violaciones en el barco de Ingram. Mujeres raptadas en alta mar por las que se había pedido mucho oro, para ser devueltas después de haber sido violadas repetidas veces por el capitán James Ingram y su tripulación. Muchas de esas mujeres, violadas, ultrajadas, habían saltado después por la borda en medio del océano entre las risas de los marineros. Él y Guido lo habían visto. Ellos jamás habían participado en aquellas prácticas, a pesar de que tantas veces Ingram les había ofrecido a esas mujeres, con sus vestidos desgarrados, sus piernas manchadas de sangre y del semen de la tripulación, sus caras magulladas, el pelo destrozado, la mirada vacía. Eran unas muertas en vida. La idea de *Carlotta*

en esas condiciones le fue insoportable.

Salvatore exhaló humo del puro. Mañana descubriría quién se había acercado a ella. Y pagaría por desobedecerlo. Pagaría con el más horrendo dolor.

—Demos gracias a la Providencia, niña mía. ¡Oh, que el Señor nos ampare y proteja de esos demonios! ¿Pero quién pudo entrar?

—No lo sé, Rose. Sentí que algo terrible iba a ocurrir. Me cubrió la boca para que no gritara.

—¡Oh, Charlotte! Tengo... que aceptar que la llegada de ese infame ha sido oportuna.

—Tal vez he exagerado lo ocurrido —Pero ella sabía que se estaba engañando.

Rose tomó la mano de Charlotte.

—¿Qué habéis exagerado? Charlotte... uno o varios de esos hombres entraron aprovechando vuestra soledad... ¡No quiero ni pensar en ello! Temo por nosotras en este barco del mal, pero más temo por vos. Y no me gusta como os mira ese hombre, milady. Le temo como nunca había temido a nadie.

—Pero él vino a buscarme. —Ella sabía a quién se refería Rose—. Quería saber si estaba bien. Si él no hubiera venido a ver...

—Él solo desea cuidar de su botín. Valéis oro... pero oro de verdad. No os confundáis ni por un momento niña mía. No dejéis que Satanás os confunda. ¡Jamás alberguéis la idea de que ese hombre os protege! —Rose no quería volver a pensar en que ese hombre intentó aprovechar la situación para llevarse a Charlotte a su camarote... y quién sabe qué destino horrendo le habría aguardado. De solo pensarlo, Rose temblaba.

Charlotte se frotó las manos, pensativa.

—Debemos cuidarnos de ese hombre, milady, o no saldremos bien libradas de esta situación. Ese demonio nos ha protegido hasta ahora, pero solo porque desea cobrar lo que ha pedido. ¡Que Dios nos ampare si vuestro padre no posee lo que pide ese hombre! Si no paga...

—Lo hará, hermana Rose. Lo hará. No debéis temer por eso.

La monja asintió.

Terminada aquella conversación, Charlotte fue guiada por la monja hasta la cama. Cuando se sentó en ella, y sin darse cuenta de ello pasó sus manos por las mantas. Sabía que era su lecho... el de él.

Rose la observó, pero se alejó con el corazón latiendo apresuradamente. Y prefirió buscar algo para hacer un lecho en el suelo donde ambas pudieran acostarse. Y con

esa actividad intentaría sofocar aquello que estaba viendo.

Charlotte escuchó a la hermana Rose mover cosas, ir de aquí a allá.

—Estamos en la guarida de belcebú, milady.

La hermana Rose decía aquello mientras habría un arcón y buscaba alguna manta. No hubo lugar donde no echar un vistazo.

Charlotte sonrió. Sabía que Rose estaba husmeando un poco, algo que a la monja siempre le había gustado, además del buen comer. Era ese otro de los motivos por los que la Abadesa la corregía constantemente. Pero allí no estaba la abadesa.

Y pensando en ello, volvió a acariciar inconscientemente las mantas de la cama. Y después guardó silencio y suspiró pensativa. Pensó en él. Él había ido a buscarla después de la tormenta, aunque ella solo fuera... su botín. Tal vez solo quería saber que ese botín estaba seguro, pero aun así era de rigor agradecer que lo hiciera. Era obvio que fue su cercana presencia la que produjo la marcha del hombre que había entrado en el camarote.

Recordó la forma en que la había alzado en sus brazos tan fácilmente. Y después la había tranquilizado. Recordó palabra por palabra, su aroma, su voz, el tacto de sus manos en su cara y el roce de su barba en su mejilla.

—¿Charlotte? Os estoy hablando.

—¿Eh? Sí, Rose. Estaba escuchando.

—No lo parece. Decía que hay muchas cosas en este camarote. Hay un arcón completo de cosas, seguramente del pillaje. Solo una manta.

—¿Cómo es este lugar, Rose? —Charlotte ya había estado allí los dos primeros días. Estaba segura de que la había llevado allí aquella noche. Reconocía el olor de aquel lugar, y le sorprendió que no fuera repugnante.

Rose extendió la manta ante ella, y observó el lugar.

—Pues es solo un poco más grande que el camarote de ese hombre que parece un cadáver. —Ese hombre era Guido. Así lo llamaba ella—. Hay dos arcones. Uno es de ropa. Hay poca, ¡y es toda negra! Y otro está cerrado. Puede que contenga objetos valiosos o armas. Hay una mesa con dos sillas. Hay mapas, milady. Ojalá pudierais verlos. —Ella los estaba mirando en ese momento. Señalaban lugares que ni imaginaba que existieran—. Hay muchos objetos extraños.

—¿Extraños?

—Sí. Pero no os asustéis. Debo admitir que no son para la tortura ni el sacrilegio. Parecen instrumentos para la navegación. ¿Queréis tocarlos?

—Sí.

Charlotte alzó sus manos para tocar a Rose, y esta la condujo hacia los objetos. Ya se había tranquilizado por completo y en ese momento lo que sentía era curiosidad

por aquellas cosas... porque eran de él. Y ella los tocó con su natural sutileza y precisión. Ese tacto era el de alguien que intentaba ver a través de las manos.

Todos aquellos objetos le resultaron tan nuevos e interesantes.

—Siento que son fascinantes, Rose.

—Desde luego, Charlotte, y también son complicados. Creo que ese demonio sabe utilizarlos muy bien. Estuvo al timón durante la tormenta. Todos estaban confiados de que podría librarnos de morir en ella.

Charlotte asintió. Ella también estuvo convencida de eso.

Después de unos instantes, se atrevió a preguntar algo que deseaba mucho saber desde hacía muchos días.

—¿Cómo es, Rose? —dijo fingiendo naturalidad mientras tomaba otro instrumento y lo acariciaba, aunque sintió que su rostro le ardía de vergüenza.

—¿Cómo es qué? —La monja ya estaba distraída mirando otras cosas. Husmear se le daba muy bien.

Charlotte inspiró suavemente, y se armó de valor.

—Él... —dijo en un hilo de voz.

—¿Ese demonio? —Charlotte asintió—. Es todo lo que se espera de un menesteroso. Es un hombre enorme, horrendo, sus manos tienen garras, su boca colmillos de lobo, y tiene una gran cicatriz en el rostro. Ya te digo que es un demonio.

Charlotte oyó esa descripción. No sabía de lo demás, pero las manos que habían enmarcado su rostro aquella noche no tenían garras, pensó. Eran grandes y tibias. Y por eso puso deliberadamente una expresión de incredulidad.

—¡Oh, está bien, milady!... Os lo diré. Veamos... ese hombre es un engendro del mal, tiene cuernos y sus pies son las patas de un carnero.

—¡Rose! —replicó por fin lady Campbell.

—Bueno, bueno, no os enfadéis conmigo. Pero os diré la verdad, Charlotte. ¿Queréis oírla?

—Siempre que sea la verdad...

Rose guardó silencio por unos instantes. Y sopesó sus impresiones.

—Es un hombre grande —comenzó diciendo—. No es gallardo, milady. Es como una enorme bestia.

Charlotte tragó en seco, y asintió instando a la hermana Rose a seguir.

—Su piel es oscura, creo que atezada por el sol. Y tiene una barba muy negra, cerrada en todo su horrible rostro.

Ella asintió de nuevo.

—Seguid... por favor, Rose.

—Su pelo es negro, rizado y largo. Ese hombre es un pagano —añadió con una mueca de desdén—. No se parece en nada a un caballero. Ni que volviera a nacer, podría serlo.

—Comprendo.

Rose hizo silencio por tanto tiempo que Charlotte creyó que no diría nada más.

—No me extraña que le llamen de esa forma abominable —continuó la hermana Rose como si estuviera pensando—. Habéis oído que le llaman «Cuervo». Todo en ese hombre es tan negro como ese horrendo pájaro.

Charlotte sintió que una ráfaga helada la recorrió al oír a Rose. Y guardó silencio ella en esa ocasión.

—¿Es... es viejo o joven? —preguntó finalmente, frotándose los dedos, sus manos en su regazo y fingiendo desinterés.

La hermana Rose la observó. Habría jurado que un atisbo de interés voló fugaz en los ojos violetas de su querida niña. Se rehusó a pensar en ello. No, Dios jamás permitiría que un ángel cayera en manos de un demonio. Quiso pensar que ese atisbo de interés era normal. Era el hombre que las mantenía cautivas y querría saber cómo era.

—No es un jovencuelo, desde luego, y tampoco es viejo. No sabría deciros. Un hombre que lleva una vida disoluta... es difícil saber su edad.

—¿Tiene todos sus dientes?

—¡Pero qué pregunta es esa, niña!

Sí, tenía todos sus dientes. Rose le había visto reír, sus macabras carcajadas de hiena la perseguirían durante mucho tiempo si salían libradas de aquel mal.

—Pues sí, milady. Es extraño, pero juraría que los tiene todos... Ah, no para nada le he visto reír como los lobos del infierno.

Hubo otro silencio prolongado. Y aunque Charlotte estaba ruborizada, ya no aceptaría dejar de saber más.

—¿Cómo son sus ojos, Rose? ¿Azules, verdes, oscuros?

Rose sintió que un escalofrío recorría su cuerpo al pensar en ello. Se persignó antes de contestar en voz baja.

—No quiero ni pensar en ellos. —Rose hablaba muy en serio. Y lady Campbell conocía ese tono de voz—. Son negros... y vacíos, Charlotte. Sus ojos son una puerta hacia el mal. Es un hombre oscuro. Dudo que tenga alma humana. No es una criatura de Dios. Y es todo cuánto puedo decirte.

Charlotte quedó impresionada por aquellas palabras. De nuevo se frotó las manos en su regazo y bajó su rostro.

—Gracias, Rose.

—Es hora de dormir, Charlotte.

Estaban agotadas, como el resto de la tripulación, como si ellas también hubieran ocupado sus puestos en el navío luchando por sus vidas contra la tormenta y las olas furiosas.

Esa noche, Hazhim había traído agua dulce y la cena. Les dijo que por la mañana él limpiaría el camarote de los cristales rotos y ellas podrían regresar.

La hermana Rose se rehusó a dormir en la cama del capitán. Así que dispuso la manta y la echó en el suelo. La monja no padecía de problemas para dormir. En la abadía no había lujos ni colchones mullidos, así que se adaptaba perfectamente a su lecho improvisado. Pronto estuvo roncando en los laureles del descanso.

Lady Campbell sí aceptó dormir en aquella cama. La hermana Rose se encogió de hombros. «Cómo quieras», le dijo, no sin observarla por unos instantes en silencio.

Pero Charlotte estuvo despierta, mecida por el balanceo suave del barco, oyendo los pasos del vigía en la cubierta, recordando los momentos vividos ese día. Unos momentos de terror. El recuerdo de los bandazos del barco, del crujido de la madera como si fuera a deshacerse en medio del mar. Los jadeos de ese alguien que había entrado en el camarote, sus manos tocando sus piernas. Y la dolorosa alarma de su corazón, de su mente. Y los momentos del después. La voz furiosa del capitán gritando a los marineros órdenes para navegar contra la tormenta, luego su voz serena preguntándole si le habían hecho algún daño. ¿Esa preocupación obedecía solo a cuidar de su botín?, ¿esa preocupación era de un hombre sin alma, de mirada vacía y de maldad?

Estaba envuelta en las palabras de la hermana Rose. Estaba envuelta por sus propias sensaciones. Su mente era todo confusión. «Sus ojos son la puerta hacia el mal». ¿Cómo podía ser eso posible? Ella no podía ver sus ojos, pero podía verlo a través de sus manos, sentirlo. Y ella no comprendía aquello que Rose le había dicho. No sentía que el mal estuviera entre ellos cuando la estrechó en sus brazos. Intentó imaginarlo. Grande... no una bestia. Era grande. Ojos negros, barba y pelo negro, piel oscura por el sol. Cuando era niña, y aún veía, nunca conoció a nadie con esa descripción. Ni siquiera los lacayos del establo. Recordaba colores, formas, pero nunca había visto una piel atezada por el sol. Pero si recordaba haber visto a los cuervos. «Es un hombre oscuro. No puede ser una criatura de Dios». ¿Por qué ella no sentía nada de aquellas palabras? Era un hombre indecente. Y no se engañaba, no era tan tonta. Sabía que él había cometido terribles actos en su vida, pero ¿no tener alma humana? Cuando ella había depositado la palma de su mano sobre su pecho, sintió un corazón latir. Allí había un alma, perdida, descarriada... pero un alma humana sin duda.

¿Podría vivir un hombre sin su alma? El corazón de Charlotte le decía que no. También recordó aquellas enormes manos enmarcando su rostro. Su aliento tan cerca de ella. En aquella cama, Charlotte cambió de postura y pasó sus manos por las mantas. Inspiró su olor en secreto. Y le fue fácil sentir que los brazos de él aún la rodeaban, que su aliento y su barba aún le rozaban el rostro, que sus labios habían rozado sus orejas y su mejilla. Apretó las sábanas y se envolvió con ellas. Se envolvió aún más en las mantas, percibiendo de nuevo el aroma de él, que la turbaba de aquella manera incomprensible. Sintió vergüenza de sus pensamientos, de sus sensaciones. De sentirse segura. ¿Por qué no sentía repulsión?, ¿por qué se le estaba haciendo tan fácil aceptar su presencia, su contacto?

Y así, los confusos pensamientos, las intensas emociones, se fueron perdiendo en el olvido necesario y sereno del sueño, en el aroma y el recuerdo de un hombre grande y tosco, de ojos negros, barba negra, pelo negro, piel atezada por el sol... un hombre sin alma.

CAPÍTULO 12

Después de la tormenta no siempre llega la calma. Charlotte despertó por los gritos de los piratas sobre la cubierta. Todos reunidos junto al palo menor. Marineros que dejaron sus puestos para correr a la cubierta, a reunirse con los demás.

Ellas estaban en la otra punta del barco. La hermana Rose roncaba aún, ni se inmutó ante los gritos.

Pero Charlotte los oyó. Se incorporó y se destapó, y puso sus pies descalzos en el suelo. Y mientras tanto, tocaban a la puerta. Sonrió, era Hazhim. Ambos habían acordado un toque específico para la puerta, un toque que solo él y ella conocían. Hazhím tocaba muy suave para que ningún marinero lo oyera y lo aprendiera.

Se separó de la cama y fue tanteando con sus manos alzadas al frente, hasta que llegó a la puerta y retiró la barra que la aseguraba y abrió.

—Soy yo, milady —dijo el chico cuando oía que retiraban la barra de la puerta.

—Oh, Hazhim... pasad. Buenos días.

Hazhim entró y le dio los buenos días. Llevaba un nuevo cubo con agua dulce.

—Traeré el té y algo para comer, milady —le dijo mientras dejaba el cubo y la tomaba de la mano para que supiera dónde estaba.

Ella asintió.

—Gracias, Hazhim.

—No es nada, milady. Yo... ayer os dejé sola. Alguien entró en el camarote y yo... yo debí estar protegiéndoos... ¡Por favor, perdonadme!

—Oh... vos debíais proteger a Rose. Ella no podía bajar sola a las bodegas. Tal vez todo ha sido un error... no tengo nada que perdonar, Hazhim.

—¡Oh, milady! Os he fallado... pero el capitán encontrará al culpable, ¡y pagará por ello! Podéis contar con ello.

—¿Qué ocurre afuera?, ¿por qué corren todos, Hazhim?

Hazhim hizo silencio, pero luego habló:

—El capitán ha ordenado que la tripulación se reúna en la cubierta de proa, milady.

—¿Para qué? —insistió ella. Desde que habían sido obligadas a abordar aquel navío, no se había reunido a la tripulación de aquella forma.

Hazhim estrujó su gorro entre las manos.

—El capitán quiere saber quién entró anoche en el camarote —dijo mirando con la barbilla alzada—. Y lo castigará.

Charlotte lo oyó. Pudo captar en la voz de niño lo que aquello implicaba. Y una garra helada recorrió su espalda. No necesitaba saber más para imaginar lo que iba a ocurrir.

—No puedo permitirlo. Nadie me ha hecho nada. Yo me asusté por nada.

—No. Alguien entró aprovechando vuestra soledad, milady, desobedeciendo las órdenes del capitán. El averiguará quién y recibirá su castigo. —El tono de voz del niño era de total solemnidad.

—Hazhim, despierta a la hermana Rose, por favor.

Así lo hizo el chico. La hermana Rose despertó con mucha renuencia. Ambas se asearon rápidamente y se dirigieron a la puerta, dispuestas a salir del camarote.

—Oh... no, milady. No puedo permitirlo. Son órdenes del capitán.

—Solo quiero oír lo que ocurre, Hazhim.

—Pero es que no puedo dejar que...

Y fue en vano, pues Charlotte y la hermana Rose dejaron el camarote del capitán. Y con cuidado de que no fueran vistas se acercaron lo suficiente a la proa, tanto como para que una pudiera ver y oír, y la otra oír.

Hazhim las alcanzó e intentó hacerles regresar. También fue imposible. Charlotte se negó. Y el grumete no pudo hacer más que quedarse a su lado.

La tripulación reunida en la cubierta. Todos los marineros sabían el motivo por el que habían sido requeridos por el capitán. Unos estaban nerviosos retorciendo sus gorros mugrientos entre las manos, otros mostraban cautela, otros temían solo porque sí. Todos conocían la crueldad del capitán en aquellos casos, cortesía de su aprendizaje con James Ingram.

Guido había estado haciendo las averiguaciones prometidas. Y supo, por supuesto, quién había entrado en el camarote mientras lady Campbell estaba sola. Pero no solo de eso se había enterado. El mismo hombre era el responsable de la desaparición de monedas, comida y otros objetos del barco. Era un ladrón. Y había informado de ello oportunamente al capitán.

En la cubierta de la proa del navío, Salvatore se presentó ante su tripulación, vistiendo la habitual casaca negra y descolorida, tricornio negro encajado hasta las cejas, y el puro entre los dientes, la pistola y la daga en el fajín de cuero que envolvía su cintura.

Se detuvo frente a ellos y fumó el puro, exhalando el humo mientras miraba el horizonte. Todos aquellos hombres guardaron impecable silencio.

El Cuervo se movió y caminó entre ellos mirando a cada uno a los ojos, en silencio.

—¿Qué ocurre, Rose? Por favor, decidme.

—El capitán camina entre sus hombres...

Y caminando este entre ellos, se detuvo ante uno en particular. Dio otra calada profunda al puro, y luego entrelazó las manos a su espalda, irguiendo aún más su enorme cuerpo.

—Anoche, durante la tormenta —dijo mirando de nuevo al horizonte—, uno de vosotros entró en el camarote de las mujeres. ¿Quién lo hizo?

Nadie dijo nada.

—Os ordené que nadie se acercase a las mujeres. Os advertí que la dama en particular me pertenecía. Pero alguien supo que se había quedado sola anoche, durante la tormenta, y entró en su camarote.

—¡Yo estaba en mi puesto anoche, capitán! —dijo uno de los piratas.

—¡Y yo! —dijo uno—. Guido me vio.

—¡Yo no fui, capitán! Estaba allí cuando ordenasteis que nadie se acercara a la dama —dijo otro.

El capitán hizo silencio sopesando aquellas declaraciones. Luego habló. Volvió a mirar al mismo hombre.

—Además... uno de vosotros... ha estado robándome.

El silencio de produjo de inmediato.

Y el timonel dio un paso al frente.

—Capitán, puedo dar fe de que estos hombres son leales —dijo Wilkinson señalando a diez de esos hombres. Los más antiguos en el navío.

—Uno de vosotros será castigado este día —contestó por toda respuesta el capitán y de nuevo los miró a todos—. Porque el mismo hombre que entró anoche en el camarote de las mujeres, es el que me ha robado. Recibirá el castigo si tiene los cojones de aceptar su falta y vivirá. De lo contrario seréis todos castigados, uno a uno. Todos recibiréis diez azotes y en compensación me quedaré con vuestra parte de los navíos ingleses.

Un murmullo generalizado surgió del grupo de marineros.

—Este no estaba en su puesto anoche —señaló uno de los piratas italianos a otro hombre—. No voy a cargar con su culpa.

—¡Eh... yo no he hecho nada! —se defendió el aludido.

—Entonces habéis sido vos, asqueroso ratero —dijo el artillero, señalando a un marinero árabe—. Ha sido él. Dejó su puesto anoche y... a veces lo veo bajar a las bodegas. No hay nada que hacer para él allí. ¡Ha sido él!

Y así se desarrolló una trifulca verbal entre los piratas. Se señalaron y acusaron

unos a otros.

—¡A callar, bastardos! —gritó con autoridad el capitán. Guido estaba a su lado con el látigo de púas en sus manos.

Reinó el silencio de nuevo. Pero el capitán divisó un grupo de hombres que se cerraban en torno a uno de ellos con semblante amenazador, murmurando. Era el mismo hombre al que él había estado observando.

Khalid. El mismo hombre cuyo cuello había retorcido días atrás por poner en su sucia boca el nombre de la dama. El mismo hombre de quien había sospechado desde que los objetos habían desaparecido.

El marinero no dio un paso al frente, ni dijo algo. Al alba ya sabía el capitán que era él. Se acercó y se encontró con los ojos del marinero, y este desvió enseguida la mirada.

El capitán Cuervo lanzó al mar lo que quedaba de su puro, y dio unos pasos hacia el hombre. El resto le abrieron paso en silencio, dejando al árabe ante el Cuervo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charlotte por cuarta vez en unos pocos minutos.

—El capitán se ha acercado a uno de los piratas —dijo Rose.

—¿Y qué hace?

—Están hablando. Creo que ha encontrado al hombre que entró anoche en el camarote.

Charlotte se llevó las manos entrelazadas al pecho y respiró con fuerza. Ella no podía permitir que allí hubiera castigo alguno por su culpa. No podía. Tal vez ese marinero se había equivocado. Tal vez la persona que había entrado no pretendió hacerle daño. Tal vez ella había exagerado la situación y un hombre sería víctima de un castigo debido a su imprudencia y a su absurdo miedo.

—No puedo permitirlo, Rose. No puedo. Debo intervenir. Un hombre será castigado por mi culpa.

—¿A dónde vais, niña? —preguntó Rose con apremio al ver a Charlotte tomar la mano de Hazhim y echar a andar.

—Oh, milady. No puedo hacer eso, o también recibiré un castigo esta mañana. No puedo llevaros allí.

—Solo os pido que me conduzcas al capitán.

—No puedo, milady.

—Es cierto, Charlotte. No podéis intervenir. Son hombres inescrupulosos, ellos sabrán la forma de remediar estos asuntos. Debéis entenderlo. No podemos hacer nada —terció la hermana Rose.

—¡Un hombre será castigado por mi culpa!

—No es vuestra culpa —insistió la monja.

El capitán se acercó al hombre que todos señalaban.

—Marinero... ¿el licor os hace sordo? ¿No fui claro cuando os ordené que no se acercaran a las mujeres, y mucho menos a la dama?

—Anoche estaba en mi puesto, capitán —respondió Khalid.

—¡No, capitán, miente! —rugió otro a quien nadie había pedido intervención.

—¡No vamos a cargar con sus actos! —dijeron todos.

—Decidme, ¿anoche habéis entrado en el camarote de la mujer? Quiero oír la verdad, así evitarás que os la saque con la daga. Conservaréis vuestra lengua y vuestra vida... Os doy mi palabra.

Khalid recordó aquel momento, no muy lejano, en que el capitán Cuervo había cortado con su daga la lengua de un mentiroso.

—Solo entré un momento —admitió.

Tras esa revelación, otro murmullo de comentarios surgió entre el resto de los piratas. Volvieron a discutir sobre quién tenía derecho a quedarse con la parte del botín del hombre.

—¿Por qué? decidme. Os doy el beneficio de una explicación. ¿Acaso se había perdido algo allí que fuera vuestro?

—Me pareció escuchar que la mujer necesitaba ayuda.

—¿La habéis tocado? —le susurró el capitán muy cerca.

—No, capitán... ¡lo juro!

—¿Habéis entrado solo para echar un vistazo y os retirasteis?

—Sí. Así fue.

El capitán hizo silencio. Vio la mentira en los ojos del hombre. Pero no era ni siquiera necesaria tal revelación. Él recordaba tan vivamente el horror en los ojos del ángel. Ella no se habría asustado solo porque un marinero entrara para cerciorarse de que estaba bien. Era una dama serena. Una dama que, aún invidente, tenía una admirable percepción acertada sobre aquello que la rodeaba. Ese perro infeliz la había tocado, le había tapado la boca, la había amenazado con hacerle daño si gritaba. Había acudido aprovechando la tormenta... aprovechando que ella estaba sola.

Habló en voz alta para que todos lo oyeran:

—Decidme ahora otra cosa. Diez monedas han desaparecido, azúcar, pimienta. ¿Sabéis algo?

—No sé nada de eso, capitán —aseguró Khalid.

—¿Desde cuándo navegáis conmigo?

—Desde un invierno.

—¿Unmmm...? ¿Y conocéis el castigo por robarme, por desobedecer órdenes?

—¡No he hecho nada! ¡No he robado! ¡Os lo juro por mi madre!

Salvatore lo miró a los ojos. Volvió a ver en ellos la más asquerosa mentira. Era un perro mentiroso, ladrón, desleal. Hijo de una puta. Como todos en aquel barco. Como él mismo. Pero quien quisiera navegar en «su» barco obedecería sus órdenes. Y jamás le robaría.

Además, desde que Guido y él habían descubierto que había sido este el que había entrado en el camarote de las mujeres, también habían encontrado cosida a la hamaca de Khalid una pequeña bolsa de cuero con monedas de oro. El mismo oro saqueado a un barco chino el mes anterior. Mentiroso y ladrón. Hombres como ese pondrían en peligro las vidas de todos en el barco. No había en un navío más que la lealtad. Solo la lealtad los conservaba vivos en aquel basto y temeroso mar llevando las vidas de ruina que llevaban. Serían rufianes que habían robado hasta a sus propias madres... pero no se mentía y se robaba en su barco. Era ley del mar.

—Jurar por vuestra madre... que no era más que una infecta puta, no os sirve de mucho, marinero —le dijo con un brillo horrendo en sus negrísimo y vacíos ojos. Y entonces se irguió y habló de nuevo para todos—. Me habéis robado. Y habéis desobedecido mis órdenes. ¡Recibiréis diez latigazos! Seréis confinado en las bodegas y en el primer puerto en que atraquemos seréis abandonado. Si es que sobrevivís al látigo.

—¡Nooo, capitán! —aulló Kahlid resistiéndose a ser llevado al palo mayor para recibir su castigo—. ¡Juro por Alá que no he tocado a la mujer, y no he robado nada!

Se armó otro revuelo. Pero pronto Guido y O'Brien lo tomaron del brazo y lo condujeron a la mesana. El resto de los piratas los siguieron. No se perderían tal entretenimiento.

Guido arrancó la camisa a Khalid, y lo lanzó al palo. Fue atado a él.

—¡Oh, por Dios! por Dios —susurró la hermana Rose con azoramiento y comenzando a rezar.

—¿Qué ocurre ahora?, por favor, Rose.

—Ese demonio va a azotar a un hombre.

Un grito ahogado surgió del pecho de Charlotte.

—¡No, no! No puedo permitirlo.

Si no la guiaban, ella iría por sus propios medios. Pero tenía que intervenir.

Se deslizó entre el pequeño Hazhim y Rose con sus manos alzadas, su oído desesperado, agudizando su percepción del sonido. Caminó hacia el sonido con pasos igual de desesperados. No le importaba caer al mar, no le importaba golpearse o tropezar, sencillamente no podía quedarse allí a escuchar el dolor que un hombre sufriría por su estúpido miedo, por su miserable invidencia.

La hermana Rose y Hazhim corrieron tras ella, pero ella no se detuvo.

Salvatore le quitó el látigo de las manos a Guido. Él mismo administraría el castigo. Antes de dar el primer azote, advirtió mirando a hombres que se había incorporado recientemente a su tripulación:

—Esto es lo que ocurre cuando me desobedecen —señaló con el látigo aún enrollado en su mano al hombre que yacía de rodillas, atado al mástil menor, con la espalda descubierta—. Cuando me roban...

Y con una gran maestría, Salvatore desenvolvió el objeto de castigo que resonó cortando el viento.

—¡Perdonadme, capitán! —pidió el condenado al oírlo—. No he robado nada. Nada hice a la mujer... os lo juro. Solo la he mirado... solo quería mirarla. Si esa bruja os ha dicho que la he tocado, miente.

Pero en lugar de una respuesta, lo que recibió fue el primer susurro atroz del látigo.

La sangre de la carne cortada brotó en pequeñas gotas y luego en finos hilos. El grito de dolor del hombre quebró al viento.

Tras este primer azote, los hombres de la tripulación gritaron como hienas. Como desalmados, comenzaron a hacer apuestas sobre cuándo perdería la consciencia aquel hombre, sobre cuánto podría aguantar. Monedas pasaron de unos a otros. Uno de ellos se encargaba de recordar qué había apostado quién. Y se hizo depositario de los dineros mientras disfrutaban de la escena.

—¡Perro malsín... aguantad como un hombre y no como un marica! —gritaron.

Salvatore alzó el látigo por segunda vez.

Y alguien rozó suavemente su hombro.

Se oyó un sollozo ahogado.

El capitán se detuvo. Giró lentamente.

—Por favor... por favor. Os lo ruego... no lo castigáis de esta forma. No me ha hecho daño.

Los marineros hicieron silencio, las apuestas se detuvieron. Todos desviaron la mirada hacia cualquier lugar, lejos de lady Charlotte Campbell.

Salvatore contempló a la mujer que estaba detrás de él, con la estola sobre la cabeza y los menudos hombros, algunos mechones lacios de rubísimo pelo volaban con el viento alrededor de su angelical rostro, unos bondadosos ojos violetas que le rogaban aún más que con las palabras.

Ladeó y bajó la cara para observarla mejor. Y con su enorme y oscura envergadura se cernió sobre ella como un demonio.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, *Carlotta*? —espetó entre dientes.

Salvatore observó después al rededor, y encontró a la monja y al grumete esperando unos pocos metros atrás.

—Os pido que dejéis a este hombre en paz —le susurró ella desesperada—. Os lo ruego. Por favor tened compasión para este hombre. Sé que hay algo aquí. —Ella tocó el pecho cubierto por la casaca negra. Sintió los latidos de un corazón. Y algunos piratas gimieron asombrados por la audacia de la mujer ciega—. Algo bueno. Lo sé. Puedo sentirlo. Por favor, concededle el perdón, pues no me ha hecho daño.

Y aquel demonio de los mares alzó una negra ceja.

¿Algo bueno? ¿En él? ¿Eso había dicho ella? ¿Sería... posible eso?

El capitán Cuervo bajó el látigo, lentamente, contemplando los mechones que como hilos de oro mecidos por la brisa acariciaban el rostro femenino. Contempló el azoramiento y la esperanza en aquellos ojos dulces... tan dulces como jamás había visto en su asquerosa y oscura vida.

Podría cesar en el castigo, pensó. Podría hacerlo... tan solo para agradarla. Podría... tan solo para ver en aquellos ojos puros e inocentes el agradecimiento. Para que ella... le estuviera agradecida. A él.

¿Algo bueno... en él? ¿Qué le hacía esa mujer?, se preguntó. ¿Por qué le hacía pensar... cosas de ese tipo?

Era una de las variadas preguntas de todas las noches. La misma pregunta desde que la había visto por primera vez en la cubierta del mercante.

Salvatore levantó la vista para darse cuenta de que toda la tripulación los observaba. Todos esperaban. Hombres andrajosos. Violentos. Implacables.

¿Podría haber algo... bueno en ellos?

No. No había nada de humanidad en aquellos hombres. No había nada... bueno.

Ni en él.

Sin dejar de mirar a su tripulación, tomó la frágil y pequeña mano apoyada en su pecho. La cubrió con la suya. La rodeó con sus dedos como garras.

Y su mirada se convirtió en un profundo abismo.

Rose pudo observar como aquellas puertas se abrían. Las puertas de aquellos ojos negros... la malevolencia emergió de ellos como el humo que anuncia el fuego que enciende.

La monja se llevó una mano a la boca. Estaba viendo al demonio.

«Oh, Charlotte...», susurró.

—Quién demonios os habéis creído, mujer estúpida, para venir ante mí a suplicar por un bastardo —espetó el Cuervo.

Implacablemente, retiró la mano de Charlotte de su pecho con un gesto tan violento que la hizo dar unos pasos hacia atrás y tambalear.

Charlotte, perdió el equilibrio y cayó en la cubierta.

—¡Milady! —gritó Rose. Y corrió a arrodillarse junto a ella, tratando de ayudarla.

Estuvo segura de ese diablo las mataría ese día.

—¡Lleváosla de aquí, maldita sea! —ordenó el capitán al grumete.

Todos los piratas seguían guardando silencio. Y Hazhim se arrodilló también junto a Charlotte.

—Oh, milady... venid con nosotros —le dijo el niño temiendo que la dulce dama fuera víctima de más violencia—. Os lo ruego.

El capitán desvió su mirada de ella, con tanto desinterés como quien descarta a un insecto. Y la depositó de nuevo, feroz, sobre aquellos hombres. Los miró uno a uno de nuevo. Luego a Khalid.

Y como una siniestra sombra se acercó de nuevo y cerró con fuerza el puño sobre el pelo del hombre atado al mástil con un severo corte sangrante en la carne de su espalda. Tiró de la cabeza del hombre y la giró para encararlo.

El gemido de dolor del condenado rompió el silencio.

Y Salvatore habló para todos, pero miraba a Khalid.

—¡Mirad a la mujer... bastardos! —le giró la cara hacia Charlotte—. ¡Miradla todos ahora para que no volváis a olvidar! —gritó enfurecido.

Lágrimas de horror, silenciosas, corrieron por el rostro de Charlotte mientras aceptaba las manos de Rose y Hazhim, y la ayudaban a incorporarse.

Los marineros la observaron de soslayo. Ninguno se atrevió a mirarla por más de un instante.

—¡Esta mujer es mía! —bramó el capitán—. Si alguno vuelve a desobedecer mis órdenes y se acerca a ella, si tocáis a esta mujer, si la incluís en vuestros podridos pensamientos, os arrancaré la piel con el látigo. Luego seréis arrojados al mar para dar de comer a los tiburones. Si me robáis sufriréis el mismo destino. ¡Es mi barco! ¡Mis ordenes!

Se hizo el silencio absoluto. Los marineros bajaron la vista. El capitán soltó violentamente la cabeza de Khalid y retrocedió unos pasos alzando de nuevo el látigo.

—Ah... —Miró con desprecio entonces a la sollozante Rose, que tomaba de la mano a Charlotte para guiarla lo más lejos posible de aquel lugar y de aquel hombre—. Tampoco podéis tocar a esta perra gorda —señaló a la monja—. ¿*Capisco*? ¿Tengo que repetirlo?

Todos negaron con la cabeza. Y Rose lanzó un lastimero gemido.

—¡Maldición, hacedla callar... por los clavos de Cristo!

Volvió a bajar el brazo dando un latigazo a Khalid, abriendo la carne humana de nuevo.

Y Charlotte lanzó un grito de agonía al oír el dolor del hombre.

El capitán había olvidado que ella aún seguía allí.

—¡He dicho que os la llevéis de aquí! —ordenó al grumete—. ¡Ahora, maldito inútil, o seréis el próximo en ser atado al palo!

Hazhim obedeció de inmediato instando a lady Campbell.

Pero Charlotte, para asombro de todos, se rehusó. Se plantó en la cubierta y se resistió a irse.

—¡Charlotte! —gritó Rose intentando llevársela—. ¡Venid con nosotros, por Dios... por lo que más queráis!

—Os lo ruego, capitán —rogó Charlotte en un desgarrador sollozo—. Os lo ruego. —Y se arrodilló en la cubierta tomada de la mano de Rose, su labio inferior temblando, su corazón golpeando su pecho. Entrelazó sus manos bajo el mentón en forma de súplica—. Ese hombre ya ha sido castigado... por favor.

Con el látigo en la mano, Salvatore caminó hacia Charlotte.

Y si ella pudiera haberlo visto, habría huido lejos. Muy lejos. Pero no necesitaba ver. Podía sentir. Sintió la furia manando de él. La muerte anunciándose a través de él.

Y vinieron a su mente las palabras de Rose...

«Sus ojos son pura maldad».

¿Cómo pudo alguna vez creer que había algo bueno en él? ¿Cómo pudo tener la esperanza de que podía haber algo de piedad en él?

Charlotte tuvo tiempo de retirarse lo más lejos posible. Rose y Hazhim lo intentaron. Pero ella no lo hizo. Se quedó de rodillas, sus manos entrelazadas en oración. Esperando al demonio...

—Me postro ante vos, ante todos, por este hombre —susurró ella al sentirlo cerca— y pido vuestra clemencia para él. No soy nadie, señor, como habéis dicho... pero es lo único que puedo hacer.

Charlotte oyó los ruegos sofocados de Rose, los murmullos de los piratas. E inspiró buscando valor. No sabía si él la golpearía o si la mataría. Sabía que el mal lo gobernaba en esos momentos.

Lo oyó acercarse más. Sus pasos le eran ya tan conocidos. En tan pocos días los había memorizado. Los recordaría siempre... si vivía para ello.

Y su corazón ralentizó sus latidos cuando una mano enorme, de dedos implacables, le sujetó el rostro. Ella se mantuvo firme, aunque su labio aun temblaba.

—Poneos de pie, mujer —ordenó Salvatore en voz baja.

Antes de que ella se negara, él, aún con la mano cerrada en su rostro, la obligó a ponerse de pie.

—Escuchadme bien, *Carlotta*. No me provoquéis más —le dijo al oído—. O

correréis la misma suerte que este hombre. Si tengo que ataros al mástil y fustigaros para que aprendáis a obedecerme, lo haré. Rasgaré vuestro vestido para que el látigo corte vuestra carne... y mis hombres tendrán el gusto de contemplar vuestro cuerpo desnudo y vuestra piel empapada en sangre. Lo mismo haré después con la perra gorda. Marchaos ya...

—Venid, milady, por favor —le rogó Hazhim desesperado.

Fue la última frase, «Márchate ahora», la que llegó más al fondo de los sentidos de Charlotte. Supo que él decía la verdad. La azotaría y la dejaría en manos de sus hombres. Y a Rose.

No había nada bueno en el alma de aquel hombre. Ella había sido tan ingenua. Se había aferrado a sus fantasías de un hombre que tenía algo bajo su pecho: un corazón. Y aquella era la verdad.

—Vamos, milady —susurró Rose más que desesperada, temblando de horror por lo que veía en aquel siniestro hombre.

Él la soltó. Y Charlotte casi vuelve a caer a la cubierta. Pero tomó la mano de la monja, y asintió rendida.

Se detuvo en unos pasos y alzó su rostro hacía él.

Y él habría jurado que lo había mirado a los ojos, como si ella no fuera ciega. Habría jurado que por unos instantes efímeros se miraron el uno al otro. Vio una profunda decepción y una profunda tristeza en los dulces ojos violeta. Causada por él.

Y solo en esos efímeros instantes, los ojos negros se hundieron también en esa tristeza.

Con furia, el capitán Cuervo giró sobre sus pies. Y continuó administrando el castigo.

Hazhim y la Hermana Rose se llevaron a Charlotte.

Al quinto golpe del látigo, el hombre condenado dijo:

—Capitán... acercaos.

Salvatore se detuvo. Y se inclinó a su lado.

El hombre tomó aire y habló riendo entre dientes.

—Si la mujer es vuestra, ¿por qué no duerme en vuestro lecho? Yo os diré por qué. Creo que la ciega cree que es más que vos... Y también creo que jamás... ha tenido una verga entre las piernas. Las damas como ella no se ensucian con hombres como nosotros. Yo solo quería demostrarle... —El hombre tosió la sangre que brotaba de su boca—. Anoche solo quise demostrarle a esa perra que no tiene que despreciar a ningún hombre de este barco por ser la hija de uno de esos nobles. Iba a montarla como a cualquier ramera de los muelles para que se diera cuenta de ello. —Rio y escupió sangre, continuó hablando con una sonrisa, recordando algo que al parecer le

era gracioso—. Y lo mejor... lo he pensado, es que ni siquiera habría sabido de quién era la verga. Ya me veía partiendo en dos a esa perra engreída. Después la habría enviado a vuestro camarote, capitán, mansa como una perra bien follada.

El hombre rio con los dientes manchados de sangre y volvió a toser. Pero esta vez... no fue acompañado por el resto de la tripulación que escuchó sus palabras. Todos continuaron guardando silencio. Gran parte de ellos llevaban navegando más de diez años con aquel hombre que llamaban Cuervo.

Salvatore lo escuchó. Luego se puso de pie. Inspiró profundo mirando al horizonte, y se limpió con el antebrazo el sudor de la cara.

Lo habría dejado vivir, pensó. Le habría administrado los diez latigazos y lo habría echado como escoria en las bodegas del navío. Lo habría abandonado moribundo en cualquier puerto. Si es que sobrevivía a los cortes del látigo. Que la muerte decidiera si se lo llevaba o no.

Observó al hombre y pensó en lo que ese hombre le habría hecho a... ella si él no hubiera acudido la noche anterior al camarote tan pronto dejó el timón a Wilkinson.

—Oh... capitán, ya lo creo que me habría gustado demostrarle a esa perra que no es más que eso... pensaba dejarla después en vuestra puerta... Esto lo juro.

Algunos hombres murmuraron al oírlo. Suspiros de asombro se oyeron.

Imágenes de ese hombre tocándola con sus sucias manos. Imponiéndole su hediondo cuerpo... Imágenes de ese hombre sobre... ella... matando su bondad. Apagando su luz.

Cerró los ojos. Todo aquello era exactamente lo mismo que había deseado hacer él. Como nunca había deseado otra cosa. La misma bajeza. La misma infamia. Era escoria, igual que aquel marinero, se dijo. Y a pesar de ello, pensó en esos momentos, nadie la tocaría. Nadie apagaría su luz. Jamás.

De nuevo tiró del pelo sangriento de Khalid, con fuerza para levantarle la cabeza. Y se puso en cuclillas a su lado, y le dijo al oído:

—Llevad mis respetos a Satanás, hijo de puta. Decidle que soy yo quien lo espera... Charlotte escuchó un disparo.

Y un desgarrador grito emergió de lo profundo de su alma.

Se aflojaron sus piernas. Cayó al suelo del camarote envuelta en la oscuridad más horrenda, mucho más profunda que su invidencia.

Los ojos negros aparecieron en esa oscuridad. Y ella, muy a su pesar, por fin pudo verlos. Se ahogó en su llanto. Un hombre había muerto por su culpa.

El humo de la pistola aún se mezclaba con el viento cuando Salvatore escupió sobre el cuerpo inerte de Khalid. La cabeza abierta en dos partes sangrantes, masa encefálica esparcida por la cubierta. El silencio absoluto.

—Llevaos a este bellaco de aquí y limpiadlo todo —dijo con fría tranquilidad.

Fue lo último que dijo, a nadie en particular. Pero cada hombre de la tripulación se creyó destinatario de esa orden. Todos se pusieron manos a la obra.

—¿Qué os ha dicho ese traidor, Salvatore? —preguntó Guido con un semblante impertérrito, mientras el capitán pasó a su lado con un paso firme, sereno y autoritario.

La mirada del capitán era más negra que nunca, más vacía que nunca. Y le respondió.

—Solo palabras de un moribundo.

—¿Y vos... qué le habéis dicho?

—Palabras para un hijo de puta.

Y continuó andando. Necesitaba fumar un puro y tomar un trago largo de ron.

Después de que la tripulación se deshiciera de lo que quedaba de Khalid, todos volvieron a sus puestos.

Y después el día pasó como si Khalid jamás hubiera existido. Los hombres se repartieron sus pertenencias, y siguieron en sus puestos.

CAPÍTULO 13

Y aquella noche, el *The Stronghold* navegó a ocho nudos timoneado por Salvatore. Fumó cinco puros durante su vigilia, pero no bebió su adorado ron. Nunca lo hacía cuando estaba al timón. Los mares eran traicioneros. La concentración era óbice de la supervivencia de la tripulación de un navío.

En medio de aquella noche, aunque estuvo atento a la navegación, los inocentes ojos desesperados, tristes, profundamente decepcionados, lo persiguieron hasta que fue relevado por Wilkinson.

Y cuando hubo de caer rendido en su cama no pudo dormir. Quiso buscarla. Quiso decirle que...

Quiso borrar la tristeza de aquellos ojos.

Quiso que ella supiera que...

Que ella quisiera... que ella entendiera...

Charlotte se había encerrado en el camarote de Guido, el que habían ocupado desde un principio, cuya cubierta ya estaba limpia de cristales y era seguro. Desde la noche siguiente a la ejecución de Khalid se había hecho un ovillo, acurrucada en una esquina de la cama, de espaldas a la hermana Rose. Y a todos.

Desde aquella noche, ella no había vuelto a dar el paseo por la cubierta de la popa. No hubo más conversaciones sobre su vida. Ni sobre la de él.

Hazhim no había vuelto a aparecer para oír la lectura de la Biblia, porque desde aquel día no hubo lectura de libro alguno.

Lady Campbell comía alarmantemente poco desde que el hombre muriera. Y solo bebía un poco de agua o té, o comía alguna galleta de trigo. Un poco de avena. Nada más.

La hermana Rose no sabía qué hacer o decir para consolarla.

—Oh, niña mía, debéis comer algo —dijo Rose acariciando su mano tres días después de la muerte del hombre—. ¿Queréis que os lea algo? ¿La Biblia?, ¿algún pasaje que os reconforte?

Pero Charlotte se limitó a negar con la cabeza, aún de espaldas a todos. Quería estar sola. Eso era cuanto quería. Quería vivir en su oscuridad. A solas. Pero no podía. Unos ojos negros como abismos la perseguían. El dolor. La decepción. La humillación. Los gritos de dolor de otro ser humano. El olor a la sangre... a muerte.

¿Cómo pudo llegar a pensar que ella podría ver mejor al demonio con su alma, que la hermana Rose con sus ojos? ¿Cómo pudo creer que había un corazón latiendo bajo el pecho de un ser que no tenía uno? ¿Cómo pudo creer en él... contarle todo aquello sobre su vida, sus ideas, sus emociones. Todo lo que le había revelado aquellas noches pasadas? ¿Cómo pudo abrir su alma... para él?

En ese momento un hombre había perdido la vida porque ella había creído que todo hombre tenía algo bueno, que todo ser tenía algo para dar. Había creído que él aún tenía humanidad, que podía sentir compasión.

Charlotte solo habló esos días para orar por el alma del hombre y para preguntar por Hazhim, temiendo que el chico también hubiera sido víctima del capitán. La monja le había asegurado que el grumete estaba bien.

Después de saber aquello, Charlotte no había vuelto a decir nada más. Se había hundido en el fondo de su corazón, de la misma forma que se había hundido años atrás cuando había perdido a su madre y su visión, cuando su padre la había dejado en la abadía, cuando se había quedado absolutamente sola y a oscuras en el mundo.

No hubo noche que él no la esperase. Una tras otra, él fingía dar el paseo de revista. Miraba los aparejos. Comprobaba el estado de las velas. Esperando...

Quería volver a oírla reír. Quería oír las historias de su vida confinada en un convento, que ella relataba como aventuras trepidantes.

Quería... volver a verla pasear por la cubierta sujetando la estola blanca bajo su mentón, llevada de la mano por Hazhim.

Todas esas noches, él se fumó un puro tras otro. Esperando. Sabiendo que ella no vendría.

Transcurrió otra noche y otro sol del amanecer sobre alta mar iluminando a la poderosa corveta.

—¡Tierra! —gritó el vigía desde la cofa con el catalejo aún en el ojo.

Todos lo oyeron. La hermana Rose y Charlotte también.

—Milady, ¡tierra! ¿Habremos llegado ya a Nueva Inglaterra?, ¿ese demonio nos lleva con vuestro padre?

Pasaron unos instantes en los que Rose creyó que Charlotte no contestaría.

—No lo creo, Rose. Él no nos llevaría a Nueva Inglaterra.

Él. Porque ya no lo llamaba ni siquiera «capitán».

Rose asintió. Sí, había sido ingenua al creer aquello. ¿Entonces dónde estaban? Ella

no podía esperar a averiguarlo. Y por eso vistió su hábito y la toca, sacó un vestido de sencilla muselina para Charlotte, un par de chinelas, camisola, combinación y enaguas.

Pero Charlotte rechazó todo, ni siquiera se dio la vuelta.

Hazhim tocó la puerta. Y cuando la monja lo dejó pasar, el niño les dijo con entusiasmo:

—Milady, milady... ¡tierra! —Entró cojeando, con el cubo de agua dulce para el aseo de las mujeres—. ¡Podréis tomar un baño de verdad en tierra y comer lo que queráis!

«Comer», esa fue la palabra que quedó grabada en la mente de la hermana Rose.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rose con un suspiro.

—Estamos en las islas de Bajamar, hermana. Venid a ver la costa. El agua es como el cristal, la arena es blanca. ¡Venid a mirar!

—¿Estamos en Nueva Inglaterra? —Rose quiso asegurarse.

—No, hermana —Hazhim sonrió—. Allí nos hundiría la Marina inglesa apenas nos divisaran. No. Atracaremos en Liberty. Es la isla más grande de Bajamar.

Liberty, una isla de 37 kilómetros de largo y 15 de ancho. Isla de piratas en toda regla y concepto, dónde estos convivían en perfecta asociación con los nativos. Rodeada en su puerto por burdeles, tabernas y comercios en su mayoría dedicados a la reventa del pillaje. Pero también de frondosas y altas palmeras, de agua dulce, frutas tropicales y fresco aire de mar. Todo eso terminaba de coronar el lugar como la isla reina de aquel archipiélago.

Hazhim habló con tanto entusiasmo infantil que contagió de inmediato a la hermana Rose, sobre todo en lo referente a los manjares de la comida local. Deseaba probar la fruta que el grumete llamaba «coco». Pero nada de eso animó a Charlotte. Ella no se había vestido, continuaba en silencio.

Rose y Hazhim se miraron. Charlotte no había comido casi nada en cinco días. Debía de estar muy débil.

Y lo estaba. La debilidad era más de su corazón, de su alma que había rezado intensamente por la paz de aquel hombre que había muerto por su culpa. Y también había orado intensamente por la salvación de un ser sin humanidad en el que había confiado tan ingenuamente.

Ella no estaba interesada en esas arenas, ni las aguas cristalinas. No quería comer nada. No quería oír aquella voz profunda nunca más. No quería que los ojos negros aparecieran de nuevo en su oscuridad.

La hermana Rose, ansiosa por salir a mirar, se disculpó dejando toda la ropa de Charlotte sobre la cama. Salió a la cubierta, a pocos metros del camarote.

—¡Oh, mi querido Dios! —exclamó la Hermana Rose—. ¡Esta es tu hermosa obra, mi Señor!, aquí está tu mano. ¡Charlotte, debéis respirar este aire maravilloso!

Pero Charlotte no respondió.

—¡Vamos, niña... tenéis que respirar este aire maravilloso que no huele a sal! — reiteró Rose, contemplando el paisaje.

Él estaba allí. Podía sentirlo aún sin que hiciera ruido alguno. Lady Campbell se mantuvo inmóvil, yaciendo en la cama, de espaldas a la puerta.

Rose giró maravillada de tanta pureza en la brisa. Y cuando pretendió volver a llamar a Charlotte se percató de la oscura presencia del capitán en el marco de la puerta del camarote. Se persignó y tragó en seco. Unió sus manos después en oración. Aquella mirada maligna estaba intensamente puesta, para el terror de la hermana Rose, sobre Charlotte.

Salvatore observó los largos y lacios mechones dorados, extendidos gloriosamente sobre la cama, la menuda y suave figura que se hallaba de espaldas como si lo hubiera estado esperando, deseando estar así cuando él llegara, para rechazarlo.

Después de contemplarla por unos instantes, que a Rose le parecieron inmensamente largos, el capitán le habló quedamente.

—Come poco.

No se lo estaba preguntando. Hazhim le informaba constantemente de todo lo que hacía o no lady Campbell.

—Muy poco —le respondió la religiosa conviniendo con él.

Un silencio aterrador se apoderó del lugar.

Hasta instantes después...

—Fuera —dijo el capitán sorprendentemente a la hermana Rose, entrando en el camarote, dando por hecho que sus órdenes siempre eran cumplidas.

La hermana Rose se armó de valor, y se negó.

—No puedo dejarla sola, señor. Por favor.

Pero él seguía mirando la silueta sobre la cama.

—He dicho... fuera.

—No le hagáis daño, por favor —pidió Rose.

La pugna entre ambos fue mediada por Charlotte.

—Podéis marcharos, Rose —dijo aún de espaldas.

—No puedo hacerlo, milady.

—Id, Rose. Haced lo que os ordena.

La hermana Rose volvió a toparse con la mirada del mismísimo demonio. Y asintió. Salió del camarote, no sin mirar varias veces al luminoso ser que estaba hundida en la tristeza, en aquella cama, y al hombre oscuro que la contemplaba. Volvió a

persignarse y salió finalmente.

Después de que la hermana Rose saliera, hubo un silencio tan largo que parecía que en aquel lugar no había nadie.

—¿Qué deseáis de mí? —interrumpió ella aquel silencio. Habló sin darse la vuelta—. ¿Habéis venido a cumplir vuestra palabra? ¿Arrancar mi vestido y azotarme para el disfrute de vuestros hombres?

Aquellas palabras enfurecieron a Salvatore. Apretó sus puños a los costados de su cuerpo e hizo acopio de paciencia, algo que ciertamente no le sobraba y que aquella mujer siempre consumía peligrosamente.

—Atracáremos en unos momentos —dijo él.

Ella era consciente de cómo el barco había disminuido la velocidad para entrar en el rudimentario puerto de la isla de Liberty.

—Podéis bajar a tierra y disfrutar de un verdadero baño, beber toda el agua dulce que deseéis. Y comer, *Carlotta*.

—No me llaméis así, señor. Soy lady Campbell para vos. Soy vuestra cautiva, pero sigo siendo la hija de un barón. Y no me importa vuestra isla, ni baño, ni agua ni comida. Me quedaré aquí, donde me corresponde como prisionera.

Salvatore cerró aún más los puños, sus dientes casi se rompen de ira y presión.

—¿No deseáis caminar un poco en tierra firme, *signorina*?

—No. No quiero nada —contestó tajante Charlotte, casi sin dejarlo terminar.

Nadie le hablaba de esa forma. Nadie. Recordó el temido capitán Cuervo. Y su paciencia era tan corta y letal como la hoja de la daga que descansaba siempre en su fajín.

Sin embargo, volvió a intentarlo.

—No puedo dejaros sola en el navío. La mayoría de la tripulación baja a tierra. —Acercó su mano morena a los mechones dorados y tomó uno entre sus dedos. Le fascinó el contraste de su propia mano castigada y el brillo de aquel cabello tan suave, claro, y tan liso.

Pero Charlotte tan pronto sintió aquel contacto se contrajo y apartó la mano del capitán con repulsión.

—¡No me toquéis! —gritó y se echó las mantas sobre la cabeza—. ¡No me toquéis con esas manos que han causado la muerte de un hombre!

Al oírla, la hermana Rose corrió al camarote. Pero el capitán llegó antes que esta a la puerta y se la cerró con violencia en su cara. Echó la tranca con la misma violencia. Y los gritos de la monja se oyeron del otro lado.

Volvió a la cama en dos pasos, apartó bruscamente las mantas de Charlotte. Ella volvió a gritar. Y la hermana Rose aporreó la puerta con más fuerza.

Ya estaba agotada su paciencia, pensó el Cuervo.

La asió del brazo y la obligó a incorporarse. Recibió en el pecho los golpes de unos inofensivos puños. Esperó un poco, hasta que la estrechó con más fuerza hasta aprisionarla entre sus brazos. Y ella gritó de nuevo, se resistió y se retorció intentando librarse.

—¡Canalla!... ¡Soltadme! —gritó Charlotte y continuó golpeándolo con todas sus fuerzas.

Y él, inamovible, soportó todos y cada uno de esos golpes en silencio.

Un profundo sollozo rompió el pecho de Charlotte.

Y al cabo de un rato, agotada al fin, respirando con dificultad, se detuvo.

Entonces, lágrimas silenciosas corrieron liberadas al fin por sus mejillas enrojecidas.

La hermana Rose aún golpeaba la puerta. Wilkinson, otro marinero, y Hazhim estaban allí tratando de tranquilizarla.

Como si afuera no hubiera nadie, como si nadie estuviera golpeando la puerta, adentro no había más que silencio y sollozos ahogados. Salvatore enmarcó el rostro femenino con sus enormes manos, acarició la piel tibia, secando sus lágrimas con los pulgares.

Ella cesó en su resistencia, cansada y vencida, apoyó la frente en aquel pecho insensible, sin alma, sin corazón: el de un demonio.

Y su tristeza encontró solaz justamente en su causante.

El capitán Cuervo la vio claudicar, la vio ceder, rendirse, apoyarse en él, buscar refugio. Y sintió algo desconocido. Era una especie de satisfacción. Y no era el mismo placer del sexo, de la batalla, o de la bebida, que eran los únicos que conocía. Él nunca había dado consuelo a nadie.

Cuando ella se halló entre esos brazos, todo su cuerpo vibró intensamente. Sin quererlo. Sin pensarlo. Y sin ser adecuado. Y todo su ser despertó del letargo de su tristeza, de su desesperanza. Sintió cómo su sangre respondía ante la otra sangre, ante el otro cuerpo, recorriendo impetuosa sus venas, buscando confluir con la otra sangre. Y su alma también fue en busca de aquella otra, la del hombre malvado y cruel, aun sabiendo que no tenía alma.

—*Carlotta*, debéis comer, y salir de este camarote.

—Malvado... canalla —lo acusó ella en un murmullo débil y cansado, con el rostro escondido en el pecho masculino, asiendo con fuerza las solapas de la casaca del capitán.

—Ah, *mi angelo*, soy peor que malvado... peor que un canalla —le dijo al oído, en un susurro—. Mucho peor de lo que podéis pensar.

—¿Por qué lo habéis hecho? ¿por qué?, ¿por qué el castigo de la muerte para un hombre que no había hecho nada?

—Porque ese hombre sí hizo algo. Me robó y desobedeció mis órdenes. Este es mi barco y yo soy el capitán. Y ordené que nadie os tocara, ni a vos ni a la monja. Supo que estabais sola. Os habrían violado esa noche, *Carlotta*. Si pudiera, lo buscaría en el infierno y lo mataría de nuevo.

—¡Oh, por Dios! Os rogué piedad para ese hombre —murmuró—. No me hizo daño.

—Porque perdió la oportunidad —aclaró él, y acarició una vez más las mejillas húmedas y suaves con las yemas de sus dedos, otra vez y otra—. Todos saben que nadie me roba o me desobedece en mi navío. Hombres como estos solo respetan al más fuerte. Si un capitán no demuestra su mando, si perdono... podría haber un motín a bordo. Nadie me roba. Nadie puede tocaros, *angelo*, y seguir viviendo —le dijo al oído, rozando su mejilla—. Sois mía —dijo más suavemente—, porque este es mi barco. Es la ley del mar. Todos los marineros la conocen.

—No entiendo vuestra ley del mar —sollozó.

—No tenéis que entenderla.

Él nunca había justificado sus actos ante nadie, ni siquiera a Guido, y mucho menos a una mujer, recordó con asombro. Pero ella no era solo una mujer, como su conremaestre le había advertido. Ella tenía que conocer la razón de sus actos. A ella quería... explicarle.

—Jamás volveré a confiar en vos... a creer en vos...

¿Pero es que aquel inocente ángel había confiado en él alguna vez?, se preguntó el infame pirata. ¿En un hombre sin moral, sin consciencia, sin alma? Sonrió perverso. Había olvidado que la ingenuidad aún existía.

—He orado por el alma de ese hombre... y por la vuestra —dijo ella.

Él asintió. Y su sonrisa torcida, malvada, se amplió.

—Al menos creéis que merezco vuestras oraciones. Pero no podéis orar por ese bastardo traidor. Dejad que su alma se pudra en el infierno.

—¡Eso no podéis ordenarlo, ni prohibirlo, señor! Mis pensamientos siguen siendo míos... aunque sea vuestra cautiva.

—Bajad a tierra conmigo, *Carlotta*. Necesitáis caminar, comer. Enfermaréis si continuáis de esta forma —deslizó su enorme mano desde el rostro de ella y cerró sus dedos sobre el cuello blanco y fino. Contempló la enormidad de su mano rodeando aquel cuello que podría él romper tan fácilmente. Tan solo tenía que apretar un poco. Solo un poco. Pero lo que hizo fue acariciarlo lentamente sintiendo su suavidad. Se había imaginado que era así, aunque era mucho más terso... más puro, más blanco.

Ella se estremeció. No temió. Era una caricia. No era una amenaza. Lo sabía con una certeza que la dejó sin aliento.

—Vestid vuestras ropas, *Carlotta*. Bajaréis a tierra conmigo.

—He dicho que no —susurró Charlotte, sintiendo la caricia de aquella mano en lo más hondo de su alma.

Él apartó despacio su mano del cuello y dejó que sus dedos subieran por la inmaculada garganta, por el suave mentón, hasta acariciar el labio inferior de ella con el pulgar.

—Ahhh, *angelo*... ¿por qué me desafías?, ¿por qué retáis al diablo? —le susurró él al oído.

Una ráfaga de fuego envolvió a Charlotte.

Tenía que apartarlo, se dijo. Esas manos habían... él...

Él se acercó más.

Ella no pudo negarse. No pudo reaccionar.

No pudo...

Y el fuego comenzó.

Su nariz tocó la de él.

Su perfil el de él.

Se le aflojaron las rodillas. Y él la sostuvo. Él la estrechó contra sí.

Ella abrió sus manos sobre el pecho de granito y las subió lentamente sintiendo bajo las palmas el duro poder de aquellos músculos, hasta el rostro barbado.

Acarició ese rostro infame con sus dedos.

Lo oyó gemir. Lo sintió tensarse.

Debía parar... él era malvado. ¿Qué o quién guiaba sus manos? Él no tenía corazón. No tenía alma ni compasión.

Y sintió el roce de aquella barba en su rostro.

Y ese roce borró todos esos pensamientos.

Enredó sus dedos en esa barba y le acarició la mejilla.

Y el canalla, el perverso, gimió cuando ella, el ángel, lo tocó con suprema inocencia.

La estrechó fuerte contra él. Respiró profundo entre su pelo rubio, hundiendo su nariz luego en su cuello. Introdujo su mano entre las hebras de oro puro y tomó un mechón, lo enredó entre sus dedos y tiró fuerte de él. La oyó suspirar.

Tiró de nuevo de su pelo. Y le alzó el hermoso rostro. Lo expuso para él.

Y el demonio tampoco pudo resistir.

Se apoderó entonces de un ángel.

Todo estalló a su alrededor. Todo desapareció de la faz del mar.

Nada más hubo en ese momento. Y nada podía haber más allá.

Y el fuego se extendió sobre ellos. Porque solo podían ser llamas de fuego aquello que los consumió.

Charlotte oyó una voz malvada y profunda.

Era... él. Le pedía...

Y lo hizo. Le dio su boca mientras las llamas la quemaban.

Él la estrechó con más fuerza a su cuerpo, fundiéndola en su ser. Enredó más su mano en los suaves hilos de oro y la asió como si pretendiera no volver a soltarla.

Aquello no estaba bien, se dijo ella. Estaba entregando su alma a un ser perverso. No podía...

Charlotte encontró algo de fuerzas... algo de razón. Recordó el dolor de aquel hombre.

Pero ya sus labios tocaban aquellos otros...

—No... —dijo ella en un suave susurro, suplicante contra los labios de él—. Dejadme ir, por favor.

Deseaba apartarse de él, pero sin embargo lo que había hecho era darle paso a su garganta. Gimió de nuevo al sentir allí el roce de la barba, el roce de aquellos labios igual de malvados que aquellas manos.

Las mismas manos que habían asesinado implacablemente, en ese momento la tocaban a ella.

Tenía que detenerlo.

Recordó el ruido del disparo mortal. La falta de piedad, la crueldad... la ejecución... por aquellas mismas manos, aquel mismo hombre.

—¡No! —dijo esta vez intentando zafarse, tratando de apartarlo.

Pero él era tan grande. Era como intentar mover una montaña.

—¡Salvatore, no! —susurró. Dijo por primera vez su nombre—. ¡No!

Y él se detuvo al oír su nombre... en los labios de un ángel.

Aturdido, con el corazón latiéndole salvajemente en su pecho, Salvatore se detuvo.

Y bajó la mirada y la vio.

Ella tenía los labios hinchados, húmedos, el rostro sonrojado.

Esos labios apenas habían rozado los suyos. Inocentemente. Fugazmente.

—Habéis dicho mi nombre —murmuró.

—Soltadme... por favor. Os lo ruego.

Él volvió a rodear el cuello de ella con una mano. Cerró sus enormes dedos al rededor. Tan frágil, pensó. Podría romperlo... sí.

Podría...

—Por favor... —susurró ella de nuevo.

—Decidme, milady —dijo él, concentrado en su mano rodeando el cuello blanco y suave—. ¿Os habían... besado, alguna vez?

Ella lo negó serena, con un leve gesto de la cabeza.

—Ah...pequeño *angelo*. Así os conservaréis —le susurró en un tono profundamente perverso.

—¡Milady... por favor, habládme. Decidme si estáis bien!

Rose insistía desde afuera.

Charlotte llevó su mano a la de él. La que rodeaba su cuello. Tampoco temió esa vez. Lo instó a apartarse.

Él retiró su mano. Lentamente.

Y ella pudo contestar a Rose.

—Estoy... bien, Rose —respondió Charlotte mientras intentaba respirar y entender las palabras que oía.

—Os sacaré de este barco, *angelo*, y os llevaré a tierra. Podéis vestiros y bajar, o vendré y os sacaré de cualquier forma —le dijo al darse cuenta de que ella estaba vestida con una simple camisola de dormir—. Sois una dama y estoy seguro de que no deseáis la admiración de los hombres del muelle. Aunque tal vez no me vendría mal sacaros desnuda del barco. Aquí me pagarían una pequeña fortuna por una mujer como vos —dijo con una risa malvada y torcida en su rostro entrelazando un mechón rubio en sus dedos—. O tal vez... ofrezca a vuestra Rose... si no bajáis a tierra conmigo.

¿Lo decía de verdad?, ¿la vendería a ella o a Rose?, se preguntó ella, ¿sería capaz de aquella villanía?

—Bajaré a tierra —dijo ella.

Salvatore sonrió. No era más que una mueca diabólica.

Pudo leer en el ingenuo rostro que lo creía capaz de todo. Bien. Porque él era muy capaz de arrojar a la monja llorona en el puerto de Liberty. Aunque dudaba que algún imbécil la comprara... y soportara los gritos y lloros de aquella mujer.

—¡Callaos ya, maldita mujer! —gritó el capitán a Rose desde dentro del camarote mientras se dirigía a abrir la puerta.

Pero antes de abrir se detuvo y miró a Charlotte.

—Tengo poca paciencia, *signorina* —susurró con abierta advertencia en su voz—. Vendré y os sacaré de este camarote, vestida o desnuda. Veremos qué opinan los nativos de una hermosa mujer como vos. Si escogéis la desnudez, claro. Veremos cuánto me ofrecen por vos.

Y diciendo aquello con una malévola y renovada sonrisa, abrió la puerta y se marchó pensando que él mataría si un hombre la tocaba. Volvió a mirarla desde

afuera. Su rostro aún mostraba un precioso arrobo. Ningún hombre la había besado... hasta ese momento. No había sido un beso. Tan solo...

Miró al horizonte. Y una idea, tal vez era un deseo... emergió desde las profundidades de su podrida alma.

Al oírlo afuera dando órdenes, Charlotte pudo al fin respirar con normalidad. Luego oyó sus pasos alejarse. Y Rose entró diciendo algo. Pero ella no podía seguir pensando. El recuerdo de unos labios... su voz, su aroma. Había dejado que él la tocara. Le había correspondido.

CAPÍTULO 14

Charlotte, la hermana Rose y Hazhim, estuvieron listos para bajar a tierra. Allí no había muelle realmente. Los barcos fondeaban unos apartados de otros, y los marineros bajaban a tierra en pequeños botes hasta la playa.

Un brazo fuerte rodeó a Charlotte por la cintura. Ella sabía de quién eran esos brazos, ese aroma... por eso se tensó.

—*Tranquilla, mia bellezza* —le susurró muy cerca.

Salvatore la tomó de la cintura para bajar por la escalerilla del lateral del navío. Cuando Charlotte tuvo consciencia de lo que hacían, cuando escuchó las olas rompiendo contra el puerto, la brisa en su cara, el balanceo del barco, entonces se aferró asustada con todas sus fuerzas al cuello del capitán. Y este sonrió.

—Estáis a salvo, *angelo*... ahora estamos bajando por el costado del barco. Es muy seguro. Después iremos en un bote.

Tras ella podía oír a una hermana Rose entusiasmada, intentando emprender el descenso ella sola por aquellas peligrosas escalerillas.

—¡Quitadme vuestras pecadoras manazas! —espetó la religiosa a Guido cuando intentó ayudarla—. Puedo bajar sola.

—¡Oh, mujeres, no dais más que problemas! —espetó Guido.

Y tan pronto la hermana Rose dio el primer mal paso, él pensó que le vendría muy bien a la monja remojarse un poco en el agua de aquellas islas. Pero, aun deseando aquello, le echó sus manazas y la sostuvo.

Rose siguió quejándose y denunciando los toques licenciosos del hombre.

—¡Ah... hermana... ni en vuestros sueños os tocaría con otro motivo que no fuera porque me han dado órdenes! ¡Moveos, maldición!

—¡Cómo os atrevéis a decir que sueño con... a insinuar tal cosa, pecador! ¡Soy una sierva del Señor!

Rose y Guido continuaron discutiendo mientras bajaban. Los demás ya abordaban los pequeños botes para ir a tierra.

Cuando Rose fue bruscamente depositada en el bote, se levantó y arrebató a Charlotte de los brazos del capitán.

Y este volvió a odiar con inquina a la monja, pero pronto fijó su oscura mirada en la misma persona que parecía haberlo poseído.

Los marineros tomaron sus puestos en los remos, y se dirigieron a tierra. La Hermana Rose abrazaba a Charlotte, protegiéndola. Y fijó su mirada en aquel hombre oscuro y malvado. «No vas a llevártela, demonio», pensó Rose mientras miraba al infame capitán.

Este se había sentado arrogantemente en la popa del bote, concentrado mientras fumaba uno de sus puros, y mientras contemplaba en silencio a lady Campbell. Todos en el bote eran conscientes de ello. Todos hicieron silencio. Todos menos Charlotte.

—¿De qué color es este mar? —preguntó ella, a nadie en particular. Sin embargo, todos callaron.

—Verde —respondió el capitán Cuervo.

—¿Es un verde intenso o claro?

—Claro, como la hierba en primavera.

—¿Hay más barcos al rededor?

—Muchos más.

—¿Y cómo son?

—Son grandes galeones.

—¿Tan grandes como una casa?

—Si por casa os referís a una de... las vuestras, milady, no. Pero si recordáis, tal vez la casa de los criados... más o menos así de grande y poseen más tripulación.

—¿Hay gente en el puerto?

—Sí, hay gente esperando. Otros solo pasean. Y otros son comerciantes.

Todas esas preguntas fueron hechas por Charlotte mientras navegaban hacia la playa. Y todas fueron respondidas por él. Solo por él. Los demás hicieron silencio.

Salvatore saltó a la orilla con sorprendente agilidad para un hombre de sus dimensiones y ayudó a otros marineros a arrastrar el bote a la orilla.

Llegaron a la orilla de la playa donde terminaban de romper suavemente las olas. Antes de que la hermana Rose pudiera ayudar a Charlotte, el capitán se apresuró a tomarla de la cintura y luego en sus brazos para llevarla a la arena sin que se mojara el vestido. Y Charlotte volvió a rodear el cuello masculino con sus brazos.

Antes de emprender la marcha, el pirata giró y dirigió una mirada de triunfo a Rose. Y una sonrisa diabólica. «Ya es mía». Rose perdió el aliento. Y él emprendió el camino a la orilla.

El resto de los hombres a bordo se miraron unos a otros, luego a la enorme hermana Rose, después a Guido. Nadie sabía quién podría bajar a la monja.

—¡*Diávolo!* —espetó Guido esta vez. Y se dispuso a cargar de nuevo con la

hermana Rose.

Cuando llegaron a la orilla, Salvatore bajó a Charlotte. Lo hizo lentamente apretando sus cuerpos. Todo deliberadamente.

Ella lo sintió por completo y respiró profundo. Aún rodeaba el cuello masculino cuando puso sus pies en la arena.

Él había dejado sus manos, con atrevimiento, en la cintura esbelta. Manteniéndola muy cerca. Y se dio el gusto de volver a sonreír a Rose.

—¡Milady! —dijo Rose tan pronto pudo poner uno de sus pies en la orilla, consciente de la malvada sonrisa de aquel hombre a quien temía más que a ningún otro en su vida—. ¡Oh, ya estoy de pie!, ¡Dejadme en paz! —le dijo a Guido. Este con gusto la dejó.

El capitán dejó caer con desgana sus manos a sus costados cuando Charlotte retiró lentamente sus brazos de su cuello y alzó sus manos buscando a Rose.

—Rose... ¿dónde estáis?

—¡Aquí milady! —tomó las manos de Charlotte y la separó del capitán—. ¡Oh, qué lugar tan hermoso! Desearía que pudieras verlo.

—Lo veo, Rose. Puedo sentirlo... —Charlotte se inclinó para tocar la arena con las manos—. ¿De qué color es? —La arena se deslizaba entre sus blancos dedos.

—Casi blanca —se apresuró el capitán a responder antes que la hermana Rose. Y Rose lo miró con displicencia.

—Es suave y tibia —dijo Charlotte mientras la dejaba caer entre sus manos.

—¡Capitáno!

Guido y unos hombres arrastraban dos baúles que habían sido transportados en otro bote.

El capitán Cuervo levantó su vista y atendió al conrmaestre.

—¿Iremos donde siempre? —preguntó Guido.

—¿Acaso sois estúpido? No llevaré a ese lugar de asquerosos borrachos y rameras a *Carlotta*.

Guido alzó una ceja sorprendido ante aquella reacción. Y por el nombre que utilizaba para ella.

—Dejad que los hombres vayan a donde quieran. Ya conocen las órdenes. Nosotros iremos a Los Seis Escudos.

—Así se hará, *fratello*... así se hará. —Guido sonrió al notar que su amigo ya posaba sus ojos de nuevo en la dama, y si no estuviera viendo aquello... jamás lo habría creído.

Posada Los Seis Escudos. Era regentada por la viuda y antigua pirata Francine Gaspard. Era una mujer de mediana edad, sonriente, alta y fuerte, de cabellos

castaños que comenzaban a encanecer. Convivía desde hacía unos años, y fuera del sagrado matrimonio, con su último y supuestamente definitivo compañero: el inefable Joseph McFinn, un marinero irlandés. Los Seis Escudos era el único lugar de aquella isla de piratas, rufianes, fugitivos, antiguos corsarios y filibusteros en la que no se dispensaba el servicio de las «chicas de la vieja profesión». En esta posada y taberna se dormía, se comía, se jugaba y apostaba, y claro que alguna que otra discusión resuelta con cuchillos había, pero nada de «palomas perdidas».

—¡Capitán Cuervo! Decidme, ¿a qué debo este honor? —dijo Francine Gaspard cuando los vio llegar a la puerta de la posada.

Lo recibió con una falsa sonrisa, a la par que con gran cautela. Al capitán Cuervo lo había conocido en alta mar. Ella era una de las pocas mujeres que se habían dedicado a la piratería. Había navegado en el navío Viento del este, como marinera. Había conocido al capitán Cuervo después que este hubiera matado al más miserable de los hombres, al más cruel de los corsarios: el capitán James Ingram. Para luego sustituirle en la rápida y letal navegación, y demasiadas veces en su crueldad.

En aquella isla nadie que tuviera un poco de juicio se atrevería jamás a incordiar al Cuervo. Este temido hombre bebía, comía y apostaba siempre en su taberna. Pero jamás se había hospedado en ella. Ese hombre prefería siempre el ron de El pez perdido, un lugar donde, aparte de su ron preferido, también dispensaban el servicio de las «palomas», servicio que ella jamás incluyó en su posada, porque había sido una de ellas, y conocía el sufrimiento de aquella vida.

Y pensando en todo aquello observó a las dos mujeres que acompañaban al pequeño grupo de marineros. Una monja. Y la otra mujer era una dama. De esto estaba segura. ¿Habían sido capturadas por el Cuervo? ¿Eran cautivas de ese hombre?

Francine tragó en seco al pensar en algo así, observando a las dos mujeres. No presentaban signos de violencia. Al contrario. La monja se mostraba cautelosa, pero no estaba herida. Y la dama...

Francine quedó sin aliento cuando la dama descubrió su rostro al completo retirando la estola.

—Francine —dijo el capitán en forma de saludo. Se inclinó para besar su mano en un burlón gesto de caballerosidad—. ¿Cómo está el viejo McFinn? A ti te veo con el mismo vigor de siempre.

Francine reaccionó y, con uno de los más falsos gestos de bienvenida, se inclinó ante él con una sonrisa.

—El viejo aún duerme. Anoche bebió demasiado. Pero está muy bien, ¡cómo no podría estarlo si vive a mi lado! —dijo y luego se volvió a fijar en las mujeres.

La monja la miró con abierto rechazo, cuestión que la irritó. No había damas ni

religiosas en aquella isla que pudieran desmerecerla de alguna forma. No estaba acostumbrada a que la mirasen de aquella forma displicente.

Francine se limitó a devolverle burlonamente la mirada a la hermana Rose. Y luego se fijó de nuevo en la dama, esperando el mismo o mayor desdén. Pero no hubo desdén en aquel hermoso y apacible rostro. La dama no la miraba si quiera. ¿Había mayor desprecio que ese?

—Francine, estas mujeres necesitan alojamiento —dijo el capitán, y obvió a Rose—
—La dama es lady Campbell... mi invitada.

Charlotte asintiendo serenamente, realizando la más fina y genuina reverencia de una dama. Le había gustado la voz diáfana y genuina de Francine Gaspard.

—¿Lady Campbell?

—Es la hija de un barón inglés —contestó Salvatore.

—¿Una verdadera dama en esta isla? —dijo sin poder creerlo.

¡El capitán Cuervo había raptado a aquellas mujeres! Una dama no se acercaría a ese hombre, pensó, ni siquiera si había varias leguas de mar en medio. Y mucho menos sería... su invitada.

—Es un placer conoceros, señorita Francine —dijo Charlotte con una sonrisa natural que iluminó su rostro.

—¿Señorita, yo?

Y el estruendo unas vulgares carcajadas rompieron la solemnidad del momento. Las del capitán, las de Guido y las de Francine Gaspard.

—Vaya... lady Campbell, el placer es realmente mío. Y... vos? —preguntó a Rose que no había sido presentada—. ¿Sois?

Rose se abrió paso.

—Puede dirigirse a mí como hermana Rose, señora mía. Acompaño a milady.

Francine asintió.

—Será un placer ofreceros alojamiento. ¡Bienvenidas a Liberty! ¿En qué puedo servirlos, capitán? ¿Os quedaréis mucho tiempo?

Lady Campbell seguía sin mirarla, ¿por qué?

Como Salvatore observaba la expresión de Francine, la tomó del brazo, murmuró algo a Guido sobre quedarse junto a Charlotte, y apartó un poco a Francine del lugar.

—No planeaba venir hasta Liberty. Pero se hizo necesario —dijo mirando en dirección a las mujeres—. Iba rumbo a Nueva Orleans. La identidad de la dama no debe saberse.

—No habrá ningún problema, capitán. Nadie conocerá el nombre de vuestra dama. ¿Decidme, os habéis quedado sin provisiones? ¿Os avituallaréis aquí entonces?

—Sí —mintió el capitán. Había atracado en Liberty para hacer que *Carlotta*

volviera a comer... y a vivir—. Nos quedaremos unos días. La dama es ciega, Fran.

Francine miró de nuevo a lady Campbell.

—¡Oh, demonios!, ¿cómo es posible? Nunca había visto un ciego con unos ojos como esos...

—Ella no nació siendo ciega. Perdió la visión cuando el carruaje donde viajaba volcó.

—¡Ah!, comprendo. Es una pena. Es una dama muy hermosa.

Ella quería hacer más preguntas, pero su vida como pirata y su conocimiento del talante del capitán Cuervo le hicieron un llamado a la prudencia. Por su prudencia podía decir que se relacionaba con los más peligrosos y más crueles corsarios, piratas y bucaneros de aquellos mares, y estos confiaban en ella. Por eso el capitán había llevado allí a la dama que parecía hipnotizarlo.

Observó al capitán. Él contemplaba a la joven dama. Francine no podía creerlo. Podría decirse que Francine Gaspard reía como un hombre, sabía palabrotas de hombre, y un día había vestido como hombre para poder sobrevivir como pirata. Pero era una mujer. Y como mujer captó la admiración... el salvaje anhelo, en el hombre más temido de aquellos mares, por aquella joven dama.

«Oh, por Dios, ¿la habría violado?». Pensar en aquello le causó profunda tristeza a Francine. Miró preocupada a lady Campbell. Pero su rostro sereno, su expresión pacífica, inocente, no era el rostro de una mujer que hubiera padecido aquel sufrimiento. Lo sabía ella por experiencia propia, para su gran desgracia.

—Que nadie la toque —ordenó el capitán Cuervo. Francine lo miró—. Cuida de ella y vigila a la monja. Apostad a uno de vuestros criados... el de vuestra confianza, en su puerta. Dadle lo que desee, y si no lo tenéis, encontradlo. Os recompensaré generosamente por ello.

—Nadie se acercará a ella —confirmó Francine—. Y parece que no nos conociéramos, capitán. Si hay algo en esta isla que no tenga, lo consigo. ¿Os quedaréis vosotros aquí o en El pez?

Así abreviaban todos el burdel conocido como «El pez perdido».

—No. Esta vez me quedaré aquí. Guido y el mocoso también —los señaló con un gesto de la cabeza.

—¿Ese niño cojo y sucio, también?

—¡*Diávolo, sí. Ese inutile!* —masculló en italiano. Y después añadió con resignación, encogiéndose de hombros, volviendo a depositar su negra mirada sobre el mismo ser que lo fascinaba—. A ella le gusta su compañía.

El capitán observó en esos momentos al chico tomar la mano de Charlotte, depositarla en su hombro para hacer de guía y andar unos pasos hacia una fuente de

agua, a la que llamaban «fuente de la alegría». El chico se lo explicó, y Salvatore la contempló, como si fuera un animal de caza a la espera de poder abalanzarse sobre su presa. La vio sonreír suavemente y meter su mano en el agua fresca del estanque. Sin ser consciente de ello, él también sonrió.

Francine alzo sus finas cejas. No podía creer lo que veían sus ojos, lo que oían sus oídos. Miró de nuevo a la luminosa dama. Luego al Cuervo. Su envergadura no dejaba de impresionarla. No era un hombre con artes de seductor, se dijo. Al contrario. Le tenía por un hombre tosco, que no sabría tratar jamás a una dama como aquella. Aunque había oído a las chicas del Pez decir que jamás las había golpeado y que pagaba muy bien... además de haber sido «muy bien dotado» por el Creador. No, la dama no era la querida del capitán. Aquellas mujeres eran sus cautivas.

—Las habitaciones serán preparadas ahora mismo —dijo Francine finalmente.

Ese día, las mujeres fueron llevadas por una alegre señorita Gaspard al interior de la posada. Esta daba órdenes a los mozos y a las criadas. A Charlotte le agradaba su voz cantarina y resuelta.

—Milady, debo pedir perdón. No sabía que sois ciega —le dijo mientras andaba a su lado, dando las pertinentes órdenes a dos mozos para que subieran el baúl de Rose y Charlotte a sus aposentos.

Charlotte sonrió y negó con la cabeza.

—No tenéis que pedir perdón alguno. No soy ciega de nacimiento. Sé que los ciegos de nacimiento lucen diferentes. ¿No es así?

—Así es. Pero vuestros ojos son los más hermosos que he visto alguna vez.

Charlotte se ruborizó un poco.

—Gracias... —murmuró ella.

Francine la observó por unos instantes, por el rabillo del ojo.

—Disculpad si os parezco una mujer atrevida, milady, ¿cuándo perdisteis la vista?

Charlotte negó con la cabeza. No le molestaba que le preguntaran sobre su invidencia.

—No sois atrevida. La perdí a los doce años, ahora tengo veinticuatro.

—¿Veinticuatro? Y... ¿vuestro esposo, milady?

—No tengo esposo.

—¿Vuestro prometido?

—No tengo prometido —dijo con una suave sonrisa y con su habitual naturalidad.

Francine Gaspard la observó.

—Pues no lo comprendo. ¡Qué tontos esos hombres ingleses!

—No son tontos, sino listos... Soy ciega —dijo Charlotte sonriendo—. Ningún hombre desea una mujer inútil a su lado. De modo que los caballeros ingleses son

muy astutos.

—¡Pamplinas! Ser ciega no os impide que tengáis a vuestro hombre satisfecho — exclamó la anfitriona, sin más, como si hablara del clima—. No se les da placer con los ojos, sino con otras partes del cuerpo, milady.

La hermana Rose creyó desfallecer al oír aquello. Se persignó tres veces y pidió por el alma de aquella pecadora.

Francine fingió no ver los aspavientos de la religiosa. Hizo silencio, pensativa, observando el rostro angelical de aquella mujer que se había ruborizado como una manzana tierna, pero no se había escandalizado con sus palabras.

—Vuestros aposentos —anunció al abrir una pesada puerta.

Se despidió de las mujeres diciendo que debía atender otros asuntos, y que las buscarían para la cena.

Se fue dejándolas solas.

—¡Oh, milady! Me temo que tendrás que oír más indecencias en esta isla. Y yo que pensé que podríamos tener algo de tranquilidad. Esa mujer es una pecadora, Charlotte. Mantente alejada de ella. Lo supe en cuanto la vi. ¿Quién sabe a qué se dedicará en esta isla?

—Regenta esta posada, Rose.

—Eso es lo que ella dice. Si conoce a ese hombre... entonces no puede ser una buena mujer.

Charlotte sonrió. Y cambió el tema de conversación.

—Describe el lugar, por favor, ¿cómo es?

—Es igual al resto de lugares que ocupan esta isla... ¡Un lugar del pecado!

—No entiendo, Rose. Creí que te gustaba.

—Me gusta la creación del Señor, pero lo que no me gusta es quienes la habitan. ¡Oh, Charlotte!, si la abadesa viera dónde nos ha traído el destino, o más bien, a dónde nos ha traído ese engendro del demonio. ¡Si tú pudieras ver este lugar!

—¿Tan horrible es?

Pero si ella no percibía malos aromas, sino el aire fresco, oía el cantar de pájaros, oía risas de niños, y la actividad de los mozos y criadas que iban y venían.

—Oh, milady. Ese demonio os ha traído a su guarida de perdición. Estoy segura de ello.

En ese momento tocaron a la puerta. Una joven de sonrisa abierta, de piel muy morena y ojos brillantes, asomó la cabeza.

—Lo siento. Traigo el agua para el baño. ¿Puedo pasar?

La hermana Rose murmuraba oraciones y fue Charlotte quien contestó.

—Por supuesto, os lo agradezco.

La joven se volvió y entró con dos grandes cubos de agua. Tenía el vestido mojado.

—Ese chico, el cojo —les dijo—, se ha puesto impertinente y tozudo diciendo que él os sirve, y que él debía traer el agua. Le he dicho que no. Francine me ha ordenado que os atienda y yo cumplo siempre las órdenes. Nos hemos peleado y le he dado un buen puñetazo. Ese chico sucio se ha mojado más que yo.

Charlotte exclamó al oír aquello, y la hermana Rose dejó de orar.

—¿A dónde ha ido? —le preguntó Charlotte, preocupada.

—No lo sé. Le he dicho que era imposible que sirviera a una dama como vos un chico cojo que tiene la cara llena de cicatrices y huele como una mula. ¡Oh, vos no podéis verlo... pero es muy feo!

Y dicho eso, la chica dejó los cubos frente al fuego del hogar y comenzó a verterlos en un gran caldero para calentarla.

—¿Cómo os llamáis? —insistió Charlotte—. ¿Qué edad tenéis?

—Me llamo Josephine, y tengo diecisiete años.

Y Charlotte solo asintió, pero le habló determinación.

—Josephine, el niño ha dicho la verdad. Es mi guía y además me hace compañía y me sirve. Es solo un niño, no volváis a pegarle. Cumpliréis con vuestros deberes, lo entiendo, pero el niño puede venir aquí.

Josephine la observó. Vio en el rostro de lady Campbell verdadera preocupación, y después fue ella quien se preocupó y además temió.

—¡Oh milady!, os lo ruego, no cuente esto a Francine. Ella se lo contará al capitán. ¡Por favor!

Charlotte se apresuró a calmarla.

—Francine no sabrá nada y tampoco el capitán, pero debéis decirme a dónde ha ido el niño.

—Pues no lo sé. Ese niño sucio corrió hacia las calles. ¿Deseáis tomar el baño, milady?

No. No quería tomar ningún baño, quería ir a buscar a Hazhim.

—Lo tomaré más tarde, puedes prepararlo, pero necesito hablar con Francine. ¿Podéis pedirle que venga?

—¡Pero no diga nada! Os lo ruego. Necesito el trabajo.

—Os doy mi palabra. Id a buscarla... por favor, Josephine.

La jovencita asintió y salió a buscar a Francine Gaspard.

—¿Niña, cómo pensáis buscar al niño entre toda esa gente depravada que habita este lugar? —preguntó Rose.

Charlotte se puso su estola sobre la cabeza y los hombros.

—No lo sé, Rose, pero tengo que ir a buscarlo.

Y Francine tocó a la puerta. Asomó la cabeza al abrirla ella misma.

—Josephine me ha dicho que quiere pedirme algo, milady. Por favor hacedlo.

Charlotte alzó sus manos, y Francine entró en la habitación y se las tomó. Casi pierde el aliento. Jamás la había tocado una dama tan delicada y suave como aquella.

—Francine, el niño, mi guía, ha habido un malentendido y creo que se ha marchado. Necesito encontrarlo.

—¿Un malentendido?

—No puedo explicarlo ahora. Debo hallarlo.

—Habrá ido a buscar al capitán. Siempre va detrás de él.

—Me temo que esta vez no.

—Milady, no os preocupeis. Ese chico sabe cuidarse muy bien. Creo que os confundís. No es un niño indefenso.

—¡Lo es! —dijo Charlotte angustiada—. Aunque viva como un hombre, es un niño y tiene alma de niño, porque el alma nunca se pierde, a pesar de lo que nos corresponda vivir. Así que os pido ayuda para encontrarlo.

El corazón de Francine se contrajo dentro de su pecho al oír a lady Campbell y ver en sus ojos verdadero aprecio por un niño cojo y sucio, el grumete de un pirata. El hijo de nadie. Lo pensó detenidamente. Miró a Rose, y esta asintió. Bien, el capitán Cuervo no le había dicho que aquellas mujeres fueran sus prisioneras, o que la dama no podía salir de la posada. Le había dicho que cuidara de ella y le diera cuanto pidiera.

—Muy bien, milady. Haré que preparen el carruaje. Os acompañaré.

—¡Oh, gracias, señorita Francine! —dijo Charlotte con un gran alivio.

Francine Gaspard se detuvo con una sonrisa antes de salir de la habitación...

—¡Señorita Francine! —dijo la posadera—. Qué bien suena. ¡Andando milady!

Hazhim corrió por el puerto de la isla, donde se hallaban los burdeles, las casas de apuestas y los comercios. Sus lágrimas manaban de sus pequeños y redondos ojos castaños, perdiéndose por sus mejillas marcadas por las cicatrices de la viruela. Eran lágrimas del corazón. Aquella joven, la criada de la posada, le había dicho que era feo, rengu, y que no podría servir jamás a una dama como milady.

«Si esa dama pudiera veros, se apartaría al momento. Sois un chico apestoso y muy feo. Y ahora vete, yo la serviré».

Cada palabra quemó el corazón del niño, y corrió para aliviar el dolor.

—¡Eh, mocosu del demonio!... ¡fíjate por dónde vas!

Hazhim tropezó con unos marineros que a mediados de la tarde estaban ebrios, o tal vez habían enlazado su ebriedad de ese momento con la del día anterior. Lo cierto era que tenían ganas de pelea y por qué no hacerlo con ese niño feo y cojo.

Cuando uno de los marineros cogió a Hazhim por su raído chaleco, el niño le dio una buena patada en la espinilla.

—¡Soltadme, bribón del demonio! —le dijo el niño retorciéndose y dando más patadas.

—¡Ay, maldito muchacho! —El marinero casi lo suelta por el dolor.

—¿Buscáis pelea, eh?

Y alentado por el resto de sus acompañantes le propinó un puñetazo en la cara al niño. Hazhim cayó aturdido y adolorido al suelo. Por su nariz comenzó a salir sangre.

—Os enseñaré lo que es una buena pelea, chico. ¿Oye, Willcout, es a ti al que le gustan los muchachos como este? A lo mejor os lo dejo, pero ahora le daré una buena paliza.

Los demás gritaron exaltados. Eran unos ocho hombres. Comenzaron las apuestas y alentaron a su amigo, mientras Mick se preparaba para su exhibición cogiendo por los brazos a Hazhim.

El llamado Willcout se acercó a Hazhim y lo cogió del pelo con una mano mientras que con la otra se rascaba la enorme barriga.

—¡Eh, Mick, no le pegues muy fuerte!... me interesa. Este chico será el pago por los favores que me debes.

—¡Hecho!

Hazhim esquivó el golpe, y Mick enfurecido lo zarandeó. El niño trató de zafarse, pero casi no veía por el intenso dolor. No pudo esquivar el segundo golpe, y entonces se cayó de nuevo al suelo mientras oía las risas de los hombres alrededor.

El niño tosió sangre y trató de ponerse de pie. Fue entonces cuando alzó la vista y creyó ver una sombra oscura emerger del callejón. Su visión se nubló por el dolor de una patada que recibió en el estómago.

Un olor acre impregnó el ambiente.

Y Mick se detuvo y dio unos pasos inseguros hacia atrás para ver quién estaba allí. Se quedó inmóvil. El resto de los hombres, que lanzaban vítores hicieron silencio, se miraron unos a otros midiendo la situación.

Todos reconocieron de inmediato al hombre enorme que parecía un animal de arado, su figura oscura, de pie frente a ellos, las largas y gruesas piernas separadas en una postura despreocupada, descansando una mano sobre la empuñadura de su pistola, los ojos negros imperturbables bajo el tricornio, dando una calada al puro y exhalando el humo lentamente.

El capitán Cuervo estaba solo. Nadie le acompañaba. Ellos eran ocho. Después de otro breve silencio, Willcout fue el primero en correr y dejar el lugar. Le siguieron los demás. Quedó allí Mick.

—Una buena paliza la da un hombre a otro hombre —dijo el capitán mientras miraba con desinterés a Hazhim y volvía fumar el puro.

—El chico ha venido buscando pelea —le contestó Mick, echando una mano muy lentamente hacía una daga que escondía bajo su ropa.

—El chico es mi grumete y lo necesito.

—¡No lo sabía... lo juro!, ¡solo queríamos divertirnos un poco!

El Cuervo dio unos pasos hacia él, sin dejar de mirarle. Y Mick dio dos pasos más atrás, hasta que lo detuvo la pared de la parte trasera de un burdel.

—¿Queréis pelea con un hombre? —Salvatore fumó el puro y luego exhaló el humo en la cara a Mick.

—¡No... no... no! —Mick comenzó a toser.

—Creo haber oído que buscabais un poco de diversión... o acaso solo sois valiente con maricas como ese. —El capitán señaló a Hazhim—¿O tal vez vos sois el marica?

Mick vio como el sol desaparecía detrás de la enorme envergadura del capitán.

—Cuando queráis pelea, busca un hombre.

—S... sí, capitán. Lo haré. Lo... lo juro.

Hubo un silencio mortal. El capitán Cuervo miraba a Mick como si no hubieran hablado. El marinero estaba desconcertado. No sabía qué esperar, pues nadie sabía jamás qué esperar de aquel hombre que lo miraba fijamente con su oscura mirada, como si estuviera decidiendo si todo había terminado o no. Intentó despegar su espalda de la pared, dando él por terminado el asunto.

—Esperad —dijo el Cuervo cuando Mick se movió—. No he dicho que podáis marchar.

El hombre comenzó a temblar y echó la mano al cuchillo. Para cuando pudo tocarla, ya tenía la hoja de una daga bajo su garganta.

—Soltad el cuchillo ...saco de mierda —gruñó el Cuervo entre dientes, tiró al suelo el puro y se encaró con Mick quien retiró su mano del mango del cuchillo.

—¡Os lo juro, capitán, no sabía que el chico era vuestro! —chilló el marinero con la voz quebrada.

— No creo en los juramentos de un borracho. Y creo que debo marcaros como lo que sois... un marica que pelea con niños —susurró el Cuervo con una mueca malvada. Enterró la punta de la daga en la carne, lentamente la extendió por la mejilla haciendo un corte con forma de “M”. Un hilo de sangre se deslizó por la cara de Mick, mientras gemía de dolor...

Salvatore oyó a Hazhim toser de nuevo y murmurar imprecaciones y maldiciones inadecuadas para la boca de un niño. Sonrió al oírlo. Entonces levantó la hoja de la daga y la acercó al ojo del marinero, quien temblaba como una hoja seca y tenía los

ojos cerrados.

Y se oyó el paso de un carruaje que se acercaba.

Salvatore levantó la vista. La sangre ya goteaba por la barbilla del marinero.

Era el carruaje de Francine, uno de los pocos de la isla.

El cochero era Harry «El rojo», un antiguo bucanero, armado con sus dos habituales trabucos, acompañado de dos mozos jóvenes también armados. Vio que el pescante paraba. Uno de los mozos bajó y desplegó la escalerilla. Y el corazón malvado comenzó a latir con fuerza. Los ojos negros se abrieron con un feroz anhelo cuando lady Charlotte bajó del carruaje.

El demonio contempló al ángel y el anhelo se volvió asesino. Soltó al condenado que tenía bajo su merced.

—Hoy no es tu día, bastardo. Id a dormir la mona —susurró el capitán, y entonces se apartó y le dio un empujón con desprecio a Mick.

El hombre echó a correr. Pudo huir del lugar con la cara cubierta de sangre.

Los oscuros ojos negros que antes anunciaban sangre y muerte, brillaron entonces como estrellas en la noche más oscura. Una sonrisa retorcida y maliciosa se dibujó en el rostro barbado del pirata al ver a la dama.

—¡Hazhim! —gritó Charlotte, y alzó manos y brazos tanteando a su alrededor—. ¡Hazhim, dónde estáis!

Salvatore nada dijo. Se detuvo a unos pasos de la dama, contemplándola intensamente, como si deseara devorarla.

Y aquello no escapó del escrutinio de Francine Gaspard. Si no lo viera con sus propios ojos... no lo habría creído.

Bajó y se detuvo al lado del capitán. Este la miró y le hizo un gesto de que acudiera junto a lady Campbell.

Francine obedeció.

—Por aquí, milady —le indicó y tomó la mano de Charlotte para guiarla hasta el niño.

La llevó hasta Hazhim, que yacía en el suelo, hecho un ovillo, pero estaba consciente. Charlotte tocó a Hazhim y sus ojos se llenaron de lágrimas contenidas.

—Oh, Hazhim —susurró extendiendo sus manos sobre él con ternura.

Se arrodilló a su lado. Y cuando lo tocó, el niño la rechazó bruscamente y trató de incorporarse. Quiso ponerse de pie, pero aún estaba mareado.

Ella volvió a tocarlo. Posó una mano blanca sobre su rostro sucio y lo acarició. Sintió la sangre en la nariz y un ojo hinchado que comenzaba a cerrarse.

Hazhim no la rechazó esta vez.

—¿Es esto sangre, Hazhim? —Ella tocó la sangre debajo de la nariz del niño. Este

hizo silencio y lo negó con la cabeza.

Y Charlotte sintió que su corazón se rompía. Un niño, amable y bueno, que debía ser protegido, que no había pedido nacer en las circunstancias en las que había nacido, yacía en aquella calle mugrienta de un muelle, herido en su amor propio y en su cuerpo.

—No, milady —mintió avergonzado de que la dama supiera que le habían ganado en una pelea.

—No me mintáis, Hazhim. ¿Qué os ha ocurrido?

—Estaba por aquí buscando pelea, milady —dijo el niño con altivez—. Es lo que hacemos los hombres cuando llegamos a puerto.

Esto hizo sonreír al capitán Cuervo, que los escuchaba mientras recogía su puro del suelo e intentaba volver a encenderlo.

—Oh, Hazhim, no debéis pelearos con nadie. Si alguien os hace daño, ¿quién me guiará, quién me protegerá y me hará compañía?

Ella sacó su pañuelo de un pequeño bolsito que llevaba prendido de su vestido, y limpió la sangre lo mejor que pudo, tanteando con sus manos las huellas húmedas.

—Aquí no me necesita, milady —dijo el niño con la misma altivez y resentimiento de antes—. Podéis darle el toque secreto de la puerta a esa chica estúpida de la osada.

—Oh, cuánto os equivocáis. El toque secreto de la puerta solo es nuestro. No se lo daré a nadie más, porque solo confío en vos, Hazhim.

Salvatore frunció el ceño, pero después sonrió. ¿Toque secreto de la puerta?, ¿de qué demonios hablaban?

El niño, que se mostraba inseguro segundos antes, observó esperanzado a la dama.

—¿Es eso cierto, milady?

—Por supuesto. No podéis venir al puerto a pelearos con nadie, ¿qué haremos Rose y yo sin vos?

Hazhim sonrió muy complacido. Y Charlotte lo supo porque aún tenía su mano en la cara del niño.

—Me necesitáis —dijo orgulloso—. Solo yo conozco el toque de la puerta. Yo cuidaré de vos aquí también, y de la hermana Rose. ¡Descuidad!

—Así es. Y por eso no debéis distraeros en peleas, Hazhim.

Francine observó discretamente al capitán Cuervo. Vio su mirada descarnada, anhelante, mientras observaba a la blanca mano que con tanta ternura acariciaba el rostro del niño. Los miraba con el peligroso y obscuro brillo de los celos.

Unos celos ardientes, violentos, que lo consumían, lo atormentaban. El capitán los sentía a diario. Tenía celos del niño que recibía las caricias de ella, celos de la monja que dormía a su lado, celos del agua que ella bebía y tocaba sus labios, del agua que

lavaba su cuerpo virtuoso, de los mechones de su cabello que libremente rozaban su rostro.

Por el lugar pasaron algunos marineros, pescadores, algunos comerciantes y mujeres de las tabernas que comenzaban a salir a tender sábanas y ropas.

Los hombres miraron con ávidos ojos a lady Campbell. Una blanca dama, una imagen que jamás habían visto, y menos en aquella isla. Charlotte llevaba su larga cabellera recogida en largas trenzas que luego formaban una tiara dorada alrededor de su cabeza, y sobre esta; la estola blanca. Estaba arrodillada, acariciando con la ternura de una madre el sucio rostro del chico.

Unos hombres se detuvieron, sorprendidos, pero después se toparon con la mirada del Cuervo.

Los hombres se tocaron el ala del tricornio, en forma de saludo. El Cuervo asintió. Y acto seguido se largaron a toda la prisa, sin volver a mirar a la angelical dama.

Las mujeres evitaron la mirada del pirata y fingieron seguir con la colada de la ropa.

—No debiste traerla. Este no es lugar para ella. —El capitán habló finalmente a Francine.

—Milady insistió en venir, capitán. Me pidió buscar a ese andrajoso. No pude negarme. Nunca ha estado en peligro —contestó Francine mirando en dirección a los dos mozos armados con pistolas que franqueaban el carruaje, y al cochero, quien saludó al Cuervo con un breve asentimiento y un toque al ala del tricornio—. Le ha tomado cariño al chico.

Salvatore observó la escena de nuevo. Charlotte peinaba con sus manos el pelo grasoso y sucio de Hazhim. Él se limitó a mirar a Francine y a repetir la orden.

—Llévala de aquí.

—Sí, capitán.

Hazhim se levantó con la ayuda de uno de los mozos. Y cuando pasó al lado del capitán, este lo detuvo y le puso una mano en el hombro.

—No habéis entendido nada de que lo os he enseñado.

—¡Me sorprendieron con la guardia baja, capitán!

—Bah... excusas de un cobarde.

—¡No soy un cobarde!

—La próxima vez dejaré que os den una buena paliza... así aprenderéis que siempre vive el que pega primero.

Y dicho esto lo soltó.

Hazhim subió compungido al carruaje junto a las mujeres.

Cuando Charlotte iba a subir, una mano grande y tibia tomó la suya. Desde que bajó del carruaje, siempre supo que él estaba allí. Reconoció su aroma, el sonido de sus

movimientos.

—Gracias por ayudar al niño —le dijo ella.

—Es mi grumete, yo también lo necesito. En estos puertos no hay más que borrachos y ladrones. No podría encontrar a otro prontamente.

—No lo habéis hecho solo por eso. Lo sé —Charlotte subió al carruaje con la ayuda del capitán. Él se detuvo en la puerta y retuvo su mano.

—Cenad conmigo esta noche, milady —dijo con voz ronca y baja. Pero era una orden. No una invitación.

—¿Podría negarme?

—No.

—Eso pensaba.

—Mandaré a por vos esta noche —apretó más la mano de Charlotte.

—Entiendo.

Y diciendo aquello, Charlotte regresó a la posada Los Seis Escudos.

—¿Qué ocurrió, *fratello*? —preguntó Guido, quien llegó al lugar en ese momento contando las monedas de plata que él y Salvatore se habían ganado esa tarde jugando al ambigú en El pez.

El contramaestre se había retrasado porque aparte de beber y apostar, él si había utilizado todos los servicios de las mozas del lugar.

—¿Salvatore, qué ha pasado?—repitió.

No hubo respuesta. Guido dejó de contar las monedas, alzó la mirada y encontró al capitán Cuervo contemplando la marcha del carruaje. El ansia brutal que vio en ellos le indicó a Guido que en ese carruaje viajaba lady Charlotte Campbell.

Los dos emprendieron la marcha. El capitán se encendió otro puro, y le relató brevemente lo ocurrido.

Lady Charlotte pidió a Francine que le prepararan un baño a Hazhim y ropa limpia.

—Os pagaré —aseguró Charlotte—. Bueno, lo haré en cuanto pueda. Os lo prometo. El niño necesita ropa y aseo.

—No hay nada que pagar, milady. Sois la invitada del capitán.

—Soy su prisionera —corrigió ella tajantemente.

Hazhim, como los gatos, corrió a pesar de su cojera por toda la posada cuando supo de las intenciones de lady Charlotte. Se puso la ropa nueva, pero no hubo forma de que tomara el baño.

Charlotte lo convenció para que al menos le permitiera limpiarle la cara, el cuello y las manos con un paño húmedo y un poco de jabón. Aun así, la tarea no fue cosa fácil.

Francine Gaspard le contó todo al capitán mientras este bebía aquella tarde una

jarra de ron, y reía a carcajadas al oírla.

Entonces llegó la hora de la cena, y él también tomaría un baño. Él no era como Guido y Hazhim, pensó, no huía de la limpieza y menos esa noche. Además, ordenó a Francine que preparara una mesa en el jardín trasero de la posada. Quería mostrarle algo a *Carlotta* y aquel sería el mejor lugar.

Salvatore jamás había cenado con una mujer, y menos con una dama. Sus actividades con una mujer habían estado limitadas a pagar a una moza por un buen revolcón sexual. Nunca había tenido paciencia para soportar la cháchara femenina. Pero esa noche se lavó a conciencia, se restregó al completo, barba y pelo, axilas, orejas. Quería estar limpio. Exigió a Hazhim que sacara ropa limpia de su baúl.

El niño obedeció, extrañado de tanta pulcritud del capitán. No es que fuera sucio, pero tampoco era un hombre preocupado por el aspecto.

Salvatore la esperaba con algo parecido a la ansiedad, tuvo que reconocer. Se sentía como un imbécil. Pero también había algo más en su recién descubierto y podrido corazón, algo más que ansiedad, creyó que podría ser aquello que algunos llamaban... ¿felicidad? Aunque sabía que ella comparecería obligada, a él no le perturbaba tal pensamiento. Estaba complacido, inmensamente complacido de la noche que le esperaba.

La hermana Rose no estaba nada complacida a pesar de que ya había tomado los manjares de la posada. Había hecho a un lado, con mucho esfuerzo, sus preocupaciones para tomar su cena de sopa de ostras, pollo en salda de coco y especias, acompañado todo de un vino excelente cuya procedencia prefirió no preguntar. Cuando terminó, sus preocupaciones volvieron. Pero había esperanza. Había encontrado una forma de escapar.

—Podríamos lograrlo, Charlotte.

Charlotte se frotaba las manos cerca del fuego del hogar.

—¿Y si fracasamos, Rose?, ¿y si ellos no pueden ayudarnos? Están rodeados de piratas, de hombres muy malos. ¿Qué podrían hacer ellos? Y si... si él nos descubre —dijo finalmente en un susurro.

La hermana Rose había visto que Josephine llevaba un fino cordón con una cruz de madera. Indagando con discreción supo que en la isla de Liberty, antiguamente perteneciente al Reino de España, había un pequeño monasterio de Jesuitas. Tal vez podrían escapar de la Posada y ocultarse allí. Tal vez los monjes conocían a algún capitán de barco al que pudieran pagar para que las llevase a Nueva Inglaterra.

—Tenemos que intentarlo —dijo Rose.

—No lo sé. Él... él... Le temo, Rose. Si nos descubre y nos encuentra...

—Yo también, pero es por eso por lo que debemos intentarlo. ¡Oh Dios!, no sabes cómo le temo a ese demonio, mi niña. No puedes ni imaginarlo... si pudieras verlo.

La voz de Rose se quebró por completo. Respiró profundamente y tomó las manos de Charlotte.

—Si pudieras verlo, Charlotte, huirías esta misma noche.

Charlotte tragó para humedecer su garganta seca. No pudo decir nada.

—Debemos huir, tenemos que intentarlo. Estoy segura de que los Jesuitas reciben correspondencia del Vaticano. Alguien en esta Isla debe encargarse de ello. Algún barco trae noticias a esta isla...

Tocaron la puerta. Era el toque secreto de Hazhim.

—El capitán la espera.

El niño asomó la cabeza por la puerta, y luego entró con su nueva ropa, se acercó a Charlotte. Y al ver la expresión desesperada de la dama, dijo:

—¿Ocurre algo, milady? ¿Aún estáis enfadada conmigo por no tomar el baño? No lo necesito... es verdad. Estoy muy limpio ahora.

—Oh, no, Hazhim. —Charlotte olvidó por esos momentos la desesperación que le causaba el plan de Rose, y sonrió al oír el azoramiento del niño—. Estoy segura de que relucís, y estáis muy apuesto con la ropa nueva.

En ese momento fue el niño quien se ruborizó. Pero seguía viendo preocupación en el rostro de la dama.

—Decidme, milady ¿alguien os ha hecho algo malo?; Yo os defenderé! ¿Ha sido esa chica estúpida... Josephine?

Charlotte sonrió aún más, su rostro se iluminó, y acarició el hombro del niño.

—De eso no tengo ninguna duda. Pero no ocurre nada, Hazhim. Y olvida a Josephine. Es una joven muy atenta... pero no como vos.

—He venido para guiarle junto al capitán —dijo con solemnidad.

Cuando Charlotte pasó al lado de la hermana Rose, esta le tomó sus manos.

—Hablares después.

—Sí, Rose.

Rose la observó siendo guiada por el pequeño grumete. Esperaba que pudieran comenzar a planear su fuga cuanto antes. Cada día le preocupaba más la situación. Charlotte parecía aceptar la presencia de ese hombre con naturalidad, como si ella también lo esperase. ¡No! No podía ser posible. El bien jamás podría aliarse con el mal. Un demonio jamás podría tener a un ángel.

CAPÍTULO 15

Instantes después, mientras salían hacia la terraza, Charlotte se detuvo. Estaba pensando en el plan de escapar, temiendo que él las descubriera, temiendo por lo que pudiera ocurrir a los demás por su fuga. Sintió una desesperación repentina y quiso correr de regreso a la habitación.

El pequeño grumete añadió como un ruego:

—Venid, milady.

Charlotte asintió con resignación, y cubrió su cabeza y sus hombros con la estola. Y dejó que Hazhim la guiara.

Aquella noche la posada estaba llena como era habitual. En gran parte por los apostadores y jugadores de naipes. Allí se jugaban grandes cantidades de dinero. Muchos piratas hasta habían perdido sus navíos o su carga en aquellas mesas. Podían cumplir y entregar lo apostado y perdido, o batirse a duelo para dirimir la disputa cuando había desacuerdo sobre el ganador. Y por lo general, este solía ser el caso.

Pero esa noche, el capitán Cuervo no se hallaba sentado en una de esas mesas como de costumbre. Estaba esperando, ¿nervioso? ¿Estaba él nervioso por el encuentro de esa noche? Frunció el ceño y se rascó la barba, pensando. ¿Desde cuándo le ponía nervioso una... simple dama? No era un mozalbete. Ni un caballero con sensibilidad.

Entonces...

Cuando la vio aparecer junto a Hazhim sintió como algo que había debajo de su pecho comenzó a hincharse.

—*Carlotta* —dijo al acercarse a ella. A este último le dirigió una mirada fulminante. Una mirada muy clara de «fuera».

Hazhim cumplió la orden silenciosa y se marchó. El sonido de la brisa de aquella noche fue lo único que rompió el silencio que sobrevino en ese momento.

—Buenas noches, capitán —dijo Charlotte serenamente. Fue un susurro más que palabras dichas.

Charlotte estaba de pie, sosteniendo la estola que cubría su cabeza. Él se acercó, aún más. Estaba ahí, muy cerca, siempre muy cerca. Al punto de que Charlotte percibía hasta el calor de su cuerpo.

La hambrienta y oscura mirada de Salvatore recorrió la cabeza y los delicados hombros cubiertos con la estola.

—Buenas noches, *angelo*. No me gusta que llevéis esto. —Alzó su enorme mano morena y entonces retiró lentamente la estola y vio que ella llevaba la larga cabellera trenzada—. Quiero ver vuestro pelo esta noche. Dejadlo suelto para mí.

Tampoco fue una petición, sino una orden. Ella se ruborizó, haciendo transparentes todas sus emociones.

—Me temo, capitán, que eso es algo que solo pide un esposo.

Su pelo estaba recogido en una hermosa corona de trenzas doradas sobre su cabeza formando la habitual tiara reluciente.

—O un amante... —agregó él con un susurro—. Soltadlo para mí —dijo cogiendo la estola, la retiró y la dejó sobre el respaldo de la silla, y con el dorso de los nudillos acarició la corona de trenzas.

Ella se ruborizó aún más.

—Soltadlo.

Él no pretendió que sonara como una orden. Pero así pareció. Charlotte alzó lentamente sus manos y deshizo las trenzas. Cuando terminó, y los lacios mechones cayeron en suaves ondas sobre sus hombros, se hizo el silencio.

Ella pudo oír la agitada respiración de él. O tal vez... la suya propia. Se ruborizó entonces y bajó su rostro. Al momento sintió como él tomaba entre los dedos su mentón, alzándole suavemente.

—Os ruborizáis con facilidad, milady —le dijo en un falso tono divertido.

Porque lo que él sentía en esos momentos no era divertido. Era intenso y oscuro.

—Oh, bueno al menos os divierto —comentó Charlotte para aligerar la tensión y terminó sonriendo sin darse cuenta.

Volvió el silencio. Y así se quedaron, ambos, por segundos inestimables. Hasta que él rompió ese silencio.

—Creedme, *Carlotta*, hacéis mucho más que divertirme. —Tomó uno de los mechones y lo dejó deslizarse entre sus dedos—. Es como oro... —se dijo más para sí—. *Bellísimo...*

Y ella se ruborizó aún más.

Uno de los sirvientes de la posada los interrumpió al entrar en el jardín con la cena.

—Capitán —dijo el chico.

Él alzó la mirada. Y el joven criado se retiró unos pasos. Observó a la hermosa dama y a la nefasta figura que como un demonio se cernía sobre ella...

El chico dio inconscientemente un paso atrás. Pero la bandeja que llevaba en sus manos le recordó su misión allí.

—Capitán —repitió—. La cena.

Salvatore asintió. Y el chico suspiró aliviado. Entró y dejó la comida sobre la mesa. Se retiró después en silencio, sintiendo pena por aquella dama.

—Venid, milady. Sentaos en mi mesa. —Salvatore tomó entonces la mano de Charlotte y la llevó a la mesa.

Aquella cena no resultó una tortura. A Charlotte le agradó mucho la comida, estaba deliciosa. La gastronomía de las islas de Bajamar estaba influenciada por Francia y España, y por los recursos y alimentos locales. Ambos reinos habían poseído aquellos parajes, posteriormente perdidos en manos de los piratas y rufianes que los habitaban.

Aquella noche, ellos conversaron distendidamente durante la cena, sobre todo Charlotte, quien le hacía toda clase de preguntas a su interlocutor sobre el mar, los lugares que había visitado, los instrumentos de navegación que había tocado en su camarote, las personas que había conocido en sus viajes. Y el capitán respondió con una franqueza a veces soez, que ella apreciaba pues prefería a las personas que hablaban con sinceridad, aunque sus palabras no fueran amables o decorosas.

Salvatore admiró la capacidad para oír de Charlotte. Sus preguntas le parecieron curiosas, y se dio cuenta de que lo que él daba por hecho, por común, para ella era todo un descubrimiento. Disfrutó de responder a todas y cada una de esas preguntas. Le hizo recordar eventos de su vida que creía olvidados. La vio sonreír cuando le hablaba de personas y circunstancias, y padecer cuando le relató momentos duros. Ella le pedía descripciones concretas. Y él le describió cada lugar, cada objeto, cada persona con todo el detalle del que era capaz. Y no fue algo que a él le molestara, en absoluto. Un hombre impaciente y tosco como él encontró agrado en esa tarea. Comprendió más que nunca la invidencia. Y aunque nunca había tratado con un ciego completo que no fuera un menesteroso mendigo de los muelles, no le fue difícil tener paciencia con ella, porque mirarla mientras lo escuchaba, mirarla allí sentada frente a él, compartiendo una comida con él, le proporcionó otro de los placeres que antes le eran desconocidos.

Como en aquellas noches en alta mar, cuando se encontraban en la cubierta del barco, ella le contó parte de su vida, porque él también le hizo preguntas.

¿Por qué la había ocultado su padre?, pensaba mientras la contemplaba hablar. ¿Por qué la había abandonado en un solitario convento? Y concluyó que un noble como el barón no querría admitir ante sus pares que tenía una hija ciega, a quien seguramente calificarían de estúpida, una enferma. Y los más puritanos la señalarían como marcada por el diablo. Él lo había oído muchas veces en las tabernas. Muchos marineros habían sido alguna vez mozos o criados de nobles y hablaban sobre ellos y sus rígidas reglas.

El capitán no era un hombre culto ni un pensador como el padre Estefano, pensó Charlotte, pero era un hombre de expresión clara, diáfana, sagaz, que hablaba sin subterfugios. Ella se sorprendió a sí misma oyéndolo con mucho agrado, igual que las noches anteriores en la cubierta del navío. Su vida aislada en la abadía la limitaba a hablar siempre con las mismas personas, y era tan placentero poder oír a otras personas. Poder oírlo... a él.

—Capitán. Gracias de nuevo, por lo del pequeño.

—Os he dicho que lo necesito —Salvatore la miró por encima de la jarra de vino aguada de la que bebía—. No hay más grumetes en mi tripulación.

—Y yo os digo que pienso que no solo lo habéis hecho por eso. —Ella sonrió suavemente.

Y él dejó suspendida la jarra contemplando esa sonrisa.

—¿Ah, no?, ¿y por qué lo hice, según vos?

—Porque es un niño y ese hombre le habría... hecho mucho daño. Francine me lo ha contado todo. —La voz de Charlotte se volvió un susurro—. Lo habría golpeado si vos no hubierais estado allí. A veces agradezco no poder ver porque no sé si podría soportar ver el rostro de Hazhim en ese momento. Habéis intervenido por justicia y porque amáis al niño.

—¿Amar, yo? —Una carcajada emergió del pecho del capitán—. Os equivocáis, *signorina*. No soy justo y tampoco... amo. Y menos a ese bribón inútil que no se baña nunca y es un cobarde. Un día de estos lo dejaré solo en algún puerto para que se haga hombre.

—Creo que... os guardáis vuestros sentimientos por el niño —se aventuró Charlotte a decir—. Lo apreciáis. Eso puedo verlo... aunque sea una ciega.

El capitán Cuervo soltó otra de sus risas con tono malévolo. Pero a ella, ya no le asustaban. Y sin pensarlo también rio junto al pirata.

—¿Ahora me acusáis de mentiroso, milady? Sois más valiente que cualquiera de los hombres de esta isla. Si alguno me llamara mentiroso...

—¡Oh, no he dicho que usáis la mentira! He dicho que os guardáis de revelar vuestros sentimientos por el pequeño Hazhim. Puedo ver más de lo que otros piensan, capitán. El niño os ama como un hijo a su padre, y os admira tanto. Y vos... sé que le apreciáis también. Mucho.

—¿Entonces ya no soy tan canalla, *Carlotta*? —le dijo él, muy bajo, mientras bebía de su copa y la contemplaba de nuevo sobre el borde de la jarra, pero habló en tono agradado—. No desearía perder un atributo como ese.

Charlotte volvió a sonreír, y el nefasto y temido pirata también.

—Sé muy bien que actuasteis por... por buenos sentimientos. Y me alegra que

dierais un buen susto a ese hombre que se atrevió a pegar a un niño de esa forma.

—¿Así que ahora pensáis que tengo buenos sentimientos? Ahhh... lamento decepcionaros, *angelo*, pero no los tengo. Necesito a mi grumete y si no fuera por eso habría pasado de largo. Yo no me meto en asuntos que no son míos —dejó la jarra y se acercó más a ella y envolvió su pequeña mano con la suya, y la atrajo hacia él.

Charlotte percibió su aliento tibio, el aroma dulce del vino.

—Hice algo más que darle un buen susto —le susurró muy cerca. Su voz guardaba un deje inconfundible de maldad. Pero aun así, a Charlotte le vibró el cuerpo. Tenerlo tan cerca la conmovió—. Le rajé la cara antes de que llegais...

—¡Oh, Dios mío! —exclamo ella. Aunque su cuerpo seguía vibrando, su corazón seguía latiendo bajo su garganta. La llama de fuego comenzaba a prender a su alrededor—. ¿Qué... le habéis hecho a ese hombre?

Salvatore se llevó la mano de ella a sus labios. Besó sus dedos. Y la oyó suspirar, para luego tratar de retirar su mano. Él se lo impidió.

—Pequeña mártir... no sufráis también por este. Os aseguro que estaba muy vivo cuando lo dejé marchar. Y que corrió como un cobarde. Pero era la única manera de que un menesteroso como ese aprenda a que no puede dejarme sin grumete.

Charlotte gimió, e inspiró profundo, cerró sus ojos y tembló al oír las palabras.

—No me sorprende. —Se apartó de él lentamente, retirando su mano de aquella enorme y cálida—. Me temo que esa es la única forma en la que sabéis actuar.

El capitán contempló el brillo húmedo en los labios de Charlotte cuando ella se los humedeció con la lengua.

—Tenéis razón. No sé actuar de otra forma —declaro él finalmente, su voz se había hecho más grave, ronca, baja—. En estos muelles no se puede actuar de otra forma.

Charlotte comprendió la violencia imperante en la vida de aquellos hombres. La ley del más fuerte, del más agresivo, del más infame.

Y de repente se hizo una vez más aquella noche el silencio entre ellos.

Él la miró como un lobo a su presa. Y de alguna forma, ella lo supo.

Charlotte se aclaró de nuevo la garganta.

—Enmm... —buscó algún tema con que llenar ese tenso silencio—. ¿Tenéis familia, capitán? ¿Hermanos?

—No.

Él la recorrió al completo con una mirada malvada, pero que ardía en algo más que en maldad.

—¿A... a nadie?

—A Guido. Pero él no es de mi sangre.

—Lo entiendo.

Charlotte no sabía qué más podía preguntar. Él no decía nada.

—¿Esposa?, ¿hijos?

¡Por qué había hecho esa pregunta! Ella se reprendió a sí misma. Pero aun así, esperó la respuesta.

Y el capitán sonrió de la forma más maliciosa, absolutamente complacido.

Y de alguna manera ella también lo supo. Casi pudo ver la sonrisa malévolamente del capitán por su pregunta. Las mejillas le ardieron tanto que habría dado lo que fuera por poder aliviarlas con un paño húmedo. Él se tomó su tiempo para responder, disfrutando de la atención y la impaciencia en el rostro del ángel. Charlotte lo escuchó encender uno de sus puros antes de contestar. Luego llegó a sus sentidos el olor acre del tabaco.

Después de fumar una vez y exhalar el humo lentamente, él contestó.

—¿Hijos? Sí. Cuatro. Todos de madres diferentes. Uno tiene casi dieciocho años. Supuestamente todos son míos. Y no dudo que haya unos cuantos más por ahí. He fornicado con muchas putas... en todos los puertos donde he fondeado.

Ella perdió el aliento. Sus mejillas, que antes solo ardían, se habían calcinado. Y también experimentó... decepción. Él tenía hijos. Mujeres... en todos los puertos, seguramente. Pensó en cómo había permitido que la besara, que la tocara como nadie lo había hecho jamás. En cómo ella había sentido algo único en aquellas caricias, cuando para él no habrían sido nada. Y se sintió tan ridícula, tan tonta. Alguien como ella no podía jamás creer que...

Y el capitán siguió hablando, tan tranquilamente, como si le hubiera comentado algo sobre el clima.

Charlotte tragó en seco para aligerar el nudo en su garganta, y musitó:

—Y vuestros... hijos, ¿dónde están? ¿Los veis?

—Los veo a todos. Y los alimento a todos. Y si no fuera porque todos se parecen a mí no los habría aceptado. Uno alcanzará pronto los dieciocho años. Y se llama Pietro. Ha navegado conmigo. Pero no quiero que se dedique a lo mismo. No es hombre de mar, ni de esta vida. Le daré tierra para que la cultive y viva de ella, y le construiré una casa propia. Podrá buscar una moza y tener familia. Es lo que me ha dicho que desea.

A Charlotte le sorprendió el tono de voz del capitán. Se notaba que tenía sentimientos por ese hijo. Pero él le había dicho que no amaba. Lo creyó posible aquella terrible mañana en que había castigado a uno de sus hombres con la peor de las penas, cometiendo el más grave de los pecados: la muerte. En ese momento le era tan difícil conciliar la voz del hombre que había sido tan cruel, con este que hablaba de sus hijos.

—¿Qué ocurre con los otros...? —preguntó ella mientras en voz baja—. ¿Son todos mayores?

—Los otros son dos chicos, creo que uno tiene catorce y otro nueve. Y hay una niña. Será enviada a una de esas escuelas... no será una puta como su madre.

Charlotte bajó su rostro y frotó con su dedo índice el mantel de la mesa.

—¿Y las madres?

—A todas las mujeres que me han dado un hijo, yo les he dado una casa donde vivir —continuó el capitán.

Ella volvió a tragar en seco, y asintió levemente.

—Comprendo.

—¿Qué pensabais, *angelo*, que las dejaría en las calles con mis hijos colgando de sus faldas mientras se dedican a su oficio?

—No. Jamás pensé algo así —contestó ella seriamente. Y era la verdad. Aunque fuera un hombre tan duro y cruel, jamás llegó a pensar que abandonaría a sus hijos... o a sus madres. ¿Y a esas madres, las veía aún? ¿Tendría él otras... mujeres, a parte de estas?

—¿Y... y a ellas?

—¿A ellas qué?

—¿Las veis? A vuestras... mujeres. —Charlotte cogió nerviosa una migaja de la hogaza de pan y luego sin tener ninguna apetencia de ello, se la comió.

¿Por qué tenía que preguntar algo así?, se reprendió ella mientras tragaba. Y esperaba la respuesta.

—¿Mis mujeres?

Él sonrió con malicia y volvió a acercarse a ella y a tomar la barbilla delicada entre sus fuertes dedos. Le levantó el rostro y dejó de sonreír. La contempló por segundos, en silencio.

Y ella se quedó allí... esperando.

—Ninguna ha sido mi mujer, *Carlotta*. Y no, no las... veo.

—Me temo que no os comprendo —susurró ella, sin poder encontrar una explicación para sí misma de por qué insistía en aquello.

Sintió que él acariciaba su mentón con el pulgar. Y cerró los ojos queriendo concentrarse en aquella caricia prohibida. Podía sentir el calor de su aliento. Podía sentir cómo se llenaba su propia alma con esa leve caricia. Aunque le estuviera prohibido. Aunque no fuera lo correcto.

—La mujer de un marino no es cualquiera, *Carlotta* —le habló en voz baja, ronca, casi al oído, respirando lentamente—. La mujer de un marino debe ser solo suya. Debe esperarlo en tierra y navegar con él cuando sea necesario. Y aunque crea que su

hombre ha muerto en el mar... debe esperarlo. Hasta que él vuelva. Y abrir sus piernas solo para él.

Charlotte se estremeció al oírlo. Y aunque no comprendió con certeza qué significaba «abrir las piernas solo para él», supo que se trataba más bien de algo más allá de lo físico... que hablaba de lealtad.

—Nunca he tenido mujer —le dijo en otro susurro, antes de tocar con el pulgar el labio inferior de Charlotte.

Ella tan solo pudo asentir casi imperceptiblemente.

—Comprendo...

—Dudo que lo comprendáis, *angelo*. Pero lo habéis preguntado y yo os he respondido. —La soltó y se apartó de ella lentamente.

Lo escuchó inspirar. Luego le oyó beber de la jarra.

—Venid. Quiero mostraros algo, *Carlotta*.

¿A dónde iba a llevarla?

Él se puso de pie y la tomó de la mano con su acostumbrada insolencia. Y aún peor, cuando ella aceptó su mano, él entrelazó los dedos entre los suyos.

Charlotte intentó zafar su mano de tan íntimo agarre. Pero no pudo. Él ignoró sus esfuerzos. Y ella decidió que al menos esa noche creería que podría ser posible que...

—¿A dónde vamos? —preguntó con una sonrisa.

—Quiero mostraros algo.

—¿Qué?, ¿qué cosa?, ¿qué es?

—Pronto lo sabrás.

—Pero al menos dadme una pista —dijo ella ansiosamente.

Él la observó de soslayo y sonrió levemente.

—Sois curiosa, *angelo mio*.

—¡Oh! Eso mismo dice la abadesa —Charlotte sonrió de nuevo, de aquella forma tan genuina.

Otra sonrisa para él, pensó el capitán complacido.

Volvió a observarla mientras caminaban juntos. Observó sus ojos violetas muy abiertos y brillantes de expectación, sus labios formando la suave sonrisa. Y como si ella supiera que la miraba con gracia, debido a su curiosidad, sonrió aún más. Y los dos rieron al unísono.

Hubo un silencio después, que no fue incómodo, mientras se desplazaban. Salvatore redujo su paso para que ella no tropezara y la guio con paciencia hasta donde deseaba llevarla. Lady Campbell agradeció silenciosamente cuando los pasos de ambos fluyeron entonces al mismo compás, sus manos aún entrelazadas.

El olor le indicó de inmediato a Charlotte dónde estaban. Era un establo. Después

oyó el relinchar de un caballo. Y exclamó emocionada y sonrió en toda su amplitud.

Él la contemplaba, intensa, ardientemente, en silencio.

—Un caballo... —susurró ella.

—Se llama Cesar.

La llevó hasta la cuadra del hermoso animal. El purasangre salió enseguida al oler a su dueño.

—Podéis tocarlo, milady, es manso —dijo él cuando la llevó hasta el pesebre, situándose detrás de ella, llevando sus manos aún entrelazadas al suave y poderoso cuello del animal, después a su crin.

—Le gustáis —le aseguró él instantes después, ronzando los cabellos dorados con su aliento.

Cesar era un magnífico purasangre que Salvatore había rescatado de un naufragio. No causado por él, por cierto. Nunca atacaba barcos que llevaran pasajeros ni animales. Eso era algo que hacía James Ingram, pero no él.

Aquella vez, el *The Stronghold* se había acercado cuando el vigía les había indicado los restos de ese naufragio reciente. Y fue Salvatore quien, a través del catalejo, había visto al animal luchando por sobrevivir, nadando entre los restos del navío y luchando contra las olas. Subirlo a bordo no había sido nada fácil. El animal había presentado batalla; estaba furioso y asustado. La isla más cercana donde pudieron desembarcar al animal había sido Liberty. Salvatore había dejado a Cesar al cuidado del establo de Francine Gaspard.

El purasangre se mantuvo quieto, dejando que la blanca mano de Charlotte, entrelazada a la morena del capitán, lo acariciara.

—Él también me gusta... mucho —dijo una embelesada Charlotte.

—*Carlotta*, yo creí que os asustaríais.

—No —respondió ella mientras recorrían juntos el lomo del animal, sus manos unidas. Él aún detrás de ella, muy cerca—. Montaba a caballo con mi padre antes de sufrir el accidente. Aprendí desde muy pequeña, hasta que perdí la vista...

«Y a mi madre, mi hogar, a mi padre, todo». Quiso añadir Charlotte.

Salvatore hizo silencio.

—Amo a estos animales. En la abadía tenemos a Fanny.

—¿Fanny?

—Es una mula, pero es igual de buena que Cesar.

Salvatore echó a reír. Charlotte también. Continuaron acariciando al noble animal. Charlotte pasó su mano por el morro del purasangre, y este relinchó encantado con sus caricias.

—Tomad —Salvatore le puso a Charlotte, en su mano libre, una manzana—. Le

gustan.

Y ella, encantada, la puso bajo el morro del animal. Este le hizo cosquillas en la palma de la mano cuando mordisqueó la fruta.

—Gracias por enseñármelo —y sonrió por las cosquillas que le hacía el animal.

—¿Queréis volver a montar, *bellezza*? —le preguntó el pirata, aspirando desde atrás el olor a lilas de su pelo, rozando con sus piernas las nalgas femeninas. Lo hacía con toda deliberación, por supuesto. Aunque su audacia se había vuelto contra él, pues se estaban desatando tormentas en su propio cuerpo.

Charlotte reprimió un suspiro cuando sintió que él se había inclinado sobre ella y le acariciaba la cabeza con su nariz. Sintió como él respiraba intensamente el olor de su pelo. Esa noche se lo había lavado Josephine con un jabón hecho de pétalos de flores.

Ella tuvo que ahogar un gemido ante esas caricias. Aquello no estaba bien. No podía permitir que volviera a tocarla... de aquella forma. Porque tocaría no solo su cuerpo, sino su corazón, su alma misma.

—No puedo volver a montar —le respondió con un hilito de voz.

—Sí que podéis.

—No.

—Os llevaré mañana, *Carlotta*. Montaremos juntos.

—Eso no es correcto. Es... es... yo no puedo montar. Hace mucho tiempo que... No está bien. Y sería peligroso.

—Lo único que no estaría bien es que montaras con otro hombre, *Carlotta*. Y no es peligroso porque estaréis conmigo. —Pasó su brazo, desde atrás, alrededor de la cintura de Charlotte, y entonces se acabó la suavidad en sus movimientos. La estrechó contra su cuerpo con brusquedad, con hambre y anhelo—. Montaréis mañana. Lo haréis solo conmigo, *angelo*. Cesar es manso y se deja llevar.

Charlotte sintió un duro bulto presionando al inicio de su espalda. No era tan tonta cómo para no saber lo que era. La abadesa le había hablado sobre la concupiscencia de un hombre. Le había dicho que si un hombre estaba así era porque querría algo malo e inapropiado con ella, y que debía huir. Pero lo que más la hundía, que Dios la asistiera, era que ella no deseaba huir de él. Aun así, sacó fuerzas de su alma e intentó separarse. Fue peor, porque lo único que logró fue una mayor fricción entre sus cuerpos. Entonces lo escuchó gemir a él.

—Oh, *angelo*... *preciosa mía*.

Le oyó gemir aquello. Y a ella le comenzó a latir al corazón, a golpear en su pecho exigiendo salir de él.

—Por favor, dejadme ir —suplicó mientras se estremecía todo su ser, intentando huir de nuevo de él y de lo que sentía.

—No... no os alejéis de mí —le pidió él con un tono de voz ronco, grave, desesperado.

Charlotte apenas podía respirar. Apenas podía ser consciente de sí misma porque toda su conciencia estaba absorta en él.

Salvatore la hizo girar entre sus brazos para tenerla frente a sí, cara a cara. Un suspiro escapó de la boca de Charlotte cuando él le tomó su mano y la llevó a su propio rostro barbado. Ella intentó apartarse. Él se lo impidió. La estrechó rodeando su cintura de nuevo con el otro brazo, volviendo a ceñirla a él bruscamente.

—No, *angelo*... no me rechacéis.

Y Charlotte sintió su corazón arder de nuevo. El fuego prendió a su alrededor cuando sus labios se unieron a los otros una vez más. Esta vez no tuvo él que pedirle que abriera su boca. Ella le abrió su alma.

Y el corazón de aquel hombre oscuro y nefasto estalló enloquecido cuando la sintió entregarse. Recorrió la boca fresca y pura con su lengua, y con un gemido de triunfo la hundió hasta lo más profundo en ella. Y ella le salió al paso con la suya. Sus almas se encontraron tal y como lo habían hecho sus labios, se entrelazaron con la misma locura y necesidad.

Al besarse se abrazaron desesperados. El cuerpo de uno al cuerpo del otro. Volvió a desaparecer todo. Volvieron a existir solo ellos dos. El demonio conoció esa noche el Cielo. Y un ángel ardió en sus brazos.

Él la tomó de las nalgas y la estrechó fuertemente contra su ingle por la necesidad de hacerla sentir su miembro duro. Charlotte emitió un gemido suave al sentirlo. Y el hombre rugió y la estrechó con más fuerza y comenzó a mover lentamente su pelvis contra la suave cavidad que había entre las piernas femeninas. Y fue con ese gesto que la conciencia y el honor de Charlotte despertaron. Le recordaron una vez más que aquel hombre no era un buen hombre. Él la había raptado y esperaba el oro de su padre a cambio. Era un hombre de vida disoluta y criminal. Tenía mujeres. Tenía hijos bastardos. Y ella no era nada para él. Nada. Era un hombre que tomaba lo que quería, aunque no debiera. Un hombre sin moral, sin reglas, a quien la vida de los demás poco le importaba. Un hombre que podía quitar la vida a otro hombre y seguir timoneando su barco. Ella jamás sería nada para él. Nada más que su cautiva. Cuando su padre pagara el oro, él se daría la vuelta y se alejaría... y ella recogería los trozos de su corazón y se iría con su alma a algún lugar donde intentar sanar.

Y por eso reaccionó.

—¡No... soltadme! No está bien. ¡No, por favor!

Luchó por zafarse. Pero esta vez él no se detuvo. Impidió tan fácilmente su huida. Con uno de sus enormes brazos la estrechó contra él, sin esfuerzo alguno, y

desesperado arrastró sus manos por todo el cuerpo de Charlotte, tocándola como solo él lo había hecho.

Ella gritó y le golpeó el pecho con los puños.

—¡No...no!

—¡Por todos los infiernos... ¿por qué no?!

Él volvió a arrastrar sus manos a las caderas femeninas, la volvió a estrechar con violencia contra su masculinidad hinchada.

—¿Tanto os desagrado, milady? —Posó su mano sobre uno de los pechos de ella, la tocó, y luego envolvió el cuello delicado cerrando sus dedos sobre este—. A mí no me lo ha parecido antes —susurró sin despegar los labios de los de ella.

—Oh, mi Dios, yo no puedo... no puedo. Soltadme por favor...

—Habéis dicho que hay cosas que podéis ver. Miradme entonces. —Él unió sus perfiles y le hablo con labios pegados a los de ella—. No soy uno de esos petimetres, uno de esos caballeros que os pretenderían. Yo solo soy un hombre. O un animal. Así me siento ahora, *Carlotta*... un animal que desea a su hembra. ¿No podéis verlo, *Carlotta*?

Charlotte no se escandalizó ante esas palabras. Volvió a estremecerse por completo al sentir su hombría dura y apremiante. Levantó su mano sin percatarse de ello. Y respirando intensamente tocó la mejilla barbada, la nariz... los labios. Suspiró sobre ellos. Y sintió que él aspiraba su aliento.

No podía ser posible, se decía Charlotte. Aquello era contrario a su moral, a su conciencia, a su fe. Aquello que sentía no era correcto. No era cabal. No era apropiado. Lo que sentía por ese hombre... un hombre cruel y sin escrúpulos, no podía anidar en su alma de aquella forma.

—Sentidme, *angelo*... sentidme.

Salvatore intentó tomar los labios rosas una vez más, los labios por los que estaba a punto de perder la razón. Estaba rozando la locura. Estaba al límite de su contención. De haber sido ella otra mujer, la habría arrojado sobre el heno y le habría levantado las faldas. Pero lo que hizo fue acariciar su cintura, la espalda delgada, y levantó la mirada y se encontró con aquellos ojos violetas... tan puros, tan luminosos, llenos de bondad. No, ella no era una mujer. Ella era un ángel... su ángel. No podía arrojlarla sobre el heno... no podía...

—*Angelo*... si vos me aceptáis, yo podría...

—No —dijo ella.

Y entonces Charlotte pudo reunir todas sus fuerzas y se apartó. Arrancó su mano del rostro masculino. Se revolvió con toda su voluntad entre los brazos de ese hombre. ¡No podía sentir aquello por ese hombre!

El capitán Cuervo, el hombre más temido y cruel que se hallaba en aquella isla de canallas esa noche... permitió una vez más que ella hiciera su voluntad, que se apartara de él.

El tono de voz del él se tornó tan oscuro, tan profundo y nefasto, que Charlotte tembló al oírlo.

—¿No soy digno de vos, entonces? —Ella se estremeció de miedo. Ya no era el hombre de la cena, ni el hombre que la había besado antes. Era el mismo hombre de aquella mañana en la cubierta, el mismo hombre que administraba el látigo contra la carne humana—. ¿O es que habéis mentido y os espera... alguien? ¿Por eso guardáis vuestra virtud?, ¿os reclama un prometido? ¿Habéis sido prometida, acaso? Contestad, milady. —Fue una advertencia fría y sin emoción.

Ella ocultó bajo su pelo el rostro. Lo negó serenamente con un gesto.

—Entonces ... no me obliguéis a tomaros por la fuerza —amenazó abiertamente.

Al oír aquello, el alma de Charlotte cayó al suelo y, sin saber de dónde sacó el valor para algo así, levantó el rostro. Lo hizo porque era la única manera de salir de ese abismo al que se había dejado arrastrar.

—Habéis pedido que os mire —dijo en voz baja pero firme—. Entonces lo hare y os diré lo que veo. Veo al hombre que atacó un barco de marineros honestos, hombres que viven una vida dura en el mar para dar de comer a sus familias. Veo al hombre que me raptó por unas monedas de oro y que espera una recompensa por mí, al hombre que me separó de mi padre después de doce años sin estar a su lado. —Charlotte respiró hondamente, se limpió una lágrima repentina con el dorso de su mano y alzó el mentón con orgullo—. Veo a un hombre malvado... y en sus brazos jamás yaceré, no por voluntad propia. Jamás seré vuestra. —Y al decir aquello, su propio corazón sangró. Lo supo porque el dolor la dejó sin aliento.

Salvatore la miró a los ojos, en silencio, en absoluto silencio.

— Y... y si he agotado vuestra paciencia —continuó ella cuando el ramalazo de dolor le dio una pequeña tregua— y me habéis traído aquí, engañada, si todo lo de esta noche ha sido una de vuestras malvadas estratagemas para violar mi cuerpo, entonces hacedlo ya —susurró sin fuerzas—. Solo os pido un poco de piedad... y quitadme la vida antes.

El silencio más horroroso que el anterior se apoderó entonces del lugar. Charlotte alzó su rostro de nuevo hacia él, sintiendo que él la miraba fijamente. Y cerró los ojos entonces, esperando su fin, creyendo que la degollaría, que la ejecutaría como había hecho con aquel hombre, o que la violaría como lo que él mismo había dicho ser... un animal.

Transcurrieron instantes. Ambos en silencio. Sus respiraciones profundas,

entrecortadas. Él se acercó a ella como una sombra negra y maligna. Charlotte creyó que había llegado su fin.

Francine decidió acudir al establo al oír gritos, antes trató de que alguien la acompañara, pues su Joseph estaba borracho nuevamente, pero no hubo hombre valiente que lo hiciera sabiendo que en ese lugar estaba el Cuervo.

—¿Lady Campbell? —asomó la cabeza en el establo.

—Señorita Gaspard, ¿es usted? —dijo Charlotte fingiendo una serenidad que no sentía.

—Sí, milady. ¿Ocurre algo, capitán? —Francine observó a uno de los hombres más temidos de aquellos parajes.

El capitán Cuervo era todo oscuridad, todo sombras, todo frialdad. Sus ojos eran dos carbones, negros y rojos, como si en ellos pudiera reflejarse el infierno.

No respondió.

—Por favor, necesito salir de este lugar, señorita Francine. —La urgencia y el temblor en la voz de Charlotte era notable. Francine la miró con preocupación—. ¿Podéis guiarme?

Francine observó de nuevo a la bestia oscura que miraba fijamente a lady Campbell, y se armó del valor que tuvo un día para ser parte de la tripulación de un barco pirata.

—Capitán... —dijo con cautela—. Creo que milady necesita descansar. La llevaré arriba si no disponéis otra cosa. Dos mozos vigilarán su puerta toda la noche si lo estimáis suficiente.

Antes de que él pudiera negarse o replicar, Francine tomó de la mano a Charlotte. Salieron de allí con pasos rápidos y firmes... casi corriendo.

«Jamás seré vuestra... no por voluntad propia»

«Solo os pido piedad... quitadme la vida antes».

Esas palabras se grabaron con fuego en la mente de Salvatore. La ira fue tan profunda. El dolor... en su corazón fue tan intenso.

Un rugido en medio de la noche provocó que hasta los pájaros que dormían bajo sus alas salieran espantados de los árboles. Asustó inclusive a Cesar y al resto de caballos en sus pesebres.

El capitán arrancó de cuajo las pesadas puertas del establo en un arrebató de furia.

Muchos de los jugadores de la posada salieron al oír aquel estruendo, pero ninguno se atrevió más que a mirar. Nadie era capaz de acercarse al Cuervo aquella noche en la posada Los Seis Escudos.

Charlotte y Francine echaron a correr.

CAPÍTULO 16

Esa noche lady Campbell le pidió a Francine que le permitiera quedarse en algún otro lugar, donde pudiera estar a solas y tratar de apaciguar la angustia de su corazón, donde pudiera rezar y llorar por todo aquello que sentía...y que no podía ser.

—Antes del amanecer volveré con la hermana Rose. Pero ahora no puedo ir allí, no deseo despertarla —le dijo a una comprensiva Francine, y su voz se quebró.

—Claro que sí, milady. Podéis descansar en mi habitación —le respondió Francine, comprendiendo la difícil situación de la joven dama—. ¿Milady?, él... el capitán ordenó la cena de esta noche especialmente para vos. Él estaba... la verdad es que nunca pensé que podría verlo de un humor tan bueno... y ahora me pregunto, ¿os ha hecho daño?, ¿qué ha ocurrido? Si puedo saberlo.

La llevó a una tranquila habitación, retirada de la zona de la taberna de la posada. Cuando entraron, Charlotte seguía sin responder.

—¿Milady... el capitán os ha... ha hecho algún daño? —insistió.

—No, señorita Gaspard.

Francine suspiró aliviada, y contempló el hermoso rostro de la dama, la dignidad de su expresión. Había oído gritar al capitán, pero no a ella. ¿Era cierto que el Cuervo no le había hecho algo malo? ¿Por qué la había llevado a los establos?

—Suelo quedarme aquí cuando mi Joseph se vuelve insoportable —le explicó mientras entraban—. Solo le ocurre cuando bebe demasiado, pero es un buen hombre. Jamás me ha puesto la mano encima, ¿sabéis? Cuando bebe demasiado cae redondo de ebriedad y se queja de la luz, del ruido, de mis pasos, de mi voz. Así que vengo aquí.

Charlotte asintió.

—¿Puede describirme el lugar? Es solo para no tropezar.

—Por supuesto. Aquí está la puerta —dieron unos pasos adentro—. Aquí está la cama, aquí hay una mesa, a dos pasos. —Charlotte extendió sus manos y tocó la mesa—. Y aquí hay una silla, el armario y un tocador, aquí, a tres pasos más.

—No tengo cómo pagar todo esto. Soy prisionera del capitán. Me han arrebatado todas mis joyas y monedas.

—No tenéis que pagar nada.

—Pero quisiera hacerlo... aunque no sé cómo. He sido despojada de mis joyas.

—Él... —Ambas sabían quién era «él»—. Ordenó que cuidara de vos y que os diera todo cuanto desearais. Sin embargo, he de decir que esto lo hago con sumo gusto. Así que descansad, milady. Vendré a buscaros antes de cerrar la taberna y podréis regresar con la hermana Rose antes de que despierte.

—Agradezco vuestra gentileza, señorita Gaspard.

—Descansad. Cerraré con llave. Aquí estaréis a salvo, pero aun así le pediré a Timothy que eche su jergón en esta puerta por si algún borracho tiene la idea de acercarse. Si necesitáis algo, si deseáis salir, solo tienes que acudir a él.

Francine se marchó y la puerta se cerró. Charlotte se tumbó en la cama y cerró los ojos. Sintió que todo el cielo negro de la noche se cernió sobre sus hombros. Lloró en silencio. Sintió la soledad más grande, el abandono más grande. Sintió lo mismo que sintió cuando su padre le informó que la dejaría al cuidado de la abadesa. «Solo por poco tiempo, hija. Vendré a buscarte pronto, Charlotte», le había dicho. Y habían pasado doce años. Era el mismo vacío, el mismo miedo, la misma soledad. Todo volvió a su recuerdo aquella noche.

Y la negra mirada del pirata la persiguió de nuevo en su oscuridad. Sintió vivamente las manos grandes recorriendo su cuerpo una y otra vez. «Miradme... sentidme, Carlotta».

Luego vino el silencio.

Aquella misma noche, el capitán del *The Stronghold* entró en El Pez. Guido, que terminaba su partida de cartas, lo observó y supo que Salvatore había bebido, y mucho.

—Me temo señores que habéis ganado esta partida —dijo el contramaestre.

Se levantó y lanzó sus cartas sobre la mesa.

—Yo me retiro.

Los demás jugadores, Jhony «el tuerto», de la tripulación del *Isabella*, Gennaro y Wilkinson, de la tripulación del *The Stronghold*, y otros dos marineros argelinos, vieron a Guido dar grandes pasos hacia el capitán Cuervo. Este se había sentado en una mesa, borracho como una cuba y con una mirada muy oscura y peligrosa.

—Vaya, *fratello*, así que habéis ido a beber sin mí —le dijo Guido sentándose a su lado.

El capitán no respondió y tampoco lo miró si quiera. Estaba despatarrado literalmente en la silla, con sus enormes piernas como dos troncos de roble

extendidas. Si alguien, otro borracho, quería pasar por allí sería mejor que buscara otro camino o se dispusiera a batirse con aquel hombre.

Guido le ofreció uno de sus puros al capitán, pero este lo rechazó con un manotazo. Entonces Guido supo que había problemas serios. Salvatore jamás rechazaba un puro. Concluyó que la cena con lady Campbell no había acabado en los términos satisfactorios que su amigo había previsto. Lo observó por el rabillo del ojo y lo encontró ensimismado, furioso, concentrado, mirando a una de las chicas. Bien. Tal vez el problema no era tan grave.

—Tiene unas buenas tetas, capitán. Es una chica nueva. Os está mirando. Creo que le gustáis... id a probarla.

El Cuervo respondió con un gruñido y se puso de pie, su mirada puesta en la mujer de pelo castaño y de grandes pechos.

Esta se inclinó ligeramente, mostrando los pechos para él, sonriendo.

—Vamos. Venid... —le dijo ella.

Guido le dio un empujón al capitán hacia la moza.

—Acercaos, marinero... venid a conocer a estos encantos —dijo de nuevo la mujer señalando sus pechos con sensualidad—. Están esperando a un hombre de verdad... porque esta noche no ha habido más que pequeños enclenques con muy poco entre las piernas.

Todos los marineros que la oyeron rieron a carcajadas. Guido rio también mientras bebía de la jarra de cerveza. La risueña mujer se estaba refiriendo a Gennaro y todos lo sabían.

Salvatore se acercó a ella con determinación. Puso sus manos en los voluminosos y tibios pechos. Y pensó que necesitaba un par de manos más para cubrirlos.

La joven gimió fingiendo placer ante ese tacto.

—Creo que ha llegado un hombre de verdad a esta taberna —dijo la mujer.

El capitán Cuervo sonrió. Necesitaba una mujer, sí. Allí radicaba todo su problema. Todo. Por eso había enloquecido de aquella forma por una frígida dama. Por un ángel. Un buen revolcón con aquella moza le haría olvidar... a ella y sus palabras estúpidas.

Con un gesto de aprobación, el pirata se echó al hombro a la moza. Esta soltó un chillido de falsa protesta.

Las risotadas aumentaron de nivel en el burdel, los comentarios obscenos de otros marineros también. Guido lo vio subir las escaleras hacia las habitaciones superiores.

El capitán dio una patada a la puerta para abrirla, otra patada para cerrarla, y se dejó caer con la joven meretriz en la cama. Ella rio, pero súbitamente dejó de hacerlo cuando el hombre comenzó a subirle las faldas.

—Vais un poco de prisa, marinero. ¿Cuánto tiempo habéis estado navegando? ¿No quieres saber mi nombre? Me llamo Bernadeth. Podéis llamarme Berni.

No hubo respuesta, más que un gruñido. El capitán, encajado entre las piernas de la joven luchaba intentando abrir la portañuela de sus calzas.

—Bien, si no podéis esperar un poco, os ayudaré —le dijo la mujer mientras abría los botones de la delantera del pirata—. Ya está. —Berni introdujo la mano y rodeó prontamente la hinchada masculinidad—. ¡Oh, diablos! Contáis con un enorme mástil, marinero —exclamó finalmente, mientras movía su mano arriba y abajo con languidez—. Tenéis un buen falo, capitán... ¿es lo que sois verdad? El capitán de un gran navío. Eso me han dicho.

Salvatore tenía una feroz erección. Se encontraba en ese estado desde que la había besado esa noche en establo. Desde que la había tenido en sus brazos. A ella. A un ángel. Desde que la había tocado y ella se había entregado a él por aquellos fugaces momentos. La había tenido, sí. Por unos instantes. Y recordó la silueta suave de su cuerpo. Era tan menuda... tan poquita cosa en sus brazos. Sus pechos eran pequeños, su piel tan blanca, sus huesos tan finos... su aroma tan...

El recuerdo de aquellas sensaciones produjo que la erección fuera más fuerte, y la necesidad más apremiante.

Y por olvidar esos recuerdos, hundió su cara en los pechos de Berni e intentó introducir en su boca uno de los pezones.

— Decidme vuestro nombre, capitán... quiero gritar vuestro nombre cuando me toméis. —Berni aumentó el movimiento de su mano sobre el hinchado miembro masculino y separó aún más sus piernas para la penetración.

Pero las imágenes, las palabras, de aquella noche emergieron de nuevo en la mente de Salvatore, insistentes, ardiendo en su alma.

«Jamás seré vuestra...».

«Quitadme la vida antes...».

Antes de entregarse a él... ella pedía ... prefería...

—Por todos los fuegos que arden en el infierno... —murmuró el pirata. Y se detuvo.

—¿Qué ocurre, capitán? ¿Es que no os gusta?

«Jamás yaceré con ese hombre malvado».

Jamás, jamás... jamás. Jamás sería suya. Ella jamás yacería con él. Nunca sería para él. Él nunca tendría al ángel. No... ella prefería la muerte antes que eso.

—¿Capitán?

Él levantó la cara de entre los prominentes pechos de Berni. Y fue consciente de que la moza no olía a flores, ni a lilas, ni sus ojos eran de aquel celestial color. No era un ángel.

—¿Es que no os gusta? —insistió Bernadeth.

Él se alzó sobre ella y la observó con mirada de borracho. Recorrió el cuerpo de la mujer con ojos turbios y ardientes.

Sí, era bastante bonita, concluyó. Llena de carne, de curvas pronunciadas y llenas. Podría saciar en ese cuerpo toda su ansiedad.

—Sois bonita —aceptó él quedamente.

Bernadeth sonrió complacida.

—¿Entonces soy de vuestro gusto?

—Sí, me gustáis.

—Tomadme entonces. Prometo que sentiréis placer.

Y a Berni le gustaba el capitán. Era un hombre grande, tosco, pero no era feo, pensó. A pesar de la espesa barba que le cubría el rostro podía ver unos rasgos muy masculinos, aunque bruscos. Era apuesto si se lo miraba sin mucha pretensión. Lo contempló y pensó que al menos llevaba la barba aseada y recortada. La mitad de los hombres de aquella isla, marineros, comerciantes, piratas y corsarios, llevaban barbas andrajosas que a ella le daban asco. Pero este no. No era una barba larga ni desaliñada como la de casi todos. No le sería difícil trabajar esa noche, se dijo. Además, el hombre había tomado un baño a conciencia porque olía a jabón. Estaba limpio.

—Tal vez con estas podáis encontrar un poco de ánimo. —Berni tomó las manos del capitán y se las plantó en sus propios pechos—. Son todos vuestros.

El capitán observó de nuevo los generosos pechos de la joven meretriz y pensó en otros. Eran pequeños, sí, porque él los había tocado. Eran pequeños, redondos y firmes como dos melocotones. Cabían en la palma de sus manos. Se miró las manos. Y sobraría espacio en ellas.

—Son como melocotones... —murmuró Salvatore con voz pastosa.

—Demonios, marinero, no hay melocotones en esta isla. No me digáis que necesitáis de cosas así para...

—Ella es un *angelo*... —balbuceó el capitán sin prestar atención, quien hablaba más bien consigo mismo—. Es una *Maddona*...

Miró por fin a Berni, para luego erguirse en sus rodillas a horcajadas sobre ella.

—*Una donna purísima*. Una virgen. Quiere al pilluelo... a ese chico feo. ¡Ella sabe que es feo, demonios! Y además ora por la salvación de mi alma. —Al pensar en eso lanzó una carcajada de borracho—. Reza por mi alma bastarda y por el bastardo de Khalid... y dice que soy malvado...

—¿De quién diablos habláis? —espetó Berni—. Si queréis una virgen, puedo fingirlo. Tomadme ya, grandullón. —Lo tomó de las solapas de la casaca y lo arrastró

de nuevo sobre sí, mientras llevaba de nuevo su mano al excitado sexo masculino.

Berni necesitaba el dinero. Tenía un hijo que mantener. Y prefería a ese hombre que estaba limpio, que a los sucios vagabundos de abajo.

Salvatore la miró a los ojos.

—Jamás la tendré —susurró—. Nunca... nunca... nuuunca. Porque soy un hombre malo dijo. Un sucio pillo de los muelles... un demonio. —Miró fijamente a Berni—. Y ella es una virgen... un ángel.

Berni le dejó hablar un poco. Algunos hombres acudían a ella solo porque querían hablar y ser oídos. Pero esperaba que el capitán hablara y después pidiera el servicio. Necesitaba el dinero.

—Ella, ella... no es cualquier mujer, ¿lo comprendéis? Ella es... es un *angelo* —balbuceó el capitán Cuervo—. Me cree un animal. Cree que la llevé a conocer a Cesar esta noche para... para... pero no, no era esa mi intención... Ella debe saber que...

—¿De quién habláis?, ¿queréis que ahora finja que soy un ángel? ¿Es eso? Melocotones, vírgenes, ángeles. ¿Eso os excita? —propuso con entusiasmo Berni.

«Solo pido un poco de piedad... quitadme la vida antes».

Salvatore soltó un gruñido de ira, atormentado por esas palabras.

—Solo quería... —balbuceó Salvatore enmarcando el rostro de Berni entre sus manos. La observó con ojos entrecerrados y vidriosos por el alcohol consumido—. Jamás le haría... daño. No a ella.

Sintió un maldito dolor, tan intenso, en alguna parte de su ser, y le agravó la acidez estomacal que lo quemaba en esos momentos.

—¡*Maledizione!* —masculló y se apartó finalmente de Berni.

—¿Qué os pasa?... habéis dicho que soy bonita —preguntó ella desconcertada.

Él rodó a un lado de la cama, dejando de estar encima de la mujer. Cerró los ojos y se tapó el rostro con el brazo.

La imagen de Carlotta vino a su mente. Su sonrisa de aquella noche, sus labios rosas, el suave y lacio cabello dorado, sus pequeñas manos blancas tanteando a su alrededor, sus preguntas, la forma paciente en la que oía.

Sin saber por qué, recordó el momento en que ella le explicó los pasos que tenía que dar para ir y venir de un lugar a otro y cómo los memorizaba.

¿Cuántos pasos le había dicho que había entre el castillo de proa y su camarote? Ah, sí. Catorce.

—Tres pasos rectos, dos a la derecha y cuatro hasta...

Berni lo vio hablar solo. Así eran los borrachos.

—Eh, hombretón —lo interrumpió y entrelazó su mano con la de él observando que

aún tenía hinchado miembro masculino—. Aún estáis listo para hacerme gritar vuestro nombre.

Pero él hizo un gesto de desagrado. Salvatore abrió los ojos. Miró sus manos entrelazadas. Entonces retiró la suya con brusquedad.

—¡Dejadme en paz, mujer! —gruñó mientras se cerraba la portañuela de las calzas.

Berni se desanimó y se bajó las faldas del vestido finalmente.

—Bien. Esta noche no estáis de humor —le dijo mientras se arreglaba los pechos dentro de corpiño—. Cuando lo estéis... venid a buscarme.

Él volvió a recostarse de espaldas y cubrir sus ojos con el brazo.

¿Por qué diablos había dado la orden a Guido de atacar al mercante?, ¿por qué? Si hubiera dejado pasar el mercante, jamás la habría visto. Nunca hubiera sabido que existían los ángeles. Él estaría allí con aquella moza de grandes pechos, retozando entre esas generosidades, bebiendo su ron y fumando sus puros, y planeando el próximo abordaje, la próxima batalla.

Pero no, estaba allí con aquella moza bonita, sufriendo como un condenado por el rechazo de una dama, sufriendo y babeando como un chucho hambriento... y todo por el beso de un ángel.

¿Ahh, por qué estaba metido en aquel lío? Buscó en su mente turbia por el grog y el ron que había bebido. Buscó y buscó hasta que recordó que el impertinente contraestre lo había mirado y le había dicho:

«Estamos a vuestra disposición, los cañones aguantarán lo que ordenes, capitán».

Recordó que él volvió a mirar por el catalejo, y el mercante lo llamó a su encuentro.

Y en su ebriedad pudo discernir quién era el culpable de todo aquello: Guido. Había encontrado al responsable de su estado.

Se puso de pie súbitamente, aunque casi pierde el equilibrio.

—Debo irme. —Sacó unas monedas y las dejó sobre la cama mientras se remetía la camisa por las la cinturilla de las calzas—. ¿Es suficiente?

Berni suspiró decepcionada por su partida. Miró las monedas. ¡Oh, eran más que suficientes! El capitán era un hombre generoso. Asintió mientras contaba las monedas. ¡Pero, si no se había ganado esas monedas!

—Volved si lo deseáis, capitán —dijo dándole un abierto repaso con sus ojos—. ¡Eh... vuestro nombre, marinero!

Él giró sobre sus talones antes de poner la mano en el pomo de la puerta.

—Cuervo... me dicen.

Y después de aquello se marchó a buscar al culpable de todos sus males.

Guido tenía la culpa de toda su desgraciada situación. Era el único culpable de que aquellos hermosos ojos violeta, ciegos y perdidos, lo hipnotizaran; de que lo

persiguieran todas las noches, todo el día, hasta el punto de que ni siquiera podía fornicar en paz con una moza.

—¡Guido! —gritó enteramente en italiano, bajando las escaleras—. *¡Figlio di la puttana!*

Los hombres del *The Stronghold* levantaron la cabeza. Guido aún seguía allí con una moza nueva en sus rodillas, jugando una última partida de naipes.

—*¡Diavolo!* El capitán ha estado muy poco tiempo con la chica —dijo el contramaestre.

Todos abrieron paso a la furia del capitán. Marineros, camareras, el tabernero, piratas y demás rufianes. Todos se apartaron de su camino.

Guido midió sus posibilidades. Observó que Salvatore estaba bastante borrachín y buscaba pelea para ahogar su malestar. Él conocía el nombre de ese malestar. Tal vez podría convencerlo de evitar una pelea.

Ambos hombres hablaron en italiano.

—¡Sal, hijo de puta! Te daré una paliza que jamás olvidarás...

Salvatore balbuceo aquello y luego lo cogió de las solapas de la casaca verde y desgastada y lo levantó de la silla.

—¿Y qué se supone que he hecho, *fratello*? Al menos decidme el motivo de la paliza.

—Si no hubierais insistido aquella mañana, yo no habría atacado al asqueroso mercante. Y no habría visto jamás un ángel.

—Pero eso fue decisión vuestra, *capitáno* —respondió Guido con una sonrisa burlona que enfureció aún más a su ebrio amigo.

Wilkinson y Gennaro se acercaron, pero Guido levantó una mano llamando a la tranquilidad. Salvatore hizo silencio y miró fijamente, con mirada turbia de borracho, a su único amigo.

—Os partiré la cara esta noche, Guuuuuido —dijo con voz pastosa.

—Ah, Salvatore. Por qué no salimos y tomas un poco de aire.

—¡Maldito seáis, bastardo de los infiernos! No soy una damisela que necesita un poco de aire... sal so cabrón y os partiré la cara.

—Hmmm... yo que creo que estáis así por la *bellissima donna*... Mujeres, son un gran problema, ¿verdad, *capitáno*?

Salvatore aflojó de inmediato los puños. Y Guido supo que estuvo en lo cierto en todo momento. La ebriedad y la furia del capitán Cuervo tenía el nombre de una dama. ¿Qué habría ocurrido esa noche entre ellos?

—¿Qué ha pasado?, ¿acaso no desea la dama... vuestras atenciones? —terminó diciendo el contraamaestre con cierta burla.

—¿Por qué no buscáis pelea a alguien de vuestro tamaño? — intervino en ese momento un gigante al que le faltaba una oreja.

Guido y Salvatore giraron sus caras para mirarlo.

El gigante era un marinero de piel clara. Obviamente en algún momento de su vida debió ser hijo de alguien importante. Tal vez de un mercader. El hijo rebelde de alguien que fue enviado a algún barco para que aprendiera disciplina. Tenía cortes y golpes antiguos en su cara.

—Venid entonces si queréis proporcionármela —le respondió el capitán Cuervo de inmediato a la vez que soltaba a Guido.

Entonces las risas y la música estridente del pianoforte se detuvieron. Todos hicieron silencio.

—¿A puños o a cuchillo? —ofreció el gigante.

—Cualquiera de los dos, bellaco —contestó con toda arrogancia el capitán Cuervo, quien casi tan enorme como su oponente.

—Caballeros, creo que será mejor que nos calmemos — terció Guido.

—Entonces salgamos y probemos con los dos —contestó el marinero gigante ignorando al contraamaestre.

Surgieron de nuevo los gritos, las risas de las taberneras y de las mozas. Y se abrieron las apuestas.

Guido detuvo a Salvatore.

—Estáis borracho y ese hombre es un animal. ¿Os habéis vuelto loco?

—¡Yo también soy un animal, un hijo de mala madre. ¡Un hombre malvado, me han dicho! Soltadme, patán. Después os romperé esa fea cara —dijo el capitán arrastrando las palabras y los pasos.

Estaba muy borracho.

Guido miró a Gennaro y Wilkinson. Estos acudieron al instante.

—Capitán. Vamos, lo que necesitáis es una buena moza y un buen sueño —dijo Wilkinson.

—¡Fuera de mi camino! — les contestó su capitán mientras salía a la calle.

Y no hubo forma de detenerlo. Cuando el capitán bebía era conocido su mal genio y su determinación por las peleas.

—¿Queréis morir por la dama?, ¿eso es lo que pretendéis? ¿Os ha rechazado y ahora deseáis sangre... aunque sea la propia? —le dijo Guido en última instancia—. No sois el hombre que conozco.

Pero tampoco resultó.

—Voy a matar a ese bastardo —declaró el cuervo fijando su mirada en el hombre que le había retado.

Cientes de otros burdeles aparecieron en la calle, algunos con poca ropa. Estos se unieron a las apuestas y a los gritos. Nadie quería perderse una pelea con el capitán Cuervo. Al fin había un contrincante tan grande y corpulento como él. El gigante le sacaba unos centímetros, por lo que debía medir más de dos metros. Los hombros eran tan gruesos como los de un morlaco.

El primer puño lo lanzó el gigante acertando plenamente en la cara del Cuervo, quien por su estupor etílico no lo vio venir. Pero eso fue todo. El capitán ni siquiera llegó a caer. Solo a tambalearse. Y lentamente se enderezó y se limpió con el antebrazo la sangre que le caía de la ceja rota. Eso fue suficiente.

Porque aquel gigante no había crecido en los callejones inmundos y depravados del puerto de Boloña. Aquel gigante no había languidecido de hambre. No había mordido sus propios zapatos tratando de engañar a su estómago. No había robado cadáveres a cambio de unas monedas. Ni rebuscado en los desperdicios de los muelles más infectos. Ese hombre no se había defendido de depravados que intentaban tocarlo cuando era un niño. No se había escondido en los graneros junto a los cerdos para protegerse de la lluvia. Aquel gigante no había decidido entre morir y vivir a los siete años de vida. Salvatore escupió un poco de sangre. Miró al gigante a los ojos y le hizo un gesto con su mano.

—Acércate.

Cuando el hombre atendió a su pedido con los puños en alto, volvió a lanzarle a Salvatore otro rechazazo, dejando al descuido con ese movimiento una zona importante de su cuerpo. Salvatore lo esquivó y fue él quien asestó un golpe en el hígado del oponente. Aprendió en los muelles que golpear a otro hombre en la cara tan solo podía aturdir a su oponente y hacerse daño a sí mismo en los nudillos, podía romperse la mano. Un golpe certero en los órganos vitales del torso podía ser letal y además la carne amortiguaba el golpe al puño.

El gigante se dobló de dolor. Se inclinó por eso, dejando su mandíbula a tiro. Los próximos cuatro golpes fueron exactamente allí. Los puños del Cuervo eran enormes, rápidos. Certeros. La pelea no duró mucho tiempo y tampoco hubo necesidad de cuchillos.

El adversario cayó tendido en el suelo. Había perdido la consciencia. Salvatore lo habría matado de haberlo querido.

Los gritos de aquellos que habían apostado por el capitán Cuervo, prácticamente todos los allí presentes, se elevaron en la noche exigiendo la paga y recompensa de su apuesta.

Como algunos no estaban de acuerdo con las cantidades recibidas, pronto surgió una reyerta multitudinaria. Típica noche en el puerto de Liberty.

Salvatore se apartó y de nuevo se limpió la sangre que seguía manando de su ceja. Guido le ofreció su pañuelo que presionó él mismo, hasta que la sangre del corte se secó un poco y se detuvo el derrame. Los cortes en la cara siempre eran escandalosos.

El capitán y los tripulantes del *The Stronghold* se marcharon del lugar.

—Vamos a dormir al Pez, *fratello*. Creo que ha estado bien por esta noche.

Pero el capitán no tenía suficiente por esa noche. Enfiló sus pasos hacia la posada.

Temiendo que pudiera destrozar la posada de Francine, Gennaro, Guido, Wilkinson y un hombre que nada tenía que buscar allí, Jhony «El tuerto», lo siguieron.

El paso del capitán era determinado y tambaleante al mismo tiempo. La ebriedad y la determinación se mezclaban con cada uno de esos pasos. Los Seis Escudos no estaba lejos, así que pronto llegó a su destino. Francine lo vio entrar en la taberna.

—Oh, por Dios —murmuró la mujer cuando lo vio, mientras rellenaba la jarra de vino a un cliente.

Él tenía parte del rostro cubierto de sangre por una ceja abierta que requeriría ser cosida, y ella conocía muy bien esa mirada vidriosa, feroz y oscura.

—Que Dios nos asista ...—dijo finalmente, en voz baja, preparándose.

—¿Dónde está? —preguntó el capitán al llegar a la barra de la taberna.

Era absurdo y poco recomendable fingir que no sabía a quién se refería.

—Está descansando, capitán. No son horas para que una dama esté despierta, ¿no?

—Os he preguntado dónde está y no qué hace.

Nadie se atrevía jamás a hacerse el listo con el Cuervo y mucho menos a presentarle evasivas.

—La he llevado a mi habitación trasera.

Salvatore se dio la vuelta sin más y dirigió sus pasos hacia allí.

La mujer salió de la taberna dando unos pasos acelerados para llegar hasta el temido pirata.

—Capitán...

Él se detuvo y la observó de aquella manera suya, con sus ojos tan negros y gélidos, abismales. Los de un cuervo. Francine tragó en seco pues su garganta había perdido toda humedad.

—Permitidme que la despierte. No deberíamos asustarla.

Se miraron por un instante, en silencio. El capitán asintió. Francine corrió delante de él.

—Levanta, Timothy —algo le decía a Francine que el capitán no estaría muy contento de ver allí al chico, que ya no era tan chico. Tenía veintitrés años y estaba bien formado y era muy apuesto.

—¿Qué ocurre?

—Vamos, marchaos de aquí.

—¿Pasa algo? ¿Está bien lady Campbell? —Se puso de pie como un resorte.

—Ella está bien... —Aunque no sabía hasta cuándo—. Marchaos ya, chico, si no queréis que ocurra algo finalmente.

Timothy asintió. No iba a desobedecerla, pero se quedaría cerca por si la dama lo necesitaba. Así que recogió su jergón y se apartó.

Francine entró sin hacer ruido en la habitación.

—¡Milady, milady! —le susurró Francine tocando a Charlotte suavemente en el hombro.

Charlotte despertó. El cansancio, el llanto y la desesperanza la habían vencido finalmente y había cerrado los ojos exhausta.

—¿Qué ocurre? ¿Va a amanecer ya?

Habían acordado que ella regresaría antes del amanecer a la habitación junto a la hermana Rose.

—No milady, es la medianoche aún. Lamento molestaros, pero... pero el capitán ha regresado... y pide verla.

—Oh...

—Milady, debo advertiros... viene de las tabernas de los muelles. Ha bebido. Mucho.

Charlotte comenzó a incorporarse y al saber aquello asintió.

—Está bien. No deseo que os enfrentéis a él, señorita Gaspard. Iré.

Pero Francine con un tono desesperado añadió:

—Milady, tal vez pueda convencerlo de que tome un poco más de ron y ponerle un brebaje en la bebida para hacer que se duerma. A veces lo hago con mi Joseph y con algunos huéspedes impertinentes, ya me entendéis. Él nunca se enterará.

Si no hubiera sido por las circunstancias, ambas mujeres habrían reído ante la perspectiva de ejecutar aquel plan desesperado ante un hombre como el capitán.

—No hace falta. Tal vez se marche.

—Me temo que no, y tal vez sí sea necesario tomar una medida como esa, milady. No conocéis al capitán cuando bebe esa porquería que venden por el muelle.

Francine la tomó de las manos. Charlotte pudo sentir su temor y su verdadera preocupación. Y ella también llegó a temer profundamente.

—Lo conoceré esta noche, entonces —le dijo serenamente resignada.

—Podría encerraros aquí hasta que a él se le pase la cogorza —volvió a sugerir Francine en última instancia.

Charlotte sopesó la idea, pero negó con la cabeza.

—No. No es necesario. No deseo que tome represalias contra vos.

Y antes de que la posadera le diera otra idea, antes de que pudiera pensar en otra cosa, se escuchó desde afuera:

—¡Carlotta!

Era el capitán, furioso, con los ojos entrecerrados, respirando profundamente. Se había cansado de esperar.

—Vamos, *fratello*, dejad a la dama en paz. Vamos a echarnos en algún lugar y a dormir un poco —dijo Guido, quien lo había seguido.

Gennaro y Wilkinson no se atrevían a hablar, pero se mantenían cerca.

—¡Carlotta! —volvió a gritar el pirata a toda voz—. ¡Os juro que derribaré la puerta si no vienes! ¡Derribaré toda esta malita posada!

Charlotte escuchó la voz pastosa del capitán. Era obvio que había estado bebiendo en algún lugar de esos que decía la señorita Gaspard. También lo había oído en las conversaciones de los marineros antes de desembarcar. Él había estado bebiendo después de que ella abandonara los establos, y pensó que seguramente había hecho mucho más que beber. Escuchó a los marineros hablar de las bonitas y alegres mujeres que se ofrecían en las tabernas del muelle. Y había oído cómo hablaban abierta y crudamente de las cosas que hacían con ellas. Y pensar en él... haciendo aquellas cosas le produjo un intenso dolor en el pecho. Respiró profundo. Se oyó al capitán gritar otra vez, otra amenaza. Mientras ella se ponía la estola en la cabeza con una parsimonia deliberada, preguntó:

—Señorita Gaspard, describidme el aspecto del capitán, por favor.

—¡Carlotta! —se oyó de nuevo desde afuera—. ¡Sois mi prisionera...y haréis lo que ordeneeee! ¡Sois mía... aunque me odiéis! ¡Salid o echaré la puerta abajo!

Francine corrió a la puerta y la abrió.

—Capitán... milady solo necesita unos momentos más. ¡Saldrá pronto!

Y sin esperar respuesta, entró de nuevo en la habitación.

—No creo que os gustaría poder ver su aspecto ahora...

—Por favor describidlo... quiero saberlo.

Charlotte tomó de la mano a Francine, y esta la llevó al tocador. Se sentó con falsa serenidad, pues el corazón le latía con fuerza. Tanteó en el tocador y encontró el paño húmedo que había utilizado antes de acostarse. Y se limpió de nuevo el rostro con él.

Y el hombre que estaba afuera, en estado de embriaguez, seguía llamándola a gritos, gritando con una voz cada vez más pastosa y urgente.

—Pues, como ya he dicho... está bebido —comenzó a explicar con voz cansada Francine—. Eso ya lo sabéis. Y está bastante perjudicado, por decirlo así. Creo que ha estado peleando por el muelle.

—¿Sabe en dónde ha estado bebiendo?

—No ha sido en mi taberna. Seguramente ha estado en ese antro... El Pez.

—¿Y ese lugar es...?

—Un... un lugar donde acuden los marineros a... Ciertamente no es igual a mi posada, milady. Allí se ofrecen otros... servicios.

—¿Servicios? —Charlotte sintió otra punzada de dolor. No estaba segura de qué implicaban las palabras de la señorita Gaspard, pero siempre había sido intuitiva. Mas, después de su invidencia, supo que se trataba de aquello que había oído a los marineros decir que hacían con las mujeres a cambio de unas monedas. El capitán había ido a buscar... servicios. Inexplicablemente, se sintió profundamente herida. Traicionada.

«He tenido mujeres», había dicho él aquella noche.

Muchas mujeres, pensó ella. El capitán era un depravado, un disoluto, se dijo.

—¡*Angeloooo!*... *angelo* mío, venid a mí. ¡Venid, porque soy el bastardo que os ha raptado y alejado de vuestro más bastardo padre... soy un malvado!

Charlotte hizo caso omiso a los alaridos del borracho y peinó su lacio cabello con sus manos. Después se refrescó el cuello con el paño. Luego tomó la estola y se puso la estola sobre la cabeza y los hombros.

—Estoy lista, señorita Gaspard.

—Milady, ¿estáis segura?

—No estoy segura de nada, pero debo saber qué desea de mí el capitán.

—Oh, entonces no temáis. Afuera están Guido y otros. Y yo me quedaré cerca.

Charlotte asintió con resignación.

—Os lo agradezco mucho. Sois una dama amable. —Francine suspiró al oírla llamarla a ella como una dama. Rezó porque no fuera necesaria la intervención de nadie.

El capitán gritaba imprecaciones a alguna persona en esos momentos. Juramentos en vano, maldiciones que un hombre temeroso de Dios jamás haría. Despotricaba contra los Santos y los muertos. Charlotte estaba segura de que el capitán no temía a nada ni a nadie. Ni siquiera al infierno. Y tampoco tenía más fe que a su daga y su pistola.

—También está herido —agregó al final Francine mientras la guiaba a la puerta.

Charlotte alzó su rostro súbitamente al oír aquello.

—¿Herido? ¿En dónde?

—¡Bah, no es nada! Un corte en la ceja. Debe haber tenido alguna pelea de borrachos, milady. Es muy normal en esta isla a estas horas. Y más en los burdeles del puerto.

—¡*Angelo!*... ¡Juro por los fuegos del infierno que os sacaré por la fuerza! ¡No podéis esconderos de mí!

Guido se acercó al capitán.

—*Fratello... lasciare.* Marchémonos —le dijo. Y el capitán Cuervo lo observó con sus negros ojos entrecerrados.

—Guido, esta noche os partiré la fea cara que tienes —cogió a Guido por las solapas de la casaca —Os dejaré más feo de lo que ya sois, pero ahora tengo que verla. Necesito verla y después... tengo que decirle, Guido, que yo... yo nunca, maldito sea si lo hiciera... yo... —Se detuvo y luego giró repentinamente como si hubiera recordado algo muy importante—. Gennaro, ¿acaso recordáis aquellas palabras de aquel marica... el trovador francés?, ¿qué decían?, algo sobre la estela de la belleza de una dama. Ah, sí...

Y comenzó a cantar con viva voz alcoholizada mientras se sostenía de pie cogiendo fuertemente las solapas de la casaca de Guido.

—¡Vuestra belleza, milady... vuestra estela de belleza in... incandescente, *Carlotta* mía, inunda mi corazón durante las noches!... ¿Qué más seguía, Gennaro?

El ruido de la puerta al abrirse lo interrumpió.

Salvatore, completamente ebrio, levantó la vista.

Y allí estaba ella. El ángel.

—Oh, *Carlotta*... *Carlotta*, sois tan hermosa... tan pura. Que maldiga mi alma el diablo si yo ...yo nunca os haría... yo...

La observó desde su bruma etílica. Juraría que había visto una aureola celestial y unas alas blancas alrededor de su esbelto cuerpo.

—Es un *angelo* —susurró con la voz muy ronca y contrita—. Guido, ¿habías visto alguna vez un ángel?

Soltó entonces la arrugada y maltrecha casaca de Guido, olvidándose por completo de este y se dirigió con decisión hacia Charlotte.

—Buenas noches, capitán. ¿Deseáis algo de mí? —preguntó Charlotte serenamente. Fingía esa serenidad. Tragó en seco y esperó.

—Sí, deseaba mucho... muuucho volver a veros, *Carlotta*. Y lo deseo ahora más que os tengo frente a mí.

Salvatore la contempló por tanto tiempo en silencio que ella pudo pensar que se había ido. Pero ella siempre sabía cuándo él estaba ahí. Y no, no se había ido. Y de repente...

—¡Fuera, bellacos entrometidos! —gritó el capitán—. Voy a hablar en privado con esta dama —ordenó en tono solemne a la audiencia que se hallaba en el lugar.

Francine estaba detrás de Charlotte. Guido, Wilkinson y Jhony el tuerto, detrás de él.

—Y vos, ¿qué demonios estáis haciendo aquí? —espetó Guido a Jhony el tuerto.

—He venido a echaros una mano con el capitán.

—Solo habéis venido a buscar más entretenimiento, bribón... ¡fuera!

Pero Jhony el tuerto no se fue del todo. Se quedó cerca, embelesado, con su gorro entre las manos, observando con una amplia y ridícula sonrisa de pocos dientes a lady Campbell.

—¿Cuántas personas hay aquí, capitán?

—Unos cuantos entrometidos, *bellezza*. Pero no os preocupéis, los despacharé enseguida —respondió de inmediato Salvatore sin dejar de mirarla ni un instante, arrastrando la última palabra en su lengua pastosa de borracho.

Guido se acercó a ella.

—No nos iremos, milady. No os dejaremos sola. No temáis —le aseguró para tranquilizarla e instó de nuevo a Salvatore a marcharse—. *Lasciare, capitáno*.

Pero el capitán comenzó a rodear como un depredador a Charlotte, sin oír ni una sola palabra de Guido.

Charlotte estaba asustada, desde luego que sí. Podía sentir al animal feroz que caminaba a su alrededor. Le llegó el olor a licor, y se aferró a su expresión más serena y más tranquila. Respiró profundamente.

—¿A qué debo vuestra visita, capitán? ¿No es un poco tarde? ¿No estáis... cansado?

—He estado bebiendo una mierda de licor que venden en esta isla, *angelo*, que llaman grog —respondió quedamente y como si solo existieran ellos dos. Su voz aun pastosa pero tranquila—. He bebido mucho, demonios... quería olvidar vuestro recuerdo, vuestro rechazo... ¿de verdad preferís morir a yacer conmigo, *angelo*?, ¿tanto os repugno?

Charlotte casi podía ver aquellos ojos negros, muy negros y ebrios, fijamente sobre ella.

Todos seguían allí. Guido, Francine, Jhony el tuerto.

—No es necesario ver para saber que habéis bebido esta noche. Percibo vuestro olor a licor —contestó Charlotte y obvió las otras preguntas que le eran tan hirientes. Mucho. Porque ella había mentido. Él no le repugnaba. Estar en sus brazos, junto a él, no le repugnaba. Ella quería... pero... no podía.

Él se acercó aún más para inspirar el codiciado aroma a lilas. Todos se alarmaron. Todos, menos Charlotte, que se mantuvo serena.

—Sin embargo, vuestro aroma es de las flores en primavera... el aroma de los ángeles —respondió contemplándola intensamente a través de su mirada vidriosa—. También he peleado con un cerdo que se creía con suficientes cojones como para enfrentarse a mí y... lo he vencido, *angelo*. Iba a matarlo por retarme, pero no lo hice porque... no soy tan... malvado, milady. Nunca he matado a un hombre en una pelea de burdel.

Hubo un breve silencio. Ella suspiró, y dijo a la audiencia presente:

—Caballeros... os agradezco vuestra presencia, pero creo que es absolutamente innecesaria. Es tarde y muy seguramente deseáis descansar.

—Ah... *Carlotta*, estáis tan preciosa esta noche que no quiero dormir, sino arrancaros la ropa y llenar vuestro vientre con mi...

—¡*Lacciare*, Salvatore! —Guido detuvo aquella indecente verborrea—. Vamos a dormir la mona a otro lado. Dejad en paz a la dama... lo siento, milady.

—Sí, esta noche he estado en un burdel... esta noche —siguió el capitán hablando —y he buscado placer con una moza. Se llamaba... ¿cómo dijo que se llamaba?

Charlotte sintió otra punzada de dolor en su corazón al oír aquello. Un dolor indeseable e impropio, pero profundo. Y por eso no pudo pronunciar en ese momento palabra alguna.

—*Angelo*, me habéis poseído con un hechizo muy poderoso... porque estaba decidido... pero no he podido follarme... a la moza. No he podido. No porque no tuviera la verga tiesa...

—¡*Fratello*! —replicó Guido.

Francine cerró los ojos y respiró hondo, lamentando que aquella joven doncella tuviera que oír semejantes vulgaridades. Abrió los ojos de nuevo y vio que la expresión de lady Charlotte seguía siendo serena. Cualquiera otra dama se habría desmayado. Luego miró al Cuervo y este seguía hablando... más indecencias, claro.

—La tenía dura, pero no era por la moza. Vuestros ojos, *angelo*... los veía mientras intentaba follar —añadió el borracho, revelando todo cuando había hecho, como si estuviera en un acto de confesión—. La tenía dura desde que os vi esta noche... porque sois vos a quien deseo, milady.

Los presentes, aunque piratas eran, criminales de los más bajos fondos, también se sintieron avergonzados ante las vulgaridades que debía oír una dama tan inmaculada como aquella.

Francine siguió observando perpleja, desde el marco de la puerta de la habitación. El capitán estaba tan tranquilo que no podía creer que fuera él. Todos en esa isla conocían el peligroso y mal genio de ese hombre cuando bebía.

Charlotte no comprendió la mayoría de aquellas palabras. Inspiró profundo y habló.

—¿Estáis herido, capitán? —preguntó con toda la tranquilidad.

—Un pequeño corte de nada... pero el cerdo gigante ha quedado tendido.

—¿En dónde os han herido?

—Acercaos y comprobadlo.

Pero fue él quien se puso a menos de medio paso frente a ella.

Francine les hizo un gesto a todos para que se marchasen. Era una mujer curtida en cuanto a borrachos se refería. Sabía que allí no había peligro alguno para lady Campbell. Lo único que no lograba asumir era que ese borracho no era cualquier borracho, sino uno de los hombres más crueles y determinados que había conocido. Y lo era aún más cuando bebía. Pero allí solo había un hombre hambriento de una mujer, de aquella mujer concretamente. Y su hambre no era solo carnal, concluyó, sino de algo que iba mucho más allá.

—Vamos. Aquí no hacemos nada. Ella está a salvo. Aunque dejaré a Timothy cerca. Guido, quedaos cerca también. Vuestro capitán caerá pronto. Está muy borracho esta noche. Nunca lo había visto así.

Después de hacer dos gestos más, la siguieron todos a regañadientes.

—Milady ...nos retiramos —le dijo a Charlotte, aunque luego le susurró al oído—. Pero nos quedaremos cerca.

La dama asintió.

Y Francine se alejó junto con el grupo de hombres. Se detuvo y giró para observar la enorme y oscura figura del Cuervo frente a delicada y luminosa presencia de lady Charlotte. Un ángel, sí. Y entonces tuvo la absoluta convicción de que ese hombre no haría daño alguno a esa mujer, porque esa era la mujer que él anhelaba. Y presenciar aquello la dejó tan consternada, sin palabras. Jamás lo habría creído de no haberlo visto con sus propios ojos. Aquel hombre sí tenía un corazón.

Se quedaron solos bajo el amparo de la noche, unas cuantas antorchas iluminaban aquel lugar. Salvatore contempló con un intenso placer el rostro angelical, sereno y pacífico, y el brillo de la hermosa cabellera rubia y muy lisa. Observó los ojos violetas y suspiró. Había algo en esos ojos, se dijo. Una ingenuidad... una bondad que lo atormentaba y lo atraía poderosamente. Él quería... deseaba esa bondad como no había deseado nada en su vida. Quería apoderarse de esa inocencia, de esa luz. ¿Pero por qué?, se preguntó.

—¿Dónde os han herido? —repitió ella.

Y él volvió a mirarla.

—En la ceja...

Ella levantó ambas manos, lentamente, y extendió sutilmente sus dedos sobre el rostro masculino.

Salvatore cerró los ojos cuanto ella lo tocó. Se estremeció, y lo invadió un sentimiento. Si es que él tenía sentimientos. Y fue algo potente, arrasador. No supo qué era.

Abrió los ojos y la vio estremecerse cuando percibió la sangre seca que estaba pegada a su barbuda mejilla. Ella acarició ambas mejillas.

Él gimió. Se sintió tan infinitamente complacido, como si hubiera comido, bebido, y tenido hasta el hartazgo.

—¿Es esto sangre? —susurró ella.

—Sí.

Ella siguió el rastro de la sangre seca con sus dedos, con una suavidad tal, solo creíble en alguien que toca para ver.

Y él permaneció allí, frente a ella, en medio de la noche y de la brisa, observándola. Siempre observándola. Sintiendo.

Charlotte llegó al corte sobre la ceja. Y al llegar allí se contrajo la expresión de su dulce rostro. Lo tocó tan delicadamente que no produjo dolor alguno al capitán.

—Necesitáis que laven la herida —bajó ella su mano — Y que la cosan. Os producirá fiebres si no lo hacéis. Es necesario que Francine envíe a alguien para que os atiendan.

Pero él no estaba pensando en la herida ni en las fiebres. Él quería decirle que la había llevado al establo aquella noche para que conociera a su purasangre. No para hacerle daño. No para violar su cuerpo. Él nunca...

—Soy un canalla, *angelo*. Un... un malvado. Os he raptado, os he apartado de vuestro padre, pero... juro que no os llevé al establo para haceros daño alguno. —Y entonces su voz se volvió grave, como si fuera una reflexión, un susurro—. Yo nunca os haría daño. No a vos... jamás a vos.

Charlotte guardó silencio ante aquella revelación. Le creía.

—Solo pretendíais que conociera a Cesar —terminó diciendo ella por él, y volvió a alzar sus manos y a acariciar la barba y las mejillas masculinas.

Él asintió sin más, olvidando en su estupor etílico que ella no podía ver ese gesto. Pero sí pudo, porque lo sintió a través de sus manos.

—¿Por eso habéis venido a buscarme? ¿Entonces era eso lo que deseabais decirme?

—Sí.

Había necesitado decirle aquello, tanto como respirar para vivir. Fue Charlotte quien asintió esta vez. Se quedaron ambos en silencio, contemplándose. Él, con sus negros ojos y su oscura alma. Ella, con sus blancas manos en el rostro barbado, con sus ojos limpios y brillantes. Él, perdido en esos ojos violetas cubiertos de largas pestañas doradas, perdido en la bondad de esa mirada. Ella, perdida en el sonido de la

respiración de él, en la fuerza y el calor de su cercanía.

—Una vez transmitido vuestro mensaje —dijo ella en voz baja—, y os aseguro que lo comprendo...y os creo, es conveniente que ambos descansemos.

Ella intentó retirarse. Pero él tomó su blanca y pequeña mano en la suya, morena, grande y tosca.

—No me rechacéis, *Carlotta*.

—Es necesario que atiendan la herida.

—Hacedlo. Curad mi herida con vuestras manos.

Otro silencio mutuo.

Y después, ella asintió.

—¿Me haréis daño si entramos solos en la habitación?

Había agua fresca y paños limpios allí.

—No —respondió tajantemente el capitán—. Os lo juro.

Charlotte hizo silencio de nuevo. Pensando.

Él la miraba fijamente.

—Llebadme adentro, entonces. Os limpiaré la herida, puedo hacerlo.

—Lo sé... sois magnífica, *angelo*. Sé que no hay nada que no podáis hacer.

Solo ella podría limpiar su herida, se dijo el capitán.

El capitán Cuervo la llevó a la habitación tomando su mano con su acostumbrada insolencia. Entrelazando sus dedos morenos y gruesos con los pequeños y finos de ella. Y Charlotte se lo permitió.

Al entrar, ella encontró la forma de separar sus manos fingiendo buscar la jofaina, pero él la siguió y extendió su brazo, tomó desde atrás de ella un paño limpio que colgaba al lado del recipiente. Lo hizo para rozarla, todo deliberadamente, con todo su cuerpo. Ella bajó con timidez su rostro al percibir la fuerza contenida del cuerpo de ese hombre detrás del suyo, pero no se movió del sitio. Y tampoco tuvo miedo. El miedo inicial, el que había sentido cuando había salido de la habitación... se había esfumado.

Salvatore sumergió el paño en el agua. Después condujo a Charlotte hacia una silla, se sentó y la situó a ella frente a él entre sus enormes piernas separadas rozando la falda de su vestido. Le entregó el paño tomando su mano y depositándolo en esta. Cerró los ojos cuando ella comenzó a limpiar la mejilla y la barba con ambas manos. Con una mano lo tocaba ligeramente, como una guía, siguiendo el rastro de sangre seca, y con la otra limpiaba.

Él abrió los ojos después, mientras Charlotte se dedicaba al aseo de la herida. Contempló la fina silueta femenina entre sus robustas y largas piernas. Miró sus propios pies calzados en las toscas botas negras que le llegaban hasta la rodilla. Y

miró las puntas de los pies de ella bajo el ruedo del vestido. Observó sus caderas suaves, la cintura que era tan fina, pensó. Toda ella era fina. Y él... el más ordinario y bruto de los hombres, se dijo.

Siguió subiendo la vista. Y retiró la estola que le cubría la cabeza a ella, dejando la larga cabellera rubia al descubierto y suelta.

Ella no se lo impidió y tampoco se inmutó cuando lo hizo. Siguió haciendo lo que hacía. Pero Charlotte estaba triste. Él había ido en busca de una mujer. Y no creía en absoluto que él no hubiera hecho... eso, con la moza de la taberna.

«¿Y a ti qué te importa dónde y con quién ha estado?», la amonestó su consciencia.
«Me duele, eso es todo», contestó su corazón.

La tristeza se reflejó en el rostro de Charlotte. Y Salvatore se sorprendió. Como si pudiera leer en sus ojos, dijo arrastrando cada palabra debido a su estado de ebriedad:

—No he tomado a la mujer esta noche, *Carlotta*... Lo juro, *la mia bella donna*. *Io sono il tuo schiavo*...

El paño húmedo se detuvo. La mano que hacía de guía también.

—No se debe hablar sobre esos temas a una dama, capitán. Es una conversación obscena e inapropiada. Y vuestros actos no me incumben.

Reanudó la cuidada limpieza.

—Ah, pero sí os importan, *mi angelo*. Lo veo en vuestros *bellizzimos* ojos. Son sinceros como vuestra alma... y todo lo dicen. Hay tristeza en ellos, porque pensáis que he tomado a la moza.

Charlotte no pudo evitar la vergüenza de aquella verdad. No lo negó. Y debió hacerlo.

—No he tomado a la moza —repitió él, tomando un mechón del pelo de Charlotte y comenzó a enrollarlo en su dedo, fascinado por su brillo y por el tacto suave, y habló con anhelo—. No era ella quien podía saciarme. Os deseo tanto... *Carlotta*. Os deseo desde el mismo momento en que aparecisteis en la cubierta del mercante. Pero no puedo tomaros por la fuerza... no puedo. ¿Acaso lo comprendéis?

El paño húmedo se detuvo de nuevo.

El corazón de Charlotte se contrajo.

Aquellas eran las palabras de un hombre ebrio. Solo así podría explicarlas.

—Ah... *bellezza*. Yo deseo vuestra piel. —Le tocó el dorso de la muñeca con un dedo—. Deseo tanto vuestro cuerpo. —Cerró sus manos en su cintura. Y Charlotte perdió el aliento—. Pero ...yo siempre he tomado lo que quiero... siempre, pero ahora no puedo... si lo hiciera me odiaríais para siempre...

Solo un hombre bebido pensaría que la deseaba a ella. Era esa la explicación. Ningún hombre en su sano juicio se fijaría en ella, por muy rufián y canalla que

fuera. Ella jamás sería amada, jamás tendría su más ansiado sueño: ser madre. Jamás conocería el amor de un esposo, ni tendría un hijo en sus brazos, ni cuidaría de ellos, ni de un hogar. Por eso su padre la había abandonado por tantos años, la había ocultado. No lo culpaba. No había nada que hacer por ella.

Él bajó sus manos a las caderas de Charlotte.

—Me atormentáis con vuestro cuerpo, *mi angelo*... —dijo absorto mientras observaba sus manos puestas en las suaves curvas—. Pero hay algo que deseo mas... Quiero que sea mío y solo mío, aparte de vuestro cuerpo, quiero esto para mí. —Puso un dedo moreno y tosco sobre el pecho izquierdo de Charlotte. Señalaba el corazón—. Quiero que sea mío. ¡Maldición... estoy duro otra vez! ¿Ni siquiera sabéis de que hablo, verdad?

Ella lo negó. Aunque no era del todo cierto. Comprendía casi todo.

—Ah... porque sois un *angelo*...

A pesar de todo, él no la miraba con lascivia, sino fascinado, como si estuviera descubriendo algún tesoro.

—Por las noches os veo, *Carlotta*. —Charlotte lo dejó hablar y ella reanudó sus cuidados—. Sueño con vuestra voz. —Y la miró con sus ojos turbios y vidriosos.

El capitán continuó balbuceando frases como aquellas, algunas en inglés, otras en italiano. Algunas acompañadas de palabras soeces y vulgares.

Y ella se ruborizaba, su respiración se agitaba al oírlo. Pero aun así, le parecieron las confesiones de un hombre ebrio y nada más. Nada reales. ¿Cómo podría un hombre de mundo como él soñar con ella?

Mientras hablaba, el capitán subió sus manos por los costados del torso femenino y las situó justamente debajo del busto de Charlotte, sus pulgares tocaban la parte inferior de cada pecho y comenzaron a formar perezosos círculos.

La respiración de ambos se volvió irregular.

—Decidme que ningún hombre os tocará, *angelo*. Pienso en ello en las noches al timón. Quiero... matar cuando pienso que otro desee poner un dedo sobre vos. Decidme que no, que nadie más lo hará. Decidlo, milady.

El rostro de ella ardió de vergüenza. No eran más que las cavilaciones de un borracho, pero aun así se limitó a responder, a negarlo con un suave movimiento de su cabeza.

—Nadie más.

Salvatore sonrió. Era la mueca de un demonio. Suspiró infinitamente complacido.

—Decidme que puedo cubrir vuestros hermosos pechos con mis manos. Y que no os repugna que os toque. No soy un hombre de esos que recordáis... un caballero, solo soy un hombre que mataría por teneros. Dejad que os toque esta noche, *Carlotta*.

Solo un poquito... me conformo con eso.

Y tras decir aquello, sin esperar respuesta, él deslizó sus enormes manos y cubrió suavemente los pechos de Charlotte. No fue brusco. Los tocó reverencialmente, como si fueran algo que adorar.

Ella luchó porque su cuerpo no se derritiera, por no languidecer y caer al suelo.

—Jurasteis que no me haríais daño —susurró ella, sintiendo a la vez la tibieza de ese sentimiento que la recorría al sentir que aquellas manos grandes y tibias bajo sus pechos. Al sentirlo a él.

—Y no lo haré.

—No es forma de tocar a una dama, capitán. Por favor. Es pecado, por favor...

—Salvatore... decid mi nombre. Al menos una vez. Quiero oírlo de vuestros labios.

—*Seilvathor* —murmuró ella tímidamente —Por favor.

Salvatore respiró profundo al oírla pronunciar su nombre de aquella forma tan dulce. Su nombre fue mal pronunciado, pero a él le supo a gloria. Detuvo el movimiento de sus manos y las retiró.

—Muy bien, milady. Apartaré mis manazas. —Y la miró fijamente—. A veces pienso que habéis arrojado sobre mí un hechizo, que no sois un *angelo* sino una bruja del mar.

Ella guardó silencio. Inspiró profundo. Y consiguió reanudar la limpieza de la herida. Después limpió la barba del capitán lo mejor que pudo. Mientras se dedicaba a ello, escuchaba la respiración del hombre. Se estaba haciendo cada vez más serena y pausada.

«Se está durmiendo», pensó ella.

Pero mientras se dormía, ella no supo que él la contemplaba enteramente, aprovechando de nuevo su invidencia. Con la lentitud propia de los ebrios que llegan a la última etapa de su embriaguez, Salvatore la recorrió al completo con sus ojos. Hasta que apoyó su rostro sobre el valle de los pechos de Charlotte, más bien lo dejó caer.

Ella dio un respingo, dispuesta a reprenderlo por incumplir su promesa una vez más.

—Deseo teneros, *bellezza*... mía, sí —balbuceó mientras se iban cerrando sus ojos—. Por esta noche os escapáis nuevamente de mi...

Y se quedó dormido finalmente. Su cara cayó justamente entre los pequeños pechos firmes, convencido de que estaba conociendo un pedazo del Cielo, respirando el exquisito olor a lilas que había anhelado toda la noche en el burdel.

—Oh... —susurró Charlotte—. ¿Ca...*Seilvathore*?

Lo que obtuvo por respuesta fue un ronquido.

«Se ha dormido finalmente». Sin embargo, los brazos duros del pirata estaban bien ajustados alrededor de su cintura.

Entonces tuvo un impulso.

«No lo recordara. Está dormido», se dijo.

Lo había tocado en varias ocasiones. Pero nunca había tenido una oportunidad como aquella. La oportunidad de... conocerlo realmente, de saber cómo era, de poner a su voz un rostro.

Estaba mal. Él era su captor. Pero ella ansiaba, como había ansiado cada noche, poder tocarlo libremente y dibujar su rostro en su mente.

Así que alzó sus manos y las depositó de nuevo, suavemente, sobre la cabeza del temido y cruel capitán Cuervo, quien en ese momento solo era un hombre, y además un hombre vulnerable.

Ella movió sus manos y percibió el pelo crespo, largo hasta los hombros, sujeto con una cinta de cuero.

En ese momento quería tocar su nariz.

—¿Milady? —asomó la cabeza Timothy.

Charlotte bajó las manos. Ya sabía quién era. Timothy los había acompañado en el carruaje cuando fueron en busca de Hazhim y también era uno de lo que había perseguido al niño para intentar llevarlo al barreño con agua y que tomara el baño.

Ella se llevó un dedo a la boca.

—Sshhhhh... ayudadme a llevarlo a la cama. Además, alguien debe coser la ceja. Ha parado de sangrar, pero deben hacerlo. Sería propicio ahora que... digamos que está tranquilo.

—No creo que pueda moverlo yo solo —susurró Timothy. Era un chico fuerte pero el capitán era un hombre muy grande y estaba ebrio—. Volveré con alguno de sus hombres.

Ella asintió. Y se quedó allí en silencio, con la respiración de él entre sus pechos. Él era el hombre que más cerca había tenido en su vida.

«No lo recordará», volvió a decirse. Así que reanudó su exploración. Tan solo tenía a su disposición un lado de la cara. El izquierdo. El derecho reposaba sobre sus pechos.

«Sera suficiente», pensó.

Con la punta de sus dedos recorrió una frente ancha, no mucho, y una nariz de puente recto. Era una nariz grande, eso pudo sentirlo. Después la cuenca del ojo. Las cejas eran gruesas; pensó mientras pasaba delicadamente un dedo por la que tenía la herida. Luego llevó su dedo a un pómulos fuerte, definido. La barba era espesa pero recortada. Le cubría toda la cara, eso ya lo sabía, y se expandía por una mandíbula

fuerte, cuadrada. Era un hombre de línea toscas, concluyó.

—*Angelo...* —balbuceó el capitán. Sus manos puestas en el mismo lugar, en las caderas de Charlotte.

Ella se detuvo, temiendo despertarlo. Esperó a oír su respiración acompasada. Y como escuchó los pasos de Timothy que se acercaba junto con otras personas, ella alzó su dedo índice finalmente y tuvo el mayor atrevimiento de su vida. Le tocó los labios, aquellos que había sentido sobre los suyos.

Su corazón se aceleró, subió a su garganta y martilló sus oídos. Allí latió con más fuerza. Se sintió infame al aprovecharse de la embriaguez del hombre para tocarlo, pero alivió su consciencia pensando que no volvería a tener otra oportunidad. Cuando volviera con su padre, no estaría nunca más a su lado. No volverían a estar juntos. De esa forma siempre, al menos, podría recordar cómo era.

Sintió bajo su dedo el bigote que se unía a la barba, y entre ellos había unos labios tal y como los había sentido, delgados, firmes, pero suaves y tibios. Y entonces recordó que esa noche, esos labios habían besado a otra mujer... o a varias.

Y volvió a sentir dolor en su pecho. Y volvió a sentirse poca cosa, alguien que viviría eternamente sola.

—*Milady...*

Francine habló en voz baja.

La posadera y antigua pirata se acercó y se ofreció de apoyo al capitán. Este gruñó y se rehusó a separarse de Charlotte. Pero finalmente Timothy, Wilkinson y Guido lograron levantarlo, con mucho esfuerzo, y dejarlo en la cama.

Charlotte fue guiada de regreso a su habitación aquella noche, junto a la hermana Rose. Hazhim se despertó, había puesto su jergón afuera junto a la puerta.

—Pronto amanecerá, Hazhim. No os levanteis. —Y lo tocó en el hombro cariñosamente.

Él niño, con los ojos a medio abrir por el sueño sonrió y cayó de nuevo en los laureles del descanso.

CAPÍTULO 17

Niños riendo, corriendo, gente hablando. Alguien que sacaba agua del pozo, alguien que daba órdenes, chicas que también reían y hablaban.

Y aquellas tonadas suaves. Tal vez había muerto en la pelea con el gigante y estaba en el infierno. ¿Pero en el infierno se oían tonadas musicales angelicales?

Y aquel dolor de cabeza atroz. Para colmo del mal, la noche anterior no bebió su ron sino grog, hecho con un alcohol de caña que se cultivaba en Liberty. Parecía agua, pero era fuego.

Le dolía la mandíbula y la cara por los golpes recibidos en la pelea con el gigante. Se tocó la frente y luego la ceja. Se la habían cosido.

Gruñó varias imprecaciones y se tapó los ojos con el antebrazo. Y lo único que le causaba alivio eran aquellas tonadas y el recuerdo de aquellas manos suaves limpiando su cara. Aquel olor a lilas y jazmín en sus sentidos. Recordaba haber puesto sus manos sobre las mansas curvas de la dama... su dama. Su ángel.

Se rascó la barba con desdén y se frotó los ojos. Los abrió como dos rendijas y se fijó en dónde estaba. Aquellos no eran los aposentos que Francine le había asignado en la posada.

Después se dio cuenta de la presencia de alguien allí.

Levantó la cabeza, a pesar de que le retumbaba como los cañones de un galeón, y se encontró con la espalda de su grumete vertiendo agua limpia en la jofaina.

—Grumete —fue un gruñido en voz baja. Jamás volvería a beber aquel brebaje de Liberty.

Hazhim giró de inmediato.

—Capitán.

Se puso a su disposición.

—*La donna*, ¿dónde está?

—Esta afuera, capitán, junto a la hermana Rose.

Volvió a rascarse la barba. Pero, al pensar en ella se aceleró su corazón como si fuera

un mozalbete. Se dejó caer de nuevo en las almohadas y volvió a recordar las manos del ángel en su rostro. También recordó todo lo demás. La cena, aquello que habían hablado, su sonrisa, la ilusión en su rostro cuando tocó a Cesar y luego... luego ella huyendo de él. Despreciándolo.

—¿Un poco de ron?

Salvatore miró con enfado al grumete. Sí, tomaba un poco de ron todas las mañanas para aclarar la garganta. Pero esa mañana no. No quería que fuera ese el primer olor del que ella se percatara ante su cercanía. Él ya era consciente de que Charlotte, por su invidencia, tenía agudizados todos los sentidos de los que disponía, uno de ellos: el olfato.

—No. Esta vez no. Solo té.

El capitán era de mala resaca, pero nada perezoso. De inmediato se puso de pie, se lavó las manos, la cara y el cuello con el agua de la jofaina, y se encendió un puro. Después tomó la taza de té humeante que le había traído Hazhim.

Mientras bebía, caminó hacia la ventana. Y casi derrama la bebida caliente sobre sí.

—¿Es milady quien toca, capitán! —se adelantó Hazhim a decir, como si el capitán no pudiera verlo por sí mismo.

Pero su negra mirada no se había detenido en el viejo pianoforte que tocaba Charlotte, sino en el sano y apuesto muchacho rubio que estaba sentado junto a ella, hablándole, sentado muy cerca de ella, y ella riendo con este, tan serena y cómoda.

Una oleada feroz de celos y de negra ira nació en su cuerpo y en su mente.

—¿Quién es ese bellaco? —preguntó sin quitarle los oscuros y enardecidos ojos de encima al joven.

Hazhim estaba contemplando la escena, pero con otros ojos, los de la admiración.

—Es Timothy, capitán —dijo como si fuera un tonto al que se dirigía.

¿Quién diablos es Timothy?

—No lo recuerdo, ¿debería? —dijo con falsa calma, pues lo que ardía en su mente y en su cuerpo era pura furia y nada de calma.

Seguía mirando y mirando, con la expresión cada vez más pétrea. Llegó a ser asesina cuando el mozo tomó de la mano a Charlotte entre las suyas.

—Bribón, hijo de... —murmuró.

Pero en ese momento acudió un sirviente con más agua para el baño del capitán. Sus resacas solo pasaban después de un baño de agua fría. Y detrás de este entró Guido.

El capitán no retiró su mirada. Charlotte volvió a reír junto al muchacho. Y a él le hirvió la sangre.

El contramaestre le dijo algo que no escuchó. Solo desvió su mirada para ponerse

una camisa limpia y salió como alma que llevaba el diablo.

«Una ciega que toca el pianoforte», se había corrido la voz en la posada y los niños fueron a verla y oírla. Y no solo los niños, sino algunos adultos también.

Charlotte, como toda dama de la nobleza, había aprendido desde muy temprana edad a tocar un instrumento. Y en la abadía tocaba un pequeño órgano durante las misas de las monjas. Lo único triste era que solo tocaba algunas melodías que recordaba y para las que no necesitaba notas. A veces venían a su mente tonadas que ella misma creaba. De hecho, tenía una corta melodía propia.

Estaba rodeada de los mozos y empleados de la posada, de los niños, de la hermana Rose y de Francine Gaspard. Todos oían con mucho agrado la melodía interpretada.

Para Salvatore, ella estaba a solas con un hombre que no era él, un intruso que estaba sentado a su lado, sonriéndole como un bellaco enamorado.

—Milady —la interrumpió la hermana Rose, sonriendo a Timothy—. Me gustaría hablar en privado. Siento interrumpir —dijo a todos los niños y adultos que estaban alrededor de Lady Campbell.

El tono de voz perentorio de la hermana Rose le indicó a Charlotte que había conseguido más información sobre el Monasterio de Jesuitas. Ella temía tanto. No estaba segura de que aquel plan fuera a funcionar, de que fuera lo correcto. Temía mucho y no solo por el descabellado plan de aventurarse en aquella isla, porque ya se la había descrito Hazhim: «esta isla tiene un bosque más tupido que en Inglaterra».

Sino que temía mucho al capitán. ¿Qué ocurriría cuando notara la ausencia de sus prisioneras?, ¿qué ocurriría con Francine, con Hazhim, con Timothy?, con todos aquellos que debían mantenerlas vigiladas. ¿Qué castigos recibirían ellos, y cuáles para ella y para la hermana Rose si las capturaba? Recordaba aquel hombre, Khalid. Recordaba sus lamentos tras cada latigazo y después... el disparo. La muerte.

—Debo irme. —Timothy se puso de pie y se llevó a los niños. Estos se despidieron de Charlotte. Ella levantó su mano y se despidió de todos con una sonrisa—. Milady, ¿vendrá con nosotros al paseo por la playa? —preguntó el joven antes de marcharse.

—Oh, sí. Por supuesto.

El muchacho sonrió ampliamente y se marchó.

—Entonces terminaré mis tareas cuanto antes. Iré a buscarlas a la taberna, antes de la comida.

Francine le había dicho que deberían visitar la playa de la isla. Aguas como el cristal puro, tranquilas, sin olas, de marea baja, arena suave y tibia, fresca brisa de mar. Entonces habían sugerido ir la hermana Rose, Francine, Timothy, Charlotte y

por supuesto Hazhim.

—El monasterio no está lejos, Charlotte. Los monjes jesuitas suelen acudir al puerto para vender la miel que preparan. Me lo ha dicho Josephine.

No había servicio religioso en aquella isla de páganos, pero algunos como Francine o Josephine solían visitar la ermita del monasterio y oír la Santa Misa.

—Vienen los sábados, es decir, mañana. Estoy segura de que podemos pedirles ayuda.

—¿Pero qué pueden hacer ellos?

—Estoy segura de que reciben correspondencia de la Orden, Charlotte. Deben contar con alguno de los marineros para ello. Alguien debe de servirles para ese propósito. Podríamos escapar, pedirles que nos lleven a Nueva Inglaterra junto a vuestro padre. Podríamos pedir resguardo en el monasterio o que al menos lleven una nota a vuestro padre con su emisario.

Charlotte seguía dudando.

—Muchacho...

Timothy se detuvo ante la oscura figura, ante los ojos negros y fríos que lo miraban como un depredador.

—Capitán.

Timothy asintió a manera de saludo, no dijo nada más al respecto. Bajó la vista siguiendo los consejos de Francine. Ella conocía mejor a ese hombre. Era impredecible, peligroso, cruel. Quién no había oído las historias que llegaban a Liberty sobre el Cuervo. No eran meras historias de piratas. Eran reales.

Salvatore recordaba al joven. Era un crío adoptado por Francine Gaspard. Un niño de los muelles de Liberty que ella había rescatado y criado.

Creyendo que no era más que un saludo, el joven pretendió seguir su camino. Pero una mano pesada y hostil en su hombro lo detuvo.

—¿Qué hacíais al lado, tan cerca, de la dama? —preguntó el Cuervo. Su voz baja, acerada, gélida.

—Capitán, solo acompañaba a milady. Ella me estaba enseñando la forma de tocar el instrumento, aunque poco puedo yo aprender. Solo oía la música. Milady es... impresionante.

—¿Y para oír la... música, la tomáis de la mano? Escuchad lo que voy a decir, pequeño bribón —dijo con desprecio— porque nunca repito al mismo hombre... lo que ya he explicado.

El capitán Cuervo se acercó aún más al joven, cerniéndose sobre él como una

sombra oscura.

Timothy tragó en seco para aligerar su garganta. La mirada del pirata estaba tan vacía, tan carente de piedad.

—La dama me pertenece —dijo mientras lo humillaba con su supremacía física haciéndole dar varios pasos atrás—. Mía... —susurró con una risa burlona y oscura—. No volváis a tocarla, mozuelo estúpido. *¿Capisco?* Ni un solo pelo, ni un dedo... porque lamentareis haber nacido.

Después de un instante de un tenso silencio, el Cuervo se fue sin hacer ruido, sin esperar respuesta.

Francine, desde la ventana, vio el intercambio de palabras entre el pirata y el muchacho. No las oyó, pero las imaginaba. El joven no sabía que el Cuervo podría rajarle la garganta por mucho menos que por volver a mirar a la dama. Nunca había visto a ese hombre en ese estado.

Charlotte dudaba del plan de la hermana Rose. Ellas aún susurraban, hablado en voz baja, estudiando la posibilidad de llevar a cabo la huida.

—*Buongiorno, signorina.*

Ella levantó su rostro por la sorpresa y temió que las hubiera oído.

¡Oh, Dios, que no fuera así!

—Buenos días —contestó tan solo Charlotte. El olor del puro llegó a sus sentidos y supo que él se había acercado más.

La hermana Rose dio un respingo por la sorpresa. Se puso de pie tan pronto pudo recuperar el aliento, dispuesta a mentir si el capitán había oído algo, a negarlo todo. Pero la mirada oscura, malvada, de infinita posesión y fascinación que aquel demonio depositó sobre Charlotte le indicó que no había oído nada. Oh, Dios, tenía que apartar a Charlotte de las garras de ese hombre cuanto antes. Tenía un presagio maligno. Algo le decía que ese hombre no dejaría marchar a la hija del barón, ni siquiera a cambio de mil libras en oro.

El capitán Cuervo miró a la religiosa con desdén, con gesto autoritario, y luego le brindó una sonrisa burlona, malvada.

«Descarado, rufián, inmoral», pensó la Rose.

—Milady, he recordado que la señorita Gaspard me pidió atender a uno de los criados de la posada. Sufre de gota. Pero... estaré cerca —dijo Rose, y se apartó con gesto aireado.

Se fue intranquila, dejaba sola a Charlotte. Allí estaban los hijos de la servidumbre que jugaban al rededor, también los mozos del establo sacando agua del pozo, pero

todos ellos no podrían hacer nada si aquel demonio decidía hacerle daño.

Salvatore le dio la espalda a la hermana Rose desinteresado absolutamente por su partida, pero interesado, embelesado, por aquella otra persona que se hallaba serenamente sentada en el banco del piano.

Charlotte hizo silencio. Descansó sus manos en el regazo esperando que él dijera algo.

Silencio y olor a puro.

Entonces pensó que él no tenía nada que decirle. Ella aún seguía herida, estúpidamente herida por las confesiones del capitán. Él había acudido la noche anterior a uno de esos lugares de perdición después de acariciarla a ella, de besarla. Había acudido en busca de los favores de otra mujer. ¡Era repugnante y no se lo perdonaría jamás! No se entendía a sí misma. No entendía por qué jamás le perdonaría aquello, pero en ese momento era lo que sentía. Lo que sintió durante toda la noche. Decepción. Tristeza. Y recordó que ella no era nada ni nadie para ese hombre.

—A fe mía que guardáis muchos secretos, milady, y que tenéis muchas habilidades. Tocáis este instrumento... como los ángeles.

Charlotte no recibió el halago de buen grado y se dispuso a ponerse de pie dejando caer suavemente la tapa de las teclas del piano. Había memorizado el camino a la posada. Francine podría guiarla a su habitación. O a cualquier otro lado.

—¿A dónde vais? —preguntó él—. ¿Os he dado permiso para que os marchéis?

Salvatore observó la expresión de fingida indiferencia de lady Campbell. Eso lo enfureció aún más.

—No recordaba que además debía pedir permiso para moverme. Pero... soy vuestra prisionera.

La mirada del capitán se volvió gélida.

—Está haciendo calor —siguió diciendo Charlotte con toda la indiferencia que le era posible mostrar—. Si lo permite, buscaré otro lugar donde haya un poco de fresco. Disculpad.

—No, no os disculpo, y no podéis ir. Ahora, tocad para mí.

—Estoy cansada. No deseo tocar más.

—He dicho que toquéis para mí.

Charlotte se resignó. Se sentó dignamente y abrió la tapa del teclado.

Él se acercó de la forma en que siempre lo hacía: demasiado e inapropiadamente.

Ella comenzó a tocar, ignorando deliberadamente la cercanía de aquel hombre que en ese momento olía a jabón y a tabaco.

—*Carlotta*, creí que tocar era imposible, si no podéis ver. Me sorprendéis cada

día... ¿Cómo lo hacéis?

—Tocaba antes de perder la vista. Veo las notas en mi imaginación. Las recuerdo. Siento las teclas.

Tocaba una tranquila melodía, sin dar lugar a continuar la conversación.

Salvatore observó el pianoforte. No estaba en muy buen estado. En aquella isla no había ninguna mujer instruida para tocar un instrumento como aquel. Solo se oían tonadas vulgares en los burdeles, tocadas por marineros borrachos convertidos en músicos improvisados.

—Es obvio que tocáis aún y muy bien. Sois sorprendente... magnífica.

Ella se mantuvo en silencio. Si él creía que con halagos borraría de su mente aquel aroma de perfume dulce y rancio, sus palabras de la noche anterior, aquello que había estado... haciendo, estaba muy equivocado.

—¿Aún tocáis?

—En la abadía toco el órgano durante el sermón.

Él la contemplaba y oía, maravillado.

Charlotte suspiró, siguió tocando y lo ignoró de nuevo.

El capitán Cuervo, sentado a su lado, pensó complacido y henchido que ese era su legítimo lugar. Suyo y de ningún otro hombre. La observó tocar. Observó sus manos blancas, de dedos y muñecas delicadas discurrir suavemente sobre las teclas. Tuvo celos de las teclas.

—Me gusta, es una hermosa melodía —susurró él mientras disfrutaba de la melodía que aliviaba su dolor de cabeza y su resaca, y de la visión del sereno semblante de ella mientras tocaba—. Aunque no sé más que de canciones de bur... pero es mucho más hermosa quien toca la melodía. Esta mañana estáis aún más preciosa, *signorina*.

Seguían los halagos y Charlotte cada vez más sentía la ira crecer en su interior. Ella jamás había sentido algo así.

—Señor, me habéis demostrado otro de vuestros... atributos. El de mentir.

Mentiroso. Porque él había mentido también anoche, cuando le había dicho que no había hecho... eso con una mujer.

Mentiroso. Si ella le resultaba hermosa, él no habría ido a uno de esos lugares de perdición sobre los que la hermana Rose le había advertido al bajar a tierra en la isla. ¿Pero qué podría esperar de un hombre como él? Y la misma pregunta que la acosó toda la noche, volvió a su mente: «¿Qué te importa?... es cruel, un villano, un hombre cruel e indecente».

Por su parte, al capitán no le gustaba nada ese tono insolente, esa postura de dama indiferente. Al joven Timothy le había sonreído y a él le demostraba indiferencia.

Y su paciencia llegó por eso a su límite esa mañana.

La tomó del brazo bruscamente para estrecharla con insolencia a su cuerpo. Casi la sube a su regazo.

Las notas de la melodía cesaron con la misma brusquedad y Charlotte reprimió un chillido.

—Decidme, ¿para mí no hay sonrisas, *signorina*? ¿Las dais solo a los mozos de las cuadras? ¿Permitís que os acompañe un sirviente?, uno que es tan indigno de vos como yo.

—No sé a qué os referís.

—Ofrecéis vuestra alegría —continuó diciendo entre dientes— a cualquier hombre que se siente a vuestro lado, pero no a mí. Decidme... ¿qué más le habéis dado, milady?, ¿por qué no a mí, también?

Charlotte se llenó de indignación. Las palabras del pirata le resultaron groseras e inaceptables. Era ciega, pero no privada del entendimiento.

—¿Cómo os atrevéis a insinuar algo así?! —Trató de zafarse, pero fue imposible.

—Yo no insinúo, milady —contestó él, su voz se endureció—. ¿Por qué sonriáis a ese bellaco?, ¿por qué dejabais que tomara vuestra mano?, ¿por qué dejáis que os toque, por los clavos de Cristo, y a mí me rechazáis!

Ella se mantuvo en silencio. Estaba impresionada de aquella reacción en él. ¿De verdad él creía que había permitido algo impropio a aquel agradable joven? ¿Y acaso no era impropio lo que le había permitido a él?

—¿Desde cuándo ese imbécil toma vuestra mano?

—¡No sé de qué habláis! —la indignación la asfixiaba, y luego pensó un poco. Estaba aturdida debido a la cercanía del capitán.

—Ah, ¿es que son muchos los que toman en esta posada vuestra mano? Pero si apenas llegamos hace dos días —replicó con odio.

—¡Timothy solo oía la música, como todos los demás! Y después solo hablábamos.

«Timothy», pensó Salvatore con furia.

Además, lo llamaba por su nombre. Y a él lo llamaba señor o capitán.

Sintió deseos de estrangular al mozo con sus propias manos... ¡y a ella también! Y por eso la soltó de repente y se apartó lleno de ira para después encararla. Su voz ya era malvada. La voz de un demonio, pensó Charlotte.

—Anoche os lo advertí, *Carlotta* —susurró—. No juguéis a agotar mi paciencia.

Pero ella no se amilanó ante aquellas palabras. Varios sirvientes de la posada se acercaron para ver lo que ocurría. Los niños habían echado a correr tan pronto había aparecido el capitán.

Francine miraba asustada desde la ventana. Temía por la dama.

—¿Agoto vuestra paciencia por compartir una conversación con ese pobre chico?

Aquello enfureció más al capitán.

—No es un pobre chico. Es un hombre y os mira como hombre —masculló entre dientes—. Y lo llamáis por su nombre y dejáis que os tome la mano y se siente a vuestro lado. Sin embargo, rehusáis decir mi nombre y os espantáis de mi sola presencia.

¡Como podía ser tan cara dura!, pensó Charlotte. Timothy no la había raptado. Él, sí. Timothy no había pasado la noche bebiendo y buscando los favores de las mujeres del muelle. Él, sí.

—Timothy es un joven amable. Y os recuerdo que él no me ha raptado, ¡señor!— enfatizó la última palabra deliberadamente—. Solo le daba un poco de conversación. Pero no creo que vos podáis decir lo mismo de vuestros actos de anoche. ¡Es obvio que anoche vuestra merced estuvo haciendo algo más que hablar y que le han tomado algo más que la mano. Aún me causa náuseas recordar vuestro olor a licor! Soy ciega, señor, pero mi nariz está perfectamente bien.

Acto seguido, Charlotte giró aireadamente, su rostro con la boca apretada, pensando en que él había ido a ese lugar para... ¡para eso que había dicho! ¿Cómo se atrevía a poner en duda su decencia por hablar con un joven amable frente a un grupo de niños, frente a la Hermana Rose?

El capitán guardó silencio ante el repentino acceso de ira de Charlotte. Le divertía, sí. Nunca la había visto en ese estado. ¡Que lo colgaran si ella no estaba celosa!

La ira desapareció de su rostro. Y una sonrisa taimada y socarrona se dibujó en él.

—Por lo tanto, aunque sea vuestra cautiva, señor —continuó diciendo Charlotte—, puedo permitirme hablar... y... y dar mis sonrisas a quien desee y... y aceptar, si así lo deseo, que me tomen la mano... ¡será mi decisión! —añadió con un atrevimiento del que ni ella misma se creía capaz.

¡La abadesa jamás habría consentido que ella hablara de esa forma!

Pero ella no estaba, penosamente, con la abadesa sino con un libertino y rufián pirata que había regresado la noche anterior apestando al perfume de una mujer de la noche.

Y con aquellas últimas palabras la sonrisa burlona del pirata desapareció subrepticamente. Salvatore volvió a acercarse como una pantera negra y fiera. La tomó por la cintura bruscamente. La levantó casi en volandas. Los pies de Charlotte estaban a unos veinte centímetros de distancia del suelo pendiendo como campanas.

Ella intentó resistirse, pero la había estrechado con fuerza. Sus brazos estaban doblados y atrapados contra el enorme torso de aquel hombre.

—Por todos los infiernos que sois mi prisionera —convino en un tono de voz sereno, oscuro, nefasto—. Mía —repitió entre dientes—. Si queréis reír, vuestras

sonrisas serán para mí y para nadie más. Seréis contemplada por mí y por nadie más. Yo tomaré vuestra mano, milady. A mi darás conversación. Y si algún bribón, con o sin vuestro agrado, os toca tan solo un pelo de vuestra cabeza o se acerca para algo que no sea prestaros ayuda, lo mataré. —Su tono de voz era tan oscuro, tan amenazante—. Así que pensadlo muy bien cuando toméis... ese tipo de decisiones —sentenció a su oído, y volvió a rozarla en la mejilla con su barba y su aliento tibio.

Ella estaba asustada, sabiendo que él era muy capaz de llevar a la realidad aquellas palabras. Decía la verdad. Le martilló el corazón y tembló su cuerpo. Esas palabras le produjeron un gélido temor. Estaba aprendiendo a conocer al complicado hombre que la estrechaba a su cuerpo con aquella fuerza y rotundidad. Se había dado buena cuenta de que él era mortal cuando hablaba de esa forma y no cuando gritaba. Cuando gritaba había una oportunidad de lidiar con él, pero cuando hablaba de esa forma no.

Estaba asustada de él, de sí misma, de lo que sentía, de todo.

—Comprendo —dijo Charlotte para calmarlo, pero con genuino enfado. Sus ojos violetas brillaban más que nunca—. No tendré otra opción, mientras me encuentre bajo cautiverio. Mientras que vos podréis hacer cuanto deseéis y con quien lo deseéis. Es una situación evidentemente injusta, pero es lo que tengo.

Ella se mantuvo inmóvil, preguntándose a dónde se habían ido todos. No oía a los mozos, ni a los niños. Cerró los ojos para evitar estremecerse. Él aún la estrechaba con fuerza contra su cuerpo, aún la rodeaba con absoluta osadía con sus brazos de acero.

El capitán fue perdiendo la ira que se había adueñado de él. Se extasiaba en el aroma a flores de Charlotte. Y entonces acercó su rostro a la cabellera dorada y aspiró con fuerza. La malignidad de los ojos del aquel hombre se fue perdiendo en la bruma de la satisfacción. Y ella sintió como se iba relajando la tensión del imponente cuerpo pegado al suyo.

—No tuve trato carnal con la moza, *Carlotta* —dijo burlón, e inspiró de nuevo, profundamente, el aroma del pelo y la piel de Charlotte—. Aún estáis enfadada conmigo por eso y me castigáis con vuestra indiferencia. Ahora lo entiendo. Podéis creerlo o no, anoche pude tomar a la moza, pero no lo hice. No era ella la mujer que deseaba.

—Es usted verdaderamente engreído, capitán. ¡Soltadme! Resulta que a mí no me importa lo que hayáis hecho o no. Y no os creo. Y... y os recuerdo que esta conversación es absolutamente indecente y no pienso oír más. —De nuevo ella giró su rostro aireadamente al otro lado ya que no había logrado zafarse de los brazos que como cadenas de hierro la mantenían cautiva.

Su corazón lo odiaba por mentirle. Y ella odiaba a su propio corazón por sentirse así. El capitán pudo ver relámpagos de ira en los expresivos ojos violeta. Sonrió de la forma más malévola que se había visto. Ella estaba celosa, se dijo. No le era tan indiferente al ángel, pensó con un infinito placer. Era un canalla, un depravado, un pirata, pero no le era indiferente a la refinada dama. Y saber aquello prendió algo en su depravada y cruel alma, prendió una llama... pero ¿una llama de qué?

—¡Capitán! —Guido le llamó desde la puerta de la posada con su extremadamente delgada apostura—. Preguntan por el capitán Cuervo. Os esperan.

El capitán Cuervo soltó lentamente a Charlotte, lentamente la separó de su cuerpo y la bajó al suelo delicadamente. Recorrió con su vista la piel más blanca y translúcida que él hubiera visto. Apartó sus ojos y fulminó con ellos a su conrtramaestre.

«¡Maledizione!», gruñó entre dientes. Inoportuno.

—Seguiremos esta conversación... más tarde, milady —le susurró burlón al oído—, aunque sea... inmoral y no os importe nada lo que haya hecho anoche. Disfrutad de la mañana, *mia bellezza. Arrivederci*.

Dicho esto, abrió sus brazos. Pero antes de irse llamó a uno de los mozos y le indicó que buscara a Hazhim. Ella no debía ir sola a ninguna parte, dijo, y mucho menos cuando había jóvenes como Timothy rondando por el lugar. Mozalbetes que se quedaban prendados de la belleza de una dama como Charlotte, pero que podían tener malas intenciones a pesar de saber que ella le pertenecía al Cuervo. Él no se fiaba de nadie. Y en este sentido dio las órdenes a su grumete.

Cuando el chico pasó corriendo a su lado, lo detuvo.

—Vigilad a ese majadero y a cualquier otro imbécil que se crea enamorado de la dama —señaló el capitán con su negra mirada a Timothy, quien sacaba agua del pozo—. Si ese o algún otro se acerca a lady Campbell, si la miran más de lo necesario, si buscan su compañía, me lo diréis al momento.

—Sí, capitán. —Hazhim lo entendía muy bien y asintió.

Cuando el Cuervo entró en la taberna de la posada, lo esperaba un marinero de aspecto árabe.

Salvatore lo observó a medida que se acercaba a la mesa. Al llegar el marinero se puso de pie y asintió al verlo.

Ah, sí. Era un marinero de la tripulación del *Asram*, el galeón del pirata berberisco Abdelkader.

Salvatore se sentó con arrogancia. Una moza vino enseguida a servirle un poco de ron, pero este se negó.

«Oléis a licor». A las damas no les gusta el olor al ron, pensó.

Násser declinó también beber alcohol.

—Capitán, *as-salam alaykom* —saludó el marinero—. Soy Násser.

—*Wa Alykom As-slam*, Násser. Os recuerdo —le contestó.

Guido se presentó en la mesa y Násser lo observó con suspicacia. Salvatore asintió para que se sentara junto a ellos.

—Hablad —Salvatore dirigió su mirada al marinero.

Násser era un enviado del pirata Abdelkader. Su barco, el *Asram*, había atracado la noche anterior en Liberty. Se había enterado de la existencia de lady Campbell, la hija de un barón inglés, cautiva del Cuervo. Una dama, una hermosa rosa inglesa.

—Mi señor Abdelkader os saluda. Desea tratar un asunto de interés para ambos esta noche. Ha oído rumores y de ser ciertos, desea haceros una oferta.

La intuición de Salvatore, esa que lo había prevenido de tantos peligros, le advirtió de aquel encuentro. No le gustaba aquella visita. No le gustaba su «compañero de mares», Abdelkader. Era un pirata que azotaba los pueblos pesqueros del Mediterráneo, un comerciante de esclavos de la vieja escuela y al estilo de James Ingram.

El pirata berberisco y el Cuervo se respetaban mutuamente. Salvatore se había ganado con sangre el respeto del argelino, porque el Cuervo había hecho lo que nadie había logrado, ni si quiera atrevido a intentar. Salvatore había acabado con el más infame, traidor, retorcido e inhumano de todos los piratas, James Ingram.

—Allí estaré —contestó quedamente.

Násser asintió. Y se puso de pie. No era de su gusto compartir la mesa más de lo necesario con infieles.

—Después del atardecer. Hasta entonces —aclaró el marinero otomano.

Y se marchó finalmente.

El capitán Cuervo lo observó hasta que hubo de desaparecer de su vista.

—No me gusta que Adberkader os mande a llamar. No hacemos negocios con él. ¿Qué querrá? —dijo Guido bebiendo su jarra de grog.

Salvatore se puso de pie.

La moza de la taberna volvió a la mesa con una bandeja de madera sobre las caderas y un par de jarras vacías.

—Capitán, ¿deseáis algo?

—¿Dónde está Francine?

—Con lady Campbell, capitán. Creo que darán un paseo por la playa.

—Que ensillen mi caballo —pidió mirando aún la puerta de la posada por donde había salido el marinero. Después se dirigió a su contramaestre—: reúne a la tripulación, discretamente, y avitualla el navío. Soltaremos amarras en dos días.

Guido asintió y partió a cumplir con su cometido.

Timothy, Charlotte, Hazhim, la hermana Rose y Francine iniciaron la marcha hacia una de las playas de la isla, por un camino entre altas y frondosas palmeras, rodeado de arbustos coronados por flores amarillas y rojas. Timothy llevaba una cesta con alimentos y bebida; bollos con mantequilla, pollo asado y frutas locales.

Hazhim guiaba con solemnidad a Charlotte, dejando que ella depositara su mano sobre su hombro como siempre hacía. Impidió que lo hiciera Timothy, y este lo había mirado con enfado. Pero el niño siguió su paso orgullosamente, ignorando al mozo de las cuadras de la posada.

—No pongáis vuestros ojos en ella —le advirtió Francine a Timothy, observando como este miraba a la dama.

—Lo sé —dijo decepcionado—. No soy nada más que un mozo. No soy nada.

—No lo he dicho por eso. Eres un joven apuesto y fuerte.

—¿Es porque es prisionera del capitán? Temo por ella. Él puede llegar a ser un animal. No permitiré que le haga daño —aseguró con la audacia propia de su edad.

Y tan pronto dijo aquello, Francine se detuvo y lo encaró con pavor en los ojos. Ella había criado a Timothy como al hijo que nunca tuvo, como a la hija que perdió.

—No os enfrentéis a él, ¡me oís, chico! ¡Ni se os ocurra! Os matará tan rápido que no os daréis cuenta siquiera.

Timothy observó a Charlotte, la oyó reír por algo que le decía Hazhim. Y Francine siguió la ruta de su mirada.

—No os acerquéis a ella más de lo necesario y debido, Timothy. Ella es mucho más para él que su prisionera. Si no lo has visto es porque no es ella la única ciega en esta isla.

El apuesto joven se separó de Francine Gaspard dando zancadas de frustración.

Por su parte, la hermana Rose y Charlotte pudieron separarse lo suficiente de los curiosos oídos de Hazhim y del resto de sus acompañantes. Acordaron que la monja visitaría el mercado del puerto a la mañana siguiente para intentar contactar con los monjes jesuitas cuando estos bajaran a vender miel.

—Dejad que os acompañe, Rose —le pidió Charlotte sentada en la arena, sosteniendo una delicada y graciosa sombrilla rosa con encajes que había sacado de su baúl y la protegía del sol.

—Oh, no milady. No creo que ese demonio permita que vengáis conmigo al mercado del puerto, y me resisto a creer que por esta vez estaría de acuerdo con él. No es lugar para una dama. Ya hablan todos de vos en esta isla. No es precisamente un lugar decente.

Charlotte asintió con pesar.

—Entonces no iré. No quiero que discutas con él. Pero prometedme que os

cuidaréis. Que iréis con alguien, con Hazhim.

—El niño no puede venir conmigo. No se despegaba de ti y por otra parte podría advertir al capitán.

Ese era otro asunto que atormentaba el corazón de Charlotte. ¿Qué sería del niño si ella lograba escapar? ¿Cuál sería su castigo? Pensó en él, en la solemnidad de su actitud al erigirse su protector, en su cojera y su rebeldía por valerse por sí mismo. En cierto modo ella y el niño se parecían tanto, y le había tomado afecto y confianza. El niño era leal al capitán, pero también sentía que le era leal a ella. ¿Se sentiría traicionado si ella escapaba?, ¿lo entendería y la perdonaría?

Pasaron la tarde en la playa, disfrutando de la brisa. Comieron sentados sobre una manta, bajo una palmera. Todos le describieron a Charlotte el lugar. Cada uno desde su punto de vista. El mar era cristalino, le dijeron. El cielo de un intenso azul, despejado.

Charlotte le pidió a Hazhim que la llevara de nuevo al lugar en el que habían estado hablando ella y Rose. Estaba ligeramente apartado de la playa y a ella le transmitió una inmensa paz, un lugar para el retiro, para pensar, donde oía las olas del mar terminar suavemente en la arena.

Timothy ofreció llevarla, pero lady Campbell se negó cortésmente. Hazhim la llevaría y se apartaría un poco, sin perderla de vista e intentaría pescar algo. Eso era suficiente privacidad para ella a la vista de sus circunstancias.

En ese lugar de paz, tan solo oyendo como se mecían las olas sobre el mar, ella liberó al fin la contención de sus pensamientos y sus sentimientos. Meditó sobre todo lo que ocurría. Su intento de escapar, las consecuencias de ello, su cautividad, el regreso con su padre. Necesitaba tanto meditar, estar a solas. Y en ese tranquilo recodo de la playa intentó comprender. Había perdido la capacidad de entender sus sentimientos desde que hubiera sido raptada por él. Él, el hombre que una vez había invadido sus sueños con su voz como un presagio. Y en ese momento invadía su vida, su corazón, su alma, su destino. Y entre todos sus locos e inoportunos pensamientos, Charlotte no quería pensar en él de otra forma que no fuera por temerlo, por ser su prisionera, porque él era un pirata, pero también pensaba en él de otra forma. Vinieron a su mente todos los recuerdos de la noche anterior y de la mañana. El momento en que juntos acariciaron al purasangre, cuando él la estrechó contra su cuerpo de hombre, y ella sintió que se llenaba su propio corazón. Y el momento en que despertó de ese sueño y recordó quién la estrechaba, quién la llenaba. El mismo hombre que había abordado por la fuerza el barco en el que viajaba para reunirse con

su padre después de doce años. El hombre que había herido al contramaestre Harris sin ningún remordimiento, el hombre que había asesinado al marinero de su tripulación por desobedecer órdenes. Un hombre cruel.

Ensimismada, perdida en sus pensamientos, Charlotte escuchó el inconfundible sonido del relinchar de un caballo. Y el corazón comenzó a martillar de nuevo su pecho. Y deseó tanto poder ver. Quiso poder ver aquella imagen: al jinete sobre el hermoso animal, tan poderoso uno como el otro. Porque ella supo tan pronto percibió que se acercaba, que era él. Él.

Escuchó el saludo del grumete a su capitán.

—Yo la llevaré de regreso a la posada —le dijo el hombre a Hazhim.

El corazón de Charlotte latió con más fuerza, casi le roba el aliento.

—Mi *angelo*, os habéis apartado de los demás —dijo sobre la montura, controlando al animal con las piernas y las riendas, observándola intensamente.

Ella pudo ver esos ojos negros en su alma. Pero recuperó la postura lo más rápido que pudo. Tomó aire y fingió de nuevo indiferencia.

—Quería estar a solas. No creo que eso también lo tenga prohibido.

Él sonrió al ver que ella seguía molesta. Pensó complacido que ella no podía ocultar nada con esos hermosos y delatadores ojos violeta.

—Podéis ir a dónde queráis y hacer lo que queráis, siempre que no sea para huir de mí, *Carlotta*.

Ella guardo silencio. No había logrado calmar el palpitante feroz de su corazón.

Salvatore se acercó aún más a ella.

Charlotte estaba sentada sobre una roca.

—Dadme vuestra mano y montad conmigo.

Charlotte se sorprendió por la propuesta.

—Sabéis que no puedo. Y no es apropiado —volvía a tutearlo y eso lo complació.

Salvatore lanzó una carcajada.

—Nada en mi es apropiado, y esta isla es Liberty. Se que queréis montar, *Carlotta*, como cuando eras una niña. Vamos, Cesar también desea sentirte.

Pero no más que su jinete, se dijo el capitán.

Charlotte se mordió el labio interior, se frotó las manos en el regazo, sopesando la tentadora invitación.

Salvatore controló de nuevo al animal cuando piafó. Después extendió su mano hacia ella nuevamente.

—Solo dadme vuestra mano, *bellezza*.

Ella suspiró. ¿Cuándo podría volver a tener la oportunidad de montar?

Dejó de frotarse las manos, dejó de pensar, dejó de reprimirse.

Salvatore cerró su mano sobre la de ella y la alzó hacia la montura con total facilidad, como si ella hubiera estado esperando por él toda su vida.

La sentó de lado, delante de él, y después la ayudó a sentarse a horcajadas.

—Ay, Dios mío. ¡Si me viera la hermana Mildreth! —exclamó Charlotte con una sonrisa. No era la forma en que una dama montaba. Pero allí no era una dama, solo era una mujer libre—. Es la Abadesa —aclaró, sonriendo y ruborizándose.

Sin quitar sus negros ojos como el ónix de la inmensa ilusión que veía en el rostro de Charlotte, el capitán obtuvo lo que tanto había deseado tan ferozmente desde la mañana: una sonrisa del ángel para él.

Y entonces habló:

—Tomad las riendas, *mi angelo* —se las dio—. Yo os guiaré —le dijo desde atrás, rodeando con un brazo su cintura, ciñéndola a él con toda la descarada libertad que solía tomarse con ella—. Confía en ti, *Carlotta*, y Cesar lo hará también.

Ella asintió emocionada, cogiendo con fuerza las riendas y llevándolas a su pecho, a su corazón. Volvía a montar. Sería libre por aquellos momentos. Una lagrima de felicidad rodó por su blanca y tersa mejilla, y sonrió con toda su alma.

Él la contemplaba en silencio.

Fue ella quien espoleó al animal y lo echó al trote sobre la arena de la playa. Después lo puso al galope como si no hubieran pasado jamás doce años de oscuridad en su vida. Salvatore se limitaba a corregir con sus piernas el rumbo del corcel.

Mujer, hombre y animal. Todos se hicieron un solo ser aquella tarde bajo el crepúsculo, al lado de las olas del inmenso mar. Aquella tarde, Charlotte olvidó que era ciega, olvidó que era la cautiva del hombre que la hacía inmensamente feliz al ofrecerle aquellos momentos. Y el cruel y desalmado hombre la observaba, la sentía, la oía reír y hablar al animal. Y algo conmovió su casi inexistente y depravada conciencia. La vio ser libre. Y eso llenó su pecho vacío. La sonrisa de su rostro adusto y barbado fue creciendo, concentrándose en toda la belleza que emanaba del corazón de aquella mujer y que se reflejaba tan claramente en los ojos violeta. Él la observaba desde su posición, sintiendo lo que ella sentía, porque en aquellos momentos él también fue ciego, libre y feliz.

Pasaron a galope no muy lejos de Francine y los demás. Hazhim saltó de alegría al verlos. A la hermana Rose casi le causa un desmayo. Timothy los observó en un triste silencio. «Ella es para él, mucho más que su prisionera».

Y Francine se limitó a decir:

—Creo que el capitán escoltará a lady Campbell a la posada. Podemos irnos.

Se marcharon todos, dejándolos solos.

Comenzaba a anochecer, pero Charlotte obviamente no era consciente de eso, y

menos cuando era tan feliz. Pero cuando el animal y su fuerza se diluyó en sus venas, también comenzó a sentir la fuerza del jinete que montaba tras ella. A ser consciente de que él había aflojado la presión de su brazo protector y depositado sus manos posesivas en su cintura y en parte de su torso con la misma insolencia de siempre. Una insolencia que a ella ya no le molestaba.

—Se hace de noche, *Carlotta* —le susurró desde atrás rozando con su aliento el cuello y la oreja de Charlotte, arrastrando cada sílaba de su nombre en su lengua natal.

Liberty era una isla de piratas, corsarios y criminales. Salvatore pensaba en la seguridad de Charlotte, que sería capaz de provocar la audacia y el valor de cualquiera de esos rufianes, quienes con un poco de grog en la sangre y la visión de aquella dama serían capaces hasta de enfrentarse al Cuervo, bien por poseerla para su propio goce o por adquirirla y venderla.

Ella asintió lentamente, no sin estremecerse profundamente ante el roce, ante el sonido de esa voz profunda y grave, percibiendo con todos sus sentidos el cuerpo duro que presionaba el suyo.

El Cuervo percibió la desilusión en la dama.

—Si pudiera, os brindaría este momento eternamente —añadió él recorriendo lentamente con su oscura mirada el cuello blanco e impoluto, las líneas de la espalda de mujer, y el despliegue suave de las caderas femeninas.

—Y yo me quedaría en este momento, eternamente. Pero no es posible. Por eso, gracias —contestó ella con devoción, dando suaves palmadas en el cuello del majestuoso animal.

Se quedaría en ese momento eternamente si pudiera, en ese lugar, junto a ese hombre. Porque no eran una dama y un pirata, solo un hombre y una mujer. Pero los momentos no eran eternos. Y por eso debían ser atesorados. Salvatore la rodeó con ambos brazos y la hizo girar hacia él. Tomó suavemente su barbilla.

—¿Acaso no merezco una recompensa por... este momento?

—Lo que se da buscando una recompensa, no es noble y tampoco merece entonces esa recompensa —contestó ella con un hilito de voz.

—Ah, milady... pero es que no hay nada de nobleza en un demonio.

Y dicho esto la besó de nuevo. Fue rápido, profundo.

Sin que ella tuviera tiempo para darse cuenta de que lo había besado también, de que lo había recibido con la misma intensidad, él la rodeó con los brazos y tomó entonces las riendas del purasangre, poniéndolo a trote suave para tomar el camino de regreso a la posada.

Hubo silencio entre ambos, roto solo por el ruido de la brisa y del choque de las

olas en la arena. Charlotte se apoyó sobre el basto pecho masculino, dejándose mecer por los movimientos del animal, por cada paso. Salvatore la sintió tanto o más que antes.

El capitán inspiró con fuerza. Después ella sintió el roce de su barba en su cuello, el aroma masculino, el pecho de él quemando la piel de su espalda a través de la fina tela del vestido. Él soltó una mano de las riendas y volvió a rodearla por la cintura con su brazo. Se sintió una vez más segura y se relajó sobre él, dejando que su cabeza descansara sobre su hombro.

—*Carlotta...* — susurró él en un gemido primitivo, como el del macho en la naturaleza que busca a su hembra. Cerró entonces con fuerza sus dos brazos alrededor de ella y siguieron la marcha por el bosque que ya estaba oscuro.

Charlotte suspiró, oyendo los cascos de caballo en su suave paso. Y aceptó que aquello jamás volvería a sentirlo. Lo supo. Él... la atormentaba, la hacía estremecerse y vibrar, la quemaba, la confundía. Él... el hombre al que temía, en ese momento le brindaba seguridad. El hombre al que sentía en lo más profundo de su alma, mente y corazón.

El majestuoso corcel los llevó en silencio por el bosque hasta llegar a los establos de la posada. Sus cuerpos temblando, el uno por el otro. Y el capitán, sin poder soportar más aquella tortura, tiró de las riendas del animal antes de llegar y soltó una maldición de la suyas. Desmontó bruscamente arrastrando consigo a Charlotte, ciñéndola toscamente, presionándola con toda deliberación a su cuerpo excitado. Ella sintió bajo sus manos los implacables músculos del torso del hombre contra sus pechos y, contra su vientre, la rígida masculinidad. Sus respiraciones profundas, intensas, irregulares. Sus alientos mezclados entre sus intermitentes e intensas respiraciones. Charlotte levantó su rostro para él, y él lo rodeó con una de sus manos morenas. Ella no temió, sino que alzó más su rostro hacia él y se puso de puntillas rodeándolo con sus brazos en el cuello.

—Precioso *angelo*, habéis bajado de los cielos para atormentar a este demonio — dijo sobre los labios de ella.

Y entonces los tomó como un depredador cansado de asechar, y que se lanza sobre su presa.

Todo el cuerpo de Charlotte se volvió lava humeante. Le fallaron las piernas, suspiró entre sus labios unidos. Y fue él quien la sostuvo de pie. La apresó entre sus brazos con una posesividad fiera y la embistió suavemente con su pelvis, la hizo sentir abiertamente su dura virilidad, la hizo gemir de nuevo en sus labios. La tomó con su lengua feroz, penetrando sin miramiento alguno la boca más pura que él hubiera probado alguna vez. Sus labios se volvieron brutales. Su beso, fuego puro.

Pero ella no se acobardó ante tanta fiereza, sino que lo aceptó con su corazón. Como le hacía daño con sus besos, lo que hizo fue acariciar suavemente su rostro barbado. Lo oyó gemir, y lo hizo ralentizar la brutalidad de su posesión, y lo guio hacia la serenidad de la ternura. Ternura era algo que él jamás había conocido. Pero aquellas caricias del ángel lo transportaron a un éxtasis. Ella era dulce, pensó, sabía a melaza, era apacible y tibia. Su cuerpo rugió de gusto al sentirla. Él rugió de gusto. Una bestia que consume su presa. Y ahondó el beso entonces, pero esta vez sin violencia. Introdujo su lengua hasta lo más profundo en ella. Recibió en su boca el gentil gemido de ella y su exquisito abandono.

—*Carlotta* —susurró—, me haréis enloquecer...

Charlotte sintió como una mano despiadada descendió con lentitud por su cuello y se cerró sobre este. No temió. No podía, porque lo que sintió fue un estremecimiento de placer.

Salvatore bajó su mano, arrastrándola de nuevo por la garganta, hasta que cubrió un pecho de Charlotte. Un pequeño melocotón maduro que cabía perfectamente en la palma, pensó. Volvió a gemir de satisfacción al apretarlo y amasarlo lentamente. Dulce, sí, muy dulce, pensó.

Ella sintió aquella caricia tan íntima. Nadie la había tocado alguna vez de esa forma. Por eso rompió la unión de sus labios y escondió su rostro ruborizado en el pecho masculino, nerviosa y confusa. Cruzó sus brazos sobre sus pechos, protegiéndolos de aquellas manos.

—Por favor, no — rogó de nuevo con un hilito casi inaudible de voz.

Escuchó el gruñido de frustración del capitán. Él masculló una imprecación con una voz más ronca y más quebrada, pero sin separarse ni un ápice de ella.

—Ah... vais a matarme, *angelo* —le susurró al oído—. No sé de dónde saco fuerzas para vencer esta necesidad que me pide que os tome aquí mismo.

A Charlotte no le respondían sus piernas aún. Su corazón le palpitaba alocado.

—De... de... debo... debo irme. No... no debí permitir que... —logró decir e intentó zafarse.

—*Carlotta*... os llevaré a mi lecho esta noche —le dijo aun con los labios de ambos unidos, susurrando sobre ellos—. Ah, *bellezza*... sois mía, aunque os lo negáis. Para eso vinisteis a mi aquella mañana. Por eso decidí interceptar vuestro barco. Seréis toda mía.

—No... no.

Pero el cuerpo de ella le decía otra cosa. No era tan bruto como para no darse cuenta de ello. Y una sonrisa profunda, triunfal, complacida, surgió en el rostro barbado del capitán.

—Dejadme ir —le rogó ella comenzando a temblar—. Por favor. No puedo...
Dejadme ir.

—No —la detuvo cerrando con más determinación sus brazos sobre ella—. No me temáis, no tomaré nada que no quieras darme.

—Por favor, dejadme ir — Charlotte no podía decir nada más si le hablaba tan cerca, si la tocaba. Su corazón ardiendo y latiendo furiosamente de emoción no se lo permitía—. Esto no está bien. Dejadme ir.

—¡Jamás! —respondió el capitán Cuervo con una crudeza inesperada. Respondió con la verdad que clamó desde el interior de su oscuridad— Jamás, *Carlotta* —Y enredó una de sus manos en la larga cabellera dorada, tirando de ella, alzando el rostro de la mujer para él—. Seréis mi mujer.

Charlotte abrió los ojos sorprendida ante esa propuesta.

—Sí. Yaceréis en mi lecho, *Carlotta*, solo conmigo y con ningún otro hombre, hasta vuestra muerte. Me esperareis siempre, abrirás vuestras piernas para recibirme, solo a mí. Y me daréis hijos. ¿Acaso no es lo que ansías? Yo os envolveré en joyas y abundancia. Tendréis la vida que vuestro padre os ha negado.

Ella no podía creer lo que estaba oyendo mientras temblaba aun cuando los labios de ambos se separaron. No podía ser real. ¿Su mujer? ¿Hijos? ¿Cómo pudo saberlo él? «¡No!», gritó su lógica. No podía ser más que un ardid para burlarse de ella. ¿Quién querría a una ciega como esposa... como mujer? Nadie. Era una broma cruel o era un hombre de bajos deseos. Las monjas se lo habían advertido antes de dejar la abadía. Tenía que ser eso. Le habían advertido sobre la lascivia de los hombres, sobre que intentarían utilizarla, aprovecharse de ella.

—¡Acepta a este demonio, *angelo!* No soy un caballero, ni siquiera un hombre decente. Soy lo que soy, *Carlotta*. Y estoy cansado. Ya no soy un mozalbete... pero ven a mi lecho voluntariamente esta noche. Dejad que os haga mi mujer —rugió él con tanta necesidad, acentuando sus palabras al enmarcar el rostro de Charlotte entre sus enormes manos.

Pero ninguno tuvo tiempo a razonar aquella propuesta y menos ella de indignarse por tal proposición, porque en ese momento él salió de su niebla de anhelo y se fijó en los hombres, dos berberiscos frente a ellos.

Salvatore levantó su rostro y dirigió una mirada fiera a los hombres. Lentamente tomó del brazo a Charlotte y la empujó detrás de él, cubriéndola con todo su cuerpo como un escudo.

—Detrás mí, *Carlotta* —le dijo en voz baja y tranquila.

Y aunque ella no podía ver, si podía sentir aquellas dos presencias. Pudo percibir la tensión de aquellas palabras.

—*As-salam alaykom*, capitán.

El pirata Abdelkader pronunció aquellas palabras inclinándose, tocando su frente y su pecho, pero con los ojos muy puestos en la mujer de cabellos dorados.

—*Wa Alykom As-slam* — respondió Salvatore sintiendo como Charlotte se acurrucaba en su espalda.

«¿Qué diablos pretendes?», pensó Salvatore al seguir la ruta de la mirada del otomano, quien estaba observando fijamente a la dama mientras saludaba.

La mirada del Cuervo era tan oscura, tan abiertamente mortal.

Hubo un silencio en el que ambos hombres se midieron mutuamente. Fue una pugna sin palabras y sin actos. Hasta que uno de ellos habló:

—Hermano —dijo Adbdelkader—. He venido a saludarte.

—Y recibo vuestro saludo, pero pedisteis mi presencia en El Pez.

—Sí, pero siendo yo quien interesa vuestra audiencia, soy yo quien debe venir a ti entonces. Pido perdón por mi falta de modales.

Y volvió a inclinarse ante el Cuervo, uno de los pocos hombres a los que el otomano respetaba sinceramente. No por honesto ni por honorable, sino porque lo igualaba en crueldad y en determinación.

La diferencia entre ambos era que Abdelkader disfrutaba de la crueldad. Era un hombre bien nacido. Provenía de una rica familia otomana. En cambio, el Cuervo no sabía comportarse de otra forma, la vida le había demostrado que ese era el camino para sobrevivir.

Y cuando Hazhim apareció tan oportunamente en el lugar, Salvatore le hizo un gesto para que se llevase a Charlotte de allí.

—Venid, milady. —El grumete tomó su mano con apremio.

Pero ella percibía el mal a su alrededor. Lo percibía como nunca. Podía verlo. El hombre que había hablado era diferente. Era un verdadero demonio. Entonces ella se rehusó a marcharse.

Su gesto no pasó desapercibido para el pirata berberisco, y este alzó una ceja interesado. Salvatore apretó los dientes con furia contenida. Habló en voz baja, quedamente, de la forma en que daba sus órdenes a su tripulación:

—Id con él, *Carlotta*.

—No. Me quedaré aquí. Ese hombre es peligroso, es un hombre malo —susurró ella con ingenuidad, con sus ojos violetas muy abiertos, brillantes.

Se hizo el silencio por unos instantes.

Y el capitán Cuervo sonrió maliciosamente, aunque en sus ojos había un fugaz, una casi imperceptible... ternura.

—Pero yo también lo soy, *angelo*.

Ella negó con la cabeza. Percibía que lo nefasto rondaba al otomano.

—No, no me iré. No os dejaré aquí con ese hombre... No.

Una tibieza indescriptible llenó el pecho vacío del capitán al oírla.

—Ah, *mi angelo*, ¿qué podéis hacer contra este hombre? ¿Cómo puedes desear quedarte? Yo también soy un hombre malo. Así que... id tranquila.

Salvatore observó la mirada ávida y admirativa con la que Abdelkader recorría a Charlotte. Y entonces se endureció de nuevo el tono de su voz.

—Ahora, obedecedme.

—Venid, milady. Por favor —terció Hazhim, quien también era consciente de la mirada del pirata berberisco, conocido por traficar con esclavos.

Charlotte sintió el fuego del abandono en su corazón. Sentía que abandonaba a Salvatore en manos de aquel demonio. Y la tensión del ambiente se hizo insoportable. Pero comprendió que debía tomar la mano de Hazhim, que de esa forma ayudaba más que quedándose.

Entonces asintió, para el alivio del capitán, y aceptó que el niño la guiara. Y se alejó del lugar con pasos gráciles, naturalmente elegantes.

Abdelkader la siguió con una intensa mirada, de fría valoración, como alguien que observa mercancía exquisita y valiosa. Alguien que comercia con personas.

Desvió su mirada de la dama y se encontró dos abismos sin fondo. La mismísima muerte, difícilmente reprimida. Por eso lo llamaban el Cuervo, pensó. Hacía años que comprendía aquel apodo. Quienes habían perecido bajo la mano de aquel hombre, habían visto esa mirada en su último aliento. Y quienes habían presenciado ese momento decían que los ojos negros no tenían vida cuando quitaban la vida.

—Vayamos dentro —dijo Salvatore sin más.

Abdelkader asintió con solemnidad. Násser era el otro hombre que aguardaba en silencio.

Cuando entraron en la taberna de Los Seis Escudos, Francine los miraba desde la barra con expectación y cautela. Ella conocía a ambos hombres. Conocía la tensión que siempre había existido entre ellos. Siempre evitándose, siempre uno al extremo del otro, midiéndose en mutuo respeto y contención.

En la taberna estaba media tripulación del *Asram* y media del *The Stronghold*. Guido ya había recuperado a la mitad de ellos.

Joseph McFinn, el marido de Francine, por fin apareció después de su embriaguez de dos días seguidos y condujo a los hombres a un pequeño salón privado, ofreciendo además grog, cerveza y ron.

Salvatore pidió ron, por supuesto. Abdelkader, a pesar de su religión, no vacilaba jamás en tomar ron con el Cuervo.

Como allí no había caballeros ni estrictas normas sociales que les obligaran a comenzar una conversación trivial antes de entrar en el tema que los ocuparía, Salvatore instó al pirata otomano mientras encendía un puro.

—Decidme, ¿a qué debo vuestra presencia?, ¿qué deseáis tratar? —exhaló lentamente el humo y bebió de su jarra de ron.

Mientras aquello ocurría, Charlotte no podía irse sin más.

—Hazhim, ese hombre es malo, es traicionero.

—No os preocupéis milady, el capitán también —dijo el niño con orgullo.

Charlotte suspiró.

—¿Conocéis alguna forma de poder oír al capitán y a ese hombre?

—¿Se refiere a espiar?

—Oh, eso suena tan inapropiado, pero... sí. Solo quiero que me cuentes lo que hacen y si pudiéramos oír mucho mejor.

—Habrán ido atrás. Hay un salón donde se reúnen los capitanes de navío.

—¿Y hay alguna forma de poder estar ahí... digamos... sin que nos vean? Solo quiero confirmar que no hay ningún peligro para... para vuestro capitán.

Se frotaba las manos ligeramente avergonzada. Era una reunión entre rufianes, se entenderían perfectamente. ¡Qué le importaba a ella lo que ocurriera! Pero él... le importaba.

—Sí, milady. Pero antes debo avisar a la hermana Rose. Está preocupada. Os llevaré, pero prometedme que no se lo diréis jamás al capitán.

—Os doy mi palabra. —Charlotte sonrió y acarició la mejilla infantil del niño, llena de cicatrices de la viruela.

Hazhim enrojeció con pudor y comenzó a mover los pies mientras retorció el sucio gorro entre sus manos. Nadie lo tocaba nunca como no fuera para darle un mamporro, pensó. Solo tenía vagos recuerdos de las caricias de su madre. Y pensó que debieron ser iguales a las de lady Campbell. A veces soñaba despierto, creyendo que aquella dama angelical podía haber sido enviada por su madre.

Charlotte pudo percibir aquellos sentimientos tan puros. Los sentimientos de un niño.

—¡Quedaos aquí, milady!, regresaré pronto.

El grumete corrió veloz, cumplió con su cometido y regresó para llevar a Charlotte a un altillo que pendía en aquella sala donde tantos acuerdos y parlamentos entre piratas habían sucedido. Allí podían oír y ver sin delatar sus presencias.

—Hermosa rosa inglesa, capitán.

Salvatore no respondió. Fumó su puro y exhaló el aire más lentamente que antes. Sus ojos más negros, más mortales que nunca, fijos en los del otomano.

En ese momento Guido entró en la sala. Se sentó en silencio, bebiendo grog al lado del capitán, justamente al frente de Násser.

Piratas frente a piratas, y cada contramaestre y hombre de confianza frente al otro.

—Dais muchos rodeos para exponer lo que deseáis, Abdel. —Así le llamaban solo unos pocos—. Sabéis que no tengo mucha paciencia.

—Lo sé. Por eso os propondré mi oferta. He tenido conocimiento sobre vuestro botín. Habéis tenido buena faena.

—Si deseáis parte del suministro del mercante, os la puedo vender.

—No me refiero al suministro.

—¿Ah, no? —dijo con un sarcasmo amenazante.

—Las mujeres inglesas —aclaró Abdel—. Habéis capturado a dos. Me habían contado que una de ellas tenía el pelo como finas hebras de oro, los ojos del color de las amatistas, la piel como la luz de luna. La hija de un barón. Una verdadera y exquisita dama inglesa de sangre azul. Y ahora que la he visto entiendo que han sido prudentes al describirla.

Salvatore echó lentamente la mano a la empuñadura de su daga en el fajín, debajo de la mesa. Guido lo detuvo y lo miró a los ojos: «Espera».

—¿Y qué? —respondió hoscamente el capitán Cuervo.

—Habéis pedido oro por la dama a su padre.

Otro silencio del capitán. Sus dedos morenos asieron con fuerza la empuñadura de la daga.

—Mis asuntos nunca han sido de vuestro interés, como los tuyos tampoco han sido del mío. Si queréis parte de la carga podremos negociar un precio. De lo contrario, doy por terminada esta conversación.

—Os propongo doblar la cantidad que habéis pedido en oro por la hija del barón.

El otomano preveía obtener una pequeña fortuna en el mercado de esclavos en África por una mujer como esa. Una mujer cuya belleza había comprobado. Una joya que él jamás había tenido entre sus prisioneros. Había raptado mujeres en toda la costa del Levante español, pero nunca una mujer de la nobleza. Las pocas que se habían capturado en alta mar habían sido vendidas hasta por mil libras en Berbería. Pero por aquella, una dama de sangre azul podría obtener hasta cinco mil. Habría muchos que pagarían por tenerla, por mezclar su sangre con la de ella.

—No —respondió tajantemente Salvatore—. Si no os lo han dicho, la mujer es ciega y torpe. Es una inútil. No servirá de mucho en el mercado de esclavos. Nadie la querrá para la servidumbre. No es más que un lastre por la que solo pagará su padre.

Dijo todo aquello con todo el desprecio que pudo fingir. No podía dejar ver al pirata otomano la furia posesiva que ardía en su interior. No podía permitirle ver lo que

bullía en su alma negra. Mataría al otomano antes de que diera un paso hacia *Carlotta*. Pero primero intentaría que perdiera el interés en ella.

Y Charlotte, escondida en el altillo junto a Hazhim, reprimió un dolor que provino sinceramente de su alma al oír esas palabras. El dolor la dejó sin aliento, la quemó por dentro. El mismo dolor que sintió al despedirse de su padre doce años atrás, sabiendo que mentía cuando dijo que enviaría a buscarla pronto.

Al oír aquellas palabras, cruelmente dichas, sabiendo que no eran más que la verdad, su corazón se rompió en cientos, en miles de pedazos. Eran la verdad, sí. Pero su alma lloró al oír esas palabras llenas de un intenso menosprecio, de burla, de desdén, dichas... por él.

«Es una inútil. Una ciega y torpe, un lastre que nadie querría». Esas palabras provenían de él, del hombre que ocupaba sus pensamientos, sus sueños; del hombre al que había dado más que a ningún otro, al que había permitido caricias, momentos para su recuerdo. El que acababa de pedirle que... fuera su mujer. «Ciega, torpe, lastre. Nadie la querría».

Todo era tan cierto, tan verdad, que su corazón destrozado se ahogó en la pena. Todo había sido una mentira. No la deseaba. Todo había sido una burla cruel de un hombre cruel. Aquellas palabras, aquel desprecio al decirlas...

—Por favor... —logró susurrar a Hazhim con una voz agonizante—. Ayudadme a salir de aquí.

—Milady... no crea lo que ha oído.

Ella negó con un gesto de su cabeza. «Lo que he oído es la verdad. Y es mi realidad». Todo había sido un sueño, el paseo por la playa, sus brazos envolviéndola, sus besos, los hijos... Nada era real. Y ella había sido una perfecta tonta. Una inútil ciega tonta. El Cuervo debió haberse reído mucho de ella. «Torpe, lastre... nadie la querría». Con lágrimas quemando esos trozos de corazón, rogó con esfuerzo.

—Por favor... sacadme de aquí.

—Milady... no creáis nada. El capitán...

—Por favor, Hazhim...

Y Hazhim la ayudó a ponerse de pie y la guio fuera del altillo de aquella sala.

Abdelkader observó fijamente al capitán Cuervo, valorando el menosprecio mostrado por la mujer. Pero él era un viejo zorro de mar. Su oponente solo deseaba subir el precio de la exquisita dama.

—Al contrario, hermano —dijo serenamente—. Bien sabéis que una mujer como

esa no sería comprada para trabajos domésticos. Su servidumbre sería muy placentera para su amo. Y para esos placeres... que sea ciega doblaría su precio en el mercado de esclavos. Entendería que la hubierais tomado ya, pero os ofrezco trecientas monedas más en oro si aún es virgen. Un hombre que desee tomar la prueba de su virginidad, me pagaría hasta el doble y más de los vos habéis pedido a su padre.

Ni la presencia de un astuto Násser, ni la mano tranquilizadora de Guido, ni su crudísima experiencia de vida, ni su ruda y bien formada autocontención, pudieron evitar que el capitán Cuervo sacara velozmente la daga de su faja, saltara como una pantera la mesa que se interponía entre él y el pirata berberisco, lo cogiera de las solapas de la casaca y lo levantara unos treinta centímetros del suelo con un solo brazo. La daga estuvo cortando la gorda papada del pirata en menos de lo que este pudo echar mano a su pistola.

Násser desenvainó la cimitarra y Guido ya lo apuntaba con la pistola.

Silencio rotundo.

Abdelkader alzó su mano a Násser en señal de paz. Reconoció que su muerte estaba en ese momento presente, que vendría en su búsqueda dependiendo de lo que dijera o hiciera. El Cuervo no le temía. Sabía que le mataría con sus propias manos, aunque toda su flota le diera caza después. Pero, para cuando eso ocurriera Abdelkader sabía que ya estaría ardiendo en el *Yahannam*. En la fosa del infierno.

Ambos hombres se reconocieron mutuamente. Uno temía al *Yahannam* (infierno en árabe) y el otro a nada. Ni siquiera a su Dios cristiano.

El Cuervo nada temía perder... ¿O sí?, pensó Abdel.

—Habríamos evitado esto, hermano mío, si me hubierais dicho que habéis tomado a la mujer como vuestra.

El zorro de mar quería saber si el Cuervo finalmente tenía algo o alguien por quien temer.

Ciego por la misma ira que solo había sentido una vez en su vida, cuando tenía siete años y su madre y sus hermanas habían muerto de hambre en sus brazos, con las bocas abiertas y los rostros deformados por la inanición, sin que él pudiera hacer nada por ellas. Ciego por esa ira insensible y desbastadora, el Cuervo dijo como poseído por un demonio:

—La mujer no está en venta.

Él también era un zorro de mar y de puerto, de mugre y de sangre, de hambre y de muerte. No se había criado entre sedas como Abdel. Sabía que su oponente quería saber si finalmente habría algún flanco débil en él. Y no, no lo había.

—Marchaos ahora, Abdelkader. Id en paz. Salvo que deseéis tratar algo más.

Ambos piratas se miraron. Ninguno vio clemencia, ni un mínimo resquicio de

debilidad en el otro. Abdelkader asintió. Salvatore lo bajó lentamente al suelo, retiró lentamente la daga de su garganta por donde ya corría un hilito de sangre. El pirata berberisco ordenó a Násser bajar la guardia y el Cuervo a su contramaestre que bajara el trabuco.

Charlotte no podía dar un paso sin no sentir que moría. Hazhim intentó hablarle, pero ella no oía.

—Llevadme junto a Rose, por favor —fue lo único que pudo decir.

—¡Oh, milady! Estaba tan preocupada por vos. Casi me muero cuando os vi encima de ese caballo, con ese hombre... con ese demonio. ¿Os ha hecho daño? —La hermana la tomó de los brazos, insistiendo. Ambas sabían a qué tipo de daño se refería—. No me mintáis porque lo sabré.

«No, Rose. No me ha hecho ese tipo de daño», pensó.

—No, no —respondió Charlotte. Su cuerpo temblaba de dolor, pero tomó las manos de la monja para tranquilizarla—. Estoy bien, Rose. Mañana... mañana escapáremos, si los monjes nos aceptan. Yo iré contigo al mercado.

—Pero no podéis venir conmigo. Él no lo permitirá.

—No. Él irá a emborracharse esta noche, con toda seguridad. Es lo que hizo anoche. Lo que hacen todos cuando vienen a esta isla, ¿verdad? Nos habremos ido para cuando él despierte y pueda darles órdenes a sus marineros.

«Irá con alguna mujer que lo llenará de su perfume. Una mujer que no será un lastre, una ciega, una inútil mujer incompleta que nadie querría».

Todo había sido una mentira. La propuesta. Sus besos. Todo. Cuánto se habría reído de ella.

—Nos lleváremos al pequeño Hazhim para que nadie sospeche —sugirió la monja.

—No. El niño debe quedarse, porque el capitán creerá que nos ha ayudado. Nos iremos antes de que todos despierten. Temo por Hazhim, Rose. Cuando descubran que nos hemos ido, él sería el primero en ser castigado. Es mejor dejarlo aquí y marcharnos mientras duerme.

—Pero ¿cómo saldremos, si siempre echa el jergón en la puerta?

—Yo me encargaré de que no lo haga esta noche, Rose.

—¡Oh, que la Santa Providencia nos acompañe! Que los monjes nos presten ayuda. Charlotte asintió cuando una lagrima rodó por su mejilla.

—Quiero dejar una carta al niño. No sabe leer, pero seguro que alguien podrá hacerlo.

—Está bien —la hermana Rose tomó papel y pluma que llevaba en su baúl—. Os

escuchó, milady.

Ella no pudo parar de llorar mientras le dictaba algunas palabras para Hazhim a la hermana Rose. Y tampoco durante la noche, mientras recogían unas pocas pertenencias de sus baúles creando un pequeño fardo que podían llevar.

Gracias por el alivio de tu amistad, por ser el guía más valiente, por protegerme. Serás un gran hombre, Hazhim, pero debes escoger el camino del bien. Espero que algún día podamos volver a encontrarnos.

Hasta siempre, amigo mío.

La tripulación del *Asram* salió de la taberna mansamente detrás de su capitán. Salvatore guardó entonces su daga en la faja.

—Toda la tripulación abordará esta noche el *The Stronghold*, Guido. Reúnelos a todos. Todos deben estar alerta. Zarparemos mañana a medio día. Abdelkader atacará en cuanto pueda.

—*Sí, capitano* —Guido contestó prestamente, sin añadir nada.

Pero el capitán Cuervo lo miró a los ojos y pudo leer la pregunta silenciosa de su amigo.

—¿Por qué no les has dado a la mujer a cambio de mil trescientas libras en oro y la paz?

Y Guido pudo leer en su mirada negra la contestación.

CAPÍTULO 18

Ellas ya habían reunido las pertenencias que podrían llevarse a la mañana siguiente y se habían acostado. En medio de esa noche, tocaron a la puerta de la habitación con tanta fuerza que la Hermana Rose casi cae de la cama del susto.

El corazón de Charlotte, que aún no había conciliado descanso alguno, palpitó con fuerza en instantes. Ese toque autoritario y apremiante... era él. Lo supo antes de oírlo hablar.

—¿Qué desea? —preguntó la hermana Rose fingiéndose soñolienta, por la pequeña rendija de la puerta.

—Quiero verla. Decidle que salga.

Charlotte sintió un deseo frenético de huir, a cualquier parte, lejos de él. Se abrigó con las mantas y se escondió bajo ellas. El dolor le martillaba el alma sin piedad. Quería que se fuera. No quería estar cerca de él. Muy probablemente llevara otro de esos perfumes en sus ropas.

—Está descansando —dijo Rose atemorizada ante aquel hombre tosco y malvado. La voz le tembló, y también las piernas.

—Si no sale ahora mismo, entraré yo a por ella.

—¡Oh! Os ruego que esperéis hasta mañana.

—¡Maldita puta entrometida!... Si no os he enviado a las bodegas del barco es solo por ella —le dijo con dureza, con su mirada negra, odiándola como de costumbre—. El único motivo por el que no os he vendido a otros piratas hace unos momentos es porque ella os necesita. Pero no abuséis de mi paciencia mujer, porque acabaréis siendo follada esta noche por todos los borrachos de esta isla, ya que yo mismo os abandonaré en la primera taberna que encuentre en el muelle. ¿*Capisco*?

Los ojos de la hermana Rose se abrieron como platos. El horror reflejado en ellos.

—Hacedla salir.

Rose, sin vida en el cuerpo tras oír aquellas horrendas palabras, ni siquiera pudo avanzar dos pasos. Y solo se limitó a decir:

—Esperad aquí. Iré a despertarla.

—Y yo os aseguro que entraré si ella no sale.

Resoplando para poder volver a respirar, la hermana Rose cerró la puerta y se dirigió a Charlotte. Cerró los ojos y rezó rápidamente. Una lágrima rodó por su mejilla regordeta, y pidió a Dios que las amparase. Tenían que ser fuertes e intentar escapar por la mañana.

—Milady...es... es ese demonio. Exige veros.

—Yo no quiero.

—Pero ha dicho que entrará y os sacará por la fuerza.

—No me importa. Que lo intente.

—Sabéis que prefiero que ese hombre no os vea. Pero en este caso no creo que sea lo más conveniente, Charlotte. No debe sospechar nada o pondrá a ese hombre flaco, Guido, en la puerta.

—*¡Carlotta!*

Oyeron afuera. Y Salvatore volvía a golpear la puerta con más fuerza.

La puerta se abrió poco después, y de la oscuridad de la habitación surgió una suave incandescencia. Él juraría que había visto una vez más esa luz, como un halo alrededor de ella. Y esta vez no estaba ebrio.

—*Buonanotte, bellezza* —dijo él infinitamente zalamero, complacido al contemplarla.

Él ya respiraba entrecortado. Ah, se había excitado de tan solo de pensar en el beso de aquella tarde. Y en ese momento la veía, la tenía frente a sí. Estaba loco por aquella dama, aceptó. Loco por tenerla. Esa noche la tendría. Había acudido a buscarla como si fuera un animal que reclama a su hembra para montarla. Y ella llevaba puesto aquel camisón blanco y virginal, el mismo con que había parecido aquella mañana en la cubierta del mercante. No era posible que un camisón tan casto, tan sencillo, lo alterara de aquella forma. Pero lo hacía. Cualquier parte de ella al descubierto lo enloquecía. El tobillo y la media pantorrilla cubierta por la media de seda que había visto esa tarde, mientras cabalgaban, le había ocasionado una dolorosa erección. Con eso fue suficiente para ponerlo como un carnero en celo, a él, que había visto a tantas mujeres y no precisamente solo tobillos y pantorrillas.

—Capitán —logró decir ella. Lo único que quería era correr muy lejos de allí.

Él se acercó descaradamente, con la insolencia de costumbre.

Ella lo sintió en su alma, aunque no quería, sintió su imponente presencia. Sintió el latido del otro corazón junto al suyo. No era posible, aquel hombre no tenía un corazón, se dijo. Y dio dos pasos atrás y se cerró aún más la estola bajo su mentón.

—Ah, *mi angelo*, siento dejaros tanto tiempo esta tarde —dijo con una voz súbitamente ronca.— Pero ya he despachado al villano.

—¿Puedo saber qué deseáis de mí? —se arrepintió de esa pregunta.

—¿Qué deseo?, que seáis mi mujer, *Carlotta* —le dijo al oído, con una sonrisa malvada y ojos hambrientos, ojos muy negros, llenos de un deseo tan feroz que harían correr a cualquier doncella—. Eso es lo que deseo —continuó diciendo. Se separó de ella, la miró de arriba abajo. Y luego extendió el brazo sobre ella, puso una mano en la pared, impidiéndole cualquier movimiento, la arrinconó con su vasto cuerpo—. Deseo seguir exactamente por donde nos obligaron a dejarlo esta tarde. ¿Qué deseo, *angelo?*, a vos —dijo mientras con la otra mano, con la punta de los dedos, recorría la suave mejilla—. Deseo...— y luego bajó la mano hasta rozar pecaminosamente la feminidad de Charlotte. Ella quedó sin aliento—. Deseo... esto.

Él lo quería todo, y con una intensidad que hasta le producía dolor. La miró a los ojos, y le arrebató la estola de la cabeza y la tiró al suelo.

—Jamás os ocultéis de mí, *Carlotta*. Jamás. Dejad que os vea —dijo llevando ambas manos a la cabellera dorada y suave que lo fascinaba.

Las introdujo entre los sedosos mechones y tiró un poco para hacerla levantar la cara. Y la contempló una vez más. Pero no vio la dulce expectación de la tarde mientras montaban juntos a Cesar, el dulce sonrojo de sus mejillas, su entrega mientras la había besado aquella tarde y en las anteriores ocasiones.

Lo que vio fue un profundo dolor en los ojos violeta. ¿Volvía a temer de él, acaso?, se preguntó. ¡Condenación! No quería que le temiera. Quería que confiara, que cayera... ingenuamente.

—*Carlotta*... os juro que no hay motivos para temer.

Mintió. Había mucho que temer. Quería llevarla a su lecho, arrancarle ese estúpido camisón virginal, y poseerla hasta lo más profundo de su ser, para que no quedara nada de ella que no hiciera suyo. Ardía y estaba decidido a aprovechar finalmente su invidencia y su ingenuidad con esos indecentes propósitos. La haría su mujer en todo el sentido de la palabra antes de aquel día terminara. Estaba decidido.

—¿Es eso... me teméis?

Ella no contestó.

Y él alzó su mano para acariciar con un dedo los labios de pétalos de rosa.

Y entonces Charlotte se apartó bruscamente, con el mentón erguido, con sus ojos brillantes de tristeza y desilusión.

Salvatore bajó su mano, y probó con otra argucia.

—Ya veo. ¿Así que no me daréis nada esta noche, *bellezza?* Me negáis lo que ya me habéis dado. Está bien. Me conformaré, pero solo por esta noche.

—Jamás os he dado nada, capitán. Lo habéis tomado por la fuerza.

La tristeza en la voz de ella llamó poderosamente su atención. Además de que mentía. Era ella quien mentía esta vez.

—Vuestros besos han sido míos, *angelo*. Dados por vos... de muy buen grado. A mí. Solo a mí, ¿o no?

Ella enrojó de vergüenza y guardó silencio de nuevo.

—Está bien —continuó diciendo el capitán, aunque odiaba que ella asegurara que no había aceptado sus besos voluntariamente—. ¿No queréis darme nada más? Lo aceptaré... por ahora —fingió comprensión. Él no era un caballero, era un miserable rufián, un animal. Nada lo hacía diferente a Abdelkader. Solo quería convencerla para que confiara en él—. Al menos, deseadme las buenas noches.

Estaba excitado, ansioso. La atrajo repentinamente a sus brazos, y estrechó las suaves caderas femeninas contra su virilidad con toda conciencia. Quería que ella lo sintiera, que lo supiera, que supiera de su estado y de que estaba así por ella.

Charlotte dio un respingo al sentir claramente aquella virilidad enorme, hinchada. Se desembarazó de sus brazos, y dio dos pasos más atrás. Llegó a la propia puerta de su habitación.

—Si necesitáis una mujer, capitán, creo tener entendido que hay muchos lugares en el puerto donde suelen acudir hombres como vos. ¡Dejadme en paz a mí! Yo solo soy una estúpida ciega. Solo vuestra prisionera —le tembló la voz—. No soy nada y nunca lo seré.

La sonrisa maliciosa, negra de pasión y lujuria, del capitán Cuervo se borró lentamente de su rostro moreno y barbado al oírla hablar con tanto dolor. Entrecerró los ojos.

—¿Qué os ocurre, *Carlotta*?

—Si no deseáis nada más de mí... que tenga buenas noches, señor —le dio lo que pedía, así que se giró para palpar la puerta buscando el pomo.

Como él no tenía paciencia alguna, la tomó del brazo y la giró para encararla. La estrujó de nuevo contra su cuerpo muy notablemente excitado.

—¡¿Qué os pasa ahora, por todos los infiernos?! —Y mal interpretó de nuevo el dolor en los ojos de Charlotte—. Os juro que no he ido esta noche a ningún burdel, si es lo que os molesta. He venido a buscar a una mujer, sí, a la que deseo. —Tomó su mentón entre sus fuertes dedos índice y pulgar y se lo alzó para mirarla. Ella cerró sus ojos.

Y entonces Charlotte no pudo evitarlo. Manaron lágrimas silenciosas y rodaron por las tersas mejillas.

¿Por qué diablos lloraba ahora? ¿Qué demonios había hecho él esta vez? Jamás entendería a una mujer.

—¡Soltadme!, por favor —susurró ella con dolor—. No os pido nada, solo que me dejéis en paz esta noche.

—¿Qué os pasa? ¿No me creéis, acaso? —preguntó él. Su voz se hizo más baja, más serena—. ¿Es eso? Sentidme. Estoy así por vos, *Carlotta*. No he buscado placer en ningún lugar esta noche. Os deseo... a vos y solo a vos.

¡¿Cómo podía mentir con tanta holgura?!, se preguntó Charlotte con ira y desilusión. Pero era absurdo; él era un rufián, claro que podía mentir con facilidad. ¿Cuánto se habría reído de ella esa tarde?

—Deseáis una mujer... Eso es todo.

—No. He venido en vuestra búsqueda, milady. Es vuestro olor el que quiero respirar. Vuestra... piel la que deseo. Vuestra... compañía.

—¿Por qué?

—¿Que... por qué?

—Sí. ¿Por qué? No soy alguien... nadie me...

—¡Por que sí, maldita sea! No juguéis conmigo, milady. No soy hombre de juegos ni aprecio las ardidés femeninas. Habéis despertado algo... algo en mí. —Le acarició los labios con la punta de los dedos. Ella seguía con los ojos cerrados—. Juro que nunca he tomado una mujer por la fuerza, *Carlotta*, pero no me obliguéis a empezar con vos. No puedo seguir resistiendo...esto. —Tomó su mano y la llevó a su propio pecho. Charlotte sintió bajo su palma el corazón de él latiendo alocadamente. Igual que el de ella.

Ella se apartó con violencia al sentir aquel latido. ¿Se reía de ella? Sí. Había dicho que era una mujer a quien nadie querría... a quien nadie buscaría. Una inútil.

—¡Soltadme!. ¡Y dejadme en paz! ¡Y además... me dais asco! —gritó con sus ojos llenos de lágrimas—. ¡Dejadme en paz, por favor!

La germana Rose abrió la puerta al oír los gritos.

—¡Adentro!... —le gritó el capitán Cuervo a la monja—. ¡Ahora!

Rose dio un salto asustada. Observó a Charlotte y cerró de nuevo. Después, Salvatore, enfurecido por aquellas palabras, añadió volviendo a ceñir a Charlotte contra su pecho en un gesto rápido y violento.

—¿Asco?¿Os doy asco, ahora, milady? ¡Eso no es lo que me pareció esta tarde! No es lo que me parece cuando tomo vuestros labios. No presentasteis mucha resistencia. Al contrario. Me habéis dado lo que a ninguno, ¿verdad? De muy buen grado, milady. Decidme, ¿qué ha ocurrido para que ahora os provoque... asco?

«Me has roto el corazón con tu desprecio. Aunque tus palabras sean mi realidad... me has roto el corazón».

—Dejadme ir —rogó ella una vez más, ladeando su rostro, ocultando bajo su pelo su humillada y herida alma—. Llevadme junto a mi padre, por favor. No soy... nada ni nadie. Pero tal vez... un día, un buen hombre...

Otra lágrima rodó por su mejilla.

—¡Calla! —la zarandó él—. ¿Un buen hombre, decís? Un hombre muerto, *Carlotta*, si os toca. ¿No habéis entendido nada? —gruñó introduciendo otra vez su mano entre los largos mechones rubios. Tiró de ellos esta vez hasta causarle un poco de dolor—. No habrá un buen hombre para vos, ¿lo entendéis? Ni bueno ni malo. Solo yo. —Tiró más fuerte de su pelo, evitando que ella volviera a bajar el rostro. Ella reprimió el gemido de dolor—. ¿Acaso buscáis hacerme enloquecer, milady? ¿Es eso? ¿Tentáis a un demonio?—No pudo resistirse y al decir aquello la besó con fuerza, pero aflojó la presión en los cabellos dorados.

Charlotte se resistió. Pero solo por unos instantes. Ya no pudo negarse más lo que había en su corazón. Nunca había amado a un hombre. Había amado a sus padres, a la vida, a las personas que la rodeaban, a todas las monjas que le habían dado un poco de su ser. Pero nunca había amado a un hombre. ¿Era ese dolor tan intenso, ese placer tan intenso, ese fuego que la consumía y le hacía desear vivir al lado de ese hombre hasta el día de su muerte... amor de mujer a un hombre? Un hombre que pensaba que ella era un lastre. Una inútil que nadie querría... que él no quería.

Como sabía que no podía con él, ella cesó en su beso. Y se mantuvo inmóvil. No podía hacer otra cosa. Solo aguantar, aguantar el ardor que la recorría. El dolor de su alma, que le recordaba que ella no era nada para ese hombre.

Ante aquella pasividad, él arrastró la otra mano por la delicada espalda femenina hasta encontrar las nalgas, gimió al sentir su exquisita redondez y las apretó con sus manos fuertes. Ambas. Y la alzó bruscamente hacia él, apoyándola en la pared. Su miembro se puso aún más duro, hasta sentir un dolor que buscaba con urgencia el alivio que solo ella podría darle. Sintió la locura arder en su mente. Le subió las faldas del camisón como pudo... se abrió él la portañuela de sus calzas mientras con el otro brazo la sostenía. La tomaría allí mismo, en aquel pasillo de la posada, con todos abajo porque la locura era tal que él mismo no podría parar ya.

—¡Capitán!, ¡milady! —gritó Francine Gaspard, llevando en sus manos la bandeja con la cena de Charlotte y Rose.

Sabía demasiado de la lujuria de un hombre para entender que se arriesgaba a que el malvado pirata le retorciera el cuello con sus enormes manos por interrumpir aquel momento. Pero también había sufrido el profundo dolor emocional y físico de la violación. Ninguna mujer sería violada en su posada.

Charlotte gimió por la sorpresa.

Salvatore gruñó. Se detuvo. Y hundió el rostro en el cuello de Charlotte, aspirando enormes bocanadas de aire, sosteniéndola aún.

—Capitán —repitió en voz baja Francine—. Traigo la cena de milady.

Cuando él giró su rostro y miró a Francine, esta pudo conocer el rostro del demonio. Los ojos vacíos y muy negros. La mueca horrenda de la muerte surcando aquel rostro cubierto por la barba. Francine tragó en seco y dio un paso atrás inconscientemente.

—¿Mujer... acaso queréis morir esta noche? —le dijo el capitán.

Y Charlotte despertó con aquellas palabras. Oyó la voz de Francine. Y supo que debía hacer algo.

—No, capitán. No busco la muerte, solo entregar la cena a las damas —contestó Francine casi sin aliento, su cuerpo frío.

Lady Campbell, rápidamente, alzó su mano y la depositó suavemente en el rostro barbado haciendo que el pirata dejara de mirar a la dueña de la posada.

Y Francine pudo ver, perfectamente, como aquel rostro del demonio cambiaba cuando aquella mano de ángel lo acarició. Pudo ver como la muerte se sumergía de nuevo en los profundos abismos negros que eran los ojos del Cuervo.

—Por favor... dejad que esta buena mujer deje la bandeja de la cena y pueda retirarse —le dijo Charlotte al capitán, suavemente.

Por ayudar a la amable Francine, Charlotte había recobrado en segundos la voz y los latidos de su corazón. Los había perdido momentos antes, cuando supo que él iba a tomarla en aquel pasillo.

Salvatore dejó de prestar atención a la mujer que los había interrumpido. Y lady Campbell le volvió a acariciar la mejilla barbada, para luego extender esa caricia a la cien.

El capitán Cuervo, el nefasto y perverso, cerró los ojos ante esas caricias.

Pero instantes después volvió a mirar a Francine.

—Fuera. Y no volváis a interrumpir —le gruñó.

Francine asintió dos veces. No deseaba tentar más a aquel demonio. Miró a la joven dama antes de dejar la bandeja y retirarse, y se percató de que él ya la había bajado al suelo, y las faldas de su camión estaban donde debían estar... rozando el suelo y los pies.

La posadera aceptó que aquel ángel había apaciguado a un demonio. Tan solo con una caricia, se dijo asombrada. No era capaz de entender aquello, a pesar de que lo había presenciado. ¿Cómo era posible?, se preguntó. ¿Qué harían los enemigos de aquel hombre... si lo supieran?

Francine dejó lentamente la bandeja de la cena en el suelo del pasillo, y se fue.

Salvatore ya miraba de nuevo a Charlotte.

—¿Así que os doy asco, milady?

No, ella no sentía asco. Ella lo negó con la cabeza.

—No. Os he... mentido. Y... es pecado mentir.

Charlotte bajó su mano, desistió en la caricia, y se llevó la mano a su corazón, como si deseara guardar esa caricia... allí.

En ese momento el capitán lo supo. Sería su mujer. Y no en aquel pasillo. No de aquella forma.

—Pero mi mayor pecado no será esa mentira, sino dejar que me toméis aquí, sin luchar. Ya os lo he dicho... nunca me tendréis. No con mi permiso.

Entonces, Charlotte se separó de él. Se revolvió en sus brazos con fuerza.

Él la dejó zafarse, impresionado por ese acceso de determinación.

—Yo no solicito el permiso de nadie... a nada. Y a mí me pareció que si os hubiera tomado ahora, aquí mismo, dama virtuosa... —se burló él deliberadamente—, no habría encontrado resistencia alguna.

—¡Tendréis que matarme primero!

Se hizo el silencio más mortal.

—Así que volvéis con eso... milady. Tal vez os tome la palabra y así acabaría con este estúpido juego... No tentéis a un hombre como yo...

Charlotte tembló después. Al pensar en lo que había dicho, el corazón se ralentizó hasta dejarla casi sin vida. Aun así, ella habló con entereza:

—Si buscáis una mujer para satisfacer vuestra depravación... id al puerto, señor —dijo alzando su rostro con dignidad—. Allí, que yo sepa, no hay ciegas inútiles.

El silencio se prolongó después.

Ella lo sentía. Él estaba allí, respirando como un demonio oscuro y cruel. Contemplándola.

Charlotte cerró los ojos. Esperó que le pegara tan fuerte que la mataría en ese instante. Que la degollaría con esa daga de la que todos hablaban. Y que le quitaría la vida en la forma veloz e inigualable en que lo hacía, según le habían contado los mozos de Los Seis Escudos.

Ella era una prisionera insolente, que retaba nada más y nada menos que a su captor. Un hombre para quien la muerte era parte de su vida, como respirar o dormir.

Pero nada de eso llegó.

No hubo ningún golpe mortal. Ninguna daga.

Solo escuchó la respiración intensa y entrecortada del hombre que la hacía estremecerse. Y una frase que la hirió quien sabe si más que un golpe físico, resonó en el silencio:

—Por supuesto que iré al puerto esta noche, milady. Habrá muchas mujeres deseosas de mi depravación, que me darán el placer que necesito. Mujeres de carne ardiente, y no damas frías y solteronas. Follaré hasta el amanecer, milady. Que

tengáis buenas noches.

Ella exclamó con dolor al oír aquellas palabras. Sintió esa famosa daga clavarse en su corazón. Esa daga se había convertido en aquellas palabras.

Entonces lo escuchó bajar las escaleras como un vendaval y lanzar con una fuerza brutal las mesas y sillas que encontró a su paso. La puerta de la taberna fue azotada después de su salida.

Volvió el silencio.

Volvieron los latidos del corazón de Charlotte. Su corazón se rompió en pedazos. Ella bajó la cabeza y se quedó allí en silencio por un tiempo. Alzó sus manos para encontrar la puerta de la habitación.

«Adiós, Salvatore —dijo ella—. Adiós».

Pero Salvatore no se condujo al puerto. En primer lugar, porque no buscaba las atenciones de las chicas del muelle aquella noche, ni de ninguna otra. Concluyó que lo último que necesitaba era que una ramera se colgara de su cuello buscando sus favores. El hambre despreciable que sentía esa noche, la ansiedad cruda y dolorosa que sentía era por ella. Por la dama. El ángel.

Ah, el nuevo rechazo de ella lo corroía por dentro. No iría a ningún burdel, esta vez, porque solo terminaría buscando a alguien con quien pelear, a quien destrozar con sus puños, alguien con quien liberar la ira. Y además, no dejaría que Adbelkader lo cogiera con la guardia baja, borracho y en una contienda de puños y navajas en algún burdel asqueroso de aquella isla.

Pero un trago de ron no le vendría mal para aplacar la ira asesina que sentía, el deseo insatisfecho. La incompreensión de qué diablos le ocurría a *Carlotta*.

«¡*Porca miseria!*», espetó varias veces en menos de un minuto.

Nunca había entendido a las mujeres porque no le había hecho falta. Y por lo visto... menos entendería a una dama. Primero la sentía derretirse en su boca y bajo sus manos. Luego lo rechazaba y decía que él le daba asco.

Salvatore entró en sus aposentos pateando la puerta. Buscó su garrafa de ron porque no bebería nunca más aquella porquería de grog que hacían en Liberty.

—¡Hazhim! —gritó con ira—. ¡Maldito seáis, so inútil! —espetó en inglés—. ¡Dónde demonios os metéis, pequeño bribón!

Este apareció cojeando a toda prisa y buscó el ron del capitán.

Ni siquiera esperó a que lo sirviera en una jarra. Se lo arrebató al niño de las manos y bebió desde allí mismo un trago largo. Dejó la garrafa en la mesa con un estruendo violento y se limpió la boca toscamente con el dorso de su antebrazo. Era una fiera que caminaba de un lugar a otro en la habitación.

Se topó con una silla, maldijo y la lanzó al suelo. Luego respiró hondamente, y

volvió a beber su ron. Cuando levantó la vista encontró a Guido apoyado tranquilamente en el marco de la puerta y los brazos cruzados en el pecho.

—¡Qué diablos miráis, joder!

—Podría pedir a Berni que venga. Creo que a la chica le gustáis, Salvatore. Ha preguntado por vos esta noche. No creo que a Francine le moleste si os atiende aquí —dijo burlonamente.

Guido tuvo que esquivar la garrafa que le fue lanzada con furia. Y entonces se borró su sonrisa.

—¡*Diávolo!* ¿Qué ocurre? —preguntó un Guido más circunspecto.

El capitán Cuervo continuó caminando colérico de un lado a otro.

Hubo silencio.

Salvatore no podía pensar con claridad. Solo recordaba la expresión de dolor en el rostro de Charlotte. Su rechazo, esta vez, se sostenía en el dolor y no en sus remilgos de dama. «¿Qué diablos he hecho ahora, *angelo?*», pensó. Recogió la silla que había tirado al suelo y se sentó en ella de muy mala gana. Después sacó un puro y lo encendió.

—¿Puedo? —pregunto Guido señalando la otra silla al lado de la mesa.

El capitán le dirigió una mirada feroz para luego desviarla. Pero no se opuso cuando el contramaestre se sentó.

—Toda la tripulación ha sido reunida, Salvatore. Venía a deciros eso. Esta noche van a preparar el navío para que podamos soltar amarras mañana al mediodía. Falta parte del avituallamiento. Lo traerán mañana al amanecer.

Otro silencio.

Un asentimiento y nada más. Salvatore continuó fumando su puro.

—¿Hmmm... lady Campbell y la monja, están bien? —preguntó Guido tanteando los posibles motivos de la furia del capitán.

¿Y que otro motivo podría tenerlo así, si no era la dama?, se preguntó.

Hubo otro silencio que duró unos instantes largos y otra calada profunda al puro. Después el Cuervo sorprendió a Guido con su contestación.

—La quiero para mí, Guido —dijo tajantemente, con la misma autoridad con la que daba las órdenes en su navío.

—¿Qué?

—Lo que habéis oído. No pienso devolverla a su padre —exhaló el humo.

—¿Habéis vuelto a beber esa mierda de grog esta noche?, no os sienta bien.

Es que no podía haber otra explicación, se dijo el contramaestre. El silencio lo hizo Guido, intentando asumir lo que había oído.

—¿Y qué ha dicho la dama sobre vuestra... decisión? —preguntó finalmente.

—Se lo he dicho esta tarde, pero no ha contestado.

—Ah, muy bien. Y ¿pensáis que su padre, un barón, amigo de la Armada inglesa, no hará nada al respecto?

—Lo mataré si es necesario.

Otro silencio de Guido.

—Salvatore, *fratello*, creo que no entiendes lo que dices. ¿Creéis que es posible quedarte con la dama, que mataréis a su padre, y ella de buen grado os calentará el lecho?

—Voy a quedarme con ella. Será mi mujer. Quiero una... y será ella —bebió un trago de ron y luego dio una calada a su puro—. Está decidido.

Guido guardó otro silencio, meditando.

—Es una mujer muy hermosa, Salvatore. Y además pienso que es una dama benévola. He visto cómo trata al chico. —Se refería a Hazhim—. Pero ¿creéis que os aceptará alguna vez? Llevadla con su padre y cobrad el oro, si quierdes. Buscad a otra. Estáis cansado. Muy bien. Podéis dejar esta vida... pero no con ella. Esa dama no es para vos.

El capitán lo miró a los ojos.

—La vida tampoco era para mí y estoy vivo. Ella es para mí porque yo lo decido así. Será mi mujer quiera ella o no —sentenció sin más.

—Vuestra mujer, aunque no quiera —repitió incrédulo—. Y... ¿a dónde pensáis llevarla a vivir?, ¿en el *The Stronghold*, junto a toda la tripulación de menesterosos? Además... es ciega.

—¡Por supuesto que no vivirá en el navío! Compraré una propiedad.

Salvatore y Guido eran hombres ricos.

El capitán estaba sentado con sus largas piernas cruzadas en los tobillos. La mirada perdida, haciendo planes, visualizándolos.

—Y se vale muy bien por sí misma —continuó diciendo, meditabundo — Tendríais que haberla visto montando a Cesar. —Sonrió mientras bebía su ron y lo recordaba—. Tenéis que verla comer, caminar, explorar. Aprende a ir a cada lugar. Memoriza los pasos, las distancias, las cosas que hay en su camino, a las personas. Es asombrosa... es magnífica. Lo hace todo ella sola. Y es valiente —dijo con una pasión tal que Guido supo lo mucho que estaba su *fratello* prendado de la hermosa mujer. Una mujer de la nobleza inglesa, la hija de un barón, que jamás lo aceptaría — Puedo darle la vida que su padre le ha negado. La instalaré en una propiedad. Ella será dueña y señora... tendrá criados, lujos, y todo lo que desee.

El capitán había perdido la cabeza, pensó su contraestre.

—¿Y en qué lugar vais a comprar esa propiedad, donde por cierto no deseen

colgaros por piratería, ultraje, sedición...? Os recuerdo que si ponemos un pie en ciertas tierras nos condenarán a muerte.

—No en *Bologna*.

Guido tuvo que tomar un trago de ron.

—Creo que deberíais contar primero con el beneplácito de la dama —advirtió serenamente, como si hablara con un jovenzuelo descarriado—. Y por lo visto, creo que no cuentas con ello.

Obviamente era así o el capitán no estaría furioso, bebiendo y divagando, una noche más.

No, no lo tenía, se dijo Salvatore. Lo había rechazado otra vez. Lo había llamado depravado. Le había dicho que tendría que matarla para tenerla. Otra vez esa maldita frase que le quemaba las entrañas. Había visto sus hermosos e inocentes ojos llenos de lágrimas y de un profundo dolor. Pero en la tarde ella había disfrutado de Cesar, y con él. Ella había dicho que deseaba que aquel momento durara para siempre. ¿Qué había pasado entonces? Pero... ¿por qué demonios todo había vuelto a cambiar?

El capitán se puso de pie bruscamente.

—¡Fuera! —le dijo por toda respuesta.

Y Guido se marchó.

Como todas las noches, Charlotte se instaló en los pensamientos del capitán Cuervo. Pero esa noche fue más intenso, más profundo si cabía, porque esa noche no solo podía recordar su risa, su pelo, sus ojos, su inocente candidez, sino que recordaba tan vivamente sus labios húmedos, dulces, su lengua tímida, expectante, su cuerpo trémulo reaccionando al suyo, el fuego que había en ella y que quería arder. Pensó en la forma en que ella había alzado su boca para él aquella tarde, claudicando al fin, entregándose a él. ¡Malditos berberiscos! Habían interrumpido aquel momento. Pero también recordó, como si la viera en ese instante, su rostro triste, sus ojos llenos de dolor y decepción aquella noche.

Cerró los ojos soltando más imprecaciones y frases soeces, sin conciliar el sueño, más que por el vencimiento natural, sin llegar a comprender qué había ocurrido, qué había hecho él para que de pronto lo rechazara de aquella manera.

Charlotte y la hermana Rose salieron de la habitación muy temprano. Apenas estaba despierto Timothy, quien realizaba las tareas de ordeñar a las cabras y traer agua limpia para los baños. Les preguntó a dónde se dirigían y si deseaban que las acompañara. La isla no era lugar para que unas damas como ellas estuvieran solas. Hábilmente la hermana Rose le aseguró que Hazhim las alcanzaría, que solo

pretendía ir al mercado del puerto. Como muchas mujeres acudían temprano al mercado, y en virtud de su propia juventud, Timothy no sospechó más allá de su deseo de proteger a las damas.

—Oh, pero milady se quedará. Solo iré yo. Ella irá conmigo hasta la puerta.

Timothy observó el pequeño fardo oculto por la hermana Rose bajo el hábito. Ella siguió su mirada.

—Oh... deseaba comprar algunas cosas y como nos han quitado nuestras pertenencias, pensaba cambiarlas por esto —señaló el bulto.

—El capitán dijo que podríais pedir lo que desearais, milady —dijo mirando a lady Charlotte.

Y antes de que ella pudiera contestar, Rose lo hizo oportunamente.

—Muchacho, eso no es extensivo a mí.

El muchacho se rascó la cara pensativo.

Las dos mujeres hicieron un expectante silencio. Si Timothy insistía en acompañarlas, estarían perdidas.

—Está bien, hermana. Pero debéis tener cuidado.

Charlotte sentía que cometían un error en el que comprometerían a muchas buenas personas como Francine, Hazhim, Timothy. Todos pagarían la ira del capitán. Pensó que era el momento de retractarse. Había actuado herida en el corazón, pero debía pensar en los demás. ¿Y si no lo conseguían?, ¿qué ocurriría con ella y con Rose?

Mientras caminaban fuera de la posada, ella se despidió mentalmente de todos. No eran malas personas, solo personas que no habían tenido su suerte. No eran hijos de un noble que les garantizara la subsistencia. Ciertamente era que ella había dejado de vivir en el lujo, cuando aún su madre vivía, y que luego había sido llevada al convento, pero su padre siempre había enviado los costes de su manutención. Charlotte no sabía lo que era el hambre. Pero si sabía que otras personas no habían tenido esa suerte. Aquellas personas de Liberty, por ejemplo.

Se despidió de todos, pero no de él. Porque, aunque le dijo adiós durante la noche, ella supo que nunca olvidaría aquella tarde que había montado a Cesar junto a él. Sus besos. Su aroma. Sus manos. A él... jamás podría decirle adiós.

Era inaceptable que tuviera esos pensamientos, lo sabía. Pero sus pensamientos eran suyos y de nadie más. Le dolía dejarlo. Era su captor, un pirata cruel, un desalmado. Un hombre para el que ella no era más que un lastre, alguien que nadie querría. Pero le dolía tanto saber que jamás, si las cosas salían bien, volvería a oír su voz.

—Rose... —dijo mientras se dirigían fuera de la posada—. Cuando él descubra que

no estamos, les hará pagar a estas personas.

—¡Milady Charlotte! ¡Estas personas son los secuaces de ese demonio! No lo olvidéis.

Y tomó de la mano a la Charlotte, arrastrándola camino arriba.

—El niño no es un secuaz, Rose. No tiene a donde ir. ¿Qué más le queda? Y... y la señorita Gaspard. Ella solo nos ha brindado hospedaje.

Siguieron andando sin romper el paso ni un instante. La hermana Rose rogó a la Providencia que los jesuitas estuvieran en el mercado, tal y como Josephine le había asegurado. Rogó porque las ayudarán a huir. Y la Providencia las escuchó.

CAPÍTULO 19

El *The Stronghold* fondeaba cerca de la bahía de Liberty. Los botes estaban a disposición para su abordaje en la orilla de la playa.

El capitán Cuervo no huía. Se preparaba para un enfrentamiento en alta mar, donde se dirimía la guerra entre piratas. Sabía que Abdelkader no dejaría que nadie le pusiera una daga bajo la garganta y siguiera viviendo para contarlo. Lo sabía porque ambos eran hombres muy parecidos. Nadie amenazaba al Cuervo y seguía respirando. Ambos hombres se habían evitado siempre. Pero nada era eterno. El otomano no atacaría en tierra, lo haría en el mar. Y el *The Stronghold* lo estaría esperando. Era una corveta rápida, ligera. El *Asram* era un viejo galeón, pesado, lento, pero muy bien armado con sesenta y cinco cañones a babor y estribor. Si un navío quedaba a tiro ante el barco del pirata berberisco sería solo un recuerdo de añicos flotando en alta mar.

No obstante, lo único que preocupaba intensamente al capitán era un enfrentamiento con Charlotte a bordo. Por eso debía tomar rumbo a Nueva Orleans y buscar refugio para ella. No la dejaría en Liberty. No era seguro. Ella podría ser capturada por los otomanos o ser rescatada por su padre. De aquellas islas los marineros zarpaban y arribaban constantemente. El barón Campbell podría llegar a tener conocimiento de su paradero y enviar a la Armada corsarios al rescate de su hija.

Nadie se la arrebataría, pensó. Nadie. Apretó su mano sobre la empuñadura de su daga mientras pensaba en todo aquello. Sus ojos se oscurecieron malignamente como si descendiera a los infiernos. El ángel era suyo. Nadie le quitaría lo suyo. Eso era lo que le había enseñado su crudísima vida.

—¡Capitán! —Guido entró a toda prisa en los aposentos.

Salvatore levantó su vista lentamente y enfundó con la misma lentitud su daga en la faja que rodeaba su cintura sobre la casaca negra.

—Las mujeres... No están —le informó el contramaestre respirando con dificultad tras haberlas buscado por todas partes.

Guido vio como el frío apareció en los ojos de su amigo. Se volvieron hielo, y

vacíos, como los de un cuervo. Y una vez más, como tantas veces había visto a lo largo de sus vidas, comprendió qué era aquello por lo que todos le temían.

—¿No están? —preguntó peligrosa y serenamente el capitán.

El contramaestre, que había sido su hermano, su amigo, llegó a temer inclusive por su propia vida. Él sabía lo mucho que el capitán deseaba a la mujer.

—No están, Salvatore —dijo también con serenidad—. Dijeron que la monja iría al mercadillo del puerto, pero ninguna estaba allí. He ido a buscarlas. Las he buscado en la posada, en todas partes. Francine también. Han escapado. El chico —se refería a Hazhim— tampoco está, y estoy seguro de que ha ido tras ellas. Pronto las encontraremos.

Entonces levantó su mano y mostró la nota que Charlotte había dejado al niño.

El capitán Cuervo la tomó y leyó la nota. Después la guardó en su casaca, lentamente.

Se hizo un silencio mortal.

Guido siempre había sabido que Salvatore era muy peligroso en ese estado de calma, porque en ese estado podía pensar y sus pensamientos solían ser decisivos y mortíferos.

Continuó el silencio pasmoso. Después lo vio apretar los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en sus palmas. Y de las palmas de sus manos vio que emanaron unas pequeñas gotas de sangre.

Porque era sangre y una cólera violenta y asfixiante lo que brotaba de aquel hombre. Era sangre lo que emergía de su mente. Salvatore alzó la mirada. Y contempló el bosque a través de la ventana.

Pensó en ella: su risa, sus manos blancas tocando su rostro. El olor de ella impregnó su recuerdo. La inocencia y la bondad de sus besos. La tibieza de su cuerpo bajo sus manos...

Y había huido de él.

El capitán cerró los ojos, soportando el dolor.

«Jamás, Carlotta... jamás».

Y entonces, ciego y sordo por la ira abismal ardiendo en sus venas, gritó con un desgarró que resonó en toda la posada.

No hubo ser que no lo oyera. Y no hubo ser que no huyera en busca de refugio. Hasta los pájaros posados en las ramas de los árboles salieron al vuelo espantados.

Cuando su grito de furia se apagó, levantó y lanzó una pesada mesa a la pared como si se tratara de un pequeño libro.

Guido era incapaz de decir algo. Conocía a su *fratello* y sabía que en esos momentos sería mortal.

Salvatore, respirando profundamente, tomó su espada y la envainó, cargó la pistola, metió su daga en la faja, y salió como poseído por los demonios de lo más recóndito del infierno.

—Organizad una partida de cuatro grupos de cinco hombres. Unos irán al norte conmigo y otros al puerto y a la playa. ¡Registradlo todo! —decretó desde sus tinieblas.

—¡Presto! —Guido asintió y se preparó para cumplir con su cometido.

Cuando salieron de las habitaciones, el capitán vio a Timothy. Lo recordó embelesado, observando al ángel, tomándola de la mano. ¿Había sido él quien las había ayudado a escapar?

Se abalanzó como una fiera pantera sobre su presa. Antes de que el muchacho pudiera hacer algo, se vio alzado casi medio metro del suelo, con una enorme mano apretando su cuello con una fuerza que le quitaría la vida en segundos.

—¿Las habéis ayudado a huir? —dijo en una voz oscura.

Los pies del muchacho pendían como campanas, sus ojos en blanco. Timothy llevó ambas manos sobre aquella que le oprimía la vida, cada segundo y cada aliento. Observó al demonio mismo en los ojos de aquel hombre.

Francine gritó al ver aquello y corrió arrojándose a los pies del pirata, rogando por quien había criado como a un hijo.

—¡Por favor!... no le quitéis la vida. ¡Os juro que nada sabe! ¡Matadme a mí! Ha sido mi culpa, ¡han escapado por mi culpa! Acabad conmigo, pero os juro que él no sabe nada.

Francine lloró con el desgarró de una madre, su rostro lleno de horror, arrodillada a los pies del pirata.

Guido la tomó de los hombros tratando de apartarla de la bestia que dominaba a Salvatore en esos momentos.

—*Capitán*, es verdad. ¡Los he interrogado! Vais a matar al muchacho por algo que no ha hecho.

En ese momento una figura alcanzó la visión del capitán Cuervo. Y dirigió su mirada a una moza temblorosa que se frotaba las manos con nerviosismo.

El dolor atravesó de nuevo el alma oscura del pirata. Recordó que Charlotte tenía el mismo gesto de timidez. Recordó aquella noche en la cubierta del navío, ella visiblemente nerviosa por estar a solas con un él. La noche en que le cantó cómo memorizaba un lugar, un camino, o a las personas. Recordó que aquella noche se frotaba sus blancas manos de la misma forma, y él las había cubierto con la suyas

para darle calor.

—Pagaréis vuestro descuido, ramera. Contad con ello —masculló el Cuervo a Francine Gaspard, antes de soltar al muchacho y dejarlo caer casi muerto en el suelo.

Francine pudo ver más allá de la furia perversa y vengativa. Más allá del hombre cruel, vio a un hombre desesperado, no por un botín en oro, sino un hombre desesperado por una mujer. El capitán dirigió sus oscuros pasos hacia Josephine.

Francine corrió hacia Timothy, que escupía y daba bocanadas de aire para vivir. Con los ojos casi sin vida y lleno de odio, el muchacho miró al pirata y echó la mano a su cuchillo. Francine se adelantó y lo detuvo. Le habló en susurros.

—No... no. Os matará. Lo hará antes de que puedas levantar la hoja del cuchillo. ¿No veis acaso que está desesperado? Solo quiere a la dama de vuelta a su lado —le dijo con una mirada suplicante—. No lo hagáis. Os lo pido. No puedo perder a otro hijo.

Y Timothy retiró su mano de la empuñadura del cuchillo.

Antes de que el capitán Cuervo llegara a Josephine, esta habló sin levantar la vista.

—Ca... Capi... tan... —Pero no podía hablar.

—Hablad.

—La Hermana... estuvo, estuvo preguntando sobre los je... je...

—¡Hablad ya, maldita sea, porque os juro que romperé vuestro cuello con mis manos!

—¡Creo que han ido a buscar la ayuda de los Jesuitas!

Fray Antonio las llevó al Monasterio de San Vicente situado en la colina este de Liberty. Se había fundado después de la conquista del reino español sobre las islas de Bajamar. Tras la llegada de los ingleses, los piratas y los corsarios, los monjes se habían quedado, pues no podían abandonar a los nativos católicos de Liberty. Y allí convivieron en una obligada paz con todos aquellos depravados y criminales.

La hermana Rose había encontrado a fray Antonio en el mercadillo del puerto vendiendo la miel junto a su carreta.

Desde el primer momento en que lo vio, Rose apretó la mano de Charlotte con júbilo, pues encontró en sus redondos ojos castaños a un buen cristiano. Ella se acercó discretamente al monje, cubriendo su hábito con una larga capa, fingiendo interés por la miel. Cuando ella miró a los ojos al buen siervo del Señor, este de inmediato comprendió la angustia, el horror, la necesidad de ayuda de las mujeres. Y por supuesto, apenas vio el hábito, tendió su mano amiga sin pensar en las consecuencias.

En ese momento, Charlotte y la hermana Rose viajaban en la parte trasera de la carreta del monje junto al heno y la miel. Fray Antonio les daría refugio en el Monasterio, tan solo habitado por tres monjes más. Desde allí les ayudarían a pagar a algún marinero de la isla para que las llevase a Nueva Inglaterra. Por supuesto que los monjes conocían a uno que podría llevarlas, no del todo respetable, pero podían confiar en que serían llevadas sin peligro.

Lo que no supieron fray Antonio y la hermana Rose, era que un pirata de piel muy morena, con un turbante y un fajín rojo les observó en el mercadillo. Era Násser.

La hermana Rose y Charlotte rebotaban en la parte trasera de la carreta y fray Antonio azuzó a Serafina, la mula que siempre hacía el trayecto con el monje hasta el pueblo. El animal pretendía holgazanear, pero esta vez el jesuita no podía consentir los entretenimientos de su fiel Serafina. Tenían que llegar al monasterio y allí escondería muy bien a las mujeres. Cuando supo de quien huían, creyó que el infierno se abría a sus pies y supo que ese infierno vendría a buscarlo.

Huían de uno de los piratas más crueles que navegaba aquellos mares. Pero fray Antonio ni siquiera lo meditó. Cuando observó la desesperación de la hermana Rose, cuando observó a lady Campbell. ¡Oh, por Dios!, una mujer ciega en manos de aquel hombre, de aquellos hombres cuyas almas estaban corrompidas por el mal, les ofreció enseguida su ayuda.

El capitán Cuervo partió de la posada con quince hombres de su tripulación, los piratas mejor armados y más feroces.

Francine puso a disposición de este a diez de sus mozos, que en realidad eran antiguos piratas y marineros igual de aguerridos. Ninguno de ellos era Timothy; sin embargo, este partió por su cuenta sin que ella lo supiera.

Cuando Francine vio al capitán marcharse como si fuera llevado por los demonios, ella entrelazó sus manos bajo el mentón y rezó porque lady Charlotte y la hermana Rose estuvieran bien, porque en realidad pudieran estar con los jesuitas. Liberty no era un lugar para aquellas mujeres. Podrían ser violadas y asesinadas por cualquier de los piratas del puerto. No las culpaba por intentar escapar; ella habría hecho lo mismo. Pero también rezó por los monjes, porque la ira del pirata no recayera sin piedad sobre ellos. Pidió clemencia para estos buenos hombres, si es que eran ellos quienes habían brindado refugio a las mujeres.

El monasterio se encontraba aislado del puerto de la isla y tardaron un tiempopreciado en avistarlo.

—¡Alto!

Serafina pifó y se agitó ante la súbita interrupción de su paso.

—No digáis nada. Dejadme hablar —les susurró fray Antonio—. ¿En qué puedo ayudaros, señor? No tengo nada de valor, soy un hombre de Dios.

Se dirigió a un hombre de tez moteada y oscura. Un berberisco. Pronto salieron detrás de este cinco hombres más.

—Oh sí, monje —dejó entrever una sonrisa socarrona y un diente de oro—, lleváis algo de mucho valor para mi señor —dijo Násser.

Y lo apuntó con un trabuco.

Fray Antonio se angustió al ver el cañón del trabuco apuntándole. Pero su angustia no era en sí por él sino por las indefensas mujeres. Todos sabían que los piratas otomanos comerciaban con esclavos en la costa africana. Dos mujeres inglesas eran más que un botín para estos. Era absurdo creer que no registrarían la carreta.

—Por favor. Las damas están bajo la protección de la Iglesia, señor. Han pedido refugio y es mi deber concedérselo. Os ruego que os apartéis de mi camino —dicho esto, intentó azuzar de nuevo a Serafina.

Las risas de hienas de aquellos hombres retumbaron en el camino. La hermana Rose y Charlotte se abrazaron aterrorizadas, pero se mantuvieron en silencio bajo el capote de la carreta.

Gritaron cuando arrancaron la capota y las dejaron al descubierto. Los piratas dejaron de reír observando a las mujeres con avidez. Násser se acercó y se detuvo en la parte trasera de la carreta.

—Bajad.

Fray Antonio se lanzó al suelo sin pensarlo. Corrió hacia Násser y se arrodilló pidiendo clemencia.

Pero este hombre de rostro impertérrito puso sus ojos en lady Campbell. La recorrió con su perversa mirada. La había visto la tarde anterior aceptando los besos del bastardo italiano.

La hermana Rose sollozó y la abrazó protectoramente. Ese hombre iba a hacerles daño. Lo supo, fue muy consciente de ello, y entonces pidió perdón al Señor por haberse llevado a Charlotte de la posada. Rogó a Dios por ella pues nada pedía para sí misma.

Cuando Nasser percibió a fray Antonio a su lado, arrodillado, pidiendo por las mujeres, levantó lentamente su mano empuñando el trabuco y disparó.

Los piratas berberiscos rieron. Y la mula Serafina se alarmó tras el disparo.

Ellas gritaron desgarrando su alma.

Fue un grito de sangre y de horror.

Charlotte escuchó como fray Antonio callaba. Escuchó como su cuerpo caía al suelo con un golpe seco, gritó de nuevo horrorizada. Juntó entonces sus manos bajo su mentón y comenzó a orar por él, pidiendo perdón a Dios por inmiscuir al buen hombre en aquella atrocidad. Golpearon a la hermana Rose y pronto la separaron de ella.

—¡No!... ¡no por favor, no le hagáis daño! —gritó y rogó Charlotte por Rose, con su rostro inundado de lágrimas de suplicio. Pronto fue ella quien se arrodilló ante aquellos hombres.

—¡Cogedlas!

Varios hombres se dirigieron a las mujeres y la hermana Rose se lanzó contra aquellos que pretendían sujetar a Charlotte. Combatió contra ellos lanzando sus puños, pero solo obtuvo risotadas, empujones que evadían sus golpes. La patearon en el trasero con un menosprecio arrollador.

Charlotte gritaba sin saber qué hacer, alzando sus manos y sus brazos desesperadamente a su alrededor, perdida y fuera de sí, odiándose como jamás había odiado por no poder ver, por no poder ayudar a Rose.

—¡Callaos ya, puta del italiano! —le gritó Násser.

El otomano tuvo que contenerse para no romperle la cara a Charlotte con la empuñadura del trabuco. No podía dañar la mercancía.

La sujetó del brazo y tiró de ella, casi arrastrándola por el suelo.

Ella no escuchaba a Rose. El terror se apoderó de su ser. ¿La habían asesinado? Con un dolor inmenso, comenzó a gritar de nuevo.

—¡Rose!, ¡Rose, habladme!... ¡Rose!

Pero Rose no contestó.

—¡Matadme a mí también!... ¡Rose! —su grito desgarrador resonó en el aire. Su corazón comenzó a latir despacio, muy despacio, como si no hubiera ya nada porque vivir.

Salvatore montando su caballo como un jinete del demonio, pudo ver la cojera inconfundible de Hazhim a los lejos, quien venía corriendo por el camino del norte, el camino hacia el Monasterio jesuita.

«¡Capitán!», había gritado el niño con todas las fuerzas que pudo reunir, y él espoleó a su caballo llevando al animal al límite, porque al límite mismo estaba el jinete.

Guido y los demás hombres hicieron lo mismo intentado dar alcance al capitán. Para cuando lo hicieron, el niño, angustiado y dolorido como nunca, terminaba de

relatar que había visto a lady Campbell y la hermana Rose subir a la carreta de un monje y que detrás de ellos había partido Násser y ocho marineros otomanos. No pudo seguirlos y por eso regresó a pedir ayuda a la Posada.

Cuando Salvatore escuchó las palabras, cerró con una fuerza indecible los puños en las riendas del animal. Un frío que jamás había conocido recorrió su ser. Pensó en cómo mataría a cada uno de esos hombres si le habían hecho daño, no, si tan solo le habían tocado un solo mechón de pelo a Charlotte.

Y salió como un alma que conduce el diablo, tan fuerte y tan rápido que dejó atrás al resto de fieros piratas. Los dejó allí sin dar órdenes ni instrucciones, algo imposible en él, olvidando por completo las circunstancias de la situación, porque lo único que quería era dar alcance a los otomanos y a ella. Tenía que llegar a ella. Y era ella, su rostro, sus ojos, lo que veía en su mente. Delirando de ira, de furia, de rencor, de violencia. «¡Los quemaría vivos si la habían tocado!», pensó una y mil veces mientras cabalgaba, como un alma condenada que regresaba del mismísimo infierno. Él no lo supo, él ni siquiera llegó a sentirlo, pero una lagrima corrió por su rostro hasta perderse en su barba negra, tan negra como su alma y sus pensamientos.

La hermana Rose no había muerto. Estaba inconsciente cuando la subieron como un saco de patatas al lomo de un caballo donde también viajaba Charlotte, sentada, con unos dolorosos grilletes en las muñecas, atada además al pomo de la montura. Con sus pies ella tocó sutilmente el bulto que habían lanzado sobre su montura y con alivio y horror supo que se trataba de la hermana Rose. Dejó de llorar entonces, tenía que hacer algo. ¿Estaba Rose atada como ella a la montura? ¿Y si echara al galope al animal para dejar caer a la hermana Rose y que todos la siguieran? Para eso tenía que saber si Rose podría volver en sí, tenía que saber cuántos hombres las custodiaban y si Rose podría dejarse caer al suelo y correr. Al menos ella se salvaría.

Los otomanos hablaban en árabe y ella no podía conocer la dirección de sus intenciones. Solo que serían llevadas ante aquel pirata que la noche anterior se había presentado en la posada. Pero ella no podía permitir que ambas fueran llevadas ante ese hombre. Nunca olvidaría la primera sensación que tuvo al conocerlo la tarde anterior, una sensación de estar en presencia de alguien sin humanidad, perverso mucho más que cualquier otro ser.

Násser y los hombres del *Asram* llevaron a Charlotte y a la monja hacía el otro lado de la isla. Este sabía bien que pronto el capitán Cuervo iría a buscarla. Sabía que ella era un botín preciado. Él mismo había visto la ira del Cuervo cuando Abdelkader le había sugerido el uso de la mujer como esclava, su venta y su destino. Y aquella no

era la mirada de un hombre que persigue mil libras en oro. No, no, concluyó.

Había una pequeña isla al lado de Liberty. Se llamaba Sol. Así la llamaban los nativos porque decían que eran tan redonda como el astro. Estaba deshabitada y sus aguas infectadas de tiburones azules, que por algún capricho de la naturaleza iban poco por las playas de la isla mayor. Llevarían allí a las mujeres. Tenían que estar los botes por llegar.

Násser había pensado rápido cuando las vio en el mercado y envió a uno de sus hombres a dar aviso al capitán Abdelkader para que diera órdenes de disponer botes y el *Asrman* listo para zarpar en la orilla norte de la isla de Sol.

Una vez que cruzaran la isla dudaba mucho que el bastardo pirata italiano pudiera llevar a cuestas un bote con el cual seguirlo. Para cuando zapara el *The Stronghold*, ellos ya llevarían ventaja y aunque la rápida corveta les diera alcance podrían hacerle frente con sus sesenta y cinco cañones. Cuánta satisfacción le daría hundir al perro italiano.

Los truenos y las nubes que comenzaron a volverse grises advirtieron a Násser que debía darse prisa en cruzar hacia Sol. Sonrió con vileza observando a lady Campbell. «Tal vez deba comprobar si valéis un enfrentamiento con el Cuervo», pensó con sadismo. Porque ese hombre era un sádico. Muchos sabían que Násser utilizaba prácticas horribles con las mujeres que raptaba en las costas africanas y que pocas duraban en su camarote más de dos días. Después tenían que echar sus cuerpos destrozados por la borda. Toda la tripulación sabía de los degradantes y repugnantes gustos del hombre de confianza de Abdelkader.

Charlotte escuchó el gemido de dolor y desconcierto de Rose. Estaba volviendo en sí. No había tiempo que perder. El problema era que ella no sabía si las observaban, pero sí la distancia de los hombres en sus caballos y de los que iban andando.

—Rose —fue un susurro prácticamente inaudible—. Rose, ¿puedes oírme?

Charlotte creyó que la habían visto mover los labios y que pronto la golpearían. Lo esperó con aprensión y luego se dio cuenta de que no la habían visto. Tenía que volver a intentarlo.

—Rose.

La hermana Rose se vio confundida, oyendo el suave murmullo de Charlotte. Y aunque estaba sobre el lomo del caballo alzó su cabeza ligeramente y la reconoció. Oh, cuánto alivio llegó a sentir, cuántas gracias al Todo Poderoso había dado.

—Milady —susurró también. Ella solo tenía capacidad de visión de un solo costado del animal.

Pudo ver a los hombres miserables que las habían interceptado. Y supo que no había sido una pesadilla horrenda, sino que era una realidad horrenda. Estaban en ese momento en manos de piratas otomanos. Aquellos que quemaban los pueblos pesqueros de España e Italia. Ella lo había oído decir a los peregrinos y viajeros que se detenían en la Abadía.

—Rose... escuchad atentamente. Necesito saber si nos ven.

Rose observó a los hombres desde el costado derecho de animal, su único campo de visión.

—De lado derecho no. Girad vuestro rostro, milady, hacia este lado.

Así lo hizo Charlotte.

—Rose, estoy atada a la montura y grilletes en mis muñecas.

La hermana alzó su vista y sintió que su corazón se rompía en pedazos al ver los grilletes en las delicadas y blancas muñecas de lady Campbell. Ya estaban lastimadas, enrojecidas por el cruel roce de los pesados grilletes. Además, tenía las manos atadas al pomo.

—Lo siento tanto. Os he llevado a manos de hombres igual de miserables e inhumanos. Quise protegeros de ese demonio y os he llevado al mismo infierno —dijo Rose con un pesar tan grande como llevar una montaña sobre sus hombros.

—No —contestó Charlotte—. Solo hemos hecho lo que cualquiera hubiera hecho. Teníamos que intentar escapar, Rose. Ahora escuchadme.

Uno de los otomanos que iban a pie se acercó a ellas creyendo que hablaban. Rose se hizo la inconsciente de nuevo y tocó con sus manos también atadas a Charlotte en el pie. Ella entendió de inmediato que debía guardar silencio hasta nuevo aviso.

—¿Os han atado? —preguntó cuando ya no hubo peligro de que las oyeran.

—Sí, milady, pero solo de manos. —Increíblemente no la habían atado en los pies. Y vio la soga con que habían atado duramente las manos de Charlotte, a parte de los grilletes.

—Rose, tal vez el capitán y el señor Guido estén buscándonos. Soy su botín y esperaban cobrar el oro pedido por mí. Escúchame bien. Echaré el caballo al galope y tú deberás dejarte caer y correr todo lo rápido que puedas. Busca al capitán, Rose.

—¡Oh!... ¿pero qué decís? No pienso dejaros solo, niña mía. ¡Moriré a vuestro lado!

—Es nuestra única oportunidad —susurró con desesperación Charlotte.

«Es tu única oportunidad, Rose».

Porque Charlotte sabía que cuando lograran alcanzarla, la matarían por ayudar a

Rose a escapar, pero al menos su amada Rose podría correr al puerto y pedir la clemencia del capitán o buscar refugio en otro lugar.

—No, rotundamente no —contestó la monja.

—Estos hombres nos llevarán, Rose, a una venta de esclavos. Se quiénes son. Oí sus voces ayer. Querían comprarme. Son mercaderes de esclavos. No pedirán nada a mi padre. Simplemente nos venderán o nos matarán.

—¡Oh, Dios!

—Por eso debéis escapar y buscar ayuda. Por favor, no hay tiempo. Hacedlo por mí, Rose.

Era el dilema más duro de su vida, pensó Rose. Ir directo al infierno junto a su querida Charlotte, la hija que nunca había tenido, o intentar escapar y buscar al otro pirata con la esperanza de que rescatara su preciado botín.

—Rose —dijo Charlotte con apremio cuando la caravana se detuvo.

El pesar de Rose se hizo más grande aún. Levantó su mirada y observó a aquellos hombres. Cuánta maldad, cuánto horror era capaz el ser humano de albergar en su corazón, con cuánta perversidad era capaz de obrar.

—Lo haré, milady. Iré a buscar a ese hombre. ¿Pero cómo?

—Echaré el caballo al galope. Saltarás antes.

—¡Eso es imposible! —susurró impresionada—. Podríais mataros, mi niña.

Hacía muchos años que Rose no la llamaba «mi niña». Charlotte sonrió con pena. Sería el último recuerdo que tendría de la hermana. Eso y todo su cariño, su paciencia. Charlotte siempre había creído que su madre le había enviado a la hermana Rose para cuidarla. Todas las monjas de la abadía se habían convertido en su familia. Todas le habían enseñado algo: cómo memorizar la ruta de un lado a otro en la abadía, cómo bajar y subir las escaleras, cómo vestirse y asearse por sí misma, cómo preparar algunos alimentos, cómo entrar en el granero sin pisar a los polluelos y recoger los huevos. Pero Rose había sido su pilar para poder sobrevivir después de perder la vista, de perder a su madre y de que su padre la apartara de su lado.

—Pero es nuestra única oportunidad.

Dolorosamente, así era.

Y cuando Charlotte escuchó que Násser avanzaba hacia ellas, preguntó:

—¿Tengo el camino libre, Rose?

—Sí, milady. Lo tenéis.

—Buscad ayuda. Corred todo cuanto podáis...

—Que Dios os bendiga, Charlotte. —Rose sollozó en silencio, y luego susurró para que no la oyeran—. Ese hombre... ese demonio, vendrá a buscaros. No dudéis de ello. —Porque si de algo estaba convencida la monja, era de eso.

Cuando Násser se acercaba, Charlotte echó al suave trote al caballo. Y Rose se dejó caer del lomo del animal al suelo. En efímeros instantes, Charlotte lo alentó al galope, de la forma en que su padre le había enseñado, aún sin poder sostener las riendas.

El resto de los caballos se alarmaron ante la repentina huida de su congénere. Algunos piafaron y se alzaron de los cuartos traseros. Dos jinetes cayeron al suelo desde sus monturas y los que iban andando se apartaron para no ser pisados por los animales.

«Que Dios te lleve a un lugar a salvo, Rose», pensó Charlotte.

Y Charlotte llevó a un galope furioso y desbocado a su caballo. No podía ver. No podía guiarlo. Pero asió con fuerza el pomo de la silla para no caer y bajó su cuerpo para pegarlo al cuello del animal. Cuanto más lejos pudiera llegar, más oportunidad tendría Rose. De nada serviría aquel esfuerzo si la atrapaban pronto.

Escuchó disparos y gritos de los otomanos, así como cascos detrás de ella. Y después oyó los truenos del cielo que precedieron a la feroz lluvia tropical.

CAPÍTULO 20

Salvatore espoleó a su montura, y por el camino divisó un cuerpo robusto y un revuelo de faldas grises que él ya conocía. Se le heló la sangre al ver que iba sola.

Desesperado como un fiero animal, con varios de sus hombres atrás intentando seguirle, el pirata observó alrededor. Recibió un puñal en su alma negra. Carlotta no estaba con la monja.

Guido lo alcanzó y siguió la dirección de aquella mirada sanguinaria.

—¡Hermana! —gritó el contramaestre al reconocer claramente a la hermana Rose, que corría sin toca, con el hábito sucio y arrugado.

Ella jamás pensó que podría sentir alivio de ver a Guido, el truhan flacucho y desagradable. Corrió entonces con todas sus fuerzas, casi hasta no poder más y caer al suelo superada por su angustia y su dolor.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme, por Dios! ¡Se han llevado a milady!

Salvatore y Guido bajaron de las monturas. Antes de que Guido pudiera sostener a la Hermana Rose, quien estaba al borde de la locura, el capitán Cuervo la cogió de los hombros con una dureza tal que ella creyó que la rompería en dos a pesar de su robusta y llena estructura. La sacudió con fuerza y ella le miró a los ojos. Allí vio la mirada más vacía, oscura en las profundidades, fría, e igual de inhumana que aquella de los piratas otomanos. Todos eran iguales, pensó. Asesinos, menesterosos, rufianes y malvados. Asombrada con lo que vio en aquellas cuencas negras, supo el porqué de su apodo. Cuervo. Lo supo al enfrentarse a aquellos ojos como si aquello fuera una revelación divina.

—¡Ella!... ¿dónde está? ¡Dónde! ¡Por dónde!

No eran gritos sino los rugidos de una bestia.

La sacudió más fuerte aún bajo las quejas de Guido, quien le pedía que la soltara, que la monja estaba a punto de desmallarse y no sabrían nada si eso ocurría.

Rose, salvajemente zarandeada, observó más allá de la mirada de un cuervo, mucho más allá. Si hubiera podido se habría persignado. Y aunque fuera imposible, pidió mentalmente piedad para los otomanos.

Solo por los argumentos de Guido, el capitán aligeró la presión de sus manos sobre

la monja.

—¡Muerta no os sirve de nada, *fratello!* ¡Dejadla hablar... vamos!

—¡Hablad!

Rose les contó rápidamente, respirando con dificultad, al borde en efecto de perder la consciencia. Les dijo que eran unos cinco hombres y que algunos habían decidido ir tras ella al escapar, pero el hombre que los comandaba les exhortó a que la dejaran ir y se unieran a la caza de Charlotte.

Cuando terminó el expedito relato, el capitán la soltó arrojándola al suelo como a un saco de cebollas, sin más. Guido se arrodilló al lado de la mujer y la ayudó a sentarse.

El capitán arrebató dos mosquetes más a sus hombres y corrió a montar de nuevo a Cesar. Su mente se rehusaba a la idea de que pudieran llevársela, arrebatársela. Jamás. Eso no ocurriría.

Guido le gritó que lo esperara, y como antes, el capitán lo ignoró creyéndose capaz de acabar con todos los otomanos sin ayuda. Y Guido lo creía muy capaz. De eso no tenía duda. Dejó a la hermana Rose al cuidado de Gennaro y otro miembro de la tripulación del *The Stronghold* y volvió a su montura para seguir a su *fratello* hasta el infierno mismo si era necesario.

La lluvia furiosa azotó el rostro de Charlotte. Ella, fuertemente atada al pomo de la montura, sobre un caballo que galopaba desbocado, era sacudida por los violentos pasos del animal. Se había salido del camino llevándola por el bosque. Ella gritó de dolor al sentir los arañazos de las ramas desgarrando las mangas de su vestido y cortando la piel de sus brazos y su cuello. Estuvo a punto de caer al suelo y romperse previamente las muñecas atadas, cuando escuchó que uno de los piratas le había dado alcance. Era Násser, quien sujetó las riendas perdidas e hizo frenar al caballo de Charlotte.

—¡Os maldigo, puta! —Y dicho esto le pegó una bofetada a Charlotte con el dorso de su mano.

Y de no haber estado atada a la silla, la habría arrojado al suelo. Pronto, ella sintió el sabor de la sangre en su boca.

—Si intentáis escapar de nuevo... ¡os mataré, perra!, y le diré a mi capitán que lo hizo ese bastardo hijo de nadie italiano. ¡Me habéis oído! —La cogió fuertemente del pelo.

Charlotte gritó, pero resistió. Y el hombre tiró de ella hasta casi doblarle el cuello. Suprimió un sollozo cuando sintió que un cuchillo cortó la soga con la que había sido

atada al pomo de la montura. El filo pasó muy cerca de sus muñecas y no dudó en que le cortaría las manos.

Escuchó a Násser dando órdenes a los hombres a caballo que habían llegado a ellos. Estaban cerca del mar porque ella podía oír las olas. Estuvo atenta a oír la voz de la hermana Rose, queriendo saber si había sido capturada. Pero no la escuchó, más que a los hombres encolerizados.

Oyó atentamente.

Rose había escapado. Uno de los hombres... hablaba en inglés. Lo comprendió.

Charlotte sonrió con las mejillas cubiertas en lágrimas. Rezó una plegaria por ella, y agradeció al recuerdo de su madre, al Señor por ello. Había podido devolver a Rose un poco de lo mucho que la monja le había dado. Le había dado su cariño de madre, de amiga, de hermana. Rose le había dado sabiduría, paciencia para guiarla en su invidencia. Le había enseñado junto a las otras monjas a ser independiente.

Fue entonces cruelmente arrastrada por la playa. La obligaron a subir a un bote y se preguntó a dónde iban. Llovía con fuerza y lo más probable era que fueran arrastrados a lo profundo del mar. Rogó porque eso ocurriera, porque se hundiera el bote donde viajaba, por hundirse en las profundidades de aquella tormenta y no ser entregada a Abdelkader.

Salvatore llegó como un diablo cabalgando por la colina, siguiendo el rastro de caballos que luego se había dispersado por dentro del bosque. Supo entonces que el caballo de Charlotte se había desbocado y entrado en el espeso follaje. Allí se perdía el rastro.

La lluvia cayó sobre su rostro como si quisiera servir de consuelo. Desesperado, levantó la vista hacia Sol, la deshabitada isla contigua. Y entonces vio las velas de un galeón. Sacó el catalejo de las alforjas y lo extendió para observar.

El *Asram* fondeaba en la costa de la pequeña isla.

Entonces comprendió todo. Espoleó su montura hacia la costa y recorrió el camino. Oía los gritos de Guido y Wilkinson tras él, pero no había tiempo para esperar a los hombres. No había tiempo para nada más que para evitar que Carlotta fuera embarcada en el *Asram* desde la isla de Sol.

Si se hubiera llevado por el odio y la sed de matar que sentía, habría esperado a sus hombres para darles la orden de regresar al puerto de Liberty y soltar las amarras del *The Stronghold*. Habría dado caza al galeón del otomano. Su veloz corbeta podría dar la vuelta a Liberty y estar allí en menos de una hora, con los cañones armados para hundir al maldito navío.

Eso era lo que habría hecho tres semanas atrás, antes de capturar al mercante y su preciosa carga. En ese momento, su mente clamaba primero por la mujer y después por la venganza. Y juró por todos los infiernos que obtendría las dos, y en ese mismo orden.

Observando con el catalejo localizó a los berberiscos. Buscó alrededor.

Y fue en ese momento cuando la vio.

—¡*Carlottaaaa!*...

Fue el rugido de un tigre, más fuerte y más salvaje que el trueno que siguió después. Ese rugido, esa voz quebrada y furiosa, atravesó el corazón herido de Charlotte. Ella, que era arrastrada por Násser y dos hombres más hacia el bote, lo llamó con la fuerza de esa luz en su oscuridad.

—¡*Seilvathore!*...

Salvatore, desde la colina, montando aún el caballo, sacó enfurecido el mosquete de las alforjas y apuntó. Pero se detuvo. Podría matarla. Lo que hizo fue disparar al aire.

Charlotte escuchó un disparo y se cubrió la cabeza, intentado oír si él había sido herido.

Los otomanos respondieron sacando sus trabucos y disparando a la colina, pero no tenían el alcance suficiente.

A lady Campbell la subieron en el bote y supo que se habían hecho a la mar.

—¡Alto!... no disparéis —ordenó el capitán Cuervo a sus hombres.

Y bajó corriendo el tramo de colina que le separaba de la playa mientras disparaba su pistola a los hombres del *Asram* que si se habían quedado en la playa. Vio que Charlotte navegaba en un pequeño bote al que había sido arrojada. Vio como Nassér la golpeaba cuando ella se resistió a subir. Una furia asesina cegó entonces al capitán.

Guido llegó entonces y también Wilkinson, y el resto. Intentaron cubrirlo disparando contra los marineros otomanos.

Násser se daba por victorioso. Se habían hecho a la mar por fin y no veía ningún bote sobre las espaldas de los hombres del Cuervo con los que pudieran seguirlos.

—¡No! —gritó Guido cuando vio que el capitán se lanzaba al agua siguiendo a nado al bote que se llevaba a Charlotte—. *Fratello, ¿sei pazzo?*

«¿Estás loco?», había gritado Guido. Salvatore había enloquecido, pensó el contramaestre, para lanzarse en aquellas aguas encolerizadas e infestadas de tiburones. Pocos habían cruzado a nado entre Liberty y Sol. Lo habían hecho algunos nativos, pero nunca entre una tormenta.

Guido pretendió seguirlo, como siempre, pero se dio buena cuenta de que Salvatore necesitaba que lo cubrieran en tierra. Cargó de nuevo el mosquetón y cuando vio que el bote donde llevaban a la dama se alejaba, pudo disparar a los hombres de

Abdelkadher que aún estaban en la playa. Lo mismo hizo Wilkinson y los otros marineros del *The Stronghold* desde las colinas.

Charlotte, con el corazón en sus manos, con su alma sangrante, intentaba agudizar su oído entre el ruido de los disparos, las olas y los truenos. Intentaba oírlo, saber si él estaba vivo.

Salvatore era hombre de mar. Se hundió bajo el agua para evadir los disparos y para seguir de cerca al bote. Cuando algunos tiburones azules se acercaron a él, los repelió con su daga, y estos iban y venían atraídos por el olor de su propia sangre.

Násser no podía creer lo que veía. Sencillamente era imposible. Muy pocos habían atravesado aquellas aguas nadando, porque estaban infectadas de tiburones. Pero no vio más al temido Cuervo y sí una gran mancha de sangre en el agua. Entonces dio una palmada en su pierna y se echó a reír victorioso. Los tiburones se habrían encargado del italiano. Cuando abordaran el *Asram* contaría a toda la tripulación que no era cierta aquella leyenda que se oía en los muelles sobre el capitán Cuervo. Decían que aquel hombre era inmortal, un hombre venido de los infiernos. Contaría su vulgar muerte despedazado por tiburones, como un vulgar hombre mortal.

Cuando llegaron a la costa de la isla de Sol bajaron a Charlotte del bote. Ella se resistió ferozmente despertando de su resignación a su destino. No moriría sin presentar pelea. Aunque tenía las manos atadas, aún podía correr. No sabía hacia dónde correr y seguramente pronto caería al suelo, a las rocas o al mar, pero era irrelevante. No dejaría que la llevaran al otro navío, por lo menos no con vida.

Cuando intentó correr, Násser volvió a tirarla al suelo cogiéndola de sus largos cabellos que se habían liberado de todas las horquillas.

—¡Maldita puta! ¡Os mataré... maldita mujer! Pero antes comprobaré con qué has enloquecido a esa escoria italiana como para que se arrojara a estas aguas en vuestra búsqueda. Se lo han comido los tiburones, ¿sabéis? —dijo enloquecido de alegría—. Espero que lo vomiten después. —Y al decir eso se echó a reír como una hiena—. ¡Pensad en ello mientras seáis follada!

—¡No! —Charlotte gritó al oír aquello. Su voz se desgarró en el dolor. No podía ser posible —No... no. Dios mío... no. Él... no.

Ella creyó que enloquecería. ¿Salvatore se había arrojado a las aguas infestadas de tiburones? ¿Había muerto? Se rompió en una agonía dolorosa al saber aquello. No podía haberse lanzado a aquellas aguas tras ella. No, no. No podía ser verdad. Gritó más fuerte el nombre del él. Y se tiró ella misma del pelo. Se arrodilló en la playa entumecida por el dolor.

Násser miró a la playa de Sol y no vio a nadie. En el otro lado de la costa de Liberty solo veía a los hombres de la tripulación del *The Stronghold*. Rio de nuevo con

malicia, como si hubiera enloquecido ante aquel triunfo. Era una proeza digna de contar durante años, él había acabado con el Cuervo. Avistó entonces las velas de su navío. Luego miró a Charlotte.

Ella temblaba por el hondo llanto, con sus manos entrelazadas, rogando en susurros.

El otomano después miró a sus hombres, quienes esperaban sus órdenes. Debían cruzar Sol hacia el otro lado de su costa donde el *Asram* les esperaba para zarpar.

—Iremos hacia el otro lado —dijo tenebrosamente sereno—. Pero antes probaremos a esta rosa inglesa. Ya lo ha hecho ese sucio italiano. Ella es su puta, y yo quiero saber qué tiene para que viniera tras ella como un perro.

Luego se dirigió a Charlotte cogiéndola del brazo con violencia. Ella reprimió una mueca de dolor, pues aquel que quemaba su corazón era aún mayor que cualquier tormento físico.

—Pensaré en los tiburones devorando al bastardo italiano mientras fornicamos con su puta —murmuró mientras la miraba de arriba a abajo.

Los hombres se miraron entre sí, luego a Násser. Todos asintieron y rieron. Sus miradas morbosas se dirigieron a la mujer que lloraba sin consuelo.

De pronto... ella hizo silencio. No rogaría, se dijo. No les daría esa satisfacción.

—Acabad con mi vida antes —dijo ella con toda la dignidad que tenía.

Pero los hombres volvieron a reír.

—Oh, milady —dijo burlón Násser—. Mentí cuando dije que os mataría. Obtendremos una pequeña fortuna por vos. Mi capitán se ha prendado de vos... pero os probaremos antes que él.

Y la lanzó al suelo. Se acercó y le alzó las faldas de su vestido.

—Resignación, mujer, porque este será el servicio que prestaréis cuando seáis vendida.

Los hombres comenzaron a desatar sus pantalones y a pelearse por quién sería el primero. Násser zanjó la discusión.

Mientras tanto, Charlotte logró ponerse de pie. Respiró profundo. Y echó a correr. No para escapar, pues sabía que eso era imposible, sino con la esperanza de que le disparasen por la espalda y la mataran.

Todos la vieron alejarse por la playa.

—¡Seré el primero, gusanos avariciosos! —bramó en árabe, Nasser—. Ahora está fuerte y sabéis que me gusta que se resistan. Conformaos por ahora con mirar.

Corrió riendo tras Charlotte, y dejó a los otros hombres que jadeaban esperando recrearse con aquellas imágenes que pronto sucederían. También reían a carcajadas y comentaban la ridícula imagen de la mujer ciega intentando escapar, corriendo sin ningún rumbo.

Ella gritó de dolor y no de miedo cuando el pirata berberisco la alcanzó. Tiró de su pelo con fuerza y la lanzó con violencia sobre la arena. Náser se arrojó encima de ella, la abofeteó varias veces, pero Charlotte se defendía arañando con todas sus fuerzas. El hombre levanto otra vez sus faldas, desgarró sus enaguas, rompió su corpiño y destrozó la camisola interior.

«Llévame ahora, querido Dios. Llévame, por favor». Charlotte rogó por la muerte cuando sintió que le destrozaron su ropa interior y le separaron las piernas con tanta fuerza que creyó que la partirían en dos mitades.

Y su querido Dios atendió sus plegarias.

La muerte acudió. Finalmente.

CAPÍTULO 21

La muerte acudió finalmente. Sí.

Con una perversa serenidad el hombre emergió de las aguas como un demonio. La daga en su mano.

Miró a Nasser. Estaba sobre ella... obligándola a separar las piernas, mientras los otros perros observaban. Ella se defendía.

Guido, desde la orilla contraria, observó toda la escena a través del catalejo.

Charlotte luchó con una fiereza inusitada, con una fuerza que ni ella misma pudo creer alguna vez que tenía. Moriría antes de vivir tal ignominia, del dolor sin parangón de ser violada. Arañó a Nasser como un animal desesperado y arrinconado. Y este le propinó un fuerte golpe en la cabeza, aturdiéndola por momentos. Gritó con fuerza para no desmayarse... pero todo se iba.

«No, mi querido Dios, si me desmayo podrán violar mi cuerpo sin que pueda hacer nada. Déjame al menos defenderme todo lo que pueda... hasta que encuentre la muerte».

Y dejó de sufrir el peso de Nasser sobre ella.

¿Sería que Dios le había concedido su deseo... ya no sentía nada porque se estaba muriendo? Entonces fue perdiendo la consciencia, como si un profundo sueño se la llevara.

Guido tragó en seco, así como los otros marineros del *The Stronghold* que contaban también con catalejos.

Nasser sintió que le rompían el cuello. Que era lanzado tan fuerte que al caer en la arena quedó inmóvil, viendo el cielo gris y las nubes reunirse. Aún vivo, pero sin poder moverse.

Cuatro cuerpos más cayeron también. Estos cuatro hombres, sorprendidos, se llevaron las manos a sus gargantas. Se las miraron. Llenas de sangre. Sus cuellos cortados. De oreja a oreja. A cada hombre se les pusieron los ojos en blanco, y cayeron uno a uno desmadejados en la arena.

Y la arena de aquella playa se tiñó pues de un oscuro y fatal rojo.

Guido observó a la enorme figura siniestra, como una pantera, que se desplazó con

una impresionante destreza entre los cuatro hombres de Násser. La daga brilló ante los pocos rayos de sol que se filtraban entre las nubes. Todo fue rápido. Respirando lenta y pausadamente, sus ojos negros brillando de maldad, la daga en su mano goteando la sangre derramada, Salvatore miró los cadáveres.

Y entonces la miró a ella.

—*Carlotta...* —susurró con voz teñida de gravedad.

Y la daga que había arrebatado vidas resbaló de su mano.

Corrió entonces hacia ella u se arrodilló junto a ella.

—*Angelo...*

La tomó en sus brazos. La abrazó y hundió su rostro en el pelo de ella, enredando sus manos en las suaves hebras de oro. La sacudió con delicadeza. Apoyó la oreja en su pecho y pudo oír el acompasado latido del corazón. Estaba viva. El alivio recorrió el cuerpo del capitán.

Contemplándola, alzó su enorme y sanguinaria mano, la misma que había empuñado la daga segundos antes, y le acarició la mejilla hinchada y enrojecida por los golpes de Násser. El perro otomano la había golpeado. La miró otra vez. La abrazó más fuerte y respiró su aroma.

—*Carlotta...* despertad. Soy yo. Estáis a salvo. —La sacudió suevamente una vez más.

Ella volvió en sí. Sus pestañas aletearon como mariposas. Y Salvatore alzó el rostro con una renovada expresión siniestra. Miró el cuerpo tendido de Násir tirado en la arena, respirando con el cuello roto. Lo había dejado vivir... porque quería que estuviera vivo cuando lo torturara. Después lo mataría.

Un gemido de ella lo sacó de sus malvados pensamientos. Volvió a mirarla y volvió a sacudirla un poco, aun teniéndola en sus brazos.

—¿Sois vos? —Ella alzó su mano, casi sin poder, y acarició la mejilla barbada. Él cubrió esa mano con la suya, girando el rostro para besar la palma dulce y tibia.

—Sí, *Carlotta*.

Charlotte oyó la voz de él. ¿Estaba vivo... o ella había muerto y se había reunido con él en un lugar donde no había nada que se lo impidiera?

—¿Estamos en los Cielos, *Seilvathore*? ¿Sois vos... o mis oídos me mienten?

—Sí, *angelo*. Soy yo —él sonrió con malicia— Y no... no estamos en los Cielos.

—¿Estáis herido? Oh, por Dios... decidme la verdad.

—Estoy bien... estoy bien.

Y ella al oírlo suspiró y se aferró a él.

—Oh... gracias mi Dios. Gracias por salvar su vida —susurró ella profundamente emocionada.

Y el hombre malvado cerró los ojos ante aquellas palabras. Nadie, jamás, había dado gracias a Dios de que él estuviera vivo.

—Es a vos a quien han herido —dijo él apartando aquellos pensamientos.

—¡Los hombres malos!

—Ya no están, *angelo*.

—¿Dónde... han ido? —susurró ella con miedo, pero a su vez lo abrazaba no para protegerse a sí misma, se percató, sino a él. Cómo si ella pudiera lograr algo así. Y aquello robó una sonrisa diabólica en el rostro barbado—. Son hombres muy malos y... y son varios, y vos solo uno.

Él pensó en qué responder, mientras veía los cadáveres que estaban en la orilla de la playa. La escena era dantesca. Y agradeció la invidencia de ella. La miró de nuevo y le acarició el tembloroso labio inferior con un dedo.

—¡Podrían regresar... debemos huir! —dijo ella intentando ponerse de pie.

—Ah, milady. Os aseguro que... no volverán. Nunca más. No debéis temer.

—¿Y Rose?

En el rostro del capitán se dibujó una mueca de desagrado. Le habría complacido que los otomanos se hubieran llevado a la entrometida monja.

—Está bien. La hemos encontrado.

—¡Oh!, decidme que no le habéis hecho daño. —Ella le tocó la barba de nuevo con la punta de los dedos y luego la mejilla—. Yo lo he planeado todo. Rose no es culpable de nada. Dadme vuestra palabra de que no le castigaréis. Solo yo merezco el castigo.

El siniestro pirata contempló el anhelo en los ojos violeta, sintiendo a la vez la caricia de ella en su rostro.

—Por favor —rogó ella—. Prometed que solo yo seré castigada.

—Muy bien, milady. Tenéis... mi palabra. La monja no sufrirá daño alguno.

No iba a prometer que... no sería castigada.

Ella lo interpretó erróneamente y suspiró aliviada, y enterró otra vez su rostro en el pecho de él. Lo rodeó con sus brazos.

—Francine, el niño, ¿están bien? Ellos no han tenido culpa alguna. Yo soy responsable de todo —volvió ella a hablar, ahora con entereza.

—Están todos bien. Pero me temo milady que en este caso yo decidiré si han tenido responsabilidad o no en esta fuga, pues a ellos encargué vuestra custodia.

—Pero...

—Sshhh... *angelo* —Él puso un dedo moreno en sus labios—. Hablaremos de eso después. Os he recuperado. Es lo único que me importa ahora.

El capitán tocó las marcas de las rojeces y de la hinchazón en el rostro de Charlotte.

—Os han golpeado...

Ella alzó su hermoso rostro, sus ojos amatista brillando.

—Estoy bien... gracias a vos. —Ella besó dulcemente el dedo que aún sellaba sus labios. Y al fin las lágrimas surcaron las suaves mejillas. Ella escondió de nuevo su rostro en el pecho de él, buscando su protección. Lloró en silencio.

Aquel gesto produjo lo impensable. El corazón salvaje que había aniquilado cuatro vidas en segundos, latió intensamente por una emoción desconocida. Hizo silencio también y la mantuvo rodeada con sus brazos. La dejó llorar.

Y Charlotte se fue calmando, poco a poco.

Salvatore comenzó a mirar a su alrededor. Luego miró las muñecas finas de Charlotte, lastimadas, con marcas de ataduras. Observó los arañazos en sus brazos.

Lo que sintió fue una bola de fuego y furia quemar su interior. Mataría él mismo a Abdelkader por intentar llevarse a su mujer.

—¿*Carlotta*, os han... lastimado de alguna otra forma? —preguntó él con cautela, sosteniendo sus muñecas heridas, observando el hematoma del mentón y limpiando con el pulgar el rastro de sangre bajo la pequeña nariz.

Ella lo negó con un gesto de la cabeza. Pero recordó las risas de los hombres mientras ella intentaba luchar y huir. Recordaba sus jadeos, el peso de Nasser sobre ella, recordó sus manos destrozando su vestido y su camisola, y tocándola.

—Se... se peleaban por... para hacerme... para... Él... me tocaba mientras rompía mi... ropa.

El capitán guardó un tenebroso silencio.

—Me rompieron las... mis enaguas y... y... mi vestido... yo intenté luchar.

Él observó furiosamente el corpiño roto, las enaguas rasgadas. No sabía lo que había ocurrido mientras Charlotte estuvo con los otomanos. Perdió la cordura cuando vio a Nasser sobre ella, cuando vio cómo le pegaba y cómo la tocaba. Nunca había tenido aquel acceso de furia que lo había cegado, haciéndole olvidar incluso su propia seguridad y supervivencia al enfrentarse él solo a cuatro hombres armados.

Sin que Charlotte se diera cuenta, él retiró sigilosamente un volante de las faldas destrozadas que cubrían la cara interna de los muslos femeninos. Le habían destrozado hasta los calzones. Ella no llevaba ya nada debajo más que jirones de tela blanca. Maldijo muchas veces a los berberiscos. Si veía un solo rastro de sangre virginal entre sus muslos, si la habían violado, toda la flota de Abdelkader ardería y luego colgaría el cuerpo calcinado de este en el mástil del *The Stronghold*. No lo echaría a los tiburones, sino que dejaría que las aves se lo comieran día tras día colgado de la mesana, para que todo navío que los avistara supiera que nadie podía hacer algo así al Cuervo.

No encontró sangre ni rastros de violencia, solo unos blancos, cremosos, y esbeltos muslos guardando celosamente el valle de rizos dorados.

El capitán cerró los ojos, aliviado, muy aliviado.

Aun así, volvió a preguntar, y esperó la respuesta con el corazón en la mano.

—¿Estáis segura de que no os hicieron... algo más, *Carlotta*?

Ella lo negó con fuerza con un gesto de su cabeza. Salvatore al fin pudo respirar profundamente.

—Bien. Ya ha pasado todo. Estoy aquí. Os llevaré conmigo —le susurró despacio, acariciando con la misma lentitud la espalda de Charlotte.

Después le pediría cuentas a ella, pensó él. Oh, sí. Ella aprendería a obedecerlo. Jamás volvería a dejarlo.

Cuando ella dejó de llorar y solo escuchaba su suave hipo, tomó el rostro de Charlotte entre sus manos.

—Escuchadme... tenemos que irnos de aquí. Comenzará otra fuerte lluvia y estas aguas son peligrosas. Intentaré recuperar uno de los botes y cruzar hacia Liberty. Debo dejaros sola, pero estaré observándoos en todo momento. No temáis.

Se oyeron nuevos truenos, volvería a llover.

—Comprendo. Esperaré aquí. Gracias por todo... *Seilvathore*. Por venir a buscarme.

Él observó de nuevo el labio inferior hinchado, herido. Y ella se quedó muy quieta sabiendo que él la contemplaba. Sus ojos violetas estaban muy abiertos, las últimas gotas de lágrimas hacían brillar sus pestañas doradas.

Salvatore miró los labios abiertos como pétalos. Y entonces, sin poder contenerse más, con un gemido, con reverencia, besó el labio superior no hinchado de Charlotte. Y una tibieza reconfortante los envolvió a ambos.

Él beso se volvió intenso a pesar de los moratones de Charlotte. Pero a ella no le importó. Añoró aquellos labios de él como nunca había añorado nada. Con inocencia abrió los suyos. Y sus lenguas, sus almas, se encontraron una vez más.

Pero la posibilidad de que hombres de *Asram* bajaran a tierra en busca de Násser, más el trueno que volvió oírse, lograron que el capitán reuniera fuerzas para romper la unión.

Se apartó de ella lentamente, respirando con dificultad.

—Solo serán unos instantes, *cara* —susurró sobre los labios de ella—. Me alejaré solo unos pasos de aquí. Estaréis bajo mi vista en todo momento. Necesito la pistola. La he perdido en la playa. Y debo recuperar uno de los botes.

Charlotte asintió. El capitán Cuervo había mentido. Lo que él necesitaba era hacer sufrir a Násser. Le había roto el cuello para inmovilizarlo. Oh, sí. Primero la mujer, después la venganza. Ese era el orden.

Al pensar aquello él sonrió con toda la amplitud de su maldad. Antes de ponerse de pie volvió a besarla suavemente en los labios y se dispuso a realizar la tarea que tenía en mente.

—Por favor... tened cuidado —le dijo ella suavemente tomando su mano.

El brillo de preocupación... por él que había en esos ingenuos ojos ciegos fueron la mayor recompensa que el pirata hubiera recibido jamás. Había ganado batallas, hundido los barcos mejor armados que el suyo, alcanzado a los navíos más rápidos, vencido a grandes marinos, obtenido los mejores botines, pero nunca había sentido aquella complacencia. Nunca nadie... se había preocupado por él.

Charlotte lo oyó respirar profundamente. Y él se limitó a asentir en silencio, olvidando que ella no podía ver ese gesto. Lentamente separó sus manos. Y se fue.

Y como si el ambiente quisiera confabularse con el pirata italiano, de nuevo se oyeron truenos y el cielo volvió a oscurecer.

Se acercó a la orilla de la playa. Desde lejos veía a sus hombres. Hizo señas a Guido con los brazos. Sabía que lo observaba en todo momento con el catalejo. Él y otros marineros de su tripulación. Lo habían visto rajarle el cuello a los otomanos con la velocidad de los rayos que en ese momento iluminaban la tormenta.

El contramaestre del *The Stronghold* alzó sus brazos entendiendo sus señas. Usarían el bote de los berberiscos para volver.

Después, el capitán Cuervo volvió junto a los desgraciados que yacían en la arena.

Observó de nuevo a Charlotte tratando de unir los trozos de su corpiño y sus faldas, su pelo mojado y desaliñado, su rostro de ángel golpeado, inocente de todo. Ella había dado gracias a Dios porque él estaba vivo... ella, un ángel. Ella estaba preocupada... por él. Y esos hombres, sabiendo que ella le pertenecía, a él, la habían perseguido, atado, lastimado, humillado. Todo bajo las órdenes de Násser. Y de Abdelkader.

Recogió la daga. Miró a Násser. Y una determinación asesina brilló en su alma negra.

Entonces volvió con satisfacción a su macabro menester.

Los cuatro hombres se desangraban en la arena. Algunos habían intentado echar mano de los trabucos para quitarse la vida. Unos no habían llegado ni siquiera a tocarlos. Otros lo habían hecho inútilmente, porque ya estaban descargados.

El capitán Cuervo los observó, deseando fumarse un puro mientras agonizaban. Echó la mano al bolsillo de su faja, pero sus puros habían caído al mar.

«¡Maledizione!»

Se dirigió a Násser. El hombre, agonizante, lo miró a los ojos. Salvatore se puso en cuclillas, a su lado, con una sonrisa burlona y malvada, jugando con la daga entre sus

dedos.

—He oído que habéis hecho conocer el infierno a muchas mujeres. Decidme, saco de mierda, ¿os gusta el sabor de la sangre de las mujeres?

Násser lo miró. Era la mirada de un moribundo. No podía hablar.

—¿No podéis ni hablar... perro?

El Cuervo se impacientó, pero siguió hablando pausadamente.

—¿Deseabais la sangre de mi mujer?

Lentamente le pasó la daga por la garganta a Násser. Los ojos de este reflejaron terror. Antes de que el otomano pudiera emitir algún sonido por su garganta rota o mover la cabeza, Salvatore, mirándolo fijamente, le tapó la boca con un puñado de arena y le extendió el brazo izquierdo sobre la cabeza. Acto seguido le enterró la daga en la palma de la mano.

Násser gimió de dolor.

—¿Decidme, gusano, esta es la mano con la que habéis tocado a mi mujer?— retorció la daga en la mano ensangrentada y luego la extrajo—. ¿O fue con esta, acaso? —dijo señalando con la punta de la daga la mano derecha del hombre.

Násser gimió de nuevo, aunque la arena en su boca silenció su sollozo. Se revolvió de dolor en su lecho de muerte pidiendo a su agresor con su mirada que acabara con esa agonía.

—Acabad conmigo... —logró balbucear el otomano.

—Ah, será un placer y lo haré —dijo el capitán con una sonrisa maligna en los labios que pronto desapareció—. ¿Se os puso dura la polla al golpear a mi mujer... hmmm? —recorrió con la punta de la daga el cuerpo de Násser hasta llegar a su ingle. Allí enterró un poco la punta.

Nasser gimió de dolor nuevamente.

El capitán se cernió sobre él, y le susurró al oído.

—Mi mujer es ciega, perro. No puede defenderse de vos. De ningún hombre... ni de nadie. ¿Saber eso es lo que os empalmó la polla?, ¿verdad, bastardo hijo de puta? —Enterró más la daga en las ingles.

Nassér emitió un sollozo. Salvatore se acercó más a para volver a hablarle en tono bajo. No quería que Charlotte lo oyera.

—He oído lo que hacéis a las mujeres... pero esta vez habéis escogido a la mujer equivocada, bastardo.

Él, como muchos, sabía que Násser era un sádico. Que había golpeado y destrozado a muchas mujeres que habían tenido la desgracia de caer en sus manos. Las prostitutas huían horrorizadas de él cuando su barco fondeaba los muelles. Niñas que habían sido raptadas y subidas a bordo del *Asram*... para Násser.

Recordando aquello, contempló a Charlotte. Supo que ella se mantenía muy quieta, que intentaba oír. Sacó la daga de la carne sangrienta. La sangre manchó los bombachos de Násser.

Se puso de pie, lentamente, y le pisó la mano herida. Násser gritó escupiendo la arena. El capitán lo miró de nuevo. Y le cubrió la boca con su enorme bota para que Charlotte no lo oyera gemir de horror y dolor.

Continuó mirando a los ojos al otomano sin dejar de sonreír de nuevo con satisfacción mientras lo veía sufrir, mientras veía que se le iba la vida.

—Mataré a Abdelkader... por enviaros y permitir vuestro desafío. Os reuniréis pronto en el *Yahannam*. Espero que cuando ese momento llegue pueda tener un poco más de tiempo para disfrutarlo.

De los ojos del otomano brotaron lágrimas. Ni moría ni vivía, solo había un dolor inhumano y la horrible consciencia de lo que le hacían. Ese tenía que ser el *Yahannam*, pensó. El infierno.

Pero el capitán Cuervo aún tenía algo pendiente.

—Responded... con qué mano habéis tocado su cuerpo, arrancado sus ropas. Decidme con qué mano habéis golpeado a mi mujer.

Násser se negó a responder. Había pánico en sus ojos igual de negros que los del pirata italiano.

—Bien... —se dijo Salvatore tranquilamente.

Con toda parsimonia recogió una cimitarra de la arena, pertenecía a alguno de los otomanos.

Sus hombres miraban desde la otra orilla con los catalejos.

Volvió a observar a Charlotte. Ella cubría sus pechos tímidamente con sus brazos cruzados. El corpiño roto poco podía ocultar. Vio lo cremoso de sus menudos hombros, la garganta de cisne. *Ah*, ya tendría tiempo para ver y tocar aquella dulzura. Toda suya.

Y volviendo al asunto que lo ocupaba. Extendió finalmente los brazos de Násser sobre la cabeza.

Násser intentó rechazarlo. Pero se le iba la vida.

El capitán Cuervo lo miró a los ojos. Los propios eran muy negros, vacíos, dos abismos sin fondo, no había un rastro de humanidad en ellos. Nasser comprendió el porqué de su apodo. En su agonía se preguntó quién habría sobrevivido para contarle. Le rogó con sus ojos: «Acaba ya».

—No, no, no. No tendréis una muerte sin dolor... —susurró el Cuervo como si hubiera leído sus pensamientos.

Ejecutando su sentencia, el capitán dejó caer con toda la fuerza de su ira la espada

sobre las muñecas de Násser, cercenando ambas manos. Y el otomano escupió la arena en un gemido de horror. Volviendo a mirar a Charlotte, el capitán lo hizo callar, hundiendo aún más su enorme bota, ahogando así sus últimos gritos de vida.

—Gemís como un cerdo... —le dijo en voz muy baja Salvatore, con desdén, mientras sonreía y no se perdía ni un solo gesto de Násser, viéndole retorcerse de dolor, perdiendo cada suspiro de vida. Lo miraba fijamente. Y Nasser, en su agonía, le miraba a él — Me gustaría disfrutar un poco más de esto... pero me temo que es imposible. Mi mujer me espera. Así que... buen rumbo al infierno. Las putas ya pueden seguir recorriendo los muelles sin pensar en un gusano con vos acechándolas.

Se puso de pie. Y volvió a aplastar la garganta del marinero otomano con su enorme bota. El hombre exhaló su último respiro.

El Cuervo lamentó de nuevo no poder fumar un puro en aquellos placenteros momentos.

«Los placeres de la vida, al contrario que los suplicios, eran tan cortos», solía decir el infame capitán James Ingram. Y tenía mucha razón el bastardo.

El horror quedó grabado en los ojos mortecinos del cadáver de Náaser. Y el capitán sonrió, su expresión era diabólica. Todos los demonios de su alma habían emergido de sus tinieblas. Cuando Abdelkader enviara a buscar a su esbirro, pensó, podría ver reflejados en ellos lo sucedido y sabría también cuál sería el suyo.

Los truenos lo sacaron de sus vengativos y muy satisfactorios pensamientos. También la consciencia de que ella lo esperaba. Su ángel. Dulce, muy dulce... a quien él debía proteger. Así que limpió la daga en la pierna de uno de los cadáveres y continuó hacia Charlotte.

—Soy yo, *angelo*. No temáis.

Haciéndole saber que era él, tan pronto la vio inquietarse al oír sus pasos, apoyó una rodilla en el suelo, a su vera, y puso un dedo bajo el mentón suave,

—Debemos regresar.

Ella creyó haber oído instantes atrás un sollozo, pero era imposible. Allí no había nadie más que ellos.

Charlotte, ignorante de la escena dantesca que la rodeaba... cuatro cadáveres degollados y sanguinolentos, alzó su mano para buscarlo. Él la tomó en la suya.

—¿Habéis... encontrado vuestra pistola y un bote? ¿Por qué habéis tardado tanto?

El hombre que acaba de asesinar, degollar y torturar, la contempló con el anhelo más diabólico. Charlotte hizo silencio. Sus ojos invidentes, perdidos, ingenuos. Y él contempló fascinado esa inocencia.

—Sí. He encontrado todo lo que buscaba —dijo quedamente, mientras desviaba un poco su mirada y observó a las aves de rapiña que comenzaban a volar en círculos

sobre los cuerpos sin vida.

Charlotte asintió con una sonrisa insegura. Y el Cuervo volvió a quedar perdido en aquella ingenua bondad que lo fascinaba como jamás lo había hecho nada más. Las olas de la playa comenzaban a reventar con fuerza en la orilla. La lluvia cayó en ese momento violenta. Y Salvatore tenía que decidir.

Tenían que salir de aquella isla cuanto antes y volver a Liberty para abordar su barco, pensó. Pronto Abdelkader se cansaría de esperar a sus hombres y enviaría más a tierra. Pero la mar estaba embravecida y era un riesgo cruzar en aquel pequeño bote con Carlotta. Si volcaban, ella no sabía nadar, y además era ciega. Podría perderla entre las olas furiosas.

—¿Volveremos a la otra isla? —preguntó ella.

—No —decidió el capitán—. La marea está subiendo. —Ella asintió—. No podemos cruzar ahora. Las olas volcarían el bote.

—Oh, y... ¿qué haremos?

—Buscar refugio para pasar la noche y esperar hasta que amaine.

La preocupación en el rostro de Charlotte se hizo evidente. Él sonrió con malicia.

—¿So... solos? —preguntó ella.

—Por supuesto, *angelo*. ¿Hay alguien más con nosotros? —dijo con sarcasmo.

«¿A parte de los cuatro cadáveres?», pensó manteniendo la sonrisa malvada.

Salvatore la alzó entonces en sus brazos para iniciar la marcha. Charlotte insistió en que la dejara caminar, podía hacerlo. Y aun dejándola en el suelo, él tomó su mano y corrieron juntos bajo la lluvia hacia el bosque.

La tercera vez que ella resbaló, Salvatore se detuvo y volvió a alzarla de nuevo como a una pluma en sus brazos. Charlotte reprimió un chillido por la sorpresa.

—¡No es necesario!, ¡puedo sola! —Pero rodeó con sus brazos el cuello fornido con aroma a tabaco y se dejó llevar. Estaba agotada.

El ambiente había oscurecido, primero porque las nubes eran negras y descargaban su furia, y también porque ya había entrado el anochecer.

Charlotte podía oír la respiración entrecortada del capitán, mientras caminaba con ella a cuestas por una pendiente.

—Ya puedo caminar. No podéis llevarme en brazos todo el tiempo.

—Claro que puedo llevaros, milady. A vos y a tres más como vos —replicó Salvatore con una sonrisa en su barbado rostro. Ella era incapaz de entender el tamaño y la fuerza de aquel hombre.

Él continuó andando. Y recordó que conocía una cueva cerca de un arroyo. Había sido utilizada por los piratas para ocultar botines y mercancías.

Pronto estuvieron bajo resguardo. Llegaron a la cueva cuando comenzaba a soplar

el viento. Charlotte ya temblaba de frío. Él la dejó suavemente en el suelo.

—¿Dónde estamos?—le preguntó ella mientras intentaba volver a respirar después de sentir todo su enorme cuerpo rozar el suyo.

—En una cueva que conozco. Otros también. Pero no vendrá nadie esta noche. No con esta tempestad. Quedaos aquí. Voy a buscar algo con qué hacer fuego.

Salvatore se apartó y comenzó a buscar. Entonces localizó madera cortada y apilada. Tenía aspecto de estar allí desde hacía mucho tiempo, pero estaba seca.

Charlotte lo oía trajinar. Se frotó los brazos para obtener un poco de calor. Tenía frío y hambre.

En ese momento sintió que él se acercaba y enmarcaba su rostro entre sus manos y le hablaba muy cerca.

—Escuchadme bien... quedaos aquí, *bellezza*, solo un momento. Es necesario que salga a buscar algo de comer.

Tenía miedo de quedarse sola en ese lugar y que él no volviera, pero alzó su barbilla y asintió con valentía. No quería ser una carga, ni una molestia.

—Muy bien... —continuó él sonriendo. Sabía que ella tenía muchos miedos por su invidencia, pero se sintió orgulloso de ella. Era una dama valiente, se dijo—. Buscaré algo para comer. Volveré ¿comprendido?

Ella asintió de nuevo apresuradamente.

—Esperaré vuestro regreso. Pero tened cuidado.

—Estáis empapada —dijo él mirándola intensamente—. Será mejor que os quitéis el vestido o lo que queda de él, o enfermaréis de fiebres.

Con las últimas frases, Salvatore consiguió que Charlotte alzara su rostro, con los ojos muy abiertos. Y él se echó a reír al fin.

—¿Qui... qui... tarme el... el... vestido?

—Como habéis oído, *milady*. Haré fuego y lo pondremos cerca. Se secará pronto.

—No creo que sea necesario.

—Ah, pero yo creo que si es muy necesario. Cogeréis fiebres. —Tomó un trozo del corpiño empapado—. No podéis quedaros con él. Si os sirve de consuelo, yo también me quitaré la ropa.

—¡Oh! —Charlotte dio un respingo como un resorte—. Eso... eso no será necesario. Y... y... y además sería algo absolutamente bochornoso... e indecente.

Las risas del capitán rompieron de nuevo el silencio y el eco de la cueva.

—¿Apeláis a la decencia en medio de una tormenta, *angelo* mío?, ¿en una cueva pérdida de una isla pérdida? ¿Os arriesgaréis a enfermar por vuestro pudor? Pues os aseguro que yo no.

Más carcajadas masculinas. Charlotte lo sintió apartarse y caminar por la cueva.

Ella sostenía con toda dignidad los girones de su corpiño y sus faldas.

Lo escuchó romper ramas. Después lo oyó soplar, y pronto el calor lejano de una llama llegó a su trémulo cuerpo. También un suave calor a sus hombros cuando él depositó sus manos en ellos, desde atrás, para acercarla a su cuerpo. La rodeó con sus fuertes brazos.

El conocido estremecimiento recorrió a Charlotte. Todo su cuerpo entró en calor. Un calor que no venía de las llamas del fuego, sino de las llamas de su corazón.

Él dio unos pasos con ella, empujándola suavemente para que se acercara al fuego.

—¿Así está mejor? —le habló desde atrás, al oído, rozando su oreja y su mejilla con la rasposa barba, con el aliento tibio, hablando casi con un murmullo.

Charlotte cerró los ojos, por un sentimiento, por el ardor de su alma. Y él la asió con fuerza, la envolvió en el abismo de esos brazos crueles.

—El fuego esta cerca —le susurró él de nuevo—. No os mováis de aquí.

—Entiendo —dijo ella en hilito de voz casi inaudible, sus ojos cerrados aún, envuelta en los brazos que su corazón secretamente anhelaba.

—¿Tenéis hambre, *angelo*?

Ella asintió.

—Saldré a buscar algo para comer —repitió Salvatore momentos después.

—Sí. Yo puedo esperar aquí.

—Bien. No os acerquéis más al fuego.

Después de asegurarse de que ella entendía las instrucciones. Salvatore se dispuso a salir de la cueva.

Charlotte se sentó en el mismo lugar donde había estado de pie. Sus piernas aún le temblaban. Fue lo mejor sentarse extendiendo sus manos hacia las llamas, buscando calor. Un calor muy diferente al que ardía en todo su ser.

El silencio de adueñó de la cueva, salvo el apacible crepitar de las llamas del fuego y el ruido de la lluvia. Y así Charlotte comenzó a conseguir sosiego, la consciencia de la realidad de lo sucedido.

Con un gran dolor en el pecho comprendió la muerte de fray Antonio. Al recordarlo, sus ojos, brillantes como amatistas, se llenaron de pesar y tristeza.

¿Oh, Dios mío, qué había hecho?, qué había hecho al pretender huir de él, y todo porque su corazón estaba herido, porque deseaba dejarlo, huir muy lejos de él, donde no pudiera oír lo que pensaba de ella. Y por este egoísmo había metido a la Rose en una situación donde habría podido morir o ser gravemente lastimada. Y fray Antonio, un hombre bueno, había muerto.

Escuchó los pasos de Salvatore en la cueva. Él se identificó rápidamente para que no se asustara.

—He dejado la daga aquí. La necesi...

Charlotte volvió a sentir su rostro entre unas manos enormes, toscas y tibias.

—¿Qué ocurre, *Carlotta*?

—El monje, fray Antonio —dijo Charlotte finalmente, con el labio inferior temblando, las lágrimas silenciosas corriendo por sus mejillas—, ¿lo encontrasteis?

—Sí.

Ella asintió. Sería un dolor que llevaría para siempre en su corazón.

—Lo... lo asesinaron vilmente. —Las lágrimas silenciosas corrieron pesadas y gruesas por su rostro hasta llegar a las manos morenas.

Él guardó silencio. Después de pensarlo, dijo:

—Ese hombre fue valiente —dijo él refiriéndose a fray Antonio—. Y ahora está en los Cielos junto a su Dios, *Carlotta*, y sus asesinos arden en el infierno.

Él mismo los había enviado allí. Pero Charlotte pareció no darse cuenta de nada en esa frase. Salvatore no supo qué más decir. No sabía palabras de consuelo porque jamás había consolado a nadie. Nadie había buscado su consuelo y tampoco él había pedido consuelo jamás. Pero la observó llorar en silencio. Charlotte nunca aturdió con su llanto. Hasta para eso había serenidad en ella. Él observó el dolor en sus ojos que resplandecían al calor de las llamas del fuego. Supo que sufría por ese hombre.

—¿*Seilvathore*?, ¿fue... recibió sepultura cristiana? Era Jesuita.

—La hermana Rose se encargaría de ello, *Carlotta*. Guido enviaría a alguien a avisar a los monjes del Monasterio.

—Gracias —dijo Charlotte.

Ella se acurrucó aún más en sus brazos, buscando refugio al dolor. Y por segunda vez en su oscura y depravada vida, porque la primera vez había sido con ella también, el capitán Cuervo cerró sus brazos sobre una mujer con la única intención de dar consuelo y no de obtener algún favor sexual. Concluyó que estaba conociendo con su precioso ángel muchos placeres que ni siquiera había imaginado que existieran.

Bajo el crepitar de las llamas, oyendo solo el ruido lejano de los truenos y la lluvia, ellos permanecieron abrazados.

Salvatore no dijo nada más y Charlotte tampoco. Ella se refugió en los brazos del pirata, de un demonio. Y halló sosiego y tibieza para su alma en esos brazos crueles, pero tibios. Implacables y seguros.

Ella aún permanecía en el mismo lugar, acurrucada bajo el mentón barbado del hombre cuando habló.

—Está lloviendo. ¿Dónde encontraríais alimento?

—Ah, *Carlotta*... Un marino tiene muchos conocimientos de las islas donde fondea... ya lo veréis. No os mováis de aquí.

Se separó de ella finalmente a desgana, porque estaba absolutamente complacido de tenerla así en sus brazos, serena y suya. Pero tenía que cuidar de ella. Debía estar hambrienta y además debía encontrar algo con que limpiarle los arañazos de los brazos y las heridas que tenía en las muñecas.

Mientras se alejaba de la cueva en busca de algunas plantas frutales, bajo la lluvia, el capitán pensó en lo difícil que debió ser aquella mañana para una mujer como ella. Para cualquier hombre vidente y fuerte habría sido dura. No para él, ni hombres como él, acostumbrados a llevar aquella vida. No. Pero ella era una dama genuina, amable. Había presenciado la muerte de un monje. Los otomanos la habían golpeado, humillado, asustado. ¡Malditos fueran para siempre aquellos bellacos!

—Volvería a matarlos si pudiera —dijo mientras cortaba una papaya madura y encontraba unos cuantos cocos recién caídos en el suelo, significando esto que ya estaban para comer su pulpa y beber el líquido que contenían. También cortó un poco de aloe vera para las heridas de Charlotte.

Cuando volvió a la cueva, al menos uno de los cocos que llevaba en su regazo cayó al suelo. Y se olvidó de respirar, de moverse, de vivir.

Ella no había oído sus pasos debido a la lluvia, y porque sus pasos sigilosos eran además amortiguados por el terreno mojado. Charlotte había encontrado una vara como travesaño y la había dispuesto cerca del fuego. Estaba de perfil, colgando su vestido empapado sobre él, y obviamente le estaba dejando sitio a él para su ropa.

El capitán Cuervo tragó para aligerar su garganta cerrada ante aquella visión, para que pasara el aire a su cuerpo que había quedado paralizado.

La contempló de arriba a abajo con sus ojos negros, malvados. Lentamente. Aquello que tenía bajo su pecho, tal vez un corazón, latió con fuerza, bombeando sangre a todo su cuerpo, prendiendo en llamas su deseo, su anhelo.

La había imaginado tantas veces, tantas noches, sobrio y ebrio. Había devorado con sus ojos cualquier porción visible de aquella piel tan blanca, translúcida, tan pura. Había intentado imaginar cómo era la curva de sus pechos y sus caderas de ángel. Y allí la tenía. La respuesta a todos los pensamientos que lo acosaron cada noche a solas en su camarote hasta casi matarlo.

La recorrió de nuevo, en silencio. Como a ella le habían destrozado sus enaguas, se las había quitado, así como el vestido. Tan solo se había dejado puesta la camisola, que era de una fina y delicada tela blanca con algunos encajes, y mojada se hacía absolutamente transparente. Le llegaba hasta la mitad del esbelto muslo. Su pelo rubio y muy lacio se había secado un poco y lucía sedoso hasta más abajo de la cintura, captando la luz de las llamas del fuego. Su cuerpo glorioso se mostraba sin reparo. Era más hermosa de lo que su mente, veterana y curtida, había podido

imaginar.

El pirata observó con descaro cada línea, cada curva. Se llenó su alma oscura del dorado y la luz de su largo cabello. Después colmó su vista y su anhelo contemplando las nalgas redondeadas y prietas, y se deleitó con las formas de unos pechos pequeños y firmes como dos manzanas, los pezones erguidos por el frío. Se preguntó de qué color eran. Él había visto muchas mujeres hermosas en tantos puertos, de todas las razas. Pero ella tenía algo mucho más allá de la belleza externa. Era su inocencia intacta, aquella que iba más allá de la pureza de su cuerpo. Era la pureza de su corazón. La admiraba, sí. Era una mujer serena, tranquila, una mujer fuerte que había aceptado su destino con sencillez. Admiraba la forma en que ella aceptaba su invidencia y el abandono de su padre sin quejarse. Vivía en su soledad, en aquel Convento, lo hacía con toda naturalidad. No era huraña. No era una dama amargada, sino amable. Brillante y no opaca. Era luz y no tinieblas. Él quería toda esa luz, toda su inocencia intacta. Por eso ella sería su mujer. Ya lo era, solo que ella aún no lo sabía.

Bajó entonces la vista de nuevo buscando entre los tentadores muslos aquel lugar que tanto ansiaba conquistar. Ese lugar que él sabía que al ser tomado, tomaría también su espíritu, todo su ser. Toda ella sería suya.

Ya la había visto mientras examinaba el cuerpo femenino en busca de heridas en ese lugar que era tan dorado como su pelo, como pudo comprobar. Tan puro como toda ella, pensó.

Ah, pero las llamas del fuego, caprichosas, se empeñaban en no iluminarlo, en ocultárselo... Entonces ella, aguda en los sentidos que conservaba, percibió al fin su presencia. Tras un chillido, se cubrió los pechos con el brazo y aquel lugar tierno que la oscura mirada había buscado.

—¿*Seilvathore*?

—*Bellezza*... —respondió con la voz muy ronca y grave. Apenas podía contener el deseo brutal que hervía en sus venas. La tomaría allí mismo. Ya no podía resistirlo más.

—¡Oh!... ¡No miréis!

Ah, pero él ya había mirado. Charlotte chilló de nuevo y cogió el vestido del travesaño improvisado y se cubrió con él.

—Creí... creí que tardaríais un poco más. ¿Hace cuánto tiempo que aguardáis ahí?

El suficiente para enloquecer, pensó él.

—Acabo de regresar, *Carlotta*. Habéis hecho bien en dejar el vestido y todo eso que las mujeres llevan bajo las faldas.

Pero ella no se movió ni un ápice de su lugar. Estaba roja como el granate. Él notó

que había entrado en calor, pues sus suaves mejillas ardían.

«Arrójala en el suelo y poséela. Escapó y te abandonó. Ahora debes castigarla y beber tu venganza en su cuerpo. Eres un hombre, no un caballero. Un sucio hombre de los callejones del puerto y un truhan del mar».

La crueldad que habitaba en él lo motivaba en aquel momento. Su excitación sexual era febril. Su anhelo violento de tomar su inocencia emergía como la bruma sobre el amanecer. Ella no sabía que había despertado toda la oscuridad en él. «Oh, mi *angelo*», se dijo al mirar sus inocentes ojos. Observó alrededor. Sí, podría hacerlo. Podría tomarla allí, podría obligarla, tan fácilmente. Ella no tendría ninguna oportunidad. Era su derecho porque era suya, porque podría imponerle un castigo por abandonarlo, por los momentos de ira y desesperación que había sentido. Era su derecho tomarla como recompensa. Meterse entre sus blancos y tibios muslos, yacer sobre ella, hacerla su mujer.

Se acercó a ella y se detuvo justo a un paso.

Charlotte pudo sentir su calor, su silencio, su aliento entrecortado. Entonces, una vez más, ella pudo ver su alma, los ojos negros y vacíos del cuervo.

«Si pudieras ver cómo te mira, huirías muy lejos», le había dicho Rose.

Ella pudo leer los pensamientos del hombre malvado, el mismo hombre que la hacía estremecerse. El hombre que su corazón anhelaba tan profundamente, en secreto. El hombre que ella sabía que podía llegar a ser una bestia.

Sencillamente susurró:

—¿*Seilvathore*?

Él no respondió. La miraba como un depredador antes de atacar a su presa.

Ella lo supo. Él tuvo que haber estado allí mucho tiempo, mirándola. La había visto casi desnuda. Y supo que él oía las dos partes de su ser. Una, cruel y sanguinaria. La otra, aquella que parecía existir también, aquella que parecía haber pertenecido a un buen hombre. Y él se debatía entre una y otra.

Charlotte se cubrió lentamente, aún más, con el vestido sobre su pecho. Aún llovía afuera, aún se oían los truenos. Un relámpago iluminó el malvado rostro barbado. Los ojos negros eran ónix. El deseo en aquellos ojos era temeroso.

El crepitar de las llamas de fuego y el sonido del viento eran lo único que oía en ese momento. Eso, y sus respiraciones. Charlotte sabía que debía hacer algo. Levantó entonces su mano y depositó su palma sobre aquel rostro que temía y anhelaba.

—No me hagáis daño —le dijo ella en voz baja mientras le acariciaba suavemente la mejilla barbada.

Otros eternos instantes de silencio siguieron. Y el hombre cerró los ojos ante ese contacto. La bestia que anidaba en su ser se fue hundiendo en la oscuridad, volviendo

a sus mazmorras.

—No, *Carlotta* —susurró más para sí, que para ella—. Yo no... nunca os haría daño. No a vos...

Ella asintió.

—Os creo.

Él inspiró profundamente, para recobrar la voluntad de sus actos. Abrió los ojos y contempló el rostro angelical. Los ojos ingenuos. No podría tomarla en aquella cueva contra su voluntad, pensó él. No sobre la fría tierra. No podía tratarla como lo habían hecho los otomanos... como un animal, como él había sido tratado desde su nacimiento. No a su ángel. No.

—¿Habéis encontrado algo para comer? —dijo ella rezando porque aquello lo distrajera—. ¿Habéis... hallado algo que cenar? —insistió.

Y él salió de sus oscuros pensamientos.

—Sí, milady. Soy un hombre de recursos. Quiero que probéis algo. —Su voz aún era ronca, aun hirviendo por la tentación más profunda que había sentido alguna vez, haciendo también el esfuerzo de contención más profundo que había hecho alguna vez.

—Vos también debéis comer —dijo Charlotte, quedamente.

—Sí. No soy más que un... hombre. Necesito comer. —«A ti, *Carlotta*».

El capitán Cuervo puso su mano sobre la de Charlotte que sostenía el vestido sobre sus pechos.

—Desprendeos de la ropa mojada. No os miraré. Y tampoco se ve nada —mintió descaradamente. Se veía todo—. Debéis dejar que se seque o enfermaréis. Creedme.

—Dejaré el vestido, pero me pondré de nuevo esto — tanteó el travesaño y encontró sus enaguas, avergonzada — Son finas y se han secado un poco. Por favor, daos la vuelta.

Para asegurarse de que lo hiciera, Charlotte depositó su mano en el pecho de Salvatore. Él no pudo más que sonreír ante su audacia. Pensaba mentirle y fingir que se había dado la vuelta. Pero se dio la vuelta hasta que la mano de Charlotte quedó en su espalda.

Después de cubrir sus piernas con las enaguas, le permitió girar. La camisola también estaba secando y ya no se pegaba a su cuerpo.

Salvatore recuperó el trozo de aloe vera que había cortado.

—Mostradme vuestras manos —le ordenó.

Ella alzó sus manos.

Él las tomó y asió sus muñecas, notando las heridas de los grilletos con los que había sido maniatada.

Charlotte lo oyó mascullar algo sobre volver a cortar las manos de bastardos.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó ella diciéndose una y otra vez que había oído mal.

—Nada, *angelo*... Dije que creo que necesito otro corte de esta planta.

Y mientras le mentía, le puso un poco de la fresca pulpa de la planta en sus heridas. También en los arañazos de los brazos.

—No os dolerá —le aseguró él con la voz enronquecida y grave, sintiendo el deleite de tocarla y que ella se lo permitiera tan confiadamente. Encontraba muy placentero que ella se diera y no que tuviera que obligarla.

—Gracias. —Charlotte volvió a agradecer la gentileza de aquel hombre rudo.

Él se detuvo por unos instantes, alzó la vista para contemplar el rostro de Charlotte tan solo iluminado por el color de las llamas del fuego

—Ya me habéis agradecido.

—No. No lo suficiente. Habéis salvado mi vida. Siempre lo recordaré...

Y Salvatore se sintió el rey de los mares, el rey del mundo, al ver de nuevo en esos ojos bondadosos la gratitud más sincera. La gratitud de un ángel. De su mujer. Empero, no estaba acostumbrado a aquellas expresiones humanas. Así que bajó la vista y volvió a centrarse en sus cuidados, repartiendo con delicadeza la pulpa de la planta sobre los arañazos de Charlotte.

—¿Qué es? —preguntó ella después de un rato.

—Es una planta curativa. La usan los nativos en estas islas y también en las Indias. Le llaman «aloe vera».

—*Aloue veera*...

Ella lo repitió causando la risa del capitán.

Charlotte pensó en cuánto le gustaba esa risa franca. No era una de sus carcajadas malignas. E imaginó la expresión de su rostro moreno, de barba negra y ojos negros. Y eso la hizo sonreír y compartir la risa con él.

—Creo que ahora es mi deber evitar mi muerte por fiebres —terminó de ponerle el aloe vera y se separó de ella.

Se deshizo de la camisa negra empapada, del fajín, las calzas y botas, y se dejó puesto el calzón. Encontró a Charlotte intentando oír sus movimientos, discernir qué hacía.

Con la idea de gozar deliberadamente de su sonrojo, dijo burlón:

—Aún conservo el calzón, milady, si eso os tranquiliza.

—¡Oh! —Charlotte cubrió el rubor de sus mejillas con sus manos.

Y el capitán soltó otra risa.

—Creo que esta es la primera vez que agradecéis vuestra falta de visión... ¿no es

cierto?

La contagió entonces con su risa y rieron juntos. Ella seguía apenada pero no pudo evitar reír por el desparpajo y descaro del hombre.

—Venid —interrumpió él—. Debéis probar esto.

La guio para sentarse junto al fuego, uno al lado del otro.

Peló y cortó la papaya, y le dio un trozo a Charlotte.

—Adelante, tocadlo primero.

Charlotte tomó el pedazo de fruta tropical, lo olió discretamente y se lo metió en la boca. Cerró los ojos cuando aquella dulzura llenó sus sentidos de exquisitez. La papaya estaba deliciosa.

Salvatore tuvo el placer de ver esa expresión.

—Hmmm... es deliciosa. ¿Cómo se llama?

—Los nativos le llaman papaya.

—*Pa-pa-y-a* —repitió ella.

No hubo un momento durante aquella cena limitada a la papaya y a los cocos en los que él no la mirase comer, beber, limpiarse la boca. Era algo que le gustaba infinitamente. Observarla. Observar lo grácil de sus movimientos. Ella hacía silencio entre bocado y bocado, y él también hacía ese silencio y dejaba cada trozo de fruta a medio camino entre su mano y su boca mientras la miraba.

A ella le gustaba oír sus palabras, los sonidos de sus movimientos, de su respiración.

Durante aquella humilde cena, la lluvia y el viento azotando la pequeña isla, surcando la noche, ellos hablaron como viejos amigos. Charlotte le pidió al capitán que le contara cómo había conocido aquellas islas, aquellas frutas, cuándo las había comido por primera vez. Él respondió con sinceridad a cada una de esas preguntas. Le contó que las había conocido siendo un niño, navegando con Ingram. Después cesaron las risas y un súbito silencio se apoderó de la noche. Fue él quien preguntó.

—¿Por qué me abandonasteis, *Carlotta*? —dijo Salvatore en un susurro temible, mientras comía el último trozo de coco, pero sus ojos fijos en ella.

Ella bajó su rostro tímidamente al oírle preguntar aquello. Le había extrañado que no fuera lo primero en recriminarle.

—No... no os he... abandonado.

Para él sí. Había sido un abandono. Ella se frotó las manos en su regazo.

—Yo hui, pues soy vuestra prisionera. Tenía... tenía que intentarlo. Debéis saber que todo fue planeado por mí. La hermana Rose no ha tenido ninguna culpa.

Los ojos del capitán pirata se volvieron dos negras rendijas. Hizo silencio.

—Por favor, no haigas daño a la hermana Rose. Todo es mi culpa, castigadme a mí

—volvió a decir.

Pero él tampoco respondió. Los ángeles también mentían, pensó. Dudaba que la entrometida y odiosa monja no hubiera urdido el plan de escapar y alejar a Carlotta de él. La moza de la posada le había dicho que era esta la que había estado preguntando por los monjes jesuitas de la isla.

Observó detenidamente a Charlotte. Miró cómo se frotaba las manos, el rosa de sus mejillas, la forma en que fruncía el labio. Sí, los ángeles también decían mentiras para salvar a otros. Pero la monja jamás volvería a desafiarlo llevándose a Charlotte lejos de él.

Lady Campbell esperó una respuesta a modo de reconvención, pero solo hubo más silencio. Hasta que sintió que él le tomaba el mentón y la obligaba a alzar su rostro. Sus palabras no necesitaron más que aquel tono implacable para llegarle al alma y para erizarle la piel. Él no gritó ni juró. No hubo gruñidos ni blasfemias como ella se temió. Él era siempre más temible en aquel estado.

—Jamás... oídme bien, *Carlotta*... jamás —le repitió al oído— volváis a dejarme. Porque yo os buscaré y os encontraré. No habrá lugar en estos mares ni en tierra en el que podías esconderte de mí. ¿Lo habéis entendido?

Ella tragó en seco, y asintió. Después volvió el silencio.

Sin embargo, la sorprendió de nuevo cuando tomó el rostro de ella con una sola mano y la besó con una fuerza inusitada. Charlotte en ningún momento se resistió al beso. No pudo. No quiso. A pesar de todo. A pesar de saber que aquel beso era un castigo, porque le dolían los labios y llegó a sentir el sabor metálico de la sangre en su boca. No supo si era suya o de él. Pero aun así... eran sus labios, los de él, los que rozaban los suyos, los que tocaban su alma. ¿Qué ardor era aquel que la consumía cuando él la tocaba? ¿Qué fuerza era aquella que podía hacerle perder los pensamientos?

El capitán desprendió su boca de la de ella. La irá lo rondaba en esos momentos. Quería poseerla con violencia para que ella supiera a quién pertenecía, cuál era su lugar. A su lado. Sintió el sabor de la sangre. ¿Acaso la había lastimado? La miró. Ella, sus ojos violetas sorprendidos, pero no asustados. Posó su mirada maligna en aquellos labios suaves y angelicales. Sangre. Había sangre en ellos. ¿Suya o de él? No lo supo. Limpió de sangre el labio de ella con un dedo y la probó. Ella sin moverse. Sus labios hinchados. La sangre... era de ambos, supo él.

—Hora de dormir, milady.

Se puso de pie entonces, temiendo tomarla allí mismo. Y cogió su camisa que estaba casi seca y la extendió abierta en el suelo, así como el vestido maltrecho de Charlotte, tratando de hacer un lecho confortable para ella.

Él estaba acostumbrado a dormir en cualquier parte. Había dormido en mugrosos callejones, bajo los muelles de los puertos, en las oscuras bodegas de los barcos donde había trabajado, hasta que pudo ser lo suficiente mayor como para cambiar su destino.

—¿Dónde dormiré yo?—preguntó Charlotte en voz baja. Sus labios aún hinchados.

—Salvo que tengáis algún jergón escondido, milady, dormiréis aquí junto a mí. No hay nada más y tampoco pienso perderos de vista.

—Pero... pero... es in...

—Indecente, inmoral —terminó él con desdén—. Pero es vuestra única posibilidad, *Carlotta*. ¡He dicho que no os haré daño! Y no lo haré.

Sin darle tiempo a pensarlo, tiró suavemente de ella. Salvatore ya estaba tumbado de costado, mirando al fuego. Charlotte se dejó caer absolutamente tensa, intentando no rozarlo. Ambos hicieron silencio y escucharon el crepitar de las llamas. Ella estaba tensa y avergonzada. Él, contemplándola ávidamente.

Sin darse cuenta, ella le ofreció una visión bastante clara de la curva de sus caderas cuando le dio la espalda e intentó alejarse. Y él la recorrió primero con la vista, después con su mano.

—*Tranquilla, bellezza*. Podéis dormir confiada, no tomaré nada que no sea vuestro deseo dar —le aseguró cuando ella se asustó ante ese contacto.

Ella hizo silencio, pero no durmió rápidamente como deseaba. Lo escuchaba respirar. De pronto, él pasó el musculoso bíceps bajo la cabeza de ella, y ella lo aceptó como si se tratara de una mullida almohada.

Cuando hizo aquello, él aprovechó para atraerla a su cuerpo.

Lady Campbell suspiró suavemente y a pesar de todo no se asustó por la poderosa cercanía. Aunque ella luchaba constantemente contra su razón, su corazón había ganado, quería estar allí. Quería estar junto a él y esa noche no había poder que la apartara. Estaba de espaldas a él, percibía en su espalda el pecho masculino, las piernas musculosas bajo sus caderas formando una cuna, y no podía negar que también percibía el enorme bulto hinchado que rozaba sus nalgas. Ni su cuerpo ni su corazón lo rechazaban, aunque debería hacerlo. Percibía tan intensamente el olor de su piel, el vello y los músculos de los antebrazos fuertes que la rodeaban, los tendones que sobresalían de ellos. Era un hombre fuerte y tibio, concluyó ella. Y se sentía segura. En su hogar. ¿Era aquello posible? ¿Era aquel sentimiento tan solo el sueño absurdo de una mujer que no era más que... un lastre, «alguien que nadie querría»? Aquellas palabras vinieron de nuevo a su memoria, tal y como él mismo las había pronunciado. Volvieron a dolerle en el alma, a romper su pobre corazón. Pero no podía hablar sobre ello o él sabría que Hazhim la había llevado al attillo de la

posada y el niño sería víctima de su ira.

Los minutos pasaron y ella se fue relajando en aquella cuna de músculos, de tendones, de fuerza irreductible, olvidando aquellas palabras que tanto la herían. No tenía más remedio.

Sin moverse, ella preguntó en voz baja:

—¿*Seilvathore*?

—¿Hmm?

—¿Dormís acaso?

—No.

Fue un gruñido. ¿Cómo diablos podía dormir con el deseo abrasador que sentía?

Su otro brazo descansaba n ese momento, posesivo, sobre la cintura de Charlotte. Ella tampoco hizo nada por apartarlo.

—Dijisteis que no teníais familia —dijo ella.

—Así es.

—Pero la tuviste, ¿qué les pasó?

—Murieron de hambre —respondió secamente.

Ella hizo silencio y tragó en seco. No podía imaginar que un ser humano muriera de hambre. Era algo tan duro que ella necesitó unos momentos para volver a hablar.

—¿Cuántos eran?, ¿qué les pasó?

Se hizo un silencio. Ya no llovía, pero se oían algunos truenos a los lejos.

Él no contestó.

—Lo siento. Estoy siendo impertinente —reflexionó Charlotte.

Él lo negó con un movimiento de la cabeza que ella pudo entender y sentir claramente pues el hombre tenía el rostro hundido entre las hebras lisas y doradas de su pelo.

—Mi madre y mis dos hermanas menores. Éramos muy pobres. Vivíamos muchas veces bajo los muelles, en el puerto de Bologna, Italia.

Otro silencio.

—¿Y vuestro padre?

—Nunca lo conocí. No sé quién era. Solo recuerdo al padre de mis hermanas. Era un bellaco infeliz, un borracho que pegaba a mi madre y la enviaba a los barcos a dar su cuerpo a los marineros por unas monedas. A veces subía a un barco por la mañana y solo bajaba siendo la noche con unas cuantas monedas.

Charlotte ahogó un gemido de dolor. Se tapó la boca para que no se oyera, pero no pudo evitar sentir que un rayo la partía al oír aquella historia.

Él continuó su relato con una voz muy lejana.

—Una noche mi madre había gastado las monedas en comprar un poco de comida,

y él quiso darle una paliza... Le rompí una jarra en la cabeza. Creo que yo tenía seis años. —Hizo una pausa y luego dijo—: nos abandonó esa misma noche, pero no sé si sobrevivió a la herida o lo maté. Siempre he esperado que ese infeliz haya muerto por mi mano.

Charlotte giró completamente su cuerpo y levantó el rostro hacia él. Sintió el aliento de Salvatore muy cerca, bañando sus mejillas y su nariz. Sin pensarlo, ella levantó la mano y acarició su barba.

—Lo siento mucho... todo —susurró Charlotte. La pena que sentía ella por esa historia, por esas personas: él, sus hermanas, su madre. No había pedido esa vida y, sin embargo, había sido la que les había tocado vivir—. Y yo que me creía desgraciada, y no es así. He sido muy afortunada. He tenido una vida segura. Debo pedir perdón de corazón a Dios por todas las veces que lloré cuando perdí la vista. Mi padre jamás ha dejado de hacerse cargo de mí, aunque... aunque me dejara en manos de las monjas de la abadía. Ahora sé que hay personas que sufren... mucho. Sufren por cosas tan humanas como un poco de pan, por un lugar donde resguardarse de la lluvia y del sol. Por cosas que muchos creemos que todos tienen.

Él comenzó a acariciar de nuevo la cintura de Charlotte, distraído, pensando.

Ella, comulgando con él en sus pensamientos, le permitió tales caricias.

—No lo habéis tenido todo —replicó él.

—Sí. Y no debo volver a sentirme triste. —Ella siguió acariciándole la barba.

—Habéis perdido a vuestra madre.

—Pero esa es una pérdida que llevaré siempre en mi alma, como lleváis las vuestras. ¿Las echas de menos?

Salvatore la miró.

—Las he olvidado.

—No os creo, porque yo jamás olvido a mi madre. Aquí —dijo ella depositando la palma de su mano en el pecho masculino— hay un corazón humano. Sois humano. Vuestro... corazón aún llora por ellas.

Hubo otro silencio para pensar.

—Yo no sé si soy humano o una bestia, *Carlotta*. —Él desvió su mirada hacia las llamas del fuego. Jamás olvidaría el rostro de su madre y sus hermanas, pensó—. Y que vuestra bondad no os confunda... yo no tengo corazón.

Charlotte supo que él mentía. Era una revelación que esperaba, una verdad que siempre supo. Aquel hombre aún albergaba un poco de corazón y alma. De lo contrario ¿dónde guardaba el recuerdo de su madre y sus hermanas? Podía percibir el dolor de él. Pudo sentirlo como si le fuera infligido a ella misma.

—Guardad su dulce recuerdo. De esa forma, ellas vivirán siempre aquí —tocó de

nuevo el pecho del Capitán.

Otro trueno lejano disipó el silencio.

Entonces él la observó. Seguía acariciando distraído su cintura y sus caderas. Ella continuaba dejando que lo hiciera acurrucada en sus brazos.

—Las enterraron en una fosa, a todas —dijo él. Su voz aún lejana—. Hace algunos años intenté saber dónde. Hui cuando murieron. Siempre he deseado darles una tumba, una sepultura decente, católica. No las encontré.

Charlotte dejó que él hablara, y aunque sentía dolor al despertar en él aquellos recuerdos tan dolorosos sabía que él quería hablar sobre ello. Lo supo. No necesitaba poder ver para saberlo.

—¿Qué edad teníais?

—No estoy seguro del año en qué nací, *Carlotta*. Creo que tendría unos seis o siete años. Ahora tengo treinta y seis... quizás un par de años más, o tal vez menos.

Ella asintió.

—Tampoco tengo apellido. No sé quién fue mi padre.

—¿Recordáis al menos el apellido de vuestra madre?

—No. Creo que ella tampoco tenía. —Él sonrió con desgana y malicia—. Ya veis, soy menos que un bastardo, milady. Vuestro Dios no me aceptaría en su Reino. Solo el *diavolo* me abriría la puerta.

—¡No sois menos que nadie... Dios nos ama a todos! Él no necesita que sepáis vuestra edad o que tengáis el apellido de un padre. Eso es lo que aprendí en la abadía —replicó con una radical vehemencia que sorprendió a Salvatore—, y no tenéis culpa alguna, ni vuestra madre y hermanas, de vuestras desgracias. Tened muy seguro que ellas están con Él.

Pero él no era hombre de creerse menos que otro. Aunque no fuera más que otro bellaco sucio de los muelles, él se sentía muy digno de aquella mujer, aunque fuera la hija de un barón. Ella le pertenecía, pensó con determinación. La vida le había enseñado a tomar lo que deseaba. Y a esa mujer la deseaba más que a nadie y a nada. Y la tomaba pues.

Charlotte sintió como él ponía un grueso dedo bajo su mentón y la hacía levantar su rostro. Él se acercó tanto que le rozó la mejilla con la barba. Ella pudo sentir su aliento tibio.

—¿Y para vos, milady... lo soy? —le dijo al oído. Su voz ya no era lejana. Era grave. Envolvente—. ¿Soy alguien... digno, *Carlotta*?

Ambos se contemplaron en silencio, como si estuvieran comulgando juntos de nuevo. Él con sus negros ojos. Ella con los ojos violetas brillando en la oscuridad.

Salvatore la apretó entonces contra su cuerpo y bajó lentamente su rostro hacia ella,

buscando sus labios.

Él no fue brutal esa vez, ni asaltó los labios femeninos como había hecho antes, sino que los tocó tan sutilmente con los suyos, primero los rozó con su lengua, y ella se estremeció y gimió suavemente. Sintió un río de lava emanar de su cuerpo.

—Decidme... ¿lo soy para vos?

Ella asintió. Casi imperceptiblemente.

Entonces él también gimió de placer. Ese placer que no conocía antes. No lo había rechazado. Entonces tomó totalmente su boca suave que aún sabía a coco y papaya. Y ella le entregó sus labios tan dulcemente. Esa muestra de aceptación lo complació como nunca una victoria en el mar. Jamás había sentido aquello por una mujer.

Charlotte recibió esta vez era el beso que ella había soñado tantas veces entre los muros de la abadía, cuando creía que un día volvería a ver, que no sería una ciega y vendría un caballero maravilloso que se la llevaría.

Ella abrió la boca, una señal inequívoca para el hombre que la estrechaba en su cuerpo. Salvatore exploró el santuario de aquella boca con su lengua, pausada, lentamente, y hundido su mano en el cabello de finísimas hebras que eran plata y oro a la vez. Se cernió sobre ella apretándola con su cuerpo, respirando profunda y entrecortadamente. Charlotte llevó sus manos a cada lado del rostro barbado. Y así, sus lenguas danzaron una junto a la otra, tocándose el uno al otro de esa forma.

—*Ah, mi angelo* —gruñó el capitán sin romper la unión de aquel beso.

La empujó suavemente de espaldas y cubrió su costado con su enorme cuerpo. Quería ponerse encima, quería separarle las piernas y encontrar la cuna cremosa y tibia de sus muslos. Quería la joya escondida entre sus muslos. Creyó que ardería en llamas cuando pensó en tomar esa joya. La pureza de un ángel.

Y Charlotte se arqueó ingenuamente contra él buscando sus brazos. Allí no había oscuridad, sino luz.

Él arrastro lentamente su mano bajo la camisola. Y cubrió un pecho, lo apretó ligeramente y emitió un gruñido de placer. No fue brusco. Pero a ella le sorprendió aquella caricia.

—Perfecto... —susurró él acunando el pequeño pecho en la palma de su mano con una inesperada e impredecible ternura—. Es... perfecto, como toda vos, *Carlotta*. Tocadme... *angelo* —exigió después con una voz tan ronca que era casi irreconocible—. Miradme con vuestras manos. No voy a haceros daños, milady. Lo juro. No haré nada más. Solo tocadme.

Y ella acarició los duros hombros masculinos, luego sintió bajo sus manos la forma de cada musculo poderoso de la espalda. Después acarició el vello suave que se extendía en unos fuertes pectorales. Siguió con sus manos la forma de aquel vello que

descendía hacia el abdomen y más abajo... hacía los calzones. Y en ese momento lo escuchó rugir y apoderarse de su cuello besándola allí con urgencia, rozando esa delicada zona de piel con su barba y sus dientes. Y a ella le fascinaba su contacto, el roce de su barba, sus manos. Nunca había tocado a un hombre de aquella forma y jamás un hombre la había tocado de aquella forma ni de ninguna. Había sido educada para esperar que aquellas caricias solo podrían ocurrir dentro del sagrado matrimonio, algo que estaba vedado para ella, que nunca ocurriría para ella, por supuesto. Porque ella jamás sería pedida en matrimonio.

Charlotte sintió que su cuerpo se volvió lava al enredar sus dedos en el vello del pecho masculino, que su alma se elevó cuando acarició y sintió el fornido pecho, los hombros. Cuando acarició los tendones tan marcados en unos antebrazos gruesos y musculosos, cuando acarició la barba, el cuello, el cabello crespo y largo que ya no estaba atado.

Ah, y el capitán se estaba enloqueciendo. Volvió a rugir. Nunca lo habían tocado con dulzura, de aquella forma. Ella lo exploraba con suavidad, con una curiosidad amable y virginal, pero había pasión. Sí. Él estaba tan duro, tan excitado, tanto que creyó que podría explotar de éxtasis tan solo con esas caricias castas y pudorosas.

A ambos les palpitaba el corazón. Se movían como olas en una tormenta. El capitán Cuervo entendió por qué tantos hombres habían perdido la cabeza, la vida, sus bienes. Todo. Tan solo por poseer a una determinada mujer. Se contuvo tanto para no tomarla, no ir más allá, que una pátina de sudor cubrió su frente. Estaba perdido. Sentía que no podía detenerse. Que en ello le iba la vida.

Ella sintió el enorme miembro masculino, rígido, contra su muslo derecho. Al mismo tiempo lo más secreto de su feminidad latía con espasmos y se humedecía como si estuviera esperándolo.

Aquel aluvión de sensaciones la arrollaron, la abrumaron hasta dejarla pérdida. Y por eso, cuando él intentó situarse entre sus piernas, cuando intentó acunarse entre sus muslos buscando... Ella reaccionó.

—No, por favor, no —dijo, mientras todo su ser temblaba de tantas sensaciones desconocidas, de calor, de miedo, de no sentirse dueña de sí misma y al mismo tiempo de sentir tan profundamente que aquello era tan natural. Pero intentó apartarse.

Al capitán se le saldría el corazón por la boca de tanto deseo y necesidad. Oh, jamás había estado tan excitado en toda su vida. Había conocido meretrices de la India Oriental, las más famosas por sus conocimientos en el lecho, y no corrieron ríos de fuego por sus venas como le ocurría con ella. No le había ahogado su propia respiración, ni el corazón le había latido con aquella fuerza mortal. Nunca había

sentido aquella avasalladora necesidad que le hacía pensar que su vida dependía de que esa necesidad fuera atendida.

—*Carlotta, Carlotta* —murmuró contra los labios de Charlotte—. Os deseo, os deseo, ahora. Entregadme el alma... abriendo vuestras piernas para mí. Abridlas.

Ella intentó apartarse de nuevo, pero él se lo impidió reteniéndola en sus brazos bruscamente y se impuso sobre ella, obligándola a separar las piernas e inmovilizándola con su enorme cuerpo.

Y entonces la asustó.

—No, por favor... *Seilvathore* —dijo Charlotte en susurro casi inaudible—. No. Por favor... no me deshonréis.

Él la escuchó. Se detuvo. Se alzó sobre ella apoyado en los antebrazos. Respirando con dificultad. No tomaría a su mujer por la fuerza, pensó. No. Había nacido y crecido en los muelles de Boloña, junto a la basura, los chulos, las rameras, ladrones, timadores, asesinos, borrachos y mendigos. Siendo niño había visto relaciones sexuales y públicas entre rameras y marineros. Había visto asesinatos, había visto robos, timos. Él mismo había robado, mentido y matado. En su vida solo había tenido suciedad. ¡Tendría algo puro, maldición! La tendría a ella. Tendría su cuerpo, pero también tendría su sonrisa de ángel. Toda para él. Tendría sus besos. Ella lo miraría con sus preciosos ojos ciegos y allí vería que lo aceptaba, que aceptaba ser suya, que se daba a él.

Pero en ese momento lo que había en esos ojos inocentes no era aceptación, ni una sonrisa en sus labios, lo que había era miedo.

—¡*Condenación!* —gruñó el pirata como un viejo barco y la soltó definitivamente.

Se dio la vuelta con brusquedad y le dio la espalda. Si seguía mirándola, sencillamente enloquecería de desear y no tener. Pero la tendría. Pronto.

—¡No siempre tendréis la misma suerte, milady, os lo advierto!

Charlotte se mantuvo en la misma posición sin decir nada al respecto. Se mantuvo por largo rato a la expectativa, hasta que poco a poco su corazón asustado por sus propias reacciones, por las de él, se fue tranquilizando entre el crepitar de las llamas del fuego, entre el ruido de los truenos lejanos. Se volvió de costado entonces y también le dio la espalda a él.

En la duermevela, sin darse cuenta, Charlotte se dio la vuelta de costado, acercándose más a él, buscando su calor, tan solo para tener un mínimo contacto y así sentir su compañía, y se dejó dormir finalmente acurrucada en su espalda.

El capitán, quien no dormía, no fue inmune al ramalazo de sentimientos que le produjo sentirla acurrucada contra su cuerpo. ¿Pretendía tentarlo?, ¿quería matarlo de insatisfacción?

Abrió los ojos y se dio la vuelta furioso para advertirle que no lo provocara más, que faltaría a su palabra y al infierno con las consecuencias. Pero lo que encontró fue un ángel que dormía pacíficamente. Lanzó un gemido al contemplarla de aquella forma. La observó por largo rato. Notó que ella tenía frío. Chasqueó la lengua con desgana arropándola con los extremos de las ropas que había bajo ellos. Después la abrazó volviendo a deslizar su brazo bajo la cabeza rubia y cerrando el otro en torno a la cintura la acunó con su cuerpo.

Ella suspiró suavemente y se acurrucó aún más en sus brazos, confiada. Contemplándola, el pirata se quedó dormido, respirando el aroma a lilas, experimentando la gracia de proteger y no de atacar, de ceder y no de pedir. En el fondo le gustaban esas experiencias. Ese fue el último pensamiento antes de caer en los brazos del sueño.

CAPÍTULO 22

Guido estaba seguro de que, si no volvían pronto Salvatore y lady Campbell, él, con sus propias manos, estrangularía a la hermana Rose.

Habían montado un campamento en la orilla de la playa de Liberty. Habían llegado más hombres de la tripulación y montado tiendas, encendido fuego, y se habían apertrechado de armas y munición según las instrucciones del contramaestre.

Debían esperar el regreso del capitán. No podían volver al navío sin él, pues tenían que cubrir su espalda. Todos veían las puntas de las velas del *Ashram* al otro lado de la Isla de Sol. Podrían desembarcar hombres de esa tripulación y ellos debían evitarlo. El *The Stronghold* venía en camino también. Ya habían soltado amarras y el timonel Wilkinson lo acercaría a las costas de Sol con los cañones preparados para la batalla.

Sin embargo, Guido sentía que la verdadera batalla la estaba librando él previamente y consigo mismo para no acallar con la paz de la muerte las quejas, exigencias y llantos de la religiosa.

—¡Exijo saber dónde está milady! —gritó la oronda mujer por quinta vez en aquella noche— ¿Por qué no la ha traído vuestro capitán?

Y el contramaestre respondió lo mismo que le había respondido instantes antes.

—Volverán mañana, hermana... ya os lo he dicho. Es peligroso atravesar el estrecho con la mar en este estado —señaló las gigantes olas reventando contra la playa.

—¡Oh... Santa María Purísima! ¡Él la castigará! ¡Todo ha sido mi culpa!, yo lo he planeado todo... He sido yo.

—Eso podréis decirlo cuando el capitán regrese.

—Si es que regresan... los dos. —Rose se persignó dos veces y comenzó a orar pidiendo la salvación de Charlotte contra el demonio.

Guido comprendió que «el demonio» era Salvatore. Concluyó que la religiosa estaba convencida de que este haría daño a lady Campbell por su huida. Y la verdad era que él tampoco estaba seguro de que no lo hiciera. El capitán siempre castigaba la desobediencia, la traición, siempre lo hacía con el mayor castigo. La muerte.

«No le hará daño, no», se dijo.

Recordó que le había dicho que la quería como mujer. Pero eso fue antes de que ella escapara, claro.

Tal vez la golpearía o la ataría para azotarla. Eran muchos los castigos que el capitán aplicaba. Lo había visto fustigar, azotar y matar a muchos, valía decir que todos eran hombres y que todos se lo merecían. Salvatore era cruel pero no gozaba de esa crueldad y por eso la limitaba a escarmentar a otros de que no debían ofenderlo o traicionarlo.

Debía aceptar que también estaba preocupado por lady Campbell. Pensando en ello y mientras observaba la otra orilla, Guido decidió dormir en la tienda más lejana a la hermana Rose. No podría resistir su llanto toda la noche.

—¡Marchaos! ¡Dejadme sola con mi angustia! —le grito la religiosa.

Guido pasó al lado de varios hombres y les indicó sus puestos vigías y las rotaciones de la guardia que harían hasta que el capitán regresara.

—Gennaro... os toca —señaló la tienda de Rose.

—¿Qué? ¿Por qué yo?

Nadie quería hacer guardia en la tienda de la mujer.

—¡Porque yo lo digo!

Gennaro no tuvo más remedio que echarse junto a la entrada de la tienda mientras oía llorar de histeria a la hermana y además aguantaba sus incesantes oraciones en latín.

Guido ya estaba estirando su famélico cuerpo en el jergón cuando escuchó otro llanto.

—¡Demonios! ¡Es que todos piensan llorar esta noche! —espetó en la oscuridad.

Se puso de pie y siguió el sonido del llanto. Se detuvo cuando vio quién era.

—¿Qué hacéis aquí muchacho?

Hazhim se limpió rápidamente las lágrimas.

—Hago mi guardia, señor.

Guido observó que la ropa nueva que le había dado lady Campbell al niño ya estaba sucia. Pensó que el niño no se la quitaba ni para dormir.

Finalmente, el hombre se sentó a su lado.

—¿Cuál es el motivo de vuestro llanto, bribón?

—¡Yo no lloro! Los hombres no lloran... ¡eso es de afeminados! —repuso el grumete.

Guido sonrió. Pero conocía el motivo del llanto. Lady Campbell parecía tener un poder especial para enloquecer a los hombres.

—¿Os preocupa la dama?

El niño hizo silencio. Con eso era suficiente.

Guido esperó su respuesta.

—¿El capitán le hará daño a milady? —preguntó el niño finalmente al contraamaestre.

Y el hombre se frotó su lampiño y delgado mentón. Esa era una pregunta que él también se hacía.

—No lo sé, muchacho. La dama escapó y nos ha enfrentado con el *Ashram*.

Por el rostro con cicatrices de viruela del niño corrieron más lágrimas silenciosas.

—Todo es mi culpa —sollozó Hazhim.

—¿Se puede saber qué diablos decís?

—Es mi culpa... ella escapó por mi culpa.

—¿Qué?

—Sí. Yo la llevé al... al attillo de la posada y ella... ella escuchó al capitán. Por mi culpa... yo la llevé allí y ella... escuchó.

—¡Escuchar qué!

—El capitán... dijo que ella era un estorbo. Una ciega que nadie querría dijo. ¡Y milady lloró, señor! Lloró por mi culpa y escapó por mi culpa. Quise explicarle que el capitán no lo decía en serio, pero ella no me creyó y... y huyó. Y ahora el capitán la azotará. ¡No voy permitirlo! ¡Yo la defenderé... pero no puedo llegar a la otra orilla!

Guido se quedó mirando el mar embravecido por la tormenta. Y sonrió ante la vehemencia del pequeño andrajoso. Luego volvió a contener un semblante serio.

—Escuchadme bien, Hazhim... no voy a decirle al capitán que pretendéis desafiarlo porque sabéis que no perdona la insubordinación. No debéis temer por ella, chico. Las mujeres no hacen más que dar problemas.

—¡Milady, no! Ella es un ángel, señor. Los ángeles no hacen mal a nadie.

Y el hombre recordó que tenía algo para él.

—Por cierto, esto es vuestro —sacó la carta de Charlotte.

—¿Para mí?—el niño casi temía tocarla.

—Sí. Es de ella.

—Pero yo no sé leer.

Guido la leyó para él.

La sonrisa del niño le causó algo muy extraño en su corazón. Un dolor muy raro.

—¡Tomadla y perdeos de mi vista! —le dio la carta y se puso de pie.

Hazhim, rengueando, se fue con la carta pegada al pecho. Guido no dudaba de que la guardaría como su mayor tesoro.

Cuando el capitán abrió los ojos, había amanecido y los rayos del sol penetraban en la

cueva llenándola de claridad. Miró a su alrededor. Y la encontró a su lado, sentada, con los brazos alzados, estirándose como el más primoroso de los gatos. Contempló el brillo de la larga melena, la forma en que sus pechos se erguían al estirarse.

Él se incorporó sobre un codo, apoyó su cabeza sobre una mano y la observó en silencio. Charlotte bostezó con gracia natural, y luego se alisó el pelo con sus manos y comenzó a hacerse una trenza. Después alzó sus manos para buscarlo.

Tocó tímidamente una pierna del capitán.

—*Buongiorno...*

Ella dio un respingo de sorpresa.

—¿Os he despertado?

—No. Ya estaba despierto.

—Oh...

Ella se sonrojó, consciente de que estaba apenas cubierta por la camisola.

El capitán se irguió del todo, tomó entre sus dedos el mentón de Charlotte y le dio un beso descarado. Y volvió a sentir el gran placer de que ella no lo rechazara, al contrario. Ella abrió sus labios y lo recibió.

Antes de que ella calentara su cuerpo y lo enloqueciera, él hizo acopio de valor para separarse.

—Andando... debemos cruzar hacia Liberty.

Se puso de pie ágilmente y la ayudó a levantarse. Le dio su vestido y él tomó sus calzas y su camisa, sus armas, sus botas y se las echó al hombro.

—No os vistáis aún —le advirtió él.

—¿Por qué?

Él sonrió con malicia.

—Porque imagino que queréis refrescaros antes del desayuno y de partir.

Vio el alivio en los ojos violeta.

—Sí. Quisiera un poco de agua fresca. He oído un arroyo cerca.

—Tenéis un oído admirable... milady. Lo hay. Os llevaré.

Salieron tomados de la mano. Salvatore la siguió despacio por el camino hacia el arroyo. Desde allí echó un vistazo a la bahía. Pudo ver que no había nadie, pero sus hombres estaban apostados al otro lado. Las aguas estaban calmadas. Podrían cruzar en el bote.

Charlotte oyó el ruido del agua del arroyo, estaban muy cerca, y se detuvo.

—¿Qué ocurre?—preguntó él.

—Eh... me quedo aquí.

—¿Qué?

—Sí. No sé nadar.

Salvatore sonrió.

—No es profundo, *angelo*.

Tiró de ella, pero esta se mantuvo inmóvil.

—Oh, no... eh... las monjas siempre me dijeron que me mantuviera lejos de los estanques y arroyos de la abadía o caería en ellos sin que nadie me oyera y me ahogaría.

El capitán se detuvo también y la estrechó contra su cuerpo, tomando su esbelta cintura entre sus manos.

—Si estáis conmigo, no. Vamos.

Ella accedió, aunque renuente.

Dieron los pasos necesarios para llegar al arroyo y cuando ella sintió bajo sus pies el agua, retrocedió asustada.

—Venid. Os prometo que no es profundo.

Observó la pequeña estatura de la mujer y concluyó que el agua le llegaría como mucho a los pechos. A él por las caderas. No había peligro para ella.

—Es cierto que no debéis acercarte a un arroyo, *Carlotta*, pero conmigo no hay peligro. Venid.

Tomó sus manos y dando pasos hacia atrás la fue adentrando en la pequeña laguna. La contempló fijamente para no perder ni uno solo de los gestos de su hermoso rostro al entrar en el agua. Creyó que ella se negaría pero, como con Cesar, de nuevo lo sorprendía su serenidad. Estaba muy concentrada, y supo que de esa forma sentía aquello que no podía ver. Supo que sentía la temperatura del agua, el suave fondo de musgo en las plantas de sus pies.

Él sonrió cuando la vio sonreír de placer.

—Muy bien, *Carlotta*... No temáis.

Se adentraron un poco más hasta que el agua cubría a medias sus cuerpos. A Charlotte un poco más arriba porque él era muy alto en comparación con ella.

Allí, en silencio, tan solo oyendo el sonido del agua, el sonido del viento y el canto de las aves, él la rodeó por la cintura lentamente. Ella depositó las palmas de sus manos en el amplio pecho masculino.

—¿Lo veis? No hay peligro, *angelo* —susurró el pirata.

Charlotte asintió, su rostro colmado de una fuerte emoción.

—Está fresca... me gusta.

Él se limitó a asentir también, de nuevo olvidando que ella no podía ver esos gestos.

—¿Os sentís segura en mis brazos?

Él esperó su respuesta, tenso, como si ello significara mucho.

Ella asintió.

—Entonces dejaos llevar, *Carlotta*.

Y él sonrió. Su sonrisa fue siniestra, pero era real. Una sonrisa de placer. Lentamente llevó una de sus enormes manos para acunar por detrás la cabeza de Charlotte en ella. La hizo tumbarse suavemente de espalda sobre el agua impidiendo en todo momento que pudiera hundirse. Ella se asustó un poco al inicio de ese movimiento y no pudo evitar enlazar sus brazos al cuello masculino con reticencia, aún tenía algo de aprehensión.

—*Shhhhh...* no va a pasar nada. Os gustará. No dejaré que ocurra nada.

Aún con cierta aprensión, Charlotte sonrió, se dejó llevar y disfrutó de algo que no había hecho jamás, sentir el agua rodear su cuerpo.

Los movimientos de él eran lentos, seguros. La dejaba disfrutar del agua, siempre manteniéndola entre sus brazos.

Salvatore pensó que compraría una propiedad que tuviera una pequeña laguna como aquella. Se bañarían juntos. Y harían el amor. Con ella no fornicaría, no, con ella haría el amor. Como recitaban los trovadores. Aunque él todavía no sabía cuál era la diferencia entre una cosa y la otra. Pero en ese momento estaba seguro, aún en su brusquedad, de que no era fornicar aquello por lo que tantos hombres escribían aquellas frases y canciones, que escapaban de su entendimiento, y que había oído a lo largo de los muelles y puertos que había conocido.

Charlotte se dio la vuelta dándole la espalda, moviendo sus brazos en el agua, formando suaves hondas. Tomó el agua entre sus manos y la vertió sobre su rostro. Luego giró de nuevo para quedar frente al hombre que la sostenía con tanta paciencia, y sonrió para él.

—¡Es tan maravilloso! —le dijo ilusionada.

Ella volvió a reír y a jugar con el agua como una niña, confiada de saberse sostenida por las fuertes manos que no la dejarían hundirse.

Él la oyó reír, y la contempló en silencio. Y entonces lo comprendió todo como si fuera una revelación. Supo al fin qué tenía aquella mujer qué la hacía tan inmensamente especial, por qué sus ojos violetas seguían conservando aquel brillo inocente. Una inocencia que lo había avasallado a él y a muchos en su navío.

Encerrada en aquel cuerpo de mujer, supo entonces, había quedado Charlotte, la pequeña niña de doce años. Había perdido la vista a esa edad y la niña nunca había muerto, pues convivía con la Charlotte mujer, la dama serena y amable.

Comprendió que todos los recuerdos del entorno que tenía ella, de la vida, de los demás seres, todos eran los que tenía la niña. Ella, la niña, miraba a través de los bellísimos ojos ciegos de la mujer. Esa era la bondad que aún vivía en aquella hermosa dama. Nunca se había equivocado... ella era un ángel. Y él, un demonio de

los mares. Un demonio que había matado a muchos hombres. Sí. Pero ella era suya, se dijo feroz mientras la veía reír. Y nadie se la arrebataría. Porque correrían el mismo destino que los otomanos.

—Gracias por estos momentos. Es maravilloso... el agua, la frescura. ¡Oh, no sabía de qué me perdía! Cuando aún veía, mi institutriz y mi madre jamás permitieron que me acercara al río que estaba cerca de la propiedad. Luego, en la abadía... pues hay varias fuentes donde a veces los viajeros toman el baño, pero a mí siempre me prohibieron que me acercara a alguna de esas fuentes. Me dijeron que podría ahogarme.

Él unió sus perfiles, tomando el rostro de ella entre sus enormes manazas. Y ella llevó sus propias manos al rostro barbado para compartir su aliento.

—Haremos muchas cosas más, *Carlotta*. Os daré otros momentos. Os llevaré a otros lugares.

Él hablaba en futuro. «¿Por qué? —se preguntó Charlotte—. ¿Por qué, si pronto sería llevada con su padre?». Y entonces tendría que despedirse de él para siempre. No volvería a estar a su lado nunca más. Y la certeza de esto la hería en lo más profundo de su ser, en lo más secreto de su alma, aunque no fuera lo correcto. De todos modos, recordó que para él no era más que una ciega torpe, un lastre que nadie querría. Solo eran palabras. Nada más. No había ningún futuro.

Ella cerró sus ojos pues no quería que él viera nada a través de ellos, que viera su tristeza. Salvatore no notó nada pues él también los suyos cerrados, respirando el aliento de ella. Cuando los abrió la hizo levantar el rostro con sus pulgares.

—Sois... preciosa —susurró el capitán sacándola de sus pensamientos.

—¿Yo?

—Ajá.

Él deslizó sus nudillos suavemente sobre el pecho de Charlotte, justamente sobre su corazón.

—Os deseo como no he deseado a nadie ni a nada, *Carlotta*.

Lentamente la aferró a él.

Lo primero que sintió Charlotte fue el roce de su barba y luego esos labios implacables posarse sobre los suyos. Pero nuevamente con una ternura impensable, sin violencia.

Charlotte abrió sus labios y lo dejó entrar en ella, libremente, con aceptación y dulzura, olvidando aquellas palabras despreciativas que él había dicho a los marineros otomanos. Su verdad. Lo que ella era en realidad. ¿De qué le servía en ese momento recordarlas?, ¿para qué?, si él no había dicho más que la realidad. Prefirió vivir aquellos momentos, que serían los únicos. Decidió que los guardaría como un

tesoro en su alma, un tesoro solo suyo... sus recuerdos.

El capitán Cuervo gimió de placer ante su aceptación. Tomar así a su mujer, poco a poco, hasta que ella se rindiera, así era como él quería que ocurriera. Así sería. Llegaría el inexorable momento en que ella se entregaría a él, y sería suya de «cuerpo y espíritu», como una vez había oído escondido en las bancadas de la Iglesia de Boloña, mientras una pareja pronunciaba sus votos. Él era un pequeño bribón aquel día, huérfano, y se había escondido en la parte trasera de la Iglesia, tratando de resguardarse de la lluvia. No tenía ningún otro lugar a donde ir. Recordó que aquella pareja era muy pobre. Allí no había nadie más que ellos y el sacerdote. Pero se habían dicho algo así... «unión de cuerpo y espíritu».

El capitán se apartó un poco, pero solo para admirar el pelo dorado y mojado, los pechos pequeños, los pezones rosas bajo la húmeda tela de la camisola. Ah, ya sabía su color, se dijo. Después tomó de nuevo los labios dulces que tan sinceramente se le ofrecían.

Ella dejó que la besara. Y por primera vez fue ella quien introdujo su lengua tímidamente en la boca de él, como un débil tanteo, imitando lo que había aprendido de los besos de él.

Y el capitán sonrió con malicia.

Cuando ella deslizó las palmas de sus manos blancas por el pecho moreno, por el vello negro y húmedo que lo cubría, esa sonrisa se volvió una feroz expresión de anhelo.

Charlotte se detuvo, apenada al darse cuenta de lo que hacía.

—Sí, *Carlotta*. —La voz del capitán era muy ronca, pero con picardía—. No temáis. Tocadme.

Ella, pasados unos efímeros instantes, asintió insegura. Quería tocarlo, saber cómo era todo él y saber qué se sentía al hacerlo. Quería guardar esos recuerdos en su mente, en lo más secreto de su ser, para que cuando envejeciera y estuviera sola, poder evocarlos y sentir que alguna vez vivió lo que era... amar a un hombre. Al menos por unos instantes.

Salvatore la dejó hacer. Se dejó explorar sin moverse, sin interrumpirla, con el intenso goce de ser tocado por un ángel.

Charlotte acarició los músculos de un pecho enorme. Tenía los músculos pectorales duramente marcados. Pero eso ya lo había notado durante la noche anterior. Aunque no con el detalle de esos momentos.

—¡Oh... oh, Dios mío!

La oyó exclamar impresionada. Él era grande. Enorme.

Después ella pasó sus manos por los hombros.

—Madre del amor hermoso... —susurró Charlotte, quien se llevó una mano a la boca. Pronto continuó con su delicada exploración.

Y él sonrió de nuevo con aquella mueca diabólica, pero esta vez había algo más en sus ojos negros. Ella recordó que la hermana Rose lo había descrito como a un hombre grande y tosco: «Un buey». Lo cierto es que ella recordaba haber visto a esos majestuosos y fuertes animales en las tierras de labranza de sus padres. Si Rose había dicho aquello con desdén, no podía estar más lejos de cumplir su objetivo. Salvatore era un hombre fuerte y grande. Reconoció. Los músculos grandes y marcados le decían que había llevado una dura vida, de trabajos físicos muy arduos. Porque ella recordaba a los caballeros, delgados, elegantes. Cualquier musculatura se habría tomado como un rasgo plebeyo. No, el capitán no tenía aspecto de caballero. En eso podía estar de acuerdo con Rose. Pero el cuerpo que ella estaba tocando, sintiendo, conociendo, no podría jamás ser descrito con desdén, sino con gloria.

—Sois tan maravilloso —dijo Charlotte, casi sin aliento cuando llevó sus manos a los grandes bíceps y fuertes antebrazos llenos de duros tendones. Se detuvo y alzó su rostro, como si así pudiera verlo a los ojos. Cuánto deseaba poder hacerlo—. Quisiera... deseo tanto... poder veros. Tan solo unos instantes.

Él, que había cerrado los ojos mientras ella lo acariciaba como jamás ninguna mujer lo había acariciado, tomó las manos de ella y se las llevó a su propio rostro.

—Me habéis visto, *angelo*. Hacedlo una vez más.

Ella, en el medio de la laguna, con el único sonido del viento, de la caída de la pequeña cascada, de los árboles mecidos por la brisa, enmarcó el rostro del hombre con sus manos, y lo acarició esta vez con minuciosidad, con su toque de mariposa.

Ella recorrió los labios masculinos con el dedo índice. El labio superior y el inferior rodeados por el bigote y la barba. Eran labios firmes y finos, tal y como ella los sentía cuando la besaba.

El capitán superó los límites de su control en ese momento y lanzó un gruñido. La alzó tomándola de las nalgas y la instó a rodearlo con sus piernas. Frotó la rigidez de su erección contra ella, desesperado. No se podía pedir más contención de él. Tomó los labios de pétalos de rosa como quería, con potencia. Nada de ternura esta vez. Fue un beso intenso, sofocante, absoluto.

Charlotte no podía respirar de tan fuerte que él invadió su boca, de tan fuerte que palpitaba su propio corazón. Sintió su masculinidad dura y recia, exigente, anhelante, rozar el centro de su cuerpo, de sus secretos de mujer, que también deseaba, anhelaba, necesitaba. A él.

Y como él ya esperaba, su propio cuerpo comenzó a arder, a pedir más y más. A excitarse de forma dolorosa. Y aquel no era el momento ni el lugar. Debían regresar

cuánto antes.

Maldiciendo para sus adentros, se preguntó cuándo demonios sería el momento apropiado, ¿cuánto más podría esperar, soportar, sin tomarla completamente? ¿Cuándo sería el momento? Malditos fueran los piratas del *Ashram*. Maldito Abdelkader por cruzarse en su camino. Que ardieran todos en su infierno.

La tomó entonces con sus brazos sin romper el beso que los unía, pero sí suavizándolo, para sacarla del agua y dejarla lentamente en la orilla. Y se apartó de ella con toda reticencia, con otro gruñido de ira. Esperó después un poco a recobrar algo de control y aliento.

Charlotte también luchaba por encontrar la forma de volver a respirar. El capitán habló después de recobrar la respiración.

—Traeré un poco de fruta para comer —le dijo con una voz enronquecida y grave— Debemos marcharnos cuantos antes. Esos bellacos pueden volver. No os dejaré sola, *Carlotta*. Estaré muy cerca. Oiréis mis pasos.

Ella asintió entonces. Aunque no era solo por quedarse sola, sino porque ella quería más de sus besos. Quería que no se apartara.

Mientras él realizaba la tarea, Charlotte se puso su maltrecho vestido sobre la camisola y la enagua sobre su camisola mojada. Con el calor que hacía agradecía que su ropa interior estuviera así.

Cuando el capitán regresó, vio el estado deplorable del vestido. Entonces se quitó su camisa y se la puso a ella.

—No es necesario —aseguró Charlotte.

—Es muy necesario, *angelo*. La vista de vuestro cuerpo es solo para mí y para ningún otro hombre. Mi tripulación está en la playa de la otra isla, esperándonos.

Diciendo aquello con naturalidad, le dio la fruta y tomaron el sencillo desayuno. Bebieron el agua de los cocos y emprendieron la ruta hacia la playa.

Salvatore había asegurado el único bote que había escondiéndolo lejos de los cadáveres y de la furiosa tormenta.

Hizo gestos con los brazos a Guido que lo observaba con el catalejo.

«Todo despejado». Fueron las señas del contramaestre.

—Hay muchas aves en la playa.

Dijo Charlotte que podía oírlos revolotear en el cielo.

—Sí. La tormenta les ha traído comida —contestó Salvatore fríamente.

Las aves carroñeras bajaban en picado para comer los cadáveres de los otomanos.

—Ahora, escuchadme. Os sentaréis detrás de mí, *Carlotta* —dijo alzándola en brazos para depositarla en el bote y arrastrándolo después al mar—. Me abrazaréis con vuestras piernas y manos... y si volcamos no me soltéis. Yo nadaré a la superficie

¿lo entendéis? No me soltéis por nada.

—Pero... pero el mar está tranquilo. —Ella tenía terror de volcar y caer al mar.

—Lo está, pero debo contar con lo peor. Decidme que lo habéis entendido.

Ella asintió.

—No dejaré que os ocurra nada, *angelo*. ¿Lo sabéis?

Ella volvió a asentir. Sonrió para que él le creyera. Ella también lo creía. Se echaron a la mar al fin, y él abordó y tomó los remos.

Charlotte hizo lo que le pidió. Se aferró a su espalda con sus brazos y a su cintura con sus piernas. Depositó su mejilla en la enorme y ardiente espalda desnuda, y sintió su calor, la fuerza de los músculos cuando remaba. Tuvo unos deseos feroces de besarlo allí, pero no lo hizo. Ya lo había besuqueado de la forma más indecorosa. Cerró los ojos avergonzada, pero también extasiada. Se dijo que más tarde, cuando estuvieran a salvo, daría gracias sentidas a Dios por haberle dado aquellos momentos en la laguna. La noche en sus brazos. Daría gracias por aquellos momentos que serían su secreto.

Salvatore remó hacia atrás, dejando a Sol, cuando escuchó el primer disparo de mosquete.

Observó la playa y vio que marineros del *Ashram* corrían bahía abajo.

—¡Manteneos detrás de mí, *Carlotta*! —gritó remando con fuerza.

Ella gritó y asintió. Lo apretó aún más con sus brazos y sus piernas y comenzó a rezar para que no lo mataran, para que ninguna de esas balas llegaran a él.

—¡*Maledizione!* —grito Guido.

Vio a los otomanos, pero desde allí la tripulación del *The Stronghold* nada podía hacer. Sus mosquetones no tenían alcance ni por asomo como para llegar a la otra orilla.

—¡Vamos, *fratello!* —gritó Guido de nuevo.

Salvatore tenía que alejarse lo antes posible y lo suficiente como para dejar de estar a tiro para los otomanos. Él no tenía pistola.

Toda la tripulación del capitán Cuervo comenzó a recoger sus armas y a posicionarse para el caso de que el *Ashram* apareciera. Pero seguían viendo el mástil al otro lado de la isla de Sol.

Aquella debía ser una patrulla de reconocimiento.

Y en efecto, habían llegado a Sol para buscar a Nasser y a los marineros que no habían abordado el galeón, encontrándolos a todos muertos en la playa.

Rachid, el tercer hombre al mando en el *Asram*, descubrió el cuerpo de Nasser, degollado y mutilado. Sus manos yacían a centímetros de sus brazos. Y lo que fue peor: los cuervos le habían comido los ojos. Sus cuencas estaban vacías.

—¡Dejadlos! —ordenó Rachid—. ¡Volved al *Ashram*!

Este hombre creía que el *The Stronghold* seguía fondeando en el puerto de Liberty. Pretendía avisar al capitán Abdel. Era su oportunidad de hundir a la legendaria corbeta y al Cuervo.

Uno de los disparos cayó muy cerca del bote y Charlotte gritó y se desplazó un poco para tocar el pecho de Salvatore, para saber si él estaba bien.

—¡*Porca miseria, ragazza!*, ¡manteneos detrás de mí! —bramó el capitán Cuervo.

Él remó y remó hasta la extenuación. Llegaron a la orilla de la playa cuando sus hombres se lanzaron a las olas para arrastrar el bote a la arena.

Salvatore cogió en sus brazos a Charlotte para llevarla a la orilla.

—*Carlotta*, ¿estáis bien?... ¿os ha alcanzado alguna bala? —le gritó—. ¡Contestad, por todos los infiernos!

—Sí, sí. Estoy bien... ¿y vos?

—Yo siempre estoy bien —contestó corriendo con ella aún en brazos para ponerla a salvo y lejos de la playa.

El *Ashram* podría aparecer y disparar sus cañones a la playa.

—¿Dónde diablos está mi barco, contramaestre? —gritó a Guido mientras corría.

—Nos espera en los acantilados. Hay tres botes para la tripulación y uno más esperando.

—¿Rose? —preguntó Charlotte mientras él la dejaba en la arena.

Guido miró a Salvatore, y este asintió.

—Bien. ¿Dónde está la monja?

—Por desgracia ha estado muy bien, capitán. Nos ha atormentado con su llanto y sus oraciones.

En ese momento, la citada hizo acto de presencia.

—¡Oh... Oh, mi niña Charlotte!... ¡estáis viva!... ¡Mis oraciones te han salvado!

La hermana Rose corrió hacia Charlotte.

Guido detuvo el avance de la oronda hermana y la arrastró junto al resto de hombres que comenzaban a conducirse en sentido contrario hacia el acantilado.

—¡No hay tiempo para abrazos! ¡Corred! —gritó el capitán.

Rose asintió y cuando trató de tomar la mano de Charlotte, la del capitán la tomó primero arrebatándosela. Recibió una feroz y posesiva mirada que la paralizó de miedo.

—¡He dicho que corráis, hermana. Yo me encargaré de la dama!

Rose asintió de nuevo. Corrió con el resto de los hombres, pero no paraba de mirar hacia atrás para asegurarse de que Charlotte se encontraba bien. Fueron atacados con disparos desde una de las cumbres. Varios marineros otomanos les disparaban.

—¡*Diavolo!* —espetó el capitán—. ¡Una pistola, Guido! ¡Llevaos a la mujer!
¡Ahora!

—¡No! —gritó Charlotte. No quería dejarlo allí.

Guido le lanzó su pistola al capitán y tomó en brazos a Charlotte.

Hubo disparos. El capitán y sus hombres respondieron desde la playa. Y luego lo hicieron en apoyo los hombres de Francine Gaspard, entre ellos Timothy, que habían acudido a la playa a ayudar.

Mientras Timothy disparaba, la vio. La vio rehusarse a dejar los brazos del capitán Cuervo. Aferrada a él como si se pertenecieran el uno al otro, antes de que la se la llevara Guido. Y entonces el joven comprendió. Francine no le había dicho toda la verdad. La dama era mucho más que una prisionera para el capitán Cuervo, eso era cierto, pero ese hombre era mucho más para la dama que su captor. Y con esta dolorosa certeza, Timothy emprendió la ofensiva de disparos contra los otomanos para ayudar a la tripulación del *The Stronghold* a abordar los botes en el acantilado.

—¡Corred todos!... ¡abordad! —gritó el Cuervo cuando abordó el bote en que viajaba Charlotte.

Los botes fueron abordados, cuatro marineros en cada uno tomaron los remos.

—¡Remad! —gritó Guido.

Wilkinson ordenó que echaran las escalerillas por la borda tan pronto vio los botes acercarse. Cuando se acercaron a los costados del navío, Salvatore miró a Guido. Guido a Gennaro. Y Genaro a Guido. ¡Él tendría que subir a la oronda y pesada hermana Rose por las escalerillas! Salvatore asió por la cintura a Charlotte.

—¡Vamos a subir, *Carlotta!* Rodeadme con vuestros brazos.

—Sí.

Y comenzaron a subir.

—¡Quitadme vuestras sucias manos de pirata! —gritó Rose a Guido.

—¡Rose, Rose, debemos subir! —le gritó Charlotte desde la otra escalerilla con sus brazos enlazados al cuello del capitán.

—¡Ya voy, milady! Y vos —dijo a Guido—. No miréis, ¡depravado!

La propia mujer recogió las faldas de su hábito y comenzó a subir por su propia cuenta.

Cuando abordaron finalmente el barco, Salvatore dio las órdenes. Necesitaban salir de los acantilados cuanto antes. Debía poner a salvo a *Carlotta* y a la tripulación. No podían enfrentarse al *Ashram* en esos momentos. Si se ponían en dirección de los cañones del galeón, el otomano hundiría la corbeta en segundos.

La batalla en el mar sería en otro momento. Una batalla que él había planeado durante la noche en la cueva. Pero por ese momento, lo primero era dejar a Charlotte

en el camarote más seguro; el suyo.

La dejó en el suelo de la cubierta al abordar el *The Stronghold*.

—¡Milady!

—¡Rose!

Charlotte la oyó y caminó varios pasos con sus manos alzadas al frente, tanteando, buscando a Rose por el sonido de su voz. Las dos mujeres se abrazaron mientras todos los marineros corrían a sus puestos para echar al navío a la mar y el capitán gritaba órdenes.

Rose abrió sus brazos y se sintió aliviada de que su querida Charlotte no estuviera herida. O al menos eso creía. Había rezado toda la noche para que ese demonio no le hiciera daño.

—¡Oh, mi niña!, ¿qué os han hechos esos rufianes?

—Estoy bien, Rose. Sana y salva.

—¿Y... y ese demonio, Charlotte... os hizo algo?

—No, Rose. El capitán llegó a tiempo para rescatarme. No ha hecho más que protegerme.

Un rescate de un rapto para otro rapto, pensó la religiosa. «Tan solo la protege porque desea cobrar el oro», pensó. Pero al menos no estaban en manos de los comerciantes de esclavos.

Cuando Rose alzó la vista, un frío maligno recorrió su ser. Se encontró con los ojos negros. Pensó que el mismísimo lucifer la estaba mirando en esos momentos. Lucifer había tomado el cuerpo de aquel hombre, pensó. Los ojos más negros y perversos la observaron con una promesa de venganza y dolor. Y recordó lo que había oído en el campamento en la playa durante la noche. Sobre lo que había hecho ese demonio a los otomanos. Muchos lo habían visto, mirando desde sus catalejos.

Rose tragó en seco y creyó que se quedaba sin aliento cuando esos ojos nefastos aún la miraban.

—Rose. Él... él no me ha hecho daño.

La monja desvió su mirada. Y a fijó en lady Campbell.

—Pero habéis pasado la noche a solas... con él —dijo casi inaudiblemente—. Tal vez ni siquiera comprendéis aquello que pregunto.

—Oh, Rose. Lo comprendo. Y estoy bien —insistió—. ¿Dónde está el niño, Rose? Hazhim.

—El pequeño está bien, milady.

Salvatore desvió su mirada de la religiosa mientras se ponía la camisa que le había extendido Hazhim. Y al mismo tiempo daba órdenes a los marineros.

Miró a las mujeres de nuevo. La monja le hablaba en voz baja a su mujer, una mujer

que había estado muy cerca de perder. Y la monja lo había urdido todo. La monja la había sacado de la posada. La había llevado directamente a los otomanos.

—Hazhim.

—Sí, capitán.

Hazhim miraba con anhelo y alegría a Charlotte. Él estaba en la playa cuando ella y el capitán habían logrado llegar. Intentó llegar hasta ella, pero uno de los marineros lo tiró al suelo mientras corría a cumplir órdenes y para cuando pudo ponerse de pie, todos corrían hacia los acantilados. Guardaba celoso la carta de Charlotte en un viejo y destartado cofre con sus pocas y desvencijadas pertenencias. Aquella carta era su tesoro. Quería aprender a leer, quería leer la carta cuantas veces quisiera.

El capitán Cuervo observó la ruta de la mirada del niño y sonrió con malicia.

—Ella está bien, chico —le aseguró.

—Ahora lo sé, capitán.

—Yo llevaré a la dama a mi camarote. Dentro de un rato atenderéis sus deseos. Llevadle agua y comida, y sube sus vestidos.

—Sí, capitán. ¿Y a la hermana también?

—No. La maldita monja irá a las bodegas, a donde tenía que haber estado desde siempre.

Y con aquella sentencia, el capitán se acercó a las mujeres.

—Oh, milady, sé que ese hombre administrará un castigo ejemplar por haber intentado escapar. ¡Que Dios nos proteja!

—¡No, Rose! Yo le expliqué que teníamos que huir. Que teníamos que intentarlo. Él me ha dado su palabra de que no sufriremos daño alguno. No me ha hecho daño de ninguna forma. Tampoco lo hará con vos.

A Rose le sorprendió la temeridad de Charlotte. Pero más le sorprendió la forma en la que hablaba de ese hombre.

—Oh, niña, vuestra inocencia y bondad no conoce límites. Él lo hará —le contestó—. De eso... no alberguéis duda. Lo hemos desobedecido. Ya veis lo que hizo al hombre aquel que entró en el camarote.

—Eso fue porque... porque le había robado, Rose. No nos hará nada. Estaba enfadado, pero ya no.

—¿Por qué lleváis su ropa, Charlotte?

Rose la observaba con preocupación.

—Porque esos hombres... esos hombres me rompieron el vestido cuando intentaron...

—Calla, niña. No digas más. ¿Me juráis que ni él ni los otros demonios te han hecho daño?

—Ellos, Rose... —Una lágrima solitaria rodó por su mejilla—. Intentaron... me rompieron la ropa... Todos pretendían...

Rose la abrazó de nuevo.

—Él... él me salvó.

—¡Él os ha salvado solo porque no puede perder mil libras en oro, Charlotte! Sois un botín demasiado costoso como para dejarlo a otros piratas. ¿Acaso es tan difícil entenderlo?

Sí. Ella lo entendía. Sabía que él solo la había rescatado porque quería cobrar su precioso oro. Pero aun así, a pesar de todo, él había arriesgado su vida en las aguas infectadas de tiburones. La había protegido durante la noche, alimentado, curado sus heridas. La había llevado a la laguna, en sus brazos, y le había dado otro momento que ella guardaría en su corazón para siempre, junto al paseo a caballo, junto a sus besos, junto a sus caricias prohibidas. Ese sería su tesoro secreto.

—Rose, estoy muy agradecida de lo que ha hecho por mí. Me ha salvado y nos entregará a mi padre.

La hermana Rose pensaba replicar. Pero la presencia maligna del capitán la detuvo.

—Creo que será mejor que descanséis un poco, *Carlotta*.

Cuando ella lo escuchó, algo en su interior deseaba tan intensamente volver a arrojarse en sus brazos.

—Es cierto, milady. Vamos.

—Vos sois requerida en las bodegas. Hay un hombre herido.

A Rose la detuvo el capitán. Su voz era cortante, oscura, y su mirada igual.

—Bien —Rose habló con toda dignidad—. Acudiré a las bodegas entonces.

Gennaro la esperaba para acompañarla a las bodegas. Caminó junto a este, no sin echar una mirada a Charlotte y al capitán. Los vio uno frente al otro, en silencio. Parecía que podían mirarse. Rose perdió el aliento al entenderlo. Ese demonio estaba ganando la aceptación de la inocente joven para sus depravados fines.

—Acompañadme, *angelo*.

Ella tomó su mano y se dejó guiar hacia el camarote. Él la hizo pasar y cerró la puerta.

Charlotte supo que ese no era el camarote donde habían permanecido cautivas, sino el de Salvatore. Lo sabía por el aroma del lugar. Olía a él.

—¿Por qué me habéis traído aquí?

—Porque este será vuestro lugar en este barco.

Charlotte no comprendió esas palabras. ¿Le cedería de nuevo su camarote a Rose y a ella?

Él cerró la distancia entre ellos y comenzó a soltar los lazos de la camisa que ella

llevaba puesta.

—No, por favor...

—Solo deseo atenderos, milady.

Le quitó la camisa y ella sostuvo los girones de su maltrecho corpiño.

—El grumete os traerá comida y ropa.

Ella asintió.

—Gracias.

—Si es vuestro deseo tomar un baño, el grumete traerá agua caliente y la bañera.

Ambos hicieron silencio, mirándose de la forma en que se miraban. Él la miraba con sus negríssimos ojos. Ella lo miraba con sus sentidos.

Hasta que el capitán alzó su mano enrome y curtida, y acarició la mejilla inmaculada.

—Debo atender el navío, *cara*. Os dejaré a solas para que podáis dormir un poco.

—Con su dedo recorrió la sombra purpúrea que recorría los ojos de Charlotte—. Noto que vuestro cuerpo clama por descanso. Después hablaremos.

—Sí. Estaré bien... gracias. Gracias una vez más.

Ella alzó su rostro sin decir nada, sin hacer nada más. Alzó su rostro para él porque había decidido que se llevaría todos esos recuerdos cuando la entregara a su padre, cuando ya no volvieran a estar juntos nunca más y ella volvería a su mundo de soledad y oscuridad. Los guardaría en lo más secreto de su memoria, de su alma. Lo escuchó suspirar fuertemente.

—*Angelo...*

Salvatore, se apoderó de sus labios con una ternura pasmosa. Y ella abrió su boca para él y le echó los brazos al cuello. Aquel gesto lo enloqueció. La tomó por las caderas, la alzó y caminó hacia la cama.

Cayeron juntos al lecho mullido y cómodo, muy diferente al inhóspito suelo de la cueva. Sus cuerpos se unieron, se entrelazaron sus almas, e imitaron el acto más antiguo y primitivo mediante el que un hombre y una mujer se unen físicamente. Pero entre ellos estaban sus ropas.

—Oh, *Carlotta...* no me temáis —dijo él mientras se movía encima de ella, frotando sus cuerpos justo allí donde palpitaba tanto deseo.

—Yo... yo no... —susurró Charlotte, tomando el aire como podía, yaciendo bajo aquel imponente cuerpo. Le temía a él, pero más se temía de sí misma, a todo lo que sentía.

Y él quería tomarla, quería estar dentro de ella. Charlotte lo escuchó gemir, decir indecencias irrepetibles y abrazarla como si no fuera a dejarla marchar jamás.

Salvatore le subió la falda del vestido e introdujo su mano para acariciar la piel de

aquellas piernas que había visto en la cueva, tras la luz de las llamas del fuego, el mismo fuego que los consumía. Un suave y profundo suspiro de ella lo enloqueció y la embistió aun estando vestidos. El cuerpo de Charlotte se arqueó instintivamente.

Ella supo que él estaba al borde de la locura y que ella lo seguiría hasta el infierno. Fue esta convicción la que sacó a Charlotte de aquel sueño tibio, de aquel anhelo asfixiante.

—Por favor... por Dios. No... no —Charlotte interpuso sus manos entre ellos e intentó apartarlo, sin ningún éxito—. Nooo...

Ese ruego ahogado y tímido lo detuvo. A él. Que ni el cañón de un trabuco lo había detenido alguna vez. Era algo que solo le sucedía con ella. ¿Qué embrujo era ese? Se detuvo, sí, una vez más. No podía hacerle daño. A ella no, pensó respirando profundamente, su aliento aún desbocado.

Charlotte lo oyó gruñir y liberarla de su peso dejándose caer a su lado.

—*Porca miseria la mía vita...* esto es una condena —espetó finalmente el capitán Cuervo.

Pasaron unos instantes en los que ambos recuperaron el ritmo normal de sus respiraciones. Salvatore prefirió pensar en la amenaza del *Asram*. Era la única forma de recuperar además la cordura. Debía llevar al navío hacia las corrientes que los alejarían del otomano y poner a salvo a Charlotte y a su tripulación.

Cuando recuperó el aliento, la contempló en silencio. Ella tenía los ojos cerrados, jadeaba en su angelical serenidad. Su hermoso rostro estaba completamente sonrosado. Él se puso de costado y tomó ese rostro con una de sus enormes manos. Acarició suavemente el arco de las cejas doradas con el pulgar, el puente de la delicada nariz, y después los labios que tan generosamente se habían abierto para él. Estaban suavemente hinchados, eran labios que habían sido besados y habían besado.

—*Carlotta, cara mía...*

Ella no respondió.

Charlotte aún se sentía flotar sobre las nubes. Nunca, ni en sus sueños más aventurados, había imaginado que podría sentir algo así. Sentía su corazón tan hinchado en su pecho que pensaba que no le cabía, sentía que explotaría dentro, que explotaría de un sentimiento al que no podía dar nombre. Nunca le habían hablado de algo así. Era una sensación de plenitud, de profundo agradecimiento, de profunda pertenencia. Y sintiendo todo aquello, como un rayo le vino la convicción más dolorosa, más asombrosa, más maravillosa, y la más temible, era la convicción de que ese poderoso sentimiento se lo hacía sentir ese hombre. Y con toda su vergüenza lo aceptó. Estaba enamorada de él, de un hombre malvado e implacable.

Tocaron a la puerta. Salvatore supo que era Hazhim con el agua y la comida. Lanzó

otro gruñido por la interrupción.

El capitán Cuervo se juró que se llevaría a Charlotte a un lugar donde nadie los interrumpiera, donde nadie los esperara.

Murmurando imprecaciones en italiano se puso de pie y abrió ligeramente la puerta.

—Dejad el agua y la comida, y regresad más tarde. *Carlotta* está descansando.

—Sí, capitán.

El grumete dejó el cubo de agua y regresó instantes después con la comida. Todo lo entregó en las manos del capitán, quien los recibió en la puerta sin dejarlo entrar.

—¿Dónde está la monja? —preguntó en voz baja al niño.

—La hermana Rose está terminando de vendar al marinero, capitán.

—Que Guido la lleve al puente de mando cuando termine.

El grumete se quedó mirándolo con ojos acusadores. El niño apreciaba a la monja.

—¿Algo más, chico? —le dijo en tono amenazador.

—No, capitán.

Respondió Hazhim y se fue cabizbajo. Cuando Salvatore cerró la puerta y se dio la vuelta. Charlotte estaba sentada en la cama, cubriéndose con las mantas hasta el mentón.

Él llenó una jarra con agua y puso un poco del queso y el pan que había traído el grumete en una bandeja de madera. La puso al lado de la mesa de la cama y se sentó a la vera de ella. Estuvo contemplándola por instantes, como solía hacer, en completo silencio. Su malévola sonrisa se profundizó. Se inclinó y en un tono burlón le dijo:

—Decidme, *bellezza*, ¿os han hablado alguna vez de lo que hacen los... «esposos».

Esa pregunta la avergonzó. Su rostro se tiñó de un rosa profundo.

—No —fue sincera—. Como no tengo ninguna posibilidad de casarme. —Charlotte bajó su cabeza y continuó en voz baja—. ¿Para qué me hablarían de algo que no voy a vivir?

Él guardó silencio. No, ella jamás sería dada en matrimonio, porque ella le pertenecía. Jamás la tendría otro hombre. Puso un dedo bajo la barbilla de Charlotte y levanto su rostro. Ella, con sus ojos violetas muy abiertos y la resignación brillando en ellos. Odiaba que ella se resignara a su soledad, máxime cuando él la tomaría para siempre. Jamás estaría sola.

Con el pulgar y el índice, Salvatore acarició el rostro angelical que tanto lo fascinaba.

—Entonces yo os hablaré de ello. Lo que hacen los... esposos, hombre y mujer, se llama —dijo y sonrió malicioso— «cópular»...

Lo dijo pronunciando cada sílaba por separado deliberadamente, con su marcado acento italiano. Si ella antes tenía las mejillas sonrojadas, en ese momento le ardían y

también el cuello. No sabía qué era... eso... copular. A veces sentía que era el demonio quien le hablaba.

Charlotte cerró los ojos, avergonzada. Con regocijo ante la reacción de ella, volvió a preguntar.

—¿No sabéis qué es?

Ella lo negó con un gesto rápido.

—Tanta ingenuidad —dijo él. Ya no había en sus ojos rastro alguno de burla. Eran terribles—. A su debido momento... yo os lo explicaré, *angelo*.

Salvatore lanzó un suspiro y se puso de pie.

—Ahora, debéis comer y descansar.

Salvatore dejó en el regazo femenino la bandeja con el pan y el queso. Y le indicó a ella dónde estaban los alimentos. Tomó los finos dedos de Charlotte y los llevó al queso y al pan. Charlotte asintió, dando todo por localizado.

El capitán se dirigió entonces a uno de los arcones y sacó ropa de abrigo limpia. Estaría al timón gran parte de la tarde y la noche hasta poner al navío y a todos a salvo del *Asrman*.

Se cambió sin hacer comentario alguno. Se lavó el rostro, las manos y los brazos con el agua que había en la jofaina mientras ella comía. Aquella escena lo tomó por sorpresa. Las mujeres no abordaban jamás su barco y era algo que además tenía prohibido a sus hombres. Así que era algo totalmente nuevo tener a una mujer en su camarote. Tampoco era hombre de compartir su tiempo con una mujer más que el necesario para saciar sus necesidades.

Antes de salir del camarote Salvatore volvió a la vera de Charlotte. Ella pretendía tomar un pequeño trozo de queso. Pero antes él le tomó el rostro con una mano y lo acarició de nuevo con el pulgar por unos instantes, pensativo, como si estuviera determinando algo.

Y así era. Mientras se vestía pensó que Charlotte había estado ciega desde niña, había vivido encerrada en una abadía, nadie le había hablado de las caricias entre hombres y mujeres. Y había estado muy protegida. No sabía lo que estaba mal ni bien cuando un hombre se acercara a ella.

Finalmente le dijo con una voz dura y baja:

—Nadie puede tocaros como lo he hecho yo, *Carlotta*, ¿eso lo entendéis? No dejaréis que otro hombre os toque de esa forma, jamás. Ni de esa forma ni en ninguna otra. ¿*Capisco*?

Si ella hubiera podido ver la mirada del pirata... oscura, maligna, salvajemente posesiva. Pero Charlotte alzó su mentón con orgullo, herida y no asustada ante aquellas palabras. ¿En realidad pensaba que ella podría permitir a otro hombre lo que

le había permitido a él?

—¡Soy ciega, señor, no estúpida! No soy tan ingenua como para no comprender lo que os he permitido hacer. Me ofendéis si pensáis que dejaría que otro hombre... es que ni siquiera debo volver a permitirlo de vos.

Volvían sus remilgos de dama, pensó el pirata con una sonrisa de malicia. Le encantaba hacerla rabiar, hacerle mostrar su pudor virginal.

Pero su sonrisa se borró con la misma rapidez. Y volvió a cerrar su mano sobre en la garganta de Charlotte, aunque no con contundencia. Era un hombre tosco y grande, pero siempre supo medir su fuerza.

—Claro que no lo haréis con otro hombre, *angelo* —susurró implacablemente— porque lo mataría de la forma más dolorosa que pudiera encontrar. ¿Entendido?

Ella palideció al escucharlo. Pero no se arredró.

Y él volvió a sonreír con maldad.

—Ah... me complace que esto lo comprendáis. Y por supuesto que volveréis a permitírmelo, solo a mí, *carissima*. Pronto pecaremos... Mucho. Os juro que iremos juntos al infierno por nuestros oscuros y placenteros pecados en el lecho.

Charlotte abrió sus ojos violetas.

—Os tomaré, completamente. Entraré en vuestro cuerpo como un hombre entra en una mujer... hasta el fondo, y os poseeré, *Carlotta*.

Ella perdió el aliento al oírlo.

—Escucharé vuestros susurros de placer. Sí. Y no habrá ropas entre nosotros, ni prisas, ni remilgos de dama, ni...

Tocaron de nuevo en la puerta.

—Ni bellacos impertinentes... —terminó mascullando de mal humor.

Esta vez era Guido. Necesitaba instrucciones, dijo al otro lado de la puerta.

El capitán se irguió sobre ella como un halcón y la besó con intensidad, tomando su pelo en el puño sin tirar con fuerza, solo inmovilizando su cabeza. Con descaro introdujo su lengua en la boca de ella, imitando el acto sexual.

Charlotte gimió ante la intensidad de aquel beso.

Y sin más, él se apartó, salió del camarote dejándola sin palabras, sin aliento, si razón ni dominio de sí misma.

Lo que más miedo daba a Charlotte era que no había forma de negarse a él, ni de negarle a su alma lo que sentía por él.

Cuando el capitán Cuervo llegó al puente de mando, la hermana Rose estaba acompañada por Guido.

—He terminado con mi deber cristiano de atender a vuestro hombre, pero no creo que sobreviva.

—Bien. Usted ha hecho lo que ha podido.

Rose notó como Guido se apartada un poco y se servía ron en una jarra de madera.

El capitán, sin prestar atención a la monja, se encendió un puro con toda parsimonia y comenzó a fumarlo y a mirar al horizonte.

Rose le miraba discretamente. Le temía. Le temía más que a ningún hombre que hubiera conocido o visto. Era un hombre muy extraño además de cruel y rufián. Había un aura oscura en él que siempre la había llevado a pensar que ese hombre encarnaba al demonio. Era malo. Toda aquella tripulación lo era también, todos estaban malditos, y ella oraba todas las noches porque el barón Campbell las rescatara.

Los dos hombres hicieron silencio. Uno bebía, el otro fumaba. Rose esperaba un poco más y si esos dos permanecían sin decir nada lo tomaría como un permiso para ir al lado de Charlotte. Volvió a recordar la forma en que su niña y ese hombre se habían acercado en la cubierta cuando abordaron el navío, aquella conexión que había entre ellos. Algo había cambiado entre ellos, se temía. Ese demonio ganaba terreno en el corazón inocente de su pequeña. Solo podía orar a la Providencia para que el barón enviara a buscar a su hija cuanto antes.

Transcurrió tanto tiempo sin que ninguno de los dos hombres pronunciara palabra, que Rose entendió que había sido llevada allí para dar únicamente informe sobre el marinero que había sido herido durante el abordaje. Pues bien, ya lo había hecho y se dispuso a volver junto a Charlotte. Debía estar aterrorizada después de lo que había ocurrido.

No pensaba dar a esos hombres las buenas tardes. Era una estupidez tener esa clase de modales con unos piratas, unos menesterosos como aquellos. Así que sencillamente se encaminó a las escalerillas que bajaban a la cubierta.

—No he dicho que podáis marcharos, hermana —dijo el capitán exhalando lentamente el humo de su puro.

La maldita monja había expuesto a su hermoso ángel. La había llevado a las manos de los piratas comerciantes de esclavos. La habían lastimado. Habían intentado tomar lo que era de él. Y todo porque aquella estúpida religiosa lo había desafiado. Maldita fuera ella hasta su muerte.

—¿Deseáis de mi algo más? —dijo temerosa la hermana Rose—. Milady me necesita...

Hubo un breve silencio. El capitán dio una última calada al puro y lo lanzó por la borda. Se hizo el silencio. Solo por unos instantes.

—¡Perra! —bramó el Cuervo finalmente.

Y la hermana Rose quedó paralizada por el odio y la amenaza que vio en los ojos negros. Vio cómo se acercó a ella como un demonio, la malevolencia expuesta en sus facciones.

—¡Habéis llevado a *Carlotta* a vuestra gesta fracasada!... ¡la habéis arrastrado a las manos de comerciantes de esclavos! ¿Habéis creído que no habría consecuencias? Varios de mis hombres están heridos. Un monje ha muerto por vuestra culpa... Y no es que me importe ese hombre, obtuvo su merecido por ayudaros a escapar. Espero que arda en el infierno.

—¡Oh, por Dios, sois un hombre cruel! —Rose tomó el crucifijo que iba atado a su cintura y lo levantó contra él—. ¡En vos habita Lucifer!... no tenéis compasión...

Las carcajadas del capitán la hicieron palidecer y quedarse sin voz. Este le arrancó de las manos el crucifijo y lo lanzó a la cubierta. Sus ojos eran tan negros y vacíos como dos abismos, los ojos de un cuervo. Rose comprendió como nunca por qué le llamaban así.

El pirata echó una mano enorme al cuello orondo de la monja. Ella gritó. Y él apretó más levantando el pesado cuerpo de la monja unos centímetros de la cubierta. La fuerza de su brazo era brutal. Rose creyó que se desmayaría, creyó que la mataría en ese instante. Pensó en orar por su alma, pero no podía tan siquiera respirar.

—Cuando llegué a la otra orilla, maldita perra —masculló entre dientes el Cuervo, y apretó más el cuello de la mujer, mucho más. Rose echó un chillido. Y Guido, alarmado, se puso de pie como un resorte muy tenso—. Cuatro hombres se peleaban por violar a *Carlotta*. Ya se habían bajado las calzas y tenían la verga dura, preparada para destrozarla entre todos. ¿Habéis tenido una polla entre las piernas, hermana? Puede ser muy placentero y también muy... pero muy doloroso.

La hermana Rose cerró los ojos horrorizada. Una lagrima solitaria rodó por su regordeta mejilla. ¡Oh Dios!, se dijo, Charlotte había sufrido y ella no podía imaginar cuánto.

—Si no hubiera logrado cruzar a tiempo, la habrían violado todos. Uno tras otro —recalcó cruelmente y apretó un poco más el cuello de Rose—. Una y otra vez. Y después habría sido violada por el cerdo de su capitán, luego vendida en el mercado de esclavos de Oriente para servir en las camas de otros hombres por un poco de pan. Siendo ciega la habrían utilizado para actos que la mente más retorcida no podría llegar a imaginar.

El color y la vida abandonaba el rostro de Rose, por el dolor de lo que oía, por la imposibilidad de respirar. Era una agonía inhumana. Guido intervino finalmente, viendo la palidez azulada, mortal, en el rostro de la monja.

—Esta mujer ya lo ha entendido —le dijo serenamente—. Vamos, *capitano... fratello*, soltadla ya. Sabéis que vuestra dama no os lo perdonaría jamás. Jamás será vuestra mujer si asesináis a la monja.

Aquello pareció horadar en la mente del capitán. Después de unos instantes angustiosos, de un silencio de muerte, el cuerpo de Rose cayó laxo al suelo. Ella comenzó a toser e intentó volver a respirar.

Guido se arrodilló a su lado y la ayudó a sentarse, dando palmadas en su espalda para que recuperara el aliento. El Cuervo se detuvo frente a ellos y habló en voz baja, un espeluznante aviso.

—Si intentáis volver a escapar, si hacéis algo para liberar a *Carlotta* o apartarla de mi... os encontraré perra del infierno, y seréis colgada en el mástil del barco. Pero antes sufriréis el destino que podría haber tenido ella. Seréis violada por toda mi tripulación y... ¡me importara una puta mierda lo que *Carlotta* lloré o ruegue por vos!

Dicho esto, el capitán tomó la jarra de ron que había estado bebiendo Guido, dio un buen trago y ordenó finalmente:

—¡Llevaosla de aquí, por los clavos de Cristo!... ¡Que vaya a atormentar a las ratas con sus oraciones!

Guido condujo a la monja hacia las bodegas, donde sería encerrada junto a las ratas. Tal y como el capitán había ordenado.

Charlotte se quedó sin palabras. ¿Qué sabía ella del amor, más que aquello que decía la Biblia y las historias que a escondidas le leía la joven hermana Mesmerice? Solo sabía del amor fraternal, del amor a Dios, de aquello que le habían enseñado las monjas. No sabía nada sobre el amor entre un hombre y una mujer. Siempre había creído que el amor entre hombre y mujer debía manifestarse con comedimiento, con sosiego, como una amistad. Pero ella no sentía comedimiento ni sosiego ante él, ante su voz, su aroma, su tacto. Lo que sentía era un torbellino de emociones, un aluvión de sentimientos. Ansiaba oír su voz, anhelaba su cercanía, percibirlo, hablar con él, estar en su compañía. No sentía comedimiento ante el toque de sus manos, ante sus besos prohibidos. ¿Entre ellos se produjo entonces el pecado?, pensó, porque lo que habían hecho en la cueva, en la laguna, las caricias, los besos, dormir juntos. Él y ella habían compartido sus alientos, rozado y frotado sus cuerpos. Pero ella no había sentido repulsa, ni condena, ni que fuera una ofensa para Dios. Había sentido que aquellos brazos eran su lugar natural, en ellos no era ciega, no había oscuridad. Y ese lugar tenía que haber sido creado precisamente por Dios para ella. No había pecado, no. Lo que había sentido fue el milagro de Dios. Claro, todo solo de parte de ella.

Porque para él, ella solo era un botín que le reportaría una pequeña fortuna.

Escuchó el toque secreto de la puerta y sonrió.

—Puedes pasar, Hazhim —dijo cubriéndose con las mantas.

Se había quitado el vestido destrozado, pero estaba en camisola y enaguas aún.

—Milady... —dijo el niño desde la puerta.

—Hazhim... Os he echado de menos.

Charlotte abrió sus brazos desde la cama, y el niño corrió cojeando hacia ellos. Ella lo envolvió en sus brazos maternos. El niño creyó que aquel era el Cielo, el lugar a dónde iban las buenas personas, donde vivían los ángeles. Hazhim no recordaba a su madre, pero estaba muy seguro de que ella debió oler igual, que debió ser así de tibia.

—¿Estáis bien, milady?

—Sí.

—Yo os seguí y a la hermana Rose. Vi a los marineros berberiscos y pensé que os harían daño, milady. ¡Quería matarlos! —dijo como si fuera un hombre, y a Charlotte se le llenó el corazón de ternura—. Pero un hombre solo no podía con tantos. —Ella volvió a sonreír—. Así que los seguí para ver a dónde se las llevaban y avisé al capitán.

—Oh, Hazhim, lo sé. *Seilvathore* me lo contó. ¡Oh, mi valiente Hazhim. Gracias!

El niño se hinchó de orgullo y gallardía.

—Yo dije que siempre os cuidaría, milady. El capitán me lo ordenó, sí, pero yo lo hago porque sois una dama. Los hombres deben cuidar de las damas —dijo con toda dignidad y absolutamente convencido de ello.

El corazón de Charlotte se estrujó en su pecho, queriendo cada día más a ese pequeño.

—Seréis un gran hombre... —dijo ella y luego se corrigió—. Digo que sois un gran hombre, Hazhim.

Hazhim asintió ruborizado por el cumplido. Se separaron finalmente y el niño le informó que le traía algunos vestidos de su baúl. Y agua caliente para un baño.

—Sí, gracias. ¿Cuándo regresará la hermana Rose? ¿El marinero herido, se encuentra bien?

El niño vertió el agua en el pequeño barreño.

—El capitán ordenó que la hermana Rose debe quedarse en... las bodegas como... como castigo, pero estoy seguro de...

Antes de terminar la frase, Charlotte gritó de horror y se llevó el puño a la boca.

—¡No! Ella no tiene la culpa de nada. ¡Yo!... yo le dije al capitán que debía castigarme a mí. ¡Mi vestido!, por favor Hazhim, dadme un vestido y esperad afuera. Después me llevaréis con él.

Charlotte se lavó el rostro, las manos y el cuello con el agua fresca que había dejado Hazhim. Se puso una camisola limpia, no tenía tiempo para enaguas, se puso rápidamente el vestido, y trenzó su larga cabellera dorada y dejó la trenza suelta caer por su espalda hasta sus caderas.

Hazhim intentó convencerla, pero todos sus argumentos y esfuerzos fueron en vano. Charlotte dijo que saldría sola a cubierta si era necesario. Ella había memorizado los pasos y el camino hacia el puente de mando.

El niño supo que el capitán le daría unos azotes si dejaba que la dama caminara sola por el barco. Además, tampoco le había dado órdenes sobre que ella no pudiera salir del camarote.

El capitán del barco y su contramaestre estudiaban las cartas náuticas y trazaban un plan para atacar el *Ashram*.

Por lo pronto, Salvatore había tomado las corrientes marinas que surgían después de las tormentas en las Islas de Bajamar y ya estaban a medio día del pirata otomano.

A la vista de aquello, timonearía el *The Stronghold* durante toda la noche para poder sacar un día completo de ventaja. Solo un marino tan diestro como él y una corbeta tan rápida como aquel navío podrían conseguir una proeza como esa. Él conocía las corrientes más favorables y la mejor posición para las velas con el fin de sacar el mayor provecho. Esos conocimientos y llevarlos a cabo solo estaban en las manos de los mejores marinos.

Ambos sabían que Abdelkader iría tras ellos por matar a Nasser y a sus marineros, pero el Cuervo no sería la presa, sino el cazador.

—Puede hacerse, es posible. —Guido se rascaba su lampiña barbilla mientras oía la estrategia naval del capitán.

No podrían hundir el *Ashram* sin quedarse sin munición para sus cañones, pero podrían inutilizar una banda de cañones de ellos y abordarlo después. Cuestión peligrosa pensaron ambos. El galeón del otomano tenía más eslora, más cañones y más tripulación. Pero eran hombres gordos y fofos, explicó el capitán a Guido, que se dedicaban al comercio de esclavos. Los condenados y menesterosos marineros del *The Stronghold* eran aguerridos piratas de batalla.

—Mantengamos el rumbo y la distancia mientras estamos seguros, *fratello*...

Guido siempre había sido el prudente, Salvatore el hombre de las decisiones y los riesgos. Juntos habían ganado batallas en el mar que habían sido el tema de conversación tanto en las tabernas más miserables de los muelles como en los lujosos salones de baile de Londres y París entre los oficiales de la Armada Real.

—Quiero matar a ese cerdo, Guido. Le dije que ella no estaba en venta y ha

intentado arrebatármela enviando a su bastardo.

Muchos decían que Nasser era hijo bastardo de Abdelkader.

—¿Por qué lo habría hecho?, ¿por qué desafiarnos de esa forma? —preguntó Guido—. Tal vez fue a Nasser a quien le gustó la dama. Ese hijo de puta era un villano con las mujeres.

—Ese perro infeliz... —masculló entre dientes el capitán — La golpeó, Guido, maldito sea. La ató como un animal. Si tuviera su asqueroso cuello entre mis manos de nuevo. Espero que esté ardiendo en el infierno. Cuando pienso en lo que habría ocurrido si no hubiera llegado a tiempo...

Marineros iban y venían por cubierta. Cada cual ejercía su oficio y sus obligaciones para que el barco navegara suave como las sedas de Oriente. Hasta que los dos hombres que ocupaban el castillo de proa dejaron de oír los ruidos típicos de esas funciones.

Risas y conversaciones se apagaron. Todos se habían detenido en su menester. Guido y Salvatore levantaron la vista. Ahí estaba ella. Una aparición celestial.

Guido observó las caras de los marineros. Habían olvidado las órdenes del capitán. No podían acercarse a ella, cosa que no hacían, y no podían mirarla más de lo necesario, cosa que si parecía que todos habían olvidado, porque lo hacían.

El contramaestre se dio cuenta de que no había nadie para reprender a esos hombres porque el hombre que había dado las órdenes también estaba hipnotizado.

Aquella noche estaba más hermosa que nunca, se dijo Guido. Llevaba un vestido blanco, tan blanco como el de una novia, aunque era más bien el atuendo de un ángel. Su pelo estaba limpio, lacio y trenzado con algunos mechones que se habían aflojado formando un halo dorado alrededor de su glorioso rostro. No tenía doncella que la peinara y tampoco la necesitaba, pensó el contramaestre. Sin duda era la hija de un barón. Una dama genuina que no necesitaba adornos ni sirvientes que la embellecieran y dignificaran porque ella era hermosa y digna.

Observó a su amigo, a su *fratello*. Ah, el hombre estaba perdido, se dijo. Ella tenía la belleza más peligrosa de todas. No era una belleza que solo provoca deseos de la carne en un hombre. Esos deseos se extinguen tan pronto se satisfacen. No. Las curvas de su menudo cuerpo eran suaves, su piel tan blanca, tan perfecta. Su rostro... el de un ángel. Su mirada amatista amable, cálida, pero no invitante para un hombre. Ella no era sugerente, ni voluptuosa. No era una diosa sexual como Jube, la joven meretriz más famosa de Nueva Orleans. La belleza de aquella dama angelical era más peligrosa que la de Jube. Mucho más. Aquella dama provocaba... adoración. Y por «adorar» a una mujer, los hombres se habían enfrentado durante los siglos en cruentas guerras. Por adorar a una mujer como aquella, los hombres habían muerto y habían

enviado a la muerte a ejércitos completos.

Eso era lo que había en los ojos de Salvatore, advirtió Guido cuando desvió su mirada de la dama para contemplar de nuevo a su amigo. Una adoración oscura y salvaje, pero no dejaba ser adoración. Y tener la certeza de aquello le preocupaba al contramaestre. Hombres como ellos siempre debían ser un alma condenada. Hombres que no tenían nada que perder en el mar. Hasta el día en que avistaron al navío mercante, se dijo. Hasta el día en que lo abordaron y aquella misma dama celestial compareció ante ellos en la cubierta y los dejó a todos sin respiración. Exactamente como esa noche. Exactamente como también le había pasado a él. Él también la admiraba, él también soñaba con ella en su hamaca, también la deseaba más que a nada, a él también se le hinchaba el corazón cuando la veía. Eso sí, siempre en la distancia. La dama se inclinaba por su *fratello*. Eso era obvio. Y su *fratello*, pensó, lo mataría si supiera que él albergaba esos sentimientos por aquella mujer.

Salvatore retuvo el aliento al mirarla. Allí estaba ella, pensó, como una blanca paloma en medio de la cubierta de su oscuro navío. Luminosa entre todos aquellos rufianes y pecadores. Y él era el peor, por supuesto. Pronto se dio cuenta de que sus hombres bebían de aquella imagen al igual que él. Los observó a todos de hito en hito. Colgaría al primero que lanzara algún aullido lascivo o que continuara admirándola con aquellas caras embobadas. Pero ya nadie se atrevía a lanzar frase o palabra alguna que no fuera el mero silencio. Todos fueron sintiendo sobre ellos los ojos oscuros y mortecinos del capitán. Todos dieron otra dirección a sus miradas y reanudaron sus actividades sin romper la quietud.

El capitán Cuervo bajó las escalerillas del puente de mando con rapidez y lanzó una mirada de advertencia a Hazhim. El niño se encogió ante su mirada, pero se mantuvo al lado de lady Charlotte mientras ella tenía depositada su mano en su hombro.

—*Angelo*... me dais una sorpresa. Creí que estabais descansando.

Salvatore intentó rozar su mejilla con los nudillos, pero tan pronto ella lo sintió se apartó de él.

—Quiero exponeros que Hazhim ha intentado detenerme, pero yo he salido de vuestro camarote sin que él pudiera hacer nada. —Ella pudo sentir el encogimiento del niño y adelantó la explicación. No quería que este sufriera la ira de capitán—. He venido sola. El niño ha venido tras de mí. No tiene culpa alguna.

—¿Cómo habéis llegado a esta cubierta, milady? —Su voz era ronca y suave.

Pero ella ignoró ese tono de voz condescendiente y zalamero.

—He memorizado toda la cubierta de este navío. Os lo dije una vez.

—Ah... —dijo extasiado, acercándose más a ella con un aire de depredador, posesivo y descarado sin tomar en cuenta el rechazo anterior—. Sois brillante,

Carlotta. Una digna mujer para un marino.

Ella no supo por qué esas palabras la hicieron ruborizar, pero así fue. Empero, no duró mucho pues tenía muy claro su propósito cuando acudió a ver al capitán.

—He venido a pedir que me encerréis en las bodegas, capitán. Junto a Rose.

—¿Capitán? —repitió él—. ¿Ya no me llamáis por mi nombre?

—Debo llamaros capitán... sois nuestro captor y nosotras vuestras cautivas. Sé que a nada tengo derecho en este barco, pero habría deseado —en este momento bajó la voz— que me hubierais informado sobre vuestra decisión con Rose. Soy yo la culpable de la huida. Yo he planeado todo. Os lo dije en la cueva... y vos, vos prometisteis...

—Yo no os prometí nada, milady. —Le molestó profundamente que volviera a creerse su cautiva, que volviera a llamarlo «capitán»—. Dije que la monja no sufriría daño. Y no lo ha sufrido.

El capitán observó a su tripulación. Sus hombres tenían los oídos muy puestos en aquella conversación, aunque fingían atender sus tareas.

—Hablaemos sobre esto a solas. Volved al camarote y esperad mi regreso, *Carlotta*.

—No. Lo hablaremos aquí —contestó ella con su habitual serenidad—. Ordenad que me encierren entonces. La hermana Rose es inocente de todo. Soy yo quien debe pagar.

El suave mentón de Charlotte estaba erguido, su expresión decidida, su mirada ciega parecía estar asombrosamente depositada en su interlocutor. El pirata contempló los ojos violetas. Bebió con sus oscuros ojos, con su oscura adoración, del rosa de unos labios que él había probado y poseído. Unos labios que eran suyos y solo suyos, que se habían abierto voluntariamente para él. Pensó en su pequeña lengüita que había acariciado los suyos. Ah, tenía deseos en esos momentos de besarla con todas sus fuerzas, de arrancarle hasta su último aliento. Quería devorar esos labios, pensó el capitán. Y quería hacerlo allí, delante de todos. Que todos supieran que ella lo aceptaba, que era suya, y no por ser su botín sino porque ella lo admitía.

—Ordenad que me lleven junto a Rose. Si no va a ser liberada... entonces yo pagaré junto a ella el castigo.

Salvatore miró de nuevo a sus hombres. Muchos tenían reflejado en sus caras la incredulidad. Ninguna mujer la hablaría de aquella forma. Volvió a contemplarla. Una sonrisa clamó por emerger en su oscuro rostro. Ella se hacía cada vez más audaz con él, pensó. Tenía que darle una lección. Nadie lo retaba jamás frente a sus hombres y seguía vivo. Nadie se atrevía jamás a cuestionar sus actos.

La ira y un deseo hambriento se mezclaron en él como la lluvia con el viento. Quería castigar la osadía de la mujer. Y quería hacerle el amor. Todo al mismo tiempo. ¿Ella creía que podría desafiarlo de aquella forma frente a su tripulación? ¿Creía que había hecho de él un pusilánime baboso? Entonces, sus ojos negros, antes anegados de deseo, se vaciaron por completo y se volvieron más negros.

Se apartó de ella. Charlotte se asustó. Supo que lo había desafiado, que él había tomado su decisión. Y ella se dispuso a aceptarla. No temía a la oscuridad de las bodegas porque convivía permanentemente en dicha oscuridad. Pero temía a las ratas, y a los marineros de la tripulación. ¿Y si bajaban durante un cambio de guardia, mientras el capitán dormía o estaba al timón? ¿Y si un ratón la mordía? ¿Escucharían sus gritos desde las bodegas, pidiendo ayuda? ¿Salvatore bajaría a rescatarla?

Pero eso era precisamente lo que estaba sufriendo Rose, se recordó. Y eso fue lo que determinó aún más la decisión de Charlotte.

—Está bien, milady... como queráis —dijo Salvatore con resolución—. Seréis confinada tal y como pedís.

Ella tragó en seco, pero se mantuvo firme. El capitán esperaba que ella se asustara y se arrepintiera de su petición ante toda su tripulación. Pero lady Charlotte no lo hizo.

Alguno de los marineros dejaron lo que estaban haciendo para observar aquella pugna. Salvatore se sorprendió ante aquella determinación, ante el valor de una mujer, que además era invidente.

—Llevadme, entonces —dijo Charlotte con templanza.

Hubo murmullos de admiración entre la tripulación.

—¡No, milady! —gritó finalmente Hazhim.

Salvatore ignoró al niño, contemplando el semblante sereno de una dama ante su destino.

—Dejad que la acompañe, capitán —rogó el niño—. Abajo hay ratas. Podría sentirse sola y tener miedo...

Guido se limitó a hacerse a un lado, a tomar un trago de ron y a esperar. Vio que Gennaro no pudo reprimir su expresión de compasión hacia lady Charlotte.

El capitán Cuervo entrecerró sus ojos y se volvieron dos rendijas de oxidiana. Se sintió orgulloso de ella. Así había reaccionado cuando la rescató. Había llorado en sus brazos, en silencio, y pronto había recuperado la compostura con valor. No era una mujer histérica, ruidosa, ni débil. En ese momento demostraba el mismo valor a pesar de su obvia vulnerabilidad.

¿Encerrar a su ángel, su mujer, en las mugrosas bodegas del navío?

—Mujer terca —masculló el capitán en voz baja.

Entonces, sabiendo que era oído por la tripulación.

—¡Gennaro! —gritó.

—Sí, capitán.

—¡Llevad a esta mujer a mi camarote y encerradla! No la dejéis salir y haced guardia en la puerta hasta que yo regrese. Le enseñaré a obedecer.

—Así se hará, capitán.

Charlotte dio dos pasos atrás y levantó sus manos ante sí para protegerse.

—¡No... no, señor! —dijo ella a Gennaro—. No iré con vos. ¡Iré a las bodegas, junto a la hermana Rose!

—¡No mandáis en este navío, *signorina stupida!* —aclaró el capitán con rudeza—. Quedaréis confinada y separada de vuestra cómplice hasta que yo lo diga.

—¡No es mi cómplice! Yo le pedí a Rose que huyéramos. ¡Yo lo hice! Os lo ruego... por favor.

Pero el capitán miraba a Gennaro con furia.

—¡Lleváosla ya, por todos los demonios!

Lady Campbell no se movió ni un ápice de su lugar. Y Gennaro era incapaz de ponerle un dedo encima a la dama. El capitán le cortaría las manos. Lo sabía. Lo sabía tan ciertamente como que después de cada noche amanecía.

—Milady... por favor. Venid conmigo —rogó el apenado marinero.

—¡No! Gennaro, llevadme con Rose. Encerradme en las bodegas junto a ella. Soy culpable de conspirar contra vuestro capitán.

Guido, con una expresión seria contuvo una sonrisa al ver el arrojó de la dama. Bebía su ron y hacía silencio, contemplando la escena.

—Capitán... milady... es decir, la da... dama no desea acompañarme. —Gennaro estrujaba nervioso su gorro de lana entre las manos.

—¡Putra miseria la mía! —gritó el capitán Cuervo, y Charlotte dio un respingo ante su ira, pero se mantuvo en su lugar—. ¡Estoy rodeado de malditos ineptos! Yo mismo le daré la lección. Tengo reservado para ella otro tipo de castigo.

Antes de que Charlotte emprendiera la retirada, ya estaba siendo elevada al hombro del capitán como si fuera un saco de patatas. Se resistió como pudo. Lo golpeó en la espalda con sus pequeños puños, se retorció sobre su hombro. Pero nada. Entonces se sintió humillada con las risas de los marineros. Y surgieron sus acostumbradas frases soeces y vulgaridades.

—¡Eso es, capitán, enseñadle quién manda a la moza! Lo que necesita son azotes y una espada grande entre las piernas.

—¡Mostradle a la castigadora!... ¡Vuestra verga!

Y las risas de hienas se fundieron con la brisa de la noche.

En ese momento, Hazhim salió al paso de Salvatore.

—Capitán, por favor, no le hagáis daño. Por favor... ha sido mi culpa. Yo debo recibir el castigo. Yo tenía que evitar que milady abandonara el camarote. Fueron las ordenes, sí, señor. Y yo no las cumplí... yo merezco el castigo.

El capitán se detuvo mientras ajustaba un poco mejor el liviano cuerpo de Charlotte, mientras ella se revolvía sobre él.

—Lo que yo haga a esta dama, bribón imbécil, no es asunto vuestro. Y tened por seguro que recibiréis un castigo por dejarla salir. Ahora... ¡fuera de mi camino o seréis azotado esta noche!

Cuando Charlotte escuchó aquellas palabras quedó tan tiesa como una tabla. Y comenzó a hablar como si no le quedara aliento.

—¡Hazhim... no! ¡Ahora castigaréis el pequeño! Ya he dicho que he salido porque conozco el camino. Él solo me ha acompañado. Habría salido, aunque el niño se hubiera opuesto. Así que debéis confinar me en las bodegas junto a la hermana Rose y no emplear castigo alguno para Hazhim.

Pero antes de una contestación alguna, lo que recibió fue una palmada fuerte en las nalgas que la hizo chillar.

—¡Callaos ya, mujer! Me impacientáis con vuestra cháchara incesante.

Con aquello se produjeron más carcajadas humillantes del resto de la tripulación. Y así, sin más, Salvatore echó a andar de nuevo.

Guido terminó la jarra de ron. Pensó que el capitán había sabido engañar muy bien a su tripulación, haciéndoles ver que no dejaría que las mujeres estuvieran juntas para que volvieran a conspirar un nuevo plan de escape.

—Buena jugada, *fratello*.

Los menesterosos marineros reanudaron finalmente sus funciones, confiando en que esa noche la altanera dama sería golpeada y violada como castigo.

—¡Soltadme... !;Quiero ver a Rose!;Roouooooose!

Salvatore le dio una patada a la puerta de su camarote y entró llevando a una Charlotte reticente y arisca en su poderoso hombro. Cuando la dejó caer bruscamente sobre la cama, Charlotte se incorporó de inmediato, saltó de la cama y alzó sus manos y brazos al frente tratando de buscar la puerta. Llegó a ella y la abrió.

El capitán suspiró cansado y fue tras ella de nuevo. La tomó desde atrás, por la cintura, y la alzó esta vez en sus brazos. Charlotte gritó como si le estuvieran arrancando la piel a tiras.

—¡Dejadme salir!

La tripulación de piratas rio a carcajadas al oírla, diciendo que el capitán Cuervo le estaba mostrando... su espada.

—¡El capitán ha sacado a la castigadora! —Se oyó desde las velas de uno de los

mástiles menores. Más carcajadas.

Salvatore cerró la puerta con otra patada y usando la barra la aseguró, sin dejar de sujetar a Charlotte por la cintura y esta sin dejar de resistirse frenéticamente.

—¡Soltadme! ¡Soltad a Rose!... ¡Roooooose!

—¡Ya basta, mujer! —intentó hacerla callar tapándole la boca con su manaza.

Pero Charlotte lo mordió.

—¡Maldición... joder! —gritó el capitán, y retiró su enorme y morena mano de la boca de Charlotte—. ¡He dicho basta ya, *Carlotta*!

Ella escapó de su brazo de hierro y en el camino se topó con la bandeja de madera donde le habían traído la comida. Se la arrojó con todas sus fuerzas.

—¡Por todos los infiernos... ! —exclamó Salvatore, sorprendido del sentido de orientación por el sonido que ella tenía. La bandeja casi lo alcanza.

Charlotte supo dónde podía estar el capitán por los gruñidos y maldiciones que él estaba espetando. Y entonces llegó a sus manos una jarra de madera. También se la lanzó. Aquello fue la gota que derramó el vaso en la poca paciencia de Salvatore.

Hizo silencio hasta que cerró sigilosamente en dos zancadas el espacio que lo separaba de ella. La atrapó envolviéndola en sus brazos. Y, empleando apenas un poco de su fuerza, logró reducirla.

—*Angelo*... basta ya —le dijo al oído, rozándola con su barba y con una voz enronquecida y amenazante, pero no había violencia en su abrazo—. Calma, vamos... respirad.

No era en absoluto necesaria la brutalidad, no, se dijo él. Si los huesos que envolvía bien podrían ser los de un pajarillo. La sintió tan fina en sus brazos que toda su rabia se esfumó como el humo que atrapa el viento.

Charlotte guardó silencio inmediatamente, temblando, jadeando por el esfuerzo.

—Basta ya, *Carlotta* —repitió, respirando profundamente, susurrándole al oído—. Basta.

Ambos respiraban intensamente. Sus cuerpos se acompasaron y sus respiraciones se mecieron juntas como si fueran creadas la una para lo otra.

El labio inferior femenino temblaba aún. Sus ojos violetas reflejaban miedo. Y sin embargo, contra toda su voluntad, ella sintió en sus venas el calor de ese cuerpo grande que la apretaba, la barba rozando su cuello y un lado de su cara.

—Liberad a Rose... por favor, *Seilvathore*. Liberadla. Ella no ha hecho nada. Soy yo quien debe ser encerrada en las bodegas.

—La monja intentó escapar y llevarte con ella. Es imposible que pudieras conducirnos sin ella. No me toméis por un imbécil, milady. Ella no debió secundar ningún plan de escape que vos hubierais pretendido.

—Pero Rose solo hizo lo que yo le pedí. Yo debo estar junto a ella en las bodegas de este barco. Yo debo recibir el castigo también.

—¡No! —susurró, respirando intensamente—. Este es vuestro lugar.

Él también sintió en sus venas el calor del delicado cuerpo de Charlotte, su aroma a lilas, la suavidad de su piel haciendo que su sangre hirviera.

—¿Por qué? —Lágrimas rodaron por el rostro blanco e inmaculado de Charlotte y su voz tembló.

—No se pregunta al capitán de un barco el porqué de sus decisiones.

Pero la verdad era que él no podía encerrarla en las bodegas. No a ella. La quería en su cama esa noche, en su camarote, en sus brazos. Quería dormir con ella. Quería que inundara aquel lugar con su aroma.

—Este será vuestro lugar hasta que lleguemos al próximo puerto.

—¿Y Rose?, qué será de ella?

—La monja aprenderá a no desafiarme.

—Pero si he sido yo...

—Vos también aprenderéis, *cara*. Si volvéis a escapar, a intentar desafiarme, serán otros lo que sufran el castigo por vuestros actos. Los demás sufrirán vuestras decisiones. ¿*Capisco*? ¿Entendido?

Ella cerró los ojos con fuerza, y más lágrimas silenciosas humedecieron sus mejillas.

—A veces sois un hombre perverso... —susurró ella con dolor, pensando en Rose encerrada en las bodegas oscuras y sucias de aquel barco.

—Ahhh, *Carlotta*... no sabéis cuánto. Y me temo que os confundís, porque no lo soy algunas veces, sino siempre. Sería conveniente que lo recordarais en todo momento ... y más cuando pretendáis volver a huir de mí.

El capitán la hizo girar abruptamente entre sus brazos para quedar cara a cara. Y contempló con su oscura mirada ese hermoso rostro de ángel que le fascinaba.

—Abrid los ojos, *Carlotta*.

Ella no abrió los ojos. No quería que viera nada en ellos. Porque él tenía el poder de mirar a través y saber lo que había en su alma. No quería que viera el temor y la decepción que sentía, el dolor por Rose. Tampoco quería que viera que ella sentía algo tan intenso, avasallador por él, que la arrastraba hacía él con potencia. Un sentimiento que le dolía, la quemaba, la mecía...

Fue entonces cuando sintió que él enredaba en su puño cruel su larga trenza y la asía con decisión, levantándole el rostro y sus labios para él.

—Aprenderéis a no desafiarme, *angelo*. No soy un bellaco al que podáis manejar a vuestro antojo ni alguien a quien desafiar.

Salvatore volvió a apoderarse de los labios de ella. Y esta vez Charlotte si se resistió. Se resistió frenéticamente. Por Rose. Pero él acunó su cabeza desde atrás con una de sus enormes manos, impidiendo que ella pudiera apartarse. Tomó su boca con la misma fuerza de las tormentas. Olas enfurecidas y envolventes corrieron entre ambos.

Ella gimió. Se resistía a él. Debería odiarlo con toda su alma. Debería sentir asco profundo por sus besos opresores, repulsión de su lengua. Se resistía con fuerza a sus propios sentimientos. Ah, pero sus fuerzas y su indignación eran tan burdas frente a sus sentimientos por él.

Salvatore la acomodó mejor entre sus brazos. Y su beso se volvió brutal, invasivo. Un beso que no buscaba respuesta, sino demostrar supremacía. Un castigo, ¿el castigo de Dios por sus sentimientos acaso?, pensó Charlotte.

Fue él quien despegó sus labios subrepticamente. Y ella abrió sus ojos amatistas, sin decir nada, solo intentando volver a tomar aliento.

—Y jamás... —Tiró de la trenza dorada enredada en su puño, hablando él quedamente, de aquella forma que no requería elevar la voz para hacerse oír, para hacer que quien oía supiera que no eran solo palabras—. Jamás volváis a retarme frente a mis hombres, *Carlotta*, porque conoceréis lo perverso que puedo ser. Lo único que tiene un capitán de barco frente a su tripulación es el respeto. Ese es el único motivo por el que un solo hombre dirige a cincuenta, y los cincuenta le siguen aún sabiendo que los conduce a la muerte. Si tengo que azotarlos frente a ellos para que mostréis respeto... lo haré. Si tengo que entregar a mis hombres a la estúpida monja para que se la follen de una vez... lo haré. No os confundáis, pequeño *angelo*. Las pequeñas muestras de paciencia no son compasión... porque no tengo ni un ápice de compasión. ¿*Capissco*?

A Charlotte se le detuvo el corazón al oír las últimas frases. Y asintió suavemente, en silencio. Supo que hablaba con la verdad. Ella nunca había pretendido retarlo ante su tripulación, pero no se lo dijo. Solo se atrevió a decir, con sus ojos amatistas abiertos como platos mientras su rostro era duramente alzado, su cabellera enredada duramente en el puño del pirata...

—Os pido perdón... si os he ofendido. Y os suplico que al menos permitáis que vea a Rose.

El capitán acercó más la cabeza duramente sujeta de Charlotte e inspiró profundamente el aroma de la trenza. Luego enterró su cara en el cuello de ella y cerró los ojos, la pasión corriendo frenética en sus venas, la pasión que sentía por aquella mujer era asfixiante.

—¡No quiero que me pidáis perdón, maldición! A solas podéis hablar como vuestra

afilada lengua os pida... de hecho creo que me gusta. Pero frente a mis hombres mostraréis respeto, *Carlotta*. Y a su debido tiempo veréis a la monja. Ahora debo tomar el timón y vos os quedareis aquí hasta que regrese. No saldréis hasta entonces. No habrá paseos por la cubierta y no intentaréis convencer a vuestro pequeño bribón enamorado —dijo refiriéndose a Hazhim— para que os lleve con la monja. Aún debe recibir su castigo por perderos en la isla y por dejar que vinierais a cubierta esta noche... Ese pequeño bribón también debe aprender.

—¡Oh, Dios mío!... Hazhim no ha hecho nada. Por favor no le hagáis daño.

Charlotte juntó sus manos bajo su mentón y le rogó con su mirada violeta y pura. Como un ángel que reza. Y el Cuervo, aquel de mirada nefasta y vacía, la contempló. Una sonrisa diabólica se dibujó en su barbado y oscuro rostro.

—¿Y qué me daréis, *angelo*... a cambio de vuestra querida Rose y del pilluelo?

Ella tragó en seco ante aquel súbito cambio de humor de él, y apretó más sus manos bajo su mentón. Se quedó en silencio, sin saber qué decir.

—Ahhh, sabéis bien lo que deseo, *Carlotta*. ¿Cuánto amas a esos dos? ¿Lo suficiente para darme... lo que quiero?

Salvatore la miró con sus ojos negros y cargados de malicia. La expresión de horror en el hermoso rostro le hizo sonreír aún más y lanzó una carcajada perversa.

—Pensad en lo que yo deseo y si estáis dispuesta a darlo, milady. Después pensaré yo si libero a esa indeseable mujer entrometida y si el pequeño inútil quedará sin castigo por su ineptitud.

Él se encaminó hacia la salida dejándola desconcertada y sin aliento. Pero cuando puso sus manos en la barra que atrancaba la puerta, dispuesto a salir, la oyó hablar.

—Entonces... hacedlo ya. Tomad de mi lo que deseáis, no me resistiré. Dejad a Rose en libertad y que el niño no sufra castigo ni daño alguno —fue un susurro más que palabras, dichas sin aliento, con la cabeza baja.

Salvatore la contempló desde la puerta, hipnotizado. La luz de la luna se estaba filtrando por uno de los ventanucos del camarote, dando al pelo de Charlotte un color plata y no dorado, haciendo de ella imagen etérea, inmaculada, allí, mientras pedía por sus seres queridos.

El hombre cruel se preguntó si alguna vez ella rogaría así por él. Charlotte temblaba de miedo, pero levantó su rostro con toda su dignidad, como si pudiera ver, como si pudiera saber que era en esos momentos observada por unos ojos negros, insondables. Ella levantó su rostro y lo dirigió hacia la puerta, hacia donde él estaba, serena y con los brazos caídos con resignación a cada lado de su cuerpo.

—Tomad lo que deseáis... no me resistiré —volvió a susurrar—. Por favor. Ellos no tienen culpa de nada.

Se produjo un silencio absoluto. Pero Charlotte sabía muy bien, tenía un oído muy afinado, sabía que él aún estaba allí. Lo oyó murmurar una imprecación en su lengua materna, se acercó a ella como una pantera silenciosa, sorprendiéndola cuando lo tuvo a un palmo de cerca, sin tocarla.

—Lo que quiero de vos, *angelo*, es mucho más de lo que ahora me ofrecéis. Mucho más que esto —dijo tomando con desdén un delicado lazo del vestido de ella y que reposaba sobre su discreto escote —Al infierno con lo que me ofrecéis... No quiero migajas ni limosnas. No quiero una mártir. Yo lo tomaré todo de vos... Todo —enfaticó—. Y me lo daréis de buen grado, *Carlotta*.

Bien podría estar hablando un demonio, pensó Charlotte. Era la voz del pecado. Cerró los ojos de nuevo como así pudiera impedir que esa voz llegara a su alma. Pero fracasó. Pensó en rezar, en pedir a Dios su protección contra lo que sentía por él. Extrañamente, ella ya no sentía miedo por sí misma, ni de esas palabras, ni a esa voz.

Ella, aún con sus ojos cerrados, sintió entonces un dedo de él recorrer su mejilla y luego lo sintió por el mentón, para después posar el pulgar, finalmente, en su labio inferior.

—Os prometí pecar juntos... pero no habrá pecado si vos no sentís placer en ello... si os ofrecéis como un sacrificio.

Charlotte guardó silencio, envuelta en una bruma intensa. Después lo escuchó hablar como para sí mismo, como si fueran pensamientos más que manifestaciones.

—*Purissima donna*... serás completamente mia.

Luego, como sus palabras en la oscuridad, él desapareció. Lady Campbell solo escuchó la puerta cerrarse. Lo oyó dar órdenes a Gennaro para que la vigilara, y luego oyó sus pasos arrogantes que se alejaron hacia el puente de mando del navío.

Afuera, Gennaro había palidecido ante la idea de que el capitán golpeará a lady Campbell, o en que la violara. Habían existido crueldades en aquel navío, pero jamás habían hecho cautivo a nadie y menos a mujeres. Momentos antes, Gennaro había escuchado los gritos de ella y quiso entrar, pero era tal el respeto que sentía y debía a su capitán que no lo hizo. Se tapó los oídos para no oír el dolor de la hermosa dama. Pasados unos momentos no oyó nada. El capitán salió muy tranquilo y le dio órdenes de vigilar la puerta hasta su regreso antes de la media noche.

Apretando su gorro entre sus manos, como solía hacer cuando estaba nervioso, el marinero no podía más que asentir, sentarse y esperar.

Pero pronto vio al grumete que se acercaba rengueando. Obviamente había estado oculto en las sombras. Su rostro picado por la viruela estaba bañado en lágrimas, sus ojos enrojecidos.

—Mi... milady, ¿está bien? —preguntó el grumete.

—No lo sé, Hazhim.

—Voy a entrar.

—El capitán no me ha dicho que alguien pudiera entrar.

—Pero yo la sirvo. Está sola... Yo debo saber si necesita algo. El capitán ordenó que yo la atendería.

Gennaro sopesó los argumentos mientras se rascaba su andrajoso bigote. Hasta que asintió y permitió el paso a Hazhim.

CAPÍTULO 23

Newport, Nueva Inglaterra. 1 de octubre de 1746.

Cuando el barco mercante y un solo navío de la flota inglesa echó amarras en el puerto de Nueva Inglaterra, muchos fueron los sorprendidos. Se preguntaron soldados y civiles que aguardaban en el muelle dónde estaba el *Lady Beatrice*. Y pronto se propagó su nefasto destino.

También se supo que el mercante había sido interceptado por el mismo infame. Y lo que llenó de ira y horror al barón Campbell: su hija había sido capturada. Las rodillas le flaquearon y Madelaine lo sostuvo amablemente.

—Michael, vuestra hija está viva. Ese hombre ha pedido un rescate por ella. El almirante McHanagan ha dicho que os contactará pronto.

—No... no lo entendéis, querida. He oído hablar sobre él... Quién sabe qué ha hecho a mi niña.

Michael Campbell recibió como un castigo celestial aquella situación. Su hija, su niña, una niña ciega a la que no había sabido cómo tratar, a la que embargado por la tristeza tras la muerte de su esposa y por el acoso de sus acreedores, dejó abandonada durante doce años en una vieja abadía, para buscar riqueza y paz de espíritu en las colonias. En ese momento, después de tantos años, por su culpa, por su cobardía, su hija estaba en manos de un animal, un miserable. En manos de uno de los hombres más canallas y nefastos de aquellos mares.

El cuartel del ejército inglés se convirtió en un hervidero. Dos capitanes estaban alrededor de la mesa, junto al barón, mientras observaban cómo el almirante McHanagan le indicaba sobre un mapa náutico dónde aproximadamente habían sido interceptados por los piratas y dónde podría haber sido hundido el *Lady Beatrice*.

El barón, durante sus años en aquellas tierras, se había granjeado la simpatía y la admiración de los mandos del ejército inglés. No por nada era además un noble, un par del reino. Los capitanes y mandos militares del fuerte le ofrecieron todo su apoyo ante lo ocurrido a su hija, pero también le expusieron sus pocas esperanzas de que esta y la monja que la acompañaba regresaran ilesas de aquella terrible y abominable

situación. Para nadie era un secreto lo que ocurría a las mujeres que eran capturadas en alta mar por infames menesterosos como aquellos. El barón había oído sobre la venta de esclavas en Argel y Tunes, sobre las violaciones, asesinatos y mutilaciones que sufrían las mujeres capturadas.

—No va a vender a vuestra hija en aquellos parajes, mi lord. —El Almirante miró al barón con seguridad—. Desconocemos dónde fondea su barco y cuáles son sus actividades criminales más allá del abordaje de barcos mercantes, pero jamás he escuchado que hubiera intervenido en la captura del pasaje ni en la venta de esclavos.

—Deseo reunirme con el capitán Davis, hablar con él o con su primer oficial, con el contraamaestre, ¡con quien sea!... quiero saberlo todo.

—Me temo que no será posible, por ahora. El capitán fue golpeado por esas bestias y estuvo varios días inconsciente. Muchos pensaron que moriría antes de llegar a puerto. El primer oficial fue encerrado en las bodegas, después de que vuestra hija fue capturada. Y el contraamaestre Harris está siendo atendido por nuestro médico. La tripulación creyó que este pobre hombre tampoco volvería a ver la luz del día.

Madeleine, su esposa, se acercó al barón.

—Michael, creo que debemos esperar unos días para que estos caballeros puedan explicarse y relatar todo cuanto haya sucedido.

—No puedo esperar... ¡es mi hija! Daré caza a ese miserable... ¡lo encontraré!

Michael Campbell estaba absolutamente decidido a ello. Tendría que movilizar muchos recursos, desde luego. Hombres que pudieran moverse por el bajo mundo de los muelles, que pudieran obtener algún tipo de información. No era imposible. Le había fallado a su hija años atrás, pero no le fallaría en ese momento. Muchos se habían preguntado por qué no había viajado a Inglaterra y escoltado a su hija a su nueva vida. Ni siquiera Madeleine lo sabía. Pero después de la muerte de su primera esposa, cuya fortuna él había dilapidado en las mesas de juego de los antros más oscuros de Londres, había tenido que huir de Inglaterra. Sus acreedores ya exigían que fuera apresado y encarcelado, sus bienes embargados, como de hecho lo había sido. Por ello, ni siquiera había podido contratar una institutriz para su hija, ni si quiera había podido conservar la que había sido su casa, la casa de su esposa y de su hija. Había perdido Milsbury Abbey. La madre de Charlotte había sido la tercera hija de un vizconde venido a menos, pero aun así la había dado en matrimonio con una considerable dote que incluía una bella mansión. Pero él la había perdido. Lo había perdido todo, y solo podía agradecer a Dios que su esposa jamás se enteró de ello. Aún, después de doce años, era buscado por sus deudas. Sabía por buenas fuentes que no habían sido olvidadas y que sus muchos acreedores hasta se habían planteado buscar satisfacción a sus deudas en un duelo.

Si el barón ponía un solo pie en Inglaterra, estaba muy seguro de que, a pesar de los años transcurridos, sus acreedores se lanzarían como lobos a su cuello. Y él, como poco, iría a parar a la cárcel. Entonces su hija invidente se quedaría desamparada. ¿Quién se haría cargo de ella? No podía delegar jamás esa carga en los hombros de su nueva esposa. Recordó una vez más aquellos días después de la muerte de su querida Elizabeth. Habían sido los días más tristes para el barón Campbell.

Volvieron él y su esposa a su enorme casa solariega, y esperó, siempre pensando en aquel hombre que había capturado a su hija, en lo que haría cuando tuviera su cuello en sus manos.

Al siguiente día había concertado una reunión urgente con su secretario. Lo había enviado a los muelles a realizar averiguaciones. ¿Quién era ese hombre al que llamaban el Cuervo?, ¿dónde fondeaba?

Después de que una de las criadas acompañara al señor Higgins, el administrador, a la puerta, después de que este recibiera el encargo de buscar información sobre el Cuervo, el barón y su esposa se quedaron solos.

Madeleine Campbell lo miraba mientras tomaban el té esa mañana siguiente. Ella era una viuda de veintiocho años cuando lo había conocido. Inglesa de nacimiento, aunque había llegado a las Colonias de América en los brazos de su madre. Su padre había sido un simple carpintero y ebanista. Al llegar a Newport se habían instalado en una pequeña y humilde casa. Y allí habían comenzado su nueva vida. Madeleine había crecido oyendo las constantes promesas que su padre hacía a su madre. «Todo va a mejorar», «todo irá a mejor», «puedo conseguir más dinero». Luego, esas promesas se las hacía a Maddie, como él la llamaba. Como hija única, su padre se deshacía en atenciones para ella, en darle el mejor vestido, los mejores zapatos, la mejor capa que podía permitirse. Pero la verdad, pensó en ese momento la nueva esposa del barón, no habían sido más que baratijas, vestidos de segunda mano, zapatos que no eran de fina cabritilla. Maddie nunca había podido asistir a fiestas de la clase alta de Newport, ni pasear en carruaje. Jamás habían tenido ni un mísero sirviente. Su madre, disgustada con su padre, viendo que el paso de los años era inexorable y jamás llegaban las promesas a hacerse realidad, había instado a Maddie a aceptar la propuesta de matrimonio hecha por Joseph Phillips, el tendero de la calle Prospect Hill. Tenía cincuenta y un años cuando se había casado con él. Ella tenía veinte. Pero su madre había aconsejado el matrimonio. Era «el mejor partido», un viudo con una pequeña fortuna, que Maddie se podría permitir.

Su matrimonio llegó a su fin siete años después, para alivio de Madeleine. El señor Phillips había resultado un cerdo libidinoso que la atacaba cada noche exigiendo sus derechos conyugales. Aún recordaba las babas que derramaba sobre ella después de

caer dormido cada noche, previo encuentro marital. Y sin embargo ella nunca se había quedado encinta. Su marido la acusaba de ser un junco seco, de haber perdido el tiempo con una esposa frígida como ella.

Meses después de que muriera su marido, había fallecido su madre de tifus. Y su padre... había caído en el consumo diario de ajeno y de alcohol. Su padre había fallecido un año después que su madre. Nunca había cumplido sus promesas. Su madre y ella jamás habían tenido la vida elevada prometida y por la que la familia había abandonado Inglaterra.

Madeleine se quedó sola. Su marido había legado la tienda de abastecimiento a un sobrino, para su absoluta consternación, después de que había soportado estoicamente sus impúdicas exigencias nocturnas. El muy desgraciado le había dejado una pequeña asignación controlada por su sobrino y con la que no podría vivir ni un perro.

Y fue en ese momento cuando apareció Michael Campbell en su vida. Se había enterado por una buena fuente que este era un barón en Inglaterra. Y se imaginó entonces toda la vida que podría vivir. La que ella se merecía: tener sirvientes, pasear en carruaje, asistir a las fiestas de los ricos de Newport, vestir la mejor ropa, el mejor calzado. Teniendo veintiocho años y el barón cuarenta y tres, había logrado atraer su atención. No había sido fácil, desde luego. Era un hombre atormentado, siempre meditabundo, soso, aburrido. Pero Maddie se hizo a sí misma una promesa, una que sí sería cumplida con certeza, porque ella se encargaría de ello. Su destino ya no estaba en manos de nadie, solo en las suyas.

Después de casarse con Michael Campbell hacía cuatro años, las puertas de las casas más ricas de Newport se habían abierto entonces para ella. Estaban siempre incluidos en las fiestas más selectas. Sus vestidos eran de los más preciosos, los más nuevos, nunca repetía ninguno. Tuvo acceso a una doncella personal, a mayordomo, ama de llaves, sirvientes de atención, fregonas, criados que limpiaran la plata, mozos de cuadra.

Madeleine Gibbs, la hija del carpintero, luego viuda de Phillips, el tendero, era en ese momento: Madeleine Campbell, baronesa. Y ella se hacía cargo diligentemente de recordarlo a todas sus congéneres de Newport. A todas aquellas que habían puesto su pañuelo bajo su nariz al verla en la puerta de la tienda de Joseph Phillips.

Michael era viudo. Un hombre... aburrido, para alivio de Madeleine. Dormían en aposentos separados y casi nunca acudía a su habitación para reclamar «sus derechos». Siempre apesadumbrado, gris, como si llevara una importante carga en sus hombros.

Aún recordaba el día en que le había revelado que tenía una hija, una... heredera. Lo que ella ciertamente, tampoco le había dado.

«Michael, siento no estar embarazada. Me temo que eres un hombre mayor y ya no puedes...», le había dicho, fingiendo sollozar. A su marido las lágrimas femeninas lo destrozaban. Se le podía pedir cualquier cosa con una pequeña lagrima en el ojo.

Lo cierto es que Madeleine sospechaba que era ella la incapaz, que su viejo y libidinoso difunto marido tenía razón. Era ella la incapaz de dar vida. A Michael le había dicho que, siendo su difunto marido tan mayor, casi nunca acudía al lecho. Y ese era el motivo de no ser madre. Pero en realidad era que nunca la había dejado en paz, el muy depravado. Empero, no había habido hijos. No los hubo y no los había después de cuatro años de nuevo matrimonio y nuevo hombre viejo en su cama. Pero tal vez fuera eso, pensó una vez, que sus maridos habían sido y eran... viejos.

Michael le había revelado después de dos años de matrimonio que él tenía una... hija soltera, viva, que tendría más de veinte años. Y que pretendía traerla a Nueva Inglaterra, a su casa, a su vida. Madeleine casi perdió la cordura al oír aquello. Una hija de más de veinte años, solterona. Una hija que sobreviviría después de la muerte de su padre, que sería la heredera y con la que tendría que compartir su herencia. O quien sabe si no habría nada que compartir, porque el viejo Campbell haría lo mismo que Joseph... castigarla nombrando una única heredera: a su hija. Otra vez quedaría su futuro en manos de otra persona. Porque el barón era rico, por supuesto, muy rico. Había hecho fortuna en las minas de oro de Dawson y luego lo había invertido.

«Madeleine, necesito que mi hija se reúna conmigo... Yo debo cuidar de ella, ya es hora. Es mi deber. Mi hija es... es ciega desde los doce años».

Cuando escuchó esas palabras, Madeleine creyó que estallarían el aire retenido en sus pulmones. La vida y la esperanza volvieron a su cuerpo.

Ciega. Una ciega, una estúpida. Una hija que estaría a merced de ella y no al contrario cuando el barón muriera. Ella controlaría su destino. Al fin sería ella quien controlaría la vida de otra persona. Su propia seguridad y comodidad estaban libre de toda amenaza. Una ciega... huésped futura del más oscuro manicomio que su madrastra le pudiera encontrar. Madeleine sonrió complacida, muy complacida.

A la mañana siguiente, el sol salió en Newport, y el barón Campbell tenía horas despierto, caminando de un lado a otro en el salón donde se tomaba el desayuno y el té. Por supuesto que ni siquiera la servidumbre estaba despierta cuando él bajó de sus aposentos. No podía estar en su cama, dormir tan tranquilo, sabiendo que su hija, su única hija, estaba en manos de unas bestias, de un hombre criminal.

Durante la noche, toda clase de ideas y de imágenes grotescas lo habían acosado. Su querida Charlotte, su niña, a quien no había podido llevar consigo por cobardía. Se arrepintió, como cada noche de los doce años que precedían, por haberla dejado en Inglaterra. Él no habría sabido qué hacer con una niña ciega, se decía cada noche. Esa

era la verdad.

Una de las sirvientas acudió al salón, con la sorpresa de encontrar al barón allí.

—Oh... mi lord. No sabía que se encontraba usted aquí. ¿Qué desea que le sirva?

—Descuide. Hace tiempo que estoy despierto. Solo deseo té, y que hagan pasar al señor Higgins a la biblioteca tan pronto llegue.

—Sí, mi lord.

A las ocho y media de la mañana, Higgins se personó en la blanca e impresionante casa del barón. El día anterior se había dedicado a realizar averiguaciones por el puerto, en las tabernas aledañas, interrogando a marineros y a la tripulación del mercante abordado por los piratas, a los vendedores de los muelles, también interrogó a las prostitutas. Su bolsa estaba casi vacía pues tuvo que pagar a unos y otros para obtener la preciada información, que no era mucha ni esperanzadora, desde luego. Era francamente preocupante, más bien era terrible.

—Mi lord.

—Higgins, ya era hora... Habéis tardado demasiado.

—No creí correcto acudir a vuestro hogar anoche a horas inaceptables.

—¡Cualquier hora es aceptable si tiene usted información sobre ese bastardo y mi hija!

El administrador dio un salto de sorpresa ante el acceso de ira del barón. Le tenía por lo que había sido siempre, desde que le conocía, un hombre meditabundo, callado y apocado. En ese momento, se mostraba irritado, aterrorizado. Y por lo que había averiguado... no era para menos.

—Mi lord... lo que tengo que decirle... lo que he oído... Vera usted... —Higgins titubeaba, sacó su pañuelo y comenzó a secar de su frente el sudor frío que le provocaba la información obtenida y el deber de comunicarla.

—Hablé ya. Diga lo que tenga que decir.

—Pues, vera usted mi lord... He podido mantener conversaciones con varios marineros de la tripulación del buque mercante en el que viajaba vuestra hija. Y he... he recogido información de relativa seriedad y verosimilitud en el muelle.

—¿Y? —dijo el barón impaciente, apretando los puños, reprimiendo la ira ante el comedimiento de su secretario.

—Ese hombre al que llaman «Cuervo»... dicen que es... una verdadera bestia, mi lord. Dicen que... que ha matado a muchos hombres, que es capaz de colgar del mástil de su navío a su propia tripulación... Que ha hecho pedazos a muchos barcos mercantes, dejando a mujeres y niños en las aguas a merced de los tiburones. Todos dicen que... que es un animal. Lo siento, mi lord.

El barón cerró los ojos, se dejó caer en su asiento frente al secretario y hundió

derrotado su rostro en sus manos. No es que esperara otra cosa, eran piratas los que habían raptado a su hija.

Higgins continuó su nefasta disertación.

—Lo que ha dicho el almirante es correcto, mi lord. Ese hombre no comercia con personas, ni ha capturado jamás a nadie, que se sepa. Por ello es imposible saber a dónde podría haber llevado a vuestra hija.

Higgins escuchó el sollozo del barón. Y poniéndose en su doloroso lugar imaginó lo terrible de su situación, y peor aún, y más terrible, era la situación de la dama y la monja que desgraciadamente habían caído en manos de aquella bestia a quien todos en el muelle temían, los que le habían visto alguna vez y los que no. Y ciertamente eran más los que jamás le habían visto, siendo a su leyenda a la que temían. Sin embargo, sabía que había más verdad que exageración en lo que le habían relatado.

El barón Campbell alzó su rostro, se limpió las lágrimas con su pañuelo que sacó de un cajón del escritorio, y se encaró con su secretario.

—¿Qué os han contado los marineros del mercante, Higgins? Necesito saberlo todo.

—Naturalmente, mi lord —Y Higgins retomó su exposición—. Pude mantener una entrevista con varios de ellos. Me dijeron que aquella mañana vuestra hija dormía junto a la monja que la acompañaba. Se oyeron varias detonaciones de cañón, y para cuando pudieron emprender la huida para dejar que fuera el buque de guerra el que se encargara de los piratas, estos ya les interceptaban por la banda de estribor. Muchos alabaron la estrategia del capitán del navío agresor, mi lord —Y viendo la expresión incólume del barón, Higgins se dio cuenta de su impertinencia—. Oh, sé que no procede realizar valoración alguna sobre esto, mi lord. Lo siento.

—Continúe, Higgins.

—Eh... eh sí, naturalmente. Me dijeron que los abordaron, que eran hombres desarrapados, violentos. Vaciaron las bodegas con gran prontitud, mi lord. La tripulación del mercante no era más que pobres hombres de mar y no opusieron resistencia. Relataron que el capitán Davis había llevado a las damas a un escondite, pero nadie sabe cómo o porqué hallaron a la monja y después a vuestra hija.

El barón se puso de pie, se apartó y juntó las manos a su espalda mientras miraba por la ventana.

—Ese hombre... si nunca ha capturado a nadie, ¿por qué a mi hija?

—Ah, esa es una parte muy difusa, mi lord, aunque he podido sacar conclusiones propias, me temo. Uno de los marineros me dijo que milady... que vuestra hija es una dama muy hermosa. —Higgins vio como el barón se tensaba—. El capitán Davis la mantenía alejada de ellos, pero muchos pudieron verla alguna vez. Dicen que... que vuestra hija es... es... que es como un ángel, mi lord, y que... que ese hombre, el

Cuervo, se la llevó tan pronto la vio. —El barón emitió un gemido de dolor al oír aquello—. Lo siento de nuevo. Es lo que me han contado.

Después de unos instantes donde el silencio se adueñó del lugar, el barón inspiró profundamente y giró para mirar a Higgins.

—¿Qué más dijeron de ese... infame? ¿Lo han descrito? Necesito saber cómo es, quién es.

El secretario asintió.

—Nadie sabe quién es, mi lord. Pero eso es algo común entre esos canallas. Todos son conocidos por algún apodo, ocultan su identidad para evitar enfrentar a las autoridades y ser colgados por piratería.

—Descríbalo, Higgins. ¿Qué han dicho?

Higgins se secó de nuevo el sudor de la frente con su arrugado pañuelo.

—Uno de los marineros de la tripulación del mercante pudo verlo. —La garganta se le secó al recordar la descripción que le dio el hombre—. Pues... dijo que... Por la descripción, mi lord, lo de ser un animal... no es solo por sus acciones. El marinero dijo que era un hombre muy grande... enorme. Vestía completamente de negro. Dijo que tenía un acento extraño, aunque no supo decirme de dónde. Era su primera travesía y ha visto poco del mundo, mi lord, pero si dijo que ese hombre habla nuestro idioma.

—¿Joven, viejo? ¡Explíquese! Debo saberlo todo... debo saber a quién buscar.

—Me temo, nuevamente, que eso también es bastante difuso. El marinero dijo que no era un mozuelo y tampoco un hombre viejo. La edad de esos infames puede ser muy difícil de descifrar porque la vida en el mar... tanto para hombres decentes como para criminales puede ser muy dura, mi lord. Lo único cierto es que en efecto no es un jovenzuelo, y si ha vivido tanto sin ser colgado por autoridades ni asesinado por otros como él... es porque se trata de un hombre astuto, mi lord. Debe ser un hombre sagaz y muy duro.

CAPÍTULO 24

Cuando Guido acudió al puente de mando encontró al capitán con un puro entre los dientes, las piernas separadas y una mano sobre el timón, la postura propia de un marino veterano. La media noche ya estaba presente en alta mar y ambos hombres oyeron al vigía desde la cofa anunciar el «cambio de guardia y ninguna novedad».

El silencio imperaba en el puente de mando, el crujir del navío, el ruido de las olas chocando con el casco mientras este se deslizaba sobre ellas.

—¿Habéis hecho daño a la dama? —preguntó finalmente el contramaestre.

Como muchos otros marineros de la tripulación, él había oído los gritos de lady Campbell. Como algunos, había querido acudir y entrar en el camarote para intervenir si fuera el caso. No se atrevió, por supuesto. Y deseó pensar que su *fratello* no le estaba haciendo daño a la pequeña dama. Casi enloqueció al creerlo. Pero sabía que Salvatore admiraba a aquella dama como a nadie... y esa era su única esperanza. Se sintió como un asqueroso cobarde por no haber entrado al camarote para confirmar que no estaba siendo dañada.

Salvatore lo escuchó, y dio una calada al puro, exhaló el humo mientras corregía ligeramente el desplazamiento del timón, e ignoró la pregunta.

Guido tomó una carta de navegación, fingiendo examinarla a la luz del candil que colgaba cerca. Luego levantó la vista y miró hacia la absoluta oscuridad que los rodeaba. Por primera vez se preguntó lo que sería ser ciego. Vivir en aquella oscuridad inexorable, eternamente.

—¿Entonces... la habéis violado como castigo por su huida, tal y como has dejado ver a la tripulación?

Y el capitán lo miró al fin, para simplemente sonreír diabólicamente, sus ojos negros y vacíos brillaron en la oscuridad.

Guido recordó entonces, una vez más como en muchas, por qué el capitán Ingram lo había llamado una vez tan pronto lo conoció: «Muchacho, hay algo en vos que me recuerda a un cuervo». Y así se fue conocido en los mares.

El silencio permanecía. El contramaestre sentía crecer la indignación, si es que él podía permitirse un sentimiento como aquel. Así que volvió a hablar.

—Somos escoria de los muelles, *fratello*, nuestras vidas no valen nada, somos unos desgraciados, pero nunca hemos violado a una mujer. Al menos no yo. Hay muchas hembras dispuestas cada vez que tomamos tierra. Se puede pagar por una. Decidme que no la habéis deshonrado por intentar escapar, algo que cualquier cautivo habría intentado hacer. Que todos esos gritos... yo pensé en entrar en el camarote...

Antes de que terminara la frase ya tenía un enorme puño del Cuervo cerrado sobre su huesuda garganta. Guido se vio arrastrado en cuestión de segundos. Los impasibles ojos negros frente a los suyos.

Salvatore le habló en italiano.

—Perro traidor... ¿desde cuándo os importa lo que yo haga con una mujer? ¡Con mi mujer! ¿Acaso habéis creído que no me he dado cuenta de cómo la contempláis? ¿Deseáis a mi mujer, bellaco baboso?, ¿buscáis ganar su simpatía acudiendo en su defensa? —La mano oprimía fuertemente la garganta de Guido, dispuesta a matar.

Guido temió por su vida, como había temido muchas veces durante los más de veinte años que había estado al lado de aquel hombre impredecible. Desde que eran un par de pilluelos lo había visto romper el cuello de otro hombre con un giro de su mano, tan solo porque habían intentado timarlo en las cartas, y eso que Salvatore tan solo tenía quince años, si es que no recordaba mal. Lo había visto destrozar el brazo de otro por recibir una mirada aireada en la taberna de Los Seis Escudos. Por eso toda la tripulación le temía tanto. Por eso muchos marineros se apartaban de su camino en los muelles. Era un hombre que parecía estar sereno, y con la misma serenidad podía matar. Por eso nadie había entrado en el camarote mientras oían los gritos de lady Charlotte. Y ciertamente, él nunca había estado a salvo de la ira del capitán cuando esta brotaba como lo hacía en ese momento.

Y aquella furia no tenía nada que ver con una mala mirada, con un intento de timo, sino con la oscura fascinación de un hombre como aquel por una dama como aquella.

Guido jamás sería desleal al hombre que le había salvado la vida de la inanición, de los rateros y abusadores de niños del muelle de Boloña. Salvatore, siendo apenas un chiquillo, un huérfano de las calles, lo había salvado de los abusos. Había compartido con él su comida, sus abrigo. Le había llevado al primer navío en el que había encontrado trabajo.

—Salvatore... la admiro, sí, es muy hermosa. No os lo niego. —El puño apretó más su cuello, vio locura en los ojos negros—. ¡Pero ella es vuestra... vuestra! Solo admiro su belleza. Solo deseo saber que la dama se encuentra bien.

Guido farfulló aquellas palabras, tomando el aliento que la fuerte presión de la mano le permitía.

—¡Que la viruela os pudra la verga, Guido! Acercaos a ella con alguna intención

que no sea la más pura y os rajaré el cuello de mal nacido que tenéis.

El contramaestre asintió.

—¡Sabéis que jamás os he traicionado, *fratello*! Vamos, dejadme en paz. Jamás pondría un dedo sobre la dama. Es vuestra. ¡Y ella os corresponde... lo veo! ¡Os corresponde!

Fue esta última frase la que apaciguó a la bestia que bullía en el cuerpo de aquel hombre. Guido lo supo. El capitán aflojó su mortal agarre, y desvió su mirada a la lejanía. Pero antes pudo ver anhelo en aquellos ojos de demonio. Así que su *fratello* quería eso... quería que ella le correspondiese en su fascinación.

Poco a poco, el contramaestre fue liberado por el mortal agarre. Salvatore se alejó de Guido, y continuó después con su mano en el timón, haciéndolo girar suavemente de un lado a otro. Haciendo silencio.

Guido tosió un poco para liberar su garganta de la opresión. Le dolía el cuello. Y aun así se atrevió a hablar de nuevo. Se diría que solo él se atrevía a hablar al Cuervo en esas circunstancias.

—Aún no habéis contestado —tosió—: ¿La habéis forzado?

Otra sonrisa diabólica, otra mirada oscura y vacía. Aunque no tanto, no.

Salvatore estaba pensando aún en las palabras de Guido. Había dicho: «Ella os corresponde... lo veo». ¿Sería eso posible?, se preguntó. ¿Podría ella, un ángel... corresponderle? ¿Podría ella aceptar ser su mujer y vivir con él en Boloña?

Se hizo el silencio de nuevo.

—*Fratello*... no os pido más que la verdad. No cuestiono vuestros actos.

Después el Cuervo sorprendió a su contramaestre, contestando mientras giraba y timón.

—Ella es lo único puro que he tenido. Lo único limpio. Lo único bueno. — Salvatore lo miró a los ojos—. No, no la he deshonrado. Y no la forzaría jamás. Porque su honra es mía. Será mía —corrigió.

—Ah... —suspiró aliviado Guido—. ¿Pero... acaso le habéis pegado? Los gritos eran fuertes.

Salvatore miró sus grandes puños, sus manos llenas de cicatrices, recuerdos de sangre, de muchas venganzas, de muerte. Y pensó en ella, en la luz plateada que entraba por los ventanucos del camarote y la iluminaba, en sus pequeños huesos, en su menudo cuerpo. Pensaba en ella desde que había salido del camarote y tomado el timón. Volvió a mirar sus enormes puños. ¿Cómo podría ella defenderse ella alguna vez de aquellas manos? Miró de nuevo a Guido.

—No la he lastimado —dijo quedamente—. Jamás... le haría daño. No a ella. — Miró a Guido. Y Guido vio en aquellos ojos tan temibles la verdad—. Soy un bruto,

menos que la escoria, un perro tan baboso como vos... pero nunca le haría daño a ella. Intentó escapar y la habría azotado. Por todos los infiernos que lo habría hecho. Pero a ella... no puedo.

Guido exhaló profundamente aliviado. Fue consciente de que su amigo le estaba revelando algo. «No puedo», fue la frase que le reveló todo. Y aquello era muy peligroso para un hombre tan odiado y temido como su *fratello*, para todos en aquel barco. Porque aquella dama era nada más ni menos que la única grieta en el corazón de piedra del Cuervo. ¿Qué pasaría cuando Abdelkader, que seguramente se había percatado de ello, hiciera uso de esa información?

Todo esto llenó sus pensamientos, pero por el momento tuvo que reconocer la grandeza de aquello que anidaba en el alma negra de un hombre como aquel. Noches atrás, se había preguntado cómo un ángel amaría a un demonio como aquel y cómo un demonio era capaz de amar. Pero era posible, allí los tenía. Allí estaban. Lady Charlotte y su *fratello*.

En esos momentos ambos hombres salieron de sus pensamientos. Los pasos cercanos del grumete cojo les avisaron de que ya no estaban solos.

—Capitán.

—¿Qué buscáis bribón?, no os he mandado a llamar —respondió rápidamente Salvatore.

—Pido permiso para hablar, capitán. Creo saber por qué huyó milady.

Los dos hombres se miraron. Hazhim retorció su gorro entre las manos. Guido recordó que el niño se lo había contado.

—Es normal que las damas intentaran huir —dijo Guido.

—Hablad —instó el capitán a Hazhim.

—Milady... milady os oyó, capitán, con los otomanos.

—¿Qué?

—Ella estaba preocupada por vuestra persona, capitán.

La respiración del Cuervo se agitó al oír aquello. Su ángel preocupada por él. No era posible. El bribón mentía, y si lo comprobaba le arrancaría la piel de la espalda con el látigo.

—Seguid... explicaos.

—Milady me pidió que la llevara a algún lugar donde pudiera ver... digo, oír. Ella creía que los otomanos eran hombres malos... «pero si son como nosotros», le expliqué. Pero ella quería estar segura. Ella escuchó lo que dijo...

—¿Ah, sí, y qué se supone que dije?

Guido si recordaba lo que había dicho. Y si Lady Charlotte había huido al oír aquellas palabras de la boca de Salvatore, era verdad entonces, un ángel amaba a un

demonio.

—¡Hablad ya, bribón! ¿Qué oyó?

—Dijisteis que ella era una mujer... que nadie querría, una ciega, un estorbo, lastre, un... Intenté convencerla de que no era más que un truco, capitán, pero ella...

Hazhim decidió callar. Se hizo el silencio de nuevo. Salvatore recordó aquellas frases. Y ella las había oído.

Abandonada por su padre, escondida como una paria en una abadía durante doce años, se le había negado una vida. Y ella había oído aquellas palabras de su boca. Y había huido por eso. ¿Le había dolido porque las había dicho él? Entonces era posible lo que había dicho Guido: «Ella os corresponde, lo veo».

Aquellas palabras que la habían herido no habían sido más que una forma de disuadir al bastardo otomano. Aquellas palabras, comunes, malas palabras, muy frecuentes entre los marineros... para ella debieron ser como cuchillos en su corazón. Y las había dicho él. ¿Por qué le habían dolido a ella? Él era su captor, el hombre que la había apartado de su padre. ¿Había huido por eso?, ¿la habían lastimado esas palabras o que las dijera él, que las creyera él?

Salvatore recordó la forma natural con la que ella aceptaba su invidencia, su obvia soledad, su destino de vivir en la oscuridad. No, no eran las palabras lo que le habían hecho daño. Era que las dijera él.

El corazón del pirata, ese que juraba no tener, se infló en su pecho. ¿Sería posible que ella...?, ¿que su ángel fuera suyo, no porque la obligara, sino porque ella tuviera algún... afecto por él?

Con absoluta frialdad, una falsa frialdad, observó a Hazhim mientras se encendía otro puro con, también, falso desinterés.

—Llamad a Wilkinson —ordenó sin más, exhalando el humo del puro—, le toca el relevo.

Wilkinson era el timonel. Era más de la media noche y el capitán estaba cansado. O eso fingió.

Ella escuchó sus pasos arrogantes por la cubierta. Jamás olvidaría el sonido de sus pasos. Lo guardaría celosamente en su recuerdo, para volver a oírlos cuando nunca más estuviera cerca de él, y nadie, salvo ella, pudiera saber que su corazón se había agitado ante esos pasos, ante ese sonido.

Él entró en el camarote, saludando con un asentimiento al nuevo marinero que relevó a Gennaro. La encontró de inmediato. La observó en silencio. Charlotte estaba en el suelo del camarote, acurrucada en una esquina oscura, con sus piernas y sus

brazos flexionadas en su pecho, hecha un pequeño ovillo. Observó que tenía en las manos una vez más la maldita muñeca que le había visto aquella primera noche en el navío.

Creyó que la hallaría en la cama, dormida y agotada. Y gruñó maldiciendo a las mujeres testarudas. Puso la barra que cerraba a cal y canto la puerta, estaba muy cansado. Aquel había sido un día duro, difícil, aunque no más duro ni difícil que cualquiera de sus días. Era un pirata, sí, no podía negarlo. «Escoria de los muelles», como había dicho su *fratello*, y su vida transcurría entre escoria: ladrones, asesinos, y sucios traficantes de esclavos como los otomanos contra los que se había enfrentado el día de ayer y ese día por la mañana. Había sido un día largo.

Contempló con una profunda inspiración a «su» ángel. Su largo pelo dorado le servía de velo y la rodeaba casi por completo, cayendo luego los mechones en el suelo como un halo celestial. ¿Ella creía que podría separarla de él ese velo lacio y rubio? No. Nada podría separarla jamás de él. Nunca.

El pequeño ángel fingía. No estaba dormida, se dijo el Cuervo, quien esbozó su habitual sonrisa malvada en su rostro barbado, sus ojos negros, nefastos, brillaron con intensidad. Su mujer no estaba dormida y si lo había estado, en ese momento estaba despierta. Fingía o no deseaba levantar su hermoso rostro para él. Podría ser esta última opción. Tenía que haberlo oído acercarse. Ella tenía una capacidad auditiva que lo impresionaba, aunque él ya había tenido marineros casi ciegos o tuertos. Ninguno como ella. Su oído era muy fino.

Se detuvo frente a Charlotte y se puso en cuclillas. Ella se mantenía dentro del radiante velo de su larga cabellera. La vio apretar la muñeca entre su cuerpo y sus piernas flexionadas. La luz de la luna se filtró por los ventanucos del camarote, como solía ocurrir, y volvieron a convertir su pelo en un halo mágico.

El capitán elevó su mano, lentamente, y la extendió, enredando sus dedos entre aquellos finísimos y suaves hilos de plata y oro. Alzó los mechones suaves a la luz y se los llevó a la nariz, inspirando hondo, llenándose de su aroma. Encontró después la pequeña barbilla, la sostuvo con sus dedos y la obligó a alzar su rostro para él.

Reinó el silencio, siendo mecidos por el roce suave balanceo del navío.

—*Carlotta*...

Ella abrió sus ojos hermosos ojos amatista, iluminando el corazón oscuro del Cuervo. Algo se oprimió bajo su cruel pecho cuando la miró.

—Aquella noche, cuando fui a buscaros, después de despachar a los otomanos... Me rechazasteis y después huiste, ¿por qué? ¿Por qué me abandonasteis, *Carlotta*?

—No... no os abandoné. Hui. Ya os lo dije. Tenía que intentarlo. Yo le pedí esa noche a Rose que me ayudara a escapar.

—¿Por qué precisamente esa noche?

«Porque os oí, supe que todo había sido mentira... tus besos, tus palabras». Las mejillas de Charlotte enrojecieron de vergüenza. Aquella noche, después de oír sus palabras, «Una ciega que nadie querría, no es más que un lastre», había sentido el dolor profundo, uno tan grande como el saber que su madre había muerto en su accidente de carruaje, como cuando su padre la había dejado en la abadía para nunca regresar. Y quiso... necesitó abandonarlo para no sentir su desprecio en su alma de aquella manera que la hizo querer morir.

Ella desvió su rostro. Y sintió que de nuevo su barbilla era tomada prisionera por los dedos tibios, enormes y fuertes.

—Todo lo que dije aquella noche sobre vos al otomano, no fueron más que palabras entre zorros viejos de mar. No podía permitir que él supiera... cuánto os deseo.

Ella supo que su pequeño amigo Hazhim había contado que ella los había espiado esa noche. Y entonces, preocupada, levantó su rostro y su expresión se volvió azarosa.

—Oh... ¡Hazhim no tuvo la culpa! yo le pedí que me llevara... No deseaba espiaros. Yo... yo solo quería estar segura de que no os pasaría nada malo con ese hombre. Temí por... por...

—¿Acaso temiste por mí, *angelo*? —terminó la frase Salvatore. Su sonrisa malévolamente se había convertido en una mueca... casi, casi, de algo parecido a la ternura—. ¿Acaso vuestro corazón temió por mí, *Carlotta*?, y después, pequeña tonta, escuchasteis esas palabras y me abandonasteis... para castigarme.

—¡No... eso no! Yo no quería... castigaros. Yo quería...

Pero ella no pudo terminar. Jamás habría pretendido castigarlo. Ella no tenía ese poder.

Una llama ardiente había prendido en la mente del capitán desde que el niño le había contado lo sucedido. Había comprendido el doloroso rechazo en los ojos del ángel aquella noche. El cambio subrepticio en ella. Ella lo había oído en la taberna. Recordó alguna de las cosas que le dijo a Abdelkader sobre su ángel. Y ella lo había abandonado. Aún recordaba el vacío, la furia, la necesidad de matar, cuando había sabido que ella lo había dejado, cuando pensó en todos los peligros de aquella isla de bribones y canallas, y su ángel entre ellos.

—¿Por eso me abandonasteis? —insistió.

Las mejillas de Charlotte volvieron a arder de vergüenza y cerró sus ojos como una forma de proteger su dignidad. Guardó silencio en lugar de mentir. Sí, había temido por él. Había sido absolutamente ingenuo de su parte. Lo supo y lo sabía, pero no pudo evitarlo. Y Sí, al saber lo que él pensaba de ella, lo había... abandonado.

Charlotte hizo silencio. Pero asintió. La verdad siempre era lo mejor. La verdad nos hace libres. El corazón oscuro del capitán se contrajo. Era posible, sí. Era posible que su ángel fuera suyo, que... le correspondiera. Un ángel podía sentir algún afecto por un demonio.

—Ah, *bellezza... purissima* —murmuró el Cuervo perversamente emocionado. Lo que quería era tomarla en sus brazos y besarla, tocarla, hundirse en su pureza—. No recuerdo las palabras, *Carlotta*, pero no fueron más que eso... palabras dichas para distraer a un enemigo. No eran ciertas. Nunca más volváis a intentarlo. Nunca debéis dejarme. Os lo he dicho... os encontraré.

Ella no comprendió esas palabras. Pronto lo dejaría. Pronto él la llevaría con su padre.

Y entonces sintió sobre su labio inferior la caricia suave de los dedos tibios y curtidos.

—¿Aún os duele? —preguntó él observando el hematoma que había en la barbilla de Charlotte, y ahora se había hecho más claro. Eran los golpes de los otomanos. No pudo evitar sentir placer al pensar la forma en que colgaría a Abdelkader del palo mayor de su propio navío.

—No... solo un poco de molestia. Estoy bien —respondió Charlotte, sus ojos amatistas abiertos, su mirada desenfocada, levantada hacia él.

Salvatore suspiró, inmerso, perdido en aquellas profundidades violeta. Se quedaron así, mirándose. Hasta que él se inclinó sobre ella, introdujo un brazo bajo las piernas esbeltas y otro lo deslizó delicadamente en su espalda, y la alzó como quien alza la espuma del mar en sus manos.

Charlotte no emitió ningún sonido de sorpresa. Era como si sus ojos ciegos pudieran verlo, como si pudieran leer en los ojos negros. Y recostó su cabeza en el hombro de él mientras se dejaba llevar.

Dando unos cuantos pasos, él llegó a la cama. Allí vio que la cena que le había llevado Hazhim estaba intacta. Carlotta no había comido. Gruñendo indecencias en italiano, la depositó suavemente sobre el mullido colchón de la cama. La cama era cómoda, grande, debido al tamaño del capitán. Tomaba casi todo el reducido espacio del camarote. Pasando más días en su barco que en tierra, habiendo dormido en callejones y muelles hasta su vida adulta, el capitán se aseguraba siempre de contar con aquel lujo.

Charlotte se mantuvo inmóvil. No intentó salir de la cama. Estaba tan cansada, agotada de llorar, de pensar en Rose, de pensar en sus sentimientos; dolorosos, intensos, arrolladores, hacia ese hombre temible.

Escuchó ruidos de ropa. Él se estaba quitando la ropa. Iba a... a dormir con ella,

como lo habían hecho la noche anterior. Y ella estaba tan cansada. Tanto, que no tenía fuerzas para resistirse. Pero se resistiría. Aunque fuera lo último que hiciera.

Sus ojos se cerraban de agotamiento. Debía ser la media noche o tal vez más. Había perdido la noción del tiempo.

Sus ojos se cerraban, estaba exhausta.

Salvatore, llevando aún los calzones, pues no sería capaz de dormir con ella desnudo, se tumbó a su lado.

Charlotte tensó su cuerpo ante la cercanía de él y llevó sus brazos a su pecho, como forma de protección. Su respiración se hizo más rápida a pesar del agotamiento, cerró sus ojos con fuerza. Y todo como si así pudiera proteger su corazón y su cuerpo de ese hombre, cuyo aroma, voz, besos y tacto, jamás olvidaría.

Muy pronto él acarició la mejilla blanca y tersa de ella, con su mano enorme, morena, grabada con las cicatrices de su violento pasado y presente. Sus ojos negros observando, con anhelo, con oscura fascinación, cada detalle del rostro angelical.

—Ah, *angelo mío*, a veces creo que no es posible que existáis... que el ron me juega una mala partida y solo sois un sueño. No voy a haceros nada malo... no me temáis esta noche ni ninguna otra.

Charlotte abrió los ojos y entonces se relajó y se dio la vuelta para estar cara a cara. Levantó su mano llegando a tocar la barba de él con la yema de sus dedos.

—Por favor —susurró—, dejad que vea a Rose... por favor.

—Está bien, milady —dijo él cubriendo con su mano la de Charlotte—. La veréis mañana temprano.

Charlotte asintió, aliviada.

—¿Ha comido? Ella siempre tiene hambre y...

—No tengo intención de matar de hambre a la monja —respondió de mal humor—, aunque no os niego que me complacería.

Ella no podía dejar que el miedo la invadiera. Debía ayudar a Rose. Así que volvió a preguntar.

—¿Tiene abrigo? Hace frío, y teme a la oscuridad.

Él sonrió al mirar la esperanza brillar en los ojos de ella.

—La monja está cautiva en las bodegas, pero sé que la necesitáis, *angelo*, y solo por eso he dado órdenes de que le dispensen comida y abrigo. El pequeño bribón se está encargando de ello. Posiblemente le hará compañía esta noche. No lo he prohibido.

Y la sonrisa de Charlotte al oírlo iluminó el negro corazón del pirata.

—Entonces no está sola. ¡Alabado sea Dios! Hazhim le acompaña esta noche, y ha comido, y al menos tiene abrigo. Gracias.

Lo tenía muy cerca, podía sentir la tibieza de su aliento y su respiración en su rostro.

Se hizo el silencio de nuevo. El choque de las olas sobre el costado del navío se convirtió en el único vestigio de vida. Eso y sus respiraciones acompasadas.

Él la miraba a los ojos.

Charlotte oyó un gemido emerger en la oscuridad. Y seguidamente sus labios fueron cubiertos por aquella boca masculina, firme y dura. Fue rodeada por aquellos brazos fuertes e implacables.

Salvatore posó sus labios en los de ella, con apremio, esperando la respuesta, esperando. Ella lucharía, se dijo Charlotte. Se resistiría a él. Sí, lo haría por Rose. Pero cerró los ojos, alzó de nuevo su mano y acarició el rostro barbado del hombre que había encerrado a Rose, que la había enviado cruelmente a las oscuras bodegas como castigo. Ella lucharía, sí.

Que Dios la perdonara entonces por su traición a su amiga, porque ella cedió a los labios del hombre al que amaba. Cuando él percibió la claudicación del ángel, otro gemido de excitación, de posesión, surgió de su ser. Él tomó los labios ansiados, la boca fresca y suave que tan voluntariamente se abrió a su invasión, y le introdujo la lengua con movimientos lentos, intensos, hundiéndose más y más en ella. Se movió lentamente, se fue poniendo encima de ella, cubriéndola con su enorme cuerpo, su mano encontrando el dobladillo de las faldas de su vestido, introduciéndose ladinamente, tocando una pierna suave y esbelta, subiendo por el muslo hasta llegar por encima de la rodilla donde lo recibió la piel más tersa y fresca que él hubiera tocado alguna vez.

Charlotte sintió la enorme mano, de fuertes y largos dedos, introducirse por su ropa interior y cerrarse en su nalga, luego en su cadera. Ese contacto la trajo de nuevo desde el abismo a la realidad. Lo escuchó murmurar. Lo escuchó decir vulgaridades, cosas irrepetibles que quería hacerle. Se las decía a ella, al oído, su voz ronca y grave.

—No... —dijo Charlotte luchando para encontrar la luz en aquel oscuro túnel de intensos sentimientos. Y apartó su rostro de él, e interpuso sus brazos entre los cuerpos. No podía perder la poca dignidad que le quedaba, después de acceder a aquella concupiscencia, de traicionar a Rose, a Dios, y a sí misma—. Por favor, no.

Lo sintió tensarse sobre ella, y después de oírle gruñir imprecaciones indecibles, se retiró de encima de ella, pero la atrajo aún más y la estrechó para decirle de nuevo al oído...

—Ah, *bellezza*, no sé de dónde vienen mis fuerzas para dejaros en paz y no tomaros ahora mismo. Podéis dormir tranquila, porque no soy un inepto que no controla sus deseos. Por ahora. Dormiréis en mi cama ¿*capissco*?, ¿entendido? La puerta está

cerrada y no encontrarías la forma de abrirla.

Charlotte asintió quedamente. No tenía fuerzas para intentar huir.

Y bajo la mirada intensa y oscura del hombre temible que le había arrebatado la libertad, su voluntad, su destino y el corazón al completo, ella fue cayendo en la dulce paz del sueño.

El hombre que la contemplaba, aunque extenuado como ella, no concilió el sueño hasta bien entrada la madrugada en alta mar. Sus pensamientos se dirigían hacia la mujer que tan apaciblemente yacía en sus brazos. Una mujer que no había tomado aún pero que sentía suya como nadie más. También estuvo pensando en Abdelkader y el acecho del *Asram*. Acabaría con ese bastardo por cruzarse en su camino. Pronto, en muchos puertos y muelles, se sabría la afrenta que el otomano le había causado intentando arrebatarse lo suyo. La experiencia le decía que otros intentarían lo mismo porque en el mar de los piratas solo valía aquel que mataba más, el más inclemente, el más cruel. Acabaría con ese perro, se dijo volviendo a contemplar la espalda y el torso delicado de Charlotte. Acarició su largo pelo y lo hizo a un lado para poder tumbarse detrás de ella y echar un brazo posesivo a su cintura. La acercó y la estrechó en su cuerpo como si hubieran nacido para eso. Pronto mataría a ese bastardo, sí, y pronto se llevaría al ángel muy lejos, donde nadie, ni siquiera un poderoso barón inglés, pudiera encontrarla jamás.

CAPÍTULO 25

El barón Campbell, a través de su secretario, envió a varios marineros sin trabajo en busca de noticias del paradero del Cuervo y su navío. Podían pasar años, incluso podría no volver a verla jamás. Lo sabía, era consciente de ello. Pero el barón se aferraba al mensaje que aquel mezquino y miserable hombre le había enviado con el capitán David. El pirata le contactaría pronto para acordar los detalles de la entrega del oro y a cambio devolverle a su hija. Su única hija.

En Newport pronto corrió la noticia. El barón Campbell, a quien seguían reconociendo su título, aún allí en aquellas tierras donde se proclamaban todos como iguales, tenía una hija en Inglaterra que había sido capturada por piratas en el trayecto.

—¡Por Dios, Michael!... No os podéis imaginar la vergüenza que he pasado esta mañana mientras tomaba el té con la Sra. Wanderson.

—¿Qué ocurre, Maddie?

Madelaine entró contrariada en la biblioteca, mientras el barón volvía a tomar tinta con la pluma y se disponía a concentrar de nuevo su atención en la nota que escribía. Su esposa, abanicándose repetidas veces, se quitó los guantes y cerró finalmente su finísimo abanico. Se presentó con actitud hostil ante él.

—La Sra. Wanderson me dio sus condolencias y me manifestó su preocupación y la del resto de damas de esta ciudad ante... la situación de vuestra hija.

El barón dejó la pluma y cerró el tintero.

—Estoy seguro de que le has agradecido debidamente su preocupación.

—¡Michael, no finjáis que no habéis oído lo que se rumorea sobre vuestra hija! Ha sido capturada por piratas... ¿imagináis lo que dice la gente?, ¿sabéis que muchas personas no nos recibirán en sus casas con una hija que aparte de ciega, y quién sabe si también loca, llegará mancillada y ultrajada? Aunque como es una estúpida, tal vez puedan perdonarnos y entenderlo.

—Maddie, os agradecería que no os refirierais a mi hija de esa forma.

—Vos mismo lo habéis hecho...

—No he dicho que sea estúpida o esté loca, sino que ya debe serlo. Hace muchos

años que perdió la vista y ha vivido aislada en... en aquel lugar.

El barón recordó los gruesos muros de la abadía, el permanente cielo nuboso, la soledad. El lugar donde había dejado abandonada a su mayor responsabilidad, al único ser que llevaba su sangre: su hija.

—No solo vamos a tener que soportar las murmuraciones y la pena de los demás por una hija ciega, sino que ahora tendremos que soportar las murmuraciones sobre lo que esos hombres le habrán hecho.

Por su propia salud mental, el barón no quería pensar en lo que esos hombres podrían haber hecho a su hija. Podrían... no, lo que seguramente le habían hecho. Porque para nadie era un secreto el horrible destino de las mujeres cautivas de esos demonios. Y oírlo todos los días de la boca de su esposa era algo que podía llegar a destrozarlo.

—Por Dios, Maddie. Es posible... tengo fe en que no han hecho daño a mi hija ni a la monja que la acompaña.

—Pues yo no tengo ninguna fe, Michael. Estáis siendo iluso. Posiblemente ni siquiera volvamos a tener noticias de ella.

—Ese hombre... el pirata, dijo a Davis que tendría noticias de mi hija y que sería pronto. Ya nos acercamos al otoño.

—¿Y para cuándo esperáis vos y el almirante a que ese hombre os envíe un mensaje?

No tenía respuesta alguna para eso. Solo le quedaba rezar por su hija y esperar a que rindieran frutos sus esfuerzos por encontrarla.

—Ese rufián no dijo fecha alguna, pero no voy a esperar a que se ponga en contacto. Voy a encontrarlo... y lo mataré después de que recupere a mi hija.

Cuando Charlotte despertó a la siguiente mañana supo inmediatamente que él no estaba allí. Estaba sola. Abrió los ojos y estiró lentamente un brazo, extendió su mano justamente a su lado donde aún podía sentir la forma en la otra almohada. La extendió después hacia el colchón, que también guardaba la forma y la tibieza que el otro cuerpo había dejado. Sintió aquel aroma a cuero, tabaco y mar llegar a sus sentidos y no pudo evitar recordar, anhelar y sentir vergüenza, sentir la pena en su corazón y en su conciencia. Había yacido una noche más al lado de un hombre, de aquel hombre. Aquello era pecado en sí. Un pecado mucho peor tratándose de él. Su pecado residía en no haber puesto la debida resistencia, en claudicar tan fácilmente, en recibir con añoranza el calor y los brazos de él. «Él —pensó Charlotte—. El hombre que amaba». Un hombre malvado por actos y convicción.

Hazhim utilizó el toque secreto a la puerta con el que se anunciaba y mediante el cual Charlotte podía reconocerlo.

—¿Milady, puedo pasar?

—Sí, Hazhim. Por favor.

El pequeño grumete accedió al camarote del capitán portando un cubo con agua caliente y otro con agua fría, agua dulce para el aseo de Charlotte.

Hazhim la encontró incorporada en la cama, vestida, tal y como la había dejado la noche anterior.

—Buenos días, Hazhim. ¿Cómo está Rose?

—Oh, la hermana está inquieta, milady, pero anoche estuve a su lado. No debéis preocuparos por ella. Pero desea veros.

Hazhim la vio sonreír aliviada al oír aquello, esa sonrisa iluminó su pesar. La vio intacta. El capitán no le había hecho daño. Lo supo al verla. Entonces fue él quien sonrió con gran alivio.

Hazhim se había quedado agazapado durante la noche, cerca del camarote del capitán, prestando atención a cualquier ruido que escuchara dentro y que le indicara que lady Charlotte necesitaba ayuda. Él admiraba al capitán Cuervo, lo adoraba como a un Dios, pero la dulce dama le había llegado muy al fondo de su corazón infantil y él la protegería inclusive del mismo hombre a quien debía ser leal y obedecer. Pero no oyó nada durante la noche desde el camarote. Y en ese momento ella le sonreía y él suspiró de alivio y alegría.

—He traído el agua dulce... Os la envía el capitán, milady. La dejaré cerca y ahora iré a buscar el desayuno. Regresaré enseguida. También llenaré la jarra para que bebáis.

Hazhim vertió agua en la jofaina, un poco de la caliente y otro de la fría.

Charlotte tomó el paño limpio que le tendía el niño, acarició después su cabeza con su mano y luego dejó que este saliera para comenzar a asearse.

Se acercó al baúl que Hazhim había trasladado el día anterior, cuando ella creí que ocuparía el camarote del capitán junto a Rose. Con las manos alzadas fue tanteando a su alrededor hasta hallarlo. El camarote no era grande y era fácil encontrar los objetos. Tocó la tapa del baúl y se arrodilló frente a este. Lo abrió y tanteó de nuevo haciendo uso del tacto para encontrar ropa interior limpia y otro vestido. Era capaz de vestirse sola, las monjas le habían enseñado. Ella no vestía como las damas de la época. Prácticamente usaba las vestiduras más sencillas sin aparatajes ni artilugios. No había necesidad de ello viviendo en la abadía. Se vestía sola, sí, aunque el resultado final siempre era objeto de inspección por alguna de las hermanas: un lazo mal hecho, un botón fuera de su ojal. En ese momento no tenía a Rose para que

hiciera la pertinente revisión, así que confió en que todo estaba en su lugar. Lo que quería era salir cuanto antes a ver a Rose. Lo demás no tenía importancia.

Peinó su larga cabellera con su cepillo, el cual también había sido llevado al camarote. Se trenzó el pelo en una sola trenza que hizo caer después a su espalda y buscó su estola. Con ella se cubrió la cabeza y los hombros, como la hacía cada mañana en la abadía. Y esperó la llegada de Hazhim. No podía comer pensando en Rose encerrada en las tenebrosas bodegas de aquel navío, rodeada de marineros que podían hacerle daño. Así que solo tomó el té y por necesidad de poner algo en su estómago vacío. Deseaba que la llevaran cuanto antes al lado de la monja.

—No, milady —había dicho Hazhim—. El capitán ha dado órdenes para que suban aquí a la hermana Rose. ¡Él no permitiría jamás que bajéis a las bodegas!

—¿Va a liberarla entonces? —preguntó Charlotte con una enorme llama de esperanza en sus ojos.

—Me temo que no, milady. Ha dicho que no debéis bajar a las bodegas. Eso es todo.

El grumete vio cómo se borró la esperanza y la sonrisa de los dulces labios.

—¿Entonces... va a mantener a Rose allí? —preguntó de nuevo con tristeza.

—¡Pero Rose no estará sola, milady! El capitán ha dicho que puedo hacerle compañía siempre y nadie de la tripulación le hará daño. Guido también ha bajado a verla esta mañana y ha advertido todos de que si se acercan a ella serán azotados en el mástil. Él mismo lo hará, dijo.

Aquello era al menos un consuelo para Charlotte. Pero no para Rose, pensó ella. Rose debía estar muy asustada y compungida, odiaba los espacios cerrados y temía mucho a la oscuridad.

—¡Id a buscarla entonces, Hazhim, por favor. No os retraséis más!

Dicho aquello, Hazhim salió del camarote rumbo a las oscuras y nauseabundas bodegas del navío en busca de la hermana Rose.

Charlotte no pudo más que caminar a ciegas, literalmente hablando, con sus manos levantadas, temiendo golpearse con algún objeto que no recordara. Aunque en aquella estancia no habían más que la cama, la jofaina, un escritorio y una silla. Y en ese momento el baúl.

Cuando escuchó el toque de la puerta, Charlotte se recogió las faldas de su vestido y corrió a abrir como si no fuera invidente. Ya había memorizado el corto recorrido. Cinco pasos exactamente.

—¡Milady! —gritó con desgarró Rose y se echó a los brazos de Charlotte.

—¡Oh, Rose!... oh, Rose, Dios mío... ¡estáis bien! ¡Oh, Rose, todo ha sido mi culpa! ¡Perdonadme, por favor!

Ambas mujeres se abrazaron.

Hazhim se fue en silencio, dejando que las damas se reencontraran y pudieran hablar en privado.

—Charlotte... Oh, Charlotte, ese hombre... ese demonio me ha encerrado. ¡Oh, no sabía qué había hecho con vos! Creí que enloquecería...

—Estoy bien, Rose.

Rose la tomó de las manos y juntas se sentaron en las únicas dos sillas de la limitada estancia. Observando de arriba a abajo a Charlotte, la monja buscó y buscó cualquier signo de violencia en ella.

—Ese hombre os ha obligado a yacer una vez más con él. ¿Acaso ha...? ¡Oh, mi niña no podría soportarlo!

—¡No, Rose! —la tranquilizó Charlotte sabiendo a lo que se refería—. No me ha hecho... nada. Es cierto que no pude evitarlo... he pasado la noche a su lado —susurro avergonzada—. Pero no me ha hecho nada más.

Rose apretó las manos de Charlotte aliviada y después para infundirle valor.

—No tenéis nada de qué avergonzaros, milady. Ese demonio os ha forzado a compartir su lecho del infierno. No es vuestra culpa. ¡Oh, milady, creí que moriría de angustia en las bodegas pensando en las atrocidades que podría hacer os ese demonio!

—Todo ha sido mi culpa, Rose. No debí pedirte que escapáramos en la isla...

—¡No! Todo es culpa de ese engendro sanguinario, Charlotte. ¡Oh, que el Señor nos ampare! He oído a los hombres de este barco. —Rose bajó la voz para que solo Charlotte pudiera oírla. Se acercó más a ella y le dijo en un tono aterrado al oído—. Oh, niña... sí supierais lo que hizo ese hombre a los otomanos en la isla. ¡Oh, Dios, estamos en manos del diablo, estoy segura de ello! Oh, que Dios tenga misericordia, Charlotte, hemos sido unas ingenuas. No podéis imaginar lo que he oído. Todo lo que ese hombre hizo.

—¿Rose... de qué habláis? —Charlotte frunció el ceño, extrañada—. No os comprendo. Esos hombres escaparon...

Pero Rose comenzó a relatar con todo detalle lo que los marineros del *The Stronghold* hablaban mientras realizaban sus tareas cerca y encima de las bodegas. Rose lo había oído en la playa, pero muy someramente. Había oído detalles, todo desde su cautiverio. Sí, los hombres no paraban de hablar de ello con una repulsiva y maligna admiración. Habían presenciado con los catalejos lo que había ocurrido en la playa de Sol esa mañana.

Y Charlotte, después de oír todo aquello, cerró sus ojos. Un profundo dolor, como un puño de acero, se cerró sobre su alma. Escuchó en silencio, uno a uno, los actos sanguinarios y diabólicos que habían ocurrido en su presencia, ante su invidencia.

Todos los había cometido... él.

Rose le relató sin omitir detalle, por horrendo que fuera, ni palabra alguna aun siendo soez, sobre la forma en que el capitán había degollado sin piedad alguna a los cuatro hombres del *Asram* en la playa. Y después había regresado junto al hombre moribundo, el que se llamaba Nasser...

Charlotte creyó que el infierno caía sobre ella mientras oía el horroroso relato, el destino que había tenido Nasser. Y todo había ocurrido en su presencia. Ella había estado allí, ciega, sorda, asustada, depositando toda su confianza en... él. Recordó cómo la había envuelto en sus brazos en la cueva, le había curado sus heridas y protegido durante la noche, le había confiado la historia de su madre. Y ella, ingenua y confiada, había encontrado solaz y tibieza en esos brazos implacables, había creído que él... mientras que él había hecho todo aquello, actos de maldad pura que demostraban que el demonio mismo había ascendido de los infiernos aquella mañana para dirigir la mano de un hombre.

Pensó en él mientras oía aquellas atrocidades. Él había acabado con cuatro vidas cortándoles el cuello, le dijo Rose. Después había... cercenado las manos de un hombre agonizante que no podía presentar defensa. La mente de Charlotte no podía resistir aquello. Él... El hombre cuyas manos la habían tocado donde nadie más lo había hecho. Eran las mismas manos que cometían tropelías. Actos malignos. Y todos los marineros del *The Stronghold*, los hombres que había enviado Francine Gaspard, todos lo habían visto desde el otro lado con los catalejos, mientras ella, ignorante de todo, lo esperaba. Él le había mentido de nuevo. «Los otomanos han escapado», le había dicho. Una lagrima corrió por su mejilla. No era más que una ciega a quien podía engañar fácilmente.

Charlotte creyó que perdería la conciencia mientras oía a Rose hablando desesperadamente, horrorizada, de todo aquello.

—Oh, milady, tenemos que buscar la forma de enviar un mensaje al barón. Es nuestra única esperanza. Estamos en manos de hombres del demonio que no temen a Dios. Y ese hombre no solo mata por convicción, sino que disfruta de ello. Es un hombre malvado, Charlotte, sin alma, como todos los que abordan este navío del infierno. ¡Que Dios se apiade de nosotras!

Charlotte estaba en estado de estupor.

—¿Charlotte, acaso no me escucháis? Tenemos que enviar un mensaje a vuestro padre. He oído que nos dirigimos a un lugar llamado Nueva Orleans... ¡en las colonias, milady! ¡Vuestro padre está en las colonias!, ¿no lo comprendéis?

Pero Charlotte no podía contestar porque aún pasaban por su mente los sentimientos que albergaba por él, las sensaciones a sus caricias, los recuerdos de su

voz, el tacto de su rostro. Cerró los ojos, y recordó tan vivamente las formas de sus hombros, sus brazos, su cara barbada. Era un hombre malvado, le dijo su conciencia, realmente malvado, sanguinario, cruel. Era todo y muchas más de lo que había oído decir a algunos hombres y criados en la Posada de Francine. Todo era cierto.

—¿Charlotte?

—Sí, Rose —pudo decir, aunque su voz no era más un fino hilo casi inaudible.

—¿Acaso no me prestáis atención?

—Sí, Rose... os escucho.

—Tenemos que enviar un mensaje a vuestro padre avisando de nuestro paradero. Nos dirigimos a Nueva Orleans, ¡eso está en las colonias, según he oído! No puede ser imposible que encontremos a alguien que le envié el mensaje. Sabemos que el barón se encuentra en un lugar llamado Newport. Es la única esperanza que tenemos.

Charlotte se obligó a respirar de nuevo, comenzaba a temblar.

—Sí —asintió con esfuerzo—. Tal vez podamos enviar un mensaje a mi padre, pero tendremos que esperar a tomar tierra, Rose. Y tendremos que buscar a alguien que desee ayudarnos. O tal vez deberíamos esperar a que... a que él contacte a mi padre.

—¡No!... no podemos esperar. —Rose tenía el terrible presentimiento de que ese hombre no iba a contactar al barón. Al menos no para entregar a Charlotte. Lo presentía cada vez que lo veía mirar a su niña. Había avidez en aquellos temibles ojos negros, deseo oscuro e indecente, maligno... posesión.

Antes de que Rose se marchara, Charlotte la detuvo tomando de nuevo sus manos.

—Ahora debo marcharme, antes de que ese demonio aparezca.

—¡Oh, Rose, haré lo posible por ayudaros, por convencerlo de que os deje en libertad!

—¡No, niña! Estaré bien. Algunos marineros italianos acudieron anoche a mi celda para orar. Deseé gritarles y pedirles que se fueran. Pero son almas descarriadas, perdidas, que un día tuvieron familia y personas a quien amar. Tal vez regresen hoy para la oración de la tarde. Al menos tendré esa compañía. Y el pequeño también acude. No os arriesguéis más por mi ante ese hombre, ¡prometédme!

Pero Charlotte no podía prometer algo que no pensaba cumplir. Intentaría la libertad de Rose. No sabía cuánto tiempo tardarían en llegar al próximo puerto. Y por ello hizo silencio.

Rose, aunque muy asustada, lo comprendió y salió del camarote tan pronto escuchó el toque de Hazhim, quien la conduciría de nuevo a su frío y oscuro cautiverio.

Cuando escuchó que Rose se alejaba, sintió que todo el esfuerzo que había hecho por mantenerse serena ante la monja se desvanecía. Y el sollozo que había reprimido escapó finalmente de su pecho y de su alma. Las palabras de Rose, los actos

horrendos que él había cometido vinieron en tropel a su mente. Se llevó el puño a la boca y se ahogó silenciosamente en su pesar. Cubrió su rostro con sus manos y lloró amargamente. Por él y por ella. Por amarlo a pesar de todo.

El viaje hacia Nueva Orleans continuó una semana más. El capitán dejaba el camarote cada mañana y volvía por la noche. Y Charlotte fingía estar dormida en cada caso. Él estaba cumpliendo su promesa de no tomar aquello que no le sería dado por voluntad propia. Aunque hasta cierto punto podría considerarse que la cumplía a medias, pues cada noche él se desnudaba hasta quedar en calzones y se metía en cama, y aunque ella se situaba lo más lejos posible de él, casi en el borde del colchón, él echaba uno de sus enormes brazos sobre su cintura y la acercaba, estrechándola posesivamente contra su cuerpo, encajándola en su regazo. Y cada noche, cuando la estrechaba y ceñía, ella sentía perfectamente el roce de su hombría dura y en estado de excitación. La besaba. Ella giraba su rostro. Interponía sus delgados brazos entre ellos. Él notaba su resistencia. Y odiaba más que nada su rechazo, aunque Charlotte no le había revelado lo que sabía. Entonces él tomaba su rostro entre sus manos y la besaba de nuevo. Ella cerraba fuertemente los ojos y se tensaba, conteniendo la respiración. Pero cada noche terminaba por vencerla. Lo que sentía por él era más poderoso que cualquier otro sentimiento. Y por ello se deshacía en aquellos brazos, entre aquellas manos que habían cometido aquellos actos. Y lo aceptaba en su boca y en su pobre corazón. Recorría su rostro barbado con sus manos mientras lo besaba. Y acariciaba aquellos hombros inmensos y poderosos. Seguidamente, como cada noche, lo oía gruñir imprecaciones y lo sentía separarse de ella con ira y cansancio. Sabía que la contención de él estaba llegando a su límite. Sin embargo, ella ninguna de esas noches temió por su persona. Se quedaba despierta hasta que oía la respiración de él acompasada y tranquila, y una vez que estaba segura de que estaba dormido volvían las lágrimas silenciosas, corriendo por sus mejillas.

Después de varias noches, Charlotte pudo comprender la honda desilusión que había arraigado en su alma. Era una desilusión más profunda e hiriente que aquella que había experimentado cuando él había administrado el horrible castigo al marinero desobediente. Él había sido implacable con aquellos hombres. Los otomanos. Y había... disfrutado de ello, le dijo Rose, según había oído a los hombres del navío. Charlotte no seguiría negándose la verdad. Era un hombre malvado, que no conocía la bondad, cruel, indigno de todo sentimiento loable y puro como el amor. Y ese hombre no había tomado su cuerpo, pero si algo más eterno. Había tomado ya su corazón. ¿Cómo podía ella rendirse ante sus brazos cada noche, aceptar sus besos,

tocar su alma como él tocaba la suya? ¿Por qué su corazón olvidaba que aquellas manos habían cometido tropelías indecibles, malignas, y después ella misma aceptaba y dejaba que la acariciaran? No encontraba respuesta para nada. Tan solo oraba cada noche pidiendo al Señor misericordioso que se apiadara de ella... y de él.

Salvatore cada mañana salía del puente de mando y contemplaba a Hazhim llevando a la monja entrometida hacia el camarote para ver a *Carlotta*. Él había autorizado esas visitas solo por el ángel. Cuando terminaba ese encuentro, su ángel solo salía algunas tardes para tomar el aire, siempre acompañada del grumete. Él la veía sentada en una banqueta de la cubierta de estribor y guardar silencio, oyendo a las olas chocar con el costado del navío. Parecía que meditaba, pero no era así, él lo sabía. Era pena y tristeza lo que sostenía ese silencio. Hazhim le había dicho que no hablaba con él y que comía poco. Salvatore sentía que la conocía profundamente. Ella era así, comía poco cuando estaba triste y en lugar de mostrarse hostil ante la situación, su ángel guardaba una silenciosa melancolía. Él la observaba como siempre, su mirada intensa, cruel y oscura, y algo más rompiéndose en su interior cuando la veía sufrir. Sabía que su dama sufría por el cautiverio de la monja. Pero había algo más. No quería verla sufrir. Él jamás había sentido aquello por una mujer.

Por su parte, él nunca acudía durante el día al camarote porque no se creía capaz de compartirlo con ella sin perder el control y dejarse arrastrar por el fiero deseo que sentía. Quería obligarla a sonreír, una sonrisa para él como aquellas que le había dado en la cueva y en la laguna. Cada noche lo enloquecía más y más el tenerla en sus brazos, llenarse con su aroma, tocar su suavidad. Pero al mismo tiempo odiaba que ella lo rechazara. Ella tensaba su cuerpo en rechazo e intentaba apartarse de él. Después la oía llorar. Ella pensaba que no, pero él sí la oía. Y su negro corazón se partía porque conocía el motivo de su melancolía, de la desilusión en sus luminosos ojos, de su llanto, de la presunta indiferencia con la que ella había comenzado a tratarlo. Odiaba oírla llorar. Conocía el motivo, pero había algo más. Estaba seguro de ello. Había algo más que la hacía sufrir de aquella forma. ¡Condenada mujer!, se decía cada vez la oía llorar en silencio.

Hasta que faltando un día para arribar al puerto de Nueva Orleans, lo supo. No porque alguien se lo hubiera dicho, sino por deducción. Lo había visto en los ojos de la monja cada vez que abandonaba el camarote y era llevada a las bodegas.

Ella pasaba por el puente de mando junto al grumete y lo miraba. Había triunfo en aquellos ojos contritos. La monja se lo había contado todo a Charlotte. Todo lo ocurrido en la playa de Sol. Lo sabía cómo si hubiera estado allí mientras se lo contaban. Había sido la monja estúpida la encargada de exponer el asunto. Lo habría oído de boca de sus hombres mientras estaba encerrada en las bodegas. Era imposible

estar encerrado allí sin enterarse del acontecer en el navío. Todo se oía desde allí.

El odio que ya sentía por la monja creció alcanzando cotas terribles. Cada día se planteaba deshacerse de ella en cuanto llegaran a Nueva Orleans. Esa mujer era muy peligrosa. Estaba seguro de ello. Esa mujer tenía influencia sobre su ángel. Ella intentaría una vez más llevarse lejos a Carlotta. Tenía la certeza de ello. La muy estúpida no había comprendido aún que Carlotta ya era suya.

Tenía que deshacerse de ella, pensó mientras fumaba uno de sus puros. Sí. Lo haría cuando fuera el momento.

Salvatore no dejaba el puente de mando. Fumaba mientras tomaba el timón y el mando del navío, bebía ron y té, comía en el puente de mando y no perdía de vista al *Asram*, que les seguía. Podían divisarlo como un punto negro en la lejanía con un catalejo. Estaba a menos de dos días y medio de distancia de ellos. Pero en lugar de sentir temor, el capitán Cuervo sonrió. Abdelkader estaba haciendo aquello que él quería.

—Seguidme, bastardo... venid que os estaré esperando —murmuró satisfecho mientras bajaba el catalejo y se llevaba el puro a la boca para darle una calada y expulsar después el humo.

Y cuatro días después...

—¡Tierra! —gritó el vigía del *The Stronghold* desde la cofa.

CAPÍTULO 26

Se oyó un rugido enérgico. Vítores y palabras soeces se mezclaron. La tripulación del *The Stronghold* celebró la buena nueva y comenzó la actividad para acercar el barco a la zona de fondeo...

—¿Creéis que ese demonio va a dejarme encerrada en las bodegas mientras todos bajan a tierra?

Ambas mujeres, Charlotte y Rose, tomadas de las manos, oyeron el aviso del vigía.

—No lo sé, Rose... ¡pero no voy a permitirlo! Hablaré con él. Se lo rogaré de rodillas si es necesario.

En ese momento la puerta del camarote se abrió de golpe. Y Rose soltó un chillido. Charlotte, al contrario, se mantuvo serena. Sabía que era él quien estaba allí, y adoptó la postura que le había ayudado a pasar cada noche anterior.

La monja vio en el marco de la puerta la figura enorme y oscura del capitán, miró la daga y la pistola en la faja que rodeaba su casaca negra, el tricornio negro calado hasta las cejas, las gruesas piernas separadas en aquella postura arrogante que solía mostrar. Rose tragó en seco para aligerar su garganta y no tuvo valor de mirarlo a los ojos. Siempre le inspiraba un profundo miedo, y recordó lo que era sentir sus enormes y mortales manos apretando su cuello robándole la vida, la mirada maligna de aquellos ojos negros... Exactamente igual que en esos momentos.

—Fuera —masculló el capitán, quien tenía la vista clavada en Charlotte, pero Rose supo que era a ella a quien daba la orden displicente—. Guido os escoltará a tierra.

Rose asintió y se apresuró a poner una mano en el hombro de Charlotte en señal de despedida. Ninguna sabía si en tierra estarían juntas o si el cautiverio de Rose se prolongaría.

Cuando la mujer abandonó el camarote, Charlotte oyó la voz de Guido afuera dando órdenes para bajar los botes.

Y ellos dos se quedaron solos. Charlotte se puso de pie lentamente y se ajustó la estola con la que se cubría la cabeza y los hombros. Podía oír la respiración de él, podía percibir su presencia, su aroma, como jamás había podido hacerlo con otro ser humano. Cerró los ojos en un intento de evadirse de él, de su cercanía. Pero aquello

fue imposible porque él ya estaba allí, casi tocándola.

—Hemos llegado a destino. Vamos a bajar, *Carlotta*. Vendréis conmigo.

Ella asintió.

—Estoy preparada —dijo y giró mientras se disponía a tomar un pequeño hatillo que había hecho con sus pertenencias más necesarias.

Él interceptó su mano y cerró sus dedos en la frágil muñeca.

—¿Eso es todo lo que vais a decir, milady? Hace una semana que no me dais más que algunas palabras. Creo que ya ni siquiera recuerdo el sonido de vuestra voz.

—Ya no tengo nada que deciros —susurró ella. Ni siquiera había alzado su rostro para hacerse oír.

Salvatore apretó los dientes, y su boca de labios finos pasó a formar una mueca temible.

—¿Así que no tenéis nada que decir? —Entonces tomó su muñeca y la hizo voltearse bruscamente para estrecharla contra su torso y obligarla al contacto de sus cuerpos.

Charlotte quedó con ambos brazos aprisionados contra aquella muralla que era el pecho de él. Y él la rodeó con el otro brazo por la cintura y la ajustó aún más. Ella sostuvo el aliento.

—¿Qué os ocurre, *angelo*? He sido paciente con vos, y juro por todos los infiernos que mi alma arda en ellos si miento, que no soy un hombre paciente. He cumplido la promesa hecha... No os he tomado contra vuestra voluntad. Entonces... ¿por qué me flageláis con vuestra indiferencia?

La coronilla de la cabeza dorada de Charlotte apenas le llegaba a él más abajo del hombro, así que la alzó en volandas para tenerla a su nivel. Pero Charlotte apartó su rostro, lo giró a un lado, intentando mantenerse todo lo apartada posible y empeñada en no decir nada.

—¿Así que habéis decidido no hablarme, eh? ¿También habéis decidido manteneros tan fría como las madrugadas en alta mar?

Charlotte se mantuvo serena, sin pestañear siquiera. Y aquello desató la ira del pirata.

—¡Me habéis tomado por un imbécil, *Carlotta*, creyendo que voy a soportar que me ignoréis!... ¿Es que mi paciencia no tiene valor para vos? ¡Eso es porque sin duda aún no conocéis con quién jugáis!

Pero ella continuó en su sereno silencio, haciendo crecer la ira del capitán.

Él la dejó posar los pies de nuevo en el suelo, pero no la había soltado ni un poco, al contrario. Se quitó la daga y la pistola, las lanzó en la cama rápidamente y luego tomó la cara de Charlotte entre sus enormes manos.

Y ella sintió el roce de su barba, y luego los labios finos y duros, exigentes, violentos, tomar los suyos. Esta vez encontraría fuerzas para resistirse, se dijo. Y entonces comenzó a forcejear para apartarlo, a forcejear entre sus brazos implacables para evitar ese beso agresor que le dolía y que también le hacía sentir lo que no quería sentir.

—¡Soltadme! —gritó ella y se revolvió con todas sus fuerzas.

—¡Ah, mujer testaruda... vais a responder queráis o no, *por la putta vita mia* que lo haréis!

En lugar de acatar sus ruegos, él arrastró sus labios por el cuello de Charlotte, mientras ella se resistía entre gemidos de horror. Los de él eran gemidos de puro anhelo.

—¡Soltadme... no me toquéis más! ¡No me toquéis con las mismas manos que arrebatan la vida de otros hombres y gozáis con ello! ¡Vuestras manos están llenas de sangre y de maldad!

Salvatore se detuvo subrepticamente, levantó el rostro y la miró a los ojos, y susurró con la voz ronca mientras contenía la agitada respiración.

—Mis manos se llenan de sangre, *Carlotta*, cuando alguien intenta arrebatarme lo que es mío.

—¿Lo vuestro?

—Sí, milady... lo mío.

—¿Y qué ocurre cuando sois vos quien arrebatara lo de otro?

—Yo no arrebato, *Carlotta*, yo tomo...

—¿Cómo lo habéis hecho conmigo y el mercante del capitán Davis?

—Si ese imbécil hubiera tenido un poco de hombría, se habría opuesto a mí, pero os entregó a vos y a su navío como un cobarde. Yo jamás habría permitido que otro hombre tome mi barco y menos... a vos, porque lo habría cortado en pedazos antes de que extendiera su brazo para tocaros.

Ella cerró los ojos con dolor. Y respiró profundo. No podía esperar más que esas palabras de él. Era lo natural. Y saber aquello le lastimaba el alma.

—Por supuesto... —logró susurrar ella—. Eso es lo que haríais... por lo que es vuestro. Y yo lo soy. Aunque no sea más que un botín que os reporta ganancias.

—No, *angelo*. —Él acarició el suave arco de la ceja de ella con un dedo, y después lo dejó discurrir hacia el sonrojado pómulos—. Ahora no lo sois. No sois un botín. Ahora...

Charlotte no podía seguir resistiendo el ansia de decirle que sabía todo lo que había hecho él en la playa de Sol. Aunque parecía que ambos lo sabían. Que ambos sabían perfectamente de qué hablaban.

—¿Por qué... *Seilvathore*, por qué habéis cometido aquella atrocidad con esos hombres?, ¿es que solo hay maldad en vuestro corazón? ¿No os pesa la conciencia? Y luego... me mentisteis, porque soy ciega y no puedo ver lo que ocurre a mi alrededor. Debí haceros gracia mentirme...

Lo sintió tensarse.

—Os equivocáis. No me hace gracia alguna mentiros, milady. Ellos... esos hombres, tuvieron justamente lo que merecían —contestó él, implacable.

—Yo os creí aquel día. ¡Creí que los habiais dejado escapar... que había algo bueno en vos! ¡Soy una ciega estúpida! ¡Alguien a quien podéis engañar y mentir... tan fácilmente!

Ella lo escuchó gruñir por lo bajo y maldecir como siempre hacía.

—¡No, *Carlotta*! Solo sois... una buena mujer que cree que aún hay bondad a su alrededor.

—¡Habéis cometido atrocidades mientras yo os esperaba creyendo en vos! Rezo cada noche por el alma de esos hombres, por el alma de vuestro marinero... ¡Y rezo por la vuestra y porque el Señor tenga misericordia con vos el día de vuestro juicio! —La voz de Charlotte se quebró por completo y sollozó con dolor.

—Ah, *angelo mío* —Él dejó caer sus manos para abrazarla—. Es que no lo habéis comprendido aún —le susurró al oído con aquella voz temible y oscura que siempre la envolvía—. Cometeré todas las atrocidades que sean necesarias para poder teneros. Iré al infierno... sí. Eso no me preocupa porque ya lo he conocido en los muelles y en los mares. Yo nací en el infierno, milady. Que no os cause congoja mi destino final.

—¿Es por el oro? —dijo ella con el rostro hundido en su enorme pecho, entre las solapas de la casaca—. Esperáis el oro de mi padre, ¿por eso matáis con tanta urgencia y placer?

El capitán reunió fuerzas para no decirle que no quería el maldito oro del barón. Y que él se la llevaría lejos, muy lejos de su padre.

—Os lo he dicho —respondió—. Mato cuando me desafían. Esos hombres me desafiaron en la isla. Debieron seguir su camino... y yo habría seguido el mío. Así es la ley de los hombres malditos del mar.

Él tomó el mentón de Charlotte y le hizo levantar el rostro.

—Cuando llegué a la playa y vi a ese perro asqueroso sobre vos... ¿comprendéis que la locura casi me toma cuando vi aquello? —Charlotte tembló al oírlo, el miedo la recorrió por completo. Entonces él le dijo al oído—. Si no hubiera llegado a tiempo y ese bastardo os hubiera violado, tomando lo que es mío, lo habría quemado vivo y habría disfrutado enormemente de oírle gritar de dolor mientras su carne y su sangre se calcinan —le susurró maligno. Y Charlotte reprimió un gemido de horror—.

Encontrad solaz para vuestro noble sufrimiento sabiendo que al menos ha sufrido poco y he dejado su cuerpo entero para que lo entierren esos cerdos berberiscos.

Charlotte sollozó al oír esas palabras y se tapó las orejas con sus manos. No quería oír más de aquello. No podía más...

—Soy lo que soy, *Carlotta* —él le retiró las manos de las orejas para obligarla a oírlo—. Os lo advertí... ¿lo recordáis? Mataré al que intente arrebatarme lo que es mío. Mataré a quien intente apartaros de mi lado.

—No... no, no puedo soportarlo... Oh, Dios... yo no puedo...

Antes de que pudiera terminar la frase, ella volvió a sentir cómo él enmarcaba de nuevo rostro entre sus manos y volvía a besarla con fiereza para acallar sus palabras.

—Ah, *Carlotta* —le dijo entre besos intensos, sobre los labios juntos de cada uno—. Me estáis matando, *cara*. Te han contado lo que ocurrió en Sol y, para castigarme por lo que hice a esos perros, fingís que no existo. Y eso es para mí peor que recibir vuestro odio. Lo prefiero entonces, antes que vuestra indiferencia.

—No. No os odio —susurró ella con dolor, en un suave hilito de voz.

«No puedo —se dijo—. ¿Qué más quisiera?». Ella quería sentir odio y repulsa, pero lo único que sentía era una gran desilusión.

—Entonces, *Carlotta*, volved a sonreír para mí. —La besó de nuevo. Y ella se dejó, y peor aún, para su mayor vergüenza y desgracia, le correspondió—. Miradme con vuestras manos. —Él se separó un poco despegando lo justo sus labios de los de ella y tomó las blancas y suaves manos de ella y se las llevó a su propio rostro—. Miradme como lo habéis hecho en la cueva, en el lago. Soy lo que soy, milady. Y no podéis hacer nada. Es la vida que yo y mis hombres llevamos. Miradme.

Y Charlotte suspiró de tristeza, y con resignación mientras abría lenta e inexorablemente sus manos, extendía sus palmas en el rostro barbado cuyas facciones estaban ya grabadas en su mente y en su corazón de forma indeleble y eterna.

—¿Por qué me atormentáis de esta forma? —le preguntó ella mientras lo tocaba y acariciaba su rostro barbado—. ¿Qué queréis de mí que no podáis tomar por la fuerza si así lo deseáis? Entregadme a mi padre, cobrad el oro... Y dejadme ir... os lo ruego.

—No —repuso él, y dejó sus labios de nuevo sobre los de ella sin imponerse, sin usar su fuerza—. No, *angelo*... no puedo. Ni una cosa ni la otra.

Aquellas palabras la confundían. ¿Por qué decía que no podía dejarla ir? ¿Por qué le aseguraba que no podía simplemente tomar aquello que quería de ella? ¿No deseaba él con tanta avidez el oro de su padre... y algo de ella? ¿No le había hecho saber una vez que él podría tomar su honra cuando quisiera? ¿Por qué no lo hacía y terminaba con todo aquello para que ella pudiera reunirse con su padre y, cuando estuviera sola,

podiera recordarlo a él... su malvado y cruel amor? Y pudiera llorarlo y anhelarlo.

—*Cara...* — le dijo sacándola de sus pensamientos tristes—. Decidme que no hay nada en vuestro corazón para este demonio. Decidlo si es así. Porque yo creo que hay algo para mí aquí. —Él deslizó un dedo moreno y grande en el centro del pecho de Charlotte.

Las palabras de él la envolvieron y la llevaron de nuevo a su oscuridad. No pudo decir aquello que él le pedía: «Decidme que no hay nada en vuestro corazón para este demonio... para él».

No pudo decir que no había nada para él. Porque aquello sería una mentira que la consumiría.

—Decid que no hay nada para mí en vuestro puro corazón —la retó una vez más— y yo os dejaré en paz. Pero decid la verdad, milady, porque vuestro Dios no perdona la mentira.

Y Charlotte guardó silencio. Fue todo lo que pudo hacer para no mentir. Y para no declararle sus sentimientos.

Unos segundos de silencio pasaron. Sus respiraciones acompasadas. Ella lo escuchó reír entonces, malvadamente complacido, ante su revelador silencio. Y ella cedió, sí. Dejó que él con su lengua maligna entrara en su boca una vez más, que sus labios tomaran los suyos, que esas manos que habían derramado sangre con crueldad y cometido tropelías indecibles rodearan su cintura.

Charlotte gimió, vencida. Y en un arrebato de angustia y cansancio alzó sus brazos al cuello fornido de un animal de arado, al pelo ondulado y fuerte atado con una tira de cuero en una coleta y se estrechó contra el hombre que sería su perdición. Él sonrió con maldad.

—Ah, *angelo*. Entonces sí hay algo en vuestro corazón para este demonio —le dijo sobre los labios. Las respiraciones agitadas. Sus espíritus unidos—. Decidlo... quiero oírlo de vuestros labios... decidlo...

Alguien tocó en la puerta.

—Por todos los demonios... —espetó el capitán por la interrupción.

Era Guido llamando. Y dijo desde afuera que los botes estaban siendo abordados, que todos lo esperaban. Salvatore se apartó lenta de ella, sin dejar de contemplarla. Y le respondió a su contramaestre:

—¡Enviad a los hombres a tierra! —gritó furioso, pero luego le habló zalamero a Charlotte—. Bajaremos a tierra y os llevaré a un lugar seguro... y entonces podremos... hablar.

Pero él no quería hablar más. Le estaba mintiendo vilmente. La tomaría en Nueva Orleans. Ella se convertiría indefectiblemente en su mujer. No sería empresa fácil.

Porque él nunca había tomado un ángel. Era un bruto. No sabía más que fornicar con mujeres de los muelles, pero tendría que encontrar la manera... porque ella debía darse a él voluntariamente.

La tomó de los hombros menudos bajo sus manos enormes y la sostuvo un momento, pues veía lo azorada que aún estaba después de los besos. Miró sus encantadores labios rosados hinchados y húmedos. «Lo están por mis besos se dijo él con perverso placer».

—Bajaremos a tierra.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella aun aturdida por la fuerza de todos aquellos sentimientos que la embargaban.

—Bajaremos a tierra, *Carlotta* —repitió él con una especie de ternura en su voz—. Os llevaré con un amigo y su familia. Allí estaréis a salvo. Regresaré a buscaros, pero debéis jurarme que no habrá otro intento de escapar. Debo encargarme de Abdelkader. He matado a su bastardo y vendrá a buscar satisfacción a esa deshonra.

—¿Qué vais a hacer? Ese hombre... es como si pudiera verlo. Yo... lo percibí. El mal es dueño absoluto de corazón. ¡Os lo ruego, no acudías a su encuentro!

Charlotte abrió con temor sus ojos. Y Salvatore vio en ellos su aprehensión. Ella temía por él. Nadie había temido jamás por él. A nadie le importó jamás, salvo a su madre, si él vivía o moría.

—Ah, *angelo* —su sonrisa era una vez más una mueca malvada—, no alberguéis temor alguno por mí, porque yo espero al perro otomano.

Antes de que Charlotte intentara decir algo más, él puso un dedo en sus labios hermosamente hinchados.

—Shhhh... venid, milady.

Salvatore escuchó que sus hombres ya se dirigían a bajar por las escalerillas a los botes.

—¿Y Rose?

El capitán la miró.

—Por favor, os lo ruego... dejad en libertad a Rose. Os lo pido por lo que más queráis.

«Lo que él más quería». ¿Alguna vez en su vida hubo algo o alguien a quien él... más quisiera? Recordaba haber sentido algo por su madre, por sus pequeñas y mocosas hermanas. Pero ya no recordaba lo que era eso... «querer».

Miró de nuevo a la mujer que tenía frente a sí.

—Los demonios no pueden querer, *Carlotta*. —Se rascó la barba y se dirigió a la puerta, pensativo—. Está bien, Rose será liberada.

El suspiro de Charlotte fue inmenso y casi llega a caer de rodillas ante él. Salvatore

la detuvo y la alzó suavemente cogiéndola por los menudos hombros.

—Gracias... gracias —dijo ella en voz baja, emocionada—. Os doy las gracias desde mi corazón.

Él apretó los dientes al oírla. No le gustaba que le agradeciera de aquella forma encarecida. Él no era más que un truhan que la había hecho sufrir encerrando a la monja en las bodegas. Y había descubierto... que odiaba verla sufrir. Y que no quería verla de rodillas. Después pensaría en todo aquello que... sentía.

—Recoged vuestras cosas y venid conmigo. Nos esperan.

Salvatore la hizo ponerse de pie y luego salió del camarote confuso con todo aquello.

Charlotte lo oyó salir y cerrar la puerta, también le oyó dando órdenes a los marineros que bajaban por las cuerdas para ir a tierra. Y simplemente buscó encima de la cama su hatillo y esperó a que él regresara a buscarla.

CAPÍTULO 27

Nueva Orleans; Octubre del año 1736.

Desembarcaron del *The Stronghold*, que echó amarras no lejos del puerto oficial de Nueva Orleans, o *La Nouvelle Orléans*, fundada por el señor de Bienville; Jean Baptiste Lemoyne, hacía pocos años atrás, en el 1718. Como ciudad colonial recientemente fundada por los colonos franceses, había sido desarrollada urbanísticamente conforme a cuadras, el método francés. Tenía todo lo que un asentamiento colonial civilizado debía tener: una Iglesia, la de St. Louis Paroisse; una prisión, un Hotel, un periódico que recogía las noticias de la localidad, el edificio de Gobierno, y la gran Plaza *d'armes*.

Pero alledaña a la elegante ciudad fundada por Lemoyne y muy cerca de las plantaciones, había otro asentamiento en las marismas en las que confluía el río Misisipi. Allí, bajo la indiferencia y a veces con la connivencia de las autoridades francesas, los piratas, comerciantes sin escrúpulos, algunos esclavos africanos huidos, colonos españoles, irlandeses y algunos alemanes, habían creado «otra» Ciudad, con «otro puerto» no oficial, donde el contrabando, los negocios turbios, los burdeles y el crimen se desarrollaba con toda normalidad. Aquella otra ciudad estaba gobernada por Aliester Maynarde, un antiguo corsario de la Corona francesa, quien amasó tanta riqueza hundiendo barcos españoles, robando sus tesoros, víveres e información, algo que también había sido de gran satisfacción para las Coronas inglesa y francesa que las autoridades de *La Nouvelle Orléans* le consentían su regencia en aquellos parajes paralelos a una ciudad «civilizada», siempre que mantuviera su dominio y actividades en aquellos parajes.

Allí, en ese inhóspito lugar, bajo la autoridad de Maynarde, a quien el capitán Cuervo había salvado la vida no una sino dos veces, estaban siendo llevadas Charlotte y Rose.

Charlotte fue bajada como siempre, en brazos del capitán, al bote que los llevaría a tierra y que ya estaba ocupado por Rose, Hazhim, Guido, Gennaro, Wilkinson y otros dos marineros argelinos. Otros iban ocupados por media tripulación. El capitán había

dado órdenes de que la mitad de los hombres desembarcaran y la otra se quedaría vigilando el navío y la aparición del galeón *Asram*.

Habían arribado a media tarde así que a medida que se acercaban a la playa Charlotte pudo oír el toque de una música que no conocía, oía actividad además, mucha. Supo que era un lugar con habitantes considerables. Y sabía además que estaban en las colonias. ¿Estaría su padre cerca?, se imaginó que no, porque Salvatore no la llevaría cerca de su padre, ¿o sí? Había dicho que no la dejaría ir. ¿A qué se había referido con eso?

Hazhim la tomaba de la mano, pero el grueso y posesivo brazo alrededor de su cintura era el de Salvatore, que estaba sentado a su lado en el bote. Cuando llegaron a la playa fue él quien la alzó suavemente, para llevarla en sus brazos a través del agua hasta la arena. Ella escuchó a Rose quejándose de que la alzara Guido, y a este quejándose del peso y la poca colaboración de Rose.

—¡Hombre del mal... no pongáis esas manos sobre mí! ¡Dejadme bajar, aunque no sepa nadar, lo prefiero!

—¡Dejad de moveros, mujer! ¡Debería dejar que os ahogara!

Y por unos instantes, Charlotte no pudo más que sonreír. El antagonismo entre el misterioso contramaestre del barco pirata y Rose parecía no encontrar fin.

—Ah, *bellezza*, volvéis a sonreír. —Salvatore la había dejado de pie en la arena y puso un dedo bajo su mentón para alzar su rostro—. Os llenáis de luz cuando sonreís, milady.

Y lo llenaba de algo a él. Aunque aún no sabía determinar de qué. Charlotte dejó de reír al oírlo. Y como siempre ocurría: parecía que no había nadie más en el mundo. Solo ellos dos. Y agradeció que Hazhim la tomara de la mano.

—Venid, milady, os guiaré. —Pero miró primero a su capitán, esperando que asintiera. Y este asintió.

Rose se unió a ellos de inmediato. Salvatore se adelantó junto a Guido y otros hombres. Accederían al poblado por un camino después de dejar la playa. Aquel no era un lugar seguro para nadie y menos a aquellas horas, así que el capitán dio órdenes a sus hombres de que estuvieran atentos. Todos sacaron sus pistolas y sables.

El sonido de la música le indicó a Charlotte que estaban cerca. Oía también las voces de personas, el ruido de un lugar habitado, como había concluido antes. No era como la playa de la isla Liberty. Aquel era un lugar más grande y con más personas. En algún momento, ella se detuvo, aprehensiva. No estaba acostumbrada a otro lugar que no fuera la abadía silenciosa y la compañía de las monjas. Luego había pasado tiempo en el barco pirata, y cuando estuvo en Liberty no había tenido aquella sensación de amplitud, de estar en un lugar como aquel. Había mucho ruido. Música,

risas, pisadas, carros tirados por caballos. Había muchos olores. Tabaco, maleza, agua, comida. Se sintió perdida a pesar de que Hazhim le tomaba la mano. Estaba asustada.

—Milady, ¿qué ocurre?

Hazhim la miró extrañado. Y Rose se detuvo a su lado también.

—Está asustada, no conoce nada de esto —dijo Rose mientras miraba a su alrededor. Ella también estaba impresionada. Aquellas eran las colonias, no había duda de ello.

El poblado estaba iluminado y se extendía hasta donde su vista se perdía. Nunca había visto a tantas personas, de tantas razas. Y además... jamás había visto a personas de color. Eran dos hombres de origen africano que los miraban con interés. Rose siguió la dirección de su mirada y se dio cuenta de que miraban impresionados a Charlotte.

—Niña, será mejor que sigáis caminando. El engendro del demonio nos ha traído a un lugar peor que el anterior.

Los dos hombres de color se acercaron a Salvatore, pero no dejaban de mirar a lady Campbell.

La hermana Rose vio como todos se estrechaban las manos y le ofrecían tabaco y bebida al capitán y a Guido. Parecían conocerse. Y después de intercambiar algunas palabras, reanudaron la marcha. Rose suspiró aliviada. Al parecer, aquel hombre era tan conocido como temido por cuanta ralea y chusma se encontraban. Cuando giró para ver si Charlotte había continuado la marcha, se dio cuenta de Hazhim aún estaba con ella, y que ella respiraba irregularmente. No se movía.

Pero no solo Rose se percató de la ralentización de la marcha, sino que el capitán se detuvo para buscar a Charlotte con la mirada. La vio muy atrasada, Rose y Hazhim le hablaban. Gruñendo unas cuantas imprecaciones, él dejó que Guido y los demás siguieran y se acercó.

—Señoras ¿qué demonios ocurre? Este no es lugar para tomar descansos. Los peores hombres se concentran a estas horas.

—Es milady, capitán —dijo Hazhim con expresión preocupada.

Salvatore la observó fijamente, en silencio, y pudo ver que tenía miedo. Estaba aterrorizada. Lo supo como si pudiera leer en sus ojos violeta. Se dio cuenta de que el ruido, los aromas, todo era demasiado para una persona invidente que había vivido aislada durante doce años.

Gennaro y Wilkinson se detuvieron junto a ellos, con las pistolas siempre en sus manos, mirando hacia la maleza por donde habían venido los dos hombres de color a venderles tabaco.

Salvatore tomó la mano de Charlotte.

—Venid, *angelo*. No temáis. —Le rozó la tersa mejilla con sus nudillos—. No tenéis nada de qué temer, *Carlotta*. Sois una dama valiente, demostradlo. Solo dejad que os guíe. Yo estoy aquí... a vuestro lado.

Charlotte lo oyó. Y respiró profundo. Sí, tenía que moverse. Asintió y aferró la mano del capitán como si de un salvavidas se tratara.

Gennaro y Wilkinson se quedaron perplejos al ver al capitán, un hombre con el aspecto de un oso enorme, con la pistola en una mano, con la otra acariciando la mejilla de la dama con aquella suavidad, susurrándole palabras, tomándola luego de la mano cual caballero. Ellos nunca habían visto tal derroche de galantería y ternura en un hombre como aquel. De hecho, no habían visto jamás en él ninguna señal de compasión por otro ser. Los dos marineros se miraron como buscando alguna explicación. Sin decir nada, recordaron lo extraño que se comportaba el capitán desde que aquella preciosa dama había aparecido en la cubierta del paquebote hacia dos meses y medio atrás. Y eso que ambos eran de los hombres más antiguos de la tripulación, de los que más le conocían.

El capitán Cuervo tomó la mano de Charlotte, entrelazó sus dedos y juntó ambas palmas. Y así todos reiniciaron el camino. Él iba describiendo en voz baja a Charlotte todo cuando la rodeaba, y aquello le brindó a ella seguridad.

Él simplemente supo que ella debía sentirse perdida. Los ciegos debían tener su entorno controlado, y el hecho de que no fuera así debía de causarles terror. Lo más raro no era aquello, se dijo, sino que a él nunca le había importado el miedo que otro ser humano pudiera sentir.

Llegaron a la casa de Aliester Maynarde, pero por la parte de atrás. Un criado salió de inmediato. Gennaro y Wilkinson, así como los demás quedaron afuera. Guido, Rose y el pequeño grumete pasaron dentro, seguidos por el capitán que guiaba a Charlotte a subir las escaleras.

—Esperad aquí por favor —les dijo el criado.

Y Maynarde no se hizo esperar.

Charlotte oyó una voz fuerte pero diáfana. De inmediato supo que aquel era un hombre llano y abierto. No sabía si honesto, pero no era un hombre que le inspirara miedo, desde luego.

—Capitán, buenas noches. Mi casa está abierta para vos, no era necesario que enterráis por la puerta de la servidumbre... —Y antes de terminar la frase se fijó en las damas.

Aliester miró con curiosidad a las dos figuras femeninas. Vio una monja con un hábito gris, toca castaña y una cadena con un crucifijo de madera. Y tras ella, muy

cerca del Cuervo... Perdió el aliento cuando la vio. Una joven muy hermosa, de un semblante bellamente apacible, cautivó su mirada. Parecía un ser celestial, un ángel de la iglesia de St. Louis Paroisse. Tragó en seco para aligerar su garganta y tosió después para disimular su sorpresa. Pudo fijarse entonces que el capitán del *The Stronghold*, uno de los hombres más crueles y feroces que había conocido, tomaba la mano de la dama con posesividad. Él era todo oscuridad y ella toda luz. Jamás había tenido frente a sus ojos semejante combinación.

—Hmm... Vaya, amigo mío, siento no haberme presentado ante las damas. —Y dicho esto se inclinó ante la monja—. Señoritas, soy Aliester Maynarde, a su servicio.

Rose asintió con reserva. No sabía en donde estaban ni quién era ese hombre.

—Soy la hermana Rose, de la abadía de Rochester, Inglaterra.

—Vaya. Ha realizado usted una larga travesía. —Luego se giró para mirar a la joven dama, notando el intenso color violeta de sus ojos y la perfección de su piel. Creyó que se quedaría de nuevo sin aliento. La belleza del rostro de aquella mujer era arrolladora—. Señorita... o señora, soy Aliester Maynarde, y también estoy a vuestro servicio, además de honrado de vuestra presencia en mi casa.

Maynarde vio como la joven mujer hacía una elegante reverencia, tan solo propia de una verdadera dama.

—Me llamo Charlotte, señor. Charlotte Campbell. Os agradezco vuestra amabilidad y hospitalidad.

Pero Maynarde parecía no poder dejar de mirarla. No había lascivia ni grosería en su mirada, pero no por eso le era soportable a Salvatore. Por eso la atrajo hacia sí con todo descaro. Y ella se tensó. Supo que Charlotte se sintió humillada ante ese gesto tan posesivo. Pero a él no le importó.

—Maynarde, estas mujeres necesitan un lugar donde alojarse. Media tripulación ha desembarcado. He dado dos días de permiso para ir a las marismas.

En las marismas se hallaban burdeles y tabernas, donde además rentaban habitaciones. La mayoría de los marineros pasaban en esa zona sus días en tierra. Sin embargo, esa parte de la tripulación sabía que debían tener los sentidos alertas. El *Asram* no llegaría hasta tres días después. Era un galeón pesado y el *The Stronghold* les había sacado mucha ventaja. En todo caso, el alerta era permanente.

—Por supuesto, amigo. —Le puso una mano en el hombro a manera de saludo, ante lo que Salvatore sencillamente asintió.

Después de saludar efusivamente a Guido, Maynarde llamó a varias criadas.

—Seguro que deseáis tomar un baño, señoritas, y comer algo mejor que la comida de un navío. Por favor seguid a Guitha, ella os llevará a vuestras habitaciones.

Guitha era el ama de llaves, una mujer aproximadamente de la edad de Rose y de su

misma textura física. Era de pelo castaño y algunas canas comenzaban a aparecer en las sienes. A pesar de su robusta forma, su rostro tenía forma de corazón, sus ojos azules eran vivaces y su semblante tenía aires sonrientes. Y miraba con mucha curiosidad a las otras dos mujeres. Conocía desde hacía años al capitán Cuervo, y siempre se había mantenido bien alejada de él. ¿Quién no había oído en aquel poblado sus crueldades, sus arranques de ira? Pero la verdad era que ella jamás había visto nada incorrecto en ese hombre temible mientras hubiera estado bajo el techo de esa casa. Tampoco es que la frecuentara mucho, se recordó. Lo más extraño de todo era verlo en compañía de aquellas mujeres que obviamente no era mujeres del viejo oficio. Una monja. ¿Qué estaría haciendo una monja con ese hombre? Y aquella dama tan hermosa, con aires angelicales. Guitha la había estado observando con disimulo momentos antes. No se le había escapado la mano entrelazada del capitán con la de aquella dama. Y ella no parecía obligada a ello.

—¿Guitha, acompañad a estas damas a sus habitaciones?

Ella salió de sus cavilaciones y asintió rápidamente.

—Venid, por favor.

—¡Yo debo guiar a milady! —Hazhim saltó de inmediato y tomó la otra mano de Charlotte.

Maynarde y Guitha quedaron desconcertados, y fue la propia Charlotte quien aclaró sus dudas.

—Soy ciega, señor.

Las dos criadas que estaban allí y Guitha exclamaron un susurro de pena. Aquellos ojos tan brillantes, de un color violeta único, no podían estar privados de su única función... la vista.

—Oh, en ese caso, si deseáis que el niño os acompañe... —dijo Maynarde, saliendo de su asombro y miró a Guitha y asintió.

Hazhim tomó orgulloso la mano de Charlotte; ella sonrió, y luego siguieron al ama de llaves. Mientras tanto Maynarde se fijaba en la mirada oscura e intensa, posesiva y penetrante, del capitán Cuervo sobre la dama. Vio cómo la soltaba lentamente y la dejaba marchar con reticencia siguiéndola con sus ojos tan negros que parecían no tener pupilas.

Guido y Salvatore acompañaron a Maynarde a una sala que dedicaba este a sus negocios. Pidió a una de las criadas que trajera ron, el mejor que había en la casa y unos buenos puros. Los tres hombres se sentaron y fue Salvatore quien directamente fue al meollo del asunto.

—La dama es mi cautiva.

A partir de allí fue relatando todo a Aliester, quien le oía sin hacer preguntas ni

comentarios. El capitán Cuervo no confiaba en nadie, así que omitió lo que sabía sobre la localización del barón Campbell en Nueva Inglaterra. Maynarde había sido siempre un corsario, en ese momento hombre de negocios, algunos legales y otros no tanto, como por ejemplo el contrabando de tabaco y los burdeles. Pero le contó todo lo relativo a su enfrentamiento con Nasser y Abdelkader.

—Habéis librado a este mundo de un gusano. Alguien tenía que matar a ese perro —acordó Maynarde, quien había conocido a Násser justamente en uno de sus burdeles, torturando a una de las muchachas. Aquel día pensó en matarlo, pero no quería a las autoridades francesas en las marismas y tampoco a Abdelkader—. Me alegra saberlo, espero que esté ardiendo en el infierno.

Guido asintió mientras sorbía un poco de ron.

—Decidme, capitán... aunque vuestros asuntos no son mis asuntos, debo saberlo, ¿las mujeres corren peligro?

—Aquí, no. Por eso necesito que se queden. Es un lugar seguro. Yo volveré a buscarlas.

—Hmmm...

Maynarde meditó unos momentos la próxima e inevitable pregunta.

—¿Y la dama... hay alguien buscándola?

Eso era algo que Salvatore intuía, aunque ella tuviera un padre que la había abandonado en un viejo convento. Era un hombre con recursos e influencias, y debía estar buscando a su hija. La cuestión era si debía confirmar ese extremo a Maynarde.

Aliester vio cómo aquellos ojos negros, tenebrosos como dos abismos insondables, se fijaban en él. Aquel hombre era peligroso, pensó Maynard al ver al Cuervo, pues nadie podía saber jamás qué reacción tendría ante las circunstancias. Una vez lo había visto reír tranquilamente antes de matar a uno de sus hombres por haberlo timado.

—La buscan, sí —contestó el capitán sin dejar de mirar ni un segundo a su interlocutor.

Fue lo único que Aliester supo. Y fue lo único que supo que el Cuervo le diría sobre aquello.

—Entonces debo disponer de lo necesario. Solo son dos mujeres, no creo que puedan causar problemas, una de ellas... ciega.

Salvatore lo miró con arrogancia y sonrió sin diversión.

—Os asombraríais si supieras lo que esas dos mujeres pueden causar —intervino Guido con una sonrisa sardónica.

Maynarde sonrió también mientras bebía el ron. Estuvieron cerrando detalles, pero no hubo ninguna conversación distendida entre hombres pues su relación no era una amistad al uso.

—Mis pequeñas estarán encantadas de conocer a la dama y a la monja. Aquí estarán a salvo. —Fue la despedida de Aliester mientras los acompañaba a la puerta trasera. Salvatore se rehusó a salir por la principal—. Id a disfrutar un poco esta noche, capitán. El *Asram* no atracará por estas costas hasta dentro de tres días.

Aliester Maynarde era el dueño de los únicos dos prostíbulos de las marismas que se podían considerar limpios y tranquilos. Y uno de ellos era regentado por Jubilette L`evou, mejor conocida como Jube.

Charlotte y Rose fueron llevadas a una habitación fresca y limpia. Ella podía percibir el aroma de la cera para muebles. No había polvo en aquel lugar ni olores desagradables, y lo confirmó con la exclamación de Rose y de Hazhim al entrar.

—Oh, milady, ¡qué lugar tan bonito! —Y luego susurró para que Hazhim no la oyera—. No comprendo cómo ese demonio puede tener amistad con un caballero como el señor Maynarde.

Charlotte sonrió y tomó la mano de Rose y la de Hazhim.

—Describidme este lugar, por favor —les pidió.

Y ellos lo hicieron. Rose era más detallista y el niño se limitó a decir que las paredes eran verdes y que el lugar era grande.

Rose le describió una habitación con aires franceses, con molduras blancas en los techos, aunque no es que ella supiera mucho de estilos pues había pasado gran parte de su vida en la Abadía.

Después de que se instalaran, Hazhim se despidió.

—Oh... no, no os marchéis —le pidió Charlotte.

Y al niño su petición le supo a gloria. Saberse necesitado por la dama lo hacía sentirse orgulloso e importante.

—No me iré, milady. Me llevarán con los criados. El capitán ha dado su permiso y el dueño de la casa también para que me quede.

El niño se fue rengueando como siempre, aunque en aquellos suelos cubiertos casi al completo con alfombras Charlotte no pudo oír sus pasos. Se sentía muy extraña en aquel lugar. Se le había pasado el pánico inicial al bajar del bote. Y no pudo más que recordar la mano fuerte y segura de Salvatore, tomando la suya y guiándola. Se sintió avergonzada por su debilidad, nunca le había pasado algo así, pero también hacía mucho tiempo en que no había salido de la abadía. Doce años. Aun así, sintió ira por sus miedos.

Aquella noche cenaron solas la exquisita cena que Guitha los había llevado. Rose se dio cuenta de que el ama de llaves tenía tendencia a la curiosidad y que deseaba mucho hablar con ellas y saber qué hacían allí. Pero Guitha se abstuvo y, con una sonrisa, las dejó aquella noche. Estaban exhaustas, algo que venía siendo común

desde que habían sido capturadas por los piratas.

Había una sola cama, pero era tan grande que bien podrían haber cabido tres mujeres de la contextura de la monja.

Charlotte sacó de su hatillo su camisón, el que había estado usando todas las noches anteriores. Se cambió y se aseó con el agua de la jofaina y el paño. Tan pronto terminó, escuchó el ronquido de Rose. Ella sonrió moviendo la cabeza al mismo tiempo. Aunque pasaran por el peor de los males, Rose siempre conseguía dormir. Y como ella no podría dormir, alzó sus manos al rededor suyo y comenzó a tantear y a caminar con cuidado, tratando de recordar la disposición de los muebles según le habían indicado Rose y Guitha. Era la forma de grabar en su memoria dicha disposición. Después de tocar cada mueble, la puerta, las dos ventanas y sus antepechos, se sentó en el borde de la cama y escuchó los ruidos de la noche. Por allí había gente, había esa música de melodía indescifrable, alcanzaba a oír risas, humanidad. Se preguntó dónde estaba él. No se había despedido de ella, aunque ¿por qué tendría que hacerlo y porqué esperó ella que lo hiciera? Pensó en la conversación que habían mantenido antes de bajar a tierra. Siempre le dolería saber lo que él hacía a otras personas, su vida brutal. Eso siempre sería un abismo entre ellos. ¿Entre ellos?, se preguntó. No había un «ellos». Ni lo habría jamás.

Charlotte se recostó lentamente en las almohadas y se cubrió un poco con las sábanas. Sabía, por Hazhim, que Salvatore, Guido, y el resto de la tripulación se quedarían en un hospedaje, propiedad de Maynarde, como casi todo lo que había en ese poblado. Pero ella no era tonta. Y había vuelto a oír a los hombres del *The Stronghold*. Estaba segura de que ese «hospedaje» estaría lleno de... de... no sabía qué nombre dar a esas señoritas... ¿damas dedicadas a dar su afecto a los hombres? Sí, eso. Y pensar en ello, pensar en... él, una vez más, con una de esas damas, haciendo lo que le dijo aquella noche en la isla que había estado haciendo, era algo que le causaba una profundamente decepción, casi igual de honda que saber de su crueldad con aquellos que lo desafiaban. ¿Volvería esa noche a la casa, bebido, exigiendo la presencia de ella como en Liberty?

Charlotte agudizó su oído, creyendo que podría captar la voz de él en la lejanía. Pero no lo escuchó, y ella sentía tristeza en su corazón porque él se había ido sin más, dejándola allí, en manos de un extraño. ¿Cuándo regresaría?, ¿se habría marchado a enfrentar a Abdelkader? Reprimió un gemido de angustia e hizo silencio, intentado saber si había despertado a Rose. Charlotte oró con todas sus fuerzas aquella noche. Clamó a Dios una respuesta para sus sentimientos prohibidos hacia un hombre alejado del bien. Clamó porque regresara aquella noche, porque no fuera al encuentro del otomano. Sentía que algo malo iba a ocurrirle y que él era demasiado arrogante,

demasiado seguro de si para darse cuenta del peligro.

El burdel más famoso de las marismas estaba en plena ebullición cuando entraron el capitán, Guido y Wilkinson. Nadie se fijó en ellos porque en aquel lugar cada uno atendía sus asuntos y no se interfería jamás en los de otros. Algunas reyertas habían sucedido en ese lugar por partidas de naipes franceses o por alguna de las chicas de Jube, y cuando dos hombres se enfrentaban... nadie intervenía, más que para sacar al herido, o en su caso al muerto, del lugar y continuar como si nada.

El Corpiño Dorado era el mejor burdel de las marismas. Era un lugar decorado con aires rococó, el estilo francés de la época. En lugar de tener planta cuadrada era circular y tenía una buhardilla con forma de media luna. En la planta baja estaban los músicos tocando y las mesas de juego para naipes. En el otro lado de la planta baja había una barra larga de nogal pulido con un gigante camarero frotando vasos con su paño. Arriba, en la buhardilla, estaban las habitaciones para clientes que deseaban simplemente alojamiento y del otro lado... para los clientes que pedían los favores de las chicas. Había dos escaleras a cada lado de la buhardilla, una para cada disposición. Así la había dispuesto Jube cuando Aliester tomó aquella construcción. De esa forma, ella podía controlar perfectamente quién subía y a qué.

Cuando accedieron al lugar, Guido vio a Jube. Estaba esa noche radiante con su pelo rojo fuego recogido en un intrincado moño, digno de una dama de la corte francesa, su piel era blanca y cremosa mejorada por los polvos de arroz que se ponía, sus labios rojos y jugosos, deseables. Los ojos verdes eran audaces, inteligentes, voluntariosos. Su cuerpo era motivo de que muchos se pelearan por ella, de ser la más cara de todas las chicas y la que menos servicios daba, pues en su posición de ser quien regentaba aquel lugar, se había vuelto muy selectiva.

El contramaestre miró al resto de chicas, todas bien vestidas, aseadas. Era muy diferente a El Pez en Liberty. Allí ninguna estaba obligada o en contra de su voluntad. A él le constaba que Aliester les ofrecía trabajos en sus plantaciones o en sus otros negocios donde no tenían que ceder sus cuerpos a hombres sudorosos y ávidos de empujar dentro de ellas, pero la mayoría se quedaba. Lo que ganaban con aquella vida nunca podría ser igualado por un trabajo de criada, cocinera o costurera, o trabajadora de las plantaciones.

—¡Capitán!... ¡ah, mi capitán!

El grito de Jube cuando vio al Cuervo en el salón de la planta baja se escuchó por encima de la música, las risas y las conversaciones aireadas en las mesas de juego. Ella sabía que él volvería. Siempre volvía. Hacía seis meses y dos días que él había

dejado las costas de Nueva Orleans y las marismas del Misisipi. Y Jube había contado cada día hasta su regreso. Contempló de nuevo al hombre que la hacía morir y vivir cada vez que la tomaba en la cama con aquella fiereza. Le embelesó su impresionante cuerpo, recordando que era mucho más grande, musculoso, mucho más alto que todos los presentes, y casi como ningún otro hombre que hubiera conocido. Llevaba la barba completa, muy negra, y recortada como siempre, su pelo negro y rizado atado en la nuca, las calzas negras ciñendo sus enormes piernas, largas y duras, y las desgastadas botas marrones. Y el mismo semblante oscuro y cruel que a ella tanto la excitaba sexualmente. Saber que era peligroso, que podía romperle el cuello con un giro de su muñeca la hacía temblar de anhelo. Miró cómo la casaca se le ajustaba a los hombros y al torso como si hubiera sido hecha sobre su masculino cuerpo.

Con tan solo mirarlo todo el cuerpo Jube se encendió, recordando la última tarde que había estado con él, en sus aposentos, donde ningún hombre que visitara El Corpiño Dorado, salvo Aliester Maynarde, había entrado.

Guido vio cómo la voluptuosa mujer de cabello rojo fuego, adornado con una pluma violeta, recogió sus faldas y corrió entre los clientes, las chicas y las mesas, y lanzarse con toda pasión a los brazos de su *fratello*.

CAPÍTULO 28

Salvatore estaba hablando con una de las chicas, Margueritte, la encargada de rentar las habitaciones.

—¿Qué tipo de habitación, capitán? —preguntó ella con una sonrisa que alzaba el lunar falso sobre su labio superior—. ¿Una de la escalera izquierda o de la derecha?

Él la observó. Aquella debía ser una chiquilla, pensó. No podía tener más de quince años, aunque pareciera una consumada mujer. Tenía la cara completamente cubierta de polvos de harina de arroz y los labios rojos con forma de corazón. ¿Qué tipo de habitación quería? Siempre había pedido una donde poder descansar. Nunca había sido de los que se pedían una habitación con una de las chicas de Jube incluidas, tampoco con la propia Jube incluida. Guido era de esos. Un romancero que enamoraba a las chicas del prostíbulo, les dedicaba tiempo, les prometía sacarlas de allí y darles la vida que decían merecer. Después Guido se marchaba y las dejaba con las esperanzas rotas, y furiosas, jurando matarlo en cuanto le volvieran a ver. Y luego comenzaba todo de nuevo. No, a él no le gustaba la compañía femenina más que para echar un revolcón si le apetecía. Pensó en... ella. Un ángel. Su mujer, se dijo. Porque ella pronto lo sería. Había estado compartiendo la cama con un ángel durante cinco noches, sin revolcón para su pesar.

—Una de las de siempre —contestó a Margueritte—. Dadme una desde la que pueda ver la casa de Maynarde. —Quería la habitación de las escaleras derechas, donde, como siempre, solo iba a descansar y a no ser perturbado. Pero quería esa porque podía controlar la casa donde estaba su mujer.

En ese momento oyó el grito de otra. Levantó la mirada y vio a Jube corriendo hacia él. Estaba tan hermosa como siempre, sus pechos rebosantes casi se salían del corpiño con sus movimientos. Murmuró una imprecación, pues no estaba de humor para Jube, y mucho menos para una sesión de sexo violento con ella.

La vio con sus cabellos de fuego, con su impetuoso carácter, con una gran sonrisa en sus labios rojos, también pintados en forma de corazón. Era una mujer vivaz y dispuesta.

—¡Oh, capitán... creí que me volvería loca esperando vuestro regreso!

Jube se lanzó hacia él con los brazos extendidos y los enredó en el cuello robusto y bronceado. Ella se excitó de inmediato con el contacto entre sus cuerpos y se frotó contra él frente a todos y con descarada sexualidad.

El resto de los hombres lo miraron con envidia en los ojos. Jube era la más codiciada de las mujeres de aquel lugar. Siempre lo había sido, pero desde que había comenzado años atrás en el burdel.

El capitán se puso de mal humor. Y Guido sonrió mientras apreciaba la escena y se tomaba otra jarra del buen ron que se servía en aquel lugar.

—Jube —contestó Salvatore a secas por todo saludo y se quitó los brazos de la mujer de su cuello.

—Ah, capitán, veo que estáis de tan mal humor, como siempre —le ronroneó al oído—. Muy bien... así es como más me gustáis, como os necesito. Venid conmigo arriba, tengo cuerdas nuevas... hechas con pañuelos de seda.

—¡Sabéis que no me gusta esa mierda, mujer! ¡Dejadme en paz esta noche! Acabamos de echar amarras y estamos todos agotados. ¿Por qué no prestáis vuestros buenos servicios al buen hombre? —dijo burlón mientras señalaba con un gesto de la cabeza a Guido, quien siempre había codiciado a Jube.

Jube se enderezó al oírlo.

—¡Que no os gusta... esa mierda! No es lo que me pareció última vez —replicó ella enfadada.

La última vez, recordó él, Jube le había pedido cosas propias como que la atara y golpeará. Él simplemente la había tumbado en la cama y la había embestido salvajemente. No le gustaba esa mierda de amarrar a una mujer para fornicar y mucho menos pegarle cuando en lo único en que podía pensar él mismo era en su propio alivio. No le gustaban esas porquerías raras que él de niño ya había visto practicar en los muelles de Boloña entre las prostitutas y los marineros borrachos. Ya tenía suficiente escoria en su propia vida como para añadir más sin necesidad alguna.

—Y a mi ese hombre que parece que es puro hueso y pellejo no me interesa —se enderezó Jube y miró a Guido con la misma displicencia de siempre—. Me gusta un hombre fuerte y viril... que sea hombre con lo que tiene entre las piernas.

Jube echó una mano a la ingle del capitán y apretó el bulto que encontró. Pero él no estaba excitado. Era obvio. Ella había quedado prendada por su furia en el acto sexual de la última vez. Equivocada, había creído que la acompañaba en sus gustos.

La mujer volvió a pegarse a él. Y el capitán gruñó por lo bajo y se apartó de ella. Su perfume le había gustado tiempo atrás. Pero en ese momento lo encontraba muy intenso y dulce. Era el aroma suave de las lilas el que estaba grabado en su memoria después de tantas noches durmiendo con Charlotte en sus brazos.

—Mujer, os he dicho que quiero descansar y a eso he venido.

—Decidme qué necesitáis y yo misma os lo proporcionaré.

—Lo que necesito es que tengáis los ojos y los oídos abiertos. Espero el galeón de un perro otomano por estas costas dentro un par de días. —Los barcos berberiscos no eran comunes por aquella zona y si fácilmente reconocibles por la forma de sus velas.

Esto fue lo único que dijo el capitán Cuervo a Jube y se largó escaleras arriba, hacia una habitación de las escaleras derechas, a descansar. A Jube no le pareció extraño su desaire porque era un hombre hosco y un bruto. Para ejercer el oficio más antiguo del mundo había que ser inteligente, y ella lo era. Le gustaba que le pegaran mientras tenía sexo, pero no que la maltrataran fuera de él, así que siempre se apartaba del capitán cuando no estaba dispuesto. Le temía a ese hombre tanto como le temían todos. No era una idiota.

Desde las habitaciones de arriba se oía la música y los ruidos de un lugar como aquel, pero cuando Salvatore cerró la gruesa puerta fue como si entrara en un lugar aislado. El ruido casi desaparecía, quedando en un ligero murmullo que a él no le molestaba.

Se quitó la faja de cuero que rodeaba su cintura a manera de cinto, antes sacó la daga y la pistola, así como otra daga pequeña y corta que llevaba oculta en la cara interna de la bota derecha. Las dejó en la mesa que estaba al lado de la cama y mientras se desabrochaba la casaca y luego los cordones de la camisa miró por la ventana, a través de la penumbra de la noche, observando la casa de Maynarde, donde ella, su mujer, debía estar ya durmiendo. O tal vez no, pensó. Ella no se dormía pronto. Lo había comprobado aquella noche en la cueva y el resto de las noches en el camarote. ¿Estaría llorando por los actos de él en Sol, como todas las noches anteriores? Salvatore espetó en voz baja algunas imprecaciones, maldiciendo a las mujeres y sus lágrimas, y pensando que las de su ángel eran las peores. Porque ella lloraba de forma silenciosa, tanto, que era difícil saber cuándo lo hacía si no la estaba mirando o no la sentía, como las noches anteriores que la había tenido en sus brazos. ¡Condenada mujer! Esperaba que no estuviera llorando una noche más.

Se quitó al fin la camisa y dejó que el fresco de la noche aireara su musculoso torso cubierto de vello negro. Se encendió un puro y luego se dejó caer de espaldas en la cama aún con las botas y las calzas puestas. Dobló un brazo bajo su cabeza, a manera de almohada, y fumó y exhaló el humo, pensando en ella. Tenía que localizar a Thomas Lindstrom y encomendarle que viajara a Boloña y comprara una propiedad con una casa solariega que tuviera un lago. Y si no lo tenía, crearía uno.

El hombre de corazón oscuro y alma dura sonrió mientras exhalaba de nuevo el humo y se imaginaba a su hermosa Carlotta en una casa con criados que la

atendieran, con los vestidos que ella merecía llevar, con un lago no muy hondo donde ella pudiera nadar... siempre acompañada de él, por supuesto. Le compraría el mejor pianoforte que hubiera, o un órgano. Lo que ella quisiera. Y tocaría para él. Ella lo estaría esperando cuando él volviera del mar, se dijo. Y él la llevaría a la cama para que le abriera sus esbeltas y cremosas piernas. Solo a él.

Un gemido de anhelo escapó de su pecho desnudo al imaginarla con sus cabellos dorados expandidos en la cama, como ya la había visto las noches anteriores. Aunque ella se hacía una trenza, él se la soltaba. Ella protestaba, pero él lo hacía cada noche.

Y entonces el deseo y una necesidad más allá de lo meramente sexual emergieron con esos pensamientos. Necesitaba desde hacía mucho tiempo un revolcón, uno de los fuertes. Y claro que le apetecía esa noche, pensó con el cuerpo tenso y su ingle despertando ante esa aseveración. Pero la deseaba a ella. Se le agitó la respiración pensando en ello. Nunca olvidaría la noche en que la había visto en la cueva casi desnuda, con la luz de las llamas atravesando la combinación que llevaba. Era la única vez que la había visto así porque las noches que la había obligado a compartir su lecho en el navío, ella vestía aquellos camisones cerrados en cuello y puños, largos hasta cubrir sus pequeños pies. Lo hacía para atormentarlo, estuvo seguro. Ah... pero el recuerdo de su desnudez de la noche en la cueva lo acompañaba. Era tan preciosa. Y recordó aquella imagen que le quitaba el aliento. Su respiración se agitó al evocarla. Estaba tan excitado como todas las noches anteriores durmiendo juntos, en las que se había reprimido de no tocarla. Eran demasiadas noches aguantando, y por eso esa noche era imperioso buscar alivio. Dejó el puro en la mesa, se abrió la portañuela de sus calzas y asió su propio miembro, cerrando su mano en este, moviéndola arriba y abajo, lentamente, mientras creía que estaba dentro de ella. Su mujer, se dijo, jamás poseída por hombre alguno. Pensó en cómo él, y solo él, oiría sus suaves gemidos con cada embestida honda y lenta. Solo él probaría el sabor de su sudor. Solo él dejaría su semilla en su virginal cuerpo. Y solo a él... ella amaría.

Charlotte no durmió hasta mucho después de haberse acostado. Vencida y dolida cerró los ojos en un sueño intranquilo. Se durmió decepcionada. Había dejado de esperar los gritos de Salvatore a media noche por la ventana advirtiéndole que si ella no salía a hablar con él, entraría a buscarla. Pero él no fue a buscarla esta vez. No había ido esa noche porque estaba en algún lugar, con alguna señorita muy agradable que le diera sus favores, pensó. El dolor la oprimió tanto al saberlo, que le rogó a Dios que borrara de su mente a ese hombre cruel, y que cuando despertara y él apareciera por la mañana con su arrogancia, oliendo a perfume de mujer, ella no sintiera nada.

A la mañana siguiente, el capitán Cuervo despertó al alba. Guido ya le esperaba, y los demás miembros de la tripulación que debían abordar el *The Stronghold* para que el otro resto pudiera bajar a tierra y beneficiarse de los lujos de una cama, un buen ron o grog y el calor de una mujer. Pero en dicho intercambio todos sabían y esperaban las instrucciones de su capitán, se avecinaba un enfrentamiento con el *Asram*, uno de los navíos mejor armados que surcaban los mares. Abdelkader ni siquiera necesitaba dar más amenaza a los barcos que atacaba, más que dejarles ver los cañones por banda de los que disponía su galeón. El armamento del *Asram* era el mismo que un gran buque de guerra podía tener.

En la desembocadura del Misisipi, donde el río se unía con el mar, había una playa solitaria y muy peligrosa, tanto que ni los propios habitantes de las marismas se atrevían a vagar por allí. Y en ese lugar, una horda de marineros sucios y barbudos, violentos y ansiosos, la tripulación del *The Stronghold*, naturalmente, se hallaba en silencio, esperando que hablara su capitán.

Salvatore, enfundado ya con la casaca negra, su daga y pistola en el cinto, el tricorno negro encajando casi hasta dejar sus ojos bajo la sombra, se detuvo frente a sus hombres, Guido a su lado. Se encendió un puro y le dio una calada profunda, miró a la lejanía, al horizonte, antes de mirarlos a todos a los ojos, uno por uno. Exhalo el humo y habló al fin.

—Sabéis que ese perro sucio... el hijo bastardo del otomano, robó lo que era mío. La mujer es mía. —Todos sabían a qué mujer se refería—. No voy a entregarla a su padre. Pero os compensaré y recibiréis lo acordado. —Él les pagaría de sus propias arcas. Todos continuaron callados. Nadie profirió ni siquiera un suspiro—. Ese saco de mierda solo hizo lo que su capitán le ordenó, no me cabe duda.

Salvatore comenzó a andar entre sus hombres con el puro en la mano y las manos unidas en la espalda. Hizo silencio y dejó que uno de ellos hablara.

—Ese maldito siempre ha buscado la forma de desafiarnos... a todos nosotros —comentó el O'Neill, el artillero.

Muchos murmuraron afirmaciones dando apoyo a lo dicho por O'Neill.

—Sin embargo, esta vez me ha desafiado a mí —matizó el capitán—. No tenéis porqué acompañarme en esta gesta solo por venganza, porque la venganza es mía y solo mía tanto como lo es la mujer —se detuvo frente a todos—. ¡Mataré a ese bellaco y se sabrá en todos los muelles y puertos!

No fue necesaria mucha motivación. Aquellos hombres que llevaban la muerte y la violencia como compañeras de vida rugieron de ansiedad, y alzaron sus trabucos, dagas, espadas y puñales, enfervorecidos.

—¡Necesito a toda mi tripulación, y seréis bien recompensados!

Ahh, no había nada que pudiera exaltar el ánimo de un pirata como una batalla, la posibilidad de sortear a la muerte. Y la recompensa.

—Además podréis abandonar el navío después. Echaremos amarras en el Caribe durante tres meses. Es hora de descansar. Podréis reuniros con vuestras mujeres y vuestras familias, tendréis oro y plata para gastar con las putas más bonitas y el ron más caro.

Fue realmente con lo último con lo que el capitán Cuervo consiguió un mayor rugido y aprobación. Ciertamente aquellos hombres iban a arriesgar sus poco valiosas vidas, pero eran sus vidas y aquella lucha no era de ellos sino propia. Salvatore no era un dechado de virtudes, pero un capitán jamás engaña a su tripulación, jamás la abandona, jamás la roba. Y por olvidar estas premisas, Ingram encontró la muerte a manos de su artillero, a quien había apodado alguna vez... «Cuervo».

Después de que hablaran de cuánto recibirían por aquella batalla, todos guardaron silencio para escuchar al capitán. Solo oyeron las instrucciones de lo que cada una haría. El Cuervo no revelaba jamás la estrategia pues no se fiaba de lo que aquellas lenguas y mentes bajo la influencia del licor podrían decir.

—Podréis beber y gozar de las rameras esta noche como ya lo han hecho los demás —dijo al grupo que había tomado tierra esa mañana—. Pero dentro de dos días estaréis todos a bordo, sobrios como una lechuga, atentos como los halcones ¡Entendido!

Otro rugido enfervorecido confirmó que lo habían entendido. Salvatore terminó de fumar el puro, complacido, y tiró lo que quedaba en la arena, aplastándolo con la bota. Miró a sus hombres, un grupo que abordaba en esos momentos los botes, comandado por Wilkinson, y en dirección al navío. Y otro grupo que se dispersaba hacia el bosque, los que habían bajado a tierra, en dirección a los salones y burdeles de las marismas. Aquellos menesterosos eran todos criminales, hombres inescrupulosos, peligrosos con un puñal o una daga en la mano, la mayoría llevaban en el *The Stronghold* más de una década. Eran buenos marinos, y una de las mejores tripulaciones que había tenido.

Cuando todos se marcharon, Guido se acercó a Salvatore.

—¿Sabéis algo de vuestra dama?

El capitán lo contempló bajo el tricornio y torció la boca con enfado. Guido levantó las manos y explicó en italiano:

—¡Hemano, ya os he dicho que solo me interesa el bienestar de milady!

—No es vuestra lady, baboso rufián... —murmuró enfadado, para luego contestar—. La he dejado anoche con Maynarde y no regresé. Ya lo sabéis. Pero allí está segura.

Mientras hablaban y caminaban por la playa, precisamente en dirección a la casa de Maynarde, Salvatore vio la concha vacía de una caracola. Era grande y por su buen estado había sido abandonada por su huésped y arrastrada hasta la orilla no hacía mucho.

Guido se sorprendió cuando vio a su capitán tomar la caracola en sus manos y llevarla a su oído. Lo vio sonreír y tomarla entre sus manos mientras reanudaba la marcha.

«Ah, el amor vuelve tontos a los hombres», pensó el contramaestre. No preguntó, pero supo para quién era esa concha.

Pero Guido deseaba verla, lo necesitaba, seguramente de la misma forma que notaba que lo necesitaba su *fratello*. Y apenas llegaron a la casa, oyeron las risas de niños, entre esas las de una adulta, una risa que ambos hombres supieron de quién era ya que sonaba a música celestial. Antes de aproximarse a la parte de atrás de la casa, por donde solían hacerlo, ambos se detuvieron en el muro que bordeaba el jardín de la casa de Maynarde.

Aquella mañana, Charlotte y dos niñas, una de cinco años tal vez y otra más grande, de unos ocho, jugaban con una cuerda. La niña más pequeña y ella sujetaban los extremos por cada lado y la niña más grande saltaba a su paso. Y apartado estaba Hazhim, sentado como un adulto, enfurruñado porque aquellos juegos de niñas no eran de su predilección.

Cuando Charlotte despertó esa mañana parecía que su amado Dios le había concedido lo pedido, pues tenía la firme convicción de que no se sentiría triste ese día por nada que tuviera que ver con el hombre que la había capturado, apartado de su padre, cuya violencia y falta de compasión la abrumaban. Un hombre de vida disipada, además adepto al licor. Esa mañana, mientras bajaba las escaleras con su mano sobre el pequeño hombro de Hazhim, ella alzó su mentón con elegancia y sonrió al oír la voz de Rose y Guitha, que parecían simpatizar.

—¡Oh, milady! —exclamó Guitha al verla—. Si no fuera porque conozco de vuestra falta de visión, jamás pensaría que adolecéis de ella. Vuestros movimientos son gráciles... aunque creo que son los propios de una dama como vos.

Charlotte sonrió y sintió que se ruborizaba. No se hacían muchos cumplidos entre las monjas en la abadía.

—Gracias, Guitha. Sois tan amable al recibirme esta mañana con vuestras bonitas palabras...

—No son solo palabras, sino la verdad, milady. ¿Deseáis desayunar? Mi amo dio claras instrucciones para que fuerais bien atendidas.

—¿Rose? —llamó Charlotte—. ¿Podemos hacer nuestra oración de la mañana

antes?

—Por supuesto, niña mía —Rose miró a Guitha—. ¿Hay alguien en esta casa que desee acompañarnos en la oración?

Guitha era poco religiosa, pero algunas de las sirvientas francesas sí. Y supo que les agradaría estar presentes, siempre que no se entretuvieran después en sus quehaceres.

La oración tuvo lugar en la antesala de la casa. Se reunieron Rose y Charlotte, tres sirvientas francesas y un joven de las caballerizas que era español. Guitha se quedó tan solo para curiosear, mirando a Charlotte, con ganas de preguntarle qué la unía a un hombre como el capitán Cuervo. Había intentado sacar la información a Rose, a quien notaba que era de lengua suelta como la de ella misma, pero en ese momento las había interrumpido la hermosa dama.

Terminada la oración, cuando ya todos se dirigían a ocuparse de sus tareas, Charlotte escuchó unas risillas de júbilo. Una, provenía de su lado derecho. La otra provenía de la parte de atrás.

—Son las hijas de mi amo. Megan, la mayor, y Sarah es la más pequeña —dijo Guitha con un poco de tristeza—. La señora esposa de mi amo murió al dar a luz a Sarah.

Charlotte la oyó suspirar con dolor. Y ella misma se sintió compungida. No podía pensar en algo más triste para una familia que el fallecimiento en el parto de una joven madre, dejando viudo a su esposo y huérfanos a sus hijos.

—Yo estaba esa noche intentando ayudar a la Sra. Maynarde... pero ella murió tan pronto pudo traer al mundo a la pequeña Sarah. Fue como si se hubiera mantenido viva solo para ello. —Guitha se retorció el delantal blanco que tenía atado a su cintura y la definía como la ama de llaves—. El señor Allister nunca ha vuelto a ser el mismo. A veces va allí... a ese lugar de perdición, El Corpiño Dorado... y visita a esa pelirroja. Una bruja, milady. Una mala mujer...

Cuando Guitha vio que estaba hablando demasiado delante de las niñas, calló súbitamente.

—¡Venid, niñas! Os presentaré a esta noble dama y a la hermana Rose. ¡Vienen de Inglaterra... de la tierra de vuestra madre!

Megan, tomando la manita de Sarah en la suya, se acercó cautelosa pero embelesada.

Las niñas habían visto a lady Campbell salir de la habitación, y habían creído que era un hada de los bosques, como aquellas que había en las ilustraciones infantiles que guardaban en su alcoba. Para las niñas, la dama resplandecía en su blanco manto, cuando no era más que la estola con la que solía cubrir su cabeza y sus hombros.

Charlotte sintió como algo diminuto tiraba suavemente de su falda. Y ella

sencillamente se arrodilló ante las pequeñas y tomó la mano que tiraba de sus vestidos.

—¡Niña... no toquéis a milady! —se dirigía a Sarah—. Oh, milady. Perdonad a las niñas.

—Oh, no. No pidáis perdón, Guitha, pues nada han hecho. —Charlotte tocó la mano sudada y tibia, de deditos tan pequeños que se le arrugó el corazón con la misma tibieza y ternura que le inspiraban—. ¿Cómo os llamáis?

Sarah estaba tan impresionado de ver de cerca a la blanca dama que no contestó, cuando era su mano la que había tirado de la falda.

—Se llama Sarah —dijo Megan mientras se quedaba también embelesada—. Yo soy Megan, ¿y vos?

—Yo me llamo Charlotte y ella —dijo alzando su mano, aunque no sabía dónde estaba Rose—. Es la hermana Rose.

Rose se acercó de inmediato.

—Oh, pequeñas. Sois dos primores. ¡Soy la hermana Rose, exacto!

—¿Sois hadas? —preguntó por fin, tímidamente, Sarah.

Guitha, Rose y una sirvienta rieron disimuladamente. Y Charlotte sonrió y acarició con ternura la mano de la pequeña.

—No, Sarah. No somos hadas. Pero creo que os gustan, ¿verdad?

La niña, que no sabía que Charlotte era invidente ni tenía concepto tampoco de lo que era aquello, asintió.

—Mamá me hablaba de las hadas de su tierra —dijo Megan—. ¿Venís de la tierra de nuestra madre?

—Si vuestra madre vino de Inglaterra, pues sí. Venimos de allí...

Y así, las niñas no dejaron que Rose y Charlotte desayunaran. Ambas mujeres tan solo tomaron un poco de té y algún que otro panecillo. Pero con aquellas niñas encontraron solaz para sus corazones angustiados desde que habían sido capturadas.

Pronto, las niñas las llevaron al jardín donde les mostraron, naturalmente, sus muñecas y juguetes. El salto a la cuerda fue algo que consiguió el primer lugar en la atención de las pequeñas. Pero Rose era demasiado pesada para saltar y Charlotte tan solo tomó uno de los extremos de la cuerda, Sarah el otro, mientras era Megan quien saltaba.

Después de todo lo padecido, la captura en alta mar, las vivencias horribles en isla Liberty, el castigo infligido a Rose, la llegada a aquel lugar tranquilo habitado por una familia, un padre y sus hijas, un ama de llaves agradable, les sabía a gloria a Rose y a Charlotte.

Habían logrado hablar durante la mañana ese día. Rose había preguntado a

Charlotte si sabía algo de sus destinos, si aquel lugar sería su última parada y si aquel hombre nefasto y malvado habría de contactar al fin al barón. Pero lady Campbell no tuvo respuesta para ninguna de esas preguntas, que ella misma se hacía, porque no había vuelto a ver a su captor.

Después de algunos juegos, Rose, cansada, se retiró a la galería de la casa para refrescarse y tomar asiento por un rato, mientras veía los saltos de Megan y el rostro relajado de Charlotte por los ventanales. Otros niños se habían acercado, eran los hijos de la servidumbre y algunos niños de las cuadras. Hazhim se mantenía por allí, siempre protector de su lady, aguardando a un lado con expresión de creer que aquellos juegos no eran más que chiquilladas. Rose sonrió y al mismo tiempo sintió pena por él. Hazhim había vivido como un adulto cuando no era más que un niño. Pensó entonces, por justicia, que así mismo habría sido la vida de los hombres del *The Stronghold*. Todos habrían nacido con el terrible destino de ser niños-adultos.

Pero aquellos pensamientos pronto se esfumaron cuando una figura negra, enorme y amenazante, que le recordaba a Rose que no debía sentir pena por aquellos hombres malditos, apareció en el jardín acompañado de su hombre de confianza. Uno, miraba posesivamente a Charlotte. El otro, con su sonrisa burlona de siempre, despreocupado y parlanchín.

La monja de inmediato se puso de pie, deseando cortar el paso de ese hombre al que cada día temía hasta los más profundo de su alma. La mirada de esa bestia sobre su Charlotte era tan posesiva y tan oscura que Rose pidió fuerzas a la Providencia para respirar y pidió amparo Divino.

Pasos profundos, lentos, largos. Arrogantes.

Los niños seguían jugando, pero el oído fino y agudo de Charlotte captó enseguida aquellos pasos en el camino de grava del jardín. Su corazón comenzó a latir con más velocidad, a martillar en su pecho como exigiendo salir. Sus rodillas casi se doblaron. Y toda la indiferencia que ella había creído que había ganado esa mañana, se esfumó burlona. No. Era imposible ser indiferente a ese sentimiento que la corroía cada día, que se apoderaba de ella cuando él estaba cerca.

Los niños jugaban y daban palmadas alegres, sin darse cuenta de aquella figura nefasta. Hasta que lo miraron. Y todos, absolutamente todos, hicieron silencio. Una de las criadas llamó a sus hijos. Y estos corrieron al resguardo de su madre.

El resto de los niños, entre ellos las niñas Maynarde, se quedaron como estatuas mirando al hombre gigante vestido de un negro descolorido por el sol, con el tricornio negro calado hasta las cejas, que se detuvo frente a lady Charlotte, indiferente a las reacciones que su presencia causaba en los demás.

—*Carlotta...*

Salvatore pronunció aquel nombre con un fuerte acento italiano. Contempló el rostro hermoso de la dama aquella mañana. Miró la corona de trenzas doradas, luego la estola blanca cubriendo los hombros menudos y la cabeza.

Y Charlotte consiguió respirar de nuevo. Oyó su nombre de nuevo en aquel acento, en aquel idioma, por aquella voz tan profunda. Y pudo reaccionar.

—Niñas... id a buscar un poco de refresco —dijo ella, enrollando la cuerda de saltar en su mano—. Id... dentro. Seguramente Guitha os tendrá más galletas.

Las niñas, como si pudieran entender el tono de alarma en la voz de la dama, salieron corriendo y llamando a Guitha, pero no por las galletas.

Algunos niños varones de las cuadras se quedaron. Conocían al capitán Cuervo, desde luego. Lo miraban con una penosa admiración infantil, como si fuera un héroe. Algunos murmuraban que se unirían a su barco cuando tuvieran más edad.

Charlotte pudo escuchar aquellas frases sueltas y sintió pena por esos niños, porque fijaban su admiración en quien no debían. Porque la vida que les esperaba sería dura. Muy dura.

Salvatore se acercó más a ella.

Y ella cerró sus ojos. Era su forma de evadirse de él. No podía, no quería percibir el aroma a perfume fuerte y dulce que seguramente llevaría impregnado en el cuerpo. Ya no se sentía indiferente. No sería capaz de oler el aroma de otra mujer y permanecer indemne ante ello. Su corazón se rompería en pedazos. Justo o no. Digno de ella o no. No podía.

—*Carlotta, buongiorno... bellezza, angelo mio.* ¿Os han complacido en esta casa? —Salvatore había dejado unas cuantas monedas de oro a Mynarde para que satisficiera cualquier petición de la dama. Aun sabiendo que la dama nunca pedía nada.

Como los niños varones aún estaban allí, Salvatore, impaciente, con deliberada expresión amenazante, les dijo en un gruñido:

—¡Fuera!

Los niños dieron un salto.

—¡Sí, capitán!

Y salieron corriendo.

—No tenéis porque asustar a los pequeños...

El capitán Cuervo la oyó decir aquello. Y desvió su mirada amenazante para fijarla en ella. Charlotte sintió un dedo grueso y tibio bajo su mentón, que la obligó a lazar el rostro.

—Oh, milady, herís mis tiernos sentimientos si creéis que deseo... asustar a unos inocentes niños —susurró burlón—. Solo deseaba que nos dieran intimidad.

Él estaba tan cerca que podía sentir su aliento tibio sobre sus mejillas. Y como ella no pudo aguantar más la respiración, soltó un suspiro e inhaló temerosa de encontrar en él algún rastro del vicio y el libertinaje de la noche anterior.

—Abrid vuestros ojos, milady. Abridlos y dejad que los vea —susurró Salvatore de nuevo, mientras le acariciaba el mentón con el dedo pulgar, moreno y grueso—. ¿Habéis pasado buena noche en esta casa?

Ella abrió sus ojos. Y él retuvo el aliento al verlos, más hermosos que nunca, aquellos ojos brillaban puros.

—Sí. He descansado bien. Y el dueño de la casa y sus sirvientes son amables y considerados. Nos han tratado muy bien.

Él asintió, olvidando que ella no podía verlo.

—Por eso os traje aquí.

Charlotte no podía reprimir la pregunta.

—Creí que... que vendrías por la noche. Digo... a dormir en esta casa. Y... y también pensé que tal vez habrías ido a buscar a mi padre para que viniera a por nosotras.

—Ah, milady, no vendría por la noche a esta casa... decente —dijo burlesco—. No admiten a rufianes como yo. Pero no dudéis que he ansiado compartir el lecho con vos, si es lo que en realidad deseáis saber. Y me complace infinitamente que lo hayáis deseado también.

Ella enrojeció de inmediato y sintió rabia por sus burlas.

—¡Me temo que como siempre vuestro elevado ego os confunde! No... no me refería a algo así. Solo... solo me preguntaba...

—¿Queréis saber dónde pasé la noche, milady? —terminó la frase por ella—. ¿Os lo preguntasteis? —dijo en voz baja, zalamero y burlón al mismo tiempo.

Y Charlotte enrojeció aún más.

—¡Por supuesto que no!, porque... porque no tengo el menor interés en conocer vuestros actos indecentes.

Ella escuchó la risa malvada del capitán. Y le dolió que fuera tan evidente para él el motivo de su agobio.

Y es que él prefería verla así, mil veces, antes que oírla llorar en sus brazos como cada noche antes de tomar tierra en las marismas de Nueva Orleans. Prefería verla orgullosa. Ella quería saber dónde había estado él durante la noche. Era obvio. Y darse cuenta de eso lo llenaba de otro nuevo placer. Ella lo llenaba de placer con tan solo contemplarla como lo hacía en ese momento, con su hermoso rostro ruborizado. Le daba placer su interés. Sabía que ella guardaba algún afecto por él... a pesar de todo.

Salvatore miró a los lados y vio ojos curiosos en las ventanas de la casa. La hermana Rose estaba siendo retenida por la ama de llaves. Ah, hacía bien aquella mujer en no salir y estorbar. Observó a Rose, y con sus ojos entornados, una mueca diabólica en su rostro barbado, pensó que pronto se encargaría de ella...

—Venid, milady... venid y os diré dónde y qué estuve haciendo anoche —le dijo al oído, ronzado con su barba rasposa la mejilla de Charlotte, y la instó de nuevo mientras la tomaba del codo y la guiaba hacia un lugar más privado—. Daremos un paseo, pequeño *angelo*.

Hizo un gesto a Hazhim, quien ni siquiera se había acercado. Y el niño comprendió y los siguió a una distancia prudente que respetaba la intimidad de su capitán y la dama.

CAPÍTULO 29

Mientras una de las criadas se llevaba a las niñas, Guitha pudo detener a Rose cuando esta se disponía a impedir que el capitán se llevara a Charlotte.

—¡Yo no lo haría, hermana! —dijo mientras, al mismo tiempo que Rose, veía como el temible hombre tomaba el codo y la mano de Charlotte y la guiaba con suavidad por el camino de grava que bordeaba el jardín.

—¡No puedo dejar que se la lleve... No puedo!

—Hermana, no sé qué hacéis en manos de un hombre como ese y tampoco puedo preguntar, pero... es obvio que él no le hará ningún daño a milady. Y os juro por lo más sagrado que es algo que ni yo misma puedo creer. Pero es así. ¿Es que no lo veis?

—¿Ver qué? —contestó Rose, que los perdía de vista—. No hay nada que ver. Es un hombre del diablo, un hombre malvado con un corazón tan negro como las ropas que viste. ¿Qué tengo que ver?

—Hermana —dijo Guitha asombrada de que una mujer de su edad, una matrona como Rose, no se diera cuenta—. No sé cómo ha sucedido, ni cómo es posible, y si yo no estuviera viendo esto con mis ojos jamás lo habría creído porque conozco a ese hombre desde hace unos cuantos años. Y he oído lo que se cuenta de él. —Luego Guitha hizo silencio y se quitó una pelusa imaginaria de su delantal antes de hablar—. Pero es obvio que él está... está... —En realidad no sabía cómo decirlo o qué termino ponerle—. Es que ese hombre... venera a vuestra dama —dijo finalmente—. Está enamorado de ella. Si es que un hombre así puede albergar un sentimiento como ese.

Rose cerró los ojos e inspiró con fuerza. Lo supo siempre. Siempre. Pero jamás habría estado preparada para oírlo con tan meridiana claridad. Se estremeció como si un frío viento de invierno la hubiera envuelto.

Ese demonio... veneraba a su niña. Sí. Pero su veneración era maligna. Con la misma claridad con la oía las palabras de Guitha sabía que lo que sentía ese hombre por su Charlotte era algo muy oscuro y perverso. Tenía que hallar al barón Campbell cuanto antes.

Guitha siguió hablando quedamente, pero Rose estaba inmersa en sus miedos y en sus pensamientos.

—¿Hermana?

—Eh... ¿sí?

—¿Os... os hicieron daño los hombres del capitán... o el capitán mismo? No tenéis que contestar, claro... pero no quiero pensar que ha sido así. ¿Sabéis a qué... me refiero?

Todos habían oído hablar sobre lo que le ocurría a las mujeres capturadas por piratas en alta mar.

—Os contestaré. El rostro rubicundo de Rose enrojeció de ira ante aquella suposición del ama de llaves—. No hemos sido... No nos han... ya me comprendéis. Eso no. Pero nos ha hecho otra clase de daño —dijo señalando hacia el camino por donde habían desaparecido lady Campbell y el capitán—. Ha hecho algo tan nefasto y canalla... ¡Nos ha capturado! ¡Ha apartado a milady de su padre! No deberíamos estar aquí.

Rose no sabía si podía confiar en ella. Y Guitha, que llevaba muchos años trabajando para los Maynarde, que sabía que el amo había sido corsario de la Corona inglesa y que sus actividades muchas veces podrían haber sido castigadas de no haber estado bajo la protección de dicha Corona, simplemente asintió. Pero suspiró de alivio sincero al saber que ese hombre, que tanto temían en las marismas de Nueva Orleans, no había abusado de la dama, ni había permitido que sus hombres hicieran ese daño a la monja.

Charlotte escuchó claramente cómo las olas rompían en la playa y sintió bajo sus zapatillas la suave arena y sobre su rostro la fresca y limpia brisa del mar.

Salvatore se detuvo y miró hacia la casa de Maynarde. Apartados ya de ojos curiosos, hizo girar suavemente a Charlotte y le quitó la estola. La estrechó contra su cuerpo, cerrando su enorme mano en la nuca, su brazo rodeó la fina cintura femenina. Y se inclinó para apoderarse con todo descaro de los labios que había deseado durante toda la noche.

Charlotte dio un respingo por la inesperada acción, interpuso sus brazos doblados entre ambos cuerpos, sintió el grande y duro pecho masculino apretarse a su cuerpo como si fuera un muro de piedras. Después de unos segundos sin saber qué hacer, fue su corazón quien tomó la decisión. Abrió su boca. Sintió la tibieza y fiereza de aquella lengua tocar la suya. Sintió hasta lo más hondo de su alma aquellos labios finos y duros que su cuerpo y sus propios labios podrían reconocer con toda certeza.

—Ah, pequeño *angelo* —gruñó el pirata, aún los labios de ambos unidos, sus alientos mezclados—. Me vais a volver un loco. Anoche estuve solo. Y no hice otra cosa que desear hacer esto y en otras cosas más...

Pero no terminó la frase porque volvió a besarla y se perdió en Charlotte, tanto como Charlotte se perdió en él. Deseaba tumbarla en la arena. Pero aquel no era el lugar para eso, se recordó a si mismo con mucho esfuerzo. Además, ella no era una ramera a quien habría subido las faldas allí mismo y saciado su necesidad de un buen revolcón. Ella era «su mujer», se dijo. La tomaría enteramente, pero no entre aquellos matorrales y sobre la arena. Él era un bruto, sí, y no sabía nada de delicadezas con una dama como aquella, pero no era tan asno como para no saber que una virgen no podía ser tomada en aquel lugar, rápidamente, con las faldas enrolladas en la cintura, tirada en la arena.

—Estuve solo, *cara mia* —repitió él entonces—. Si mi juramento tiene algún valor para vos, os juro entonces que ha sido así. Os digo la verdad.

Ella se tensó al oírlo. Alzó su rostro con sus ojos ciegos, de mirada perdida, brillando. Levantó su mano y acarició la mejilla barbada, más como si tratara de ver algo que de acariciar en sí.

—Os creo...

Charlotte lo supo. Él había estado solo. Porque de lo contrario habría captado otro aroma. Y tampoco había caído borracho la noche anterior. No olía a licor. Ni había peleado en alguna taberna. Le decía la verdad.

Él sonrió complacido al oírla. Ella no había vuelto a asegurar que no tenía interés en sus actos, sino que había dicho que le creía. Le creía y eso tenía que significar algo, aunque él no sabía qué.

—Venid, entonces. Y dadme vuestra compañía sin caras enfurruñadas de mujer celosa —dijo Salvatore.

—¡No tengo la cara en... enfurruñada, como decís, de mujer... celosa! —replicó Charlotte moleta, pero también avergonzada de que él pudiera saber que ella, en efecto, casi moría de tristeza pensando que había pasado la noche acompañado de otra mujer.

—Ah, pero vuestra boca dice lo contrario que vuestros ojos. Hay celos en ellos. Me complace que lo estéis, milady —sonrió malicioso el pirata.

Charlotte cerró los ojos, totalmente ruborizada.

Y aquello produjo una carcajada al capitán, mientras hacía acopio de fuerzas para apartarse de ella y tomar su mano de nuevo.

—Venid, milady. Caminaremos por la arena, así que moveos despacio porque podéis doblaros un tobillo.

Ella abrió sus ojos ciegos decidiendo dejar atrás su vergüenza. Asintió finalmente y, confiada, tomó su mano.

Cuando llegaron a una playa más pequeña se sentaron en un grande, viejo y retorcido tronco de árbol arrastrado por las mareas. Él la ayudó a sentarse. Y luego se sentó a su lado. Ambos guardaron silencio, oyendo las olas llegar y morir en la orilla para luego volver al mar y repetir el ciclo.

Hasta que ella habló:

—Me gusta el mar... es decir, no puedo verlo, pero si oírlo —hizo un breve silencio buscando unas palabras más adecuadas—. Creo que no podría explicarlo...

—Lo entiendo, *Carlotta*. A mí me pasa lo mismo. Cierro los ojos cuando estoy en cubierta y solo escucho al mar. Os comprendo.

Charlotte asintió suavemente. Pensó en todas las veces en las que él la comprendía. Él, en su violenta persona, con su perverso corazón... a ella la entendía como nadie más podía hacerlo.

—Tengo un regalo para vos, milady.

—¿Un regalo?

—Sí.

Expectante, ella aguardó.

Instantes después sintió como él ponía en sus manos algo grande, muy liso, frío, y frágil.

Salvatore vio como los ojos de ella se habrían, brillantes, y las delicadas manos y dedos asieron la concha de la caracola, y comenzaron a tocarla despacio para no perder detalle.

Él alzó su vista de nuevo, contemplando el rostro más hermoso que hubiera visto alguna vez. Primero notó curiosidad en ella. Después la vio sonreír.

—¿Para mí?

—Eso he dicho...

—Os doy las gracias. ¿Qué es?

Sin responder con palabras, Salvatore lo hizo llevando la concha de la caracola al oído de Charlotte.

—Oh... oh... son las olas. Hay olas aquí —susurró impresionada—. ¿Cómo puede ser posible, *Seilvathore*?

Tanto la expresión del dulce rostro, como oír su nombre en sus labios, complació de tal manera al capitán que se vio embargado de aquella sensación de plenitud cada vez que estaba con ella. «Los placeres de la vida», había oído a un hombre decir una vez. Sí. Había placeres en la vida. Muchos. Y casi todos le habían sido negados a él. Hasta el día en que interceptó al paquebote del capitán Theodore Davis.

—Es una concha de caracola. La encontré esta mañana, abandonada por su huésped.

—¿Una concha? ¿Cómo es? ¿Un huésped? —Charlotte no podía dejar de sonreír, de tocar la superficie lisa, pero a la vez con muchas formas de la concha. Estaba muy emocionada por lo que sentía bajo sus dedos y lo que oía cuando se la ponía una vez más cerca de su oreja.

Salvatore le explicó y le describió todo como pudo. Le dijo que aquello era una concha del color del sol, con puntitos más oscuros, y que un día fue usada por una caracola de mar.

—Ciertamente muchos hombres creen y dicen que lo que se oye allí dentro es el ruido del mar —le dijo él.

Ella era incapaz de despegar el oído de la concha. Ni de sonreír. Mientras que él era incapaz de apartar su mirada de ella, de que su oscuro y malvado corazón dejara de latir de forma errática.

Pero finalmente ella bajó la concha a su regazo. Alzó su mano para tocar el rostro cubierto de barba espesa.

—Es el regalo más hermoso que me han hecho —susurró emocionada, mientras llevaba con la otra mano la simple concha a su pecho como si fuera la joya más valiosa de aquellos parajes—. La guardaré muy bien, siempre, y podré oír al mar allá donde esté.

El corazón, o aquello que debía tener bajo su pecho, pensó él, se le estrujó por completo al oírla. ¡Ah, demonios!, se dijo. ¿Cómo podía ella tener esa cara de felicidad por una simple concha de caracola? Él quería llenarla de joyas, de criados que la sirvieran.

Pasaron un rato hablando. Salvatore le detalló el aspecto de criaturas marinas que había visto a lo largo de su vida como marino. Ella reía. Algunas veces no le creía, y otras sencillamente asentía.

Hablar. Hablar con una mujer. Era algo que él no había hecho jamás hasta que ella había llegado a su vida. Su dura y violenta vida había estado siempre plagada de hombres. Las mujeres solo habían estado para satisfacer sus necesidades sexuales. Nunca hablaba después de la cópula. Ellas tampoco.

Luego vino otro silencio que no fue incómodo para Charlotte.

Pero el temible hombre estaba... ansioso. Muy ansioso en revelar sus planes de futuro.

—Por favor, describid de nuevo este lugar. Es hermoso. Nunca creí que viajaría a otras tierras y mucho menos al otro lado del mundo.

—Estas tierras son indómitas, *Carlotta*, y no se parecen a ningún recuerdo que

podáis tener de vuestra Inglaterra. El color del mar es más bien verde. Las aguas están tranquilas a estas horas. El cielo está un poco nuboso pero el día es claro.

Ella asintió en señal de comprender.

—¿Y el color de la arena? —Charlotte bajó su mano y tomó un poco de arena en ella. Se dio cuenta de que la de isla Liberty era muy suave, casi como polvo, y aquella era más terrosa y gruesa.

Él se rascó la barba, pensando en el color de la arena.

—Esta arena es... ¿recordáis el color del oro?

Ella asintió.

—Es un poco más oscura que el oro, entonces.

Salvatore ya no podía quitar su negra y mortal mirada de ella. La deseaba intensamente. A ella. Deseaba su entrega voluntaria en cuerpo y mente, su lealtad, su compañía. Todo para él. Y entonces tomó la concha de la caracola del regazo de Charlotte y la puso suavemente en la arena. Tomó luego las dos pequeñas manos de ella entre las suyas, enormes, morenas y castigadas. Nunca pensó que después de enfrentar a hombres peligrosos, situaciones peligrosas, surcar los mares, robar y hundir a tantos barcos, haber navegado bajo el mando de un diablo despiadado como Ingram y haberle dado muerte tras su traición, llegando a convertirse entonces él en quien era, podría sentir nerviosismo, inquietud ante una mujer. ¡*Maledizione!*, se dijo una y otra vez. Realmente había algo bajo su pecho. Un corazón. Porque solo podría ser su corazón aquello que le estaba martillando con tanta fuerza en esos momentos bajo el pecho.

—*Carlotta*, hay algo más que estuve haciendo anoche.

Ella no retiró sus manos de las de él y en cambio giró su rostro expectante hacia su voz.

Charlotte pensó: «¿Habrás decidido enviarme al fin con mi padre?». ¿Era ese el final del viaje y no volvería a saber nunca más de él? Y fue su corazón el que se contrajo dolorosamente en su pecho. ¿Era ese el final, pues, para eso la había llevado allí y le había regalado la concha?

Salvatore miró los ojos ciegos. Y le habló al fin de sus sueños.

—*Carlotta*, anoche... En realidad, hace tiempo que lo pienso. Voy a comprar una propiedad... una casa.

—¿Una casa? Creí... que la teníais. No pensé que viviríais en vuestro barco durante todas las estaciones del año.

—Lo hago. Podría haber comprado una casa antes. No lo sé. Es que no habría sabido qué hacer con ella.

Charlotte retiró suavemente una de sus manos y tomó una de él. Recordó la

conversación en la cueva de Sol. Salvatore le había contado que desde que tenía memoria había dormido bajo los muelles, junto a su madre y sus hermanas, hasta que luego había quedado huérfano y se había embarcado. Él nunca había tenido un lugar, y seguía sin tenerlo.

Él miró esa pequeña mano blanca sobre la suya. Nunca le habían tomado la mano... a él.

—Comprendo —contesto ella.

Salvatore cerró los ojos, y tomó la mano que dulcemente acariciaba la suya como nunca nadie lo había hecho y la llevó a los labios para besar su palma y los finos y frágiles dedos.

—Convertíos en mi mujer... *Carlotta* —susurró, su voz baja y enronquecida—. Mía y de nadie más —dijo con determinación, aunque no sin dificultad pues nunca había hecho algo igual. Nunca se había declarado a una mujer—. Venid a mi casa como mi mujer. Será también vuestra casa...

Charlotte perdió el aliento al oír aquellas palabras. Desvió su rostro hacia el mar. Él ya se lo había insinuado una vez, recordó. En la isla Liberty. Pero ella... ella había creído que había oído mal, que no era posible.

Salvatore la estrechó entonces y se levantó del tronco donde estaban sentados, tomándola de la nuca y de la cintura.

—Yaced conmigo y solo conmigo, *Carlotta* —dijo con pasión, subiendo sus manos y tomando el rostro de Charlotte entre ellas—. Dadme hijos de vuestro vientre que hereden mis riquezas. Esperad mi regreso después de que zarpe, y no deis vuestro corazón ni vuestro cuerpo a ningún otro hombre... jamás, aunque creáis que he muerto. Dadme vuestra lealtad y yo os daré la vida que merecéis, la que os negaron. Sois la hija de un barón. Tendréis una casa donde seréis ama y señora, criados, caballos... un piano, un lago donde nadar. Yo os lo daré todo si aceptáis ser mi mujer. No soy un caballero, pero si un hombre rico. Puedo daros todo lo que me pidáis.

Y Charlotte sintió que algo la partía en dos. ¿Por qué?, fue lo primero que se preguntó. ¿Por qué ella?, ¿acaso no se daba cuenta él de que ella jamás podría ser ama y señora de ningún lugar? Era ciega. Una mujer inútil que no podía cuidar de sí misma, una carga. ¿Hijos?, ¿cómo podría ella cuidar de unos hijos que no podía ver? ¿Esperarlo?, ¿esperar a que regresara de dónde, de hacer qué?, ¿de matar a otros seres humanos?, ¿del pillaje?, ¿de allí provenía su riqueza? ¿No comprendía él que no había ninguna posibilidad para ellos? ¿No comprendía él que, aunque ella lo quisiera, no era más que una ciega inútil de la que pronto se cansaría? Porque ella lo quería, sí. Amaba a ese hombre cruel y sanguinario que la comprendía como nadie más. Amaba las manos de ese hombre. Las mismas manos que cegaban vidas en nombre de las

reglas del mar. Las mismas que en ese momento la asían y acariciaban. Lo aceptó, sí, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Amaría a ese hombre... eternamente. Pero no era posible.

—¿Por qué vuestras lágrimas, *angelo*? —preguntó él, azorado, emocionado, mientras con sus labios se las secaba. Era inútil porque cada vez salían más—. ¿Qué he dicho que las cause? —Y la abrazó, sin saber qué hacer.

Charlotte lo abrazó también, con fuerza. Y sintió las manos de él en su cintura y en su espalda.

«Oh, Dios... esas manos...», pensó mientras lo abrazaba con toda su alma, mientras sentía cómo él acariciaba su espalda e intentaba darle solaz diciendo palabras suaves en italiano. Recordó los momentos en la cueva donde él le había curado las heridas de las muñecas... con esas manos. Cuando acarició su labio hinchado y la abrigó con su cuerpo del frío de la noche. Recordó cuando cabalgaron juntos y ella se sintió libre. Cuando la llevó al lago y le dio seguridad para entrar en él, con él. Cuando el día anterior le había tomado la mano y le había dado confianza en sí misma para continuar, mitigado su miedo al nuevo entorno. Manos crueles, se recordó con dolor. Pero a ella le habían prodigado ternura y seguridad. ¿Cómo asumir algo así? Y aunque lo hiciera, ella no podía ser la... mujer de nadie, ni esposa, ni madre. Su única compañera sería siempre la soledad.

Salvatore dejó que ella se ocultara en sus brazos, pero no era un hombre muy paciente. La apartó de su pecho y la hizo levantar su rostro hacia él tomándola del mentón.

—¿Por qué las lágrimas, *signorina*? ¿Tanto os espanta la idea de vivir conmigo?

Ella se hizo fuerte y pudo hablar.

—¿No comprendéis lo que me pedís, verdad?

—Por supuesto que lo comprendo. Os pido todo.

—Oh, *Seilvathore* —dijo ella, emocionada, con lágrimas deslizándose por su hermoso rostro— ¿Yo, vuestra... mujer? Soy ciega. Yo no puedo ser la mujer de nadie.

Él creyó que le habían golpeado en la cara al oír aquellas palabras. Apretó los dientes.

—La mía sí —aseguró con determinación y autoridad, tomándola por los brazos. Sus ojos se volvieron negros y perversos—. Nunca he tenido mujer... y he elegido a una. Vos. Vendréis conmigo, *Carlotta*.

—¿Cómo puedo serlo? ¿Y cuánto tiempo aceptaréis una carga como yo?

Oírla usar ese término lo enfureció aún más. ¿Acaso ella buscaba excusas para rechazarlo?

—Os lo he dicho, milady, y no abunda la paciencia en mí como para repartirla. No os veo como una carga, sino como una mujer. Mi mujer.

Charlotte suspiró con dolor, buscando la forma de explicarle.

—¿Por cuánto tiempo seré... vuestra mujer? ¿Qué haré cuando os canséis de mí?, ¿a dónde iré? Debéis dejarme ir... con mi padre. Y pronto me olvidaréis. Pronto... fácilmente... encontraréis una... mujer para vos.

¿En cuánto tiempo se cansaría de ella? Él no pensaba nunca en el tiempo, se dijo. Ni había pensado en ello antes. Entonces se planteó esa pregunta. ¿Cuándo se cansaría de ella? ¿Dejarla ir con su padre y olvidarla? Y entonces la contempló. Miró sus impresionantes ojos, su boca rosada, sus hombros menudos, la curva delicada en su cuello y en su barbilla. La bondad en esos ojos luminosos. La inocencia... la pureza de su buen corazón.

—Dejad que me vaya... por favor —repitió ella en un hilito de voz.

Él bajó sus manos y acarició el fino torso femenino, y la sintió tensarse. Dejó sus pulgares justamente debajo de los pequeños pechos. Justo debajo de su naciente, sintiendo cómo latía veloz el corazón de ella.

Y entonces lo pensó.

Volvió a mirarla a los ojos. ¿Dejarla... ir? Jamás.

—No iréis a ninguna parte, *Carlotta* —contestó en voz baja, profunda y temible—. Aunque un día me canse de vos, me haré cargo como lo he hecho de mis hijos y sus madres.

Ella había retenido el aliento, esperando, creyendo que él le juraría que jamás se cansaría de ella. Pero lo que él quería era que yaciera con él «y solo con él». Todo se resumía a eso. No la deseaba como una esposa de por vida. Por supuesto, se dijo ella con el corazón roto, que él nunca cargaría con ella de por vida. Por supuesto que nunca sería esposa de nadie y menos de un hombre como aquel. Y por eso, mientras su voz temblaba como todo su cuerpo, dijo en un susurro...

—¿Cómo puedo esperar vuestro regreso, sabiendo que habéis partido a saquear y... a matar?

—¡Soy lo que soy, *Carlotta*!

Al oírla, Salvatore, con su paciencia agotada ya, la asió con fuerza esta vez, furioso, pues le parecía que lo único que buscaba ella eran excusas. No dejaría que lo rechazara. No. Era suya, su mujer, la que él había elegido. Sintió una furia perversa.

—No me temblará la mano jamás si tengo que matar a quien intente matarme, traicionarme o desafiarme. ¿Arderé en el infierno por ello? ¡Yo nací en el infierno, *Carlotta*! No me dais más que excusas, pequeña mujer. No insultéis mi inteligencia. No provengo de alta cuna como la vuestra, pero no soy idiota. Soy un bastardo muy

listo y por eso estoy vivo, aun viviendo de la forma en que vivo. ¡Os lo advertí una vez! No podéis manipular mis pensamientos. No os he hecho una propuesta, no os confundáis. ¡Vendréis conmigo y viviréis en mi casa como mi mujer!

Él destilaba ira por todos sus poros. Y Charlotte tuvo que alejarse tan pronto la soltó.

—Solo seré una carga que pronto os aburrirá.

Salvatore tenía ganas de destrozar algo o a alguien. La furia hervía en sus venas junto a su sangre.

—¡Estáis convencida... ¿verdad?, de que no podéis ser mi mujer... porque sois ciega! ¿Acaso pensáis que no lo sé? ¡Sois ciega, maldición, sí! No estáis diciendo nada que no sepamos todos. ¿Es una excusa o acaso es lo que os metieron esas putas monjas en la cabeza? ¡Malditas sean todas si es así!

Salvatore, presa de la rabia más intensa, arrancó una gruesa rama del tronco y la destrozó con sus manos lanzando con violencia los trozos al mar.

Cuando Charlotte lo escuchó, chilló asustada. Quiso echar a correr. Y lo intentó. Pero él la retuvo con su enorme mano y ella pudo sentir la vibración de la ira oscura que lo recorría.

—Llebadme con mi padre —susurró Charlotte con resignación—. No hay nada en mi para vos... ni para otro hombre.

—¡No hay nada ni habrá nada en vos para ningún otro hombre! ¡Nunca! Pero os equivocáis enteramente, milady, en lo que a mí respecta porque... todo lo que yo deseo está en vos. Os deseo completamente. Toda. Ciega o no. Lo quiero todo. ¡Os tendré y no habrá nada que lo impida! —él sonó violento y decidido, pero Charlotte pudo captar el anhelo y la inseguridad solapada bajo aquella *bravata*—. No he hecho más que daros tiempo creyendo que así conseguiría que me aceptarais. Pero no ha servido de nada, *Carlotta*. La vida me demuestra una vez más que solo debo tomar aquello deseo. Es la única forma...

—Llebadme con mi padre —repitió mientras retenía las molestas lágrimas que amenazaban con volver a brotar.

—¡He dicho que no! —gritó—. ¿Para qué habría de hacer eso, por todos los infiernos? ¿Qué hará el barón con vos? ¿Llevaros a otro convento para ocultar que tiene una hija... «tocada por el maligno», que además ha sido ultrajada por piratas? ¿Decidme... qué dirán las nobles damas de las colonias sobre vos? ¿No lo sabéis? Os llevarán a un convento, teniendo suerte. ¿Y qué haréis allí, eh?... ¿seguir rezando, recogiendo huevos en el gallinero, tocando algún viejo órgano para las monjas, mientras envejecéis y os marchitáis?

El labio de Charlotte comenzó a temblar. Su cabeza calló hacia delante y susurró

palabras ininteligibles.

—¡Contestad! —gritó Salvatore desesperado—. ¿Os contó vuestro padre lo que haría con vos? ¿Seréis parte de la familia, iréis a bailes donde la selecta sociedad de la zona os recibirá encantada? —enunció burlón—. ¿Es eso lo que habéis creído, milady?

—No. Yo... no...

—¿Qué habéis dicho? ¡Contestad! —tomó el rostro de Charlotte con una sola mano, rodeando su mentón, conteniendo por ella la fuerza de su ira y la obligó a levantar la vista, aunque ella no pudiera verlo.

Charlotte llegó a sentir miedo. Sabía que la furia que aquella mano contenía podía romperle el cuello con tan solo un movimiento.

—Debéis llevarme con mi padre. —Charlotte tragó en seco para aligerar el dolor de su garganta y cerró sus ojos—. No me importa que me lleven a otro convento. No conozco otra forma de vivir.

El silencio reinó entonces y las olas rompiendo suavemente en la playa se hicieron protagonistas una vez más. El ritmo de las respiraciones de ambos se unieron. Sus alientos también. Fue él quien cerró los ojos, y respiró cansado.

—No, *angelo*. No permitiré que os encierren en otro convento —dijo en voz baja y ronca por la ira, respirando profundamente—. Os ofrezco vivir la vida de una mujer. Ya estaba decidido. Pero yo deseaba... creí que vendrías conmigo por voluntad propia. Pero los sueños no son para la escoria como yo, ¿verdad?, sino para los hombres... buenos. No soy bueno, soy un bastardo, escoria de los muelles, un hombre capaz de todo *Carlotta*, pero os tendré de cualquier manera.

Y al oírlo decir aquello, el corazón de Charlotte se rompió

—Oh, no os insultéis de esa forma... no puedo soportarlo. No lo digáis nunca más. Sois lo que sois... lo que la vida y el destino os dio. Y la vida o el destino a veces unen a las almas equivocadas... Oh, mi bien amado... mi amor... yo...

—¿Cómo me habéis llamado? Decidlo de nuevo. Decidlo, *Carlotta*.

—Sí... mi bien amado —susurró repitiendo ella lo que él deseaba. Una lagrima silenciosa rodó por su mejilla, e intentó limpiarla y sonreír—. Sí, ya veis... mi corazón... es vuestro, sí.

Salvatore la oyó de nuevo. Y toda la ira de su sangre, toda la rabia, la desilusión, todo, todo fue arrasado por la luz de aquellas palabras.

—¿Vuestro corazón... es mío? —La sonrisa más malvada surgió en su barbado rostro. Sus ojos negros, su alma oscura, brillaron diabólicamente—. Entonces, *angelo mio*, ¿vendrías conmigo? No será una unión equivocada —le aseguró con esperanza—. Ser mía no es algo equivocado, *Carlotta*.

Y como antes, su beso la quemó. Fue duro, intenso, exigente. Él tomó sus labios acto seguido, con urgencia, con reclamo y pasión.

Cuando Salvatore sintió las pulsaciones de su hombría reclamando a la mujer, a su mujer, todo aquello que les rodeaba dejó de existir, como si en aquella playa, en aquel mundo, no existieran más que ellos dos.

Poco a poco se fueron derrumbando, juntos, abrazados. Un hombre y una mujer, dos espíritus enlazados. Yaciendo juntos en la arena, él la atrajo al resguardo de su enorme cuerpo, sintiendo los frágiles huesos y la piel suave de ella. Su siniestra mano recorrió la silueta del cuerpo de un ángel, recordando sus palabras: «Mi bien amado... mi amor... mi corazón es vuestro».

¿Podría un demonio detentar el corazón de un ángel?

Se apartó ligeramente de ella, solo para contemplarla. Luego alzó la vista para confirmar que nadie los veía, que nadie estaba cerca. Había dejado a Hazhim alejado y con órdenes de avisar si alguien se acercaba. Aquellas playas no eran seguras. Bajó la vista y se fijó en como ella guardaba silencio, respirando con intensidad, sus ojos amatista claros y luminosos, los ojos de un ángel, abiertos, muy abiertos, como si estuvieran sosteniendo la mirada de él.

—Os buscaré esta noche, *Carlotta* —dijo mientras con un dedo le recorría la curva de la hermosa mejilla, suave, tibia, nunca parecida al alabastro—. Traed un hatillo con vuestras cosas. Si deseáis un baúl, mandaré a traerlo del navío.

—¿Dónde me llevaréis? ¿Y Rose?

—La monja estará bien. Y mi mujer dormirá conmigo. Partiré dentro de dos días a la mar y quiero descansar las noches que me quedan junto a vos. Después regresaré a buscaros y partiremos juntos hacia Boloña. Pero esta noche... *angelo*... —Y se acercó al oído de Charlotte para susurrarle—. Os tomaré en todas las formas que vuestra mente pueda imaginar, en todas las posibles...

La besó para acallar sus preguntas. Esa noche, sí. Esa noche la tendría.

Y a Charlotte le pareció que le hablaba el diablo. «Esa noche», le había dicho. No sabía a qué se refería exactamente con que la tomaría en todos los sentidos, en todas las formas que ella pudiera imaginar. ¿En cuál otro? La había raptado, había compartido el lecho con él... ¿qué más podría ocurrir? ¿Qué...?

Pero ella en lugar de seguir haciéndose aquellas inquietantes preguntas, se entregó a él dándole algo mucho más valioso... su confianza y su alma. Se entregó enredando sus brazos al rededor del cuello de él. Se entregó a su destino. Dejó que él la estrechara. Dejó que la dejara sentir sus cuerpos juntos.

Y él escuchó a personas hablando muy cerca de allí. Levantó la vista y despegó lentamente sus labios del ardiente beso. Sus ojos negros se volvieron oxidiana. La

amenaza abierta en ellos.

Charlotte, confundida, se quedó tratando de recobrar el aliento. Sintió como Salvatore se apartaba un poco de ella y después la ayudaba con delicadeza a ponerse de pie, igualmente le ponía la estola, que había recogido de la arena, cubriendo su cabeza y sus hombros. Sintió voces, pasos. Sintió que él la rodeaba con su fuerte brazo. La estrechaba contra su cuerpo en clara actitud protectora.

—No os separéis de mí, *Carlotta*. Y no tengáis miedo —le dijo suave y tranquilamente al oído—. Solo son gitanos. No hacen daño a nadie por estos parajes.

Casi enseguida, Hazhim estaba ya al lado de ellos.

Salvatore sacó su pistola porque no arriesgaría la seguridad de Charlotte, aunque supiera que aquellas personas no buscaban problemas.

—Lleváosla de aquí. A casa de Maynarde.

—¡No! ¿A dónde iréis vos? ¿Cuántas personas son? —preguntó azorada Charlotte.

El capitán volvió a sonreír.

—Aplacad vuestro temor, milady. Os he dicho que son inofensivos.

—¿Por qué si no lo son... habéis sacado un... un arma de vuestra faja?

Hazhim y el capitán se miraron. ¿Cómo era posible? ¿Había captado ella el ruido de la pistola al sacarla del fajín?

Salvatore observó al grupo de personas que avanzaban hacia ellos, pero volvió a fijar su mirada en Charlotte, admirando lo mucho que ella había desarrollado su capacidad auditiva. Era impresionante. Ella era impresionante. ¿Cómo se atrevía a pensar que no podría ser su mujer?

—Porque jamás doy nada por seguro, milady. Iré esta noche a buscaros —luego miró a Hazhim—. Lleváosla ya.

Charlotte no pudo replicar. Y se fue con Hazhim, no sin agudizar su oído. Escuchó como aquellas personas saludaban en algún idioma a Salvatore. Por su tono de voz, le saludaron con camaradería, como si lo conocieran. Pero aun así no pudo dejar de preocuparse. La vida de él estaba rodeada de personas muy peligrosas. Su conciencia le recordó que él lo era también. Pero ni aquello fue un consuelo.

CAPÍTULO 30

En Newport...

—Mi lord...

El barón Campbell levantó su mirada pesarosa de una de las cartas que recibía de su hija, dictadas por ella y escritas por una de las monjas. Observó a su secretario y administrador en la puerta del estudio, junto al mayordomo.

—¿Sí?

—Hay... un hombre en la puerta de la servidumbre... que desea hablar con mi lord. Dice que... dice tener noticias de vuestra hija.

El barón se pudo de pie de inmediato.

—¡Hacedlo pasar!

Ambos hombres dieron un salto y asintieron. Aunque solo se alejó el mayordomo a cumplir con las instrucciones. Higgins, su secretario entró en silencio.

—¿Cómo me encontró ese hombre, Sr. Higgins?

—Mmmm... mi lord. Tal vez a raíz de mis indagaciones en el muelle. Alguno de esos hombres tuvo que decir algo.

—¿Creéis que realmente pueda saber algo de mi hija?

—Es posible... —Higgins caminó hacia el servicio de té y rozó el borde de una de las tazas con el dedo índice—. Lo he visto, mi lord. Sin duda es un marino. Es moreno... lleva turbante. Creo que es uno de esos hombres musulmanes. No me fío de él. Pero es imperativo oírle. Eso opino.

El barón asintió. Se frotó las manos y miró hacia la puerta. ¡Por qué tardaba tanto su mayordomo!

Pero su ansiedad fue rápidamente sofocada cuando observó al hombre que estaba bajo el dintel de la puerta.

Era un hombre de baja estatura. Cuerpo orondo y ancho. Bombachos amarillos y botas. Casaca marrón y un grueso fajín rojo. Un turbante amarillo cubría su cabeza, y una gran barba que le llegaba casi al pecho cubría su rostro tostado por el sol. Su mirada ladina, traidora y sin escrúpulos, fue lo que más llamó su atención.

—Pasad... por favor —dijo el barón.

El hombre hizo una falsa reverencia. No era un caballero, pensó Michael, ni lo sería jamás.

—¿Mi lord Campbell?

El barón asintió.

—Soy... Abdelkader El Haddir. Tengo noticias de vuestra... preciosa hija.

El barón apretó los puños a los costados. Este hombre no era el Cuervo. Pero podía ser su emisario.

—Por favor... tomad asiento. Explicadme vuestra presencia en mi casa y contad aquello que sepáis sobre mi hija. Mi única hija. Soy un padre desesperado.

El hombre asintió sacando de la larga casaca una cimitarra. El resto de los hombres allí presentes dieron un salto de impresión.

Y el otomano sonrió con malicia, dejando la cimitarra a un lado y tomando los picos de su larga casaca para tomar asiento. Después de que los demás soltaran el aliento retenido, el barón tomó asiento tras su enorme y lujoso escritorio.

—Es mi secretario personal —dijo señalando a Higgins.

Y el aludido asintió brevemente.

Abdelkhader ni siquiera le dirigió una simple mirada.

—Es a vos a quien busco...

—Lo sé. Pero todo lo que aquí se hable se mantendrá en el más estricto secreto.

—El hombre debe dejarnos... solos, mi lord.

Tras un momento, Michael hizo una seña a Higgins para que dejara la habitación. Y tan pronto este cerró la puerta al salir, Michael se dirigió al pirata otomano.

—Hablad. Por favor.

—Vuestra hija... es... ¿ciega?

Michael se limitó a asentir.

—Mnnn...entonces es ella. La he visto mi lord... en manos del más cruel bucanero.

—¿Dónde? ¿cuándo? ¿Estaba bien?

—Mi lord... mis palabras tendrán un precio. No he venido aquí por buena voluntad.

—¿Cuánto?, ¿y cómo sabré que es la verdad?

Abdelkhader miró fijamente al barón, y comenzó como si fuera un recital...

—Vuestra hija, la más hermosa flor. Una dama que evocaría los sueños de todo hombre que pise este mundo, con aquellos ojos... del mismo color de las amatistas más puros y violeta... su cabellera dorada...

—¡Basta!

El barón se puso de pie y le dio la espalda al otro hombre, lleno de dolor. Y recordó aquellos ojos hermosos, ojos de un color único, imposible, eran... violeta, amatistas.

Y su largo cabello del color del oro y de los rayos del sol. Igual a su amada y difunta esposa. Sí. Era su hija. Ese hombre había visto a su hija.

Michael encaró de nuevo a su visitante.

—¿Qué quiere y cómo puedo recuperar a mi hija?

Él se sentía como un idiota. Un imbécil con granos en la cara a la espera de su primera fornicación. Se maldijo una y mil veces por sentir aquello. Ah, pero él nunca había tomado a una virgen, pensó. Sabía que sangraban, que era doloroso para la mujer. Había visto a las mujeres en el barco de Ingram. Por sus piernas corrían finas líneas de sangre... después de ser vírgenes y ser violadas. ¡Debía quitar esas imágenes de su cabeza! ¡Él no iba a violar a Carlotta! ¡Ella vendría a él esa noche, voluntariamente! Ella... sentía algo por él, se recordó con fervor. Ella se daría a él... porque ella había dicho: «Mi corazón es vuestro, mi bien amado».

Cuando entró el burdel de Jube, la misma corrió de nuevo al verlo, llena de alegría y desparpajo, con la pluma de su cabello pícaramente ladeada.

—¿Por qué os habéis marchado esta mañana sin llamar, capitán?—le dijo al oído mientras se colgaba del cuello masculino y se restregaba un poco contra él—. ¿Habéis descansado anoche?

Salvatore le quitó bruscamente los brazos del cuello.

—¡Ah, mujer!... ¿os habéis dado a la tarea de molestarme? ¿Desde cuándo doy explicaciones de mis actos? ¿Y por qué diablos tengo que avisaros de mi marcha?

—Vaya... veo que vuestro mal humor del desembarco aún os persigue... pero sabéis que puedo calmarlo y no me importa lo... rudo que os podáis poner.

El Cuervo la miró a los ojos.

—La chiquilla —Él no recordaba su nombre—. ¿Dónde está? ¿Margot?

Al oír el nombre de una de las prostitutas, Jube se envaró con ambos puños a los costados de su hermosa figura. La única chica joven que había entre ellas era Margueritte.

—¿Margueritte? ¿desde cuándo os satisface esa pequeña puta?

Los ojos del Cuervo se volvieron tan malignos que Jube cedió al miedo, se le erizó la piel y bajó las manos, y se arrepintió de su acceso de ira.

— Es... a ella a quien deseáis entonces... —balbuceó Jube.

—Lo que yo desee o no, no es vuestro asunto, mujer. Hacedla venir.

Jube miró al Cuervo, y asintió.

Margueritte tembló al oír que era requerida por el capitán. Tragó en seco y se persignó. Jamás, desde que hacía dos años que trabajaba en el burdel, aquel hombre

la había solicitado. Siempre había sido atendido por Jube. Pensó en su tamaño. Pensó en lo que había oído sobre él... aunque nunca había hecho daño a Jube. O al menos eso le había asegurado ella.

Se puso de pie y repintó el lunar falso de sus labios. Se secó las sudorosas manos y asintió. Y se encaminó hacia la habitación que el hombre ocupaba.

—¿Capitán? —dijo Margueritte con voz temblorosa, después de tocar la puerta. Y cuando ella escuchó que la abrían, creyó que perdería la conciencia. Las palabras de los marineros vinieron en tropel a su memoria.

Aquel hombre era letal. Era cruel. Y era impredecible. Y cuando lo vio, Marguerite respiró profundamente buscando un poco de valor. Maynarde no permitiría que aquel hombre la asesinase, ¿o sí?

Ella entró. Y el capitán Cuervo le dio la espalda mientras fumaba uno de sus puros. Hubo un breve silencio, hasta que él habló.

—¿Cómo os llamáis?

—Mar... gueritte. —Ella bajó la mirada.

Y el capitán giró para mirarla.

—Os mandé a llamar porque... necesito un... consejo.

La muchacha alzó la mirada con asombro.

—¿Un... un consejo? ¿De mí? ¿Solo eso? ¿En qué... podría seros de ayuda, capitán?

Salvatore, quien había nacido mucho antes que aquella niña, sintió el rubor más ridículo recorrer todo cuerpo. La vergüenza era lo peor, se dijo. Nunca la había sentido.

Y aún con aquella sensación de debilidad, que odió como nada, encaró a la temblorosa muchacha.

—¿Cómo debe ser tomada una virgen?

Margueritte creyó que había oído mal. Muy mal. Desde el principio. ¿Aquel hombre, ese hombre, malvado, temido, y diabólico... solo quería... un consejo?, ¿sobre cómo tomar una virgen?

—Vos lo habéis sido... así que sabréis cómo —terminó de decir el Cuervo.

La muchacha evitó su mirada entonces, y asintió.

—Hablad... muchacha.

—¿Ha... habéis pagado por una, capitán? Solo lo pregunto para comprender si esa mujer os... conoce y vendrá o no de buen grado. Y si os... teme.

Todos sabían que en algunas plantaciones los dueños vendían a las hijas de los esclavos a hombres tan desalmados y miserables como ellos.

—No, maldición. No he pagado por una. Y sí, vendrá de buen grado, porque resulta que... no me teme —susurró, pero después recuperó la compostura—. Decidme de

una vez cómo...

Margueritte perdió al aliento al oírlo. «No me teme», había dicho él. Supo que era verdad. No había comprado a ninguna de las pobres hijas de los esclavos. No se trataba de eso. Una mujer... no temía a ese hombre. No era posible.

Y entonces lo observó mientras esperaba la respuesta de ella y se volvía de espaldas una vez más, fumando el puro. Estaba tenso. Eso podía verlo. Estaba haciendo un gran esfuerzo de humildad, pensó ella, y muy posiblemente él mismo no lo sabía. Debía ser una mujer que... tenía un importante efecto sobre ese hombre. Era imposible.

Ambas suposiciones eran imposibles.

En breves palabras, Margueritte explicó al hombre temido lo que debía y no debía hacer. Lo hizo por aquella mujer a quien no conocía. Y solo tuvo pena por ella, aunque no sabía quién podía ser ni deseaba sinceramente saberlo. No podía ni imaginar el ser desflorada por... ese hombre. Grande. Y malvado como pocos marinos en aquellos mares. Uno de los hombres más crueles que ella había conocido. ¿Podría tener piedad ese hombre con aquella mujer?, se preguntó la muchacha mientras dejaba al fin la habitación. ¿Sería brutal? Sí. Él era brutal. Era su naturaleza.

Entonces Margueritte rezó por la mujer que tenía en aquel estado al Cuervo. Pasó por al lado de Jube. Y esta la miró llena de odio, creyendo que el Cuervo la había preferido.

Pero Margueritte la sorprendió cuando le explicó que ese hombre solo había querido... hablar con ella. No le contó de qué. Y así soltó su brazo del agarre celoso de Jube y continuó su camino.

CAPÍTULO 31

*A*quella noche...

Los burdeles y tabernas comenzaban a abrir sus puertas en las marismas.

Charlotte, sentada en la cama, con las manos unidas en su regazo, oró. Y buscó en su corazón la fuerza para negarse, para huir. Huir de él, y de aquello tan poderoso que sentía por él. ¿Era eso lo que llamaban amor? ¿Era ese el sentimiento que los trovadores y poetas cortesanos cantaban? Una vez, cuando no había perdido la vista, ella había oído a su madre leer en voz alta a su padre unas palabras de amor de algún libro. Los vio reír tiernamente y tomarse de las manos. Ella vio un lazo alrededor de ellos. Un lazo de luz que los unía.

Inspiró profundamente ante aquellos hermosos recuerdos. Y sintió ese mismo lazo de luz unirla a él.

Sus palabras vinieron de nuevo como una cascada: «Venid conmigo», «venid a mi casa... como mi mujer», «dadme hijos», «esperad mi regreso... y no deis vuestro cuerpo ni vuestro corazón a otro hombre, aunque creáis que he muerto».

Vivir con él... un tiempo. Solo esa noche. O cientos. Poder tocarlo. Poder reír con él. Hablar con él.

O negarse. Rechazarlo. Exigir ser devuelta a su padre. Pedir la ayuda de Maynarde. Y vivir hasta el último de sus días preguntándose cómo habría sido la maravilla de vivir con él, por el tiempo que fuera.

Él. Un hombre perverso. Cuántas veces lo había aceptado su conciencia, pero no su corazón.

Le había pedido tiempo para pensarlo. Pero él, como era de esperar, la había instado a decidirlo aquella misma noche. Partiría en dos días. Y ella sabía para qué. Salvatore no huía de nadie. Y no huiría de aquel hombre otomano. Sabía que habría un enfrentamiento. Todo por culpa de ella y su afán de huir en Liberty.

Una sensación de frío indescriptible la recorría cada vez que pensaba en ello. Tal vez si ella acudiera esa noche, tal vez podría convencerlo de que desistiera en ir en busca del otomano.

Jube no pudo encontrar a Salvatore. Y aunque abofeteó a Margueritte cuando esta se negó por segunda vez a informarla de la conversación que había mantenido con el capitán, la chiquilla se mantuvo en silencio.

Ese hombre se comportaba de forma muy extraña. Claro que siempre se comportaba como quería y cuando quería.

—¿Estáis seguro? Vuestro... hijo buscó la muerte cuando desobedeció vuestras órdenes y tomó lo que no era suyo.

Mohamed preguntó aquello con reservas. Abdel no era un hombre cuyos actos se podían cuestionar.

Abdel sabía que todo aquello era cierto, que era la ley del mar. Nadie debía tomar lo que era de otro hombre. Ni mujeres, ni botines. Nada. La muerte era el justo castigo. Pero Nasser era su hijo. De hecho... aunque bastardo, habría sido su primogénito y heredero ya que fue su primer hijo varón. Sabía lo que su hijo hacía a las mujeres. Y siempre supo que era un traidor, pues a él mismo lo había traicionado al desobedecerlo, y no solo aquella vez, sino muchas otras. Siempre supo que su hijo estaba dominado por el *Shaitán*... el demonio. Pero el Cuervo no le había dado una muerte digna. Le había robado su honor. Lo había torturado y mutilado, y lo había dejado en la playa para que las aves carroñeras se lo comieran. Todos en Liberty tuvieron noticia aquello. Una afrenta sin igual. Y pronto se sabría en todos los puertos.

El corazón de Abdel se estrujó en su pecho al pensar en su hijo. Un padre muerto en vida. Dolor. Un intenso dolor era lo único que lo movía.

Capturar al Cuervo. Darle la misma muerte que él dio a su hijo. Era lo justo. Era lo que su dolor sangrante le pedía. Mataría a ese mal nacido lentamente. El hijo de una sucia e insignificante puta italiana. Un hijo sin padre.

Capturaría a la mujer que parecía un *Dhu mirrah*... un ángel. Y la entregaría a su padre. Aquella mujer...

La recordó cerrando los ojos. Recordó el halo de luz que la rodeaba. La belleza de su rostro. Sí, era un verdadero *Dhu mirrah*.

Recordó la furia, la muerte, la oscuridad en la mirada del Cuervo en la taberna de Los Seis Escudos cuando pretendió negociar la compra de la mujer. Era la furia de un hombre que protege... a su mujer. La furia de un hombre que ama. Era impensable que aquel cabrón cruel pudiera albergar un sentimiento de ese tipo, pero lo supo en cuanto los vio juntos aquella noche fuera de la taberna.

La apresaría, sí. Pero antes la deshonraría frente a ese bastardo italiano, de la misma forma que él deshonró a su hijo. Lo golpearía en lo que tanto quería. Y la devolvería

al barón viva. Eso lo cumpliría. Pero le devolvería lo que quedaría de ella. ¿No era eso mejor que nada?

El barón le había dotado de lo necesario para viajar por tierra. Caballos. Dos carruajes para los hombres de su tripulación. Y otro para él. Hombres expertos en aquellos parajes que a él le eran solo conocidos por la costa. Esos hombres, exploradores, lo llevarían al Cuervo.

Aquella comitiva no era otra cosa que la diligencia de la muerte.

Salvatore envió a uno de los criados del establo para que avisara a Guitha de su presencia, y trajera a Charlotte junto a él.

Se sentía inquieto. Como un perfecto imbécil. Y como un perfecto imbécil se había bañado a conciencia aquella tarde. Le había pedido a Hazhim que le recortara la barba. Estaba más limpio que el agua de un arroyo. Y todo para ella. Hacía mucho tiempo que no se miraba en un espejo. No era un marica para dedicarse a eso, pensó. Tampoco un dandi de los puertos como muchos otros marinos. Y cuando aquella tarde, después del baño, contempló su reflejo en el espejo que Hazhim le había dado, solo vio a un hombre que parecía un buey, y un rostro castigado por el sol, una nariz alargada, unos labios muy finos igual de castigados, y mechones grises en las cienes. Se sorprendió entonces agradeciendo que ella fuera ciega y que no pudiera verlo. No era apuesto y tampoco joven. No era puro, ni bueno. Y ella lo era todo. Era pura, de corazón, de alma, de cuerpo. Tan joven y tan hermosa. ¿Tenía él derecho alguno a ella? Sí y sí. Una y mil veces sí. Una ira intensa amenazó con corroerlo al pensar en cuál habría sido el destino de Carlotta si su madre no hubiera muerto y el cobarde de su padre no hubiera huido a las Colonias para evitar ser arrestado por sus deudas.

La habrían casado con alguno de esos «finolis», pensó ardiendo de celos. Un caballero. Un hombre... bueno y puro, con título, que la habría conocido en algún baile, donde habría quedado prendado de ella. Y entonces ese hombre habría tenido derecho a ella. A tocarla. Habría tenido el derecho de ver su sonrisa cada día, sus ojos del color de las violetas más intensas. Habría tenido derecho a su aroma. Y ella no sabría nada de un bastardo feo y bruto como él. Habrían estado uno muy lejos del otro. Ambos en mundos muy distintos. Ninguno de los dos habría sabido de la existencia del otro. Y si sus caminos se hubieran cruzado por azar... ella lo habría despreciado y se habría cubierto el rostro con un delicado abanico para no ensuciarse ante su presencia.

Estuvo cerca de estrellar el espejo contra la pared ante esos pensamientos. Ah... había visto a muchos de sus hombres en ese estado. Hombres sombríos y

melancólicos que habían dejado a una mujer en tierra. Los había considerado débiles criaturas. Poco fiables. Maricas. Hombres que no podían concentrarse en sus tareas. Y a muchos los había expulsado como escoria de su barco y su tripulación.

En ese momento, él, frente a la casa de Maynarde, fumaba el puro con ansiedad mientras la esperaba. Era el segundo que fumaba en menos de una hora. Como un marica, se dijo mientras sonreía con una mueca de desagrado ante aquel pensamiento. Como un imbécil.

¿Y si ella se negaba a salir de la casa? ¿Y si su respuesta era... un no?

A cada instante la inquietud, el posible rechazo, le atenazaban aquello podrido que latía bajo su pecho. Debía de tener un corazón, estaba seguro de ello. Porque de otra forma no podía entender qué otra cosa le golpeaba desde dentro con tanta fuerza que le costaba aspirar el humo del maldito puro...

Ya había esperado demasiado.

¡La arrastraría fuera de la casa de Mainarde! Se había acabado su paciencia.

Ella le había llamado «bien amado... mi amor». Le había dicho que él detentaba su corazón. ¿Entonces por qué parecía que no saldría?

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Maldigo a todos los muertos si me he convertido uno de esos maricas... enfermos de amor por una mujer...! —espetó entre dientes mientras pretendía encender el tercer cigarro—. ¿Por qué demonios tarda tanto?

—*Seilvathore*...

Oyó su nombre en sus labios...

Él bajó el cigarro. Y giró. El cigarro cayó al suelo. Aquella imagen le robó el aliento. Y el alma.

Ella extendió sus manos.

—¿*Seilvathore*? —ella sonrió.

Él no lo supo. No fue consciente de ello. Pero también sonrió. Con toda la amplitud de sus finos labios.

Y en dos pasos estuvo a su lado. Y tomó aquellas manos. Las besó con reverencia.

—Habéis venido, *angelo*... a mí.

La emoción que ella escuchó en aquella frase la colmó de algo que no tenía descripción. De aquello que cantaban los poetas. Separó una mano y tocó aquel amado rostro barbado.

—Sí.

Él la estrechó con fuerza. La oscuridad de la noche los envolvió. Ella lo escuchó suspirar. Y ella suspiró también. Sintió cómo le quitaba la estola y tomaba la larga trenza que caía por su espalda. La enredó en su enorme mano e inspiró el aroma de su pelo.

Charlotte se puso de puntillas, aunque ni siquiera así podía llegar más que a la clavícula de él. Pero podía aferrarse a su cuello.

Él la abrazó y la levantó en volandas.

Supo que él contenía un grito, un gemido de felicidad.

Y ella contuvo otro. Y se aferró más a su cuello.

—Entonces... sois mía —le dijo con anhelo mientras ambos perfiles se acariciaban. Charlotte tenía los pies colgando como campanas. Aún seguía en volandas—. Sois mía porque deseáis serlo —susurró, emocionado—. Habéis venido por voluntad propia.

—Sí.

—Ah... *Carlotta*. —La abrazaba con una fuerza contenida, como si abrazara un tesoro—. No temáis de mi... *cara*, porque yo jamás os haré daño. Nunca —le juró con fervor.

Ella le creía. Sabía que él estaba emocionado. Jamás lo había sentido de aquella forma. Pero ella también estaba emocionada, en la misma medida.

—Lo sé... sé que no lo harías. No os temo, *Seilvathore*. Estoy aquí, porque así lo he decidido...

Ella se atrevió a besarlo, tímidamente. Nunca lo había besado. Ella a él. Nunca se había atrevido. Pero esa noche sentía que podía ser capaz de todo. Sentía que no era ciega. Que podría ser todo aquello que había anhelado.

Y cuando ella, con sus pequeñas manos tomó su rostro, y lo besó tan cándidamente... él creyó estallar su podrido corazón.

Aceptó ese beso cándido que contenía el preludio de una pasión. Había pasión en ella. Lo supo. Y esa pasión era por... él. Para él.

—Vamos... venid conmigo —interrumpió el beso y la bajó al suelo con suavidad.

Tomó la mano de ella para guiarla.

Ambos se internaron por el camino del bosque.

Esa noche, él no era un demonio de los mares. No era el hombre más perverso. Uno de los hombres más temidos de los puertos de todo el mundo. Aquella noche solo era un hombre.

Ella no era una joven dama, inocente, camino de su ruina. No era ciega ni una carga. Solo una mujer.

CAPÍTULO 32

Aquella noche... había luna llena.

Se oyeron algunos coyotes. Las risas de algunos hombres y mujeres de las tabernas. Música cerca de la playa.

El hombre y su mujer se acercaron a la playa. El ruido de las olas se mezclaba con las palmadas y los cantos de los gitanos que bailaban alrededor de una hoguera.

—No reconozco esos instrumentos —dijo emocionada Charlotte.

Él la miró y sonrió.

—Es una guitarra. Son gitanos... vienen a las marismas a vender sus baratijas a las putas de... los burdeles —dijo y luego se arrepintió de ser tan burro—. Y luego siguen su camino. ¿Os gusta el sonido?

—Mucho —ella asintió para dar más fuerza a su respuesta. Y sonreía ampliamente. Él también—. Me gusta la música.

—Sabía que os gustaría. Por eso he tomado este camino.

—¿Podemos acercarnos?

Él contempló al grupo de mujeres, niños y hombres. Y meditó. Estaba tan deseoso de ella que hasta le dolía el cuerpo. Tal vez sería mejor calmarse un poco. Recordó las palabras de la chiquilla del burdel.

—Sí. Podemos.

¿Por qué no? Quería agradarla. Quería ver por más tiempo esa sonrisa. Quería que estuviera tranquila.

Cuando aparecieron en el campamento gitano, muchos de ellos se detuvieron, asustados por aquel hombre que todos conocían por esos parajes. Sabían que usaba la daga como nadie. Que no necesitaba más que sus manos para acabar con dos o tres hombres en un suspiro. Por no hablar de su tripulación, que podía aparecer de la nada como si estuvieran de forma permanente a la espera de órdenes de su capitán.

Salvatore les hizo señas con las manos a todos. «Calma. No temáis».

Quiso transmitirles que venía en paz, con sus gestos. Tomó de nuevo la mano de Charlotte. Y ella apareció ante los gitanos.

Suspiros de incredulidad. Algunas de las mujeres gitanas se inclinaron en

reverencia ante aquella imagen.

El capitán comprendió el asombro de todos. Ella era todo luz y bondad en aquella noche de luna llena. Se había puesto la estola sobre la cabeza y los hombros otra vez. Parecía una Virgen. O al menos eso fue lo que escuchó decir a una de las mujeres gitanas. Y él siempre lo había creído así.

El jefe de los gitanos se acercó.

—Capitán... seáis bienvenido vos y vuestra dama.

—Buenas noches, Misha —respondió el capitán asintiendo y aceptando la mano que el otro hombre le ofrecía. Era una forma de asegurar que venía en paz. Y que en paz serían recibidos.

Fueron aceptados en el grupo. Los hombres se relajaron. Y la música y danza reanudó su alegre compás.

Salvatore se sentó en la arena y apoyó la espalda en el tronco de una palmera. Abrió las piernas flexionadas y Charlotte se acurrucó en su regazo. La rodeó con sus brazos y oyeron la música.

—¿Cómo es este lugar? —preguntó ella—. Por favor... describidlo.

Ella escuchó al capitán describir el lugar. Y las personas que bailaban. Su color de piel, su aspecto, ropas y atuendos.

Cada día él notaba que le era más fácil describir las cosas, las personas y lugares, para ella. Le gustaba sus expresiones, su sonrisa, cuando lo oía con tanta atención, cuando la veía asentir en señal de entender, mientras él estaba enloqueciendo al tenerla de aquella forma en su regazo, sintiendo sus suaves caderas entre sus muslos y tan cerca de...

Suspiró y se contuvo. No era un animal, se dijo decenas de veces mientras ella reía y aplaudía el canto de los gitanos. Inocente de todo hablaba con él y reía.

Él entendió que ella era tan ingenua y tan inocente que no tenía la menor sospecha de lo que implicaba aceptarlo, de lo que implicaba que él la tomara. De lo que implicaba aquella noche.

Recordó de nuevo las palabras de aquella chiquilla del burdel de Jube. Tenía que tener paciencia. Cuando Charlotte, aplaudiendo y riendo, se movió presionando sus caderas en su ingle, él se puso de pie de repente tomándola a ella de la mano al mismo tiempo.

—Es hora de marcharnos, milady.

—Oh, pero... creí que esta noche estaríamos... que estaríamos juntos. ¿Es hora de retirarnos entonces?

Ah, sí. Era hora de retirarse, se dijo el capitán Cuervo con una sonrisa diabólica.

Caminaron juntos por el bosque.

—¿A dónde vamos?

—Os dije que esta noche y las que me quedan en esta isla, mi mujer compartirá mi lecho. —Se detuvo y le tomó el mentón—. Ya no puedo dormir sin vos a mi lado, *Carlotta*. Todas esas noches en mi camarote...

Ella se sonrojó.

—Yo... también os extrañé. —Ella se sonrojó completamente al decir aquello.

Y lo dijo tan cándidamente que solo provocó una sonrisa aún más malvada en el Cuervo. A él nadie lo había... echado de menos. Jamás.

Reanudaron la marcha. Hasta que llegaron a una pequeña casa de piedra.

—¿Qué es este lugar?... ¿Es aquí donde os habéis quedado desde que llegamos?

Él se dijo que no convenía decirle que dormía en el burdel, porque tendría que explicarle que había habitaciones sin... mujeres incluidas, y tal vez ella no le creería.

—Sí.

Pero él había pagado una pequeña fortuna a Maynarde por aquella casa. Solo para dos días. Estaba bien construida y equipada. Había sido la primera casa que Maynarde había tenido. Y la había conservado e inclusive mejorado. Estaba apartada y segura dentro del bosque que confluía en la bahía. Nadie la había ocupado desde hacía tiempo. Pero aquella mañana en que la rentara, había sido refrescada. Estaba muy limpia. Y todo cuanto había complacía al capitán. Muebles, cortinas. Todo. Le compraría aquella casa, de dijo. Porque después de lo que allí ocurriría... nadie más debía ocuparla. Pero eso era algo en lo que pensaría después.

Dejó a Charlotte sola, para encender el fuego del hogar. Y un candil. No necesitaban más.

La observó mientras echaba troncos en el fuego. Y cuando prendieron, se iluminó suavemente el lugar. Y a ella.

—Quitaos la estola.

Charlotte se sobresaltó al oírlo detrás. A veces él se movía de forma tan silenciosa. ¿O era que ella no pudo oírlo por los fuertes latidos de su propio corazón?

Asintió y se quitó la estola.

Supo que lo tenía muy cerca, aunque no la tocara. Estaba justamente frente a ella.

—Ahora deshaced la trenza.

Lentamente, ella deshizo la trenza. Y bajó los brazos a cada costado cuando culminó esa tarea.

Aguardó en silencio. Respirando serenamente, aunque su corazón martillaba en su pecho.

Entonces pudo oír la respiración entrecortada de él. Y sintió su pulgar acariciarle el labio inferior. Entonces se percató de que en ese momento él estaba frente a ella.

—Juradme que no me teméis, *Carlotta*—le susurró él al oído.

Ella cerró los ojos.

—Os lo juro. No temo.

—Bien...

Sintió sus manos en su pelo. Una fuerza entró en ella de tal forma que se le doblaron las rodillas. Él la sostuvo y siguió hablando, susurrando palabras que ella no entendía. Solo algunas, porque hablaba en italiano. Eternidad. Posesión... Lealtad.

—*Carlotta*... juradme vuestra lealtad. Y tendréis la mía —le dijo en italiano.

Ella asintió.

Pero eso no fue suficiente, porque sintió como él tiraba suavemente de su pelo y le levantaba el rostro.

—Juradlo con palabras.

—Lo juro. Os doy mi lealtad.

Aún se le doblaban las rodillas. Oyó como ardía la madera en el hogar. Oyó la respiración de él. Era más intensa.

Sintió que la despojaba de su vestido, dejándola tan solo con su combinación. Y ella se aferró a su cuello.

Salvatore la levantó en brazos. Y el largo pelo rubio y suelto de Charlotte de desplegó como un estandarte.

La luz de las llamas los iluminó a ambos.

El destino se sellaba en ese momento.

El demonio arrastraba a sus tinieblas a un ángel.

¿O el ángel vertía su luz sobre el demonio?

La depositó suavemente en el lecho y se apartó para admirarla.

Ella escuchó y sintió que rasgaba sus enaguas.

—¿*Seilvathore*?

—¿Sí? No temáis. Quiero contemplaros, *angelo*... no voy a haceros daño, *cara mia*.
Nunca.

Otro rasgón se escuchó. Luego el lecho se inclinó cuando él se inclinó sobre ella.

Ella supo que la observaba. Lo supo porque todo su cuerpo ardió bajo su mirada. Cada centímetro. Cada ápice de su piel.

Charlotte levantó sus manos. Ella también quería mirarlo. Quería tocarlo.

Y como si no hicieran falta las palabras, él se quitó rápidamente la casaca, la camisa, las calzas, sin dejar de observarla.

Volvió enseguida y tomó las manos de ella. La hizo incorporarse. Ambos estaban de rodillas en el lecho. Uno frente al otro.

Fue él quien gimió cuando ella puso sus manos blancas y puras sobre su pecho

bronceado y curtido por el sol. Cuando aquellos dedos acariciaron después su torso.

Charlotte recordó la sensación de aquel vello rizado bajo sus manos, de la piel suave y concisa, los músculos bajo ella. Y respiró el suave aroma de él. Olía a limpio, pero también a tabaco y sol. Jamás podría olvidar su aroma. Jamás. Aunque él estuviera entre cientos de hombres, ella podría reconocerlo sin duda. Lo acarició con sus manos hasta el estómago plano y duro. Allí la llevó el rastro de vello. Se detuvo cuando lo oyó gemir.

—¿Os he hecho daño? —preguntó insegura. Lo oyó reír y ahogar otro suspiro.

—No, *angelo*... —Le tomó la mano y la besó en la palma—. No me hacéis... daño —dijo burlón ante su ingenuidad, aunque su corazón latía con una emoción jamás sentida, más del alma que de su cuerpo.

Entonces alzó su mirada y contempló el hermoso rostro preocupado. Le besó los párpados suaves. Acarició la mejilla con un dedo. Y continuó dibujando el rostro de un ángel. Y cuando su dedo rozó los labios de ella, ella besó ese dedo y cubrió con su pequeña mano su mano enorme y castigada por la vida.

Y él lo supo en ese momento.

Jamás la dejaría.

Había encontrado a su mujer. La suya. Para envejecer junto a ella.

—Seréis mi mujer para siempre —le susurró contra la piel de la palma de la mano femenina—. Jamás os dejaré ir, *Carlotta*. Viviré lo que me queda de vida a vuestro lado. Y vos viviréis la vuestra al mío.

Cuando Charlotte le escuchó decir aquello, su alma rompió en júbilo, en algo arrasador. No porque le jurara eternidad, sino porque supo que él decía la verdad; deseaba envejecer a su lado, aunque fuera una ciega, aunque fuera una carga. Él la deseaba como ser humano. Y eso la llevo a decir...

—Mi amor, yo viviré a vuestro lado, y seré vuestra mujer, os daré hijos, esperaré vuestro regreso cada día cuando partáis, y jamás me entregaré a otro hombre... y...

Antes de que terminara su juramento, sus labios se unieron, sus cuerpos se abrazaron en el fuego más intenso. Y el lazo de luz los envolvió.

Cayeron lentamente en el lecho.

Manos finas y blancas se unieron a unas toscas, grandes, morenas, cubiertas de cicatrices. Las siluetas de sus cuerpos unidos cortaron el resplandor de las llamas del fuego. Ella era invidente, pero conoció el cuerpo de él a través de la caricia de sus manos. Él utilizó sus ojos, sus manos, su alma, que siempre creyó no tener, para conocer el de ella. Ambos grabaron el aroma del otro en su mente. Para siempre. Ambos grabaron la forma de sus cuerpos en su mente, bajo sus manos. Y cuando ella lo recibió en su cuerpo, él la oyó gemir de dolor, la sintió tensarse. Y supo que había

tomado su virginidad, su bondad y su luz.

—¡Ahora sois mía *Carlotta*, *Carlotta*! —espetó entre dientes como una feroz declaración, reuniendo todo su valor para contenerse, una pátina de sudor cubriendo su rostro. Necesitó embestir como nunca. Era cuestión de vida o muerte. Pero apretó aún más los dientes. Y se contuvo.

La abrazó, y le habló de lo mucho que había esperado ese momento. Le dejó un reguero de besos en el cuello rozándola con la barba con cada uno. Y se mantuvo quieto.

—Duele... —dijo ella en un efímero hilito de voz, emocionada al mismo tiempo de sentirlo dentro de su cuerpo como no santería jamás a otro ser—. Pero es tan maravilloso...

—Os prometo que pasará, *cara*. Dolerá solo esta vez, *angelo*. Confiad en mí. No me moveré... no haré nada más que os cause dolor...

Se quedaron abrazados.

Y él esperó todo el tiempo que ella necesitó. No sin seguir conteniendo con fuerza los anhelantes movimientos de su cuerpo. Seguía sudando por el esfuerzo de contener la feroz necesidad que lo consumía. El anhelo febril de empujar dentro de ella lo más profundo posible.

Pero nada podría hacer que esa noche él fuera un animal. Nada, ni sus propios anhelos, ni su necesidad de poseerla, podría hacer que le hiciera daño. No a ella.

Ella le tocó el rostro sudado con sus dedos, una caricia de mariposa. Y le retiró un mechón húmedo de la cara. Se movió un poco y él creyó que derramaría su simiente en ese momento. Pero se contuvo. Y respiró profundo. Y la contempló.

—Os siento dentro de mí... ¿así es el amor, *Seilvathore*? —Fue una pregunta hecha con tanta humildad, rozando su barba con los dedos mientras lo decía. Su rostro maravillado, ingenuo.

Él se sostuvo en sus antebrazos y se alzó un poco sobre ella para mirarla mejor. No sabía qué era el amor, se dijo, pues él nunca había amado, nunca había sido amado. O tal vez sí, por su madre. Pero ya no lo recordaba. Nunca fue amado, y menos de aquella forma, por alguien que no podía ver lo feo que era, lo tosco y bruto que era. Ella solo lo veía... a él.

—Os amo con todo mi ser —le dijo ella tocando con sus dedos los labios de él enmarcados por la espesa barba negra. Las llamas del fuego del hogar crepitando. Sus respiraciones irregulares, intensas.

Ah... aquello derribó cualquier contención que él pudo erigir.

Emocionado, le tomó el rostro con una sola mano y la obligó a encararlo. Y la besó una vez más. Feroz. Posesivo. Emocionado hasta los más profundo. Y ella abrió su

boca para él. Abrió aún más sus piernas para él.

Él la estrechó en sus brazos y la penetró muy hondo con un gemido violento de franca victoria. Se dio a sí mismo en ese acto como nunca se había dado, ni supo alguna vez que podría darse.

Sus cuerpos y sus almas se mecieron juntos como olas furiosas que se encuentran. Con fuerza. A ritmo desesperado.

Y el Cuervo conoció los Cielos.

Y el ángel ardió en un maravilloso infierno.

CAPÍTULO 33

Abdelkader viajó toda la noche, incómodo en aquel carruaje. Ya no estaba acostumbrado a viajar por tierra. Y de hacerlo, prefería cien veces el desierto de Argel a aquellos bosques llenos de mosquitos que libremente se introducían dentro del pescante.

Ocho hombres más a caballo les seguían. Eran hombres leales al barón Campbell y a la Armada Británica en Newport. Los hombres del *Asram* viajaban en otro de los carros, también presas del mal humor por viajar por tierra.

El otomano tenía un objetivo en mente, muy consciente de que podían ser aquellos sus últimos días. Matar al Cuervo. Era una empresa temeraria, sí. Una empresa que solo podría ser contemplada y ejecutada por un padre herido, un padre que había perdido a un hijo, un padre que había visto como las aves de rapiña devoraban el cadáver mutilado de su hijo mientras yacía como un despojo en la orilla de la playa.

Mataría al mal nacido italiano. A ese bastardo. Lo mataría, aunque fuera el último acto de su vida. Lo torturaría de todas las formas imaginables antes de librar los mares de una escoria como esa. Pero había una tortura peor que la física, la cual él estaba muy seguro de que el bastardo italiano ya conocía, y esa era hacer daño a su preciosa mujer. Lo haría. Terminaría él mismo lo que su hijo había pretendido hacer con ella y por lo que había muerto. Le demostraría al Cuervo que había fracasado. Su preciosa mujer sería violada por él y sus hombres, en su presencia. Y él no podría hacer nada. Y así sabría que la muerte de Nasser fue en vano. Que el resultado final fue el mismo. Le causaría un dolor mortal, el mismo dolor que él había sentido al ver el oprobio y la indignidad en la muerte de su hijo.

Gozando al imaginar esos momentos, Abdel contempló el paisaje que los rodeaba, deseando volver a la mar cuanto antes, cubierto de gloria y victoria cuando colgara la cabeza del Cuervo en el mástil mayor del *Asram*.

Ella se había dormido plácidamente sobre él. Sobre su pecho. Salvatore estaba despierto, acariciando sus delgados brazos, su esbelta espalda. Su piel tan suave. Bajó

su mirada para contemplarla. Las pestañas doradas eran finos abanicos sobre sus mejillas tersas. Nunca había visto él imagen más sublime que aquella. Aún le palpitaba el corazón. Ya no tan enloquecido, pero si con fuerza. La abrazó aún más, y ella se movió como si despertara, pero tan solo la oyó suspirar y acurrucarse contra él confiada. Aquello le estrujó el corazón. Se estaba volviendo débil. Viejo. Y estaba cansado.

Solo con aquellas palabras pudo explicarse por qué se sentía tan feliz. Por qué su pecho estaba hinchado de satisfacción, de placer. Como si nada le faltara en ese mundo. Ella lo quería. Le había dejado tomarla. Había sido valiente y honesta. Se había dado a él sin miedo. Y él la... quería. Sí. La quería como a nada y a nadie en aquel mundo.

La miró de nuevo al decirse aquello. Y acarició su mejilla con un dedo enorme y moreno. La quería. Y se imaginó viviendo con ella en Boloña. Dejaría aquella vida. Estaba cansado. Ya no era el mismo joven que asumió la tripulación de James Ingram. Los mechones grises de sus cienes, las profundas arrugas en sus ojos, eran francos testigos de su cansancio. Y no podría marcharse y dejar sola a Carlotta, aunque les pagara a decenas de criados y doncellas para que cuidaran de ella en su ausencia. Esa noche lo había comprendido.

La luz del nuevo día iluminó la playa y dos figuras corrían tomadas de la mano, riendo y regalándose besos y caricias como si de dos jovencitos se tratara.

Él la llevó en brazos al mar. Y ella se aferró a su cuello disfrutando de las suaves olas que los envolvían.

Aquel fue un día que ambos recordarían. Hablaron, comieron, rieron, e hicieron el amor cuando llegó el atardecer. Ella conoció a un hombre más allá de la violencia y la crueldad. Conoció al hombre que pudo ser de no haber nacido en la atroz miseria. El hombre que aún era.

Charlotte oyó la risa de Salvatore, que no era maligna ni burlona. Conoció la ternura que aún albergada en lo más profundo del corazón, mientras la tomaba en sus brazos y la llevaba al mar. Su paciencia para con su invidencia. Quiso llorar de amor por él. Y así lo hizo cuando volvieron a entregarse el uno al otro.

El temido capitán Cuervo sintió algo en su alma oscura que llegó a rozar la inmensidad cada vez que ella le decía que lo quería, cada vez que con sus pequeñas manos le tocaba la barba y lo besaba, después de hablar con ella y saber que ella asentía, entendía. Siempre le había sido fácil entenderse con ella, y fue algo que aquel día comprendió entre otras cosas, y le causó el mayor de los placeres. Después de años en el mar, cuando ya no era un hombre joven, había hallado precisamente en ese basto mar a su compañera. Y deseó como nunca haber nacido bueno y puro. Pero

como no lo era, se juró cuidar de ella hasta después de la muerte. Se aseguraría de que después de su muerte, ella quedaría protegida, y jamás ningún familiar, el canalla de su padre o quien fuera, la internaría de nuevo en un convento.

Cuando Hazhim dejó la habitación, Rose se persignó varias veces. Y oró por su amada niña. Por Charlotte.

Él se la había llevado. No. Ella se había ido con él. El diablo le había ganado la partida a un ángel, se dijo amargamente. Aquella noche, Charlotte no volvió a la habitación. Tal y como le dijo que haría.

Recordó la conversación que habían mantenido, lo segura que estaba su niña cuando le habló de las intenciones de... ese hombre. Le había dicho que él deseaba compartir su vida con ella. Y tan solo de pensar en ello, a Rose se le partía el alma.

Aquel demonio se había enamorado de su pequeña Charlotte el mismo día que se habían visto en la cubierta del mercante. Rose lo supo también en ese mismo instante. Se negó la evidencia una y otra vez, pero de nada sirvió, porque el resultado había terminado por ser el mismo.

«Enamorado». ¿Un demonio cruel podría sentir amor? No.

Pero las imágenes del capitán luchando contra las olas, los tiburones y los disparos de los otomanos volvieron a su memoria como cada noche. Se dijo a sí misma que ese hombre solo quería recuperar a Charlotte por el oro que pediría al barón... pero siempre supo que solo... un hombre que amaba a una mujer podría asumir tal riesgo, olvidando inclusive su propia supervivencia.

Rose se acercó a la ventana y cerró los ojos. Recordó a Peter. Su Peter. Lo recordó inusualmente alto y fuerte, tanto como era ese demonio, pero Peter era joven, sus ojos azules amables y sencillos. Era el hijo del herrero del señorío de Hampshire. Y Rose era la segunda hija del conde... de Hampshire. Recordó que era una chica regordeta y poco agraciada. Pero para él, su Peter, ella era la doncella más hermosa del señorío y de toda Inglaterra. Y para ella, él era el hombre más bueno y más hermoso.

Cuando el conde había descubierto ese amor prohibido, cuando supo que ella estaba encinta del hijo del herrero...

Un gemido de dolor surgió del pecho de Rose. Y una lagrima rodó por su mejilla. Tantos años después, el dolor era el mismo.

El conde había ordenado que fuera desterrada, llevada a la abadía de Rochester, a rastras, a gritos y golpes fue introducida en un carruaje, y entonces vio a su amado Peter corriendo tras ella y sus captores. Desarmado, desesperado, exponiendo su propia vida.

Reconoció aquella mañana en la playa de Liberty el mismo anhelo, el mismo dolor fiero en los ojos de aquel demonio. El mismo dolor en los ojos de su amado Peter mientras fue atravesado por dos flechas mortales de los hombres del Conde. Y Peter... cayó muerto en la pradera.

La agonía arrasó a Rose mientras recordaba, y se dejó caer al suelo, mientras la luz de la luna iluminaba su cuerpo encogido en el suelo. Recordó además que su pequeña hija había nacido muerta. Nunca supo tan siquiera dónde la habían enterrado las monjas. Ni si había recibido el bautismo antes.

Habían pasado los años en la abadía para Rose. Hasta que una mañana, las monjas habían traído a una pequeña niña muy rubia, de ojos tan profundos e inocentes. Una niña ciega que ella amó como si fuera aquella hija del amor que le había sido arrebatada.

Su niña amaba al hombre prohibido. Su amor era prohibido. ¿Sería su destino el mismo destino que aguardaba a su amada Charlotte? ¿Si el barón lograba encontrar a Charlotte, qué pasaría? ¿Y si ella quedaba encinta de ese hombre? Y lo que más temió, y le produjo un escalofrío por todo el cuerpo... ¿Qué haría ese hombre al barón si intentaban arrebatarse a Charlotte? No era un joven amable y bueno como Peter. No caería muerto en la fría pradera, sin más.

CAPÍTULO 34

El barón Campbell, apoyado por el mayor Dutson, organizó a sus propios hombres. Desde luego que no pensaba dejar que el otomano se encargara por si solo de traer a su hija. No le había gustado ese hombre. No le había convencido su historia. Era otro rufián. Un miserable canalla. Pero no cabía duda de que había visto a su hija, y de que sabía dónde encontrar al Cuervo.

—¡Todo en orden para partir!—dijo un soldado.

El mayor Dutson era un hombre de treinta años, con mucha experiencia en las Colonias.

—Barón... podemos iniciar la marcha. Tomaremos la misma ruta que los otomanos — le indicó con el dedo en el mapa—. Pero nos desviaremos para tomar posiciones. Intentaremos seguirlos y obtener información sobre vuestra hija.

Su interlocutor miró el mapa, observando la bastedad del recorrido que les esperaba.

—Estoy listo, mayor. Qué Dios bendiga esta empresa.

Dicho esto, a pesar de su edad, rozaba los cincuenta, montó en el caballo y siguió al grupo de hombres y soldados ingleses hacia Nueva Orleans.

Guido hizo el cambio de hombres que hacían la vigilancia sobre el puerto y la bahía. Era extraño que el *Asram* no hubiera sido divisado en aquellos días. Varios navíos habían atracado. Los mercantes en la bahía. Y los piratas en las marismas.

Salvatore le había dado órdenes de aportar hombres en los caminos, pues Abdel podría atacar por tierra.

Aquello había sido desechado inmediatamente por Guido. Pero como siempre, había cumplido sus órdenes exactas. Su *fratello*, reconoció, siempre había tenido la capacidad de anticiparse a los demás. Y esto había sido óbice de sus triunfos en el mar.

—¡Guido! —gritó Wilkinson, que venía corriendo.

Guido dejó la jarra de grog y lo esperó.

—Unos hombres, un contingente de unos veinte, llegarán en una hora... — Wilkinson respiró profundo intentando recobrar el aire—. Entre ellos vienen los

bastardos otomanos.

El contraamaestre se puso de pie de un salto, derramando el grog en el suelo de la taberna.

—Iré a buscar al capitán. Reúne a toda la tripulación. ¡A todos! ¡Envía a cinco de ellos a buscar más armas al *The Stronghold*!

Wilkinson asintió y partió a cumplir con la encomienda.

Una hora. Un contingente de veinte hombres. ¿Solo veinte para enfrentar al Cuervo? ¿Y el *Asram*... dónde había fondeado?

Había caído la noche en la playa y Charlotte y Salvatore estaban sentados bajo una palmera, abrazados, oyendo el sonido de las olas.

—Adoro el sonido del mar —le dijo ella mientras se acurrucaba junto a él.

—Hmmm... —asintió el capitán absorto no el esplendor y la belleza del anochecer en el horizonte, sino en ella.

Su pelo, por el agua del mar y el sol, se había vuelto más dorado, casi blanco. Y sus mejillas estaban sonrojadas por el sol. Olía a lilas. La abrazó con fuerza y la besó en los labios.

Ella acarició su rostro, como siempre hacía, con sus manos.

—¿*Seilvathore*? —le dijo sobre los labios mientras se besaban—. Quiero estar con mi padre antes... antes de partir con vos.

Lo sintió tensarse.

—No puedo permitir que... os encuentre.

Ella se separó de él.

—Le diré que os amo y que deseo vivir a vuestro lado.

—El no consentirá que os lleve conmigo...

«Y yo lo mataré si intenta llevaros con él», pensó el capitán Cuervo.

Ella se incorporó totalmente en su regazo.

—Lo permitiré porque le diré que os amo con todo mi corazón —dijo ella con firmeza.

Él la miró. Y ella supo que la miraba.

—Dadme vuestra palabra de que veré a mi padre, *Seilvathor*, y de que no haréis nada contra él. Yo iré a vuestra vera, amor mío. Os lo juro. —Y dicho esto lo tomó de la mano y se la besó con expresión de ruego—. Lo veré porque así lo decido. Y respetaréis mi voluntad. Nada hará que os deje. Yo... yo deseo ir a vuestra casa y vivir junto a vos toda mi vida.

Ella alzó su mentón con orgullo y decisión. Y capitán sonrió con malicia. Sería tan fácil... no respetar su voluntad. Ella era suya. Y muy posiblemente ya albergaba en su vientre un hijo suyo, porque habían hecho el amor hasta el agotamiento.

Como él no respondía, Charlotte, disgustada, intentó apartarse. Pero él se lo impidió y la estrechó en su regazo.

—¿A dónde vais, milady?

—Si no respetáis mis deseos... mi voluntad, yo... yo no podré vivir a vuestro lado. No por voluntad propia, aunque me muera sin vos. Y aunque me arrastréis a vuestro lecho... yo no os recibiré.

Ay, aquello lo golpeó como el peor mazazo.

—¿Estáis diciendo que no vendrías conmigo? —dijo azorado como nunca—. ¿Qué no... yaceréis conmigo como los habéis hecho?

A Charlotte le sorprendió el anhelo y... la desesperación en la voz de él. Ella asintió. Aunque se le partiría el alma si él decidía entonces dejarla y partir solo.

—Entregadme a mi padre, pues, si me ofrecéis una vida donde mis deseos no serán oídos ni respetados.

El capitán la observó. Ella estaba decidida. No iría con él. Y si iba, sería en contra de su voluntad... y no haría el amor con él. Lo había dicho. Y hablaba en serio.

—¡Ah... mujer! Veré la forma de que podáis reuniros con vuestro padre, pero os advierto que no soy un imbécil, y que si él intentara reteneros... haré lo que tenga que hacer para impedirlo... ¿lo comprendéis?

Charlotte sonrió ampliamente.

—¡Oh, *Seilvathore!* —le echó los brazos al cuello y lo abrazó. Lo besó en la barba y en los párpados, en las mejillas.

Salvatore oyó los pasos en el bosque. Se incorporó en la cama teniendo aún en sus brazos a Charlotte, que dormía. El fuego del hogar conservaba algunas ascuas rojas y amarillas.

Los pasos volvieron a escucharse. Y enseguida dejó a Charlotte con suavidad en la cama. Él se levantó tomando la pistola al mismo tiempo que se ponía las calzas.

Sin nada más y con el pecho descubierto y descalzo, salió abriendo la puerta despacio para no hacer ruido. Debía ser alguno de sus hombres. Y si venían era porque algo ocurría.

—Capitán...

Eran Guido y O'Neill.

—Es ese perro malsín... Abdel, ha venido por tierra como pensabais. Y viene un contingente de casacas rojas, más atrás. Creo que ha encontrado al barón Campbell porque de otra forma por qué habrían de venir los soldados a las marismas.

El rostro de Salvatore dejó de ser el mismo de los dos días atrás. Su semblante se

había vuelto sereno, porque había sentido a su ángel en sus brazos. Había sentido que ella lo quería.

Guido vio cómo la muerte tomaba posesión de aquel rostro. Su *fratello* era el Cuervo en esos momentos.

El contramaestre miró por encima de los inmensos hombros del capitán. La puerta estaba entreabierta y solo se veía el suave resplandor de las ascuas de un fuego. Se le contrajo el corazón al saber que la dama estaba allí. Le había dolido el alma cuando Salvatore le había dicho que ella lo había aceptado. Pero se alegró por él. Al menos uno de ellos tendría algo bueno y limpio en su vida.

—Ustedes dos —señaló a O'Neill, y a otro de los artilleros. Eran dos de sus mejores hombres. Fieros y mortales en la batalla. Leales a él. Eran de la tripulación de James Ingram, y se habían quedado con él cuando tomó el mando del navío—. Os llevaréis de aquí a mi mujer y abordad el navío. Encerradla en mi camarote y apostaos en la puerta. La protegeréis con vuestras vidas. Si algo le ocurre y seguís vivos, yo mismo los mataré.

Ambos asintieron.

—A vuestra dama no le ocurrirá nada.

—¿Dónde está el grumete?—preguntó el capitán.

—Venía detrás de nosotros, pero le envié a dar aviso a un grupo de nuestros hombres en las tabernas cerca del río. Pronto estará aquí.

—Que se quede con ella. Y dale una pistola.

—Sí. El chico sabe muy bien cómo usarla.

Salvatore asintió y entró de nuevo en la casita. Se acercó a la cama para despertar a Charlotte. Antes la contempló. Y su oscuro rostro volvió por segundos a contener poderosos sentimientos de posesión y ternura.

—*Carlotta...* despertad.

—¿Hmmm?, ¿qué ocurre? —Estaba adormilada aún cuando se incorporó.

—Escuchadme bien.

Él se sentó en el lecho y la tomó por los hombros.

—¿Qué ocurre? —la voz de alarma en ella le dijo que estaba ya totalmente despierta—. ¿Estáis bien?

—El otomano está cerca y viene con hombres de vuestro padre.

—¡No! Dejad que hable con mi padre. ¿Él está aquí?

—No lo sé, pero es posible. No creo que vinieran solos los soldados.

—Y como es que ese... hombre malo ha podido contactar a mi padre.

—Lo habría sabido en Liberty. Cualquiera de mis hombres, borracho como una cuba, pudo decir algo.

—¡No acudáis! Podemos irnos cuanto antes. —Ella comenzó a levantarse—. Podemos zarpar. Iré con vos, aunque no vea a mi padre. ¡No es cierto lo que dije! ¡Yo iré con vos a donde me llevéis! Y... y os amaré siempre y yaceré a vuestro lado siempre y os daré mi alma. ¡Pero no vayáis!

Él la estrechó fuerte contra su pecho y apoyó la mejilla barbada en su cabeza.

—Escuchadme... *cara*, os quedaréis aquí con dos de mis mejores hombres, y Hazhim.

—¿Y Rose?

—La monja aún está en la casa de Maynarde. Averiguaran que ella está allí y podrá marcharse con vuestro padre o con quién diablos quiera hacerlo.

—¿Y vos? —Ella levantó el rostro y lo rodeó en el cuello con sus brazos—. No me dejéis aquí, amor mío. Llevadme con vos... podemos zarpar como en Liberty.

Charlotte estaba desesperada y lamentó profundamente no haber abordado antes el asunto sobre el marinero otomano. Lágrimas gruesas bajaron por sus mejillas hasta que soltó un sollozo.

—¡Os lo pido, amor mío, no acudáis al encuentro con ese hombre!

—Voy a matarlo, *Carlotta*.

—¡No!

—¡Escuchadme, mujer! —Él la sacudió, aunque con suavidad, controlando su fuerza y su ira—. Maté a su hijo y ahora él viene a matarme. Si no le hago frente, nos perseguirá hasta el último de sus días, a ti, a mí, y mi tripulación.

—¡Oh, Dios mío, es mi culpa! —gritó Charlotte—. Por mi culpa ese hombre os busca. Porque yo hui de vos en Liberty.

—¡No, maldición! Ese hombre habría intentado raptaros en Liberty de todas formas. Su hijo solo hizo lo que él le pidió que hiciera. Tan solo tuvieron la suerte de encontraros a ti y la monja por el camino. Lo habían decidido la misma noche que os vieron.

—¿Por qué? —se desgarró Charlotte mientras volvía a abrazar con fuerza al capitán. Ella no buscaba su protección, sino al contrario. Ella le abrazaba de forma protectora, deseando guardarlo de todo mal.

—Porque venderos en el mercado de esclavos de Argel les habría reportado una pequeña fortuna. Sois hermosa como un ángel, *Carlotta*. Y yo os deseé más que a nadie en este mundo cuando os vi. Esos bastardos pensaron lo mismo que yo. Cuando os vi lo supe, tenía que teneros. —Y dicho esto la besó con una fuerza que Charlotte tuvo en su boca el sabor de la sangre. Ella le correspondió aferrándose a él con la misma fuerza—. ¡Pero yo os amo más que a la vida, *angelo*! —le susurró en los labios—. Y jamás os haría daño alguno...

Él jamás le había dicho que la amaba. Siempre había hablado de deseo y de posesión, pero no de amor. Y oírlo confesar aquello, a él, al hombre al que tanto había temido, al hombre que una vez creyó que no tenía corazón, le llenó el alma como nunca, aunque ella ya había sentido su amor en cada caricia, con cada gesto de esos días. No necesitaba que lo dijera con palabras, porque con sus actos lo había demostrado. Jamás había levantado su mano contra ella. Jamás le había hecho daño. La había protegido. La había salvado arriesgando su vida. La había entendido como nadie. Había aceptado su invidencia. Tenía que amarla. No había otra explicación.

—¡Volved a mí, amor mío! Porque yo también os amo más que a mi vida, y no podré vivir sin estar a vuestro lado! —sollozó Charlotte—. ¡Oh, mi amor, ese hombre es malo, muy malo, puedo sentirlo!

Se hizo el silencio y solo el llanto de Charlotte rompía la quietud de la noche. El capitán Cuervo acopió todo el valor que tenía, todo para poder dejarla.

—No olvidéis jamás esto, *angelo* —le susurró. Charlotte notó el cambio en su voz. Era fría. Maligna. Ella alzó su rostro y él limpió sus lágrimas con sus pulgares y luego le acarició el labio inferior—. Yo... también soy malo.

CAPÍTULO 35

Varios hombres rodearon la casa de Maynarde. Habían atrapado a las hijas de este y a Guitha. Rose había tenido tiempo de esconderse cuando vio que eran los otomanos, junto a las hijas de Maynarde. Sabía que Charlotte estaba con el capitán, y que él no permitiría que sufriera daño alguno. Aun así, rezó por ella y anheló saber que estaba bien.

Abdel apuntaba a Guitha en la cabeza con un trabuco, mientras la rodeaba con un brazo por el cuello.

Maynarde se detuvo.

—Decidme dónde está ese perro y la mujer. Entregadlos y yo os devolveré a esta mujer... o tal vez mis hombres encuentren finalmente a vuestras hijas.

Varios hombres estaban registrando la casa de Maynarde.

—¿O es que esta vieja gorda no os importa? —le enterró el cañón del trabuco en la mejilla a Guitha.

—¡No la toquéis, maldito bastardo!

—Entonces si os importa. Ahh...Maynarde, os habéis hecho un blando desde que dejasteis esta vida. Ahora os importan las criadas. ¿O ha sido más que una criada?

Maynarde miró a Guitha.

—Dadme al perro y a su mujer. O primero mataré a esta gorda y luego encontraré a vuestras hijas. Las probaré primero... antes de volarles la cabeza.

Varios hombres de Maynarde dieron unos pasos. Pero este levantó su mano. Nada podían hacer.

Media tripulación del *Asram* estaba allí, reforzados por diez hombres más que habían llegado con el contingente.

—Me temo que vuestra «ama de llaves» morirá el día de hoy. Después, mataré a las otras criadas —dijo mirándolas, mientras estas lloraban en silencio y eran retenidas por los marineros del *Asram*—. Hasta que me digáis lo que quiero saber.

Guido, Salvatore, Wilkinson y quince hombres del *The Stronghold* se esparcieron armados por el bosque, rodeando la casa de Maynarde.

—Tiene a las hijas de Maynarde —le dijo Guido.

Salvatore observó la situación. Todo ocurría tal y como él había creído que podía ocurrir. Y tenía a Abdel donde quería. En tierra.

El contramaestre, el timonel y el artillero eran los únicos hombres a los que había hablado de aquellos hechos, cómo creía que actuaría Abdelkader.

Los tres hombres se miraron asombrados, pensando una vez más que el capitán había hecho un pacto con el diablo, ya que solo así podría tener el don de anticiparse de aquella forma a los hechos.

El Cuervo dio varias instrucciones silenciosas a su tripulación. Vio en cada hombre la sed de sangre. La adrenalina corriendo por sus venas buscando un escape. Él también la sentía.

—Mantened al otro contingente fuera de las marismas —se refería al que podría ser conducido por el barón Campbell.

El grupo de hombres que se internaron luego en el bosque asintieron.

—Que nadie toque a Abdelkader —dijo con un aura letal—. Es mío.

Los hombres que se quedaron con él también asintieron con una sonrisa diabólica.

Ni el capitán del *Asram*, ni su tripulación, pudieron reaccionar a tiempo. Nadie los había visto ni oído.

Primero cayó el hombre que amenazaba a las criadas de Maynarde. De su cuello rajado brotó un chorro de sangre.

Abdel vio como cuatro hombres más cayeron al suelo. Y después vinieron los disparos. El otomano no soltó a Guitha, sino que la utilizó de escudo y pudo ponerse a resguardo. Utilizó el trabuco para matar a varios hombres. Y supo al mirar la cara de uno de ellos, un rostro sin vida, que eran hombres del *The Stronghold*. Estaban organizados y se habían acercado y rodeado la casa de Maynarde sin que fueran oídos ni vistos.

¿Cómo podía haber sabido aquel hijo de puta italiano que él no le atacaría por mar, aun cuando el *Asram* estaba mejor armado? Varios de los hombres del barón respondieron a los disparos y luego sacaron sus sables. Los hombres de Maynarde, y él mismo, lanzaron un grito y se unieron a los marineros del *The Stronghold*.

Abdelkader buscó al Cuervo entre los que luchaban y los que caían. El llanto de Guitha le impidió oír que se acercaban por detrás.

—Abdel... qué bueno veros, vuestra visita es bien recibida —le susurró el capitán Cuervo mientras lo apuntaba en la cabeza con una pistola cargada. Olía a pólvora.

El otomano giró sobre sí mismo y encontró la risa siniestra y aquellos ojos que eran leyenda en los mares. Ojos vacíos y malvados. Intentó sujetar a Guitha para oponerla

entre él y el otro hombre, pero recibió una cuchillada en el brazo.

—Corred —dijo el Cuervo a la mujer sin dejar de mirar a Abdel.

Abdel miró la otra mano del Cuervo y vio que en ella portaba la daga. La sangre de su brazo comenzó a manchar la manga de su guerrera.

—Sabíais que vendría por tierra —dijo el otomano ignorando el dolor de la cuchillada en el brazo.

—Es fácil saber lo que la escoria piensa... cuando uno también es escoria.

—Os habría hecho pedazos en el mar.

—Hmmm, tal vez sí, tal vez no —contestó el Cuervo.

Ambos hombres se miraron y se midieron como siempre.

—Matasteis a mi hijo.

—Vuestro... hijo, intentó llevarse lo que era mío.

—Pudisteis darle una muerte rápida. Pudisteis enviarme su cuerpo. Yo lo habría entendido.

Abdelkader supo que ese día dejaría aquel mundo e iría al *Yahannan*, el infierno árabe. Así que nada tenía que perder.

—No doy muerte rápida a la mierda. Vuestro hijo era un saco de mierda que debía dejar este mundo como lo que era... aunque solo obedecía vuestras órdenes.

Las luchas terminaron. Todo se hizo silencio, salvo por los lloros de dolor y gemidos de algunos hombres.

—¡Yo jamás di órdenes a Nasser para que os robara a la mujer!

Los hombres del Cuervo habían sometido a los otomanos. Y los hombres del barón depusieron sus armas. El Cuervo no dejaba de mirar a Abdelkader. Vio la verdad en sus ojos. Él no había ordenado que raptaran a *Carlotta*. Después de saber aquello, hizo señas a uno de sus hombres y estos vinieron a desarmarlo por completo y le ataron las manos en la espalda.

—Os creo —asintió el Cuervo.

Y los hombres que estaban cerca y podían oír la conversación, de ambos navíos, albergaron la posibilidad de que Abdelkader pudiera vivir.

El capitán Cuervo escupió en el suelo y se apartó ligeramente. Miró uno a uno a sus hombres. Los que yacían muertos en el suelo y lo que estaban en pie. Entonces miró de nuevo al capitán del *Asram*. Este hombre le sostuvo la mirada. Siempre se habían evitado. Hasta que sus caminos se habían cruzado aquella noche en Liberty.

—¿Habéis dado aviso al hombre inglés? —le preguntó.

—El padre de la mujer viene en camino con casacas rojas. Espero que la encuentren y se la lleven muy lejos donde no podáis encontrarla jamás. Y vuestra alma llore como la mía llora por mi hijo.

Salvatore lo escuchó y sintió la furia correr por todo su cuerpo de solo pensar que aquello pudiera ocurrir. Pero *Carlotta* ya estaría a bordo de su navío.

Levantó el puño y lo estrelló contra la mandíbula del Abdel.

Todos permanecieron en silencio.

—Nadie se llevará a mi mujer.

—¡Mi hijo mereció morir, sí! Es la ley del mar y él la conocía... ¡pero lo habéis deshonrado! ¡Habéis deshonrado su cuerpo!

Abdel escupió sangre y volvió a mirarlo.

—Id con vuestro hijo bastardo —le susurró el Cuervo y alzó la daga comenzando a rajarle la garganta.

Entonces la imagen de ella vino a sus ojos. Sus ojos llenos de bondad. Su sonrisa. Sus gemidos cuando él la había acariciado aquella misma mañana, con la misma mano que en ese momento sostenía la daga. Su entrega. Su pureza. La vida que le esperaba junto a ella.

Bajó la daga.

Y un murmullo de asombro surgió entre los hombres.

—Dejad a este hombre aquí. Atado. Y a toda su tripulación.

Maynarde se acercó sin poder creer lo que veía.

—Capitán. Este hombre atacó mi casa.

—Castigadlo vos entonces. ¡Marineros... nos vamos! ¡El mar nos llama! ¡Demasiados días en tierra!

Mas murmullos entre los hombres. Pero enseguida la tripulación respondió con vítores alzando sus sables.

Salvatore giró para echar a andar.

Estaba viejo y cansado. Solo quería ver a *Carlotta* y zarpar. La llevaría lejos donde nadie pudiera arrebatársela. Nadie sabía a dónde irían. Solo Guido.

—¡Por mi hijo!

Salvatore giró cuando Abdel levantó la mano portando un trabuco.

Y un disparo se oyó y todos miraron a los dos capitanes.

CAPÍTULO 36

Charlotte sintió que moría lentamente. Que la vida se iba inexorablemente de su cuerpo. Pudo ver el momento en que Abdel alzaba su mano empuñando un arma y disparaba. Vio los ojos negros. Lo vio todo en su oscuridad eterna. Era un presagio que se había cumplido.

Cayó entonces en la cubierta del navío y gritó con todas sus fuerzas. El dolor desgarró su cuerpo como si la hubiera atravesado un sable. Los hombres corrieron a su lado. Pero nadie se atrevió a tocarla. Hazhim se arrodilló y se tomó su mano. Charlotte volvió a gritar con los puños alzados.

Pensó en él. Sintió sus manos recorriendo su cuerpo. Su aroma la envolvió. Oyó su voz. Y recordó aquella mañana en que había percibido por primera vez su presencia. Y recordó sus conversaciones en aquella cubierta. Recordó cómo se había arriesgado para salvarla en Liberty. Recordó sus besos. Él le había revelado sus sueños. Eran sueños sencillos. Y ella era parte de esos sueños. Pero ya no eran posibles. Lo amaría durante la eternidad. En otro lugar donde no hubiera miseria. Y la miseria no ofreciera aquella vida a aquellos hombres.

Tomó la mano de Hazhim. Y se incorporó. Respiró hondo.

—Milady —susurró Gennaro estrujando su gorro en las manos—. Mi... milady, ¿qué ocurre?

Charlotte tragó en seco. Y más lágrimas corrieron por sus mejillas. Todos los hombres se apartaron cuando ella caminó, soltando la mano de Hazhim, hacia un costado del navío. Muy cerca de la borda. Pudo oír las olas chocando con el navío. Hasta que dio dos pasos más. Puso sus manos en la barandilla. Y respiró hondo, muy hondo.

—Mujer... ya no me teméis. Pero os enseñaré a obedecerme.

Y un brazo fuerte y robusto como un tronco rodeó su cintura. Y fue estrechada contra un cuerpo enorme y duro como una roca.

Y toda la vida. Toda la luz. Todo el amor cubrió a Charlotte.

Giró dentro de ese brazo implacable y se aferró a él, con todo su ser, con toda su alma, su corazón y su humanidad.

Lo amó como nunca. Respiró su aroma que ya no era un recuerdo. Era real.

Lo besó allí en la cubierta, delante de todos los marineros. Subió sus manos a su rostro, enredó sus dedos en la barba espesa y luego los llevó al pelo crespo y a la nuca. Se puso de puntillas. Pero fue alzada en volandas.

Gennaro vitoreó al capitán Cuervo. Y lo siguieron los demás.

Por supuesto que no faltaron vulgaridades. Frases soeces.

Y júbilo. Mucho júbilo.

—¡Oh, El Señor sea alabado! ¡Milady... Charlotte!

—¡Oh, callaos ya mujer! ¡Y dejad de moveros o ambos caeremos al mar!

Los piratas callaron al oír los estruendosos gritos femeninos. Y luego echaron a reír al ver a Guido llevándola en sus flaquísimos brazos mientras la subía por las escalerillas del navío.

—¡Charlotte... he pedido a ese hombre que me trajera junto a vos, si es que ese lugar a donde vais hay sitio para una monja! Tengo mucho que contaros.

El *The Stronghold* zarpó aquella tarde desde las marismas de Nueva Orleans, con rumbo desconocido.

EPÍLOGO

La Hermana Rose, el día del enfrentamiento con los otomanos, pudo salir de la casa de Maynarde y conocer al barón Campbell. Todo fue muy rápido, ya que sabía que los degenerados piratas del navío del Cuervo ya estarían abordando los botes para llegar al *The Stronghold*.

Rose le aseguró al barón que Charlotte estaba bien y que pronto tendría noticias de ella, y podría verla. Le aseguró por su fe que ese hombre al que llamaban Cuervo jamás haría daño a su hija, porque ese hombre amaba a Charlotte como un hombre debía amar a una mujer.

El barón poco pudo decir, salvo pedir a los casacas rojas que no arriesgaran la seguridad de su hija abriendo fuego contra los botes.

Y dicho esto, Rose corrió a la playa donde encontró a Salvatore y a Guido disponiéndose a remar hacia el navío.

La monja se lanzó a las olas sin saber nadar, pidiendo que la llevaran con Charlotte.

Y aunque al Cuervo le habría satisfecho grandemente que aquella mujer se ahogara, le lanzó el remo para ayudarla a subir al bote. Fue difícil subirla, una tarea complicada debido a su oronda figura y el peso del hábito mojado. Pero la llevaría con su ángel, porque su ángel amaba a esa mujer. Y porque esa mujer había cuidado de su ángel durante sus años en el convento. Porque había visto amor de madre en los ojos de aquella monja. Y porque aquella monja haría feliz a su ángel.

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores:

Esta historia fue escrita poco a poco, siempre en las pacíficas y silenciosas madrugadas, oyendo melodías de inspiración, cerrando los ojos, y simplemente... soñando.

Cuando la escribí, en cada palabra, en cada frase, iba poniendo mi alma, siempre con el honesto deseo de que ahora, con su lectura, encontréis en ella lo mismo que fue para mí: un sereno refugio.

Creo que siempre evocaré al capitán del *The Stronghold* cuando escuche *Skyfall* de la maravillosa cantante Adele, una canción que me acompañó durante esas madrugadas.

Podeis viajar con sus personajes o simplemente ser espectadores de su historia. Sinceramente, de corazón, espero la disfruten.

Ann R. Bright

En un mundo despiadado y sin más ley que la de la fuerza, ella supo encontrar luz. Y lo hizo a través del hombre más oscuro y temido de todos...



Año 1736.

Decían que sus ojos eran dos abismos, negros y vacíos, como los de un cuervo, que cada barco que divisaban aquellas velas malditas perecía bajo su crueldad, y cada hombre que caía bajo su mano conocía el infierno en vida.

Ella, sin embargo, era un ser dulce y maravillosa, ella era luz.

Una mañana, después de haber hundido un buque de la Marina Real, el temido pirata al que mentaban como El Cuervo avistó un pequeño paquebote en el horizonte. Sin entender por qué, algo en su oscuro corazón le habló...

Y esa mañana, ella oyó los cañones, sintió los pasos arrogantes en la cubierta... Y temió como nunca...

Esa mañana fue tomada cautiva...

Esa mañana cambió su vida...

Esa mañana, la vida de los dos cambió, porque el amor es capaz de abrir brechas en la más profunda oscuridad.

Ann R. Bright es el seudónimo de una autora de origen canario (Tenerife). Su infancia se desarrolló en otros países. Al volver a España se licenció en Derecho, la carrera que siempre soñó, y comenzó a ejercer la profesión con vocación y esmero. Su trabajo es un sueño hecho realidad.

Escribe historias juveniles siendo Corazones oscuros la más conocida en Wattpad con casi dos millones de lecturas.

Desde niña escribía relatos cortos, novelas y cuentos infantiles, y también pintaba. Comenzó a leer novela romántica de joven y también policial y de suspense. Sus autoras favoritas son Lavyrle Spencer, Amanda Quick, Loretta Chase y la grandiosa e irrepetible Kathleen Woodiwiss. Del género policial su autora favorita es Agatha Cristhie.

Compagina el ejercicio de su profesión con la escritura, siempre acompañada de música, pues dice que es su musa y el fundamento de su inspiración.